





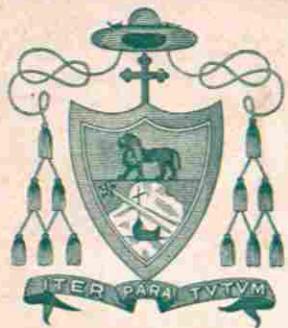
PEREGRINACION
MEXICANA
A ROMA



1

BX2321
.R6
H5
v. 1
1889

0065 93



1080016435

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

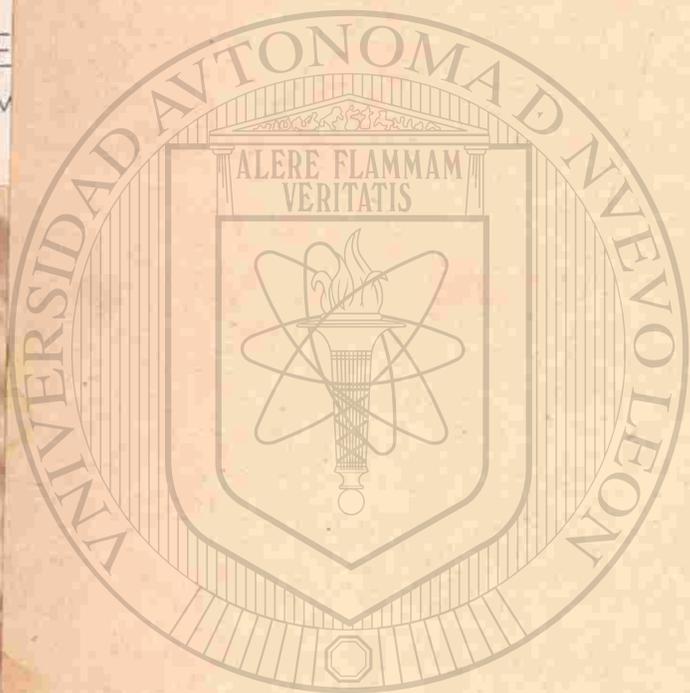


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



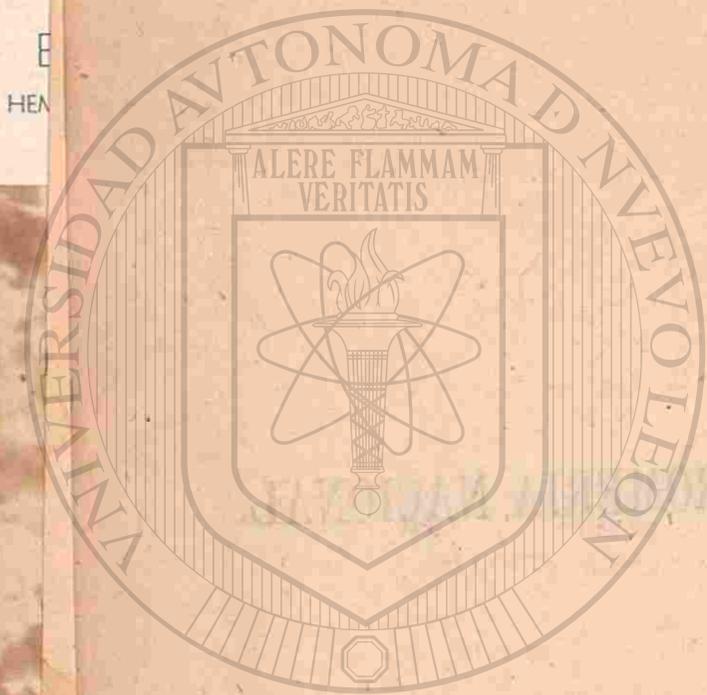
LA GRAN ROMERIA NACIONAL.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

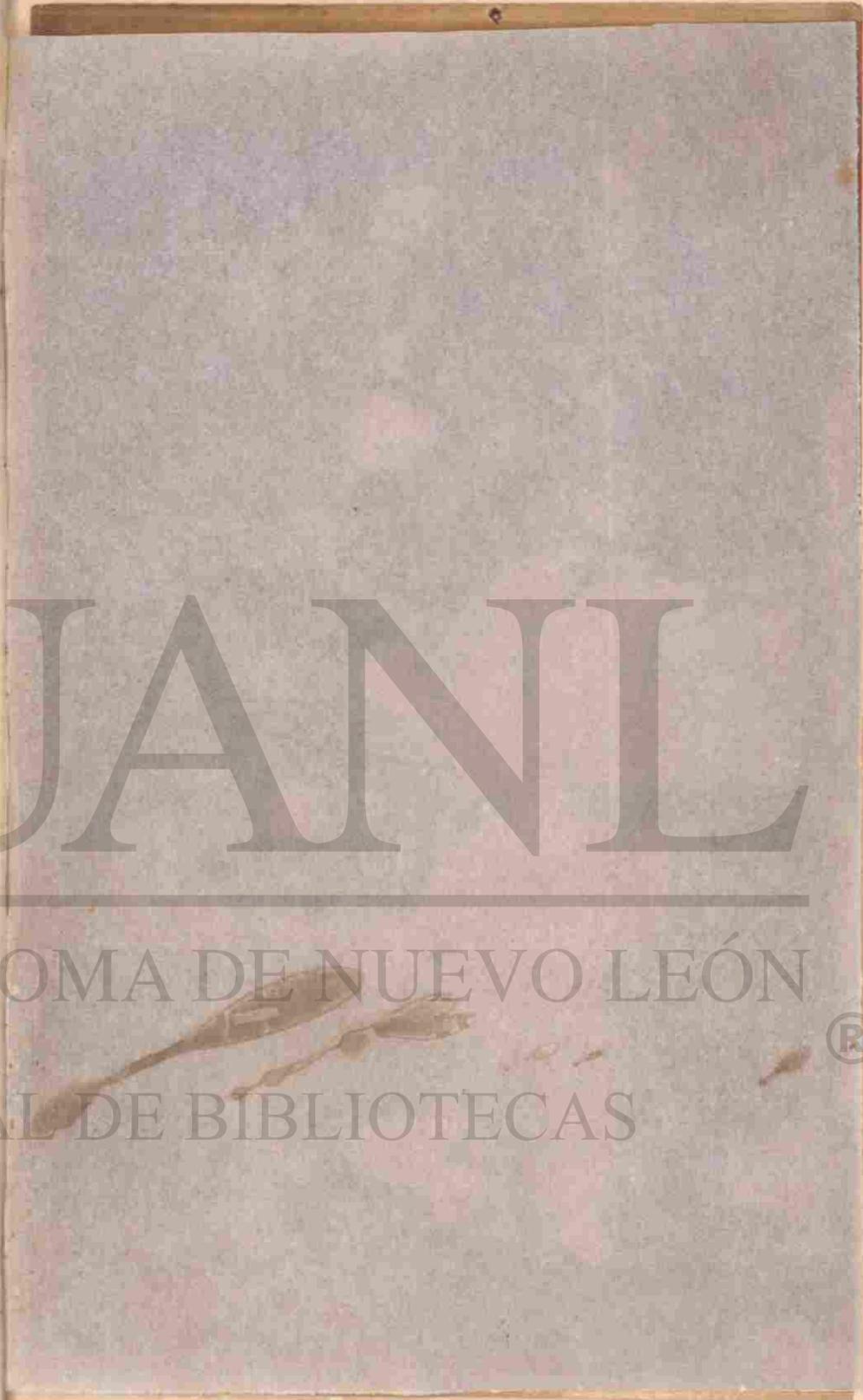


U A N L

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tolber

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

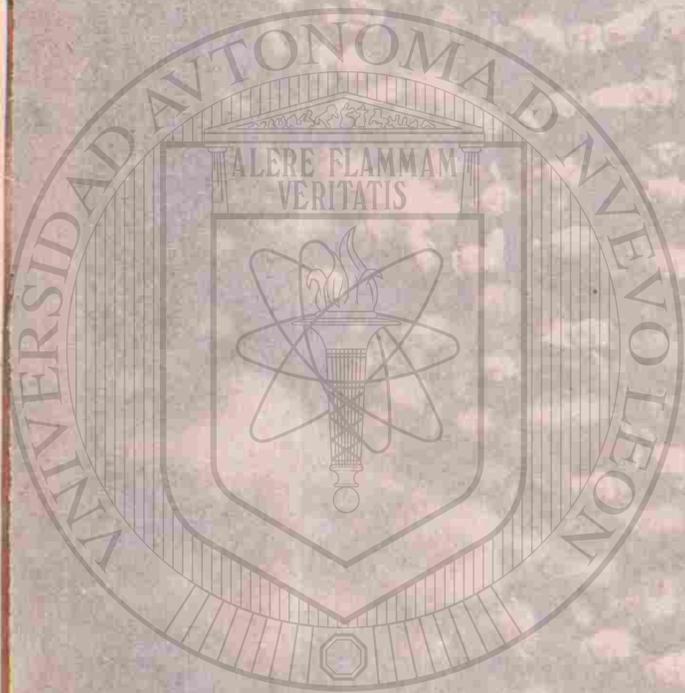


JANU

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

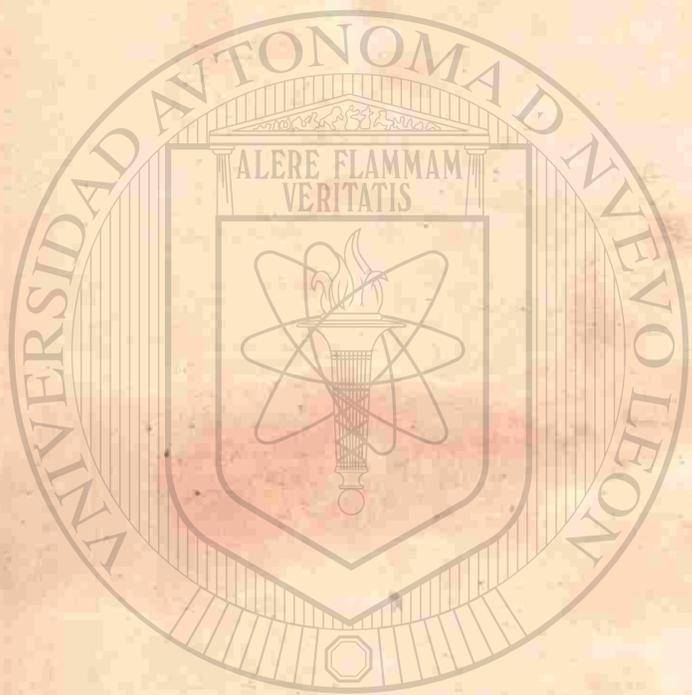


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UJANI





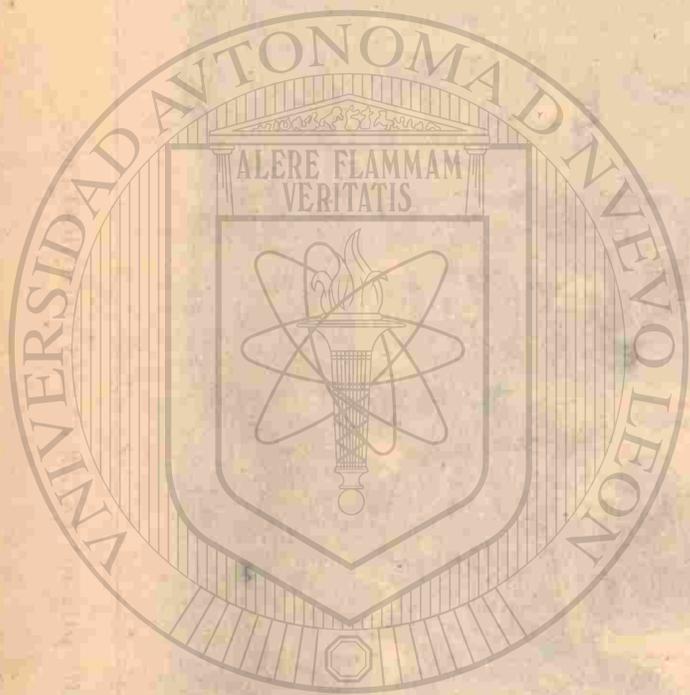
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LIT. DE H. FRIANTE.

GRUPO DE PEREGRINOS QUE NO ESTAN EN LAS FOTOGRAFIAS.

®



LA GRAN ROMERIA NACIONAL

HISTORIA

DE LA

PRIMERA PEREGRINACION MEXICANA
A ROMA.

Contiene noticias circunstanciadas y fidedignas de la excursión religiosa iniciada y llevada á cabo por la Sagrada Mitra de Puebla. Abraza todos los acontecimientos que se relacionan con la expedición desde su origen hasta la vuelta de los romeros á la Capital de la República.

OBRA ESCRITA POR UN PEREGRINO.

TOMO I.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez
Biblioteca Universitaria

MEXICO
TIPOGRAFIA DE AGUILAR E HIJOS,

1^a de Sta. Domingo 5 y esquina de la Encarnación y Sta. Catalina.

1889



43527
FONDO EXTERNO
VALVERDE Y TELLEZ

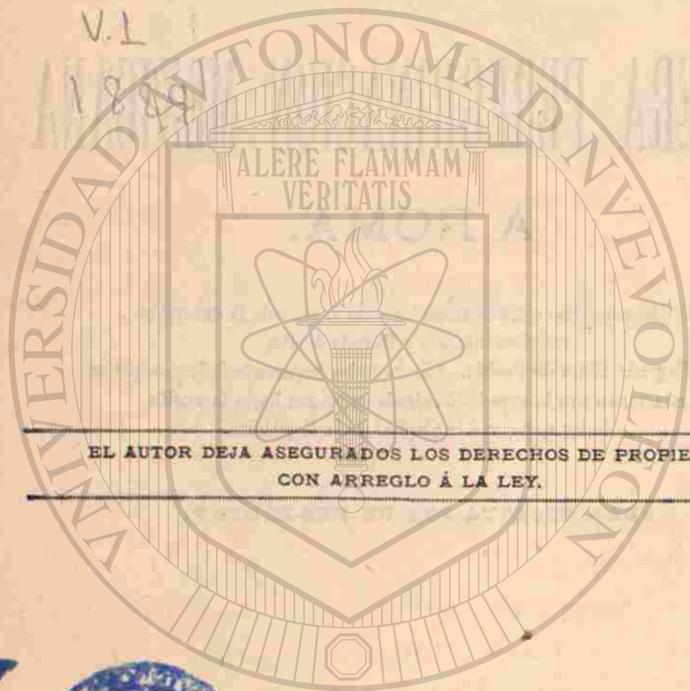
Bx 2321

.R6

H5

V.L

18



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

A MI MUJER

UN viaje interesante y delicioso habíamos hecho tú y yo en alas de la imaginación á los encantadores sitios que debía recorrer la Peregrinación mexicana.

Juntos atravesamos con el pensamiento el insondable Océano para trasladarnos al Viejo Continente, y allí nos extasiábamos contemplando las incomparables bellezas que encierra el suelo italiano y con especialidad la Roma de los Césares, de los Mártires y de los Pontifices.

Cuando la generalidad veía en la Peregrinación de los mexicanos á la Ciudad Eterna un proyecto desatinado é irrealizable, tú y yo esperábamos con ansia el día en que no dudamos partiría esa gran excursión de la cual tan grandes bienes nos prometimos para la Religión y para nuestra Patria.

Ese día llegó al fin. Quisiste que nuestro soñado viaje fuese para mí una realidad. Me alentaste á que lo emprendiese, y lo emprendí llevándote en mi memoria y en mi corazón.

Tú desde aquí me acompañaste también y sentiste mis penas y gozaste con mis alegrías.

He vuelto á la Patria; regresé á tu lado, y en la apacible calma del hogar me has referido tus inquietudes, me has comunicado tus impresiones durante

006583

mi ausencia. Yo traje escritas las mías, y era justo que te las consagrara á ti, mi buena compañera, y te las ofrezco en recompensa del sacrificio que hiciste al consentir en que me separase de ti á millares de leguas.

Cuando leas este libro piensa que para ti se escribió, que tú lo inspiraste; que es obra tuya y te pertenece con legítimo título.

Si la publicidad que me he visto obligado á darle, menos por conveniencia mía que por honra tuya, diere lugar á favorables calificaciones, acéptalas como un nuevo presente que de mí recibes. Si por el contrario, no es bien acogido del público, que lo sea de ti que siempre estás dispuesta á juzgar de mí y de mis cosas con benevolencia.

De todas maneras recibe en el libro una prueba más de la muy alta estimación en que te tiene y del amor que te profesa

Tu marido.

DOS PALABRAS DEL AUTOR

LA Romería nacional iniciada el año próximo anterior por el dignísimo Obispo de Puebla y realizada en el presente por el Gobierno eclesiástico de la misma Diócesis con el concurso de otros venerables Prelados de la Iglesia mexicana, es un acontecimiento de tal importancia y de tan grandes trascendencias para la Religión y para la sociedad, que su historia debía ser grabada en bronce y perpetuada en monumentos imperecederos.

La gran significación que para México ha tenido la Romería, ya se considere bajo el aspecto religioso ya bajo el social, no podrá discutirse por nadie, mucho menos cuando el éxito obtenido no sólo correspondió á los esfuerzos de los iniciadores, sino que sobrepusó á sus esperanzas.

Efectivamente, un grupo numeroso de mexicanos católicos salidos de todos los Estados de la República y representando á todas las clases sociales, hasta las más humildes, inclusive la raza indígena, ha paseado triunfante el lábaro santo de la Cruz y la Bandera Nacional por gran parte de la República y por una considerable extensión del territorio americano, y ha llegado con esa doble enseña al Viejo Continente, y allí ha tenido ocasión de ostentar á la faz del Mundo su catolicidad y su patriotismo, llevando á los pies del Supremo Gerarca de la Cristiandad el homenaje del amor y de la veneración de los mexicanos y los votos de todos nuestros hermanos por la conservación de nuestras creencias, como el único

lazo de unión, y como el gran elemento de prosperidad para una Nación trabajada tanto tiempo hace por las discordias intestinas.

La Romería mexicana ha sido recibida en el extranjero y acogida por el Santo Padre, como la representación de un pueblo eminentemente católico, estrechamente unido por la fe, y dispuesto á conservar incólume ese sagrado depósito, como el medio principal de engrandecerse y de hacerse fuerte.

La excursión religiosa de los católicos mexicanos ha sido además una prueba evidente de la vitalidad del Catolicismo en México, y un testimonio irrecusable de los esfuerzos que estaremos dispuestos á emplear siempre que se trate de dar á conocer de lo que somos capaces y de lo que podemos hacer en bien de la Religión y de la Patria.

La importancia de la Peregrinación á Roma llevada á cabo por los católicos mexicanos, sube de punto si se considera que es la primera excursión de su clase que se organiza no solamente en la República sino en América, y es honroso para nuestra Nación y debe ser altamente satisfactorio para nosotros haber sido los primeros en realizar una empresa de la magnitud de la que acabamos de consumir.

En cuanto á las trascendencias que para el Catolicismo y para el País tendrá la realización de esta gran empresa, bastará fijar por un momento la atención en los benéficos resultados que va á producir para la Religión en México, el interés que ha despertado en la Santa Sede nuestro fervor religioso y nuestra abnegación llevada hasta el sacrificio, emprendiendo un viaje tan largo con el exclusivo objeto de presentar al Santo Padre en persona las sinceras manifestaciones de nuestra catolicidad. De hoy en adelante el Vicario de Jesucristo, que sobrados motivos de queja tenía de nosotros como Nación por los actos y las omisiones de nuestros gobiernos, verá en la abstención oficial y aun en los ataques á la Iglesia en nuestra Patria, solamente la obra de circuns-

tancias políticas á que no hemos podido sobreponernos, y la responsabilidad de una situación que somos los primeros en lamentar, ya no se atribuirá á los mexicanos, sino á la influencia de ideas y de principios que no hemos tenido todavía el tiempo de hacer desaparecer.

Y basta que hayamos logrado despertar ese interés en nuestro favor, para que debemos esperar con fiadamente que Roma acudirá en nuestro auxilio y alcanzaremos el remedio de muchos de los males que lamentamos, y de los que nos puedan sobrevenir.

Concretándonos al interés puramente social, nuestra Patria tiene que recoger abundantes frutos de la excursión que acabamos de hacer. Nadie desconocerá que es útil para nosotros visitar el extranjero, estudiar otros usos y otras costumbres, inspirarnos en las ideas de verdadero progreso y civilización; salir del estrecho círculo en que vivimos encerrados y aspirar por estos medios á nuestro perfeccionamiento individual y colectivo. Dado está el primer paso en este camino. De esperarse es que no nos detendremos aquí. Ya saben los mexicanos que se pueden recorrer grandes distancias fuera del país sin los inconvenientes que tanto se habían abultado, sin los peligros que se nos exageraban y sin los costos que antes retraían á la generalidad. A la excursión que acabamos de hacer, seguirán otra y otras y no tardaremos en recoger los frutos de este movimiento hasta ahora desconocido.

Es por lo mismo conveniente que todos sepan cómo se organizó nuestra expedición, cómo la realizamos, qué impresiones recibimos, qué provecho hemos sacado de ella. Tal es el objeto de estas memorias.

Fiel narrador de los hechos el autor no se limitará á consignar sus propias impresiones; apreciará los sucesos y las cosas con el criterio de las ilustradas personas que formaron en la excursión, y aun se servirá en muchos casos de las mismas expresiones de sus compañeros de viaje, incrustando algunos

diálogos que además evitarán la monotonía del relato. Al rectificar muchas de las falsas especies que durante la excursión fueron vertidas en papeles y en correspondencias publicadas en nuestra República, recurrirá al testimonio de los mismos excursionistas y al de personas imparciales, testigos de los acontecimientos. En todo procurará presentar la verdad, sin ocultar nada que tienda á esclarecerla.

Aun cuando las apreciaciones artísticas pudieran parecer ajenas del objeto de este libro, para amenizar el relato no omitirá el autor las que ha podido formar delante de las obras y monumentos antiguos y modernos que personalmente ha visitado.

Una obra como la presente exigía ser escrita en un estilo esmerado y hasta florido; pero las escasas dotes intelectuales del cronista y la brevedad con que ha tenido que escribir, no le han permitido ni aun limar sus composiciones. La indulgencia del público se dignará favorecerle, y espera que haciéndose abstracción de la forma, este pobre trabajo sea acogido con interés, por lo que en el fondo contiene y por las elevadas miras que han inspirado al que lo da á luz.

México, Agosto de 1888.

PRÓLOGO

PARA hacer un completo elogio de la obra cuyo prólogo escribo, serían insuficientes muchas páginas, por más que el del autor pudiera reducirse á la siguiente frase: "para tan grandes hechos, tal cronista."

Porque la Peregrinación mexicana á Roma formará época en los anales del Cristianismo; la historia la consignará entre sus más brillantes páginas y la patria agradecida conservará por siempre su recuerdo. Las dificultades de la empresa por razón de la distancia, las penalidades sufridas en el camino, la constante piedad y espíritu de sacrificio de que tantas pruebas dieron los peregrinos, la caridad que entre ellos reinaba auxiliándose unos á otros como tiernísimos hermanos, todo, todo se consigna con vivos colores en la Historia de la Peregrinación, para demostrar que no fué un viaje de placer el que los mexicanos emprendieron, sino de piedad y amor á la Santa Iglesia.

Los mexicanos veían con emulación nobilísima esa especie de plebiscito, que la Providencia, en sus inexcrutables y misteriosos designios, congregaba al pie del trono de San Pedro, para declarar al Papa con voto unánime rey en el orden eterno, rey también por derecho divino en el orden temporal. Veían que aun los infieles, herejes y cismáticos acudían á este plebiscito universal..... ¿y solamente los mexicanos no? ¡ellos que tienen la fe como el más preciado de sus blasones! ¡Oh! esta abstención no podía ser. Y allá fueron; y la distancia y las penalidades acreciendo su mérito, no hicieron mas que aumentar su celo y su fervor.

Consignar la crónica de todo esto sin hacer un simple relato de viajes como tantos que existen ya, sino estudiando el espíritu de la Peregrinación y el sentir de los peregrinos, para mostrar que desempeñaron una misión providencial, patriótica y santa, no era por cierto empresa tan fácil, cuando esa historia había de satisfacer al lector cristiano, al historiador y al artista; pero fácil ó no, el peregrino que escribió este libro ha llevado al cabo esa empresa con el auxilio de Dios, porque hay en dicho libro un juicio crítico imparcial, hábil, poético para juzgar de cuadros, estatuas y monumentos; hay profundos conocimientos históricos y sano criterio para referir en breves frases lo más notable de las ciudades por do cruzaba la Peregrinación; y hay en él, sobre todo, una fe profunda, un fuego que brota de sus páginas, para describir lo que el católico siente en presencia del Papa, visitando los monumentos de la antigüedad cristiana, recorriendo el Colosseo donde los mártires pelearon y las Catacumbas donde duermen su gloriosísimo sueño.

Este libro, que al principio salió anónimo, ha dejado de serlo ya; pues su autor, venciendo á instancias de varios amigos, su deseo de oscuridad, ha revelado su nombre en las últimas páginas. Debíó hacerlo así, ya no por él, sino por la Patria que se debe á sus buenos hijos y especialmente por la familia del mismo autor; toda vez que el buen nombre forma parte de una herencia y no hay derecho para usurparla á nuestros hijos.

El solo error que cometió el autor de este libro, consiste en haber confiado su prólogo á mi tosca y desaliñada pluma. Cedió á sus instancias y hago lo que puedo. Si Dios que ve los corazones reserva al autor premios por su recta intención; si la sociedad le paga con vivo aprecio, ¿qué menos puede hacer que tributarle este corto homenaje el último de sus amigos?

Francisco Flores Alatorre.

UNA PALABRA AL LECTOR

ESTA obra, como su mismo título lo dice, es la historia de la primera peregrinación mexicana á Roma. Su lectura será de grande utilidad á los católicos, pues ella les servirá para avivar en todo tiempo su fe, y para robustecer su amor á una religión que, establecida en el mundo por medio de innumerables prodigios, no deja de obrarlos todavía, después de 19 siglos que lleva de existencia, y de ser la única engendradora de la moderna civilización, gloria de los pueblos que viven en la redondez de la tierra. En este libro se tendrán siempre á la mano todos los detalles que antecedieron, acompañaron y siguieron á un acontecimiento que, dos siglos atrás ó menos, se hubiera considerado como una leyenda ó como una fábula. La fe cristiana y el amor á la religión del Crucificado han sido, donde aquella no vacila, y ésta es verdaderamente amada, fuente inagotable de poder para la humanidad, que con una y con otra acota, por decirlo así, los límites de lo imposible.

La primera peregrinación mexicana á Roma fué principalmente un acontecimiento religioso, por la causa que lo inspiró, por la manera con que se llevó á cabo y por el fin que se propusieron los que acometieron la empresa.

Es claro, y se halla en la conciencia de todos, que, aunque la romería mexicana tuvo por objeto inmediato honrar al sabio Pontífice que rige hoy con mano firme la nave de la Iglesia, fué por cuanto á que él representaba al Cristo, fundador de la misma Igle-

sia. De suerte que la honra hecha al Sr. León XIII, fué honra hecha á su Divino Representado. Así es que los motivos y fin de la peregrinación fueron, en realidad y principalmente, religiosos.

Por lo que mira á los medios de su realización, no hay página que se refiera al glorioso é inolvidable viaje, en el libro de que hablamos, que no convenza á cualquiera de que la religión y sus prácticas presidiéron á todos ellos. Los ferrocarriles, que condujeron á los peregrinos por tierra, y los vapores, que los llevaron por mar, se convirtieron en verdaderos templos, en los cuales se oraba y cantaban alabanzas al Criador de todas las cosas y á la Virgen Inmaculada.

Los mexicanos no debemos olvidar este acontecimiento, sin ejemplo en nuestra historia, porque él justifica la piedad nunca desmentida de nuestra católica nación, y su sincera é inquebrantable adhesión al Vicario de Jesucristo, centro de gloriosa unidad, y maestro infalible de verdad. Para que no se olvide, y si se olvida, se recuerde, se ha escrito la obra que se ha estado publicando, y hoy termina. En toda biblioteca y en cada familia, debe encontrarse un ejemplar de ella, como brillante testimonio de lo que pudieron hacer algunos de nuestros felices compatriotas, y como estímulo, siempre que refresquemos, leyendo alguna de tantas escenas conmovedoras como en él se narran, para imitarlos más tarde, los que no pudimos acompañarlos. ¡Qué glorioso fuera para México, hoy que el gran León XIII es víctima de feroces atropellos, y blanco de bárbaros ultrajes, mandar algunos millares de sus hijos á la Ciudad Eterna; y allí, en presencia del regio verdugo, protestar contra tamaña indignidad, y contra tan infames, cobardes y sacrílegos atentados! ¡De cuánto consuelo sería al Padre común de los cristianos el noble proceder de esta infortunada, pero amantísima porción de su rebaño, que es el rebaño universal!

Pero nos distraía del objeto de estas cuantas lí-

neas el triste recuerdo de tanta desventura y nuestro íntimo y profundo deseo porque, ya que en días cercanos no cese aquella, como al Dios Omnipotente y bueno se lo pedimos, reciba el inmortal paciente el alivio de la tribulación que por esto padecen sus hijos, y los sinceros votos que hacen, desde que nace el sol hasta que muere, por su íntegra libertad, independenciam incondicional de todo humano poder, y soberanía absoluta en el gobierno de la Iglesia; la cual soberanía es hoy inconcebible, por decretos y miras misteriosos de la Providencia, sin el imperio temporal sobre el territorio usurpado por los ingratos vástagos de la Casa de Saboya.

Volvamos á nuestro asunto, y digamos algo más acerca de la obra que nos ocupa, y que reputamos interesante, aun considerada desde puntos diferentes de vista, pero que tanto atractivo encierran para los aficionados á leer en los días que corren y hemos alcanzado.

La dicha obra, demás del interés religioso en que nos hemos fijado, que no es poco, y que domina sobre todo, tiene también interés geográfico, científico y artístico, pues el autor no se limita á la mera crónica de los sucesos de la peregrinación, sino que describe, casi siempre con ingenuo entusiasmo y galano estilo, los objetos más grandiosos que se presentan á su contemplación, en el largo camino de su viaje, como el Océano, el Niágara, Nueva York, Roma, etc. Nos dice sus impresiones, y nos da una idea de las costumbres de los pueblos que va visitando. Razona como filósofo en presencia de aquellas y de las varias instituciones bajo que cada nación por que pasa, está organizada, sin dejar de hacer notar las diferencias que observa, en el ligero cotejo que establece entre ellas y las nuestras. Nos da á conocer los principales monumentos de arquitectura, de escultura y de pintura de la clásica Italia. Juzga, encomiando las más veces, y censurando algunas, á pintores como Miguel Angel, y obras como las suyas. No podemos afirmar si en este punto pro-

cede con acierto, pues somos profanos, y nos son enteramente desconocidos los objetos que somete á su estudio. Sin embargo, coincide, en algunos de los juicios que forma, con opiniones que hemos leído de inteligentes y autorizados escritores. Esto nos inclina á creer que el autor de la *Historia de la primera Peregrinación Mexicana á Roma*, no anda sin compañeros en el resbaladizo terreno en que ha querido poner la planta.

En suma, la obra es del linaje de las que escribieron Chateaubriand y Lamartine, Alejandro Dumás y Alarcón. Instruye y recrea al mismo tiempo, aunque su mérito principal sea el de contenerse en ella cuanto se refiere al gran suceso de la gloriosa romería.

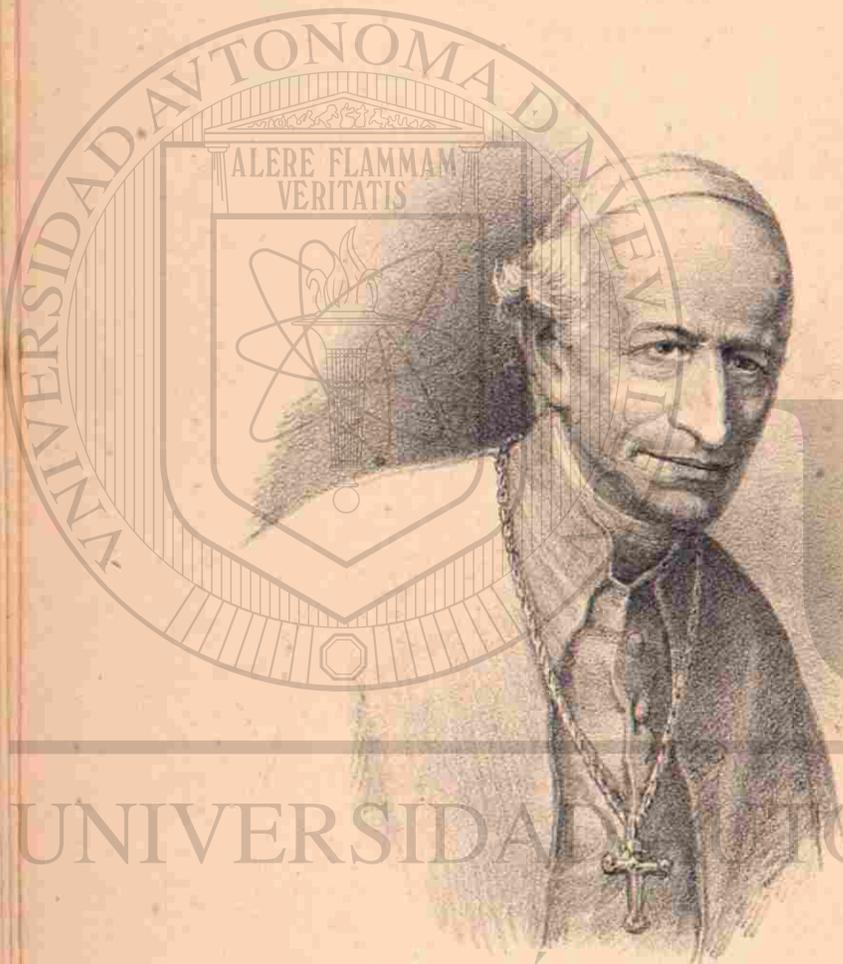
Creemos, que aun nuestra literatura ha ganado con la publicación de esta obra, bajo el aspecto religioso importantísimo.

Un amigo del Autor.

México, Agosto 20 de 1888.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



SU SANTIDAD LEÓN XIII

LIT. C. MONTAUBIOL. MÉXICO.

HISTORIA

DE LA

PRIMERA PEREGRINACIÓN MEXICANA Á ROMA

CAPÍTULO PRIMERO.

León XIII.—El Jubileo sacerdotal.—Preparativos para su celebración.—Los países protestantes.—Las naciones infieles.—Las potencias católicas.—Abstención de México.—El Obispo de Puebla.—La iniciativa.—Primeros pasos.—La invitación.—Trabajos de los comisionados.

UNA figura gigantesca y nobilísima apareció en el mundo á la muerte del Santo Pontífice Pío IX, acaecida en el año de 1878. El Eminentísimo Cardenal Joaquín Pecci, original de Carpinetto, en Italia, fué llamado á suceder al inolvidable Papa que durante casi un tercio de siglo había gobernado la Iglesia católica.

Los grandes talentos, las eminentes virtudes del nuevo Vicario de Jesucristo, que subió á la Silla de San Pedro bajo el nombre de León XIII, hacían esperar que la Iglesia de Dios continuaría siendo regida con el acierto con que lo había sido anteriormente.

Pronto estas esperanzas se convirtieron en realidad, y no tardó el nuevo Pontífice en darse á conocer como el hombre

destinado por Dios para remediar muchos de los gravísimos males que afligen á la Iglesia y á la humanidad. Abarcando con su mirada toda la extensión del mundo, León XIII vió el estado desconsolador que guardaban las relaciones de la Iglesia con la sociedad; vió á la impiedad y al socialismo desencadenados y amenazando destruir los fundamentos de la moral y del orden social; vió á la revolución tratando de sobreponerse á la autoridad; vió á la escuela pervirtiendo los entendimientos para corromper los corazones; vió á las sectas apoderándose de todos los elementos disolventes que el mal tiene á su disposición para hacer eruda guerra al catolicismo y á los católicos; vió aun entre estos mismos sembrado por doquier el desaliento, y la piedad y la devoción ausentándose de las naciones; vió, por último, á los fieles hijos de la Iglesia perseguidos por todas partes y sacrificados al furor y rabia de las sectas enemigas. El sabio Pontífice vió estos y otros muchos males y comprendió su origen y propuso inmediatamente el remedio, y en sus admirables encíclicas y en sus negociaciones con los gobiernos, y en sus gestiones de propaganda y en sus oraciones y fervorosas preces al Cielo, no descansó ni descansa un momento en acudir al remedio de todas las necesidades. Su voz poderosa se ha hecho oír de uno á otro polo; por todas partes se han oído sus enseñanzas, y se han escuchado sus protestas y han resonado terribles sus anatemas. La sociedad comienza á reconocer la benéfica influencia que en su bienestar ejerce el Pontificado; los gobiernos principian á ver en el Vicario de Jesu Cristo un auxiliar poderoso y hasta un firme apoyo de su autoridad; los católicos recobran el fervor y se alientan para luchar en buena lid contra sus opresores; la instrucción se unifica y hasta las ciencias filosóficas se ilustran á la luz del Sol de las escuelas; las sectas huyen amedrentadas, y el misionero católico lleva sus conquistas pacíficas allí donde hace poco tiempo no habría encontrado otra cosa que la persecución y el martirio.

El hombre que tantos prodigios ha obrado es León XIII, es el anciano Pontífice á quien Dios ha dotado de una sabiduría y de una prudencia raras en el gobierno de la Iglesia:

es el hábil restaurador de la benéfica influencia del catolicismo en los destinos de las naciones; es el diestro piloto que llevará la nave á seguro puerto; es el guía infalible que conducirá la humanidad por el camino del verdadero progreso.

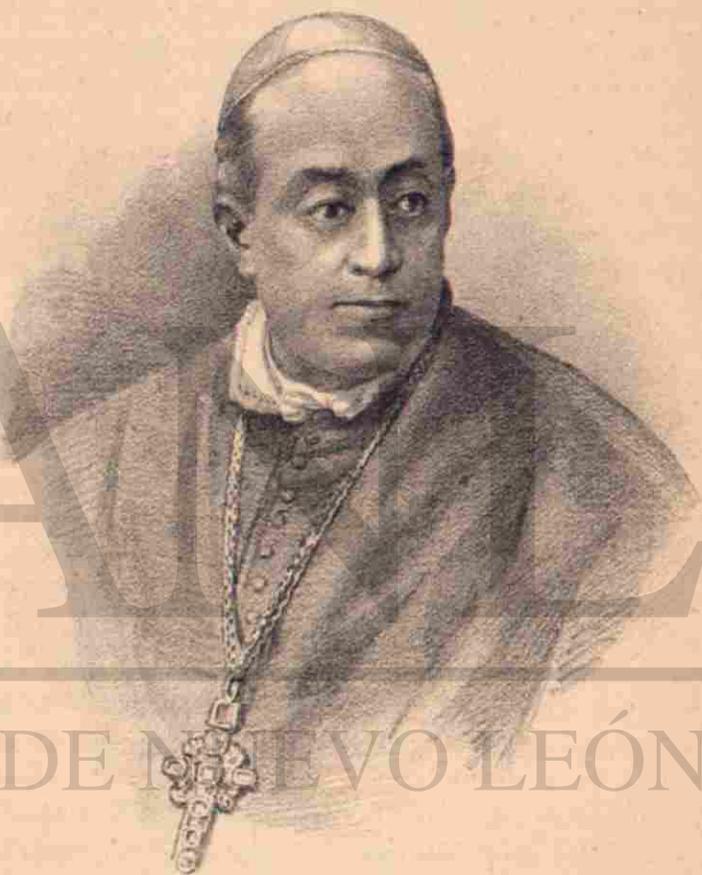
Natural es que un hombre tan eminente, que un gobernante tan experto, que un Papa tan ilustre haya captádose la admiración y las simpatías de todos los hombres de buena voluntad; natural es que se haya hecho acreedor á la consideración de los soberanos y al respeto de todas las naciones. Por eso al acercarse el quincuagésimo aniversario de su ordenación sacerdotal, no debió parecer extraño que los gobiernos y los pueblos del mundo, con muy contadas excepciones, se apresgaran á rendirle homenaje unos, á tributarle atenciones otros, y á felicitarle los más, ya por medio de diputaciones y embajadas, ya por el envío de presentes y dones de grande importancia. Por eso desde principios del año de 1887 comenzó á presenciarse el espectáculo de un movimiento universal de las naciones y de los individuos, para celebrar de mil maneras el Jubileo sacerdotal de León XIII que debía verificarse el 1º de Enero de 1888.

La prensa bien pronto dió á conocer los preparativos que los soberanos y los pueblos hacían para obsequiar al Papa con motivo de su Jubileo. Y es de notar que los países protestantes y aun los infieles no fueron los últimos en aprestarse á tan espléndidas manifestaciones. Muy al principiar este movimiento, se tuvo noticia de los preparativos que la Reina Victoria de Inglaterra y el Emperador Guillermo de Alemania estaban haciendo para ofrecer á León XIII regalos de considerable estimación. El sultán de Turquía no quiso ser indiferente á estas manifestaciones, y hasta el soberano del Celeste Imperio resolvió asociarse á los de Europa en sus demostraciones de simpatía hacia el jefe del catolicismo. Ya se deja entender que las potencias católicas se disponían con verdadero entusiasmo á concurrir á la celebración de la fiesta jubilar, y los periódicos diariamente registraban abundantes noticias de los grandes preparativos que Francia, España, Austria, Bélgica, Italia, Portugal y las naciones latino-ame-

ricanas hacían para festejar debidamente el aniversario sacerdotal del Pontífice.

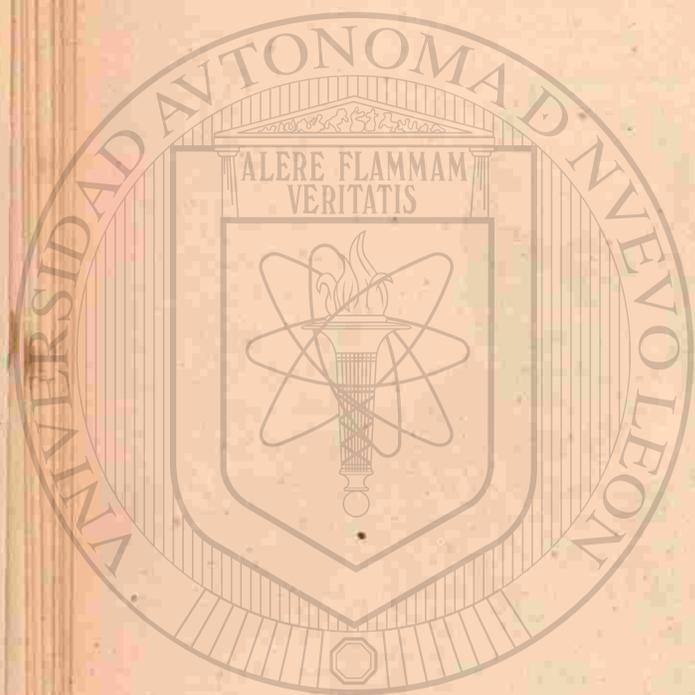
México entretanto permanecía como indiferente y frío ante este universal movimiento. El Gobierno civil no se preocupaba en lo absoluto por la celebración del Jubileo. Los Prelados de la Iglesia mexicana, muy en lo privado, tomaban providencias para reunir algunos donativos en dinero que serían ofrecidos al Santo Padre. La honorable prensa católica del país se limitaba á reproducir con oportunidad cuanto se publicaba á propósito del Jubileo en los periódicos extranjeros, procurando por este único medio alentar á los católicos mexicanos á tomar parte activa en el regocijo general. Así se hallaban las cosas avanzando su curso el año de 1887.

Regía entonces la Diócesis de Puebla el Illmo. Sr. D. José María Mora y Daza. Hombre de claro talento, de no vulgar instrucción, notable por sus virtudes como cristiano y como sacerdote, se había distinguido siempre por una fervorosa devoción á la venerable Imagen de Santa María de Guadalupe. Dotado de la facultad de iniciativa, y movido por su celo en favor del culto de la excelsa Patrona de los mexicanos, acababa de iniciar una obra de alta importancia, las peregrinaciones mensuales á la Villa de Guadalupe, y había tenido la satisfacción de ver que su voz resonó en todo el país como el llamamiento del cielo para redoblar nuestra devoción á la Virgen del Tepeyac, y el 12 de Febrero del mismo año de 1887 se trasladó al Santuario Guadalupeño, acompañándole millares de sus diocesanos, y allí celebró una solemnísimá función durante la cual fueron elevadas preces fervorosísimas á la Madre de Dios, quedando así inaugurada una obra importantísima, de la que habrán de recojerse en lo sucesivo abundantes frutos para nuestra santificación y para el bienestar de nuestra Patria. Siguió el mes de Marzo y luego el de Abril, y las Archidiócesis de Michoacán y de Guadalajara, aceptando la invitación y siguiendo el ejemplo del Obispado de Puebla, fueron en devota peregrinación al Tepeyac, y allí celebraron á competencia espléndidas fiestas en honor de nuestra Virgen mexicana. El virtuoso Pre-



ILLMO. SR. OBISPO DE PUEBLA DE LOS ANGELES

JOSE MARÍA MORA Y DAZA.



lado sintió conmoverse al tener noticia del brillante éxito de su iniciativa, y seguía trabajando empeñosamente en la realización de las subsecuentes peregrinaciones, que tuvo la pena de que fuesen suspendidas por disposición del Metropolitano, á consecuencia de las obras materiales, que comenzaron á ejecutarse en el templo para ensancharlo. Sin desalentarse por esta contrariedad el celoso Pastor, resignose á esperar que terminasen las obras para continuar trabajando en llevar á cabo su propósito de dejar establecidas las peregrinaciones mensuales.

Natural era que estos esfuerzos, que tan fervoroso celo del dignísimo Obispo de Puebla demostraban, acabasen de gran gearle el amor de sus diocesanos; natural era también que la Nación toda adquiriese grandes simpatías por un Prelado que había sabido promover en tan alta escala el esplendor de Culto á la Madre de los mexicanos. La Sociedad por medio de la prensa católica prodigó merecidos elogios á la iniciativa del Illmo. Sr. Mora, confirmando el prestigio que legítimamente había ganádose ya en la República entera. En lo de adelante la voz del Obispo de Puebla sería escuchada con interés y hasta obedecida de todos los católicos mexicanos, en lo que se refiriera á los intereses generales de la Religión y de la Patria.

Providencial fué sin duda que el Obispo de Puebla por un medio tan legítimo contase con las simpatías generales, para que al iniciar otra obra de no menor importancia, el País todo se hallase dispuesto á secundarle en sus elevados propósitos.

Mediaba casi el año de 1887. El Illmo. Sr. Mora, ponía tregua una tarde á sus multiplicadas atenciones pastorales, entregándose por breve rato á las dulzuras de la amistad en una reunión de cuatro amigos á quienes favorecía con su cariño. Hablose de las peregrinaciones á la Villa de Guadalupe y del maravilloso éxito que iban teniendo; se habló de la Coronación de la venerada Imagen, de la aprobación que este acto de filial devoción había merecido del Santo Padre; se habló de la persona del ilustre Pontífice y de la próxima

celebración de su Jubileo; refiriéronse los preparativos que otras naciones y otras diócesis hacían para concurrir á la gran fiesta jubilar. El Prelado expuso los varios proyectos que venía estudiando para preparar el contingente con que la Sagrada Mitra de Puebla concurriría á la gran manifestación que el mundo disponía en honor del Pontífice. En la conversación surgió la idea de organizar una peregrinación diocesana, para felicitar en persona al Padre Santo. Los ojos del Prelado brillaron de alegría; se le vió conmovirse á la sola enunciación del pensamiento; habló largamente sobre la importancia que para Puebla tendría semejante manifestación, y gradualmente fué discutiendo acerca de la extensión que debiera darse á la idea y de los medios para llevarla á cabo, hasta llegar á proponer que la manifestación tuviera el carácter de nacional y para ello que se consultara el parecer de los otros ilustres pastores de la Iglesia y señaladamente el del dignísimo Metropolitano. Desde luego comisionó á uno de los presentes para que fuese á la Capital á conferenciar con el Illmo. Sr. Labastida, y á los cuatro amigos los constituyó en comisión también para estudiar el proyecto y proponer los medios de realizarlo. Así quedó determinada por el Obispo de Puebla la primera excursión religiosa que iba á ser organizada en nuestra República.

No pasó una semana y el comisionado del señor Obispo daba cuenta del resultado de su comisión cerca del Metropolitano. El Illmo. Sr. Arzobispo de México aprobaba el pensamiento de la Peregrinación y ofrecía prestarle todo el valioso apoyo de su autoridad y todo el prestigio de su influencia. Quedó resuelto por lo mismo que se procedería á trabajar inmediatamente en la realización, principiando por dirigir atentas invitaciones en lo particular á los otros ilustrísimos Prelados y se haría un llamamiento general á los católicos de todo el país para que se alistasen en el Registro que se abriría en la Secretaría del Obispado. Autorizose á los nombrados para que con el carácter de Comisión organizadora hiciesen la propaganda de la manera que lo creyesen conveniente y

preparasen todo lo que fuese necesario para la ejecución de la idea. Como complemento de ésta se acordó con el beneplácito del Illmo. Sr. Arzobispo Labastida, la formación de un Album nacional que se compondría de los escritos en prosa y verso, en latín y en castellano, que remitiesen para tal objeto los católicos de la República, á los cuales se dirigiría separadamente una especial invitación. No es fuera del caso insertar esas invitaciones que con profusión circularon en pocos días y sirvieron de tema á la Prensa católica, para recomendar las obras expresadas. He aquí el texto de esos documentos:

“INVITACIÓN.—Hay en el mundo un hombre, un anciano que, prisionero en su casa, en una de las grandes ciudades de la vieja Europa, es el objeto de las atenciones, del respeto, de la veneración de todos los pueblos.

“Rey sin estados, tiene, como súbditos, á millones de habitantes en nuestro Globo: Soberano sin ejércitos ni representación de poder entre las naciones, recibe embajadas y misiones de los más poderosos monarcas de la tierra, y ejerce autoridad, á millones de leguas de distancia del lugar en que reside, sobre gentes y razas de las más, enorgullecidas con su fuerza y su prestigio; anciano débil y enfermizo, su elocuente voz se hace escuchar en todos los ámbitos del orbe terrestre y su palabra es obedecida de muchos y respetada del mayor número: sus altos y nobles designios son secundados, siquiera inconscientemente en todas partes: sus preceptos son reglas de vivir para los demás; sus consejos solicitados de los grandes, y hasta sus juicios dirimen las diferencias entre los reinos.

“Este anciano sin cetro, sin corona, sin soberanía temporal, es para los católicos el Padre común, el representante de Jesucristo en la tierra; para los disidentes el hombre de alta influencia, de gran prestigio, de sabio consejo; para todos, católicos, disidentes y hasta infieles, el gran moderador de las ambiciones, el pacificador de los pueblos, el maestro de la sana moral y el regulador de la política.

“Gozando de tan elevada estimación en el orbe entero, al acercarse el aniversario de cierto acontecimiento de su preciosa vida, los soberanos de la tierra se preparan á tributarle homenajes y ofrecerle dones; organizan embajadas y se disponen á celebrar ese aniversario con más pompa de la que se haya desplegado nunca en honor de los más poderosos monarcas. Los pueblos, secundando los altos designios de sus gobernantes, se aprestan, asimismo, para dirigirse en numerosas peregrinaciones, con

el objeto de ofrecer en persona, á ese hombre singular, el tributo de su veneración, y presentarle las ofrendas de su amor y de su reconocimiento.

«Ese hombre es el Sumo Pontífice León XIII, y ese aniversario, el quincuagésimo de su exaltación al sacerdocio que tanto ha enaltecido.

«Las correspondencias y los telegramas de todo el mundo, anuncian diariamente los grandes preparativos que hacen las naciones, aun las más enemigas del catolicismo, como Turquía y la China, para celebrar de una manera inusitada este glorioso aniversario, determinante de la longevidad con que Dios favorece de ordinario á sus representantes en la tierra, cuando la existencia de éstos es tan preciosa para la Religión y para la humanidad, como la del esclarecido Pontífice que actualmente gobierna la Iglesia.

«Y México y la Diócesis de Puebla, ¿permanecerán indiferentes é inactivos en medio de este entusiasmo y de este movimiento universal en honor del primer hombre de la Cristiandad?

«Puebla, cuyos habitantes siempre se han distinguido por su acendrado catolicismo y por su fervorosa piedad; Puebla, ¿no tomará parte en el regocijo general? ¿No concurrirá con su contingente de representación y de dones á la gran fiesta que va á solemnizar el próximo mes de Diciembre, no solamente el pueblo católico, sino hasta las naciones disidentes?

«¡Poblanos! No desmentiréis en esta ocasión vuestro espíritu de iniciativa, y vuestro arrebatador entusiasmo para todo la que se refiere á las glorias de la Religión y de la Patria. Aquella os llama para que organizados en gran peregrinación, vayáis á rendir al Vicario de Cristo, el homenaje de amor, de respeto y admiración de un pueblo que se gloria de haber conservado incólume la Fe de sus mayores. La Patria os exige que por medio de representantes de todas clases de la sociedad, hagáis que México no sea extraño á una solemnidad en la que van á tomar parte las naciones todas de la tierra. Ya que las instituciones que rigen al país, no permiten que nuestros gobiernos envíen sus delegaciones, estáis obligados á enviar la vuestra.

«Escuchad, pues, la voz de la Religión y la del patriotismo que os excitan y os llaman á secundar el proyecto que se ha formado por iniciativa y bajo los auspicios de nuestro Illmo. Prelado diocesano, para organizar una gran peregrinación á Roma en Diciembre próximo.

«Enorgulleceos con la esperanza de que vuestro ejemplo será imitado por los otros Estados de la República, y con la seguridad de que á vuestra iniciativa y á vuestros esfuerzos se deberá el que México sea representado dignamente en el próximo jubileo del Santo Padre.—Abril de 1887.—*La Comisión.*

«El registro de la Peregrinación queda abierto en la Secretaría Episcopal.»

«INVITACIÓN.—Todos los pueblos del orbe católico y aun los desidentes, y hasta los infieles, hacen preparativos para contribuir á la celebración de la gran fiesta que tendrá lugar en Roma el 31 de Diciembre próximo, quincuagésimo aniversario del Sacerdocio de S. S. el Sr. León XIII, que felizmente gobierna la Iglesia.

«Los fieles de muchos países católicos se preparan á dirigir en ese día sus reverentes manifestaciones de amor y respeto al Vicario de Jesucristo, y es indudable que nuestra Patria no hará extrañar su presencia en ese concurso de las inteligencias y de los corazones al derredor del trono del inmortal Pontífice.

«Pero si bien la prensa y las conversaciones privadas están evidenciando cuál es á ese respecto el deseo muy acentuado de los católicos mexicanos, y nadie duda que serán una realidad los propósitos de muchos para enviar sus cariñosos recuerdos al Padre común en ese día memorable; faltando hasta ahora un centro de organización de esas manifestaciones, algunas no llegarán probablemente á su destino, y emanadas otras de individualidades desconocidas en su gran mayoría, no tendrán para su objeto el valor que representarían unidas, formando como la expresión de los sentimientos de todo un pueblo para con el Jefe supremo de la Iglesia universal.

«Con este designio, el Illmo. Sr. Obispo de esta Diócesis, mi digno Prelado, concibió la idea, que ha merecido la aprobación del Illmo. Sr. Arzobispo de México, de convocar á los católicos de toda la República para que las composiciones que con el objeto indicado quieran escribir, sean dirigidas á un centro común, que será la Comisión que se ha nombrado al efecto, y tengo la honra de presidir. Estas piezas, juntamente con los retratos de sus autores, serán reunidas en uno ó más volúmenes que, lujosamente encuadernados, presentará en su oportunidad al Sumo Pontífice una diputación que se nombrará, de acuerdo con el dignísimo Metropolitano.

«En nombre, pues, y por orden de mi Prelado, invito á todos los católicos de ambos sexos que quieran concurrir á la formación del Album, para que en el presente mes y en el curso del entrante Junio, se sirvan remitir á esta Secretaría sus composiciones en prosa ó verso, conforme á las instrucciones que van adjuntas.

«¡Ojalá y todas las personas que saben escribir, acudan á este llama-

miento, y el Album que se ha de presentar al Santo Padre, lleve millones de retratos y de firmas!

"Puebla, Mayo de 1887.—El Secretario de la Mitra, Presidente de la Comisión, *Priscilano José de Córdova*, Prebendado."

"*Instrucciones relativas á la formación del álbum dedicado á S. S. el Sr. León XIII.*—1ª El álbum se formará con las composiciones literarias inéditas, en prosa y verso, ora sean artículos ó poesías, ora sencillas saluciones, dedicatorias, inscripciones ó pensamientos, en castellano ó en latín, que tengan por objeto felicitar al Santo Padre con ocasión de su jubileo sacerdotal. También serán admitidas las composiciones en idiomas mexicanos, pero acompañadas de la traducción respectiva en castellano.

"Cada composición irá acompañada de una fotografía del autor en el tamaño de tarjeta común.

"2ª Las asociaciones religiosas, los colegios y las escuelas podrán remitir una sola composición suscrita por el Presidente, director, profesores, asociados y alumnos, acompañando si fuere posible los retratos en grupo en una sola fotografía que en ese caso podrá exceder del tamaño indicado.

"3ª Se recomienda que las composiciones sean escritas por los mismos autores y en todo caso suscritas por ellos.

"4ª Se recomienda igualmente que el tamaño del papel en que sean escritas las composiciones, tenga la medida del llamado comunmente de *ministro*; que se escriba por sólo una cara dejando en blanco la vuelta, y se procure dejar márgenes también en blanco á uno y otro lado de lo escrito, para facilitar la encuadernación.

"Las composiciones en idiomas mexicanos serán escritas á dos columnas, para que la traducción se lea al lado izquierdo del original.

"5ª Las composiciones con los retratos serán remitidas por el correo en todo el mes actual y en los siguientes Junio, Julio y Agosto, dirigidas al "Secretario de la Mitra de Puebla" á esta ciudad.

"La Secretaría acusará recibo á los remitentes por el mismo conducto, cuando no estén certificados los pliegos.

"6ª El Album lujosamente encuadernado, en uno ó más volúmenes, será exhibido al público en la Capital de la República y en esta Ciudad en los lugares de que se dará conocimiento por la prensa, antes de ser remitido á su destino."

En breve tiempo las ideas de la Peregrinación á Roma y el Album de S. S. habían propagádose por toda la República. Los periódicos les consagraron extensos artículos, señalán-

dose entre otros "El Tiempo," que desde un principio fué y siguió siendo después el más entusiasta propagandista de la Romería. La Secretaría del Obispado comenzó á recibir innumerables solicitudes de muchas localidades del país. El señor Obispo recibía correspondencias de casi todos sus hermanos en el Episcopado, aprobando éstos el pensamiento y ofreciendo su cooperación incondicionalmente. Dignos son de especial mención á este respecto los Illmos. Señores Obispos de León, de Querétaro y de Chilapa, quienes acogieron la idea con un entusiasmo excepcional.

La Comisión organizadora, infatigable en sus trabajos, secundando eficazmente los designios del Prelado angelopolitano, movía cuantos resortes estaban á su alcance para dar vuelo al pensamiento, y proponía y ejecutaba eficacísimas gestiones, y daba todos los pasos necesarios y convenientes en orden á la consecución de su objeto, con una actividad y con un empeño de que acaso no hay precedente en la historia.

Merece consignarse la asiduidad y constancia con que la Comisión alentó y sostuvo la propaganda por la prensa. Casi no había semana en que en algunos de los periódicos católicos no apareciese una correspondencia ó algún artículo procedente de la Comisión ó inspirado por alguno de los comisionados á sus amigos los escritores de la Capital ó de los Estados. No fué la parte menos principal de estos trabajos, la serie de artículos que con el seudónimo de *Una suscritora de "El Tiempo"* fueron remitidos á este benemérito diario, el cual estuvo insertándolos por espacio de algunos meses en lugar preferente. En esos artículos la Suscritora fingió unos sueños en los cuales veía la Peregrinación realizada según los propósitos de la Comisión y daba cuenta de todo lo que se imaginaba á este respecto, haciendo relación del viaje con todos sus encantos y peripecias, y describiendo los lugares y los monumentos que debían visitar los peregrinos. Cuanto favorecieron estos artículos á la propaganda de la Comisión, hemos tenido ocasión de saberlo después, habiendo oído decir á muchos de los romeros que á la lectura de los sueños de

la Suscritora debieron su determinación de alistarse en la Romería.

No menos importantes que los trabajos de propaganda fueron sin duda los de organización. El primero de todos, el más delicado y el que más preferentemente ocupó á los comisionados fué el del ajuste del pasaje. Ligado con este trabajo y aun dependiendo de él hasta cierto punto, el estudio de la ruta que debiera seguirse en la expedición, exigió de los comisionados gran diligencia y profunda meditación. Fruto de sus primeras labores á este respecto fué la feliz idea de expedir una convocatoria que se publicó en muchos periódicos nacionales y extranjeros y se circuló entre las Compañías de Navegación y Ferrocarriles, abriendo un concurso para el ajuste en la forma de subasta. Es importante dar á conocer los términos de esa convocatoria.

«*CONVOCATORIA que se hace á las Compañías de navegación trasatlántica para ajustar el pasaje de una Peregrinación de México á Roma.*—Art. 1º Se Convoca á las Compañías ó Empresas de líneas de Vapores Trasatlánticos de cualquiera nacionalidad que sean, para que en el curso del presente mes de Mayo, y en todo el entrante Junio, remitan á esta Secretaría proposiciones de ajuste para la conducción de las personas que quieran trasladarse de la Capital de la República á Roma, (Italia) en la peregrinación que para el mes de Diciembre próximo está organizándose en esta Ciudad.

«Art. 2º Las proposiciones serán remitidas por el correo en pliego certificado, dirigidas al Secretario de la Mitra de Puebla, poniéndoles por contraseña en el sobre la palabra "peregrinación."

«Art. 3º Estos pliegos se conservarán cerrados en la Secretaría, hasta el día 2 de Julio próximo, en que á presencia de un notario público, serán abiertos, para darles lectura y examinar cuál es la propuesta que ofrece mayores ventajas, á juicio de la comisión respectiva.

«Art. 4º Las propuestas que sean desechadas serán devueltas por el correo inmediato, debidamente certificadas, á la dirección que en ellas se indique.

«Art. 5º La propuesta que sea aceptada por la comisión, será publicada inmediatamente, y bajo las bases en ella contenidas, se hará el ajuste con la Compañía respectiva, extendiéndose el contrato con las condiciones que para seguridad de la Empresa y del público sea conveniente pactar.

«Art. 6º En igualdad de circunstancias respecto de las propuestas que se reciban, se dará la preferencia á una Compañía Española.

«Art. 7º Las Compañías que quieran remitir sus proposiciones de ajuste, deberán sujetarse á las bases siguientes:

«I. La excursión debe salir de la capital de la República en el mes de Diciembre, el día que se fijará, después del en que tenga lugar la fiesta de la Coronación de la Santísima Virgen de Guadalupe, llegará á Roma en el menor tiempo posible; permanecerá á lo más un mes en el Continente, y regresará en seguida á la República, desembarcando en el mismo puerto de partida.

«II. La travesía se hará de Veracruz á uno de los puertos de Italia, el menos distante de Roma, unido con dicha ciudad por vía férrea, ó bien por Nueva York á uno de los puertos de Francia, ligados por ferrocarril directo á Roma, ó que tenga conexión con alguno que llegue directamente á la misma ciudad.

«III. Las compañías de navegación deberán proponer el costo de pasaje por mar y tierra desde la capital de la República hasta Roma; haciéndose cargo de entenderse con las Empresas de ferrocarriles nacionales y extranjeros, para la conducción de los pasajeros de ida y vuelta al punto de su destino.

«Las compañías que no quieran adoptar esta base, podrán hacer proposiciones por el pasaje de mar solamente; pero con sujeción á las otras bases de esta convocatoria.

«IV. Las proposiciones contendrán los precios de pasaje, ida y vuelta, en primera y segunda categoría, y en la especial para criados; teniendo en cuenta que el pago se ha de hacer en moneda mexicana en la capital de la República; se expresará la clase de alimentos que han de servirse á los pasajeros durante la navegación; y todas las comodidades que se les haya de proporcionar.

«V. En las tarifas de precios de conducción, ha de estar comprendido el costo de embarque y desembarque de pasajeros y equipajes de la Estación del ferrocarril á la embarcación, y viceversa.

«VI. Se expresará el peso de equipaje que se ha de librar gratis á cada boleto de ida y vuelta, y lo que se ha de pagar por el excedente.

«VII. Se propondrá el precio de pasaje en el concepto de que el número de viajeros no sea menor de quinientas personas; expresándose el mayor descuento que ha de hacerse si pasan de este guarismo.

«VIII. Se propondrá además el número proporcional de pasajes libres que se ha de librar para los directores de la peregrinación y para escritores públicos.

„IX. Se recomienda á las compañías que quieran remitir sus proposiciones, se sirvan acompañar sus itinerarios y tarifas ordinarias de pasajes, para poder apreciar las ventajas relativas que ofrezcan dichas proposiciones.

„X. Las propuestas estarán firmadas por el representante, gerente ó agente principal de la Compañía respectiva, y no serán tomadas en consideración las que aparezcan suscritas por personas extrañas á la dirección de las mismas Compañías.

„Se expresará además el domicilio de la Compañía y el de la persona con quien se ha de hacer el ajuste en el caso de ser aceptada la propuesta respectiva.—Puebla, (México) Mayo 1º de 1887. —El Secretario de la Sagrada Mitra, presidente de la Comisión.—*Prisciliano José de Córdoba*.—Prebendado.

A solicitud de alguna Compañía que tuvo empeño en acudir al concurso se prorrogó el plazo por dos meses más. El día del remate una sola Compañía presentó proposiciones de ajuste. La Comisión tuvo la pena de no aceptarlas por tres razones principales: la primera, porque no ofrecía las ventajas pecuniarias que los comisionados se proponían sacar para los excursionistas. La segunda, porque la Empresa no se comprometía á poner buque especial para toda la Peregrinación; ofrecía llevarla por grupos en los viajes ordinarios de Veracruz á determinados puertos del Mediterráneo. La tercera, porque mientras llegó el día fijado en la convocatoria, el Santo Padre, á quien se pidió se sirviese fijar día para la audiencia, había designado uno de los últimos de Abril, y en la estación del verano sería peligroso aventurar el paso de la Romería por Veracruz, principalmente á su regreso en el mes de Julio. Fueron, pues, desechadas las proposiciones presentadas y la Comisión tuvo que comenzar de nuevo sus agencias, dirigiéndose á las Compañías trasatlánticas inglesas ó francesas que hacen la travesía de Nueva York á las costas europeas del Mediterráneo. Aquí principió una serie de gravísimas dificultades que retardaron la marcha de los trabajos é impidieron á la Comisión anunciar definitivamente el día de la partida y las condiciones de la excursión.

CAPÍTULO SEGUNDO

Impaciencia del público.—Fallecimiento del Sr. Mora y Daza.—Desaliento.—El Señor Vicario Capitular en Sede Vacante.—Reanudación de los trabajos.—El ajuste.—Propaganda en contra.—Firmeza de los comisionados.—Dificultades de última hora.—Últimos preparativos.

ENTRETANTO la impaciencia del público aumentaba de día en día. Pocos eran los en que no recibía la Comisión alguna carta en la que se le preguntaba si tenía lugar la Peregrinación, ó cuándo se verificaría y en qué términos. Apenados y llenos de mortificación contestaban los comisionados, manifestando que próximamente se fijarían las condiciones. Habíase constituido un agente en Nueva York, persona respetable y sumamente eficaz que con frecuencia transmitía á la Comisión el éxito de sus gestiones; pero sin anunciar un resultado definitivo. Preparábase á salir para los Estados Unidos uno de los miembros de la Comisión, cuando un suceso inesperado vino á paralizar repentinamente los trabajos.

El Illmo. Sr. Mora había sido acometido de un ligero accidente. Un catarro ó cosa semejante le había impedido asistir al despacho tres ó cuatro días. Nadie se había inquietado por ello. Pero en las primeras horas del día 26 de Diciembre un rumor siniestro corrió por toda la ciudad. El Señor Obispo se hallaba en agonía. El Palacio episcopal instantáneamente se llenó con la muchedumbre de personas que acudieron movidas por el interés que les inspiraba la situación del Prelado. A las diez de la mañana la campana mayor de Ca-

„IX. Se recomienda á las compañías que quieran remitir sus proposiciones, se sirvan acompañar sus itinerarios y tarifas ordinarias de pasajes, para poder apreciar las ventajas relativas que ofrezcan dichas proposiciones.

„X. Las propuestas estarán firmadas por el representante, gerente ó agente principal de la Compañía respectiva, y no serán tomadas en consideración las que aparezcan suscritas por personas extrañas á la dirección de las mismas Compañías.

„Se expresará además el domicilio de la Compañía y el de la persona con quien se ha de hacer el ajuste en el caso de ser aceptada la propuesta respectiva.—Puebla, (México) Mayo 1º de 1887. —El Secretario de la Sagrada Mitra, presidente de la Comisión.—*Prisciliano José de Córdoba*.—Prebendado.

A solicitud de alguna Compañía que tuvo empeño en acudir al concurso se prorrogó el plazo por dos meses más. El día del remate una sola Compañía presentó proposiciones de ajuste. La Comisión tuvo la pena de no aceptarlas por tres razones principales: la primera, porque no ofrecía las ventajas pecuniarias que los comisionados se proponían sacar para los excursionistas. La segunda, porque la Empresa no se comprometía á poner buque especial para toda la Peregrinación; ofrecía llevarla por grupos en los viajes ordinarios de Veracruz á determinados puertos del Mediterráneo. La tercera, porque mientras llegó el día fijado en la convocatoria, el Santo Padre, á quien se pidió se sirviese fijar día para la audiencia, había designado uno de los últimos de Abril, y en la estación del verano sería peligroso aventurar el paso de la Romería por Veracruz, principalmente á su regreso en el mes de Julio. Fueron, pues, desechadas las proposiciones presentadas y la Comisión tuvo que comenzar de nuevo sus agencias, dirigiéndose á las Compañías trasatlánticas inglesas ó francesas que hacen la travesía de Nueva York á las costas europeas del Mediterráneo. Aquí principió una serie de gravísimas dificultades que retardaron la marcha de los trabajos é impidieron á la Comisión anunciar definitivamente el día de la partida y las condiciones de la excursión.

CAPÍTULO SEGUNDO

Impaciencia del público.—Fallecimiento del Sr. Mora y Daza.—Desaliento.—El Señor Vicario Capitular en Sede Vacante.—Reanudación de los trabajos.—El ajuste.—Propaganda en contra.—Firmeza de los comisionados.—Dificultades de última hora.—Últimos preparativos.

ENTRETANTO la impaciencia del público aumentaba de día en día. Pocos eran los en que no recibía la Comisión alguna carta en la que se le preguntaba si tenía lugar la Peregrinación, ó cuándo se verificaría y en qué términos. Apenados y llenos de mortificación contestaban los comisionados, manifestando que próximamente se fijarían las condiciones. Habíase constituido un agente en Nueva York, persona respetable y sumamente eficaz que con frecuencia transmitía á la Comisión el éxito de sus gestiones; pero sin anunciar un resultado definitivo. Preparábase á salir para los Estados Unidos uno de los miembros de la Comisión, cuando un suceso inesperado vino á paralizar repentinamente los trabajos.

El Illmo. Sr. Mora había sido acometido de un ligero accidente. Un catarro ó cosa semejante le había impedido asistir al despacho tres ó cuatro días. Nadie se había inquietado por ello. Pero en las primeras horas del día 26 de Diciembre un rumor siniestro corrió por toda la ciudad. El Señor Obispo se hallaba en agonía. El Palacio episcopal instantáneamente se llenó con la muchedumbre de personas que acudieron movidas por el interés que les inspiraba la situación del Prelado. A las diez de la mañana la campana mayor de Ca-

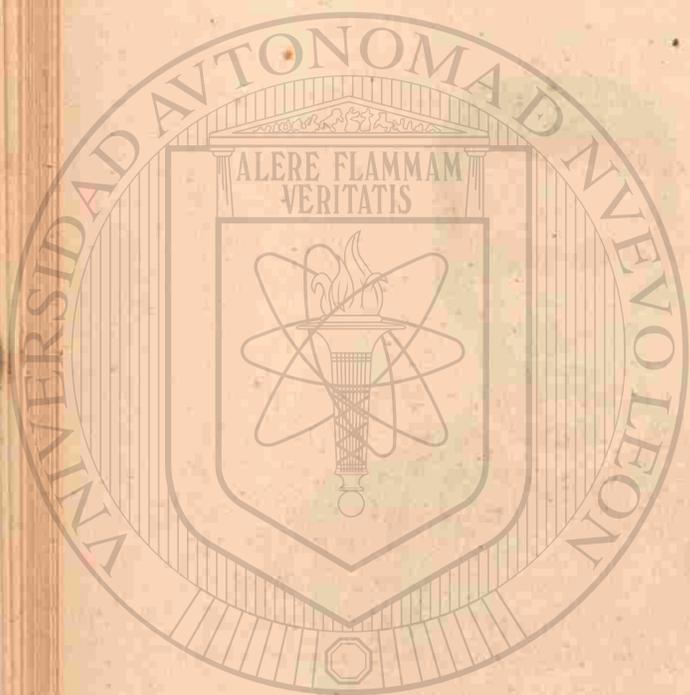
tedral daba el fúnebre toque llamado de agonía. Una hora después el venerado Pastor entregaba el alma á Dios. El iniciador de la Peregrinación se moría sin haber visto realizada su obra.

Pasados los momentos del dolor, todas las personas que en Puebla se preparaban á formar en la Romería, exclamaban con tristeza: ¡Ya no habrá Peregrinación! Y esta desconsoladora exclamación tomaba pronto las proporciones de un pronóstico, y de boca en boca se trasmitía como el desenlace, providencial acaso, de un proyecto desatinado ó por lo menos irrealizable. El desaliento cundía rápidamente, y los comisionados no tenían medios de reanimar el espíritu público, y guardaban silencio, y encerrados en una prudente reserva esperaban resignados los acontecimientos. Era necesario aguardar á la elección de Vicario Capitular, y después saber si el sucesor temporal del Obispo difunto, determinaba llevar adelante la empresa iniciada por su antecesor. Así pasaron algunos días, hasta que el Venerable Cabildo, gobernando la Diócesis en Sede vacante, eligió para Vicario Capitular al Sr. Dr. D. Ramón Ibarra.

El Sr. Dr. Ibarra, prebendado de la Iglesia Catedral, en edad muy temprana recibió en Roma los grados de Doctor en Filosofía, en Teología y en Derecho canónico. Al regresar á Puebla con tan honrosos títulos, fruto de sus talentos y aplicación al estudio, fué acogido por la Sagrada Mitra con las consideraciones que merecía y pronto se le llamó á ocupar en el Cabildo un puesto que de ordinario no se ofrece sino á los sacerdotes que han envejecido en el ministerio. Sus profundos conocimientos en el Derecho le hicieron además acreedor á desempeñar el encargo de Promotor fiscal de la Curia eclesiástica, para el cual le nombró el finado Señor Obispo. El Sr. Ibarra, sin dejar de llenar las funciones de los elevados puestos á que había sido llamado, atendía eficazmente á la dirección de las almas en el confesionario y en el púlpito, y su celo en el ejercicio de esta parte de su ministerio le grangeó la estimación de que ha venido gozando en Puebla. Su infatigable empeño por la enseñanza de



SR. VICARIO CAPITULAR DE PUEBLA.
DR. RAMON IBARRA.



la juventud, ya dirigiéndola personalmente en el Seminario Palafoxiano, en donde tiene á su cargo la prefectura de estudios, ya promoviendo y llevando á cabo la fundación de un plantel de educación para niñas, que recibe en la actualidad mayor número de educandas que otro alguno de los establecidos en la ciudad, acabó de ganarle las simpatías de los católicos de Puebla, y de confirmarle en el alto concepto que de su mérito personal tenía formado el Gobierno eclesiástico de la Diócesis. Lejos, pues, de parecer desacertada la elección que para presidir este gobierno hizo el Venerable Cabildo en la persona del Sr. Ibarra, fué recibido con general aplauso el nombramiento, y el clero y el pueblo se felicitaron de tener á la cabeza de la Diócesis á una persona tan digna.

Luego que el Sr. Ibarra tomó posesión de su encargo, uno de sus primeros actos fué reunir á los individuos de la Comisión organizadora de la cual él mismo formaba parte. Pidióles informes sobre el estado de los trabajos y desde luego ordenó que fuesen reanudados con toda actividad. Dictó, de acuerdo con sus colegas, algunas acertadas disposiciones, y recomendó á estos no desmayasen delante de las dificultades que se habían presentado, asegurándoles que por su parte estaba resuelto á llevar á cabo la grande obra iniciada por su antecesor. Los comisionados no pudieron menos de recobrar el aliento y se sintieron dispuestos á redoblar sus esfuerzos para sobreponerse á los obstáculos. Estos, durante las negociaciones entabladas con diversas Compañías, habían venido siendo insuperables. Ya se dijo arriba cómo el ajuste con la empresa única que había presentádose al concurso era inadmisibile. Algunas otras proposiciones habían sido transmitidas por el agente de Nueva York; pero no fueron aceptadas, porque exigían las respectivas Compañías que la Comisión asegurase un determinado número de pasajeros, lo cual era del todo imposible. La Comisión había recibido numerosas solicitudes de muchas personas para ser inseritas en la Peregrinación. Pero podía contar con que estas personas realizaran el viaje después de que fue-

sen conocidas las condiciones del ajuste? ¿Podía la Comisión aventurarse á fijar el minimum de los peregrinos, con el único dato que tenía, el de las solicitudes, que evidentemente podía disminuir en un guarismo de consideración? La experiencia demostró más tarde que los comisionados obraron con prudencia al no querer comprometerse con las compañías á fijar el número de los excursionistas.

El tiempo avanzaba entretanto rápidamente; acercábase la fecha en que era indispensable saliese la expedición para llegar oportunamente á Roma y acudir con puntualidad á la cita que nos había dado el Vicario de Jesucristo. Agitábase la Comisión, multiplicando correspondencias y cablegramas; gestionando con actividad cerca de alguna Compañía cuyos agentes en la Capital habían hecho proposiciones á última hora, y todo sin resultado satisfactorio. Así caminaban las cosas al principiar el mes de Febrero del presente año.

En los últimos días de Enero habíanse recibido de Nueva York proposiciones de alguna Compañía inglesa para el transporte de los peregrinos, solamente de aquel puerto á uno de los de Italia, Nápoles ó Civita Vecchia. Era necesario para resolver sobre esas proposiciones tratar con las Compañías de Ferrocarriles americanos y con la del Central mexicano. Comisionóse al infatigable Sr. D. Joaquín Valdez Caraveo para que con la actividad que le caracteriza entablase estas negociaciones, dirigiéndose á la Gerencia del Ferrocarril Central. Valdez Caraveo se trasladó á la Capital; trató con la expresada Compañía; encontró en ésta buena disposición no sólo para hacer el ajuste del pasaje de México á Nueva York, sino para concertarlo hasta Roma. Pasaron unos días y antes de terminar el mes de Febrero, el Lic. Valdez remitía á la Comisión el proyecto de ajuste, que, aceptado con algunas ligeras modificaciones, se dió á conocer al público por medio de circulares y por los periódicos en los términos siguientes:

«Bases para el transporte de la Peregrinación á Roma.—1ª La Peregrinación saldrá de la capital de la República en la primera quincena de Abril próximo por el Ferrocarril Central Mexicano el día y á la hora que

se fijará oportunamente; avisándose por los periódicos con la anticipación debida.

«2ª El itinerario será, de la ciudad de México á la de Nueva York por ferrocarril; del puerto de Nueva York á uno de las costas de Italia, que será Nápoles ó Civita Vecchia, en buenas embarcaciones de una de las líneas trasatlánticas más acreditadas; del puerto de desembarque á Roma, por ferrocarril.

«3ª La permanencia en Roma será de treinta días.

«4ª La Peregrinación regresará por el mismo itinerario del viaje de ida.

«5ª Los peregrinos no sufrirán detención en los trasbordos, fuera de la indispensable para conducir los equipajes del ferrocarril á bordo y vice-versa.

«6ª La alimentación de los pasajeros en las embarcaciones será de lo mejor, y el servicio esmerado.

«7ª Los precios de pasaje de ida y vuelta, de la ciudad de México á Roma, comprendiendo los alimentos y asistencia en las embarcaciones, serán los siguientes:

«1ª Clase.....	\$ 250	Moneda americana.
«2ª id.	200	„ „
«3ª id.	155	„ „

«Los niños menores de tres años, nada pagarán.

«8ª Las personas que no puedan hacer el pago en moneda americana, lo verificarán en la corriente mexicana con el aumento correspondiente al tipo de cambio que corra en la Plaza de México.

«9ª A cada boleto de cualquiera clase se le librarán 150 libras de equipaje, tanto á la ida como á la vuelta.

«10ª La administración del Ferrocarril Central expedirá los boletos de pasaje, previo pago de su importe, en los días que corran del 20 al 31 de Marzo.

«11ª Para tener derecho á las concesiones acordadas á los peregrinos, se necesita presentar la tarjeta de inscripción, que expedirá la Secretaría de la Sagrada Mitra de Puebla, encargada de formar el registro correspondiente.

«12ª Para obtener la tarjeta á que se refiere la cláusula precedente, bastará dirigir el pedido al «Presidente de la Comisión organizadora de la Peregrinación á Roma.—Puebla.—Secretaría del Obispado.» El pedido podrá hacerse por carta ó por telégrafo, y será remitida la tarjeta á la dirección que se indique, por el correo inmediato.

«Las personas que no quieran ocurrir directamente á la Comisión, po-

drán solicitar la tarjeta por conducto de los Illmos. Sres. Obispos de las respectivas Diócesis.

„13ª En el curso del presente mes de Febrero deberán hacerse las inscripciones en el registro de la Peregrinación, á efecto de que las Compañías encargadas de arreglar el transporte de los peregrinos tengan noticia anticipada del número de éstos.

„14ª Oportunamente se publicará el programa de la Peregrinación.

„Puebla, Febrero de 1888.

ADICIONES.—A última hora la Compañía se ha servido hacer espontáneamente las siguientes concesiones en favor de los peregrinos:

„1ª Nada se cobrará por el trasbordo de pasajeros y equipajes del Ferrocarril á bordo y vice-versa.

„2ª La Compañía garantiza el tipo del cambio de moneda americana por la mexicana, *al treinta y uno por ciento.*

„3ª Para proporcionar descanso á los peregrinos en Nueva York, dos ó tres días podrán pasar á bordo de los vapores en que han de ser conducidos á Europa, *sin pagar nada por dicha permanencia.*”

Ventajosas como eran á primera vista las anteriores condiciones, habría mejorádaslas la Comisión si hubiese tenido para ello el tiempo disponible. Pero este se estrechaba angustiosamente y ó debía prescindirse de llevar á cabo la empresa ó habían de aceptarse las proposiciones del Central, que en todo caso eran las mejores que se habían obtenido después de un año empleado en tratar con la mayor parte de las Compañías de Navegación en México y en el extranjero.

Una vez publicadas las condiciones con la nueva convocatoria que dirigió la Comisión á los católicos de la República; desatóse una terrible propaganda en contra de la realización del pensamiento en los términos propuestos. Lamentable fué, y cuesta trabajo decirlo, que esta propaganda hubiese nacido en el seno de nuestra comunión y fuese sostenida hasta los momentos de partir la Peregrinación por nuestros mismos hermanos los católicos. Penoso es consignar que hasta algún respetable Prelado de la Iglesia se declaró en contra de la Romería, negando á sus sacerdotes el permiso para alistarse en ella.

Acremente fueron combatidas las propuestas de ajuste. La ruta elegida calificóse como la más inconveniente. Ocho días de camino en ferrocarril, se decía, no puede soportarlos la

constitución más vigorosa. Hacer la travesía de mar, de Nueva York á Nápoles, murmurábase, equivale á elegir la ruta más dilatada, con grave perjuicio de la salud y con mayor peligro para la vida de los peregrinos. Discutiábase hasta la baratura del pasaje, y no faltaba quien llegase á hacer números para pretender probar que tal baratura no existía, y el pasaje salía más costoso que el ordinario en determinadas líneas trasatlánticas.

La Comisión, revestida de inquebrantable firmeza, iba adelante en sus trabajos, sin descuidar combatir directa ó indirectamente la propaganda contraria. Con el eficaz auxilio de los apreciables Diarios “La Voz de México,” “El Tiempo” y “El Nacional” en la Capital, “El Pueblo Católico” en León y algunos otros en los Estados, desmentía las falsas especies que se hacían circular, contestaba á las objeciones que se oponían, rechazaba las injustas censuras que se lanzaban, y sostenía el espíritu y la resolución de los adictos, atrayendo á los desafectos, y en dos semanas había conseguido que pasara de dos centenares el número de las personas inscritas.

Así las cosas y en los momentos en que llegaba el día fijado para la expedición de boletos por la Compañía del Central, sobrevenían dos emergencias que amenazaban el fracaso más completo en la empresa. Los maquinistas de las principales Compañías ferrocarrileras americanas declaráronse en huelga, y los contratistas de la Expedición se encontraron repentinamente con una dificultad de pronto insuperable. La Compañía francesa de Navegación, con la cual habían concertado los mismos contratistas la travesía, no podía encargarse de conducir la Peregrinación, por falta de buques con la capacidad necesaria. Estas dificultades motivaron que en las oficinas del Central no se expidieran los boletos en la época fijada. Comenzaron á llegar reclamaciones á la Comisión; los contratistas dieron explicaciones y propusieron que se aplazara la salida de la Romería; la Comisión no pudo consentir en que se retardara un solo día la partida de la Expedición: dos comisionados se trasladaron á la Capital; conferenciaron con la Gerencia; consintieron á más no poder, en

que esta contratase un buque inglés, y exigieron que se procediese á expedir los boletos. Esto pudo arreglarse hasta seis días antes del fijado para la partida y los boletos no comen- zó á venderlos la Compañía del Central hasta la antevíspera de dicha partida.

De grave trascendencia fué este retardo para el mejor éxi- to de la empresa. Multitud de personas alistadas y con sus preparativos de viaje ya hechos, desistieron de su propósito; otros que no quisieron hacer sus preparativos hasta no haber asegurado el boleto, no tuvieron el tiempo necesario para alistarse con oportunidad; los enemigos sacaron gran parti- do de aquella contrariedad para hacer desistir de su intento á no pocos, y el resultado fué que cerca de un centenar de las personas inscritas no ocurrieron á sacar boleto. Contra semejante emergencia nada pudo la Comisión, y apenas si consiguió á última hora con sus heroicos esfuerzos y con sus enérgicas persuasiones decidir á emprender el viaje á más de un peregrino irresoluto.

Una vez removidos todos los obstáculos y vencidas todas las dificultades, la Comisión acordó con el Illmo. Sr. Arzo- bispo de México el programa de la Peregrinación, y procedió á circularlo profusamente. Con el auxilio del mismo dig- nísimo Prelado, dispuso las cosas para la solemne función que debía tener lugar el día 7 de Abril en la Colegiata de Santa María de Guadalupe. Es útil para el objeto de estas memorias insertar en seguida el programa de la Romería.

"PEREGRINACIÓN NACIONAL Á ROMA.—Con acuerdo y aprobación del Illmo. Sr. Arzobispo de México, se ha arreglado el siguiente programa, cuya observancia se recomienda á las personas que han de tomar parte en la Romería, quedando encargada de su cumplimiento la Comisión organizadora.

PROGRAMA.

"*Antes de la partida.*—El día 7 de Abril, á las siete de la mañana, deberán reunirse en la iglesia de las Capuchinas en Guadalupe los pere- grinos que hayan podido llegar á la Capital de la República, para asis-

tir á una Misa rezada, en la cual se distribuirá la Sagrada Comunión á las personas que se hallen preparadas para recibirla.

"A las ocho y media, tendrá lugar una Misa solemne con sermón que se dignará predicar el Illmo. Sr. Arzobispo de México ó el sacerdote que designe; terminando la función con la Salve y la Letanía de los Santos.

"*La partida.*—A las tres y media de la tarde del mismo día 7, esta- rán reunidos los peregrinos en la Estación del Ferrocarril Central, en sus respectivos coches. No entrarán en el departamento de los andenes de la Estación, sino las personas que vayan provistas del boleto de pa- saje, que presentarán á la Comisión, la cual estará allí para tomar la correspondiente razón en el registro.

"A las cuatro de la tarde en punto, se dará el toque de partida, permi- tiéndose á esa hora, y cuando todos los pasajeros estén dentro de los co- ches, el acceso al público al departamento de los andenes, para presen- ciar la salida.

"El Illmo. Arzobispo de México se servirá comunicar por el cable á Su Santidad la partida de los peregrinos.

"*En Nueva York.*—Al llegar á la ciudad de Nueva York, la Com- pañía hará trasbordar á los peregrinos á la embarcación que los ha de conducir á Italia.

"Después de un día de descanso, al siguiente, serán invitados á una Misa solemne, que se celebrará en la Iglesia que tenga á bien designar el Eminentísimo Cardenal Arzobispo, á quien se dará noticia de la lle- gada de la Romería, por medio de una Comisión especial. Se dignará officiar en la Misa el Illmo. Sr. D. Fray Buenaventura Portillo, presi- dente de la Peregrinación, terminando el acto con la Letanía de los Santos.

"*Durante la navegación.*—Al tercer día de haber llegado á Nueva- York la Peregrinación, á la hora que se avisará oportunamente, los pa- sajeros pasarán al departamento del buque destinado para oratorio, á dirigir sus preces al Señor implorando su auxilio en el viaje de mar.

"Durante éste, si el tiempo lo permite, se celebrará diariamente el Santo Sacrificio de la Misa por los señores sacerdotes que puedan veri- ficarlo: por las noches tendrá lugar una distribución piadosa, en la cual se rezará el Santo Rosario y la Letanía de los Santos, ó por lo menos la Lauretana.

"Al descubrirse el puerto de desembarque, todos los peregrinos se pondrán en oración y se cantará por los sacerdotes el *Te Deum* en ac- ción de gracias.

"*La llegada al puerto.*—Luego que desembarquen los peregrinos, el

Presidente de la Romería avisará por telégrafo al Emmo. Cardenal Secretario de Su Santidad, la llegada de los mexicanos á Italia,

“Si la partida de los trenes que han de conducir á los peregrinos á Roma, permite disponer del tiempo necesario, se trasladarán á la iglesia más inmediata, en donde harán una visita al Santísimo Sacramento, y en seguida, se dirigirán á la Estación del ferrocarril.

“Instalados todos en los trenes, luego que éstos se pongan en marcha, el sacerdote que irá en cada coche, rezará con los que vayan dentro, el Santo Rosario, distribuyéndolo en tres partes con el intervalo de una á otra parte que juzgue prudente.

“*En Roma.*—Luego que lleguen los peregrinos á la Ciudad Eterna, pasarán á la iglesia más inmediata á dar gracias á Dios por el feliz término del viaje, y en seguida, irán á instalarse en sus respectivos alojamientos.

“Al tercer día de haber llegado á Roma, se reunirán, á las ocho de la mañana, en la basílica *San Nicola in carcere*, en donde se venera la Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe y allí asistirán á una Misa solemne, que tendrá lugar con sermón, que se dignará predicar el Illmo. Sr. Portillo. A esta Misa concurrirán de ceremonia las delegaciones de las Diócesis y los representantes de las diversas asociaciones, llevando sus estandartes.

“Al salir de la Iglesia, terminada la función religiosa, recibirán los Peregrinos la tarjeta que indique el lugar de la reunión para la audiencia del Santo Padre, fijándose el día y hora en que tendrá lugar.

“*La audiencia Pontificia.*—Una hora antes de la que se haya fijado por el Sumo Pontífice para recibir á los peregrinos, estarán reunidos éstos en el lugar que se designará en la tarjeta, para organizar convenientemente la entrada y dar conocimiento del ceremonial que se haya prescrito por el funcionario de la Corte Pontificia á quien corresponda este encargo, con el cual se entenderá la Comisión.

“En la audiencia pública no tomarán la palabra, sino las personas que expresará el ceremonial.

“Al entrar el Santo Padre á la sala de audiencia, si Su Santidad lo permite, se entonará el himno especial, que en su honor se lleva preparado, y terminado el himno, seguirá la audiencia con entero arreglo al ceremonial.

“Oportunamente se comunicará por el cable á los Illmos. Sres. Arzobispos la hora en que se verificará la audiencia, para que si lo tienen á bien, se dignen avisar por telégrafo á sus respectivos sufragáneos, y se convoque á los fieles á reunirse en las iglesias, para recibir en espíritu

la bendición que Su Santidad se digne dar á todos los mexicanos representados por la Peregrinación.

“A su tiempo se dará conocimiento á los peregrinos del día y hora en que han de regresar á la Patria.

“Pasada la audiencia, los peregrinos podrán disponer libremente de los días subsecuentes hasta el en que hayan de partir.

“Si algún otro acto religioso hubiere de tener lugar en Roma á que hayan de asistir los peregrinos, se les avisará oportunamente, enviando la respectiva invitación á sus alojamientos á las personas que se hayan servido dar noticia de ellos á la Comisión organizadora.

“La víspera del día en que haya de partir el tren de regreso, se cantará una Misa en la basílica en que se venera nuestra Patrona Santa María de Guadalupe y se distribuirá la Sagrada Comunión á los peregrinos que se acerquen á recibirla.

“Al efecto, dos días antes, previa licencia del Emmo. Cardenal Vicario, habrá á todas horas del día, en la misma iglesia, varios sacerdotes para oír las confesiones de los que quieran acercarse al Sacramento de la Penitencia.

“*El Regreso.*—Al llegar los trenes al puerto de embarque, se servirán los peregrinos presentarse á la Comisión organizadora para que tome razón de los boletos en el registro.

“Durante la navegación se practicarán los mismos actos religiosos que se han mencionado en su lugar para la ida, y al avistarse el puerto de Nueva York se cantará el *Te Deum* en acción de gracias.

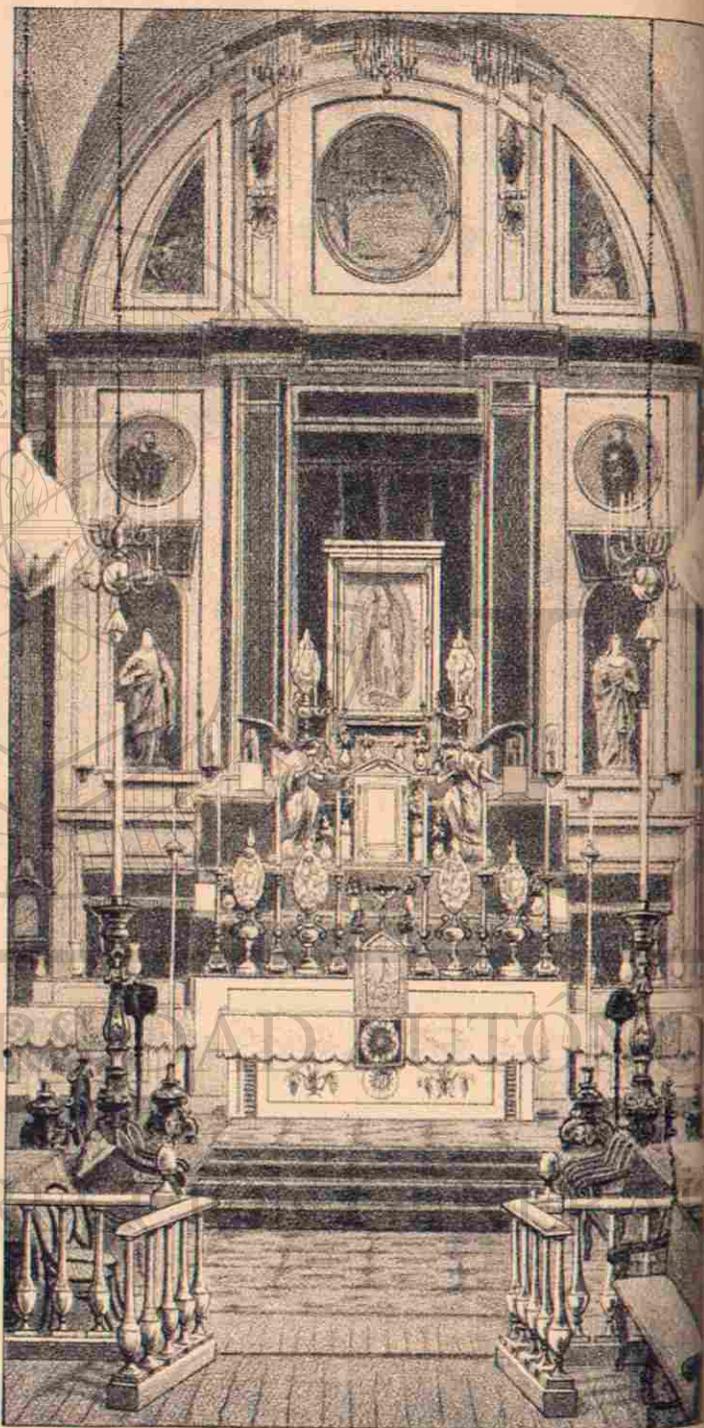
“Al acercarse la Peregrinación á la frontera de México, los sacerdotes que irán en cada coche, dirigirán en común oraciones á Dios por haber concedido el regreso á la Patria.

“Desde que el tren parta de la ciudad de Querétaro para la Capital de la República, se rezará en el interior de los coches el Santo Rosario.

“Al día siguiente de haber llegado la Peregrinación á la Capital, se cantará una Misa solemne en la Iglesia que se sirva designar el Illmo. Sr. Arzobispo, para dar gracias á Dios por el feliz regreso, y serán despedidos los peregrinos con la bendición del Santísimo Sacramento. ®

“Se suplica á los Illmos Sres. Arzobispos y Obispos de la República, se dignen ordenar que en sus respectivas Diócesis se hagan preces públicas durante el tiempo que permanezcan en viaje los peregrinos, para implorar en su favor el auxilio divino. Especialmente se les ruega que recomienden á los sacerdotes que agreguen á las oraciones de la Misa, cuando lo permita el rito, las que tiene el misal *pro peregrinantibus*.

“Puebla, Marzo de 1888.—*La Comisión.*”



LIT. C. MONTAURIOL. MÉXICO.

IGLESIA DE LAS CAPUCHINAS
EN LA VILLA DE GUADALUPE

CAPÍTULO TERCERO

La función religiosa en Guadalupe.—Antes de la partida.—La partida.—Durante el viaje.—Recepciones entusiastas.—La llegada á Paso del Norte.—¡Adios á la Patria!

No podremos hacer una descripción más exacta de la función religiosa celebrada el día 7 en la Iglesia de Santa María de Guadalupe, que la contenida en un alcance que publicó el día siguiente el ilustrado diario "El Tiempo." Héla pues aquí:

"La gran mayoría de los peregrinos llegó á la Capital en la noche del día 5. Sin tiempo para arreglar sus últimos negocios, que por lo regular suelen ser los más importantes, no pudieron todos aquellos asistir á la festividad celebrada en el templo de Capuchinas. No obstante, asistió un gran número y otro verdaderamente enorme de familias mexicanas. ¡Qué cuadro tan patético! Los que dejaban su hogar y su patria exponiéndose á las inevitables contingencias de un viaje, entraban allí mudos de emoción y se postraban silenciosos ante el altar de la Madre de los mexicanos, de la gran protectora que llevarán durante su prolongado viaje, de la divina estrella que guiará sus naves é inspirará á sus corazones el sentimiento y el recuerdo de la patria, más tierno y poderoso que nunca.

"Se celebraron muchas misas en las primeras horas de la mañana, por los sacerdotes que tomaron parte en la Romería. Durante ellas recibieron la sagrada Comunión incontables personas de todos sexos y edades. Reinaba un recogimiento solemne y grave, una imponente devoción, que hacía, si es posible, como más majestuosa la presencia de la Reina de los ángeles. El templo estaba espléndidamente iluminado. Las bancas revestidas de terciopelo rojo. Gruesos blandones sobre artísticos candeleros gigantes adornaban el presbiterio. Había dos asientos episcopales,

el del lado del Evangelio, para el Illmo. Señor Arzobispo, y el del lado de la Epístola, para el Illmo. cuanto virtuoso y modesto Obispo de Chilapa, Dr. Fray Buenaventura Portillo. A las nueve y cuarto de la mañana comenzó la misa solemne. El ilustrísimo Sr. Labastida vestido de gran capa roja, el Sr. Portillo con un traje de franciscano, color gris, con ribetes y botones rojos, el Vicario Capítular de la Diócesis de Puebla, Dr. D. Ramón Ibarra, Monseñor el Dr. D. Ambrosio Lara, tomaron sus respectivos asientos. En las dos bancas colocadas en medio del presbiterio, tuvimos el gusto de ver un detalle patético de la reunión. Tres niños seminaristas, vestidos con sus trajes talares, que constan de manto café con vivos rojos y beca azul, con un espléndido escudo bordado de oro y plata en el lado que cae sobre el corazón. Esos niños, son el uno de diez años, color apiñonado y pelo negro, hijo del Sr. D. Dionisio de la Maza, persona muy conocida y estimada en Puebla, y los otros dos niños, el uno de doce y el otro como de unos trece años, rubios y de simpática presencia, hijos del Sr. D. Martín Trischler, de origen alemán é igualmente vecino de Puebla. Estos niños van representando á los alumnos del Seminario de aquella ciudad, en el cual cursaban el primero y segundo año de latín.

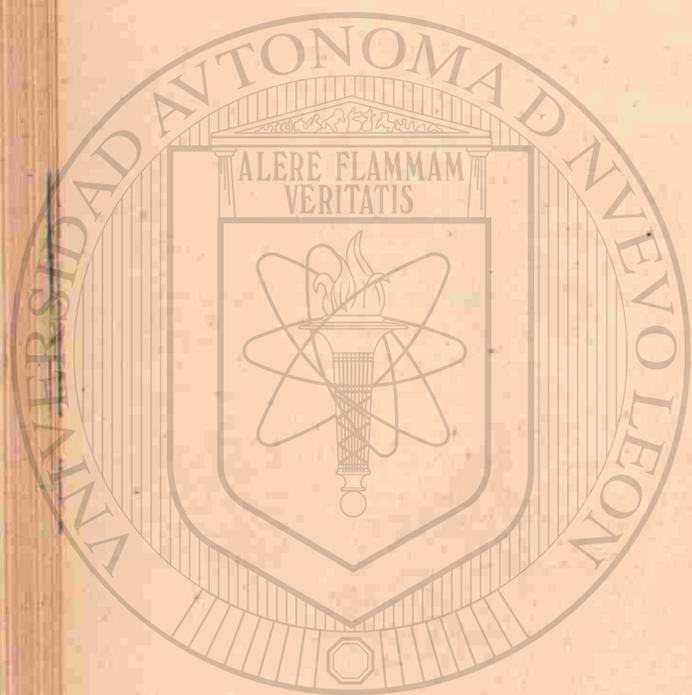
“Al regresar los peregrinos, estos alumnos se quedarán en Roma, para hacer su carrera en el Colegio Pío-Americano. Presidía esta simpática delegación nuestro querido amigo el Sr. P. D. Simeón Ortega, catedrático de Filosofía y Teología en aquel Seminario. Vestía el mismo traje, con la diferencia de que la beca de los profesores seminaristas es de terciopelo azul oscuro con frecuentes y pequeñas presillas blancas al borde, la llevan cruzada por detrás y cerca de los dos extremos inferiores una O abultada.

“En la otra banca figuraban el Sr. Presbítero Icaza, representante de la Arquidiócesis de México, el Sr. P. D. Carlos María Rodríguez, ex-catedrático de filosofía y actualmente cura de Santa Ana Chiautémpan, y otros eclesiásticos que no recordamos. Después de cantado el Evangelio, el Illmo. Señor Arzobispo ocupó la cátedra sagrada. Pocas veces hemos oído desbordarse de los labios de nuestro sabio Pastor, un torrente de elocuencia como el que en su breve discurso derramó sobre nuestros corazones.

“Teniendo en cuenta las ocupaciones que aguardaban á los peregrinos, quiso ser lo más conciso posible. El Sr. Labastida estuvo singularmente feliz. Desde sus primeras palabras el auditorio se manifestó fuertemente emocionado. Era la voz del príncipe de la Iglesia mexicana, la del Pastor atribulado por una ilustre pero penosísima serie de combates, la voz



ILLMO. SR. ARZOBISPO DE MÉXICO
DR. D. PELAGIO ANTONIO DE LABASTIDA
Y DÁVALOS.



del padre de los mexicanos, que á nombre de la fe nacional, de los padres de familia, de la adhesión de los católicos compatriotas á la Santa Sede Apostólica, era pues, la última voz que de una manera solemne iban á oír nuestros hermanos en el suelo de la patria.

“Haremos, pues, un extracto de esa magnífica oración, extracto que tiene que aparecer pálido, fuera de las circunstancias del momento, de las situaciones que tan hábilmente supo aprovechar el ilustre orador.

“Texto.—*En todos tus caminos dirige tus pensamientos al Señor y Él dirigirá tus pasos.*

“Su señoría comenzó haciendo la historia de las peregrinaciones, entre las cuales las más famosas han sido las que se dirigieron á los Santos Lugares. Nuestro siglo presenta á su vez el espectáculo de las Romerías, pero con la notable diferencia de los medios para llevarlas á cabo. Los antiguos peregrinos eran verdaderos héroes: emprendían sus romerías á pie por caminos escabrosos y dilatados, en que sufrían todas las molestias de la intemperie y aun del desierto; hoy los caminos, merced á grandes progresos, son fáciles. En cambio la fe es la misma y el objeto no menos laudable. El sabio orador se lamenta en seguida, de que los enemigos de nuestra fe, critiquen estas romerías, que obedecen á un sentimiento de fe y de amor á Jesucristo, y que vienen á favorecer mucho las grandes y útiles empresas materiales. Con una irresistible lógica hizo notar la contradicción en que incurren los que pidiendo la protección y progreso de las obras materiales, se irritan y nos burlan cuando las protegemos.

“¿Por qué esas obras ó empresas han de servir para el mal, y por el contrario han de ser negadas para el bien?

“Su Señoría en un hermoso período describe los bienes que causará á los peregrinos, la presencia, enseñanza y bendición del Sumo Pontífice, á la vez que los consuelos que la presencia de aquellos derramará en su corazón en medio de las acerbas amarguras que lo atribulan. Combate luego la acusación envuelta en la palabra fanatismo, que se ha aplicado á los peregrinos. Y luego exclama: ¡Cuán cierto es que el ángel de las tinieblas quiere á todo trance hacer en este siglo el papel de ángel de la luz! Para combatir esos errores y quitar caretas á esos hipócritas que acusan á los peregrinos de retrógrados y timoratos, voy á citar algunos hechos elocuentes y á daros de paso algunas instrucciones como medios de hacer provechosa vuestra peregrinación. El Illmo. orador se vuelve á la sagrada imagen de Guadalupe, y con ternura realmente paternal y delicada elocuencia, le pide la luz y le ruega acompañe y proteja en su viaje á la peregrinación mexicana. Aquí concluyó el exordio.

“Comenzó la segunda parte de su oración, amplificando la idea de que al hombre actual es inherente el carácter de peregrino.

“Después de esta explicación del peregrino moral sobre la tierra, pasa á ocuparse directamente de la primera parte del asunto de su discurso, de los hechos á que poco ha se ha referido.

“Al efecto, dice: para que os llenéis de un santo orgullo como peregrinos, escuchad los nombres ilustres de los que os han precedido en esta piadosa y elevada empresa. Hace mención de grandes caudillos y figuras célebres en la historia, que han visitado los Santos Lugares, entre aquellos Alejandro el Grande, los Reyes de los Saxones, de los Ingleses, el Rey Hus y otros ilustres peregrinos. Ninguno de estos ha sido juzgado por la crítica de los sabios como timorato ó retrógrado, y que las peregrinaciones no son nuevas sino que se remontan á los primeros días cristianos.

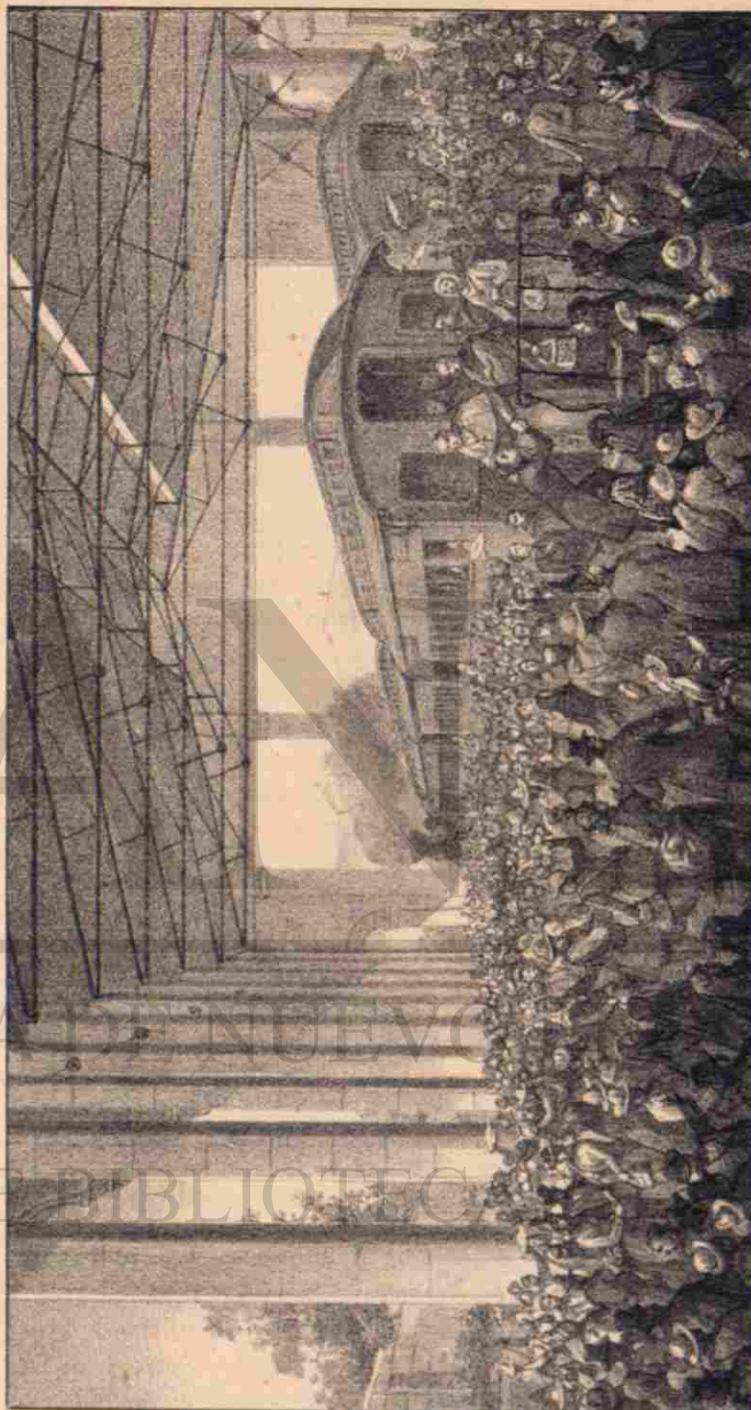
“Concluye la relación de los peregrinos con la del infinitamente más ilustre, con la del santo, el fuerte, el sabio y el mártir por excelencia, esto es, con la sublime peregrinación de Jesucristo á varios lugares.

“Pasa luego á la segunda parte de su asunto, á las disposiciones y observancias que deben guardar los peregrinos, especialmente en la Ciudad Santa.

“Principia haciendo relación de las molestias de su largo viaje, inevitables por escaparse ya á la previsión, ya á todo medio de combatir las, tales como la diversidad de climas, de lenguas, etc., etc.; todas estas molestias serán vencidas por la paciencia, la piedad, el deseo de cumplir tan noble misión, por la urbanidad y demás virtudes y cualidades que deben distinguir al peregrino católico. Recomendó muy acentuadamente Su Señoría, que la conducta de los peregrinos en Roma, sea la de unos completos caballeros; encareció el carácter dulce y discreto, la constante ocupación, la ausencia de toda murmuración, las visitas á las Santas Basílicas, especialmente la de San Pedro, donde cada piedra está salpicada de las lágrimas de santos peregrinos.

“Hace una breve descripción de Roma. Es la Ciudad de los contrastes. Ahí veréis el Quirinal habitado por un rey usurpador y enfrente el Vaticano habitado por un rey ceñido de cadenas. Describe otros contrastes.

“Prosiguiendo el hilo de sus recomendaciones, interrumpidas por un momento, agrega: Al tener la dicha de estar en presencia del Padre Santo, os recomiendo la humildad, el recogimiento, el silencio, á la vez que la más cristiana confianza. Y concluye con una serie de sentidas frases, de palabras llenas de la más hermosa ternura y de las cuales pudimos



PARTIDA DE LA PEREGRINACION.

recojer las postreras. Pedidle gracias y bendiciones para vosotros, para vuestras familias, para la Iglesia mexicana y especialmente para el último de vuestros pastores que en espíritu os acompañará hasta la presencia del Vicario de Jesucristo.

“A las 10 de la mañana concluyó el conmovedor discurso de S. S. Illma.

“Terminada la misa, el Sr. Arzobispo dió la solemne bendición papal.

“Por último el presidente impartió á los peregrinos la bendición llamada de Nuestro Amo, y que consiste en hacer sobre los fieles la señal de la Cruz con la custodia en que se halla la sagrada Forma.

“Inmediatamente los peregrinos regresaron á México, donde en pocas horas tenían que hacer sus últimas disposiciones de viaje.”

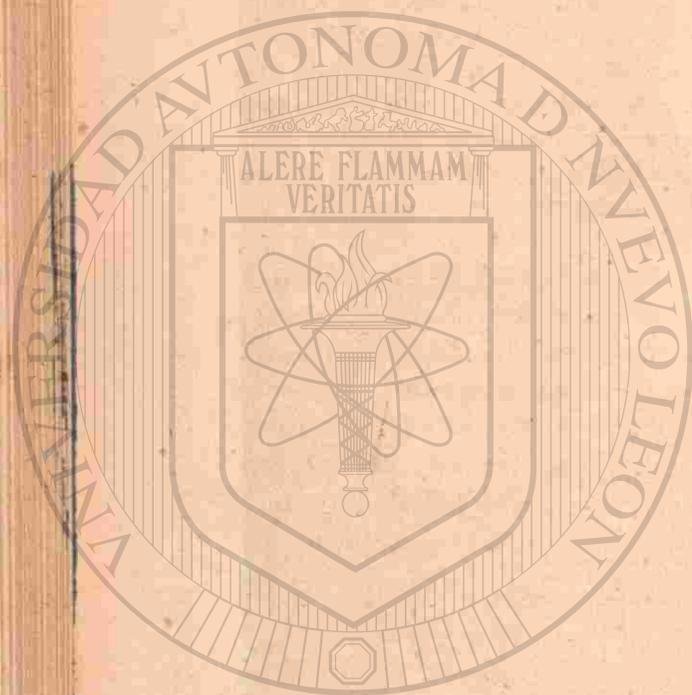
Con tan solemne acto religioso se inauguró la Peregrinación á Roma; y no podía comenzar bajo mejores auspicios. La Virgen mexicana, la protectora especial de México, iba á ser la guía de los peregrinos; bajo su amparo y protección emprendían la marcha: la excelsa Patrona de los mexicanos iba á serlo de los peregrinos. Ya podían éstos caminar tranquilos y confiados en que bajo tal patrocinio su viaje sería feliz, y nada debían temer de los hombres ni de los elementos.

Traslademos ahora al lector á la Estación del Ferrocarril Central Mexicano. Se acerca la hora de la partida.

Henchida se halla de gente la Estación del expresado ferrocarril en Buenavista. A centenares llegan los coches y de ellos descenden á millares los pobladores de la gran ciudad que vienen á presenciar la salida de los romeros. Estos con dificultad penetran atravesando por enmedio de aquel inmenso concurso y llegan con trabajo á los andenes del paradero. Allí los aguarda un soberbio tren compuesto de trece carros, de los cuales tres son dormitorios Pullman, uno palacio, un wagón cocina, uno de equipajes y los restantes de primera clase del sistema llamado “carro turista.” En el exterior van adornados los coches con anchas bandas de lienzo blanco en el cual con grandes caracteres se halla escrito el siguiente letrero:

Mexican Central Railway.

EXCURSION FROM CITY OF MEXICO TO CITY OF ROME.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La Comisión organizadora y los empleados principales de la Estación se multiplican ofreciendo y prestando sus servicios á los excursionistas para facilitar su instalación: peregrinos, empleados y comisionados van y vienen en diversas direcciones, suben y bajan de los coches; aquellos se saludan, se despiden; éstos dan órdenes y las ejecutan; la Comisión atiende á todo con afanosa solicitud.

Media hora después, una doble hilera de gendarmes colocada en lugar conveniente para impedir la entrada en los andenes, no puede contener á la multitud que trata de romper aquella barrera; un comisionado habla con el jefe, y millones de personas se precipitan sobre los andenes cubriéndolos instantáneamente, y extendiéndose en una larga faja hasta más allá de quinientos metros. Este era el momento solemne y conmovedor. El tren estaba próximo á partir. Los romeros descendían de los coches, unos; otros se asomaban á las ventanillas. Allí eran las encomiendas, las tiernas frases de despedida, los encargos de última hora. La prensa católica del país representada por sus más ilustres miembros, hacía sus recomendaciones á las personas más ilustradas de la expedición. Las familias más distinguidas de la capital en animados grupos rodeaban al padre, al hermano, ó al amigo que iba á alejarse del hogar. Los sacerdotes, consolaban á sus hijos de penitencia que lamentaban su separación, y los recomendaban al cuidado de algunos de los compañeros que presentes estaban. Los hombres descreídos contemplaban aquel cuadro con asombro; los fieles católicos veían conmovidos aquella gran manifestación de simpatía por sus hermanos los romeros, cuya suerte envidiaban; éstos se enternecían viéndose objeto del interés general y miraban con agrado y satisfacción á la muchedumbre que los cercaba.

Llegó por fin el instante de la partida. La locomotora lanzó el agudo y prolongado silbido de despedida. Condensaba un grito de alegría á la vez que de tristeza de los que se ausentaban de las personas más queridas para ejecutar sus laudables propósitos. La multitud, obedeciendo á la indicación de los gendarmes, se apartó de los coches: los que no habían

subido corrieron á tomar sus respectivos asientos. Otro silbido, precedido de un imponente toque de campana, y el tren partió. Todas las cabezas se descubrieron; los pañuelos se agitaban; cruzáronse tiernas miradas entre los que se iban y los que se quedaban. El inmenso tren fué rodando lentamente por espacio de más de cinco minutos delante de la apretada faja de concurrentes que se extendía hasta fuera del cercado de la Estación.

Inmediatamente que el tren se puso en movimiento, el ilustrísimo Sr. Obispo de Chilapa, Presidente de la excursión, se arrodilló, y acompañado de las personas que iban en el mismo coche rezó devotamente el *Te Deum* en acción de gracias al Señor por el beneficio de haber comenzado á realizarse la Peregrinación. En los otros coches se hicieron iguales ó semejantes demostraciones de piedad. El contento y la satisfacción más completa se reflejaban en todos los semblantes. Alegre conversación en los diversos grupos que se formaban en el interior de los coches, animaba aquella reunión de hermanos que se habían juntado para realizar la obra más importante de piedad que se haya llevado á cabo en nuestra República.

Los individuos de la Comisión organizadora recorrieron los coches presentándose individualmente y ofreciendo sus servicios á cada uno de los peregrinos. Las más afectuosas manifestaciones se cruzaron entre aquellos señores y los romeros, quienes desde ese momento quedaban estrechamente ligados con el Centro organizador á cuyos afanes y solicitud se debía la realización de la obra.

Una idea desconsoladora preocupó á la generalidad de los peregrinos. El Lic. D. J. J. Valdez Caraveo, vecino de Puebla, uno de los más celosos propagandistas de la Peregrinación, y uno de los que más trabajó en organizarla, acababa de separarse de sus hermanos en Huehuetoca. Las atenciones de su profesión de abogado no le habían permitido formar en la Romería y se apartó de ésta en el punto mencionado, no sin llevar los ojos humedecidos en lágrimas y el corazón traspasado de dolor. Los peregrinos y señaladamente los in-

dividuos de la Comisión, sintieron profundamente la separación de este caballero, y manifestaron su sentimiento más de una vez en frases de condolencia á la vez que en elogios justamente prodigados á su celo y á la actividad y eficacia con que trabajó en bien de la Romería.

El tren continuaba rodando y la noche aproximándose para envolver en sus sombras á la naturaleza que iba á entregarse al descanso. Ocultáronse á la vista los objetos exteriores que venían ocupando nuestra atención. Los árboles y los campos, los montes y los celajes, todo fué desapareciendo á medida que los últimos destellos del crepúsculo se extinguían en el horizonte. Pronto un velo denso cubrió los cristales de las ventanillas y ya la vista no tuvo en qué ejercitarse fuera de los coches. La noche avanzó; el sueño se apoderó de los viajeros; los negros sirvientes de los carros Pullman se apresuraron á extender las camas; todo el mundo se puso á descansar.

Pocas horas habían trascurrido; sería la media noche cuando al detenerse el tren algunos minutos, los peregrinos oyeron entre sueños las melodías de nuestro hermoso Himno Nacional. Nos hallábamos delante de la población formada con los operarios de la gran fábrica de Hércules. Los habitantes con su música á la cabeza habían salido á recibir á los romeros á la estación. Estos, dormidos en su mayor parte, no pudieron apercibirse de aquella manifestación, que por tal motivo no fué correspondida debidamente.

Unos cuantos minutos después, el tren se detenía nuevamente y subieron algunas personas que de Querétaro se habían inscrito en el registro de la Peregrinación.

El crepúsculo de la mañana comenzaba á disipar las tinieblas de la noche cuando descubrimos la simpática ciudad de Irapuato. No debíamos detenernos allí según el itinerario, y pasados diez minutos caminábamos para Silao.

A las 6 de la mañana del Domingo 8 de Abril, se paraba el tren delante de una estación, en la cual nos esperaba un considerable número de personas con un sacerdote á la cabeza. Eran los católicos de Silao, presididos por su respetable

párroco, que desde las tres de la madrugada se hallaban esperando á la Peregrinación para saludarla. Descendimos de los coches: el señor Obispo fué recibido con aclamaciones por el pueblo y colmado de atenciones por el párroco: los peregrinos se confundieron entre los habitantes de Silao, y guiados todos por el mismo señor cura, nos dirigimos á la iglesia más inmediata para asistir al Santo Sacrificio de la Misa. Poco tiempo trascurrió después de la llegada y el señor Obispo se presentó en el altar mayor revestido de los ornamentos sacerdotales. La orquesta preludió una obertura y el oficio principió. Todos escucharon de rodillas las oraciones del ritual y presenciaron con edificante compostura y recogimiento las augustas ceremonias. Al llegar el momento de la Comunión, más de treinta sacerdotes y no menor número de seglares se acercaron á recibir el Pan Eucarístico. Terminada la Misa el señor Obispo dirigió la palabra á la concurrencia en una inspirada alocución que fué oída con religioso silencio. *Pax vobis, La Paz sea con vosotros*, fueron la primera y la última frase de aquel discurso en el cual el digno Prelado exhortó á los peregrinos á la paciencia y á la resignación para sufrir las contradicciones ó las incomodidades del largo camino que acababan de emprender.

Terminado el acto religioso, los romeros se pusieron en marcha nuevamente á la estación, y después de haberse despedido afectuosamente de sus hermanos los de Silao, subieron en los coches que se pusieron luego en movimiento.

A las ocho y media A. M. se descubrió la importante ciudad de León, residencia del Obispo de la Diócesis que lleva ese nombre. Una gran concurrencia esperaba en la estación la llegada de la Romería. El tren se paró algunos instantes, dando el tiempo necesario para que subiesen algunas personas y para que las Comisiones que habían acudido se presentasen á ofrecer sus respetos al señor Obispo. Luego que fueron instalados los nuevos peregrinos, el tren se puso en movimiento. Afectuosas despedidas se cruzaron entre los habitantes de la ciudad y los romeros, el tren se alejó rápidamente. En este punto se presentó á la Comisión el oficial de un grupo

de rurales, poniéndose á las órdenes de la Peregrinación para escoltarla hasta Paso del Norte. El Gobierno Federal, por conducto de la Secretaría de Gobernación, había dictado sus disposiciones para que los peregrinos fuesen custodiados en el camino por la fuerza pública.

Dos horas después, la excursión llegaba á la ciudad de Lagos, en donde no debía parar según el itinerario; pero se detuvo cinco minutos. Como en las anteriores ciudades, un gentío numeroso esperaba en la estación; luego que el tren se paró, una señora, llamada Inés Hernández, subió á uno de los coches, preguntó quién dirigía la Peregrinación; fué presentada á uno de los comisionados y le dijo con acento turbado y entonación conmovida:

—Yo no traigo boleto, ni equipaje, ni dinero; al ver llegar á la Peregrinación me ha nacido el deseo ardiente de tomar parte en ella. Quiero hablar con el señor Obispo.

El comisionado llevó á la señora delante del Prelado, y ella, echándose á sus pies, le dijo:

—Soy de la familia del señor cura***. He determinado irme con ustedes, y me voy, si V. S. I. me hace favor de suplirme el importe del boleto.

El señor Obispo atendió bondadosamente á la solicitud de la señora, ofreciendo pagarle el pasaje; con lo cual quedó admitida en la Romería y se instaló inmediatamente en el coche respectivo. No se sabe qué medios emplearon el señor Obispo y la señora; el hecho fué que al pasar por Zacatecas, una persona subía buscándola y puso en sus manos un saco lleno de dinero y una letra pagadera en Europa por cantidad no despreciable de libras esterlinas.

A las 12½ P. M. el tren pasaba sin detenerse frente á la estación de la Villa de la Encarnación, vulgarmente llamada "La Villita." Un inmenso concurso se había reunido allí para saludarnos, y fué nos desagradable el no haber podido corresponder á la atención del estimable vecindario de la villita. Personas de todas las clases sociales, á pie, á caballo, en coches, en tranvías, se agrupaban en derredor de la estación, formando un cuadro interesantísimo. El Illmo. Sr.

Obispo, sacando la cabeza por la ventanilla y extendiendo su brazo, dirigió sus bendiciones y sus afectuosos saludos á sus queridos paisanos. El Sr. Portillo es originario de la Encarnación. Todos los peregrinos asomados también á las ventanas de los coches agitaban sus sombreros y vitoreaban á los dignos moradores que habían preparádoles tan entusiasta recibimiento.

A la una y media P. M. la ciudad de Aguascalientes se había dado cita en la estación para saludar á los peregrinos. El tren hizo alto y permaneció cerca de una hora, durante cuyo tiempo se almorzó en la buena fonda del paradero. Aquí se nos incorporaron tres peregrinos. Lo mejor y más escogido de la sociedad de Aguascalientes se hallaba reunido, y nos hizo objeto de las más exquisitas atenciones.

Serían las cinco y media de la tarde cuando principiamos á desenbrir las montañas de la Bufa y del Grillo que circundan á Zacatecas, la rica ciudad de las minas de plata. Pronto se ofreció á nuestra vista la pintoresca villa de Guadalupe, célebre por su santuario y por el colegio apostólico que allí estuvo erijido en tiempos anteriores. El aspecto de la villa es de lo más ameno y agradable. Los edificios agrupados en cierto desorden á la falda de una colina de corta elevación, pintados en su exterior de vivos colores, le dan cierto aire risueño y revisten el paisaje de tal encanto, que el viajero no puede menos de sentir vehemente deseo de visitar la población. Los peregrinos no podían satisfacer este deseo, pues tenían que seguir á Zacatecas según su itinerario, y aun en esta ciudad no habían de detenerse sino unos minutos. Los vecinos de Guadalupe se hallaban en considerable número agrupados en el punto por donde pasamos cerca de la Villa. Contentámonos con saludarlos desde las ventanillas. El ruido de los coches apenas nos permitió oír sus entusiastas aclamaciones, que correspondimos con nuestros vivas y palmoteos.

Momentos después contemplábamos el bellissimo panorama de la simpática Zacatecas. Acaso no hay ciudad en la República que ofrezca á vista de pájaro aspecto más delicio-

so. Situada en una gran hondonada, construida en un sitio accidentado é irregular, sus hermosos edificios se ven desde los cimientos hasta las azoteas, y la irregularidad de las calles y la variedad de las construcciones, y su elegancia en las fachadas, forman un conjunto que no puede menos de admirar extasiado el viajero que va caminando en los trenes del Ferrocarril. Las curvas que éste desarrolla para descender al plano inferior de la ciudad, permiten contemplar aquel hermoso panorama por distintas faces y dominar con la vista la mayor parte del caserío en varias direcciones. Las calles nombradas "De arriba" y "De abajo;" la hermosa avenida de la Merced, los elegantes portales del famoso mercado, el bellissimo paseo de la Alameda, la Catedral, la plaza de Villarreal, la calle de Tacuba, en donde se hallan los edificios más elegantes; todo se ve y se admira desde las ventanillas de los trenes. Los grupos de casas y grandes galerías techadas en forma piramidal, que se hallan en los alrededores y pertenecen á las haciendas de beneficio, contrastan admirablemente con las construcciones urbanas, y dan al conjunto hermosos matices.

Detuvimos en la estación. Los habitantes en gran muchedumbre hallábanse esperándonos. En todos los semblantes se leía el contento y la satisfacción. Algunas personas subieron á saludarnos y dos peregrinos de la ciudad se incorporaron en la Romería, siendo el objeto de nuestras atenciones. Corto rato permanecimos allí, muy á nuestro pesar. Eran las seis y media de la tarde. Al despedirnos hemos visto derramar muchas lágrimas, y ¡cosa extraordinaria! algunas personas movidas por un delicado sentimiento de piedad se han arrodillado y al acabar de pasar el tren las hemos visto inclinarse á la tierra para besar los rieles que acababa de oprimir con su peso el tren de la Peregrinación... Cuando el grupo de peregrinos que venía en la plataforma del último coche y había presenciado esta edificante manifestación nos la dió á conocer, nos sentimos profundamente conmovidos y el llanto quiso asomar á nuestras mejillas. Hubiéramos deseado bajar á tierra y besar las plantas de esos buenos

hermanos nuestros, muy más dignos que nosotros de formar en la piadosa Romería. Si las oraciones de estos fervorosos cristianos van unísonas con sus delicados sentimientos, pensábamos, sus preces al Cielo en nuestro favor deben garantizarnos de todo contratiempo en nuestro largo viaje.

La noche no permitió que recorriésemos con la vista los lugares que atravesamos desde la salida de Zacatecas hasta la llegada á Villa Lerdo el día siguiente, Lunes 9 de Abril. A las nueve de la mañana llegamos á esta población, que se ha formado recientemente y cuenta un censo de cerca de 10,000 habitantes. En la estación subieron cuatro personas á unirse con la Romería. Después de una permanencia de corta duración, proseguimos nuestra marcha sin tocar ningún punto de importancia hasta las 2.40 P. M. en que el tren se paró en Huejuquillos, pueblo también de formación reciente, que pertenece al partido de Jiménez en el Estado de Chihuahua. En esta población pidieron permiso varias personas para subir al coche en que venía el Sr. Obispo, y llegaron á ofrecerle sus respetos y atenciones.

Hasta este punto inclusive, en todo el camino que recorre el tren desde Zacatecas, no tiene que admirar el viajero bellezas naturales que recreen su vista. Desiertos inmensos, áridos y despoblados, llanuras dilatadas en las cuales ni una casa, ni un árbol, ni un hombre, ni una bestia, ni una ave dan testimonio de que aquellos eriales pertenecen á un país habitado. Se creería uno recorriendo los grandes y solitarios desiertos del Asia ó del África. Por fortuna el ferrocarril, estrechando las distancias, hace insensible el tránsito por esas regiones, evitando las molestias y peligros á que estaban expuestos los que por necesidad se aventuraban en otro tiempo á recorrer esas comarcas.

De improviso nos encontramos con un cambio notable en la decoración. Santa Rosalía se presentó á nuestra vista, población de algo más de 5,000 habitantes, situada en una hermosísima planicie, decorada con verdes praderas, cubierta de rica vegetación, poblada de extensos bosques, atravesada por arroyos de cristalinas aguas. Los vecinos acudieron á

recibirnos, llevando á la cabeza una música. Rodearon el tren agrupándose principalmente cerca del coche en que venía el señor Obispo. S. S. I. salió á la plataforma y allí dirigió la palabra á los concurrentes, quienes le escucharon con interés, solicitando su bendición al despedirse.

Al llegar á esta misma estación presenciábamos un acontecimiento desagradable. Principiaban á incendiarse unas paecas de algodón que en gran cantidad se hallaban colocadas á orillas del camino. Un grupo de peregrinos, entre los cuales mencionaremos á los jóvenes hermanos Anzorena, á D. Manuel Balverde y á D. Vicente Cervón, corrieron precipitadamente al lugar del siniestro para dar auxilio. Por supuesto que nuestro amigo Aguilar y Ortiz, como siempre, fué el primero en acudir á prestar sus servicios, y á pocos momentos estaba constituido en director de la maniobra. —¡Agua! ¡Agua! gritaban en coro los circunstantes. —¡Tierra! gritaba uno de los peregrinos en tono de mando y mostraba los lugares donde era más fácil tomar el incombustible. Su voz fué obedecida y pronto una espesa nube de polvo, confundida con el humo de las paecas, oscurecían la atmósfera en un radio de consideración. Aguilar seguía dictando sus acertadas disposiciones que ayudaba él mismo á ejecutar, y no pasaron diez minutos sin que el fuego quedara totalmente extinguido. Nuestros compañeros regresaron á los coches, muy satisfechos de haber podido prestar un servicio tan importante á las víctimas del siniestro.

Avanzando un poco más, el caudaloso río Conchos que baña la tierra en esta hermosa región dándole vida y frescura, se interpuso en nuestro camino. Un magnífico puente de hierro de muy considerable extensión y de atrevida estructura nos abrió el paso sobre las aguas, permitiéndonos llegar sin dificultad y sin temor á la margen opuesta. Este puente y el de la Encarnación, cerca de la villa de este nombre, son las dos grandes obras de arte que ha ejecutado la Empresa del Ferrocarril Central, y son en verdad dignas de admirarse. Su construcción es de un sistema de tirantes y de trabes que hace innecesarios los pilares en una extensión muy conside-

rable; produciendo el efecto de un gran tejido de alambre restirado, por donde parece inverosímil el paso de esos pesadísimos trenes que atraviesan por ellos.

Continuando por esa comarca deliciosa, toda la tarde hemos caminado entre bosques de frescos árboles, recreándonos en contemplar hermosísimas vistas, en algunos puntos comparables á las del Valle de México. Cerró la noche, y á eso de las ocho, llegamos á la estación de Ortiz, cerca del pueblo de San Pablo. Los habitantes salieron á recibirnos saludándonos con entusiastas vivas. El párroco, acompañado de algunas personas, subió al coche del Illmo. Sr. Portillo para presentarle sus respetos. Una religiosa exclaustrada se presentó al Prelado poniendo en sus manos la suma de \$ 50, que le suplicó ofreciese al Santo Padre. El corto tiempo que permanecemos en esta estación, fué empleado en recibir las felicitaciones de aquellos entusiastas vecinos, quienes al partir nos vitorearon estrepitosamente, á cuya manifestación correspondimos nosotros de la misma manera.

Otra no menos agradable sorpresa nos aguardaba en la estación inmediata, á la cual llegamos á eso de las diez de la noche. Chihuahua había salido en masa á nuestro encuentro. Más de diez mil personas habían permanecido reunidas en el paradero, esperando nuestro arribo desde las tres de la tarde. Viendo que avanzaba la noche y la Peregrinación no llegaba, algunos se retiraron; pero muchísimos permanecieron allí, y no bien descubrieron el tren se acercaron á la vía en apretadas hileras y al ir pasando los coches nos arrojaban por las ventanillas ramilletes de flores. Luego que el tren se detuvo, una numerosa comisión penetró en el coche del Sr. Obispo. Un caballero de fácil palabra hizo uso de ella para manifestar á la Peregrinación el regocijo con que la recibían los habitantes de Chihuahua; expresó sus votos por el feliz viaje de los romeros y el deseo de vernos regresar sanos y salvos á la Patria. El Sr. Obispo contestó con un discurso de circunstancias, y en seguida salió á la plataforma para saludar á la muchedumbre que esperaba con ansiedad. Allí fué donde el entusiasmo de la gente no reconoció límites; los chihuahuenses y nosotros gritamos has-

ta enronquecernos; confundidos en fraternales abrazos, nos decíamos afectuosas frases de salutación y despedida; ellos nos hacían sus piadosas encomiendas y nosotros ofrecíamos desempeñarlas; ellos nos exigían la promesa de visitarlos detenidamente á nuestro regreso y nosotros se las hacíamos de buena voluntad y con sincera intención de cumplirla. Al fin sonó la campana de la locomotora y tuvimos que separarnos de nuestros queridos hermanos los católicos chihuahuenses, de quienes conservaremos siempre gratísimos recuerdos. Dos señoras de Chihuahua tomaron asiento en el tren en calidad de peregrinos.

Desde Chihuahua para adelante se camina nuevamente por inmensos desiertos y atravesándolos corrimos toda la noche, y en las primeras horas de la mañana por llanuras cubiertas de arena, que llaman "Los Médanos."

No es de pasar en silencio una circunstancia que comenzó á evidenciar la protección providencial que amparaba á la Romería. Al ir atravesando poco después de amanecer esos inmensos arenales, se detuvo repentinamente el tren. Asomáronse todos á las ventanillas y observaron que la vía estaba obstruida con algún objeto. Bajamos de los coches y avanzando en la dirección en que se veía el obstáculo, vimos á poco andar que dos plataformas hechas pedazos interceptaban el camino. Dos trenes, uno de balastre y el otro de carga, habían chocado fuertemente y se habían detenido allí; hallábanse los conductores y empleados reparando las averías sufridas y tratando de apartar de la vía los carros despedazados. El desastre había ocurrido en la noche pocas horas antes. Si nosotros hubiésemos llegado á ese punto, como pudo haber sucedido, con alguna anticipación, probablemente nuestro tren ó se estrella contra los que allí ocupaban los rieles ó somos víctimas del choque en el cual tan mal trecho quedó el de carga que nos precedía. Largas dos horas permanecemos en aquel sitio mientras expeditaron el paso por la vía.

El 10 de Abril á las 11 A. M. nos encontrábamos en "Paso del Norte." Una ciudad medio mexicana y medio americana, se presentó á nuestra vista. La población ribereña, última de

la República en la frontera del Norte, nos acogió como á compatriotas, nos saludó como á hermanos. Descendimos de los coches para ir á almorzar mientras los señores de la Comisión tenían que entenderse con la Aduana para el registro y traslación de nuestros equipajes y de los bultos en que iban los regalos al Santo Padre. El Agente de la Empresa del Central, Mr. Good-Side en el Paso y el estimable Slough, representante de la misma Empresa en la Romería, se pusieron á las órdenes de la Comisión y gracias á sus buenos oficios y á la amabilidad y deferencia del Administrador Sr. Loaeza y del comandante Sr. Dávila, el registro fiscal ni causó molestias ni produjo detenciones. Lo que originó alguna demora fué la formación de la factura consular de los bultos, para que con ella, y bajo la garantía del sello del cónsul americano, camináramos sin tropiezo alguno por el territorio de los Estados-Unidos.

El Paso es una población de más de 7,000 habitantes. Su área se extiende bastante, porque sus casas en su mayor parte son de un solo piso y se hallan separadas unas de otras á no pequeñas distancias. Las habitaciones en gran parte son de madera, algunas de adobe, inclusive la iglesia parroquial, y ninguna, á lo que parece, de mampostería. Muchos americanos residen allí, y entre los mexicanos se reflejan de una manera muy marcada las costumbres de los que viven del otro lado del río.

Como á las dos de la tarde el tren se puso en movimiento para atravesar el Bravo y detenernos en la opuesta margen. Pocos minutos después rodaban los coches sobre un largo puente de fierro y madera que une las riberas mexicana y americana. Antes de comenzar á cruzar el río, alguna persona propuso que nos despidiésemos de la Patria entonando el Himno Nacional, y así se ejecutó cantando en voz unísona la hermosa canción patriótica al ir atravesando la línea que divide nuestro territorio del de la República vecina. No habíamos terminado nuestro canto, y estábamos ya en tierra extranjera. ¡Adiós, querida México! gritó una voz. ¡Adiós, patria mía! exclamaron otras muchas. ¡Viva México! gritaron todos los peregrinos en el interior de los coches.



ILLMO. SR. OBISPO DE CHILAPA.
FRAY BUENAVENTURA PORTILLO

LIT. C. MONTAURIOL. MÉXICO.

CAPÍTULO CUARTO

Detención en "El Paso Texas."—Los agentes de la aduana.—El personal de la Peregrinación.

UNA hora permanecemos en el Paso Texas mientras se ejecutaron algunos movimientos para arreglar los coches del tren y darles la colocación conveniente. En este espacio de tiempo recibimos la visita de la aduana americana. No tuvimos que sentir de los empleados fiscales: pocas maletas fueron abiertas y ninguna fué objeto de minucioso registro: algunas personas, al mostrar sus petacas al agente del Fisco, manifestaron llevar puros y cigarros para su uso; no se les preguntó cuántos tenían ni se les cobró cantidad alguna. A las cuatro de la tarde el tren partió.

No debiendo subir en lo de adelante nuevos peregrinos, era tiempo ya de reconocer el personal de la excursión. Con la lista que procedió á formar la Comisión, pasaremos revista de los mexicanos que componían la primera expedición que se ha organizado en México para ir al extranjero. De todos los Estados de la República se encontraban individuos en la Romería; todas las clases sociales, todas las fortunas, todas las profesiones tenían su representante. Un príncipe de la Iglesia, el Illmo. Sr. Portillo, Obispo de Chilapa, representando al dignísimo Metropolitano de la Archidiócesis de México, presidió la excursión. El Obispo de Chilapa es un anciano respetable por mil títulos. Apenas entrado en los sesenta años, el Prelado tiene el aspecto de un hombre de constitución vigorosa; su fisonomía apacible revela un carácter bonda-

dosos á la vez que enérgico; sus modales y una amable sonrisa que siempre se retrata en sus labios, dan á conocer al varón apostólico ejercitado en los trabajos del ministerio pastoral, y siempre dispuesto á hacer el bien á sus semejantes. La serenidad habitual de su rostro, deja entender que el Presidente de la Peregrinación es persona acostumbrada á las fatigas corporales y versado en el trato social. El Illmo. Sr. Portillo, antes de recibir el báculo episcopal, habia viajado por el extranjero y residido algunos años en la capital del mundo cristiano. Siendo Obispo ha caminado frecuentemente en la República y fuera de ella. Conoce los hombres y las cosas, y juzga con aplomo é imparcialidad sobre muchas materias. Como sacerdote ha llevado siempre una vida arreglada y es generalmente querido y respetado de cuantos le conocen. No podia ser presidida la excursión por persona más digna y más á propósito que el Illmo. Sr. Portillo.

La Archidiócesis de México constituyó en la Romería una delegación honorable. El Sr. Dr. D. Ambrosio Lara, canónigo de la Catedral de México, Protonotario apostólico, fué representando á su Venerable Cabildo y al de la Colegiata de Guadalupe. Monseñor Lara es un sacerdote ilustrado y de grande experiencia. Ha viajado en distintas ocasiones fuera del país; está dotado de un carácter franco y abierto, y posee cualidades de entendimiento y de corazón que le hacen estimable.

El R. P. Fray Isidoro Camacho, llevó en la Romería la representación de la Orden franciscana, á la cual pertenece. Religioso observante, celoso misionero, sacerdote virtuoso, el Padre Camacho es muy conocido y estimado en México por sus virtudes y por sus trabajos en el ministerio sacerdotal.

Otro religioso de la misma Orden de San Francisco, el Padre Fr. Manuel Muñoz Cano, acompañaba al anterior, formando los dos una comisión respetable por mil títulos.

El Sr. D. Antonio de Icaza, joven sacerdote, perteneciente á una de las más distinguidas familias de nuestra sociedad, ha trabajado con celo y constancia en el ministerio y es actualmente párroco de la Archidiócesis de México. Llevó la

representación de los señores curas foráneos de la misma Archidiócesis. El Sr. Icaza, á una esmerada educación y finos modales reúne un carácter jovial y comunicativo, que le atrae las simpatías de cuantos tienen ocasión de tratarle.

El P. D. José M. Alva representó al Clero de la ciudad de México. El P. Alva, sacerdote de costumbres sencillas y de conducta irreprochable, ha desempeñado varios cargos importantes del ministerio. Su modestia y extraordinaria humildad no le han permitido aceptar puestos honoríficos á que ha sido llamado algunas veces, y permanece ejerciendo sus funciones sacerdotales dedicado á la dirección de las conciencias, en cuyo delicado empleo ha manifestado la prudencia y tino que forman la cualidad más rara del sacerdote que se entrega á tan laudable trabajo.

Un respetable eclesiástico de la misma Archidiócesis forma parte de la delegación, el virtuoso párroco D. Basilio Soto, cura de Jilotepec. El Padre Soto es un modelo de caridad cristiana; realzando sus virtudes una profunda humildad y un celo verdaderamente apostólico en el ejercicio de su ministerio. Sus feligreses, y con especialidad los indígenas, le quieren como á un padre tierno y cariñoso. Un grupo de ocho personas de ambos sexos acompañaron en la Peregrinación al digno cura de Jilotepec.

Otros dos señores eclesiásticos no menos estimables, completaban la representación de la Archidiócesis de México. El R. P. Eliseo Magaña, carmelita, y el Dr. D. Antonio de Stéfano, sacerdote de origen italiano y persona distinguida por su ilustración y caballeroso porte.

De la capital de la República tenemos además en la Peregrinación algunos apreciables caballeros seculares, entre los que mencionaré á los jóvenes hermanos Anzorena. El mayor de ellos acaba de recibir con excelentes calificaciones el título de ingeniero.

La Diócesis de Puebla fué representada por su Vicario capitular, el Sr. Dr. y Maestro D. Ramón Ibarra y González. El Sr. Ibarra, á quien hemos dado á conocer en otro lugar, hizo en la Peregrinación el papel principal de organiza-

lor, y fué siempre el objeto de las atenciones y del respeto de los peregrinos.

El Padre D. Simeón Ortega fué acompañando al digno Vicario capitular de la Diócesis angelopolitana. El Sr. Ortega, catedrático de teología en el Seminario Palafoxiano, ha ganándose un lugar envidiable en ese magnífico plantel; llevó en su compañía á cuatro alumnos de dicho Colegio, tres de los cuales van á continuar sus estudios en Roma.

El mayor de estos jóvenes, Enrique Rodiles, tendrá como diez y seis años. Es un jovencito rubio, de muy buen parecer; de modales distinguidos, sumamente moderado en todo, de inteligencia más que mediana y con aptitudes para las ciencias. Se hace notable jugando al ajedrez, porque mueve sus piezas con una maestría que hace honor á sus pocos años. Los hermanos Trischler, el primero de catorce y el segundo de diez años de edad, se recomiendan por su personal simpático y por su esmerada educación. Reposados y juiciosos, caracterizan la raza alemana de que proceden por línea paterna, y han sido objeto de la simpatía de los peregrinos. El niño Luis G. de la Maza, es digno de llevar el nombre que le dieron en el bautismo. La circunspección de este niño, su reposo y sus maneras, propias más bien de un caballero, así como su despejada inteligencia unida á una rara bondad natural, hacen de Luis una criatura excepcional á quien todos profesan singular cariño.

Otros muy estimables eclesiásticos fueron de la Diócesis de Puebla. Monseñor Leandro Treviño, Protonotario apostólico y camarero secreto de S. S., es un tipo apreciable de caballero y de sacerdote. Su bello carácter y sus modales corteses, su amabilidad y cierta gracia particular en el decir, le hicieron uno de los individuos más importantes de la Romería, cerca del cual siempre se agrupaba un considerable número de los viajeros.

Seis señores curas tuvimos de la propia Diócesis de Puebla, cuatro de ellos, D. Antonio Cisneros, D. Ramón Nieto, D. Florencio Toseano y D. Francisco Oliver, antiguos y ame-

ritados, y dos jóvenes, distinguidos por su ciencia y por su fina educación.

Tuvimos la honra de tratar muy de cerca á los dos últimos, el Sr. D. Ruperto Zúñiga y el Sr. D. Carlos Rodríguez; el primero se hace estimable por su bello carácter extremadamente jovial y bondadoso; el segundo, aunque de trato afable, es circunspecto y reviste sus acciones de cierta gravedad que le granjean respeto y consideraciones: de clara inteligencia y de no vulgar instrucción, gusta de discutir sobre lo mucho que sabe, y razona con una lógica inflexible y discurre con juicio y con profundidad.

Otras estimables personas de la misma Diócesis formaron en la Romería. Abogados, como el Sr. D. Ignacio Pérez Salazar y el Sr. D. Manuel Calva. El Sr. Cardona, médico acreditado, el hábil artista D. Manuel Cueto y su hijo D. Enrique, el propietario Sr. D. Gregorio García y los comerciantes D. José María Rivera y D. Vicente Palacios, de Chalchicomula, este último representante de los periódicos "El Tiempo" y "La Moralidad."

También el bello sexo de la ciudad angelopolitana tuvo sus representantes en la excursión. La bella señora de Salazar, la muy ilustrada y estimable señorita Paz Castellero, la apreciable joven Soledad Nieva, la recomendable señora Soledad Villegas.

La Archidiócesis de Michoacán constituyó una respetable delegación. Formáronla el insigne orador y distinguido literato Sr. Canónigo D. Agustín Abarca, abogado, y actual rector del Seminario de Morelia; el ameritado Sr. Cura de Santa María, D. José María Saucedo; el distinguido eclesiástico D. José Córdova Piedra, antiguo párroco del Valle de Santiago, uno de los curatos de más importancia de la Archidiócesis; el Sr. D. Francisco Padilla, cura de Capula, y el de Tlalpujahuá D. Luciano Govea: los señores presbíteros D. Narciso Macías y D. Refugio Gallardo, este último de Celaya. El Sr. D. Francisco Chávez, honrado comerciante de Morelia, y el Sr. D. Jesús Álvarez, de Salamanca, completaron el número de los peregrinos de Michoacán.

La Archidiócesis de Guadalajara no constituyó delegación especial. A última hora confirió su representación al Illmo. Sr. Portillo. Inscribiéronse como peregrinos de esa Diócesis, el muy respetable y apreciable sacerdote D. Francisco Javier Conchos, cura de Rincón de Romos, anciano envejecido en el ministerio que viene desempeñando solamente en el curato expresado, hace cuarenta años. El muy distinguido abogado D. Matías Anaya, honra del foro jalisciense, que en la actualidad ejerce un alto puesto en la magistratura. El estimable joven D. Carlos Tapia, comerciante de Guadalajara, llevaba también la representación de los habitantes de aquella Diócesis en la Peregrinación. De la misma Diócesis formó parte en la Romería el muy estimable caballero D. Trinidad Vázquez.

Representando á la sagrada Mitra de Zacatecas se agregó á la Peregrinación el digno sacerdote D. Arcadio Delgado, canónigo de aquella Iglesia, persona muy recomendable por su ciencia y virtudes. Tipo de modestia y humildad, dotado de grande energía de carácter, el Sr. Delgado tuvo que vencer dificultades no pequeñas para arreglar su viaje, y no se desdenó de tomar pasaje de segunda. Su fina educación y natural bondad le han ganado la estimación de cuantos le tratan.

La Diócesis de León, que tanto se distinguió por la entusiasta cooperación que prestó á la Mitra de Puebla en sus iniciativas referentes á la Romería y al Album, nombró delegados al muy ilustrado señor Provisor D. José M. Velázquez, canónigo de la Catedral, y al Presbítero D. Pablo Gutiérrez, eclesiástico instruido en las ciencias sagradas no menos que en las profanas, especialmente en la Cosmografía. De la misma Diócesis se inscribió en la Peregrinación el muy estimable Sr. D. Carlos Carpio, comerciante, persona muy querida en la ciudad de León, como cristiano fervoroso y hombre caritativo. El Sr. Carpio fué honrado con la representación de la Sociedad Católica. Otro caballero, también muy apreciable, D. Celso Tinoco, se agregó al grupo de los peregrinos leoneses que completaban las virtuosas damas

Sras. Antonia Romo, Francisca Velázquez y Mónica Márquez.

En representación del Obispado de Querétaro fueron nombrados el virtuoso sacerdote D. Daniel Frías y el no menos estimable D. José Guadalupe Velázquez. El Padre Frías, joven de buen parecer, de finos modales, de porte distinguido, pertenece á una de las honorables familias queretanas, y se ha hecho acreedor á la posición que tiene en el clero de la Diócesis, por su intachable conducta y por su consagración al estudio. El Padre Velázquez posee cualidades que le hacen merecedor á toda consideración, y realza sus méritos la singular modestia que le caracteriza. Es además una notabilidad en la música. A la Diócesis de Querétaro pertenecen también los Sres. D. Agustín González y D. Zeferino Yáñez.

La Sagrada Mitra de Chilapa envió una numerosa y honorable delegación á la Romería. Su dignísimo Obispo, de quien ya hicimos arriba mención, el respetable sacerdote D. Francisco María Moreno, cura de Tlapa y antiguo Gobernador de la Mitra, el digno rector del Seminario D. Alejandro González, el ameritado cura de Zitlala D. Antonio Abarca, y el recomendable joven subdiácono D. Antonio Moreno; estos en el orden eclesiástico. En la clase seglar los Sres. D. Miguel Silva, D. Bonifacio Navarrete, la Sra. Doña Isabel Sánchez, y la simpática indígena Rita Manuela.

El muy ilustrado sacerdote D. Celedonio Valenzuela, cura de San Juan de Guadalupe, se inscribió en la Peregrinación representando á la Diócesis de Durango. El padre Valenzuela, anciano de constitución vigorosa, tiene la energía de un joven; habla con vehemencia y discute con calor cuando se trata de defender la Religión: intransigente en sus principios; celoso de la gloria de Dios, es un párroco que se ha hecho amar de sus feligreses y respetar de los sectarios anticatólicos.

La Diócesis de San Luis Potosí fué representada dignamente por el apreciable Sr. D. Silvestre López Portillo, abogado notable de aquel foro. Le acompañaron su estimable

consorte, la Sra. Rosa Manrique de Lara, y la Srita. Guadalupe, hermana de ésta. La esmerada educación y finos modales de esta honorable familia, fundan su brillante posición social y las consideraciones de que goza.

El señor Cura D. Dámaso Sotomayor, fué el delegado del señor Obispo de Sinaloa. El Sr. Sotomayor, á una inteligencia no vulgar, reúne conocimientos raros que hacen de él una especialidad en ciertas facultades. Consagrado al estudio de las etimologías, ha sacado de ellas extrañas conclusiones que le han servido para crear un sistema de argumentaciones en favor de la teología, estudio en el cual ha profundizado mucho. El delegado de Sinaloa es además poeta.

El Illmo. señor Obispo de Veracruz, se hizo representar en la Peregrinación por el Sr. D. Manuel Fernández Orihuela, anciano septuagenario que desempeña la cura de almas en Orizaba. De la misma ciudad de Orizaba acompañaron al párroco el R. P. Fr. Diego Martínez, religioso franciscano; el notable juriconsulto D. Silvestre Moreno Cora; el estimable caballero D. Manuel Valverde y algunas otras personas.

De Oaxaca, cuya delegación oficial llevó el señor Vicario capitular de Puebla, se inscribieron en la Romería el Dr. D. Manuel Esesarte, joven de buena presencia y modales distinguidos, y la apreciable Srita. Manuela Bustamante.

Fuera de las personas mencionadas, formaron en la Peregrinación otras muchas de las expresadas Diócesis y de otras que no constituyeron delegación. Debemos mencionar al Sr. D. Joaquín Amézaga, uno de los peregrinos que más se hicieron estimar por su bello carácter, por su ilustración y por sus finas maneras. El Sr. Amézaga es vecino de Chalchihuites, en el Estado de Zacatecas.

Un joven muy recomendable llevó la representación de la benemérita sociedad de Propaganda Católica de Durango, el Lic. D. Ramiro de la Garza. Modesto, afable y complaciente, el joven duranguense se hizo simpático para todos los romeros. El licenciado de la Garza, á una instrucción muy superior á su edad, reúne el aplomo de un hombre maduro

y el juicio de una persona experimentada. Es además un escritor correcto y elegante.

D. Refugio Gallardo es un honrado y antiguo vecino de Celaya, en donde se le estima en lo que vale. Militar de otros tiempos dejó la espada para cojer el arado, y á fuerza de laboriosidad y constancia, se ha ganado una modesta fortuna dedicado al ejercicio de la agricultura.

El simpático y fino caballero D. Guillermo A. Ponce de León, abogado jalisciense, del foro de Tepic, llevó la delegación de un periódico religioso de Guadalajara, *La Religión y la Sociedad*, campeón decidido y formidable de la doble causa que indica su título.

D. José María Aguilar y Ortiz (1) formó en la Romería como delegado de la Sociedad Guadalupana del Comercio de México y del Círculo Patriótico Religioso de Artesanos de la misma capital. Persona muy conocida no solamente en México sino en la República entera, es muy estimado generalmente por su notoria honradez y por su inteligencia y laboriosidad en los ramos de imprenta y librería, á que se halla dedicado hace muchos años y explota con buen éxito. Aguilar y Ortiz es un excelente compañero de viaje. Dotado de buena salud, impasible en el sufrimiento, sereno en el peligro; de carácter jovial y comunicativo; oficioso y servicial, no se deja dominar por la tristeza y el abatimiento; anima las reuniones en que se encuentra, y está siempre dispuesto á servir á todo el mundo con una solicitud y un empeño que bien pronto le granjean amigos agradecidos. Aguilar y Ortiz era el primero en el rezo, en las fatigas, en los gustos, en la comida. El comercio y los artesanos de México fueron dignamente representados por D. José María Aguilar y Ortiz en la Peregrinación.

(1) Al revisar los editores las pruebas de este capítulo nos suplicaron retirásemos el párrafo que se refiere al Sr. Aguilar y Ortiz. No hemos podido complacerles, porque entrando en nuestro plan que el lector conozca á las personas que figuran más adelante en la historia, y uno de ellos es el mismo Sr. Aguilar, se le hallaría después como persona desconocida y sin antecedentes. Conste, pues, que contra la voluntad de nuestro amigo y á trueque de lastimar su modestia, hacemos mención de él en este y en otros varios pasajes de la obra. — *El autor.*

La recomendable Sra. Doña Severa Mondragón de Pizarro, vecina de México, tomó la heroica resolución de separarse de su familia, y con el beneplácito de su marido, se inscribió en la Peregrinación. La Sra. de Pizarro se hizo agradable á cuantos tuvimos el gusto de tratarla, por su esmerada educación y por la solicitud con que atendía á las necesidades de sus compañeros de expedición.

Una joven señorita, Soledad Robles, también de México, tuvo la misma resolución que la anterior y formó en la Romería, siendo el objeto de las atenciones y de los respetos de los peregrinos.

Mención especial merece la recomendable Sra. Romana Rivera, vecina de Irapuato. Como las anteriores, subió sola al tren de la Peregrinación. De salud algo quebrantada, no le arredraron los peligros á que se exponía, ni los inconvenientes que pudiera tener para ella lanzarse á una expedición tan larga sin la compañía de personas de su familia. Su ardiente fe se sobrepuso á estas consideraciones; venció todo temor, y la hemos visto caminar no solamente con serenidad, sino alegre y satisfecha.

En condiciones idénticas se encontraban otras dos señoritas de Chihuahua, María del Rayo Colmenero y Bárbara Terrazas.

Dos jóvenes de Sinaloa, pertenecientes á una familia honorable, D. Manuel y D. Manuel F. Aragón, se captaron las simpatías de los romeros, por sus maneras distinguidas y por su excelente comportamiento.

De Zacatecas ingresó en la Peregrinación un simpático abogado, el Sr. D. Gumesindo Valadez. Persona de carácter sufrido, de modales corteses, alegre y entusiasta, hallábase siempre rodeado de un buen círculo de peregrinos. Consolaba á unos, animaba á otros, gozaba con lo próspero y no se abatía con lo adverso; ayudaba á sus compañeros en cuanto podía y de todos era muy estimado.

No es posible seguir adelante en esta ya larga revista. Ni tuvimos ocasión de tratar muy de cerca á muchos de los romeros para poder formar juicio de algunos en particular y

darlos á conocer; ni conduce á nuestro objeto retratar en lo físico ó en lo moral á cada una de las individualidades que formaron la Romería. Para el objeto de nuestras memorias basta haber presentado á los que más se distinguieron; por lo demás, en el curso de este trabajo hablaremos de algunas otras personas con quienes no habíamos hecho todavía conocimiento al llegar al punto en que vamos de nuestro relato. A nuestro papel de cronista cumple solamente dar los nombres de todos los que concurrieron á la expedición, y lo habremos desempeñado insertando en seguida la lista completa de los peregrinos, que hemos formado por orden alfabético, tomándola de los apuntamientos que hicimos personalmente en el camino. Es posible que hallamos omitido algún nombre, ó sufrido equivocación en los de bautismo; pero hemos procurado rectificar la lista cuidadosamente, con otras que se formaron, y casi podemos asegurar que es exacta y completa.

LISTA DE LOS PEREGRINOS.

Abarca Agustín,	Morelia.
Anzorena Manuel,	México.
Anzorena Luis G.,	México.
Aragón Manuel,	Culiacán (Sinaloa).
Aragón Manuel F.,	Culiacán (Sinaloa).
Anaya Matías,	Guadalajara.
* Arriola Ignacio,	Puebla.
* Aguilar y Ortiz José María,	México.
Amézaga Joaquín,	Chalchihuites, (Zacatecas).
* Alvarez Jesús,	Salamanca.
* Alcántara Asunción,	Jilotepec.
* Abarca Antonio,	Chilapa.
* Alba y Germán José María,	México.
Bustamante Manuela,	Oaxaca.
* Cisneros Antonio,	Puebla.
* Cervón Vicente,	México.
* Campos Prudencio,	Tixtla.

- * Camacho Isidoro, México.
- * Castellero Gonzalo, Puebla.
- * Cardona Leonardo, Puebla.
- * Carpio Carlos, León.
- * Conchos Francisco Javier, Rincón de Romos.
- * Coeto Manuel, Puebla.
- * Coeto Enrique, Puebla.
- * Calva Manuel, Puebla.
- * Córdova Piedra J., Valle de Santiago.
- * Carreón Faustino, Durango.
- * Colmenero María del Rayo, Chihuahua.
- * Castellero Paz, Puebla.
- * Chávez Francisco, Morelia.
- * Chagollar Marcota, Irapuato.
- * Delgado Arcadio, Zacatecas.
- * Esezarte Manuel, Oaxaca.
- * Frías Daniel, Querétaro.
- * González José María, Guadalajara.
- * González Alejandro, Chilapa.
- * Garza Ramiro de la, Durango.
- * Gallardo Refugio, Celaya.
- * Gallardo Ignacio, Celaya.
- * Gevea Luciano, Tlalpujahua.
- * Gutiérrez Pablo, León.
- * García Gregorio, Puebla.
- * Guzmán José María, Jilotepec.
- * García Antonio, Tepeji.
- * González Agustín, Querétaro.
- * Garrido Felipe, México.
- * Germán y Vázquez Diego, México.
- * García Francisco, León.
- * García Luis, Querétaro.
- * Hernández Orihuela Manuel, Orizaba.
- * Hoyo Tomás del, San Luis Potosí.
- * Hoyo Octavia del, y un niño, San Luis Potosí.
- * Hernández Inés, Lagos.
- * Ibarra Ramón, Puebla.
- * Icaza Antonio, México.
- * Izquierdo Ignacio, México.
- * Lozano José María, Encarnación, (Jalisco).

- Landa y Valle Germán, México.
- López Portillo Silvestre, San Luis Potosí.
- López Portillo Rosa M. de, San Luis Potosí.
- Loyo Ignacio, Huatusco.
- * Loyola Pedro, Acatlán, (Puebla).
- Lara Ambrosio, México.
- * Moreno Francisco María, Chilapa.
- * Moreno Antonio, Chilapa.
- Mendoza José María, Guanajuato.
- * Muñoz Cano Manuel, México.
- Martínez Diego, Orizaba.
- Moreno Cora Silvestre, Orizaba.
- * Monroy Juan, Jilotepec.
- * Maciel Dionisio, Querétaro.
- * Macías Narciso, Morelia.
- Magaña Eliseo, México.
- * Morán Ignacio, Córdoba.
- Maza Luis G. de la, Puebla.
- Manrique de Lara Guadalupe, San Luis Potosí.
- Márquez Mónica, León.
- * Mondragón de Pizarro Severa, México.
- * Maldonado Josefa, Jilotepec.
- * Nieto Ramón, Puebla.
- * Navarrete Bonifacio, Chilapa.
- Nieva Soledad, Puebla.
- * Ortega Simeón, Puebla.
- * Oliver Francisco, Puebla.
- Ocampo Luis, México.
- * Portillo, Illmo. Sr. Fr. Buenaventura, Chilapa.
- Pérez de León Guillermo A., Tepic.
- Pardo y Furlong Joaquín, Puebla.
- Padilla Francisco, Morelia.
- * Padilla Lázaro, Tenancingo.
- * Palacios Vicente, Chalchicomula.
- * Pérez Bartola, Jilotepec.
- * Peña Nicolás de la,
- * Palacio Concepción,
- Quesada Rosario,
- * Rodríguez Carlos, Santa Ana, (Puebla).
- * Rodiles Enrique, Puebla.

Reyes Pablo,	León.
Romo Antonia,	Aguascalientes.
* Romo Luciana,	Chalchicomula.
* Rivera José María,	Chilapa.
* Rita Manuela,	Chilapa.
* Ramírez Luz,	Huatusco.
* Rivera Juan P.,	México.
Robles Soledad,	Irapuato.
* Rivera Romana,	Lagos.
Rivero Carlos,	Chilapa.
Rivas Manuel,	México.
* Romo Rafael,	Puebla.
Stéfano Antonio de,	Puebla.
Salazar Ignacio Pérez,	Sinaloa.
Salazar Delfina de,	Morelia.
Sotomayor Dámaso,	Jilotepec.
* Saucedo José María,	Chilapa.
* Sánchez Ramón,	Durango.
* Silva Miguel,	Jilotepec.
Saravia Buenaventura,	Durango.
* Soto Basilio,	Orizaba.
Saravia de Gómez del Palacio, señora,	Chilapa.
* Sánchez Nieves,	Guadalajara.
* Sánchez Isabel,	Puebla.
Tapia Carlos,	Puebla.
* Treviño Leandro C.,	Puebla.
Trischler Alfonso,	Puebla.
Trischler Guillermo,	Puebla.
* Toscano Florencio,	León.
Tinoco Celso,	Aguascalientes.
* Torres Bernardina,	Chihuahua.
* Terrazas Bárbara,	San Juan de Guadalupe.
* Valenzuela Celedonio,	León.
Velázquez José María,	Zacatecas.
Valdez Gumesindo,	Guadalajara.
Vázquez Trinidad,	Querétaro.
Velázquez José Guadalupe,	Orizaba.
* Velázquez Crescencia,	Orizaba.
Valverde Manuel,	Orizaba.
* Velázquez Concepción,	Orizaba.

Viveros Manuel,	Puebla.
* Villegas Soledad	Puebla.
Velázquez Francisca,	León.
Yáñez Zeferino,	Querétaro.
* Zúñiga Ruperto,	Puebla.

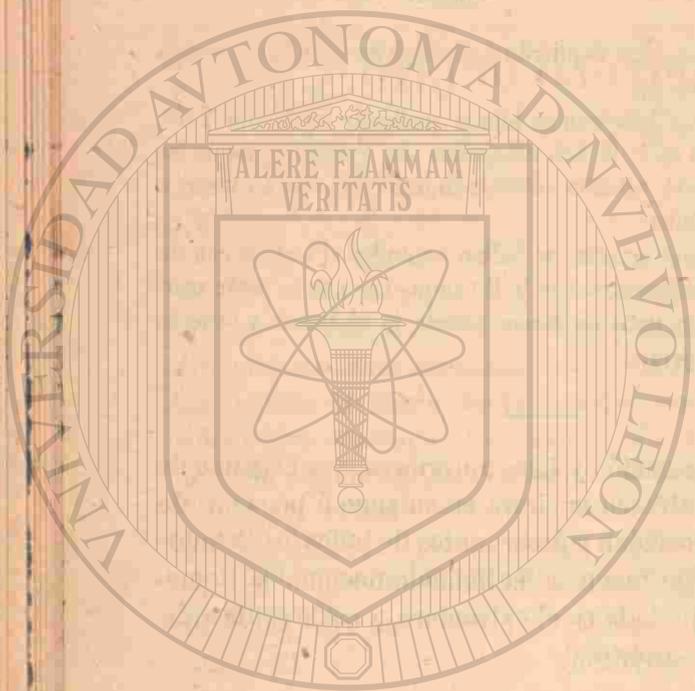
NOTAS.—1ª. Los señores Izquierdo y Ocampo no se embarcaron con la Peregrinación.

2ª El señor Saravia y la señora su hija se quedaron en Nueva York.

3ª No está incluida en la lista la delegación de Yucatán, porque las personas que la formaron salieron antes de México y fueron á esperar á la Peregrinación en Roma.

4ª Las personas cuyos nombres se hallan anotados al margen con un asterisco, son las que regresaron con la Romería. Las que no están marcadas así, se separaron unas en Roma pasada la audiencia y otras se quedaron en el extranjero.

Ya se ve por la relación y lista anteriores, que el grupo de los peregrinos de México encierra en su seno á personas de todas clases de la sociedad y procedentes de todos los Estados de la República. Con razón se ha llamado nacional la Romería, y así será considerada en el extranjero, y así la calificarán los presentes y la posteridad.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPÍTULO QUINTO

Ocupación de los romeros.—De Albuquerque á Lamy.—Las Vegas.—De las Vegas á Newton.—El Cónsul mexicano.—De Newton á Kansas City.—De Kansas City á Toledo.

CONTENTOS y satisfechos caminaban nuestros romeros: agrupados en pequeños círculos según la proximidad de sus relaciones anteriores ó la simpatía que los iba uniendo; entreteníanse en conversar familiarmente; jugaban unos, cantaban otros, los sacerdotes rezaban el oficio divino, y por la noche dirigían el Rosario, cuyo devoto ejercicio se practicaba por todos los que iban en cada coche. Muchos escribían sus impresiones de viaje trasladando al papel las ideas y los sentimientos de que estaban poseídos. Los agentes de la compañía fraternizaban con los viajeros, llenándolos de atenciones y procurando cuanto era conveniente para su comodidad. Entre otros merecen especial mención, un irlandés apellidado Cook y un americano Slough. Ambos se hicieron acreedores á la simpatía y al agradecimiento de los peregrinos.

A las seis y media de la mañana del 11 de Abril descubríamos la primera población de importancia del territorio americano. Llegábamos á Albuquerque, en donde el itinerario nos permitió detenernos un rato para tomar el desayuno. Los habitantes de la ciudad acudieron á la estación, suponemos que por simple curiosidad, para vernos de cerca. Mirábannos con cierta especie de asombro; seguramente excitaba su admiración ver un grupo numeroso de mexica-

nos, que jamás habían visto, y acaso les admiraba más el vernos vestidos como ellos y oír á algunos de nosotros hablar su mismo idioma. ¡Se tienen ideas tan desfavorables é inexactas de nosotros en el extranjero. . . . !

Albuquerque, población de 8 á 10,000 habitantes, pertenece al territorio de Nuevo México, una de las grandes fracciones del que fué nuestro y perdimos de la injusta manera que todos saben. A pesar de los esfuerzos del protestantismo, los pobladores de esta nueva ciudad son en su mayoría católicos, y están apacentados por un cura y otros sacerdotes de la Compañía de Jesús, quienes sirven la parroquia. Las hermanas de la Caridad han establecido y sostienen allí dos escuelas para enseñanza de niños de ambos sexos.

La principal explotación en que se emplean los habitantes de Albuquerque es la cría de ganados.

El aspecto de la ciudad no deja de ser pintoresco, si bien el arte nada encuentra allí que pueda llamar la atención. Casas que parecen de cartón por la forma y la ligereza de su estructura; calles de aspecto poco elegante, sin empedrado en el piso y las banquetas con pavimento de madera; cercados de alambre ó de madera también, limitando los solares en donde se hallan edificadas las habitaciones.

Entre los edificios notables de la ciudad se distinguen dos principalmente, la Iglesia católica de San Felipe y el establecimiento de la Compañía *Atlantic Pacific*.

En esta ciudad fuimos recibidos por el estimable sacerdote jesuita el Padre Personé, Director del Colegio católico establecido en las Vegas, quien tuvo la bondad de emprender el viaje hasta dicho lugar con el objeto de saludarnos y acompañarnos una parte del camino. El Padre Personé fué acogido por nosotros con las atenciones que merecía. Es un eclesiástico que tendrá unos 52 años. De origen italiano, es de carácter afabilísimo, y como persona bastante ilustrada, su conversación es agradable y su trato cautiva á cualquiera que permanece cerca de él algún tiempo. El superior del Colegio de las Vegas nos dió informes sobre el estado que guarda el plantel que tiene á su cargo; nos manifestó que entre los doscientos

y tantos alumnos que encierra, hay como setenta de la República mexicana, á los cuales tendría el gusto de presentarnos al llegar á las Vegas; nos hizo relación, además, de todos los progresos que ha alcanzado el Establecimiento y de lo que de él se espera en el porvenir.

Partimos de Albuquerque, y una hora después hicimos alto un brevísimo rato en la estación de Wallage, próxima á una población que se llama Santo Domingo y se compone en su mayor parte de indígenas. Algunos de estos se acercaron á los coches ofreciendo en venta fragmentos de vidrio y de piedras de colores. Estos indios, muy semejantes en su configuración y color á los mexicanos, visten una tunicela corta que les da á las rodillas y traen cubiertas las piernas con una especie de pantalón ajustado, lo mismo los hombres que las mujeres.

Al llegar á la estación nombrada Lamy, es necesario recordar al dignísimo Prelado de Santa Fe, encargado de aquella Diócesis desde 1850 y muerto en Enero del presente año. Monseñor Lamy fué un insigne varón apostólico que trabajó empeñosamente en propagar la doctrina católica y la ilustración entre sus feligreses. Su memoria es bendecida de católicos y protestantes, y su nombre respetado de todos los vecinos de Santa Fe.

En este paradero de Lamy se bifurca la vía, tomando una la dirección de Santa Fe, que es la capital del territorio de Nuevo México, y la otra por donde va el camino que lleva á Las Vegas.

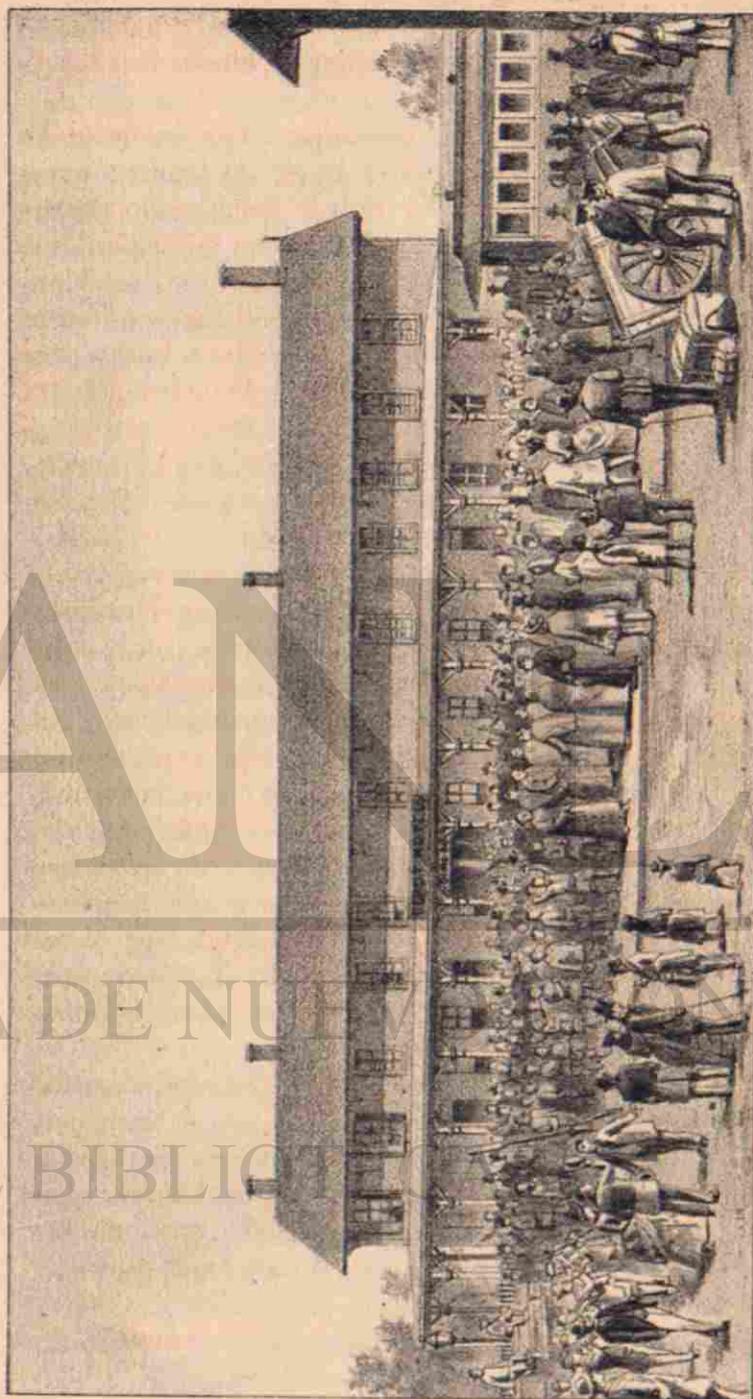
Desde poco antes de llegar á Lamy en dirección á Las Vegas, el aspecto del terreno cambia completamente. Desde Paso del Norte se atraviesa por inmensas llanuras desnudas de vegetación, áridos desiertos, de cuando en cuando cultivados en pequeña extensión; pero en lo general despoblados é ineultos. Mas al acercarse á Lamy, el suelo comienza á ser accidentado, la vegetación principia á descubrirse, no enteramente rica y lozana, pero sí abundante en arbustos de oyameles y encinares. Más adelante se cree uno trasportado á nuestra montaña de las Cruces en el camino de México á

Toluca; el terreno tiene la apariencia de un bosque talado en otro tiempo, en cuyo suelo brotan en abundancia los retoños del ocote y del encino.

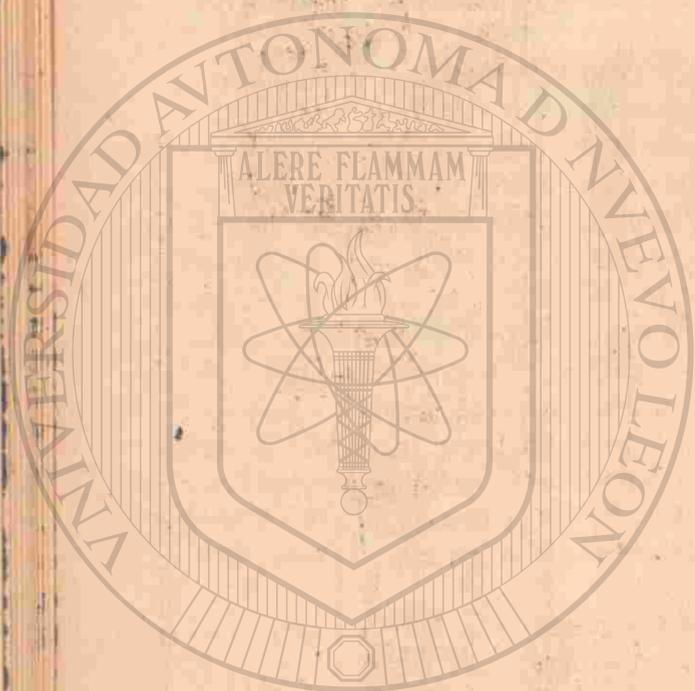
A las doce y media P. M. descubrimos una población de importancia. Momentos después un gentío inmenso agrupábase cerca de los coches del tren que había hecho alto delante de una estación. Los acordes de una música hirieron dulcemente nuestros oídos. Un sacerdote, en cuyo semblante se veía retratada la alegría y el contento, apareció entre la multitud vitoreando á México y abriendo los brazos para estrecharnos en ellos. Tenía el aspecto de un compatriota entusiasmado de ver á sus paisanos después de una larga ausencia de la Patria: era el Padre Anticoli, jesuita italiano, que ha residido muchos años entre nosotros y nos quiere con amor de hermano. Estábamos en Las Vegas. El Padre Anticoli y los otros sacerdotes catedráticos y prefectos del gran Colegio católico allí establecido, vinieron con sus alumnos y la orquesta del Establecimiento, á saludarnos con el entusiasmo y la alegría del que vuelve á ver á sus compatriotas. La población en masa había venido acompañándolos, y nos fué difícil atravesar entre aquella muchedumbre para entrar en el muy elegante salón del comedor, en donde nos aguardaba en bien provistas mesas un apetitoso almuerzo. Unas diez ó doce muchachas americanas, vestidas con aseo y hasta con elegancia, se hallaban dispuestas á servirnos, y comenzaron á ejecutarlo con esmero y prontitud, tan luego como nos sentamos. Amplio el comedor y extensas las mesas, apenas pudieron contener á los excursionistas y á las personas que nos cumplimentaban.

Terminado el almuerzo, el superior y los profesores del Colegio nos presentaron al encantador grupo de pequeños compatriotas que allí se educan, hasta el número de setenta; allí fuimos reconociendo á los hijos de algunos amigos nuestros de México y de los Estados de la República. Los juvenitos manifestaban gran contento de vernos y oírnos hablarles de sus padres y de sus familias. . . .

La orquesta, que no había cesado de tocar durante el al-



LLEGADA DE LA PEREGRINACIÓN Á LAS VEGAS, E. U.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

muerzo, preludió una pieza nacional; el entusiasmo creció hasta el delirio; los abrazos y los vítores y las aclamaciones, demostraban la alegría de que todos estábamos penetrados. Los americanos que con nosotros se hallaban no eran indiferentes á estas manifestaciones y se mostraban poseídos del mismo sentimiento.

La campana del tren anunció la partida: muy á nuestro pesar tuvimos que separarnos de nuestros hermanos en la fe, de nuestros compatriotas, de nuestros amigos. Los jóvenes del Colegio se formaron en dobles hileras para ver desfilar los coches. Los peregrinos permanecieron en su mayor parte en las plataformas y antes de que el tren se pusiera en movimiento entonaron por vía de despedida nuestro Himno Nacional. Los vivas resonaron por todas partes; los habitantes de Las Vegas se conmovieron y nuestros corazones confundidos en el mismo sentimiento consagraron un tiernísimo recuerdo á nuestra querida Patria. ¡Cuán grato es ver compatriotas en el extranjero!.... Después de algunos instantes, todo había pasado; habíamos perdido de vista á Las Vegas, en donde quedaban sin embargo, nuestros corazones y nuestros afectos.

Durante algunas horas seguimos corriendo sin cesar, atravesando rápidamente una extensa región carbonífera. El frío comenzó á hacerse sentir; poco tiempo después una ligera escarcha blanqueaba el suelo que abarcábamos con la vista. A las cinco y media, después de pasar un túnel de unos seiscientos metros de extensión, poco más ó menos, entrábamos en los límites del Estado del Colorado, y cosa de una hora más tarde nos deteníamos á las puertas de una ciudad que se llama Dodge City. Eran las seis y media de la tarde. Mucha gente se apresuró á reunirse en la estación para vernos pasar. Dodge está situada en un plano horizontal, en medio de una gran llanura en la cual los habitantes explotan la agricultura, especialmente en el ramo de ganadería. El aspecto de la ciudad dista mucho de ser pintoresco, no obstante su aglomeración de casas de papel, como parecen la mayor parte de las que hemos venido viendo desde que pisamos el

territorio americano. Sus calles, á lo que pudimos ver, están tiradas á cordel y no carece de establecimientos de importancia, como almacenes y bancos.

El día 12 de Abril nos amaneció llegando cerca de otra ciudad parecida á la anterior, en cuanto á su situación y á la forma de sus edificios. Kinsley se llama esta ciudad, en donde nos detuvimos para tomar el desayuno. Vimos al pasar amplias calles; pero sin empedrado y con aceras entablonadas; algunos grandes edificios; pero siempre de construcción provisional, como aparece todo en el país excepcional que venimos recorriendo. Los americanos, á lo que puede juzgarse por sus edificios y todas sus construcciones, no se cuidan de la posteridad. Es un pueblo que va con el día; que piensa en el hoy sin ocuparse en el mañana.

Una hora más; eran las ocho y media y estábamos en el territorio del gran Estado de Kansas. Todo el día habíamos de correr con la velocidad del vapor, antes de llegar á Topeka, la capital de esta floreciente estrella de la Unión americana. Muchas poblaciones de importancia habíamos de ver antes de tocar el límite del Estado vecino de Missouri.

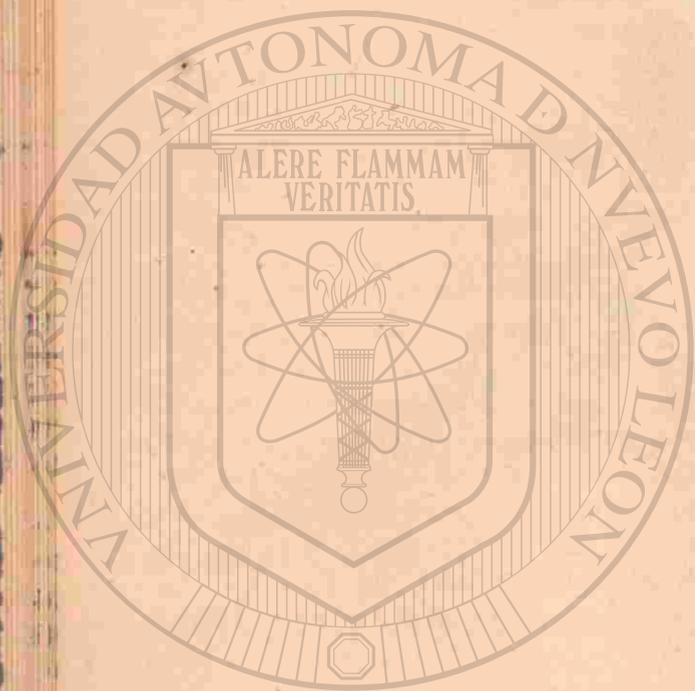
A las nueve pasó el tren de la Peregrinación por una de las principales calles de Lamed; á las diez estábamos delante de Sterling, en donde nos llamó la atención el número de establos que se hallan en los arrabales de la ciudad: á las once, crugidos de frío, llegamos á Nickerson, situado en la llanura, y á la una y media, bajamos en la estación que se encuentra en una ciudad bastante poblada de edificios y habitantes. Llámase Newton, como el gran filósofo que ilustró con sus maravillosos descubrimientos las ciencias físicas.

Al bajar de los coches para dirigirnos á la fonda, fuimos sorprendidos con un agradable recibimiento, del todo inesperado. El cónsul mexicano en Kansas había venido á Newton para saludarnos y ofrecernos sus servicios. Mauricio Rhaden se llama el cónsul, que es un caballero de origen alemán, de gallarda presencia, vestido con irreprochable corrección, y dotado de un bellissimo carácter, que unido á su fina educación y exquisitos modales, le constituyen un tipo el más



SR. MAURICIO RHADEN
CÓNSUL DE MÉXICO EN KANSAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

acabado de caballero, y le hacen simpático é interesante. Presentóse á la Comisión dando á conocer su investidura consular; uno de los comisionados le presentó al Illmo. Sr. Obispo, y después, durante la mesa, á todos los peregrinos, quienes quedaron muy agradecidos á la galante y delicada atención del cónsul mexicano.

Después de un regular almuerzo servido en el muy elegante comedor de la Estación, volvimos al tren, no sin haber recorrido, aunque de prisa, la hermosa avenida principal de la ciudad, que corre de N. á S. Visitamos varias tiendas de comercio y nos detuvimos leyendo algunos de los letreros que cubren sus fachadas.

Instalados en los coches, el apreciable Sr. Rahden, acompañado del secretario de la Comisión, visitó uno por uno todos los departamentos, haciéndose presentar individualmente con cada persona y ofreciendo á todos sus servicios.

A eso de las cinco, después de haber pasado sin detenernos, por la ciudad de Strong, llegamos á la de Emporia, fundada en 1860, y cuya población ya pasa de 15,000 habitantes. Emporia debe su fundación en gran parte á la iniciativa y á los cuidados del senador Plumb, cuya habitación en la ciudad es uno de sus mejores edificios. Entre los grandes establecimientos que se han erigido hay un Asilo para hombres y una gran Escuela normal.

Como á las seis de la tarde pasamos sin hacer alto por otra población que se llama Peterson, y pocos minutos después veíamos la hermosa ciudad de Topeka, capital de Kansas. No paró el tren allí, y sólo de paso pudimos ver que es una ciudad de bastante importancia, cuya población, según se nos informó, pasa de 60,000 habitantes: tiene hermosas calles y buenos edificios, aunque de construcción ligera.

Poco antes de oscurecer llegamos á la ciudad de Lorence, lugar célebre en la guerra separatista. Lorence tiene una población de más de 25,000 habitantes, y en ella hay considerable número de católicos. Una buena Universidad del Estado se halla establecida y existe además una escuela para indígenas. Gran número de personas, principalmente de

señoras, esperaba en la estación nuestra llegada. Nos veían con cierto interés mezclado de admiración, y algunos individuos se acercaban á saludarnos.

A las 9 y media de la noche, en medio de la oscuridad que reinaba, distinguimos infinidad de puntos luminosos, que pronto aclaramos eran focos eléctricos. Estábamos llegando á Kansas City, la gran ciudad, la ciudad comercial y agrícola del Estado del Missouri, el gran mercado de ganadería, la ciudad de los ferrocarriles y de las vías de cable, con su gran población de más de 200,000 habitantes. La estación de Kansas es uno de los puntos de confluencia de los ferrocarriles en que se cruzan muchísimos trenes que parten en distintas direcciones. Es sorprendente el movimiento de los que llegan á la estación y parten de ella, no siendo exagerado decir que se acerca á cien el número de los que diariamente se detienen allí. Durante nuestra permanencia, que fué de sólo tres horas, vimos partir y llegar hasta ocho grandes trenes, sin contar el nuestro.

Kansas ha de ser una ciudad de muy bello aspecto por hallarse en un terreno accidentado y tener en sus inmediaciones el gran río Missouri, que la riega y fecunda. La parte baja de la ciudad está comunicada con la alta por ferrocarriles de cable que mantienen un gran tráfico interior. Toda la ciudad está alumbrada con luz eléctrica, cuya claridad nos permitió ver los grandes edificios y juzgar de la extensión y belleza de algunas calles.

Al llegar nuestro tren á la estación, infinidad de curiosos se habían aglomerado, y habríamos seguramente sufrido algunas incomodidades, y aun tenido que sentir de los rateros, si la solicitud de nuestro cónsul no hubiera hecho percibir á la policía, que en obsequio de la verdad atendió eficazmente á nuestra seguridad.

Pero si la policía pudo alejar de nosotros á los rateros, no acertó á librarnos de los reporters de periódicos, especie de avispa que se le pegan á uno en los Estados-Unidos, siempre que llega á una ciudad de importancia, y muchas veces salen al camino á esperarle, recorriendo centenares de mi-

llas. Adelante veremos cómo desde Nueva-York fueron hasta Búfalo á encontrarnos los agentes de periódicos de la primera ciudad americana.

Por donde quiera que andábamos nos acometían estos especuladores en noticias, hablándonos ya en inglés, ya en mal español, que apenas entendíamos.

Cuatro sacerdotes, uno de ellos el párroco de la feligresía católica de Kansas, fueron al coche del señor Obispo, y hablándole en buen latín, le presentaron sus respetos y dieron á la excursión la bienvenida. El Sr. Portillo correspondió con frases de cortesía á tan bondadosas manifestaciones.

Alguna molestia causó á los peregrinos el trasborde que fué necesario hacer en esta ciudad, por no haberse ofrecido á la excursión coches iguales en capacidad á los que traíamos, si bien los que se pusieron eran más decentes. Arregladas las dificultades que suscitó la nueva instalación, como á la media noche la locomotora echó á correr.

Apenas salidos de Kansas, atravesamos el hermoso río Missouri pasando por un gran puente de hierro, uno de los más gigantescos que se han construido en la nación americana. En seguida nos dormimos, y nadie se dió cuenta de lo que pasó, ó más bien dicho, de los lugares por donde pasamos, hasta la mañana del 13, en que amanecemos contemplando las bellezas de una comarca montañosa, regada por el rey de los ríos americanos, el gran Mississipí, y cubierta por lo mismo, de exuberante vegetación.

Las ocho de la mañana serían cuando nos detuvimos á desayunar en Hannibal, ciudad como de 20,000 habitantes, situada en un valle hermoso fertilizado por el Mississipí. A poco de haber salido de la estación entramos en un túnel como de 500 metros, y al salir á luz nos encontramos con el gran río, y nuestro tren pasando un maravilloso puente de fierro, en el cual nos detuvimos algunos minutos, lo que nos permitió verlo á nuestra satisfacción. Tendrá como 300 metros de extensión y unos diez de ancho. Es una obra de ingeniería de gran mérito y muy atrevida.

Omitía decir que en Hannibal nos cercaron los reporters

como en Kansas; pero aleccionados ya los peregrinos que hablaban inglés, procuraron hacer á los reporters preguntas en vez de contestar á las suyas, sistema que nos produjo buen resultado en muchos casos posteriormente.

Una hora más tarde llegábamos á Greggsville, ciudad del Estado del Illinois, situada entre bosques de árboles poco corpulentos, que parece han sido recientemente plantados. Nada notable vimos en esta ciudad, que no carece, sin embargo, de importancia.

A las doce del día descubrimos á Springfield, capital del Illinois, que tendrá unos cuarenta mil habitantes y se halla situada en medio de dilatada llanura. Gran concurrencia de señoras y caballeros nos esperaban en la estación; veíamos con extraña curiosidad; muchos reporters se acercaron á conversar con nosotros y á dirigirnos sus repetidas preguntas.

A las cinco de la tarde tocamos á Danville, gran población cuyo caserío ocupa algunas millas de extensión. Sus calles son hermosas y amplias, y tiene edificios de importancia relativa, al estilo americano y algunos de arquitectura parecida á la gótica. En la estación vimos siete grandes trenes, unos con pasajeros y otros con carga, dispuestos á partir en distintas direcciones.

Pocos minutos después se presentó á nuestra vista otra ciudad de menor extensión y de aspecto pintoresco, situada á la falda de una loma y regada por un río.

Otros cuantos minutos y nos hallábamos en la estación de Lafayette. Llamónos la atención el grupo de sus edificios, entre los que se destacaban las torres de muchos de ellos en una forma semejante á las agujas góticas. Descubrimos entre los edificios muchas fábricas. El censo de esta ciudad no debe bajar de 25,000 habitantes, y se nos aseguró que hay entre ellos un considerable número de católicos. El interés con que se acercaban á los coches muchas de las personas que en gran concurso invadían la estación, hízonos confirmar aquel informe que nos dió un americano protestante. Presenciamos un rasgo de piedad conmovedor en uno de aquellos correligionarios. Llegóse á uno de los peregrinos que venían

en la plataforma, y dándole la mano le preguntó si hablaba inglés; contestándole el interpelado negativamente, el ferviente católico le dirigió en latín esta piadosa encomienda: *¡Ora pro nobis!* En ese momento el tren partió y aquel hombre estrechó con efusión la mano del peregrino, é hizo una reverente inclinación de cabeza, despidiéndose de todos con el sombrero en la mano. Otras muchas cabezas vimos descubrirse y se agitaron muchos pañuelos en señal de afectuosa despedida. La persona á quien fué dirigida aquella hermosa y cristiana encomienda se formó el propósito de pedir en su oportunidad al Santo Padre una bendición especial para este fervoroso creyente.

No trascurió una hora sin que llegáramos á otra población de importancia, Logansport, en donde subieron dos sacerdotes católicos á saludarnos.

Otra hora más y pasábamos por Deffiance, pueblo menos numeroso, en donde no nos detuvimos.

A la media noche pasamos por Toledo, ciudad populosa del Estado de Ohio. Nada vimos de ella, ni tampoco nos dimos cuenta de nuestro paso por Detroit, población de mucho mayor categoría y extensión, en donde sin apercibirnos de ello se nos trasladó en balsa de uno á otro lado del río que une el lago St. Claire y el Erie. Amanecimos en el Canadá, posesión británica, y á las 7.50 A. M. nos deteníamos en St. Thomas, población inglesa, después de haber recibido la visita de los agentes fiscales, quienes no nos causaron más molestia que pegar en algunas de nuestras petacas ciertos papeles impresos que certificaban el registro aduanal. Crujidos de frío y entre una espesa neblina bajamos al comedor de la estación, en donde se nos sirvió un *lunch-desayuno*, por la módica suma de 20 centavos americanos.



CAPÍTULO SEXTO.

El Niágara.—Búfalo.—De Búfalo á Nueva-York.—El trasborde.—El "Bolivia."—Dificultades para la instalación.—Nueva-York.—Aspecto general.—El Puente de Brooklin.—Los reporters.—La prensa americana.

ESTÁBAMOS á 14 de Abril.
 Como á las nueve de la mañana vimos un pintoresco pueblo nombrado Hegers, formado con preciosas casas de ladrillo en un sitio regado por risueñas corrientes de agua cristalina.

Cerca de dos horas más transcurrieron, durante cuyo tiempo atravesamos una hermosa región accidentada, recreando la vista con bellas perspectivas. De repente una voz gritó, ¡El Niágara! Todas las miradas se dirigieron á las ventanillas de la derecha: el Niágara se presentó á nuestros ojos en toda su imponente belleza. El tren detuvo su marcha unos minutos para permitirnos contemplar despacio aquel admirable espectáculo. Las aguas del tranquilo lago Ontario que en su nivelación parecen inmóviles, despéñanse precipitadamente al llegar á la orilla del borde del abismo, cuyo fondo es un ancho río en donde á corta distancia vuelven á tomar la suave corriente que ha de conducir las al agitado Océano. La impresión que se siente á la primera vista del Niágara no es de espanto ni de estupor; es la que causa el aspecto de una hermosa acuarela de suave colorido, es el encanto que produce la contemplación de una obra de arte admirablemente ejecutada. Visto el Niágara á lo lejos antes de oír el ruido y de darse cuenta del movimiento vertiginoso de las aguas en su caída, no se experimenta otra sensación que la del em-

beleso; no se siente otra agitación interior que la que experimenta uno cuando se encuentra delante de un objeto hermoso que nunca hemos visto, pero conocemos por las relaciones que de él se nos han hecho. Acercándose á las cataratas, las impresiones cambian; sobreviene el espanto y acomete el vértigo.

A la distancia á que vimos por primera vez las caídas del Niágara, lo que más llamó nuestra atención fueron los colores que matizaban el cuadro que teníamos delante. Sobre un fondo de plomo que formaba la espesa niebla que envolvía el horizonte, destacábase un plano de líquida esmeralda que al terminar se deshacía en resplandecientes penachos de blanca espuma, descendiendo después en grandes cortinajes de plateadas telas. Al caer las aguas en el punto en donde se juntan con las que llegaron antes al cauce del río, levantan una densa faja de algo que semeja el sutil polvo que el ojo descubre en los rayos solares al entrar en un cuarto que no recibe luz por otra parte; algo parecido al humo blanquísimo que se desprende de ciertos combustibles cuando están abrasados por el fuego; algo que se parece mucho á esas resplandecientes nubes que frecuentemente adornan los horizontes en nuestra patria.

Dos grandes caídas, la llamada americana y la del Canadá, son las principales por donde se despeña la inmensa cantidad de las aguas; otras muchas menores se admiran en una extensión de más de un kilómetro. A la hora en que nosotros llegamos al punto en que primero se descubren las cataratas, una fuerte nevada caía, y la frialdad de la atmósfera había hecho congelar algunas de las cascadas menores, así como había petrificado transitoriamente parte de las aguas que, aglomerándose á las orillas del río, formaban deslumbrantes rocas de blanquísima nieve y elegantes estalactitas y estalacmitas, unas sobresaliendo de la superficie de las aguas, otras colgando de los salientes de las paredes de la cañada.

El tren prosiguió su marcha con lentitud, y pronto llegamos al borde opuesto al lado de las cataratas; debíamos atravesar de una á otra margen del río un enorme puente de

fierro de atrevida construcción que une la vía férrea abriendo paso al gigante vehículo. Al pasar dirigimos la vista y se nos presentaron las cataratas á la derecha; sobre ellas descubrimos el inverosímil puente colgante (*suspension bridge*) que el genio americano hizo construir sin más objeto que proporcionar extrañas emociones á los visitantes.

El cuadro encantador que acabamos de bosquejar lo completan dos poblaciones de aspecto apacible y risueño que se agrupan á la derecha de aquella maravilla. El Niágara ha formado estos dos pueblos, de él viven y á él deben su creciente prosperidad. Nada extraño es que no se cansen de verlo y admirarlo; que en todas partes tengan á la vista su imagen, que en todas las tiendas se hallen de venta sus fotografías. *The Niagara falls* es una palabra mágica que en toda la unión americana despierta el deseo de viajar, y durante el año infinidad de visitantes llegan diariamente y permanecen algún tiempo contemplando las grandes cataratas y observándolas por todos los puntos por donde presentan diverso aspecto y descubren distintas bellezas.

El punto principal de vista es una especie de balcón erigido á orillas del despeñadero y al nivel del lago Ontario. Allí se ve de cerca el derrumbe de las aguas, se ensordece uno con el ruido de su caída, y se moja el visitante con las gotas que salpican. Otro punto no menos interesante para ver las cascadas es desde la orilla del río; allí se contempla el cuadro de abajo para arriba. Los turistas más atrevidos tienen otros dos puntos de vista, el primero es debajo de las cataratas; entre estas y la pared del encortinado de rocas hay un camino practicable por donde se puede transitar, no sin mojarse un tanto, para observar los efectos de la luz á través de las aguas; el otro es el puente colgante en el cual se atraviesa el espacio en dirección casi paralela á la caída principal, pudiendo observar muy de cerca el despeñadero.

No obstante lo frío de la temperatura y la nieve que caía en abundancia, nuestros peregrinos guiados por los amables agentes de la empresa del Central Mexican Railway, reco-

rrieron los diversos lugares por donde se debe contemplar el Niágara, menos el puente.

Terminada nuestra excursión como á las doce y media del día, nos esperaba un mediano almuerzo en la fonda, en donde pusimos nuestros nombres en el álbum de los visitantes.

El Lic. Pérez Salazar improvisó la siguiente octava, que tuvo la bondad de dictar en nuestro libro de memorias. Dice así:

Magnífico es, Señor, tu poderío,
 Ante él no puede resistirse nada;
 Él ha formado el caudaloso río
 Y luego lo despeña en la cascada.
 Por eso tu obra al contemplar, Dios mío,
 En tu grandeza el alma se anonada
 Y callando mi labio, absorto y mudo
 Doblando la rodilla te saludo.

Al volver á los coches, nos encontramos con la visita de un grupo de simpáticos sacerdotes católicos: eran el párroco y el superior de los padres paulinos que venían á saludarnos. A las cuatro y media partió el tren.

Poco menos de una hora transcurrió, y después de caminar un rato á orillas del lago Erie, pintorescamente congelado, descubrimos la gran ciudad de Búfalo, que tiene más de doscientos mil habitantes. Descendimos de los coches para tomar un *lunch* en la fonda. La estación de Búfalo es un gran edificio con techumbre de cristal. Tuvimos la ocasión de presenciar el gran movimiento de ferrocarriles que hay en este paradero. Puede ser superior al que observamos en Kansas.

Al regresar á los coches presenciamos un episodio edificante. Un caballero americano, católico, solicitó ser presentado al señor Obispo: púsose de rodillas delante del Prelado y le pidió su bendición, que le fué otorgada de buena voluntad.

Una vez en el tren, fuimos sorprendidos con la aparición de dos viajeros americanos, que se instalaron en el coche de la Comisión. Eran reporters de los diarios "El World" y "El

Times" que habían llegado de Nueva York, con el único objeto de cumplimentarnos y de tomar datos sobre la Peregrinación. Uno de ellos habló con el Sr. Obispo más de una hora, se puso á escribir en seguida algunas cuartillas de papel que en la estación inmediata remitió por telégrafo al "World," en cuyo diario vimos al llegar á Nueva York las noticias relativas á nuestra expedición, llenas de inexactitudes y aun falsedades notorias. Sucesivamente leímos otras en diversos diarios neoyorkinos, faltándose en todos á la verdad histórica ó desfigurándose los hechos de una manera lamentable. No sabemos si es intencional ó procede acaso de la ligereza con que se hace todo en los Estados-Unidos, la inexactitud con que transmiten á sus respectivos periódicos estos asalariados reporters las noticias que recogen. El hecho es que los de los distintos periódicos que nos visitaron, escribieron cosas que no les dijimos y consignaron de su inventiva especies que no podían tener fundamento alguno en los datos que nos pidieron y les suministramos hasta donde la prudencia y la discreción lo permitían.

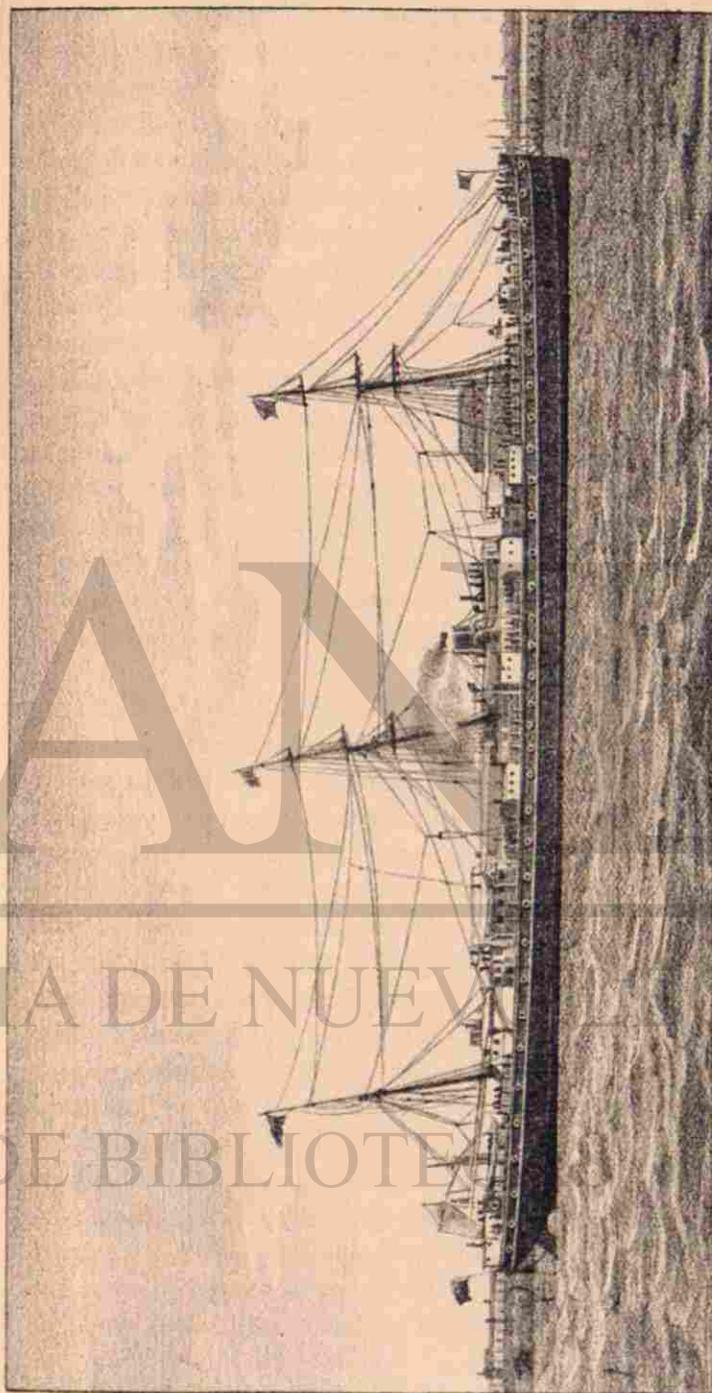
En esta misma ciudad de Búfalo nos vino á ver el agente del Hotel América, de Nueva York, para ofrecernos alojamiento en dicho Hotel, propiedad de unos españoles, y en donde por lo mismo se habla nuestro hermoso idioma.

Amaneció el 15 de Abril. A las 6 35 A. M. un hermoso pueblo se presentó á nuestra vista, Kingston, situado en una región pintorescamente accidentada, dividido por el río Hudson á cuyos márgenes se dibujan preciosos edificios de construcción ligera, en medio de los cuales, por el lado derecho, se levanta una iglesia católica de arquitectura muy semejante á las de nuestra capital. Kingston parece más bien una ciudad europea que americana.

Tres horas más continuamos nuestra acelerada marcha, descubriendo á cada momento bellísimas poblaciones de encantador aspecto, siempre en terreno accidentado y regadas la mayor parte por el río ó sus afluentes. Perspectivas hermosas, cuadros indescriptibles, paisajes variados, se ofrecían sucesivamente á nuestros ojos, mientras más nos acercába-

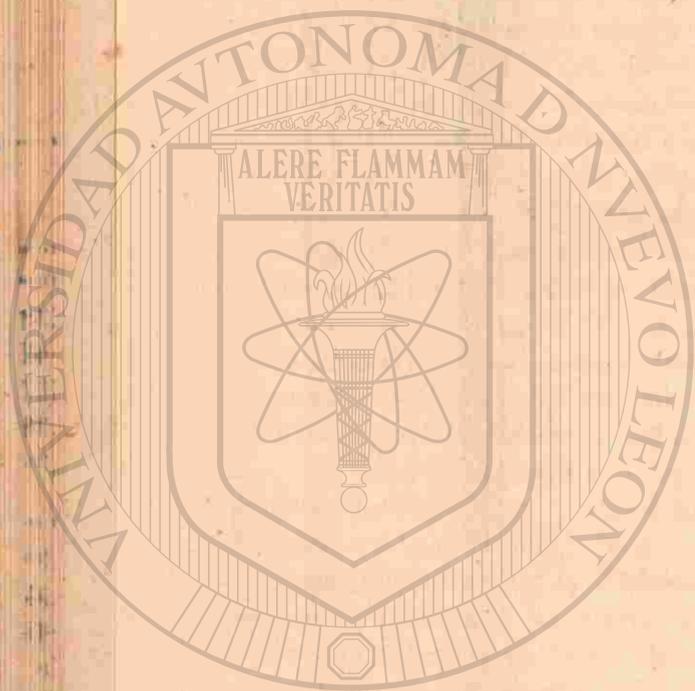
mos á Nueva-York, á la gran ciudad americana, al París de América, como se le ha llamado. Al contemplar estos campos adornados con tantas y tan preciosas obras de la mano del hombre, embelleciendo más la naturaleza; al recrear la vista con los risueños panoramas que se descubren de uno y otro lado del camino, se espera encontrar en la metrópoli del capital y del lujo americano un verdadero paraíso. Pero un completo desencanto se experimenta al ver á lo lejos el inmenso grupo de edificios que componen la populosa Nueva-York y su complemento Brooklin. Aquello es una masa interminable de edificios elevadísimos, de aspecto triste, hacinados de tal manera, que apenas se descubre la separación de las aceras por las calles y avenidas, apenas se admiran las vías públicas por donde se debe mover una población de cerca de dos millones. El puente de Brooklin se ve levantarse sobre los más elevados edificios, uniendo las dos grandes fracciones de la ciudad, no como una vía pública, sino como una especie de hilo telegráfico sostenido por dos robustos y gigantescos postes.

La estación del ferrocarril *New York Central* se halla cerca de Jersey City, que puede considerarse como un arrabal de la ciudad neoyorquina. Es un gran edificio situado á orillas del río que desemboca por ese lado un poco más adelante en la bahía de Nueva-York. Al detenerse el tren nos sorprendió encontrar la estación enteramente despejada de curiosos. A los cuidados de Mr. Keller, agente de la Compañía del Central Mexicano, debimos el favor de llegar por la primera vez á una ciudad populosa, sin que nos cercaran los reporters y nos interrumpieran el paso millares de personas, tratando de acercarse á nosotros para estudiarnos como animales raros. Al bajar de los coches, no vimos otros seres humanos que al Sr. Keller, á los agentes de la Compañía Anchor Line á quien pertenece el "Bolivia", en que habíamos de hacer la navegación, y á los propietarios del Hotel americano. Mr. Keller nos manifestó que había tomado todas sus providencias para el trasborde de los equipajes y podíamos des-
cuidar de ellos, que pronto los encontraríamos á bordo de



LIT. C. MONTAUBIOL, MÉXICO.

EL BOLIVIA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nuestro vapor. Efectivamente, momentos después un grupo de empleados del Ferrocarril, se presentó en los andenes, arrastrando unos ligeros carros de dos ruedas. Con increíble presteza fueron colocando en ellos nuestros baúles y otros bultos y conduciéndolos á bordo de un gran ferry-boat que se hallaba atracado á corta distancia. Entretanto, se nos servía un *lunch* en la fonda. Media hora después, á bordo del ferry-boat, atravesábamos el río, y pasados diez minutos nos trasbordamos, sin sentirlo, al inmenso vapor Bolivia, atracado en el muelle de la Compañía Anchor. Olvidábamos decir que entre las personas que fueron á recibirnos á la estación, estaba D. Antonio Ruiz, caballero español, quien nos ofreció de buena voluntad sus servicios, y nos los prestó hasta el momento de la partida del vapor. No dejamos de extrañar la presencia de nuestro cónsul, quien tenía noticia de la llegada de la Peregrinación, por habérsela comunicado el estimable Sr. Rabden, que tantas atenciones nos prodigó desde Newton hasta Kansas.

Una palabra sobre los ferry-boats, una de las embarcaciones de río en que fuimos trasladados de la estación á bordo del "Bolivia." El ferry-boat es un gran edificio flotante que está dividido en tres departamentos. El del centro es una especie de calle por donde transitan animales y carruajes. Atracado á la orilla el barco, y perfectamente nivelado su piso con la plataforma del muelle, entran los coches como si atravesaran el Broadway y van á colocarse en su puesto, para salir al otro lado con la misma facilidad con que entraron. El departamento de la derecha es un gran salón para las señoras y el de la izquierda es otro igual para los señores. Unos cuantos minutos de conversación, y sin sentir movimiento alguno está el viandante del otro lado del río, cuya anchura es de centenares de metros.

Llegamos á bordo del "Bolivia," por un pavimento plano y nivelado, si subir escaleras y sin experimentar molestia alguna. Repentinamente nos hallamos dentro del gran *steamer* en el cual íbamos á hacer la muy larga travesía. Preciso es decir alguna palabra describiendo este vasto edificio

que debía ser nuestra habitación por dos ó tres semanas. El vapor "Bolivia" es un grande *steamer* de hélice, de tres palos y 4500 toneladas: tiene capacidad para recibir 70 pasajeros de 1.^a, 100 de 2.^a y más de 600 de 3.^a Sus dimensiones son de 450 pies de largo, sobre 40 de ancho y un poco más de altura desde el fondo hasta la cubierta, sobre la cual todavía se elevan algunos departamentos, como el gabinete de popa, el salón de fumar y el salón de recreaciones y descanso, así como los departamentos de la cocina y de la máquina, y el observatorio del capitán. El buque tiene tres pisos principales, el inferior en que se hallan algunas cavidades en que se mueven piezas importantes de la maquinaria, como los émbolos y la flecha de la hélice; habiendo además, unos grandes depósitos para el agua potable y para el carbón. En el intermedio las bodegas, y en el superior, del lado de popa, los camarotes de 1.^a clase y el comedor, después del cual están los departamentos de los oficiales y empleados de la embarcación. Del lado de la proa los camarotes de 2.^a y 3.^a clase, y los dormitorios de la tripulación. La máquina y la cocina se hallan situadas casi en el centro de la embarcación. Aquella está encerrada en un gran departamento formado de paredes, piso y techumbre de hierro. Dose enormes calderas con sus correspondientes hornillas, elaboran el vapor que da movimiento á dos gigantes émbolos que hacen girar una desmesurada flecha en cuya extremidad está colocada la hélice, que funciona en la popa, cerca del timón. Este se halla dispuesto de manera que por medio de una comunicacion de tubos de fierro es movido desde el puente, en que se halla siempre de guardia un oficial del buque á todas horas del día y de la noche. Sobre cubierta se elevan tres altísimos palos de los cuales el menor mide unos 25 metros, con sus atravesaños, cables y escaleras para colocar el velamen, que se compone de cinco velas principales y otras más accesorias. En la misma cubierta existe un salón de medianas dimensiones para fumar, *smoking room*, y otro de mucha mayor extensión para recreaciones y música, en el cual hay un piano y un órgano. Sobre cubierta se hallan igualmente cuatro grandes máquinas, á manera de ma-

lacates, que son movidas á voluntad por el vapor, y se emplean para desplegar y recoger las velas, para echar y levantar anclas y para subir y bajar toda clase de objetos pesados. En tres distintos lugares de la cubierta hay tres grandes brújulas marinas, una en el gabinete del capitán, otra sobre la techumbre del salón de música y la tercera en el cuarto del timón. En este cuarto hay otros varios aparatos científicos que tienen distintos usos, y de los cuales algunos se encuentran duplicados en el gabinete del capitán.

La tripulación del "Bolivia" se compone de más de cincuenta individuos, entre oficiales, maquinistas, empleados en la administración, criados, fogoneros y marineros.

El "Bolivia" recorre los mares hace unos catorce años y se halla en buen estado de conservación: su nacionalidad es inglesa. Fué construido en Glasgow.

Una vez á bordo del *steamer* los peregrinos, procedióse á la instalación de las personas en sus respectivos camarotes. Operación fué esta que dió lugar á serias discusiones y no pequeños disgustos. Cada persona pretendía colocarse en el lugar que le parecía mejor y con los compañeros que eran de su agrado: los individuos de una familia querían, como era natural, quedar juntos. Los pasajeros de segunda clase que durante la travesía por ferrocarril habían ido en carros de primera, no se conformaban con pasar en el buque al departamento de 2.^a categoría, privados de las comodidades que ofrecen los camarotes de la clase superior. Los de 3.^a, entre los cuales había personas honorables y acomodadas, no aceptaban de buen grado su instalación en la clase inferior, y algunos pretendían se les colocase cuando menos en segunda. Todo era reclamaciones y solicitudes de cambios de números de localidades. Los empleados del buque y los comisionados no hallaban cómo satisfacer los deseos de todos y cada uno: iban y venían en diversas direcciones; recorrían los camarotes, examinaban los boletos, se informaban de los nombres, trasladaban personalmente los equipajes de unos cuartos á otros, y procuraban, aunque sin resultado, que nadie quedase descontento. Por fin, después de tres largas horas de batalla, se

arregló, aunque á medias, la instalación, y todo el mundo se dispuso á partir en el primer *ferry-boat* que llevase á Nueva-York.

Salimos en dos ó tres grupos bajo la guía de los estimables propietarios del Hotel América. Llegamos á un edificio de gran apariencia, de un solo piso; era un embarcadero: nos instalamos en un espacioso salón. Cinco minutos, y se abrieron dos puertas por las cuales pasamos á la embarcación. Otros cinco minutos y nos hallábamos en la margen opuesta. Estábamos en Nueva-York. No obstante ser Domingo y hallarse las casas de comercio y todas las oficinas cerradas, un inmenso gentío transitaba en ómnibus, en coches, en tranvías, en ferrocarriles. Poco anduvimos á pie por los empedrados de las calles y llegamos á un punto en donde se veía una escalera de madera; mucha gente subía por ella: subimos nosotros y al acabar de ascender nos encontramos en una estación: pagamos cinco centavos en la casilla inmediata y se nos dió un boleto, que más adelante depositamos en una ánfora destinada al efecto. A poco se oyó el ruido de un tren: era un ferrocarril elevado. A seis ó siete metros de altura sobre el piso de muchas calles hay una plataforma sostenida sobre pilares de fierro: por allí van las vías férreas urbanas de los ferrocarriles elevados. Una locomotora de mediano tamaño remolea cuatro ó cinco wagones que puede contener cada uno sobre ochenta personas. Detiéndose el tren delante de cada estación, que las hay en las esquinas de las principales calles que recorren; los viandantes entran y salen de los coches violentamente y el tren continúa su marcha. Es una particularidad de Nueva-York este sistema de vías férreas. Siendo tan largas las distancias que hay que recorrer para ir de un punto á otro de la ciudad, los especuladores han inventado este medio de locomoción, que si bien facilita el movimiento de aquella numerosísima población, en cambio hace molesta la vida á los que habitan en los pisos altos; pues tienen que sufrir constantemente el ruido de los trenes que están pasando junto á sus ventanas. Además, las avenidas en donde existen estos feos armazones de fierro

y madera, se ven oscurecidas, y los edificios no pueden ostentar libremente sus fachadas.

Recorrimos gran parte de una larga avenida, y donde convino al guía nos hizo salir del wagón. Bajamos y dos ó tres calles adelante entramos en el Hotel. Nos dirigimos inmediatamente á la fonda, que bien pronto se llenó con los peregrinos. Muy agradable fué para nosotros encontrarnos en un establecimiento en donde amos y criados hablaban español; nos consideramos en nuestro país y como en nuestra casa; comimos con apetito y llenos de contento, y terminada la mesa nos dispersamos por la ciudad en distintos grupos.

El Illmo. Sr. Obispo, había llegado antes que nosotros, porque acompañado del Sr. Vicario Capitular de Puebla, se había ido desde la mañana á visitar al Prelado católico de Nueva-York. El Rmo. Sr. Arzobispo recibió con exquisitas atenciones al Representante de la Peregrinación mexicana y le ofreció sus servicios. El Sr. Portillo y sus acompañantes, visitaron la Catedral de San Patricio, en donde oyeron la Misa.

En lo restante del día, que era el 16 de Abril, los peregrinos recorrieron lo que fué posible de la ciudad en diversas direcciones, y continuaron sus excursiones el día siguiente por la mañana, hasta después de medio día. Sus impresiones, que nos fueron trasmitidas, y las nuestras, nos reservamos á consignarlas más extensamente en la relación del viaje de vuelta.

El aspecto general de Nueva-York, dista mucho de ser agradable, si bien sorprende á quien no ha visitado París ni Londres. Desde luego se comprende que una ciudad de cerca de dos millones de habitantes, (incluyéndose Brooklin), debe ocupar una inmensa extensión de tierra, por más que los edificios estén aglomerados en apretada confusión y se compongan de varios pisos, hasta el número increíble de doce. Ya se comprende que el *comfort* ó sea la comodidad para vivir, no puede tenerse en esas viviendas de techos poco elevados, sin corredores ni mucho menos patios y sin ninguna amplitud en el interior. El altísimo precio que valen

los sitios para edificar, obliga al propietario á levantar el edificio hasta una altura que parece inverosímil, y á reducir la capacidad de los departamentos á su menor expresión. En Nueva-York todo está en relación con el cálculo, y á los números se sacrifica no sólo el buen gusto sino hasta la comodidad. La apariencia de los edificios en general se refiere, como es natural, de la práctica de ese sistema, y consiguientemente las vías públicas carecen en lo general de belleza y elegancia.

A este sistema obedecen todas las grandes obras ejecutadas en la ciudad neoyorquina, y para no difundirse demasiado bastará fijarse en el celebrado puente de Brooklin. No es ni con mucho una obra de arte el tal puente, ni tiene las condiciones de permanente solidez que serían de esperarse. No revela sino el empleo de un capital para hacerle producir un fuerte rédito. Estudióse el movimiento de la población de una á otra margen del río; se hicieron números para calcular lo que había de producir el peso á razón de tantos centavos el peaje. Se recabó el privilegio consiguiente, y se obligó á los ingenieros á gastar solamente el capital que había de hacer pingüe aquel producto. Un puente monumental de maupostería no podía adaptarse á ese presupuesto; uno de fierro de elegante y más sólida construcción, tampoco daría el resultado numérico que se buscaba: entonces resolvieron los empresarios hacerlo de alambre: calculáronse las resistencias, y se formaron con alambre los cables del grueso necesario para equilibrar las fuerzas, y en poco tiempo y con un capital relativamente pequeño quedó armado el puente y establecida una especulación que produce anualmente un rédito de más de un veinte por ciento del capital invertido. El puente quedó constituido en un buen negocio y la población americana comenzó á prestar y ha seguido prestando el contingente de sus centavos para hacer ó aumentar la fortuna de los accionistas. No durará muchos años, en verdad, la gigantesca obra; no pasará á la posteridad, y antes de media centuria, ni memoria habrá del puente de Brooklin; pero cuando se destruya, habrán sacado los accio-

nistas dos ó tres veces el capital invertido. ¿Qué importa, pues, que la obra haya dejado de existir, si el que la emprendió, y los que en ella tomaron parte, ganaron muchos miles de *dollars*? Así son la mayor parte de las obras americanas, y en esto, como en otras muchas cosas semejantes, se hace consistir lo que ha dado en llamarse *el espíritu eminentemente práctico de la gran nación*.

Forma contraste con este *espíritu práctico* el carácter frívolo y novelero de los habitantes de Nueva-York. Ya se ha visto en otro lugar cómo enviaron los periodistas sus *reporters* á largas distancias para conocernos ó interpelarnos sobre todo lo que les ocurrió. En Nueva-York y á bordo del "Bolivia" y en los *ferry-boats* nos seguían á todas partes, y hasta los dibujantes tomaban nota de nuestros tipos. Por donde quiera que íbamos todas las miradas se fijaban en nosotros, y aun los pilluelos cercaban á los grupos de peregrinos en sus paseos por la ciudad. Estas manifestaciones en un pueblo latino y católico habrían sido interpretadas favorablemente y como muestras de simpatía hacia nosotros; pero en la metrópoli del protestantismo americano, y entre gente que buenas pruebas ha dado de lo mal que nos quiere, no podían explicarse sino por un espíritu de curiosidad que se aviene mal con el *práctico* que se atribuye á nuestros vecinos. Dadas estas y las otras buenas cualidades que se les suponen y el gran movimiento de su población, debíamos esperar que nuestro paso por Nueva-York pasaría desapercibido de estos hombres, y no pudo menos de sorprendernos que se hubieran ocupado tanto de nosotros. Si hubiésemos presentádonos vestidos con el ligero ropaje de nuestros aborígenes; si cualquier otro distintivo hubiésemos portado que llamase la atención, habría tenido excusa la conducta de los yankees; pero vestidos poco más ó menos como ellos, y manifestando en nuestro porté los hábitos de gente civilizada, no se puede explicar sus hechos y sus dichos respecto de nosotros, sino en un carácter superficial y esencialmente novelero, que no da la mejor idea de la civilidad y del adelanto de que tanto alardean. En confirmación de estas apreciaciones y como una muestra

de lo que es la prensa americana, de su ligereza y de su falta de veracidad, insertaremos uno de tantos artículos que se publicaron en los periódicos de más importancia. Damos la preferencia al que dió á luz el "World," correspondiente al 16 de Abril del presente año. Hélo aquí, traducido casi literalmente.

"PEREGRINOS UNIDOS (BOUND) PARA ROMA.

"La Peregrinación de la ciudad de México á Roma llegó al depósito del *West-Shore en Wénawken* ayer á las 10 A. M. adonde fueron á recibir la un número de personas compuesto de mexicanos, cubanos y españoles. Los peregrinos se dispersaron por la ciudad para visitarla. Entre los peregrinos venían personas de casi todas las nacionalidades, desde los de buen parecer descendientes de la Vieja Castilla, hasta los *zambos* de pelo oscuro y los bronceados indios.

"Los vestidos de charro con pesados adornos de plata y los sarapes de vivos colores que llevan algunos de los peregrinos, llaman mucho la atención, y observamos que casi todos venían provistos de un cubre-polvo de lienzo y un sombrero de paja. Iban vestidos con trajes á propósito para clima caliente, y esa manera de vestir denotaba que no vinieron preparados para resistir la fresca atmósfera de la primavera septentrional.

"Un reportar del "World" fué á ver al Obispo Buenaventura Portillo (el periódico dice *Portello*) quien está encargado de los peregrinos.

"Con respecto á la condición actual de la Iglesia en México, dijo que en tiempo de Benito Juárez fueron tratados muy mal los sacerdotes; pero ahora no tienen razón para quejarse. Se les ha permitido usar el traje eclesiástico y no son molestados en el desempeño de sus deberes religiosos.—"Nosotros, continuó el Obispo, no tenemos derechos legales en México; pero el Presidente Díaz es muy liberal y el Arzobispo está en muy buenos términos con él. La más inteligente porción de la gente de Iglesia, tiene esperanza de que más tarde habrá de llegarse á un arreglo por el cual el gobierno civil establecerá los salarios de los clérigos. Los sacerdotes hacen una gran obra educando á los niños y cuidando de los enfermos y abandonados, y por eso es que nuestros servicios son reconocidos por el gobierno y nos permiten prestarlos."

"Nosotros esperamos que sean reformadas las leyes que actualmente prohíben al Gobierno emplear á los que sirven en algún culto religioso. Al presente ningún oficial puede entrar en la Iglesia de uniforme ó usau-

do de las insignias de su empleo. Yo creo que Díaz será reelecto. La gente de iglesia lo tolerará."

"Puede ser que se hagan tentativas para organizar una revolución contra él con motivo del empréstito alemán de 55 millones de pesos, porque hay muchos que se oponen acremente á esta medida. Los comerciantes temen ser gravados con fuertes contribuciones para pagar el interés de la deuda. Díaz tiene en su apoyo el ejército y el tesoro, y podría con medidas violentas sofocar cualquier movimiento tan pronto como se descubriese. Nadie tiene que decir en contra de su persona; pero mucha gente no está contenta con su gabinete y con los hombres que le rodean."

"¿Está recobrando la Iglesia su anterior riqueza y su poder en México?"

"Gradualmente progresa, y aunque la Iglesia es relativamente pobre, la mayoría de los mexicanos son católicos, y es el deseo general que se restablezca según las bases en que se halla en los Estados-Unidos; esto es, separada enteramente de toda asociación política."

"En cuanto á la elección de un Cardenal en México, el Obispo dijo que tal cosa difícilmente entrará en la categoría de las probabilidades, porque América tiene uno ahora, y no cree que haya de dársele otro. La cabeza de la Iglesia mexicana era antiguamente el Obispo de Toledo en España; pero después del virreinato el Arzobispo de México fué reconocido como el jefe. Cree que el Arzobispo Labastida no llegará á ser Cardenal. Dice que era el sentimiento de la Iglesia que el Obispo Gillow, de Oaxaca, sucedería al Arzobispo Labastida, y esto agrada mucho por razón de sus liberales sentimientos.

"Respecto de la pequeña fracción de los católicos de México que se muestra hostil contra los protestantes, dijo que el Obispo *Mola y Daza de Pueblo*, que era el director de aquellos movimientos, murió hace tres meses y con él acabaron los mordaces sentimientos (*the bitter feeling*) que se agitaban de cuando en cuando. Que el pueblo mexicano necesita ahora libertad de pensamiento y de acción para poblar de todos los credos y denominaciones (*to people of all creeds and denominations*).

"En suma, hablando del objeto de la Peregrinación, el Obispo dice:—"Vamos á pagar nuestro homenaje al Santo Padre y á mostrar la devoción del pueblo mexicano, y en cambio esperamos encontrar algunos medios por los cuales pueda ser restaurada la anterior gloria de la Iglesia. El dinero para nuestro viaje salió de la bolsa de algunos particulares, y fué ofrecido espontáneamente."

"Se anticipaba que los peregrinos tendrían que sufrir algunas molestias con los aduaneros de esta ciudad, porque el carro que contenía los equipajes y los presentes al Papa fué sellado en el Paso y debía llegar

sin haber sido abierto; pero en el puente colgante (Suspension Bridge) cambiaron el carro y fueron trasladados los bultos. Esto se consideraba como una violación de las leyes que arreglan el tránsito de mercancías por el país, y se temía que ocasionara trastornos y detenciones; pero el asunto fué arreglado amistosamente con los aduaneros."

Haciendo abstracción del estilo en que está redactado el anterior artículo, que no queremos calificar bajo el punto de vista literario, son de notarse las mil inexactitudes que contiene. Como aparece de la lista que hemos insertado en su lugar, la Peregrinación mexicana se compuso exclusivamente de mexicanos, habiendo ido solamente un extranjero, el sacerdote italiano Dr. Stéfano. Por supuesto que los zambos sólo estuvieron en la imaginación del articulista.

Uno solo de los romeros iba vestido de charro, y en cuanto á lo de los sarapes, no vimos persona alguna que los llevara; pues aun el charro se abrigaba con sobretodo, y por cierto, de corte americano.

Toda la historia forjada sobre la conversación del reporter con el Señor Obispo, es un tejido de inexactitudes. El Illmo. Sr. Portillo nos manifestó en su oportunidad, ser falso que S. S. I. hubiese contestado en los términos del artículo á las interpelaciones que se permitió hacerle el reporter del "World." Por otra parte, sin recurrir al testimonio respetabilísimo del Sr. Portillo, basta la lectura del susodicho artículo para deducir que se faltó á la verdad histórica por el noticiero americano. Pónese, por ejemplo, en boca del Obispo de Chilapa, la falsa aseveración de que á los sacerdotes se les ha permitido usar el traje eclesiástico. ¿Puede suponerse que un Prelado de la Iglesia, y hablando á un periodista, había de faltar á la verdad de una manera tan descarada? Pasemos en silencio las ridículas apreciaciones que se atribuyen al Obispo sobre las esperanzas de la gente de iglesia, acerca del arreglo para los salarios de los clérigos, sobre el liberalismo del general Díaz y otras paparruchas como la de las tentativas de revolución, etc. Cualquiera persona impar-

cial y de mediano juicio, comprende que un príncipe de la Iglesia jamás entraría á manifestar su opinión sobre esas materias, á un reporter de periódico extranjero, y sobre todo, americano. Pero no dejemos pasar desapercibido lo del Cardenalato y lo de la sucesión del Illmo. Señor Arzobispo de México por el Illmo. Señor Obispo de Oaxaca; porque esto acentúa el deseo bien marcado de nuestros vecinos de pretenderingerse hasta en los asuntos eclesiásticos de nuestro país. Nosotros no creemos que la prensa considerada aisladamente en la individualidad de un periodista, debe tenerse como la expresión de las ideas y de los sentimientos de un pueblo; pero sí nos parece que cuando los periodistas se ocupan en tratar ciertos asuntos y en hacer investigaciones sobre ellos, es porque creen que inspiran interés en la generalidad; y esto es más exacto refiriéndonos al periodismo americano que sostiene esas gigantes publicaciones como el "Herald" y el "World" de Nueva-York, explotando la curiosidad, el espíritu novelero y las tendencias absorcionistas de aquel pueblo.

Tampoco debemos hacer punto omiso sobre la parte relativa á la hostilidad de la *pequeña porción de los católicos de México en contra de los protestantes*, porque ella revela de una manera muy marcada la malevolencia de nuestros vecinos, siempre dispuestos á juzgar mal de nosotros y á dar acogida á todo lo que tienda á desacreditarnos. ¡Remover las cenizas de un Prelado tan respetable como lo fué el Illmo. Sr. Mora y Daza, para presentarle como el director de movimientos en contra de los protestantes! Como mexicanos, como católicos y como amigos, que tuvimos honra en serlo, del ilustre finado, rechazamos la calumniosa imputación del articulista americano. Los protestantes, en México, disfrutaban de más libertad y protección que nosotros los católicos, y es hasta un sarcasmo decir que alguna porción de nosotros los hostiliza y mucho más que un Obispo fuese el director de *movimientos hostiles* contra ellos. Si lo contrario se dijese, estaríase en la verdad, porque realmente vemos en México que los católicos, no en pequeña porción, están siendo víctimas de los protestantes.

Siguiendo el "World" en su sistema de inexactitudes, pone en los labios del Presidente de la Peregrinación, que el dinero para el viaje salió de la bolsa de algunos particulares que lo ofrecieron espontáneamente. Ignorábamos esta noticia, y creíamos que cada uno de los peregrinos había hecho sus gastos por su cuenta, ó tal vez, por la de algún amigo que se los ministrara; pero de esto á fingir que se formó un fondo con donativos de particulares para hacer las expensas de la expedición, hay mucha distancia.

Por último, es una falsa especie la consignada en el artículo sobre la violación de las leyes fiscales americanas, en lo relativo á la traslación de los equipajes y de los bultos que contenían los regalos al Santo Padre. Sobre este punto podemos declarar de ciencia cierta, como testigos presenciales. En Paso del Norte, el Secretario de la Comisión se dirigió al Cónsul de los Estados-Unidos, por conducto del Agente de la Compañía del Central, para informarse de los requisitos que debían llenarse con arreglo á las leyes americanas, para evitarse molestias y detenciones en el territorio de los Estados-Unidos. El funcionario expresado manifestó, que poniendo su sello en el carro de equipajes, caminaría éste sin tropiezo en su tránsito por el territorio de los Estados-Unidos. Trasadáronse los bultos á un carro especial, que fué sellado por el Cónsul, y en tal estado llegó á Nueva-York, en donde con las formalidades acostumbradas fué abierto para poner los bultos á bordo del vapor "Bolivia." Esto fué lo que pasó, y ni hubo violación alguna de las leyes por parte de los mexicanos, ni menos arreglo amistoso con los aduaneros para cubrir la supuesta violación.

Para confirmar la ligereza del reporter del "World" en consignar sus noticias, debemos llamar la atención acerca de lugar en que se suponía hecho el trasbordo ilegal de los equipajes. Dice el articulista que fué en el puente colgante. De Paso del Norte á Nueva-York en la ruta que siguió la Peregrinación, no hay más que dos puentes colgantes, el del Niágara y el de Brooklin: por el primero no pasamos y apenas lo vimos á larga distancia; por el segundo no teníamos que

pasar, y es público y notorió que por este puente no transitan los trenes de ferrocarriles, sino solamente los wagones de los elevados, por tracción de cable. Así se escribe la historia por los periodistas americanos.

Haríamos fastidiosa esta digresión si nos detuviésemos en reproducir los artículos y sueltos que aparecieron en otros periódicos de Albuquerque, de Kansas City, de Chicago y de Nueva-York, con motivo de nuestro paso por los Estados-Unidos. Basta la muestra que hemos presentado para confirmar el juicio que hemos emitido respecto de la prensa americana.

Cerrado ya este capítulo llegó á nuestras manos un periódico católico que se intitula "La Revista católica de las Vegas", en el cual se publicó un artículo relativo á nuestra llegada á la estación de aquella ciudad. No podemos dispensarnos de reproducirlo, ya porque viene á confirmar la verdad de nuestra relación en esa parte, ya porque ofrece un marcado contraste entre los sentimientos de los americanos católicos y los de los protestantes con respecto á nosotros.

"LA LLEGADA.—El día 11 de este mes, poco después del medio día, llegó á la estación de las Vegas el tren que conducía á los peregrinos de México á Roma. En el primero de los nueve wagones destinados para ellos, leímos en grandes letras esta inscripción: *Mexican Central Railroad. Excursion from the city of Mexico to the city of Rome.*

"El número total de los peregrinos es de ciento cincuenta y representa todas las condiciones sociales de los Estados de la República Mexicana. Presidente de la peregrinación es el humilde hijo de San Francisco de Asís, el Illmo. y Rdmo. Sr. Fr. Buenaventura Portillo, Obispo de Chilapa en el Arzobispado de México. Iban con su Ilustrísima treinta y cinco sacerdotes, cinco abogados ó doctores en leyes, tres médicos, cuatro alumnos del Seminario, un representante del Círculo Católico de México, otros que representaban los periódicos católicos, etc., etc. En una palabra, vimos allí desde el teólogo de la Catedral hasta el redactor del periódico, desde el cura de almas al sencillo fiel, desde el doctor en leyes al menestral, desde el hacendado al labriego, desde el profesor de ciencias al artesano, desde la pobre sirvienta á la esposa del rico comercian-

te, desde el anciano al niño de diez años. Señaladamente llamó nuestra atención una buena indita de Chilapa, la cual en el traje de los antiguos aztecas quiere presentarse al Padre Santo para ofrecerle *sus regalitos*.

De los muchos que pudiéramos nombrar, cúmplenos hacer mención especial del Dr. Canónigo D. Ramón Ibarra, Vicario Capitular de Puebla de los Ángeles, acompañado de su digno hermano, Lic. D. Joaquín Ibarra; el insigne orador, D. Agustín Abarca, Canónigo de Michoacán, y Rector del Seminario; del Canónigo D. José M. Velázquez, Provisor y Gobernador de la diócesis de León; del Pbro. D. Dámaso Sotomayor, de Culiacán, Sinaloa, autor de la bellísima oda para el Album, que entre otros dones ofrecerán los mexicanos á León XIII; del médico Leonardo Cardona, muy estimado por su pericia y por su caridad en curar á domicilio á los pobres; del Sr. D. Joaquín Pardo, profesor de dibujo; del Sr. D. Ignacio Pérez Salazar, poeta y abogado de mérito; del Sr. D. Manuel D. Hernández Orihuela, celoso cura de Orizaba; del Sr. D. Mariano Izquierdo, hacendado de Puebla, etc.

“Según cartas particulares que pocos días antes habíamos recibido, el número de los peregrinos había de ser más de trescientos; pero unos por enfermedad propia, ó de alguno de la familia, otros por impedimentos sobrevenidos á la última hora, y algunos que, muy sencillos, se atemorizaron por la exageración que de intento alguien les hizo de los peligros de un viaje tan dilatado, no pudieron reunirse con sus compañeros. Esto mismo no los confirmó el Sr. D. Diego Germán y Vázquez, de Puebla, organizador de la Peregrinación: el cual añadió que otro organizador, el Lic. D. Joaquín Valdez Caraveo, de Puebla también, llegado ya á México para salir con los otros, tuvo que detenerse allí por negocios urgentes. Con eso y todo el número de ciento cincuenta es suficiente para el caso.

“LA RECEPCIÓN.—Dos días antes que llegasen los peregrinos, el Rev. P. S. Personé, Rector del Colegio, había ido á encontrarlos en la estación de Albuquerque. Muy agradecidos quedaron á la atención que el P. Rector creyó deberles mostrar; y mucho trabajo costó al buen Padre el persuadirles que no podía acompañarles más allá de las Vegas, pues se habían empeñado en que les acompañara á Roma, ó á lo menos hasta Nueva-York, ó siquiera hasta Kansas. El día antes de la llegada los Sres. D. Benigno Romero, D. Hilario, su hermano, y D. Manuel Baca, su cuñado, invitaron á muchos de la ciudad á ir á la estación, para felicitar á los peregrinos. Correspondieron muy gustosos, y los de la banda musical se ofrecieron á tocar unas piezas escogidas de música para dar una muestra de su afecto á sus hermanos de México. También los alumnos del colegio, y muchos de ellos con el distintivo propio de la Congregación de la In-

maculada y de San Luis Gonzaga, acompañados de los P. P. maestros y del P. Ministro y llevados del mismo intento fueron á la estación.

“En medio de tan selecto y crecido número de espectadores, llegaron los peregrinos. Brillante y llena de entusiasmo fué la recepción; baste decir que un señor americano, el Dr. Tipton, que la presencié, muy conmovido dijo: Padre, no serán acogidos en otras partes tan cordialmente como aquí en las Vegas. Habiéndose dicho á los peregrinos que podían disponer de pocos minutos, los precisos para el almuerzo, se fueron á tomar algo, mas muy de prisa, para entretenerse después con los buenos vegueñes. Pero ¿qué almorzar ni qué tomar algo sosegadamente? No les fué posible, porque viéronse rodeados de tantos y tantos, y ora para responder á las preguntas que se les hacían, ora para aplaudir á los músicos que tocaban, poco ó nada almorzaron. El Señor Obispo en modo especial fué el que menos pudo hacerlo; porque en cuanto acababa de saludar á unos, llegaban otros y otros. Entre estos fueron el Sr. D. Benigno Romero y los otros dos sus compañeros, que suplicaron á Su Señoría Ilustrísima hiciese presente al Santo Padre que los católicos de Nuevo México se asociaban á sus hermanos de México para felicitar á Su Santidad y pedirle por sí y por todos su apostólica bendición. Prometiéndole el Señor Obispo cumpliría con este encargo, y viendo que muchos y muchos le estaban esperando, se salió del comedor y acompañado del Rev. P. S. Personé fué á ver y á saludar á todos, empezando por los alumnos del colegio. Lo mismo hicieron los otros peregrinos en medio de calurosos vivas y aplausos. En vista de esto, el director del ferrocarril vióse precisado á conceder algunos minutos más, y de este modo todos pudieron besar la mano al Señor Obispo y encomendarle de pedir por sus familias la bendición del Sumo Pontífice.

“Mientras tanto, el Sr. Germán y Vázquez, organizador de la Peregrinación, y otros peregrinos, acercáronse á los músicos de la banda para darles la más vivas gracias, y con mucho brío y animación cantaron el armonioso himno nacional de México. Y entre los vítores y aclamaciones de despedida y de gracias, volvió la Peregrinación á emprender su camino, acompañada de los votos ardientes de sus hermanos y de los ciudadanos de Las Vegas.

“SIGNIFICADO MORAL DE LA PEREGRINACIÓN.—Desde luego se nos ocurre la siguiente reflexión. Es la primera vez, si no nos equivocamos, que desde el descubrimiento de las Américas, se hace una peregrinación nacional, propiamente dicha, á Roma. A México, la primera de las Américas latinas, pertenece también el honor de haber sido la primera en dar

este ejemplo: y á Puebla de los Angeles se debe la gloria de haberla ideado y promovido.

“Que unos que otros individuos, ó bien que algunas familias del nuevo continente hayan ido á Roma, no lo negamos. Pero que tantos, y con el carácter formal de representantes de todas las clases sociales de su nación, y con el objeto exclusivo de tributar de viva voz los homenajes de filial obediencia y acatamiento al Vicario de Jesucristo, emprendiesen una peregrinación á Roma; esto, lo repetimos, es la primera vez que se cumple. Tampoco podemos negar que sea un hecho imponente y grandioso el que Austria, Alemania, Bélgica, España, Francia, Irlanda, Hungría y otras naciones del antiguo continente hayan hecho y sigan haciendo sus peregrinaciones al Prisionero Apostólico en el Vaticano. Pero que desde tan lejos los mexicanos la cumplan, esto quiere decir algo de más sorprendente y deslumbrador.

“Y la razón á nuestro ver es, porque esta peregrinación manifiesta la viva y ardiente fe de una nación, la cual, á pesar de ser atribulada con una bárbara é insensata guerra que hacen á su religión, á aquella religión que de la barbarie de los sacrificios humanos la elevó á una nueva vida; á pesar de las inmensas distancias y de la escasez de medios para recorrerlas, lo que la priva de la mayor frecuencia de los Sacramentos y de la solemnidad de las augustas ceremonias de los sagrados misterios; á pesar de ser muy corto, en comparación de la grande multitud de fieles, el número de los sacerdotes para oír más á menudo las instrucciones y sermones sagrados; á pesar de estos y otros obstáculos, la Nación Mexicana conserva inquebrantable su fe y su amor á la Iglesia Católica, cuyo centro de unidad es el Pontífice Romano.

“¡Qué bien se aplican á León XIII las palabras que el profeta Isafas dirige á la Iglesia de Cristo, la cual él vió simbolizada en la ciudad de Jerusalem: “Tiende tu vista al rededor tuyo y mira: todos estos se han reunido para venir á ti: de lejos vienen tus hijos.” (Is. 60, 4.) ¡Padre Santo! una bendición particular á esta Nación tan favorecida de la Virgen Madre de Dios bajo el nombre que la misma Virgen se dió de Santa María de Guadalupe, y tan combatida por las sectas tenebrosas, enemigas de todo bien: bendición que le infunda mayor constancia en la fe, y siempre nuevo valor en el combate: *in fide constantiam, et in tentatione virtutem.*”

CAPÍTULO SÉTIMO

Recepción del Sr. Obispo.—El Bolivia levanta anclas.—Impresiones á bordo.—Discusiones.—Un incidente en la mesa.—Primer día de navegación.—Quejas de los peregrinos.—Actitud de la Comisión.—La mar se agita.—Discusiones en el *Smoking room*.—La calma.—Los peces saltadores.—El cable submarino.—Un buque á la vista.—La mar irritada.—Los mareados.—Desaliento.—Restablécese la calma.—El halcón.—Renace la alegría.—El salón de música.—¡Mañana veremos tierra!—El ejercicio del Mes de María.—Una fragata de guerra.—La ballena.

A LAS cinco de la tarde del 16 de Abril, un cuadro animadísimo se presentaba á la vista á bordo del vapor Bolivia, anclado como á una milla del muelle de la Compañía propietaria de dicho buque. Un grupo numeroso de peregrinos se hallaba sobre cubierta esperando la llegada de un remolcador que rápidamente se acercaba á la nave. El remolcador conducía al Ilmo. Sr. Portillo, al Sr. Vicario capitular de Puebla y á otros mexicanos que habían quedádose en tierra. Pronto se juntó con el Bolivia y las personas esperadas se trasbordaron. Un viva entusiasta saludó al Presidente de la Peregrinación, y las melodías del Himno Nacional mexicano, resonaron por los aires. El regocijo se retrató en los semblantes de los mexicanos viéndose reunidos á bordo y con su Presidente á la cabeza.

A esta sensación de alegría siguieron bien pronto las de asombro para unos, de espanto para otros y de grata conmoción para pocos. El buque levantaba anclas: principiaba á sentirse un movimiento extraño, como el que producen nuestros temblores en tierra. Los peregrinos comenzaron á mirarse unos á otros.

este ejemplo: y á Puebla de los Angeles se debe la gloria de haberla ideado y promovido.

“Que unos que otros individuos, ó bien que algunas familias del nuevo continente hayan ido á Roma, no lo negamos. Pero que tantos, y con el carácter formal de representantes de todas las clases sociales de su nación, y con el objeto exclusivo de tributar de viva voz los homenajes de filial obediencia y acatamiento al Vicario de Jesucristo, emprendiesen una peregrinación á Roma; esto, lo repetimos, es la primera vez que se cumple. Tampoco podemos negar que sea un hecho imponente y grandioso el que Austria, Alemania, Bélgica, España, Francia, Irlanda, Hungría y otras naciones del antiguo continente hayan hecho y sigan haciendo sus peregrinaciones al Prisionero Apostólico en el Vaticano. Pero que desde tan lejos los mexicanos la cumplan, esto quiere decir algo de más sorprendente y deslumbrador.

“Y la razón á nuestro ver es, porque esta peregrinación manifiesta la viva y ardiente fe de una nación, la cual, á pesar de ser atribulada con una bárbara é insensata guerra que hacen á su religión, á aquella religión que de la barbarie de los sacrificios humanos la elevó á una nueva vida; á pesar de las inmensas distancias y de la escasez de medios para recorrerlas, lo que la priva de la mayor frecuencia de los Sacramentos y de la solemnidad de las augustas ceremonias de los sagrados misterios; á pesar de ser muy corto, en comparación de la grande multitud de fieles, el número de los sacerdotes para oír más á menudo las instrucciones y sermones sagrados; á pesar de estos y otros obstáculos, la Nación Mexicana conserva inquebrantable su fe y su amor á la Iglesia Católica, cuyo centro de unidad es el Pontífice Romano.

“¡Qué bien se aplican á León XIII las palabras que el profeta Isafas dirige á la Iglesia de Cristo, la cual él vió simbolizada en la ciudad de Jerusalem: “Tiende tu vista al rededor tuyo y mira: todos estos se han reunido para venir á ti: de lejos vienen tus hijos.” (Is. 60, 4.) ¡Padre Santo! una bendición particular á esta Nación tan favorecida de la Virgen Madre de Dios bajo el nombre que la misma Virgen se dió de Santa María de Guadalupe, y tan combatida por las sectas tenebrosas, enemigas de todo bien: bendición que le infunda mayor constancia en la fe, y siempre nuevo valor en el combate: *in fide constantiam, et in tentatione virtutem.*”

CAPÍTULO SÉTIMO

Recepción del Sr. Obispo.—El Bolivia levanta anclas.—Impresiones á bordo.—Discusiones.—Un incidente en la mesa.—Primer día de navegación.—Quejas de los peregrinos.—Actitud de la Comisión.—La mar se agita.—Discusiones en el *Smoking room*.—La calma.—Los peces saltadores.—El cable submarino.—Un buque á la vista.—La mar irritada.—Los mareados.—Desaliento.—Restablécese la calma.—El halcón.—Renace la alegría.—El salón de música.—¡Mañana veremos tierra!—El ejercicio del Mes de María.—Una fragata de guerra.—La ballena.

A LAS cinco de la tarde del 16 de Abril, un cuadro animadísimo se presentaba á la vista á bordo del vapor Bolivia, anclado como á una milla del muelle de la Compañía propietaria de dicho buque. Un grupo numeroso de peregrinos se hallaba sobre cubierta esperando la llegada de un remolcador que rápidamente se acercaba á la nave. El remolcador conducía al Ilmo. Sr. Portillo, al Sr. Vicario capitular de Puebla y á otros mexicanos que habían quedádose en tierra. Pronto se juntó con el Bolivia y las personas esperadas se trasbordaron. Un viva entusiasta saludó al Presidente de la Peregrinación, y las melodías del Himno Nacional mexicano, resonaron por los aires. El regocijo se retrató en los semblantes de los mexicanos viéndose reunidos á bordo y con su Presidente á la cabeza.

A esta sensación de alegría siguieron bien pronto las de asombro para unos, de espanto para otros y de grata conmoción para pocos. El buque levantaba anclas: principiaba á sentirse un movimiento extraño, como el que producen nuestros temblores en tierra. Los peregrinos comenzaron á mirarse unos á otros.

Imponente es el acto de ponerse en movimiento una nave, principalmente cuando se va á emprender una larga travesía por mar. Los gritos de los marineros obedeciendo en sus maniobras á la voz de mando del capitán y de los oficiales; el crujir de las cadenas y de los cables al levantarse las pesadas áncoras; el extraño ruido de los émbolos de la máquina, el ir y venir de la gente sobre cubierta; todo contribuye á impresionar al viajero, mayormente cuando es la primera vez que se encuentra á bordo. Júzguese cuál sería esta impresión tratándose de señoras y señoritas que nunca habían salido del lugar de su nacimiento: valorícese lo que sería en ancianos valetudinarios, y en niños inexpertos que acababan de separarse del hogar materno.

—¡Ya vamos caminando! preguntaba una joven señorita á Monseñor Treviño, que de pie apoyado sobre la barandilla del buque observaba sereno lo que pasaba á su alrededor.

—Sí, señorita, respondió, vamos caminando; vamos alejándonos de la tierra. Ahora sí es verdad que vamos á Roma, y ya no es tiempo de arrepentirse.

—¡Ay Ignacio! exclamaba llorando la bella señora de Salazar, dirigiéndose á su marido. ¡He de separarme de mis hijos! ¡Dios mío! Y esto no tiene remedio. ¡Qué hago!

—Hijita, decía el Lic. Salazar; tranquilízate. Nuestra separación va á ser de pocas semanas. Acabamos de saber en Nueva-York que los niños están bien. Al lado de su mamá grande no les hacemos falta nosotros. Cálmate, vida mía, te lo ruego.

—¡Cómo he de estar tranquila y serena, cuando los mares van á separarme de mis hijos! Esto no puede ser. . . . y la señora seguía deshaciéndose en llanto.

Su excelente marido continuaba en vano esforzándose por consolarla.

Tristemente sublime era aquel cuadro de la madre lamentando la ausencia de sus hijos; á la vez que interesaba la actitud del padre procurando ahogar sus propios sentimientos para consolar á la compañera de su vida en aquella terrible situación.

Tipo de amor maternal es la mujer mexicana, que sólo vive para sus hijos; que en ellos tiene todas sus complacencias; que á ellos dirige todas sus aspiraciones. La mujer mexicana es la que amamanta personalmente á su hijo; la que se sacrifica por él, la que lleva su amor hasta el heroísmo. Contraste forma con este tipo el de la mujer de otros países, que apenas ha recibido en sus brazos al pequeño sér que dió á luz, le abandona á los cuidados de una nodriza mercenaria, que frecuentemente carga con él para llevarlo al campo. Esas madres no merecen tan honroso título; esas mujeres, que así sacrifican á la moda ó á conveniencias sensuales, un sentimiento tan puro, tan noble, tan natural, no son acreedoras, por cierto, á las atenciones y á la consideración de sus maridos, y en vano desearían en las circunstancias de la señora de Salazar, verse objeto de la tierna solicitud y de los eficaces consuelos que en el alma atribulada de aquella interesante señora vertía con amor su recomendable esposo.

—¡Y hemos de caminar durante 20 días en este inmenso edificio! Decía el Sr. Icaza, dirigiéndose á uno de los miembros de la Comisión. ¡Veinte días á bordo! Esto va á ser insoportable.

—No serán veinte días, contestaba el interpelado: me ha asegurado el representante de la Compañía, que la duración ordinaria del viaje á Nápoles es de quince días; dos semanas, que como quiera se pasan.

—Cómo se conoce que V. no ha navegado nunca. Si V. supiera lo que se sufre á bordo, y mayormente cuando uno se marea, como á mí me sucede y ya estoy sintiendo que me va á suceder. . . . Veinte días, y aun cuando sólo fueran quince, es un tiempo muy largo para los que vamos á ir fastidiándonos en esta casa flotante. ¡Oh, si yo hubiese previsto que tal iba á ser la duración de este viaje. . . .!

—Pero, señor mío, vd. está anticipándose los males. Primeramente, no tenemos ningún dato cierto de que partir para asegurar que la travesía durará más ó menos. Después, no debemos olvidar que desde que emprendimos el viaje que venimos haciendo, hemos contado con que habríamos de pa-

sar algunas molestias. Hasta ahora ningunas hemos sufrido, porque los nueve días precedentes han sido de satisfacción y contento. Si ahora principiamos á sufrir algunas contrariedades, más por lo que tememos que por lo que experimentamos, no debe abatirse nuestro ánimo, antes bien debemos prepararnos con la resignación para recibir impasibles los males que nos puedan sobrevenir. Por lo demás, hasta ahora no nos inquieta otro temor que la duración del viaje, cinco ó seis días más de lo que creímos; y ¿qué son cinco ó seis días para realizar una excursión como la que venimos haciendo, reunidos muchos mexicanos, todos católicos, es decir, todos hermanos, formando una sola familia? Estamos á bordo de un buque cuya construcción y dimensiones nos aseguran humanamente de que no corre peligro nuestra vida en la navegación. Por último, ninguno de los presentes somos responsables ni tenemos que reprocharnos haber dado causa á los males que presentimos: si estos sobrevienen á nuestro pesar y fuera de nuestra previsión, debemos soportarlos pacientemente, que bien recompensados serán con las satisfacciones que nos aguardan.

—Señores, decía á esto Aguilar y Ortiz, este es un negocio que, como quien dice, no tiene remedio: sean quince ó veinte días, nosotros llegaremos al término de nuestro viaje, y cuando estemos en tierra será negocio de que no nos acordaremos de lo que hayamos sufrido.

—Todo está bien, decía otro sacerdote en tono de vehemencia; esas reflexiones serán muy filosóficas y cristianas; pero el hecho es que nosotros hemos sido víctimas de un engaño. La Comisión organizadora nos ofreció que la travesía de mar no excedería de catorce días, y el solo hecho de hallarnos á bordo de este inmenso buque está demostrando que es imposible llegar á Nápoles en ese tiempo. Yo he navegado muchas veces, he hecho la travesía que vamos á recorrer y aseguro á ustedes que en este vapor no tardaremos menos de los veinte días que asegura el P. Icaza. ¡Cómo podemos conformarnos con ser engañados de esta manera?

—Señores, repuso el Sr. Abarca, no creo que la Comisión,

de cuya solicitud y empeño tenemos ya tan repetidas pruebas, ha tenido la intención de engañarnos. Si engaño ha habido, la Comisión ha sido la primera víctima. Ella fué informada de que el viaje duraría catorce días, y así nos lo dijo porque así lo creía y así lo había contratado. Si la Compañía contratante no ha cumplido, acaso á pesar suyo, con esa estipulación, no es justo hacer reproches á quienes como hemos visto, se han esforzado en proporcionarnos economías de dinero y de molestias en el viaje, y á cuya solicitud debemos que se esté realizando una excursión que no hace muchos días se creía imposible. Por lo demás, señores, debemos considerar que el número de pasajeros de primera clase que aquí venimos no podía ser transportado en un buque pequeño y de rápida andadura; necesitábamos una nave como la en que venimos y las de este porte en lo general no son las que más velozmente caminan.

Un toque de campana que agitaba un criado sobre cubierta, vino á poner término á la anterior discusión. Llamábase á los viajeros á comer. A guisa de frailes ó de colegiales fuimos descendiendo al comedor y nos colocamos en los asientos que á cada quien le pareció. El Illmo. Sr. Obispo, guiado no se sabe por quién, fué á sentarse en una de las mesas en que habían colocádose unos extranjeros que venían á bordo. Las señoras que á estos acompañaban no entraban todavía en la sala. Cuando fueron llegando, uno de los criados, sin conocer acaso la alta dignidad de nuestro presidente, se permitió indicarle que se levantara de su asiento para que pasase una de las señoras; el Prelado con humildad obedeció á esa indicación y se levantó ocupando el asiento inmediato; pero llegó otra señora y se repitió la misma indicación al Sr. Obispo para que lo cediera á la recién venida. En esta vez el Sr. Portillo sintió ajada su dignidad, y sin decir una palabra se levantó de su asiento para abandonar el salón. Luego que nos apercebimos de que el Prelado se salía del comedor, averiguamos la causa y habiendo sido informados de ella, como si un resorte nos hubiera movido, nos salimos todos precipitadamente. El Comisario que esto ad-

virtió, vino en nuestro seguimiento. Duros reproches le hicimos por la descortesía del sirviente: vehementes y acaloradas vociferaciones se hicieron oír de parte de algunos. El Comisario trató de calmarnos y se acercó al Sr. Obispo para darle satisfacciones: el Prelado oyó aquellas explicaciones; pero resolvió no volver á la mesa. Entonces los señores de la Comisión se acercaron á Su Señoría: hablaron con él y después con el Comisario; obtuvieron de éste la más completa satisfacción, que consistió en que el Presidente de la Peregrinación fuese á ocupar el asiento del Capitán. Redobláronse entonces las súplicas al Sr. Obispo para que volviese al salón, á las cuales accedió, y ocupando el lugar del Capitán, los peregrinos se tranquilizaron, tornando cada quien á su respectivo asiento. Así terminó este desagradable incidente, que causó no poco disgusto á todos; pero que sirvió para que en lo sucesivo los empleados y la servidumbre tratasen al Illmo. Sr. Portillo, con todos los miramientos que á la dignidad episcopal tributamos los católicos.

Terminada la mesa sin otro incidente, subimos al salón de desahogo y allí arrodillados se entonó la letanía de los Santos, cantándose en seguida las otras preces de la Iglesia. Avanzando la noche nos retiramos á nuestros camarotes.

¿Seguiremos día á día el curso de la navegación en los veintidós que permanecemos á bordo del Bolivia? El relato sería monótono, como lo fué la misma navegación. Nos tendremos solamente refiriendo lo que sea digno de interés y pueda inspirarlo á los lectores de estas memorias.

El 17 de Abril, que contaremos como el primer día de navegación, gozamos de un hermoso tiempo. La nave se deslizaba ligera sobre una mar tranquila, sin producir en el interior sacudimientos ni trepidación sensible. Muchos de los pasajeros, sin embargo, comenzaron á sentir los efectos del mareo. El Padre Icaza, desde ese día, permaneció acostado: las señoras de la familia López Portillo no salieron de sus camarotes. Otra multitud de personas se veían desalentadas, y pocas nos paseábamos tranquilamente sobre cubierta. Entre los de 2ª y 3ª clase, había la mayor parte mareados. El

Illmo. Sr. Obispo, acompañado de uno de los miembros de la Comisión, los visitó en sus camarotes, y juntos rezaron el Rosario, concluyendo con tiernas alabanzas cantadas por los circunstantes.

El día 18 pasó sin novedad. La crónica no registró incidente alguno, fuera de las inquietudes de los mareados y las quejas y reclamaciones de los romeros. Un individuo de la Comisión visitaba de uno en uno los camarotes de 2ª y los departamentos de 3ª

—Buenos días, Padre, decía al religioso Fr. Ignacio Arriola, que yacía en el lecho desde que comenzó á moverse el buque, ¿cómo se siente Vd.?

—Malo, señor, muy malo, contestó con voz ahogada el paciente.

—¿No quiere Vd. que veamos al médico?

—No, señor, ¿para qué necesito al médico? Lo que necesito es salir de este buque; no aspirar esta atmósfera que me mata.

—Es verdad, Padre; lo que Vd. debía hacer, era subir á cubierta á respirar el aire libre: mientras esté encerrado en el camarote, no se le quitará el mareo.

—Pero, si no puedo levantar la cabeza.

—Haga Vd. un esfuerzo por salir de aquí: vamos, ¡ánimo! y deje esta alcoba.

—Más tarde veré si me es posible.

Al salir el comisionado del camarote del Padre Arriola, se encontraba con uno de los señores de Jilotepec.

—¿Qué hacemos con el señor Cura? preguntaba en tono de amargura.

—¿Cuál de ellos? interrogó á su vez el comisionado.

—El señor Cura Soto, de Jilotepec.

—¿Pues qué tiene el apreciable señor Cura?

—¿Qué ha de tener? que no ha podido probar bocado desde que entró en el buque, y está muriéndose.

—¿Muriéndose? preguntó azorado el individuo de la Comisión.

—Sí, señor. Figúrese Vd. cómo puede vivir un hombre sin comer dos días.

—Hágame Vd. favor de dirigirme á su camarote.

—Venga Vd. conmigo. Y los dos se encaminaron en la dirección indicada por el primero.

—Señor Cura, dijo el comisionado entrando en el camarote, ¿qué le pasa á Vd.?

—No es gran cosa, señor, tengo un malestar en el estómago, que no me permite moverme de la cama, ni puedo tomar alimento.

—¿Tiene Vd. calentura?

—Creo que no, pero me siento muy debilitado.

—Es necesario, señor Cura, que se haga Vd. violencia para comer.

—Me la hago, y he tomado alguna cosa, pero mi estómago no consiente nada.

—Pues, señor, Vd. á lo que veo no adolece de otra enfermedad que el mareo; es indispensable que procure sobreponerse al malestar que le aqueja y haga lo posible por salir de la atmósfera de este cuarto y tomar el aire libre.

—Agradezco á Vd. su consejo y voy á seguirlo.

Nuestro comisionado se despidió del Cura de Jilotepec, convencido de que no estaba muriéndose como había asegurado su feligrés. No anduvo muchos pasos sin encontrarse con un grupo de peregrinos, entre los cuales hallábase el estimable D. Vicente Palacios.

—¿Qué tal, mi Sr. D. Vicente? ¿Cómo lo van pasando ustedes?

—Malísimamente, señor. Yo, gracias á Dios, no me he enfermado; pero esta comida es malísima, y acabará por dar al traste con mi salud. Casi no se puede comer lo que nos dan.

—Pues ¿qué alimentos les han suministrado?

—Considere Vd., señor, que en la mañana, á los de 3ª clase, nos dan por desayuno, café aguado y pan en abundancia; en el almuerzo, ayer nos dieron una gran cacerola de macarrón y un pedazo de carne; el vino lo sirven á discreción; pero hoy no dieron carne: á la noche nos servirán una ración

de pescado y café. ¿Cree Vd. que puede uno vivir con tan mezquina alimentación?

—Efectivamente, deben extrañar ustedes la falta de la carne. Ignoraba yo esto y voy á dirigir mi reclamación al Comisario del buque. Lamento en el alma que personas de la condición de Vd. hayan tomado pasaje de 3ª clase.

No había acabado de hablar nuestro amigo, cuando se presentó la excelente Sra. Severa Mondragón de Pizarro.

—¡Ay, señor! Cuánto deseaba ver á Vd. para comunicarle mis penas.

—Señora, dígamelas Vd., que haré lo que de mí dependa para remediarlas.

—¿Qué mal estamos los de segunda clase! ¿No ha percibido Vd. el mal olor que aquí se experimenta?

—Es verdad, señora, no es agradable el olor del carbón de piedra, y combinado con el de los desinfectantes, se hace á veces insoportable. Por eso yo me vivo sobre cubierta y á eso atribuyo el no haberme mareado. Esta molestia es inevitable á bordo. ¿Cómo tratan á ustedes en los alimentos?

—Malísimamente, señor: sirven unas comidas tan extrañas, que no es posible comer á gusto. Para mí es un sacrificio sentarme á la mesa; pero lo que me aflige no es esto, sino ver sufrir á estos pobrecitos señores de tercera. ¿No ha visto Vd. cómo les dan los alimentos en cacerola de hoja de lata? Me parecen soldados ó presos. Y luego tenerlos en esa especie de galleras; pobrecitos! Se me oprime el corazón de ver al señor Cura de Jilotepec. ¿No lo ha visto Vd.!

—Sí, señora, acabo de hacerle una visita.

—¿Y no le ha conmovido á Vd. ver á una persona tan respetable instalado en ese departamento?

—Me ha dolido, en verdad, señora; pero ¿es posible cambiar la disposición interior del buque, igualando en comodidades á los pasajeros de distintas categorías? Acababa yo de decir al Sr. Palacios que lamento muchísimo ver en esta clase, á personas acostumbradas á vivir con ciertas comodidades. Ya he dicho más de una vez, que fué un error de la Comisión organizadora, el haber ofrecido á los peregrinos pa-

saje de 2ª y 3ª clase. En mi opinión, debiera haberse dado solamente de 1ª para todos. Todos somos hermanos, constituimos una sola familia, y nos duele venir separados á bordo y que unos no disfruten de las ventajas de que gozan otros. Pero esto ya no tiene remedio y la Comisión no merece reproche por haber incurrido en este error, hijo de la inexperiencia en organizar esta clase de expediciones; porque fué guiada por el noble propósito de facilitar á los pobres el medio de tomar parte en la Romería. Por lo demás, los que venimos en las clases superiores, debemos estar edificados de presenciar el voluntario sacrificio que se han impuesto las personas distinguidas por su educación y por su posición social, que no vacilaron en aceptar los inconvenientes de tomar pasaje en clase muy inferior á su calidad, por llevar adelante su propósito de venir en la Peregrinación.

—Todo lo que está Vd. diciendo, replicó la Sra. Mondragón, es la verdad; pero ¿qué no sería posible sacar al señor Cura del departamento de 3ª y pasarlo al de 2ª? Junto á mi camarote hay uno desocupado.

—Señora, no solamente es posible, sino fácil, hacer la traslación que Vd. desea; pero es necesario pagar el exceso del pasaje: ya he arreglado con el Comisario algunos cambios semejantes. Si el señor Cura está conforme, no tengo inconveniente en ir á ver al Comisario.

—¿Cómo no arregla Vd., insistió la señora, el que permitan que se haga el cambio sin pagar nada? ¿qué pierden con ello? hay lugares desocupados, nada les cuesta á esos señores proporcionar este alivio á un enfermo.

—Creo que no lo conseguire, dijo el Comisionado; pero voy á intentarlo.

Estos y semejantes diálogos pasaron entre el visitante y algunas otras personas visitadas. Todos los enfermos del mareo se hallaban naturalmente disgustados; reclamaban por la comida, por el camarote, por el trato de los sirvientes, por el movimiento del buque; reclamaban hasta porque se les obligaba á salir de los camarotes para hacer la desinfección y el aseo de los departamentos. Y estas reclamaciones

iban dirigidas á la Comisión organizadora, y el Secretario, representante de ésta, ocurría al Capitán y al Comisario, apoyando las reclamaciones que lo merecían, y exigiendo que se pusiese el remedio á los males, que era posible remediar. Oigamos algunos de los diálogos que tenían el Secretario de la Comisión y los empleados superiores del buque.

—Venga Vd. acá, Galano, decía el Secretario dirigiéndose á un tipo como de sargento mayor, que hacía los oficios de intérprete en los departamentos de 2ª y 3ª.

—Mándeme el señor presidente, contestaba aquel, cuadrándose militarmente y llevando la mano á la visera de la cachucha.

—Mis compañeros de 3ª clase, manifiéstanse muy quejosos del mal servicio á bordo. Varias veces he recomendado á Vd. que me haga favor de que se les trate como merecen. Creo que en el tiempo que lleva Vd. de estar cerca de ellos, habrá comprendido que no son gente ordinaria ni vulgar como la que acostumbran recibir ustedes en la expresada clase. Es necesario, amigo mío, que se remedien los males de que se quejan esos señores, ó me veré precisado á dar conocimiento al capitán de lo que pasa.

—Señor presidente, yo puedo asegurar á Vd. que por mi parte, pongo todos los medios para que la asistencia de los señores de 3ª sea tan esmerada como lo permite el reglamento del buque y los elementos que tenemos á nuestra disposición. ¿De qué se quejan los mexicanos?

—Pues se quejan de que se les sirve la comida en cacerola.

—Señor, no tenemos en la 3ª clase otra vajilla de que disponer. Siempre á los de esa categoría se les han servido los alimentos de esa manera. ¿De qué otra cosa se quejan?

—De que la comida es insuficiente.

—¿Insuficiente? Pero si les damos por la mañana, té ó café; al almuerzo, se les sirve una gran porción de macarrón, que la mayor parte no se lo toman; por la tarde, se les da pescado ó patatas y té, y diariamente una abundante ración

de pan, que tampoco se lo acaban, y vino á discreción. Tres veces á la semana reciben un buen trozo de carne.

—¿Y cree Vd. que solamente tres veces á la semana tiene hambre la gente? La necesidad de comer, amigo mío, es diaria y debe satisfacerse diariamente.

—Pues, señor presidente, no se ha servido más á bordo á los de 3.^a clase; infórmese Vd. si á los italianos mis compatriotas que vienen en la misma categoría, se les da otra cosa: esos mismos alimentos recibimos nosotros y la tripulación, y ¿cree Vd. que nunca se quejan de hambre?

—Los italianos, sus compatriotas, serán gente infeliz para quienes la miserable comida que reciben aquí, les parecerá un banquete.....

—Permítame Vd., señor presidente, que le diga que cabalmente porque son pobres han tomado pasaje de 3.^a, y porque yo no soy rico estoy sirviendo este empleo que tantas molestias me ocasiona. Siempre en la proa no caminan otras personas que los pobres. Ahora, es la primera vez que este buque carga en 3.^a á individuos como los mexicanos, que son curas y abogados y comerciantes.

—Una es la pobreza y otra la educación y el trato. Pobres son mis compatriotas los que vienen en 3.^a; mas no están acostumbrados á vivir como gañanes. En México se vive de otra manera distinta que en Italia. Los pobres de la calidad de los que traemos en la expedición, comen con cuchara y tenedor y se hacen servir la comida en plato, y toman carne todos los días. En mi país solamente á los soldados y á los presos se les trata como ustedes acostumbran tratar á la gente de proa.

—Señor presidente, hágame favor de no exaltarse. Yo veo bien que los mexicanos merecen otra asistencia en los alimentos mucho mejor que la que reciben; pero yo que no soy más que un triste empleado, no puedo alterar el reglamento del buque, ni tengo los medios para mejorar la condición de los de tercera. Las quejas que V. me está dando debe dirigir las al Comisario.

—Llámeme V. á Mr. Easton, para hacerle mis reclamaciones.

En este momento se presentaba un hombrecillo de baja estatura, vestido con pantalón y saco de paño azul con botones dorados, llevando en la cabeza una cachucha del mismo color, metida hasta las orejas. Era el Comisario del buque.

—Señor Comisario, dijo el Secretario, acababa de recomendar á Galano que buscara á V. Tengo que hacerle muchas reclamaciones.

—¿Qué le ha sucedido á V.? preguntó en un español medio inglés.

—Señor, mis compatriotas los de tercera se quejan de hambre.

—¿De hambre?

—Sí, señor, de hambre; no se les ha dado carne el día de hoy.

—Pero si á bordo no damos carne todos los días en tercera clase. Generalmente viajan en esta categoría centenares de personas, y no podríamos traer la provisión de carne indispensable para servírselas diariamente. Además, los días en que no damos carne, servimos pescado, y todos, distribuimos el pan y el macarrón ó los frijoles, en tal abundancia, que nadie se toma las raciones que se le sirven. No veo por qué se puedan quejar de hambre los de tercera.

—Acabo de decir á Galano que mis compatriotas acostumbran comer carne todos los días, y no pueden pasársela sin ella. Por otra parte, el pescado no les agrada.

—Esto sí no puedo remediarlo. A bordo no podemos traer variedad de alimentos, y en tal abundancia, que á cada pasajero se le pueda dar lo que le agrada. Son los inconvenientes de la comida en comunidad y navegando; fuera de que si á la tercera clase se proporcionase la misma asistencia que á las superiores y las mismas comodidades, ó tendrían que aumentarse los precios de pasaje, ó nadie tomaría boletos de primera. Es necesario que comprendan ustedes que la Compañía tiene que arreglar todo á la proporción de los precios de pasaje. Que esto es un negocio, una especulación, y debe estar sujeto á las reglas del cálculo.

—Muy bien, señor Comisario, pues yo exijo que se les dé carne todos los días á los señores de tercera clase, y pagaré la diferencia pecuniaria que ustedes quieran; porque no puedo ver con indiferencia que mis compatriotas se quejen de hambre.

Al decir esto el Secretario, levantaba la voz y se dejaba entender que era presa de una viva exaltación.

—Hágame V. favor de calmarse, señor licenciado, interrumpió el Comisario, y óigame. La provisión á bordo viene arreglada conforme al reglamento del buque, y aun cuando no la traemos limitada, sino en abundancia relativa, como no sabemos si un temporal ú otra causa semejante nos obligará á navegar mayor tiempo del ordinario, incurriríamos el mayordomo y yo en grave responsabilidad, si dispusiéramos de la provisión fuera de los términos establecidos, infringiendo el reglamento. ¿Qué contestaríamos al Capitán y á ustedes, los de primera ó segunda clase, si por vender la carne para los de tercera llegase á faltar para ustedes mismos? Comprenda V. lo delicado de nuestra situación, y no exija cosas en que no es posible complacerle. Sin necesidad de que la Comisión dé un céntimo de aumento, veré al mayordomo y procuraré que se sirva un día más la carne á los de tercera; y haremos todo lo más que se pueda en obsequio de los mexicanos.

—Pero, señor, insistía el Secretario; ¿ignoraban ustedes que las personas que vendrían á bordo del "Bolivia" no serían emigrados que viajan por necesidad, sino romeros, que han emprendido el viaje bajo el ofrecimiento que una Compañía respetable les hizo de que disfrutarían de las mayores comodidades en la navegación?

—La exaltación, señor licenciado, no le permite á V. ver las cosas como son. Nosotros, los empleados del buque, nada teníamos que ver con los ofrecimientos que haya hecho la Compañía, á la cual servimos. Esta no nos dió órdenes especiales para reformar el servicio establecido, y no pudimos, por consiguiente, prepararnos para prestar en las clases inferiores una asistencia especial con las condiciones que V.

desea, con sobrada justicia. Háganosla á nosotros, y yo le ofrezco que procuraré, en cuanto pueda, mejorar la situación de los de tercera.

Cada uno de los interlocutores hablaba en razón. Cada uno tenía de su parte la justicia. Solamente la Compañía era responsable de las faltas que pudiera haber; pero la Compañía no tenía á bordo sino empleados asalariados, sin representación ni facultades para atender á las reclamaciones fundadas ó infundadas de los peregrinos. La Comisión organizadora, colocada entre unos y otros, no podía hacer más que presentar las quejas de los segundos y obtener lo que fuera posible de los primeros. En esta lucha constante vimos siempre empeñada á la Comisión, y no fué sin resultado, porque frecuentemente sus reclamaciones eran atendidas.

El día 19 principiamos á entrar en las corrientes del Golfo. La agitación ordinaria de las aguas en esas latitudes, y el fuerte viento que comenzó á soplar poco después de medio día, produjeron recios sacudimientos en la nave. Muchos de los que no habían experimentado los efectos del mareo, empezaron á sentirlos. El espanto se apoderó de la generalidad. A la hora de comer, las mesas estaban desiertas. Monseñor Lara y uno de los comisionados, acaso las únicas personas que no sentían el mareo, se consagraron á la asistencia de los enfermos: la señorita Castellero recorría los camarotes de las señoras ofreciéndolas y prestándolas importantes servicios. Redobláronse las preces en comunidad, implorando el auxilio divino. El Capitán y los empleados del buque se manifestaban tranquilos. Interpelados por nosotros, aseguraban que el tiempo era inmejorable y no había nada que temer.

El buque, sin embargo, continuaba dando tumbos y más de un pasajero fué bañado por las olas sobre cubierta. Monseñor Treviño, afianzado del brazo de Aguilar, atravesaba veinte veces al día con suma dificultad el espacio que media entre el salón de recreo y el de fumar.

—Tiránico es el reglamento del buque, decía Monseñor; obligar á uno á salir á cubierta para fumar un cigarro, que

tranquilamente podíamos chupar en la sala de recreo. Pagara yo con gusto diez duros, porque me permitiesen fumar en el interior del buque. Y balanceándose, asido de su compañero y afianzándose de las agarraderas de las parèdes llegaba al *Smoking room*. Allí estaban reunidos permanentemente muchos de los fumadores, mareados ó no; Joaquín Amézaga y los Aragón, el Dr. Esezarte, el Padre Camacho; el Lic. Ramiro de la Garza, el Lic. López Portillo, Pacesita Castellero y su sobrino Gonzalo. Allí se encerraba también el Sr. Obispo, á fumar, acompañado de su secretario el Padre Moreno. Una densa atmósfera de humo de tabaco se respiraba á toda hora en aquel cuarto, y era de maravillarse cómo los mareados, que no podían aspirar ningún olor, sin que les provocara náuseas, soportaban largas horas aquella atmósfera tan cargada de gases.

—Señores, decía Monseñor Treviño, entrando en el cuarto ¿qué tal está el tiempo?

—Malo, malísimo, Monseñor, decía el Padre Camacho, y ésto que ahora comienza. Adelante será peor.

—Pues como á mí me dejaran fumar libremente, poco me importaría que el tiempo siguiese malo, pero esto de tener que venir á este cuarto para poder entregarse á una ocupación tan inocente, se me hace insoportable.

—¿Cuántos días durará este temporal? preguntaba uno de los jóvenes Anzorena.

—Yo creo, decía Amézaga, que no ha de pasar del día de hoy.

—Yo entiendo, interrumpía Balverde, que no nos dejará en todo el camino y llegaremos con él á Gibraltar. En el estrecho será el sacudimiento más fuerte.

—En mala hora, decía López Portillo, consentimos en ponernos á bordo de este vapor, que como dice el Padre Stéfano, es una gran tortuga.

—Pues yo espero, terciaba Aguilar, que saliendo de las corrientes del Golfo, la mar estará tranquila.

—Así lo creo yo también, decía el Sr. Obispo, y en todo caso, si el viento sigue llevando la dirección que hasta ahora trae,

avanzaremos mucho, porque las velas ayudan poderosamente á la máquina. De todas maneras, con viento favorable ó adverso, señores, debemos estar tranquilos, porque Dios nos ha de ayudar y su protección nos salvará de todo peligro, y con ella hemos de llegar sanos y salvos al puerto y hemos de regresar á nuestra Patria felizmente.

—Así lo espero yo también, agregó otro de los presentes; pero, por lo que á mí toca, al regreso, por ningún motivo volveré á bordo de este buque. Por fortuna tiene uno el derecho de tomar cualquiera otro de los vapores de la Compañía, y á esta pertenece el "City of Rome," uno de los buques más hermosos y ligeros del mundo. Yo no sé por qué estos buenos señores de la Comisión no contrataron esa nave en lugar de este viejo "Bolivia," en que tantas penas venimos pasando.

—Es necesario ser justos, señores míos, y no hacer reproches indebidos á la Comisión, dijo un peregrino. ¿Conocen ustedes la capacidad del City of Rome? Probablemente no. Pues deben saber que puede contener más de quinientos pasajeros de 1ª y 2ª clase; que tiene capacidad para muchos centenares de 3ª; que gasta mucho carbón, y solamente hace la travesía de Nueva York á Liverpool, por ser la más corta y la más frecuentada. Ese vapor no era posible conseguirlo como especial por esta ruta que traemos nosotros, y aun cuando hubiese sido posible obtenerlo, no se habría arreglado el pasaje ni por el doble del precio que hemos pagado nosotros.

—¿Y por qué escogieron esta ruta, pudiendo haber tomado aquella? preguntó otro peregrino.

—La razón está á la vista, contestó el interrogado; porque un grupo de ciento y tantas personas no acostumbradas á caminar, y en su mayor parte ignorantes de los idiomas extranjeros, no debía ser expuesto á los inconvenientes que resultarían de una larga travesía por ferro-carril en diversas líneas y sufriendo frecuentes trasbordes. Con mucho acierto eligió la Comisión esta ruta directa á Italia, que es la que ofrecía menor número de inconvenientes, y además es la

más barata, como lo comprende cualquiera que se tome el trabajo de consultar las guías y los itinerarios de Europa.

—¿Cómo, pues, consiguió la Comisión que el regreso pueda hacerse por cualquiera de las líneas de vapores de la Compañía, sin aumento de precios? replicó el interlocutor.

—Bien se explica esto, siendo la travesía por tierra de cuenta del pasajero, contestó el interpelado. Se comprende bien esta combinación y sus ventajas para individuos particulares, que después de haber acompañado á la Peregrinación hasta Roma, quisieren hacer un paseo por Europa; pero de ninguna manera podía ser aceptable para la generalidad, que no traemos otro designio que visitar al Santo Padre, y regresar á nuestra Patria, por donde venimos.

—Señores, interrumpió Aguilar y Ortiz. Inútiles son todas estas discusiones. El viaje se anunció por la ruta que traemos. Hasta Nueva-York, hemos venido muy contentos y satisfechos. Desde que estamos á bordo nos hallamos contrariados. Es que no tenemos la costumbre de navegar como la tenemos de caminar en ferro-carril. En cualquier buque en que hubiéramos venido habríamos estado disgustados, porque este condenado movimiento, como quien dice, no es para caminar alegres. Así pues, no hay más que pecho al agua, y adelante.

Aguilar había acertado con la solución de todo un problema.

La discusión se dió por terminada en esa ocasión.

El día siguiente por la tarde el viento se calmó. Los ánimos se tranquilizaron, y con excepción del Sr. Abarca, del Padre Icaza y de unas tres ó cuatro señoras, entre las cuales merece mencionarse Soledad Robles, que en toda la navegación no alzó cabeza, fueron saliendo de sus camarotes y comenzaron á darse á luz.

Así pasaron los días 21 y 22. El 23 amaneció un día hermosísimo. La mar estaba verdaderamente sosegada. Los peregrinos llenaban la cubierta del buque alegres y contentos. El Comisario de la embarcación propuso un juego que se usa á bordo entre los ingleses y se llama *Shuffle board*. Es una es-

pecie de boliche en que se emplean en lugar de globos unas tablas circulares de madera que se arrojan por medio de unos palos á propósito. Monseñor Treviño fué de los primeros en tomar el palo y principiar sus golpes con notable acierto. Buena parte del día se gastó en tan honesto entretenimiento.

En medio de la monotonía de la navegación, cualquiera cosa que tiene el menor carácter de novedad es un acontecimiento y merece los honores de la crónica. El Martes 24 de Abril registra la de la Peregrinación tres hechos que mucho llamaron la atención de los viajeros. Presentáronse á la vista una multitud de peces llamados saltadores, que al ir surcando las aguas saltan fuera de la superficie, describiendo en el aire una curva del radio suficiente para descubrir todo su cuerpo. Innumerables de estos peces desfilaron delante del "Bolivia," dejando admirados á los pasajeros. Era la primera vez que asomaban á la superficie algunos de los millones de vivientes que encierra el Atlántico, según cuenta la historia. Otro acontecimiento notable registra la crónica del día. Algún pasajero acertó á ver á considerable distancia un objeto que flotaba al parecer sobre las olas. La noticia fué transmitida como por encanto á todos los excursionistas. Pronto la cubierta se llenó de observadores que dirigían sus gemelos al lugar por donde se había descubierto aquel extraño objeto.

—Es un pequeño bote, decía uno.

—Es un pez, afirmaba el otro.

—Será algún despojo del naufragio de un buque, observaba un tercero.

—En confirmación de esta opinión, repuso Amézaga, allá adelante se ve otro objeto flotando.

Así era, en efecto, que á la distancia aparente de cinco ó seis kilómetros, se veía sobrenadar algo parecido á una pequeña barca.

En esto apareció sobre cubierta el intérprete. Todos se dirigieron á él preguntándole qué objetos serían aquellos. Una respuesta satisfactoria, concebida en pocas palabras, vino á satisfacer la curiosidad general.

—Es el cable submarino, dijo con aire de autoridad el intérprete.

—¡El cable submarino! repitieron todos entusiasmados.

—¡Qué noticia de nuestra patria estará transmitiendo ese cable! observó un peregrino.

—¡Quién pudiera comunicarse con él y mandar noticias nuestras á México y recibirlas de nuestras familias! dijo otro.

Y todas las miradas estuvieron fijas en las boyas del cable hasta que se perdieron de vista.

No fué menos agradable suceso la aparición de un buque de mucho menor tamaño que el nuestro, que descubrimos delante de nosotros en la misma dirección que llevábamos. Pronto le dimos alcance y pasamos cerca de él, dejándole atrás hasta desaparecer de nuestra vista en menos de dos horas.

—No marcha con tan poca celeridad nuestro "Bolivia," hizo observar el Padre Ortega. En poco tiempo hemos avanzado y dejado muy atrás á ese vapor, que si va á Nápoles, sabe Dios cuántos días llegará después que nosotros.

El Padre Stéfano nada objetó á esta observación.

El Miércoles 25 el mar volvió nuevamente á su agitación ordinaria. El viento soplabá con fuerza y la mayor parte de los viajeros cayeron de nuevo en la cama. No fué posible salir á cubierta con la Letanía, como estaba ordenado. Se cantó en la sala de recreo. Desde ese día hasta el 28, el movimiento del buque de día y de noche fué bastante irregular. La gente se hallaba sumida en el más profundo abatimiento. El comedor recibía muy pocas personas á la hora de comer. El salón de recreo, convertido en sala de enfermería, presentaba un aspecto tristísimo. La señora de Salazar y la de López Portilla, acostadas en los sofás, acompañadas de sus respectivos consortes, sentados cerca de ellas. El Sr. Cura Icaza, tendido en otro sofá; el Sr. Cura Moreno, recostado en el ángulo que formaban dos asientos en un extremo de la sala. La simpática Sra. del Hoyo, acostada también, vigilando desde allí á su hijito, de dos años, que corría por el salón; de cuando en cuando llamaba con voz doliente á su marido que se había

retirado al salón de fumar. Este encerraba un grupo de fumadores que no acertaban á decirse una palabra. Recostados unos, sentados otros, en pie algunos, teniéndose de las paredes; todos tristes y desalentados.

En los camarotes de primera yacían como sepultadas multitud de personas. El Sr. Ibarra no había salido en tres días; una de las señoras de Chihuahua y las de Aguascalientes no ponían un pie en el comedor; el padre García, el de León, se encargaba de alimentarlas con chocolate, del cual afortunadamente llevaban él y ellas una buena y abundante provisión: á toda hora del día encontrábamos á este caritativo sacerdote con su caldereta en la mano en disposición de hacer ó de llevar chocolate á sus enfermas. Después de las horas de comer, el Dr. Lara, Pacesita Castellero y algún otro peregrino recorrían el salón de recreo y los camarotes, llevando alimento á los mareados. Al doctor Cardona le faltaba tiempo para visitar enfermos y suministrarles sus medicinas dosimétricas.

En los departamentos de 2ª y 3ª continuaban las escenas desgarradoras. El Padre Arriola no se movía de la cama, y su principal alimento era la esperanza de salir algún día de aquella prisión. El señor cura Soto, rodeado de sus feligreses, llevaba resignado su situación, de la cual sin embargo, no hacía ningún esfuerzo por salir. Otras muchas personas se lamentaban tristemente de sus padecimientos. D. Manuel Coeto, pálido, desencajado, subía á la cubierta para respirar el aire libre, siguiendo las indicaciones del médico. Un día se lo encontró el Secretario de la Comisión en una de sus frecuentes visitas.

—¿Qué le pasa, D. Manuelito? le dijo cariñosamente, poniéndole la mano sobre el hombro.

—Qué me ha de pasar, señor, me estoy muriendo, y es de pura debilidad; contestó con acento de moribundo.

—¿Por qué no come, hijo?

—¡Ay, padrecito! no es posible comer estos alimentos. Lo que yo apetezco es caldo, y éste no lo dan.

—¿Por qué no lo pide? El Comisario ha ordenado que á

los enfermos que necesiten alimentos especiales, se les suministren.

—Pues á mí no me lo han dado.

—No sé cómo será eso, porque á las personas para quienes yo lo he pedido, estoy informado de que se les sirve. Ahora mismo hablaré al intérprete, y verá como se lo traen.

—¡Ojalá, licenciadito! ha de hacerme mucho bien. ¿No me ha visto V. *por ahí* á mi hijo Enrique?

—Le acabo de dejar en el salón de música tocando en el piano.

El Secretario se despidió de Coeto y á pocos pasos tropezó con el intérprete.

—Buenos días, señor presidente, se apresuró á decirle; yo mismo les llevé el caldo á los padres para quienes me lo encargó V.

—¿Para qué padres?

—Para el padre dominico y para aquel anciano cura á quien tanto me ha recomendado V.

—Ah, sí, el de Jilotepec. Pues ahora le hago la misma recomendación para D. Manuel Coeto. Mande que le lleven una taza de caldo inmediatamente.

—Voy á llevársela yo mismo.

—Gracias, Galano. Trátame con cariño á todos mis enfermos. Y el Secretario pasó su mano por la cabeza del intérprete, acariciándole.

—Ya sabe Vd., señor presidente, que yo estoy dispuesto á servir de buena voluntad á los mexicanos.

No era caldo lo que hacía falta á los pobres mareados, sino apetito. Por la tarde, cuando el Secretario volvió á los departamentos de proa, se dirigió al camarote de Coeto.

—¿Qué tal se siente Vd., Manuelito? le dijo, ¿cómo le fué con el alimento?

—¡Ay padre de mi alma! Me lo trajo luego el intérprete; pero no pude pasarlo. Estaba tan feo.....

El pobre Coeto apetecía un caldo como el que su señora le sirve cuando está enfermo, y probablemente si ella se lo

hubiera preparado, tampoco habría podido pasarlo. El movimiento del buque era la causa de todos aquellos males.

Una sola persona en 3ª clase, aparecía revestida de calma y serenidad; el impassible y ejemplar D. Vicente Palacios, ocupado constantemente en escribir sus correspondencias para "El Tiempo."

Habíamos olvidado al Sr. Abarca, que hacía tiempo no salía de su camarote. Sepultado en el lecho recibió la visita de uno de sus compañeros que llegó á saludarle.

—Buenos días, señor Canónigo, dijo el recién venido, ¿cómo se siente Vd.?

—Malo, perdido, contestó con voz débil y apagada el Sr. Abarca. Esta situación se me hace ya insostenible. Diez días ha que me vengo hundiendo en un abismo, cuyo fondo todavía no puedo tocar. Siento que las fuerzas me faltan; que se me acaba la vida. Hasta me he dado por muerto. Anoche he estado presenciando mis funerales á bordo, y he oído distintamente una discusión que tenía Vd. con el Capitán sobre que no se arrojase mi cadáver al mar. ¡Gracias, amigo mío, por tan buenos oficios!

Una ruidosa carcajada del visitante interrumpió al enfermo, quien incorporándose en el lecho, prosiguió:

—Sí, amigo mío, lo que acabo de referir á Vd. es la verdad, es lo que he sentido y he creído oír.

—Cómo está exaltada esa imaginación, señor Canónigo. Mucho me duele ver á Vd. en ese lamentable estado, al que ha dado lugar menos que el movimiento del buque, la falta de fuerza de voluntad de parte de Vd. para sobreponerse á la situación. Si se hiciese un buen ánimo, si saliera á la cubierta á recibir el aire libre, si se procurase distracción conversando con los amigos, no estaría sufriendo lo que sufre. Sus padecimientos son puramente morales.

—Acaso tenga Vd. razón, amigo mío; pero no me ha sido posible hasta ahora seguir sus consejos. Le propongo la enmienda para lo sucesivo.

El interlocutor promovió una larga conversación, sobre Michoacán, especialmente sobre Morelia, sus hombres y sus

cosas. El enfermo sostuvo la conversación, dando á cada paso claras muestras de mejoría.

Una hora después, se retiraba el visitante, oyendo de los labios del Canónigo Abarca estas consoladoras palabras.

—Me ha hecho Vd. mucho bien, amigo mío. Su conversación me ha vuelto á la vida.

Esa misma tarde celebrábase en la cubierta la inesperada aparición del Sr. Abarca, á quien hacía doce días nadie había visto fuera de su camarote.

Llegó el día 29. Era Domingo. Monseñor Lara reunió en la sala de música á los que estaban en pie, y tomando el libro de devociones, invitó á los presentes á rezar las oraciones de la Misa para unirse en espíritu con los fieles que en esos momentos estuviesen asistiendo en nuestras iglesias al Santo Sacrificio.

En lo restante del día el viento disminuyó; los enfermos comenzaron á salir. El contento asomaba en muchos semblantes. Las impresiones del día estaban condensadas en pocos renglones en el libro de memorias de un peregrino. Decían así:

“Ha mejorado el tiempo.—¡La tierra se acerca!”

“Ha venido un halcón á posarse en el palo mesana.”

“El desaliento disminuye.—Hay muchas caras alegres.”

Así estaba pasando efectivamente. Cuando el halcón apareció como por encanto á bordo del “Bolivia,” muchos de los excursionistas habían salido á verle como animal raro, que en esas circunstancias lo era en realidad.

Anzorena el menor, con cierta gracia peculiar de su carácter, decía:

—Si yo tuviera la ciencia del señor cura Sotomayor, buscaría en la etimología de la palabra *halcón* una fórmula para predecir lo que debemos esperar ó temer de la visita de este nuevo peregrino.

Amézaga, cuyo buen discurso y contundente lógica hacía que sus opiniones fuesen aceptadas por la generalidad, agregó en tono serio.

—Sin recurrir en esta vez á las etimologías, de las cuales

hemos visto sacar tan admirables conclusiones, á nuestro querido compañero el Sr. Sotomayor, yo fundaría el pronóstico de que la tierra se acerca. El halcón es ave que no vuela demasiado; tampoco es ave marina; luego viniendo de tierra, no debemos tenerla muy lejos.

La mayor parte de los presentes convino en que Amézaga tenía razón. Pero Monseñor Treviño hizo una observación desconsoladora.

—Y si el halcón venía á bordo de otra nave que no esté distante de nosotros y se ha pasado á la nuestra ¿qué fundamento tiene la opinión emitida?

—Es verdad, Monseñor, contestó Amézaga; pero si de aquí á mañana no descubrimos ningún otro buque, tendremos que descubrir tierra.

—Es lógico suponerlo, mi señor, dijo el padre Treviño, y de todas maneras este animalito se nos presenta como ave de buen agüero, y su presencia debe llenarnos de consuelo. Cuiden de que no se vaya, no se alejen con él nuestras esperanzas.

En la noche de este día las tertulias en la *sala* y en el *smoking room* estuvieron muy animadas. El padre Moreno tocó en el piano las mejores piezas de su repertorio; el Dr. Stéfano obtuvo de las señoritas López Portillo, que tocara una y cantara la otra. El padre Icaza, en un momento de entusiasmo, se levantó de la banca en que estaba acostado hacía diez días y organizando un coro de hombres y señoras, dirigió el canto del Himno Nacional, cuyas melodías atraieron á los del *smoking* á la sala, y era de ver cómo todos acampañaban este himno y algunas otras piezas que propuso el Lic. López Portillo.

Amaneció el 30 de Abril. El tiempo estaba hermoso; la mar tranquila. Los peregrinos desde muy temprano salieron á la cubierta. Todos los ánimos sentíanse dispuestos á la alegría. De repente una voz se hizo oír por todas partes y fué escuchada con general contento. Esa voz era la de Amézaga. Acababa de hablar con el capitán y éste en buen inglés le había asegurado que al día siguiente veríamos tierra. Amé-

zaga no cabiendo en sí de contento recorrió los grupos, diciendo:

—¡Señores: mañana veremos tierra! Y esta mágica voz se propagó por todo el buque, y llegó á las bancas del salón y á los sepulcros de los camarotes, y la oyó el padre Icaza, y la oyó el Sr. Abarca, y la oyeron las señoras de Aguascalientes y las de Chihuahua, y no sé cuántas otras y cuántos otros que yacían horizontalmente de tiempo atrás; y el padre Icaza dejó su banca, y el padre Abarca salió de la sepultura y las señoras sosteniendo unas á las otras echaron á andar y subieron la escalera, y aparecieron sobre cubierta. Los más entusiastas hurras las recibieron: el *smoking* no pudo contener la gente; la cubierta apenas bastaba para dar paso á los peregrinos, quienes iban y venían por todos lados, tratando de averiguar por qué rumbo debía verse la tierra.

El intérprete Galano, rodeado de un grupo numeroso, daba clase de Geografía y de Náutica, determinando los rumbos, fijando las distancias y hasta precisando la hora en que deberíamos ver la tierra.

—¿Y qué será lo primero que hemos de ver? preguntaba uno.

—El cabo de San Vicente, respondía el intérprete.

—¿Pero cómo en tierra de moros han dado nombre de santo á ese cabo? decía un sacerdote.

—Es que no será tierra de moros sino de cristianos la que veremos primero.

—Pues yo sabía que frente al estrecho de Gibraltar está el África, y que es tierra de moros.

—Frente á Gibraltar está el mar que vamos surcando. Gibraltar, decía el intérprete, es un estrecho que se forma con las costas de África y las de Europa, y tenemos que descubrir antes estas últimas. El cabo de San Vicente pertenece á Portugal.

—¿Y Portugal, preguntaba una señora, está en Europa?

—Cabalmente, respondía el intérprete.

Con la alegría, hasta la devoción vino á ser más fervorosa. El señor Obispo propuso que se practicara en este día el

ejercicio preparatorio del Mes de María que debía principiar el siguiente. Todos aplaudieron la proposición. El Padre Velázquez y el Padre Frías y el Padre Stéfano y el Padre Magaña, con el Padre Icaza, y acompañados de las Sritas. Manrique de Lara y Nieva, organizaron el coro, y fueron inmediatamente á ensayar los cantos y los acompañamientos en el órgano.

Por la tarde, á las cinco, bajo la dirección del Dr. Lara, reunidos los peregrinos en la sala de Música, se verificó el devoto ejercicio. El señor Obispo predicó el sermón después del Rosario. Terminó la distribución con la Letanía Lauretana y otras alabanzas á María, cantadas por los circunstantes.

Un incidente, digno de mencionarse, registraron los libros de memorias en la tarde de ese día. Rumbo al Sur se presentó á la vista un bajel de grandes dimensiones. Acercándonos á él, se vió que era una fragata de guerra. Antes de que pudiera ser conocida la calidad y categoría del buque, el Capitán dió orden de que se izaran unas banderas que en el lenguaje convencional marítimo, quiere decir, según se nos informó:

—“¿Quiénes son ustedes?”

La arrogante fragata no creyó que debía abajarse á contestar á la pregunta, y á su vez hizo unas señales que Amézcaga interpretó, con su habitual gracia, en estos términos:

—“¿Qué les importa? ¿Y ustedes, quiénes son? Me lo dicen, ó les envió una rociada de metralla.”

Serían las mismas ó equivalentes frases las que telegrafió la fragata, pero el hecho fué que el Capitán del “Bolivia” dió órdenes, que inmediatamente fueron ejecutadas, para colocar una multitud de banderas en distintos palos, que daban á entender la nacionalidad inglesa de nuestro vapor, la Compañía propietaria, el rumbo de donde veníamos y la nación adonde nos dirigíamos. La fragata entonces enarboló á la popa su pabellón inglés, como diciendo:

—“Buenos días, compatriotas. ¿Podemos servirles en algo?”

—“Gracias, contestó el “Bolivia.” Buen viaje.”

Y pronto se alejó una de la otra embarcación.

Decididamente aquel día era de gratas impresiones. No se había aún perdido de vista la fragata inglesa, cuando una persona gritó con toda la fuerza de sus pulmones, señalando hacia el Norte:

—¡Una ballena!

Toda la gente se agrupó al alrededor del que había hecho tan importante descubrimiento.

—¡Por dónde está? preguntaba uno.

—Yo no veo nada, decía otro.

—Ya le vi la cola, exclamó un tercero.

—Yo percibo algo que ha de ser la cabeza, decía una señora.

El hecho era que no se veía ni la cabeza ni la cola. El signo de la presencia de la ballena cerca de la superficie de las aguas, era un gran chorro saltante que se veía salir como un enorme surtidor de entre las olas del mar. Advertidos los navegantes del fenómeno, ya no hubo persona que no le hubiera observado á todo su sabor, hasta que el gran cetáceo desapareció hundiéndose en la profundidad del Océano.

—Ya se metió en el agua, exclamaba el padre Zúñiga: ¡si se vendrá en la dirección de nuestro vapor y lo hará zozobrar! Yo he oído decir que son muy peligrosos estos encuentros.

—No tengan ustedes cuidado, dijo el Comisario; lo que teme el señor Cura no pasa nunca con los vapores. La agitación constante del agua por la hélice, no permite que se les acerquen los peces. Además, muy grande había de ser la ballena que tuviera la fuerza necesaria para hacer zozobrar al "Bolivia."

CAPÍTULO OCTAVO

¡Tierra!—El Cabo de San Vicente.—El Estrecho.—Algeciras.—Tarifa.—Guzmán el Bueno y D. Nicolás Bravo.—Tánger.—Ceuta.—Carteia.—San Roque.—Gibraltar.—Primeras impresiones.—El "Liguria."—Impresiones religiosas.—El "Bolivia" echa anclas.

EL Sol de Mayo apareció al día siguiente, hermoso y radiante, reflejándose, como en un espejo en las tranquilas aguas. Casi todos los navegantes, habían levantándose muy de madrugada, para saludar al astro rey; con la esperanza de que á sus primeros destellos se descubriese la tierra tan apetecida. Nada se veía, sin embargo, en el horizonte.

A las ocho de la mañana, estando reunidos la mayor parte de los viajeros sobre cubierta, el intérprete dió el feliz anuncio de ¡Tierra!

—¡Tierra! repitieron cien voces, sin haberla visto. Acudieron á los gemelos, y minutos después, todos veíamos distintamente las primeras cordilleras de las costas de Portugal. La emoción que embargó todos los ánimos, se hizo bien perceptible. La alegría se retrató en los semblantes.

A las diez y media doblábamos el Cabo de San Vicente. Sobre la montaña que está situada en un extremo del Cabo, distinguimos un edificio muy parecido á nuestros antiguos conventos de religiosos.

—¿Qué edificio es ese! preguntó el Padre Frías.

—Es el convento de los dominicanos de San Vicente, contestó el intérprete.

Decididamente aquel día era de gratas impresiones. No se había aún perdido de vista la fragata inglesa, cuando una persona gritó con toda la fuerza de sus pulmones, señalando hacia el Norte:

—¡Una ballena!

Toda la gente se agrupó al alrededor del que había hecho tan importante descubrimiento.

—¡Por dónde está? preguntaba uno.

—Yo no veo nada, decía otro.

—Ya le vi la cola, exclamó un tercero.

—Yo percibo algo que ha de ser la cabeza, decía una señora.

El hecho era que no se veía ni la cabeza ni la cola. El signo de la presencia de la ballena cerca de la superficie de las aguas, era un gran chorro saltante que se veía salir como un enorme surtidor de entre las olas del mar. Advertidos los navegantes del fenómeno, ya no hubo persona que no le hubiera observado á todo su sabor, hasta que el gran cetáceo desapareció hundiéndose en la profundidad del Océano.

—Ya se metió en el agua, exclamaba el padre Zúñiga: ¡si se vendrá en la dirección de nuestro vapor y lo hará zozobrar! Yo he oído decir que son muy peligrosos estos encuentros.

—No tengan ustedes cuidado, dijo el Comisario; lo que teme el señor Cura no pasa nunca con los vapores. La agitación constante del agua por la hélice, no permite que se les acerquen los peces. Además, muy grande había de ser la ballena que tuviera la fuerza necesaria para hacer zozobrar al "Bolivia."

CAPÍTULO OCTAVO

¡Tierra!—El Cabo de San Vicente.—El Estrecho.—Algeciras.—Tarifa.—Guzmán el Bueno y D. Nicolás Bravo.—Tánger.—Ceuta.—Carteia.—San Roque.—Gibraltar.—Primeras impresiones.—El "Liguria."—Impresiones religiosas.—El "Bolivia" echa anclas.

EL Sol de Mayo apareció al día siguiente, hermoso y radiante, reflejándose, como en un espejo en las tranquilas aguas. Casi todos los navegantes, habían levantándose muy de madrugada, para saludar al astro rey; con la esperanza de que á sus primeros destellos se descubriese la tierra tan apetecida. Nada se veía, sin embargo, en el horizonte.

A las ocho de la mañana, estando reunidos la mayor parte de los viajeros sobre cubierta, el intérprete dió el feliz anuncio de ¡Tierra!

—¡Tierra! repitieron cien voces, sin haberla visto. Acudieron á los gemelos, y minutos después, todos veíamos distintamente las primeras cordilleras de las costas de Portugal. La emoción que embargó todos los ánimos, se hizo bien perceptible. La alegría se retrató en los semblantes.

A las diez y media doblábamos el Cabo de San Vicente. Sobre la montaña que está situada en un extremo del Cabo, distinguimos un edificio muy parecido á nuestros antiguos conventos de religiosos.

—¿Qué edificio es ese! preguntó el Padre Frías.

—Es el convento de los dominicanos de San Vicente, contestó el intérprete.

—Saludo á mis hermanos, dijo el Padre Arriola.

—En ese convento, observó el Padre Frías, debe haber una capilla y en esa capilla debe encerrarse la Sagrada Eucaristía. Saludemos, señores, á la Majestad Divina encerrada dentro de los muros de ese convento.

—Los que esto oyeron se arrodillaron, y de muchos labios salió la oración de la Iglesia *¡O Sacrum Convivium!* rezada con edificante devoción.

Minutos después, el fuerte de Lagos se distinguía perfectamente: la torre del faro se veía sin el auxilio de los lentes. Al acercarnos al fuerte, nuestro vapor izó el pabellón inglés. La bandera de Portugal se elevó en la parte más alta del castillo.

Fervorosos estuvieron los peregrinos en el rezo de la tarde. El Dr. Ibarra, en una inspirada peroración, supo condensar los sentimientos de todos y traducirlos en tiernas deprecaciones á la Madre de Dios.

Anocheció, sin que hubiéramos tenido el gusto de llegar á la enorme roca de Gibraltar, que veíamos en sueños como la tierra prometida.

La aurora del 2 de Mayo, nos encontró á la mayor parte de los viajeros de pie sobre cubierta. A las cinco de la mañana principiamos á entrar en el estrecho. A la izquierda teníamos delante las costas de la querida España. No tardamos en descubrir á la melancólica Tarifa, con su aspecto bien marcado de ciudad morisca. La bella Algeciras se descubrió á poco, ostentando sus elegantes torres y como alardeando de su origen también morisco, y de su rivalidad con su vecina la ciudad de San Roque.

Los corazones mexicanos latieron de contento al ver el territorio español, la residencia de nuestros padres. La noble España, nuestra ilustre progenitora, nuestra cristiana institutriz, allí estaba presenciando nuestro paso delante de sus costas, prueba evidente de que conservamos incólumes las creencias que nos legó antes de emanciparnos. Al pasar frente á España la Peregrinación religiosa de México, en camino para Roma, atestiguábamos conservar intacta y en su primitivo

fervor la Santa Religión que nos enseñó la que fué nuestra buena madre. ¡Salud, católica Nación española! Exclamamos. ¡Los que fuimos tus hijos, nos gloriamos todavía de haberlo sido! Los que por ti fuimos educados, hacemos ostentación de permanecer fieles á los principios que nos enseñaste! ¡Dios te bendiga, Nación privilegiada! ¡Los mexicanos católicos te enviamos nuestras tiernas saluciones! ¡Queda en paz y el Señor siga con nosotros!

A la derecha del estrecho, veíase la costa africana. Allí Tánger, la segunda Meca entre los mahometanos; la antigua posesión de los fenicios, y de los cartagineses, y de los romanos, y de los vándalos: la buena presa de los portugueses, conservada por ellos más de dos siglos. Allí Ceuta, la célebre Ceuta, una de las tres grandes ciudades de la antigüedad, colocada en la misma categoría que Palermo en Italia y Jerusalem en Judea.....

Desde que comenzamos á entrar en el estrecho, un círculo de peregrinos rodeaba á uno de ellos que se manifestaba conocedor de aquellos lugares y no poco instruido en su historia. Merece trasmitirse el diálogo que sostenía con algunos de sus compañeros.

—¿A que provincia de España pertenece, preguntaba uno, la población que acaba de designar el intérprete con el nombre de Algeciras?

—Algeciras, respondió el cicerone, pertenece á Andalucía. Fué edificada por los moros hacia el segundo año de su invasión en España. Toma su nombre de la isla que está enfrente, que se llama "Isla verde," que en lenguaje morisco se traduce, *Alghezyrah-Al-hadra*. La ciudad estaba resguardada por una magnífica fortaleza de gran celebridad, que llevó su nombre.

—Durante la dominación de los moros, preguntó otro, ¿siempre estuvo ocupada la ciudad por ellos?

—No, señor; en el año 1344 fué tomada por los españoles después de un largo sitio, en el cual para la defensa, emplearon los moros por primera vez la artillería. El renombrado rey Alfonso, dirigió las operaciones, habiendo dado el com-

bate que la historia llama "del Salado" en el cual perecieron más de doscientos mil moros y se recogió un inmenso botín. La fama de esta victoria se extendió por toda Europa y muchos caballeros y cruzados se alistaron bajo las banderas de España. Alemania envió al conde de Bous con una considerable fuerza; acudieron de Italia los genoveses, quienes se batieron denodadamente; de Francia llegaron al campamento muy celebrados guerreros, entre otros Gastón de Foix y su hermano Rogerio; Inglaterra mandó al Duque Lancaster, á Lord Derby y á los condes de Salisbury, Lincoln y Leicesters. El rey de Navarra personalmente concurrió al sitio á la cabeza de una fuerte división. Al fin, después de una desesperada defensa, Algeciras cayó en poder de los españoles.

Desde la toma de esta ciudad, ó más bien desde la batalla de Tarifa ganada dos años después, se acentuó la decadencia del imperio mahometano en España, hasta su total aniquilamiento.

En 1364, continuó el *cicerone*, los moros de Granada recobraron Algeciras y la destruyeron, no quedando en pie sino algunos pocos edificios, entre otros la llamada "Torre Villa vieja" y otra á orillas del mar, frente á la "Isla verde." La forma cuadrangular de estas torres, indica su origen morisco. Un acueducto muy antiguo del que se conserva una parte en buen estado y algunos restos de viejas murallas, se ha creído que fueron construidos por los romanos; pero graves autores aseguran que no hay en la antigua ciudad ningunos vestigios de ocupación romana, y los restos á que aludo pertenecen á la época de la fundación de Algeciras por Tarif ó á la reconstrucción que en 1098 hizo Jusuf-Ben-Tachfin.

La ciudad nueva, la que tenemos á la vista, prosiguió el peregrino, fué reedificada por Carlos III en 1760, para servir de apoyo contra Gibraltar, defendiéndola por medio de corsarios en tiempo de guerra y por guarda-costas en tiempo de paz. En la actualidad es una extensa plaza como se ve, y su población asciende á 12,000 habitantes, según el censo de 1886. El aspecto de Algeciras en el interior es triste y no tiene edificios de importancia, fuera de la iglesia, que se ha-

lla en la hermosa plaza que fué embellecida por Castaños en 1808, erigiendo en el centro de ella una magnífica fuente. La alameda es hermosa y extensa, y sus calles alineadas y espaciosas. La plaza de toros se reputa como una de las mejores en España.

Algeciras es el cuartel general de las fuerzas estacionadas en el *Campo*, como llaman los españoles á toda la comarca que circunda á Gibraltar, y el Comandante de dichas fuerzas es el Gobernador de la ciudad.

—La primera población que desenbrimos cerca de la costa de España es Tarifa, dijo uno que se hallaba cerca de nuestro peregrino. ¿Conoce Vd. el origen ó historia de esa ciudad?

—Tarifa, contestó el interpelado, es la *Julia Traducta* de los romanos, la ciudad más morisca que tiene Andalucía y el punto más setentrional de Europa. Toma su nombre de Tarif, capitán musulmán que inició la conquista de España, y la poseyeron los moros quinientos ochenta y un años. Es célebre en la historia por la brillante defensa que de ella hizo en 1232, el esforzado Alonso de Guzmán, apellidado con razón "el Bueno." Refiérese que un hijo de éste había caído en poder de los moros: intimáronle que lo matarían si no entregaba la plaza. Guzmán arrojó su puñal por una ventana exclamando: "Que lo maten, y daría otros cinco si los tuviera, antes que rendir una plaza cuya custodia me ha confiado mi soberano." Él se retiró, y el niño fué decapitado: su cabeza fué arrojada sobre la muralla para que el padre la viese. El desgraciado Alonso fué á recojerla, y presentándola á la madre del niño, la dijo: "Temía yo que los infieles nos hubiesen ganado la ciudad."

Si el alcance de las brújulas lo hubiera permitido, decía el narrador, habríamos visto la ventana que se conserva todavía, aunque tapada; pero se reconoce por las mochetas de azulejos que no han desaparecido. El sitio en que fué ejecutado el niño, está marcado con una torre que es llamada "La torre de Guzmán."

—¡Qué rasgo tan hermoso de fidelidad militar! Observó un

romero. En nuestra historia de independencia registramos otro mucho más heroico y acompañado de un acto de magnanimidad, más hermoso todavía. El general Nicolás Bravo habría obtenido la libertad de su padre, hecho prisionero de los realistas, con sólo haberse juramentado él mismo: no lo hizo así; el autor de sus días fué condenado á morir á vil garrote, y murió: D. Nicolás se vengó de sus enemigos, dando libertad á 300 españoles que habían caído en sus manos.

—Y es un hecho averiguado en la historia de México, preguntó uno de los oficiales ingleses, que oía la conversación, ese sublime rasgo que acaba Vd. de referir?

—Se trata de un suceso casi contemporáneo, y tan bien averiguado, que aun viven algunos ancianos que fueron testigos presenciales de él.

—Es admirable, repuso el inglés, y creo que ninguna otra nación del mundo, registra en sus anales un hecho semejante.

—¿Qué torre es esa de que nos hablaba Vd.? Preguntó uno de los presentes al que llevaba la palabra. Yo vi una bastante elevada, avanzando hacia el mar, delante del grupo de edificios que forman la ciudad.

—Esa torre á que Vd. se refiere, dijo el intérprete, es el faro, que mide 135 pies de altura, y está cimentado sobre una isla rocallosa, en la cual existe también un castillo que acabamos de ver sin necesidad de los anteojos. Este castillo domina el estrecho, pero su pequeño puerto necesita en tiempo de guerra gran cantidad de corsarios y lanchas cañoneras, mientras que Gibraltar, en caso semejante, con un solo vapor de guerra haría imposible el comercio.

—Tarifa, observó uno de los presentes, me pareció más extensa que Algeciras.

—Efectivamente, contestó aquel á quien llamamos el *cicerone*; su población pasa de 13,000 habitantes. El aspecto de la ciudad es triste: sus calles angostas y tortuosas, están formadas con paredes de apariencia morisca; moriscos son algunos de sus edificios, especialmente el Alcázar, que es un verdadero castillo de moros.

—¿Qué población es la que venimos mirando por el lado de Africa? preguntó una persona.

—Es Tánger, respondió nuestro *cicerone*, uno de los principales puertos de Marruecos. La repentina transición de costumbres y trajes de los habitantes de Occidente respecto á los orientales que se advierte en Tánger, es verdaderamente curiosa é interesante. La comunicación entre este puerto y Gibraltar es muy frecuente, y fácil con las poblaciones de la costa de España. En Tánger tienen su residencia habitual los ministros extranjeros acreditados cerca del Emperador de Marruecos y los cónsules de las naciones. Esta circunstancia ha contribuido á dar á la ciudad algún tinte europeo, si bien revelan su carácter oriental las calles estrechas y desiguales que abundan en magnificencias moras, y los musulmanes atravesando entre la multitud con sus pintorescos trajes, y los judíos de quienes hay un considerable número y son reconocidos por su manera especial de vestir, y los esclavos de color teñido, y los costeños de Riff, de mirada salvaje, con las cabezas descubiertas, rasuradas por completo menos una larga trenza de la cual los cogerá Mahoma para subirlos al cielo. Pero lo que tiene Tánger de más curioso y lo que caracteriza más las costumbres moriscas de sus pobladores mahometanos, es el Mercado que se halla fuera de los muros de la ciudad. Vense allí tiendas de piel de chivo techadas con verdes puntas de cañaverales; caravanas de cansados camellos con enormes cargas, llegados del interior, de Fez ó de Marruecos; cordones de asnos procedentes de la pequeña Berbería, pacientes y descuidados, llevando también pesadísimas cargas; el músico árabe con su pipa y su *tom-tom*; el cuentista rodeado de un círculo de atentos oyentes; las mujeres cubiertas con sus espesos velos esperando tranquilas á sus amos ó señores; los soldados moros con sus capas azules y sus gorras coloradas; los paisanos armados con el indispensable *yataghan* y un larguísimo fusil; y entre toda esta muchedumbre, pequeños grupos de europeos, presentando en sus vestidos, ligeros manchones de color oscuro en esa

reunión de gentes cubiertas en su mayor parte con telas de blanco sucio.

Los principales edificios de Tánger son el *Kasba*, una especie de ciudadela, el *Soko* ó plaza del Mercado, y la casa del cónsul de Suiza, dentro de los muros; fuera de ellos el puente romano; por el lado en que estuvo la antigua ciudad el magnífico faro del *Cabo Spartel*, que se sostiene con una contribución que pagan todas las naciones cuyos buques atraviesan el estrecho. La población de Tánger en la actualidad, se calcula en 15,000 habitantes.

—No nos ha dicho Vd. una palabra, dijo un peregrino, sobre el origen é historia de la ciudad.

—Tánger, prosiguió el *cicerone*, en lo antiguo Tingis, fué una gran posesión de los fenicios, quienes plantaron allí una colonia. Dícese que es la más antigua de las ciudades de Africa, y que llegó á ser la capital de un gran reino, que fué reducido á provincia por los romanos, bajo el imperio de Claudio. Ocupada después por los godos españoles, se apoderaron de ella los sarracenos en el año 722 de la Era Cristiana. Sucesivamente fué poseído por los fenicios, los cartagineses, los romanos, los vándalos y por los mahometanos que llegaron á ponerla en un alto grado de opulencia. Los portugueses la tomaron en 1473. Edificaron en ella suntuosos edificios y soberbios palacios; en 1652 fundaron una famosa universidad. Para defender la ciudad de los ataques de los moros, la fortificaron inmensamente, y sostenían allí una considerable guarnición. Andando el tiempo, comprendió Portugal que los gastos que erogaba en conservar esta posesión, excedían con mucho á las ventajas que de ella sacaba, y aprovechando la ocasión del matrimonio de Catarina de Braganza con Carlos II en 1662, cedió Tánger á Inglaterra.

Los ingleses no tardaron en conocer que aquel regalo había sido el del elefante, como dice el proloquio vulgar, y después de haber intentado sin éxito deshacerse de semejante estorbo, resolvieron abandonar la ciudad, y en 1684 enviaron una

flota para destruir el muelle y el puerto, y sacar la guarnición. Así se verificó, y los moros volvieron á ocupar Tánger, y han podido conservarlo hasta el presente.

—¿Y aquella población que se ve del lado de Africa, en el cabo en que la costa se acerca más á Gibraltar?

—Ese cabo se llama comunmente la *Punta de Ceuta*. Es posesión española, y dista de Gibraltar solamente cuatro leguas. Es el punto en donde tiene menor anchura el estrecho. Ceuta es el cabo de los *Siete Hermanos* (*Septem Fratres*) en las indicaciones de *Mela*, y el *Heptadelphí* en las de *Tolomeo*. Dícese que el nombre es una corrupción de la palabra *Septem*. Los españoles tienen muy fortificado el punto por la parte de tierra, para estar á cubierto de las irrupciones de los moros. La fortaleza está destinada principalmente para prisión, y encierra por término medio 3,000 condenados. Ceuta es Sede Episcopal, y tiene una buena Catedral. España ha considerado la plaza como un punto interesante, ya por el recuerdo de que sirvió de cuartel general á los moros, cuando comenzaron sus invasiones en la Península, ya porque formó para ésta la base de sus operaciones militares contra Marruecos, en la guerra de 1859 á 1860.

Otras posesiones de menor importancia tiene España en la costa de Africa, y son: Melilla, Peñón de la Gomera, Alhucemas y Chafarinas: estas tres últimas sirven para prisión de reos sentenciados.

Acercándonos más á la costa de España, descubrimos Carteia, la famosa ciudad de los antiguos, fundada en el año 896 (A. C.) por los fenicios, quienes la poseyeron hasta el 220 antes de la Era Cristiana, en que fué tomada y destruida por Aníbal. Según Justino, fué conquistada por los cartagineses sesenta años después, siendo una ciudad muy rica y la capital de una extensa provincia. Bajo el dominio de los cartagineses, los de Carteia conservaron su comercio y su espíritu guerrero, y se dice que acompañaron á Aníbal á Italia en la segunda guerra Púnica. Los griegos la llamaron *Tartesus*, y es muy probable que fué el mismo puerto de

Tarsís, en el cual desembarcaron las flotas de Salomón el año 992 (A. C.). La riqueza de este país era en aquellos tiempos fabulosa, y consistía en las inagotables minas de que habla el libro primero de los Macabeos, en el pasaje en que celebrándose los hechos de los romanos, se dice: "que ellos se apoderaron del oro y de la plata de España." Diódoro Sículo pondera aquellas riquezas, refiriendo que cuando los fenicios llegaron primeramente á la costa, reunieron tal cantidad de plata, que no siendo posible cargar con toda ella en sus navíos, sustituyeron el fierro de las áncoras con el precioso metal. Un anticuario moderno se ha aventurado á decir que Andalucía proveyó á los cartagineses, y después á los romanos, de más oro y plata que las Indias dieron á la corona de España.

Carteia fué tomada por los romanos el año 200 (A. C.), y llegó á ser colonia suya. A ella se retiró Cayo Pompeyo cuando César ganó la memorable batalla de Munda el año 45 (A. C.). Los romanos fueron dueños de España, como es sabido, 620 años, hasta que los godos destruyeron á Roma y los vándalos llevaron sus invasiones á fuego y sangre al territorio español.

La ciudad fué invadida en 1630 por Farinas, quien destruyó el muelle que entonces se hallaba todavía en buen estado, y conservaba en pie venerables ruinas de soberbios edificios.

En 1704, en que poco de la antigua ciudad no estaba destruido, se refugiaron bajo sus escombros los habitantes de Gibraltar, cuando la gran fortaleza fué ocupada por los ingleses. Pronto reedificaron algunos edificios, y de esa época puede considerarse que data la ciudad moderna.

Avanzando un poco más hacia la gran Roca, se ve por el lado de España la población de San Roque, edificada en el sitio en que se halla una antigua ermita que ha sido siempre objeto de gran veneración para el pueblo de Gibraltar, porque en la epidemia del año 1649, cuando no quedaba recurso en lo humano para contener sus progresos, se organizaron

peregrinaciones y procesiones que dieron por resultado, que ninguno de los que se retiraban á la ermita, muriese de aquella enfermedad.

La fundación de la ciudad, la hicieron los españoles en el mismo año de 1704, después de la pérdida de Gibraltar, y se formó principalmente sobre las ruinas de la antigua Cartela.

Es interesante la relación de cómo se formó esta población, y las otras de la vecindad llamada *del Campo*. Cuando los ingleses se adueñaron de la gran fortaleza, pocos habitantes se acogieron á las concesiones de la capitulación. A pesar de que el simple juramento de sumisión al Rey de Inglaterra, protegía sus personas y propiedades de todo género de molestia, los súbditos españoles prefirieron, en lo general, abandonar sus casas, sus comodidades y sus fortunas, á someterse al yugo extranjero. De aquí que al salir en masa de Gibraltar, luego que fué ocupada la ciudad por los ingleses, procedieron á formar diversas agrupaciones en el *Campo*. De aquí que se considerasen aquellos emigrados como representando la misma ciudad perdida, cuyo nombre y autoridades conservaron, manteniéndose en el goce de los privilegios de que disfrutaban en su antigua residencia. Así llegó á formarse un nuevo Gibraltar, compuesto de españoles que, si abandonaron el sitio material en que habitaban, cuidaron de no perder la residencia moral, en la expectativa y con la esperanza de recobrar la posesión perdida.

En 1716, y cuando la parte principal de los emigrados se hallaba establecida en lo que se nombró San Roque, el gobierno español les dió una autoridad á quien se llamó Corregidor, y estableció asimismo Ayuntamiento, Tribunales y todas las demás oficinas públicas que habían existido en Gibraltar. Así establecidos los antiguos habitantes de la Roca, pronto se formó la población que no tardó en crecer hasta tomar la categoría de ciudad.

Tan rápido fué su crecimiento á la vez que Algeciras aumentaba también en pobladores, que en 1727 había duplicándose el censo de los habitantes en ambas, y la segunda,

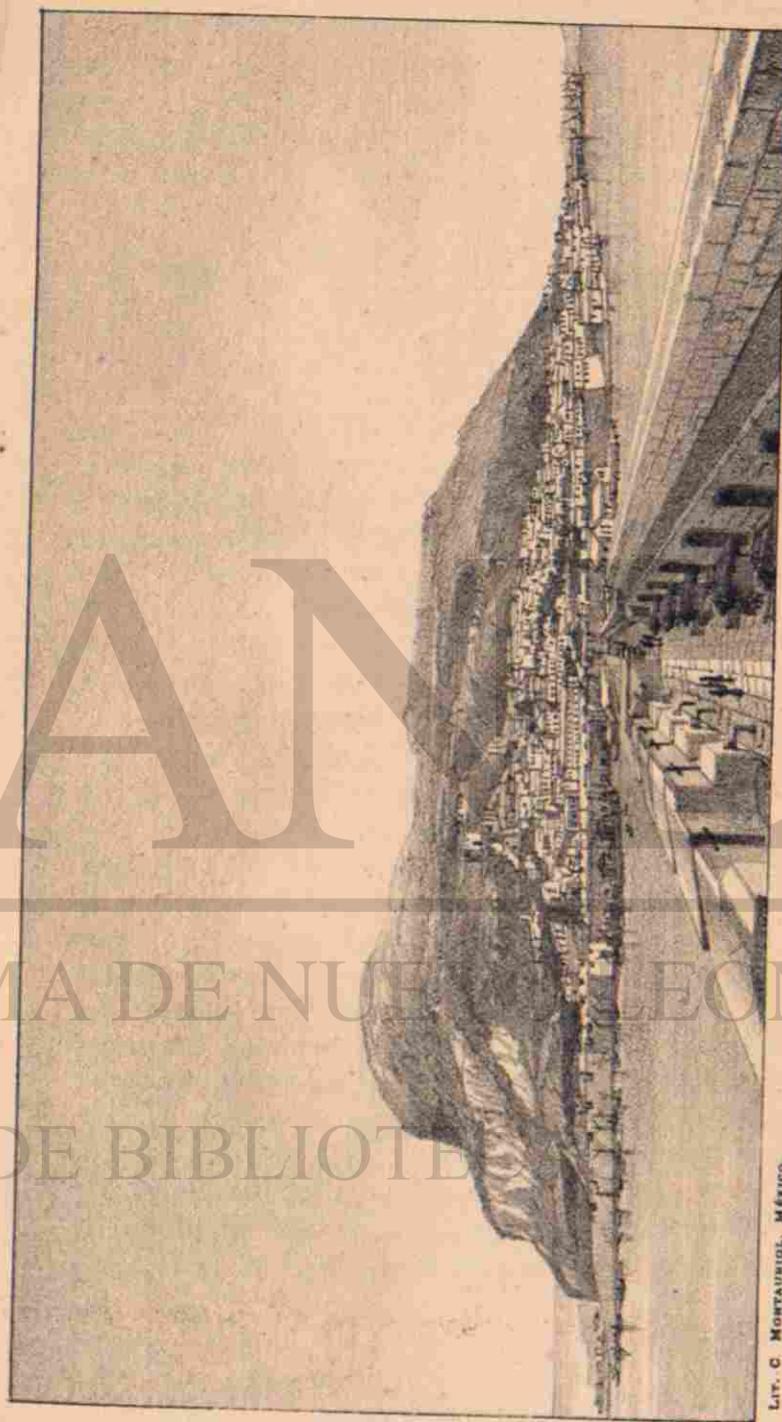
que había permanecido unida y sujeta á la primera, pidió su separación, en la cual ésta no consintió, y el Rey no quiso otorgarla, concediendo únicamente el nombramiento de un alcalde para Algeciras, que sería designado por el Corregidor de San Roque.

En 1755, aumentando considerablemente la población de Algeciras, al fin se decretó su segregación de San Roque, y á la vez se declaró la separación de los otros pueblos inmediatos, como Los Barrios, Tarifa, Alcalá de los Gazules, Castelar y Casares.

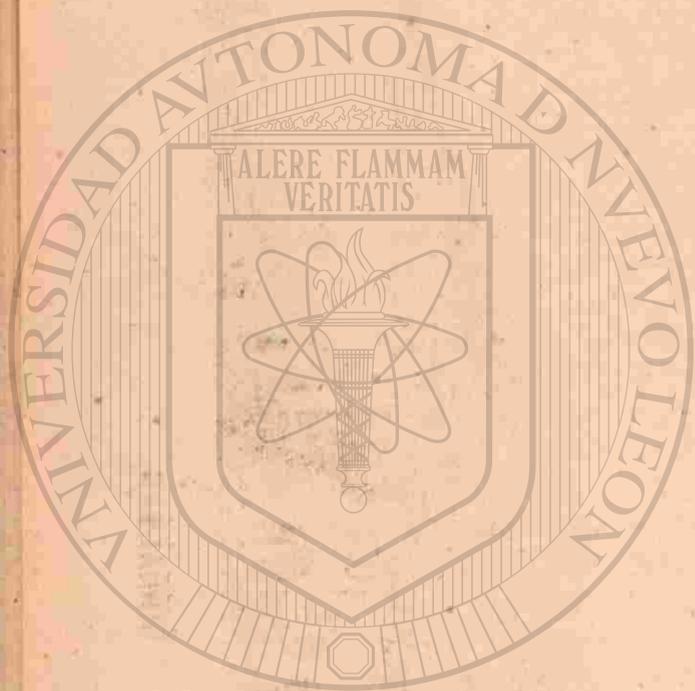
San Roque está situado en una eminencia y su aspecto es pintoresco, su población actual no pasa de 8,000 habitantes.

No transcurrió mucho tiempo sin que descubriésemos distintamente la gran Roca, el antiguo Calpe, el viejo y nuevo Gibraltar. Le vimos asombrados primero, y contemplamos absortos la gigantesca mole; la vimos después alzarse majestuosa como una elevada montaña, salida del fondo de las aguas en un gran cataclismo para servir de apostado centinela entre los dos mares. Acercándonos á ella, el asombro se convirtió en embeleso. La vimos vestida de vegetación, y cubierta de edificios aglomerados en dos grupos, cercados de imponentes murallas. La vimos alegre y risueña entre los muros de las fortificaciones que la guardan, como el encantador pajarillo de pintadas alas en la jaula de oro y cristal que le aprisiona.

El aspecto de Gibraltar, por el lado que presenta á la bahía, es en extremo pintoresco y seductor. Una montaña, ó mejor diremos, una roca vestida de vegetación y plantada de árboles, y desde su falda hasta una altura considerable, cubierta de elegantes y sólidas construcciones, extendidas en una gradería irregular y caprichosa; casas de estilo moderno contrastando con edificaciones antiguas, algunas seculares, como la torre del Moro, con sus paredes ennegrecidas y desgastadas por la intemperie; de cuando en cuando hermosos jardines sembrados entre el caserío, matizando graciosamente el cuadro. En su parte inferior, la montaña bañada



GIBRALTAR.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

por la mar encerrada en una extensa bahía poblada de embarcaciones, y surcada por incontable número de lanchas que se mueven á la vela ó á remos. Gibraltar, en su imponente y seductora belleza, es una aparición mágica é ideal para el navegante que viene del Atlántico al Mediterráneo, principalmente para el peregrino, que después de caminar á bordo de un Bolivia más de dos semanas, encuentra en los mares lo que no había logrado ver en su larga travesía, la tierra, y una tierra, aunque pequeña, llena de encantos y sembrada de recuerdos, y poblada de gente de carácter afable y hospitalario.

A la vez que nosotros, entraba en Gibraltar un gran buque, "Liguria," procedente de Inglaterra, con dirección á Australia. Traía una inmensa cantidad de pasajeros, entre los cuales vimos un grupo de religiosas de esas órdenes monásticas creadas en este siglo; alguna de esas que se consagran á la enseñanza de la juventud ó al ejercicio de la caridad con los pobres ó los enfermos. Esas virtuosas mujeres dejan la patria y la familia para ir á desempeñar á lejanas tierras su noble ministerio. Algunas no volverán más al suelo en que nacieron; morirán ignoradas de todos, y sus restos acaso ni gozarán el asilo de la Religión. ¡Id con Dios, ángeles de la tierra! decíamos interiormente. Edificad con vuestro ejemplo á nuestros hermanos en la Fe! Atraed con vuestras acciones á los infieles al seno de nuestra Santa Religión! Llenad vuestra altísima misión en este mundo, y después volad al cielo, en donde tendremos el gusto de veros colmadas de gloria y de merecimientos! Adiós!

La circunstancia de llevar en nuestra compañía en la Peregrinación á una joven señorita, Soledad Nieva, que dejó su patria y su familia con el designio de ir á Francia á tomar el hábito de Hermana de la Caridad, hizo para nosotros más interesante la aparición de aquellas esposas de Jesucristo á bordo del "Liguria." Pronto daríamos nuestra tierna despedida á la estimable compatriota, quien pasada la audiencia pontificia, nos abandonaría para volar adonde la llamó su santa vocación. ¡Felices las naciones que saben estimar en

lo que valen estos heroicos sacrificios de la mujer cristiana, y protegen á beneficio de la humanidad esas admirables instituciones! ¡Desgraciados países los que como el nuestro, ponen trabas al ejercicio de esa santa libertad que la mujer sacrifica voluntariamente para su santificación personal y para bien de sus semejantes!

El Bolivia entraba en la bahía y lentamente se acercaba á un almacén flotante junto al cual había de atracar para hacer sus provisiones. La compañía propietaria del vapor tiene anclado en Gibraltar un gran edificio movable de la misma forma y condiciones de un buque, para servir de depósito de carbón y de víveres á sus embarcaciones.

CAPÍTULO NOVENO.

Los peregrinos en Gibraltar.—Descripción general.—Santa María Coronada.—El Corazón de Jesús.—Iglesias protestantes.—Las sinagogas.—El Hospital civil.—El Hospital naval.—El Convento.—El Palacio de Justicia.—La Bolsa.—Biblioteca de la Guarnición.—El *Grand Store*.—El Faro.—El Mercado.—El Arsenal.—Las Galerías.—La Concepción.—La Torre del Moro.—Las Cuevas.—Los Muelles.—Las fortificaciones.—La Alameda.—El Hacho!

UNA vez atracado el Bolivia junto al almacén, una lancha remolcadora de la misma Compañía se aproximó á la escalera. En esa lancha y en otras de remo que instantáneamente rodearon al buque, fueron trasbordados los peregrinos en su mayor parte. Quince minutos después nos hallábamos en tierra. Cerca del muelle hay una puerta junto á la cual está una oficina pública. Todo el que quiere entrar en la ciudad está obligado á dar su nombre y la noticia del lugar de su procedencia, para recibir un pasaporte, sin el cual no puede nadie entrar dentro de las murallas. Una vez llenado este requisito, penetramos en la ciudad hispano-inglesa. Desde luego llamó nuestra atención la diversidad de tipos y de trajes de los habitantes de Gibraltar. Vense allí en abundancia á los españoles de España y á los nacidos de padres españoles en la ciudad. Hay un tipo medio español y medio inglés, de los que han nacido de uniones entre españoles é ingleses. Estas tres clases forman la población más numerosa; pero no escasean los ingleses de Inglaterra y los nacidos de padres ingleses, y abundan no poco los judíos, los moros de distintas procedencias y los descendien-

lo que valen estos heroicos sacrificios de la mujer cristiana, y protegen á beneficio de la humanidad esas admirables instituciones! ¡Desgraciados países los que como el nuestro, ponen trabas al ejercicio de esa santa libertad que la mujer sacrifica voluntariamente para su santificación personal y para bien de sus semejantes!

El Bolivia entraba en la bahía y lentamente se acercaba á un almacén flotante junto al cual había de atracar para hacer sus provisiones. La compañía propietaria del vapor tiene anclado en Gibraltar un gran edificio movable de la misma forma y condiciones de un buque, para servir de depósito de carbón y de víveres á sus embarcaciones.

CAPÍTULO NOVENO.

Los peregrinos en Gibraltar.—Descripción general.—Santa María Coronada.—El Corazón de Jesús.—Iglesias protestantes.—Las sinagogas.—El Hospital civil.—El Hospital naval.—El Convento.—El Palacio de Justicia.—La Bolsa.—Biblioteca de la Guarnición.—El *Grand Store*.—El Faro.—El Mercado.—El Arsenal.—Las Galerías.—La Concepción.—La Torre del Moro.—Las Cuevas.—Los Muelles.—Las fortificaciones.—La Alameda.—El Hacho!

UNA vez atracado el Bolivia junto al almacén, una lancha remolcadora de la misma Compañía se aproximó á la escalera. En esa lancha y en otras de remo que instantáneamente rodearon al buque, fueron trasbordados los peregrinos en su mayor parte. Quince minutos después nos hallábamos en tierra. Cerca del muelle hay una puerta junto á la cual está una oficina pública. Todo el que quiere entrar en la ciudad está obligado á dar su nombre y la noticia del lugar de su procedencia, para recibir un pasaporte, sin el cual no puede nadie entrar dentro de las murallas. Una vez llenado este requisito, penetramos en la ciudad hispano-inglesa. Desde luego llamó nuestra atención la diversidad de tipos y de trajes de los habitantes de Gibraltar. Vense allí en abundancia á los españoles de España y á los nacidos de padres españoles en la ciudad. Hay un tipo medio español y medio inglés, de los que han nacido de uniones entre españoles é ingleses. Estas tres clases forman la población más numerosa; pero no escasean los ingleses de Inglaterra y los nacidos de padres ingleses, y abundan no poco los judíos, los moros de distintas procedencias y los descendien-

tes de éstos. En el modo de vestir no prevalece el gusto inglés, aunque la generalidad está vestida á la europea; pero los moros no abandonan sus trajes orientales y á cada paso se tropieza en las calles con esos tipos originales de los antiguos dominadores de España.

Diseminados los peregrinos en varios grupos se desparrraron por la ciudad guiados por los *cicerones* que se presentaron. Nosotros fuimos conducidos por un joven hijo de Gibraltar, D. Ricardo Labrador, con quien nos recomendó Mr. Easten, el comisario del buque. Sin perder un momento recorrimos la ciudad de uno á otro extremo, aprovechando admirablemente las horas que el capitán del Bolivia nos concedió para este fin. Tan rápida como fué nuestra visita será la descripción que haremos de la gran Roca y de los puntos principales en donde estuvimos ó nos fueron dados á conocer por nuestro inteligente guía.

Gibraltar es un alto promontorio que se alza sobre el mar á la entrada del Mediterráneo, y termina en un espinazo que se extiende de Norte á Sur y lo divide en dos partes desiguales. Es una península de forma oblonga de cerca de cuatro kilómetros de largo, poco más de uno en su mayor anchura y diez en el circuito.

La área es de 1,266 acres, de los que 21 son de propiedad pública y están destinados á jardines y sitios de recreo. Hay además otros parques en fincas particulares y en los cuarteles del Gobernador. La mayor parte de la roca en los lugares elevados, es incapaz de cultivo.

Por el Norte está unido Gibraltar con el continente, por un istmo de cerca de tres kilómetros de largo y dos aproximadamente de ancho. Por el lado occidental, en donde se halla la ciudad edificada, el declive de la montaña es gradual y suave en muchas partes; pero por el Oriente, es una roca escarpada y desnuda de vegetación, formando una serie de precipicios interceptados en un gran espacio de tierra por un inmenso banco de arena de más de quinientos pies de altura. Por el Norte se levanta el promontorio casi perpendicularmente hasta 1,400 pies, formando un enorme re-

ducto cuya parte superior está coronada por una poderosa batería.

El gran espinazo de la montaña está señalado en tres puntos principales. Al Norte, el llamado *Wolf's Crag*, en el centro el *Upper Signal Station* y al Sur la torre de *O'Hara* que fué construida por el general O'Hara con el fin de observar los movimientos de la flota española en Cádiz. La mayor altura del promontorio es de 2,808 pies en el punto que se nombra *Ape's Hill*.

La formación de la roca es de piedra calcárea y de mármol gris mezcladas con otras areniscas y huesosas, conteniendo estas últimas, fósiles de diversos animales de especies existentes y extinguidas.

Aunque Gibraltar se ha reputado tradicionalmente como roca estéril, su flora y el reino vegetal en ella es bastante rico y variado. El geranio, el aloe y la rosa, se producen silvestres, así como el mirto y la acacia: la vid se cultiva con provecho y sin dificultad: la higuera, el olivo, el naranjo y el limonero, se desarrollan frondosos en diversos lugares. Hay muchas especies de plantas floridas, la mayor parte indígenas, y considerable número aclimatadas de las que se producen en Europa, en Africa y en América. Llamó nuestra atención encontrar en la preciosa Alameda arbustos de floripondio, nuestro nopalillo de flor encarnada y el maguey de vetas amarillas llamado vulgarmente *meco*.

La ciudad, construida en la parte de la montaña, en que el descenso es más suave, ostenta por el lado occidental dos agrupaciones de bellos edificios, que son llamadas del Norte y del Sur. A la primera se da más frecuentemente el nombre de Gibraltar por los nativos, y á la segunda el de Europa. Aquella es la más importante y contiene los establecimientos mercantiles y los más notables edificios públicos y privados, los cuales se alinean en dos calles paralelas que pueden considerarse como las principales avenidas de la ciudad y se llaman *Waterport-street* é *Irish-town*. Unidas con estas cruzan en varias direcciones muchas calles y callejuelas rectas unas, y las más tortuosas, unas que suben y otras

que bajan, según que el terreno se levanta sobre la montaña ó desciende hacia las macizas fortificaciones que limitan la playa.

La ciudad del Sur, ó sea Europa, está formada con pequeñas casas que se hallan situadas en el declive que desciende de la Torre de Hara, y ha sido embellecida con el paseo del Nuevo muelle. Esta parte de la ciudad está separada de la principal por el hermoso paseo de la Alameda.

El censo de Gibraltar en las dos fracciones expresadas se eleva, según estadísticas recientes, á 23,991 habitantes, de los que 5,000 son militares y los 18,000 y tantos forman la población civil, de la cual se calcula que hay 15,000 católicos y el resto son judíos y mahometanos. Este censo en la actualidad, en la parte militar, se asegura que es mucho mayor.

Principiamos nuestra excursión, como era natural, por la parte de Gibraltar, como la más importante y la que se halla situada más cerca del muelle por donde desembarcamos.

Peregrinos católicos, lo primero que llamó nuestra atención, fueron las iglesias consagradas á nuestro culto, y á ellas nos dirigimos inmediatamente. La principal, y diríamos la única que actualmente está abierta al culto católico, es la Catedral de Santa María Coronada. Es un templo de no muy grande extensión, de tres naves: su arquitectura sencilla, pero no le falta ornamentación de buen gusto, y los altares no carecen de elegancia; son muy parecidos en su estructura á los de nuestras iglesias de México. Originariamente fué mezquita mora. Cuando Gibraltar pertenecía á la corona de España, los católicos reyes D. Fernando y Doña Isabel, hicieron que se convirtiese en iglesia, reformándola y reedificándola en parte. En 1704, el Padre Juan Romero salvó la iglesia del pillaje, y la defendió celosamente, obteniendo del enemigo no sólo que la respetase, sino aun que proporcionara auxilios pecuniarios para el fomento del culto. La memoria del Padre Romero es venerada por los hijos de Gibraltar.

Otro celoso sacerdote en nuestros días, figura entre los protectores del templo, el Padre Narciso Pallares, muerto de una manera trágica á manos de un furioso que le dió de

puñaladas en la misma iglesia. Vimos, conmovidos, á una señora de distinción, arrodillada, orando delante del sepulcro de aquel mártir, cuyos restos se hallan en el pavimento de la capilla del lado derecho.

De esta iglesia pasamos á otra que aun no se acaba de abrir al culto, pero lo estará próximamente para ser consagrada al Corazón de Jesús. Este edificio es sin duda el mejor y el más sólidamente construido de los que encierra Gibraltar. La fachada, lo mismo que el interior, es de orden gótico. La construcción es de una piedra amarilla que llaman de Malta, con ornamentación de mármol de Carrara. Bello y espacioso el templo; de tres naves, de una altura proporcionada al estilo, se advierte perfecta unidad en todas sus partes inclusive el altar mayor, que es elegantísimo. La edificación de esta gran obra de arte y de piedad se debe al inolvidable prelado Dr. Juan B. Scandella, vicario apostólico de Gibraltar, muerto el año de 1880: sus restos descansan sepultados en la misma iglesia.

No tuvimos tiempo de visitar la de San José, que está situada en la llamada Europa, en el lado Sur de Gibraltar.

A nuestro paso para las iglesias católicas, vimos dos protestantes que son las principales. Una es la llamada de la Santísima Trinidad. En su exterior es de arquitectura sencilla; pero en el interior está decorada al estilo morisco; siendo notables las puertas y las ventanas por su artística ejecución. Fué edificada en 1821. Otra es la *Capilla real*, que nada tiene que llame la atención fuera de las vidrieras de las ventanas, obra moderna de buen gusto.

En Gibraltar existe un grupo de judíos á los cuales se les ha permitido erigir sinagogas, siendo la única que merece mencionarse la que se halla situada en *Line Wall*.

El Hospital civil ocupa hoy el sitio en que se hallaba el de San Juan de Dios en el tiempo en que los españoles tenían Gibraltar. Está dividido en tres departamentos, el de los católicos, el de los protestantes y el de los hebreos. Cada departamento está administrado por una persona de cada comunión religiosa respectivamente, y rige los tres un go-

bernador general del establecimiento. El Hospital fué inaugurado en el año de 1815; pero de 1876 á 1880 recibió considerables reparaciones y mejoras, hasta ponerse bajo el pie de comodidad y hasta de elegancia en que hoy se encuentra. Tiene capacidad para ciento veinte enfermos.

El Hospital naval, mucho más extenso que el anterior, está edificado en medio de una plaza con corredores abiertos y cercado de hermosos árboles. Su capacidad está calculada para 1,000 hombres. Fué establecido expresamente para el servicio de la Real Armada en las escuadras estacionarias del Mediterráneo; mas en la actualidad se emplea en la asistencia de los enfermos de la guarnición y de la gente de mar indistintamente.

La residencia oficial del Gobernador, llamada vulgarmente el Convento, por haber sido primitivamente convento de religiosos franciscanos, es un edificio sencillo en su construcción, pero espacioso y cómodo, con muy elegantes salones y cámaras. Penoso es para los católicos ver convertida la antigua capilla del convento en suntuoso salón de baile, teniendo en una de sus cabeceras, acaso en la que estaba el presbiterio, un elegante escenario para representaciones teatrales. En el patio principal, que conserva el aspecto de las antiguas construcciones moriscas y españolas, se ve la estatua del General Elliott, construida con la madera del palo bauprés del buque de guerra "San Juan" tomado á los españoles en Trafalgar. El jardín del convento es hermoso y bien situado, disfrutando de gran abundancia de agua. Entre los árboles raros y curiosos que tiene, hay uno llamado el Dragón, que se asegura cuenta más de mil años de vida. Hay también muy hermosas palmeras seculares. Dentro del recinto del jardín hay una terraza desde donde se ofrece una hermosísima vista, dominándose el estrecho y las costas de España y África.

El Palacio de Justicia (*Court House*) es un gran edificio, que si bien no es notable por la uniformidad de su arquitectura, ostenta un elegante pórtico griego, según el modelo del Parthenon. Este edificio encierra no solamente las oficinas

de los tribunales y una regular biblioteca, sino también la Receptoría de rentas.

La Bolsa Mercantil es otro bello palacio de clásica arquitectura, que tiene á su frente un hermoso parque cultivado al estilo inglés. La Bolsa encierra en su interior todas las oficinas necesarias y útiles para su objeto, una Biblioteca comercial y un gabinete de lectura, en cuyos departamentos son admitidos los viajeros, especialmente los comerciantes.

La Biblioteca de la guarnición es digna de visitarse. Situada en el lugar que se llama *Governor's Parade*, es el más hermoso establecimiento que tienen los ingleses fuera de Inglaterra, y pertenece á la guarnición de la plaza. Fundado por el coronel Drinkwater, creció tan rápidamente que el duque de York cedió una fuerte suma de dinero para que se levantase el gran edificio que hoy existe y quedó terminado en 1804, bajo la dirección de Fyers, comandante de ingenieros. La parte que es conocida con el nombre de *ala nueva*, fué concluida en 1867. La biblioteca contiene actualmente unos 40,000 volúmenes. Se agregó recientemente al edificio un elegante pabellón que encierra un gabinete de lectura y una sala de billar.

En la calle *Southport* está situado el llamado *Grand Store*, que contiene las oficinas del Departamento de Artillería y la Pagaduría y Caja militar. Fué construido este edificio en 1790 en una parte del jardín del Convento de Franciscanos, hoy residencia del Gobernador, probablemente en el sitio que ocupó el cementerio.

Es otro de los edificios notables de Gibraltar el Faro, edificado en el planío de Europa en el sitio que ocupó la celebrada ermita de Nuestra Señora de Europa, en la cual se daba culto á la Madre de Dios en una imagen objeto de gran veneración para los habitantes de la ciudad. Esta capilla estuvo adornada con ricos paramentos ofrecidos en su mayor parte por los capitanes de marina. Refiere la historia que el renombrado caudillo Juan Doria después de la campaña naval de 1568, que sostuvo en el estrecho contra los moros, en la cual les tomó cinco galeras, regaló á la capilla una magní-

fica lámpara de plata. El Faro fué inaugurado en 1841; su altura es de 150 pies ingleses, y su luz puede verse á 20 millas de distancia.

Otro de los establecimientos públicos que visitamos fué el Mercado, de construcción reciente, porque fué comenzado en 1876. Es amplio y bien distribuido, y se halla provisto de cuantos artículos pueden ser necesarios en las diversas estaciones del año. Se deja entender que la mayor parte de los efectos son importados del extranjero. Las carnes, por ejemplo, son llevadas de Galicia, del Sur de España y de Berbería. De esta última se introduce gran cantidad de pollos y huevos. Los pescados y mariscos se encuentran allí en variedad y abundancia. Las frutas y la verdura se compran á muy bajo precio y abundan muchísimo y en buena calidad, principalmente las naranjas, que son tan gustosas como las mejores de México, los plátanos, las manzanas y los higos.

No tuvimos tiempo de visitar el Colegio de San Bernardo, que fué establecido en 1872 para la educación comercial, literaria y científica de los jóvenes. Hoy está ocupado por sacerdotes católicos.

Pasamos delante del Teatro Real, cuyo exterior es bien sencillo y carece de ornamentación: díjonos el guía que en el interior no tiene nada de notable.

El Arsenal, situado en la parte sud-este de la Roca, es en la actualidad un establecimiento de importancia, que ocupa cerca de cuatro acres de tierra. Comenzado á construir á principios de este siglo, ha sido grandemente mejorado en los últimos años, y está dotado de las condiciones que se requieren para la reparación de los buques; hállase provisto de maquinaria de los mejores modelos de Inglaterra, y se han ejecutado en él obras de mucho costo. El muelle se ha prolongado más de 300 pies, teniendo hoy una extensión de un cuarto de milla de largo por 130 pies de ancho. Calcúlase en más de un millón de pesos el costo de estas últimas obras del ensanche del muelle.

Un grupo de asnos de buena alzada conducidos por dos muchachos se interpuso en nuestro camino, recorriendo una

de las calles principales. El guía nos manifestó que se serviría uno de aquellas cabalgaduras para subir á la roca á visitar las célebres Galerías, y nos invitó á que montásemos. Con alguna repugnancia lo hicimos y pasando delante del Castillo del Moro, entramos á poco andar por una puerta cerrada con enverjado de fierro: el guía mostró nuestro permiso al oficial de guardia y se nos franqueó el paso.

No dejó de causarnos extraña impresión el aspecto de aquellos inmensos subterráneos. Asegúrase que no hay en el mundo excavaciones comparables con estas ni en el plan, ni en la ejecución. La montaña se halla taladrada, digamos así, en diversos sentidos; ahuecada con aquellos extensísimos socavones de gran amplitud, alumbrados de trecho en trecho por grandes troneras, en las cuales se hallan colocados gigantescos cañones de gran alcance y muy grueso calibre. Están divididas las galerías en dos pisos, el superior y el inferior, (*Windsor y Union*): hállanse en parte cubiertas y abiertas en parte; las superiores contienen dos magníficos baluartes, *St. George y Cornwalli*, y su entrada está inmediata á la Torre del Moro, siguiendo las irregularidades de la Roca, hasta terminar en una amplia estancia que corresponde al baluarte de San Jorge en donde se eleva una escalera de fierro para subir al pináculo que nombran *Mirador de la Reina*, desde el cual se disfruta de una espléndida vista. Debajo de estas galerías hay otras mucho más vastas y maravillosas por su sólida construcción, que son las llamadas inferiores. En las de arriba solamente, pueden haber maniobrando hasta 1,350 hombres. Unas y otras están perfectamente artilladas y contienen almacenes para guardar provisiones de boca y de guerra.

Un sargento inglés, joven de gallarda presencia, anduvo acompañándonos á visitar todas las galerías y sus diversos departamentos. Al entrar en el salón llamado de Cornwalli, nos hizo mirar hacia fuera por las claraboyas en que se hallan colocadas las piezas de artillería, y nos mostró las líneas de separación que dividen el territorio inglés del español. Entre una y otra hay un espacio de tierra que nombran

"Terreno neutral." Por el lado de España vimos una pintoresca población.

—¿Qué villa es esta? preguntamos al sargento.

—Es la llamada "Línea de la Concepción" nos contestó. Durante la suspensión de las hostilidades en el sitio de 1727, cuyo resultado fué la posesión definitiva de Gibraltar por Inglaterra, los españoles al mando del conde de Montemar, hicieron esfuerzos para dejar inactiva la fortaleza, cercándola no sólo por mar sino también por tierra, y al efecto levantaron una formidable línea de fortificaciones desde la orilla del Mediterráneo hasta la bahía, reforzándola en cada extremidad con los fuertes de San Felipe, al Occidente, y de Santa Bárbara, al Oriente. Estos fueron destruidos por el Coronel Harding, en 1810, á solicitud de España, cuando los franceses habían invadido el Campo, y el ejército español buscó refugio bajo los fuegos de Gibraltar. Temían ingleses y españoles que el ejército francés se aprovechara de esas fortificaciones.

Restablecido Fernando VII en el trono, Ballesteros, el mismo general español que había pedido la destrucción de la línea, trató de reconstruirla. El General Dou, comandante de la fortaleza, le dijo con arrogancia:—"Si procede V. á trabajar, le disparo un cañonazo; si es necesario, le despacharé otro y si continúa V. le mandaré una andanada de todas las galerías." Las cosas quedaron, pues, en tal estado, y España no volvió á intentar reconstruir las fortificaciones. Sobre sus ruinas comenzaron á edificar escuálidas casas y débiles cuarteles para alojar á las tropas, y poco á poco se ha ido formando esa población que tenemos á la vista, la cual, fuera de la gente armada, contendrá unos 3,000 habitantes y se extiende desde la antigua línea hasta San Roque. La ciudad tiene como edificios principales, que se miran desde aquí, prosiguió el sargento, una extensa iglesia, un buen mercado y la gran plaza de toros.

Saliendo de las galerías, es necesario detenerse á visitar la "Torre del Moro," uno de los edificios moriscos más antiguos, que se asegura fué comenzado por Tarif y concluido

por Abul-Hazez en el año 742 de la Era cristiana, como lo comprueba una inscripción arábiga que se conserva todavía en la puerta del Sur, y se traduce así: "Prosperidad y paz á nuestro soberano y siervo de Dios, Supremo Gobernante de los Moros, nuestro soberano Abi-Abul-Hajez, hijo de Jesid, supremo Regulador de los Moros, hijo de nuestro soberano Abi-Al-Walid á quien Dios conserve." Este castillo antiguamente se componía de una triple hilera de murallas, que descendía hasta la orilla del mar. Lo que se conserva casi en su integridad, es la nombrada "Torre del Homenaje," cuadrada y de considerable altura. En ella prestaban los gobernadores moros el juramento de fidelidad. Quedan algunos fragmentos de murallas y de arcos que demuestran la solidez de construcción de toda la fortaleza.

No fué posible visitar los cuarteles de Gibraltar, que son muchos y espaciosos. Los principales son en el distrito Norte: "La Casa-Mata," "Artillería," "The Town Range," "Hargrave." En el del Sur: "South," "Rosia," "Buena-vista," "Windmill" y "Europa."

Tampoco teníamos tiempo de voltear por el lado del Mediterráneo para ver en la "Bahía Catalana," el pequeño pueblo "La Caleta," habitado por pescadores genoveses y por un destacamento de soldados de uno de los regimientos ingleses encargados de vigilar la fortaleza. Triste es el aspecto de esa pequeña población edificada casi sobre la arena á la falda oriental del promontorio.

No pudimos tampoco penetrar en las cuevas y grutas que hay en abundancia en la Roca. Dijonos el *cicerone* nuestro guía, que las principales y más celebradas son las de San Miguel y Genista, la de Martín, la Higuera y la del Juez. Entre todas la primera es la más notable y encierra la tradición de haberse aparecido en ella el Arcángel príncipe de la celestial milicia. Su entrada se halla á 1,100 pies sobre el nivel del mar. Es una soberbia sala subterránea que mide 220 pies de largo, 90 de ancho y 70 de altura, afectando la forma de una catedral gótica con hermosísimos pilares y arcos de estalactitas que sostienen la bóveda.

En esta y en las otras cuevas se han encontrado gran cantidad de fósiles, incluyendo osamentas humanas y de animales, así cuadrúpedos como aves y reptiles. Es cosa averiguada que dichas grutas han servido para distintos usos; unas para habitaciones, otras como lugares de refugio y no pocas como sepulcros.

No omitiremos dar una ligera idea de los muelles de Gibraltar, que si no los recorrimos todos, sí los vimos desde la Roca y desde la bahía. Siete son estos muelles y los mencionaremos con sus nombres ingleses. Comenzando por el Sur el primero es el "Rosia Mole," que sirve de desembarcadero para las provisiones y carbón destinado á la Guarnición.

"New Mole," que ya hemos mencionado al describir el Arsenal, del que forma parte, está destinado para el embarque y desembarque de los buques de la real armada. En él se proveen de carbón, del cual hay grandes almacenes en el Arsenal.

"Ragged Staff Wharf." En este muelle descargan el parque, pólvora y demás provisiones de guerra en los almacenes de la Guarnición; también desembarcan allí pasajeros.

"Old Mole." Es este una especie de puerto de defensa en el cual se halla situada la enorme batería conocida con el nombre de "Lengua del diablo." Tiene 700 pies de largo y fué construida en 1309.

"Waterport Wharf." Desembarcadero general para los buques surtos en bahía y para las mercaderías.

"Bayside Jetty." Para desembarcar materiales de construcción y objetos muy pesados.

"Watering Jetty." Para proveer de agua á los buques.

Aun cuando tampoco visitamos detenidamente las fortificaciones, no podemos dispensarnos de mencionarlas, porque son las construcciones que más llaman la atención en Gibraltar.

Es sabido que estas fortificaciones son de las más formidables del mundo, y el gobierno inglés ha cuidado de perfeccionarlas y de hacerlas de tal manera inexpugnables que

hagan inútil cualquier ataque por vigoroso y sostenido que sea. Pueden clasificarse de esta manera.

Primeramente las murallas de mar, que forman un sistema de encortinados, flancos y bastiones que se extienden al alrededor de la base occidental de la Roca desde el muelle nuevo hasta el antiguo, y tienen por objeto detener las embarcaciones bajo los fuegos.

En segundo término las baterías retiradas, armadas con pesadísima artillería en posiciones dominantes, apenas visibles desde el mar y á salvo de los fuegos de los buques.

En tercer lugar las Galerías, que ya describimos, extendiéndose en las fases Noroeste y Norte de la montaña, dominando con su artillería el istmo, para proteger sus formidables líneas y alejar los buques de la bahía.

En cuarto lugar, por último, las casamatas en la roca y las baterías avanzadas, muchas de las cuales han sido reforzadas con enormes armaduras de fierro.

Fuera de estos sistemas de fortificaciones hay otras de distintas clases en diversos puntos de la Roca, como bastiones, torres y fortines que sería largo describir separadamente.

En estos últimos años acaban de ser instalados en sitios estratégicos dos inmensos cañones, que mide cada uno, parece increíble, diez metros de largo con el calibre proporcionado. Vimos de cerca uno de ellos y quedamos asombrados de su magnitud y de lo formidable de sus proporciones y construcción. Pesa cada uno, según se nos informó, cien toneladas, y fueron construidos en Wolwich. Como no sería posible cargarlos á mano, tienen agregado un aparato movido por vapor para levantar las balas é introducir las en el cañón, así como para cambiar la dirección de la pieza. La que vimos se halla en un punto inmediato á la Alameda. ®

De propósito no habíamos hablado sino por incidencia de este bellissimo paseo, lo mismo que de otro sitio que después mencionaremos, porque hemos querido cerrar este capítulo con descripciones de lo más hermoso y admirable que recrea la vista del viajero en Gibraltar.

La Alameda, como llamaron los españoles á los paseos pú-

blicos, que acostumbraban sombrear con álamos, es uno de los más hermosos sitios de recreo que hemos visitado en el Viejo Continente.

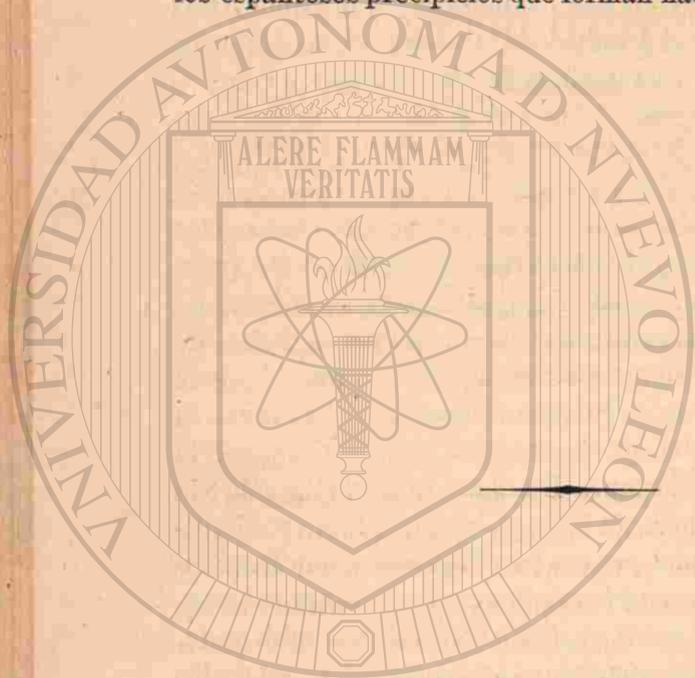
Se halla entre las agrupaciones de población del Norte y del Sur, en un terreno accidentado á la falda de la Roca, elevándose un tanto sobre la orilla del mar. Es de pequeña extensión; pero por lo mismo está atendida con esmero y cultivados sus jardines con primor. Plantada de árboles y de arbustos de varias clases, de follaje abundantísimo, sus calles y senderos caprichosamente irregulares, están perfectamente sombreados y al recorrerlos se goza de una frescura deliciosa. Los jardines literalmente cubiertos de flores, encantan la vista con la aglomeración de variadas plantas de todos los climas, aun de los nuestros de América. Elegantes fuentes; grutas misteriosas imitando la naturaleza; cascadas, arroyuelos de agua cristalina serpenteando en distintas direcciones; un bonito kiosko para la música, jarrones de bronce sobre pedestales de granito, y dos artísticos monumentos, uno á la memoria del general Elliott, defensor de la plaza en el último sitio, y otra del Duque de Wellington, vencedor de Napoleón; he aquí el conjunto gracioso en que la naturaleza y el arte han concurrido á embellecer el primer paseo de Gibraltar.

Por cansado que esté el lector del ya largo paseo que le hemos obligado á dar en toda la extensión de la Roca, por dentro y por fuera, arriba y abajo, es indispensable que cabalgando en un brioso asno, lo hagamos subir hasta la parte central del espinazo del promontorio, á 1,294 pies sobre el nivel del mar, para que goce de un espectáculo que según viajeros más experimentados, sólo es comparable con el que presenta el celebrado Bósforo en Constantinopla. Después de una penosa ascensión nos encontramos en un cuartel de estilo moderno con su torre anexa. Estamos en el sitio llamado por los españoles "El Hacho" y por los ingleses "The signal Station." Subiremos á la torre y allí quedaremos sorprendidos admirando el cuadro que ofrece el estrecho desde el Cabo Trafalgar y el Spartel por el Occidente, hasta las Puntas de Europa y de Ceuta en el Este. Tan extensa es la línea de

observación desde aquel punto, que en un día sereno pueden verse los buques á cuarenta millas de distancia. Detengámonos un rato á contemplar.

Al Oriente y al Oeste los dos mares, el Mediterráneo de azuladas aguas, el Atlántico que las tiene de verde oscuro: el gran estrecho tan célebre y afamado en la antigüedad, limitado por las costas de dos continentes; el altísimo Atlas que parece sostener el firmamento. Ceuta con los picachos de sus siete colinas; los Cuchillos de Siris formando con Tarifa la parte más angosta del estrecho; Tánger con sus blancos edificios reflejando la luz del Sol. Por el lado de España, Algeciras con sus fuertes y su Isla Verde, las alturas de Ojén y de Samoña apoyadas sobre las cordilleras del Cuervo; los dos ríos, el Palmones y el Guadarranque, cortando á manera de hilos de plata la risueña Vega; á la margen oriental de este último las colinas sobre las cuales resaltan las ruinas de la antigua Carteia. Siguiendo con la vista la dirección de la costa que mira al Este, la Sierra Carbonera y junto á ella la Bermeja, detrás de la que se levanta majestuosamente la Serranía de Ronda; adelante Estepona y Marbella sobre la costa que se extiende hasta Málaga, y más al interior Manilba; limitando el cuadro por esa parte las montañas Rocallosas, las de las Alpujarras, y las de Sierra Nevada, que sobresalen vestidas de perpetuas nieves. Acercándose con la vista, siempre del lado de España, las poblaciones de San Roque, los Barrios y la Concepción, ésta última recostada sobre un lecho de verdura y de rizado follaje. Delante de esta parte de la costa y limitada al Occidente por la falda del promontorio, la gran bahía, poblada de embarcaciones de alto porte, y surcada por los remolcadores y las lanchas y los pequeños botes con vela desplegada, semejando parvadas de gaviotas en acecho de su presa, y luego las fortificaciones y los edificios de la ciudad, y sus cuarteles, y sus plazas y calles, y sus parques, y jardines, y una población numerosa transitando por todas partes en grupos abigarrados, distinguiéndose entre los bultos humanos los albornoces blancos de los moros y los puntos rojos de las casacas de los soldados ingleses. Con-

trastando con este cuadro animadísimo, la soledad del campo neutral encerrado dentro de las líneas española é inglesa, colocadas frente á frente como dos adversarios dispuestos para la lucha y preparados para el combate; y volteando hacia la pared oriental de la Roca, la desolación más completa, en medio de los peñascos que erizan la montaña, como los espantosos precipicios que forman hacen erizar el cabello.



CAPÍTULO DÉCIMO

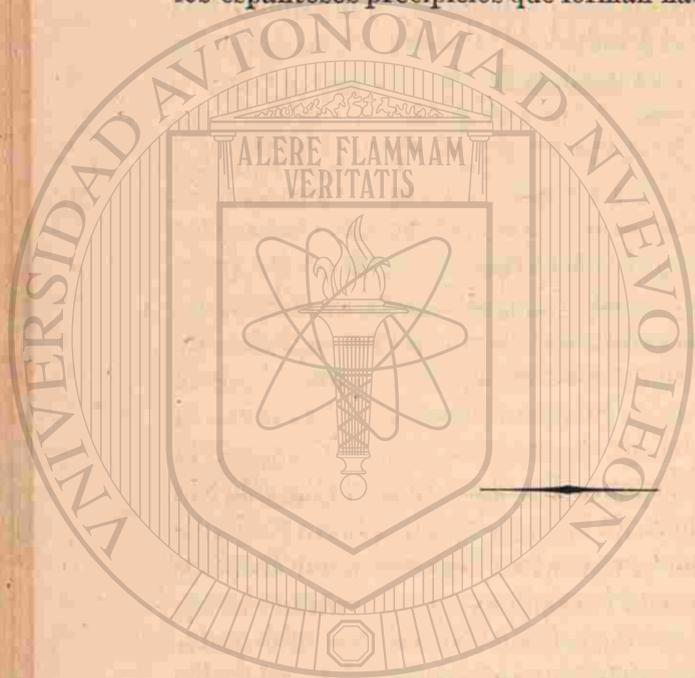
Gibraltar.—Primeros pobladores.—Los godos.—El conde Ilyan.—Ocupación por los moros.—Invasión en España.—Primer sitio.—Recobran los moros la Fortaleza.—Sitios posteriores.—El duque de Medina-Sidonia.—Agregación á la Corona de Castilla.—Asedio por el duque de Medina-Sidonia.—Invasión por los corsarios.—Obras emprendidas por Carlos V.—Ocupación por los ingleses.—Sitio por los españoles.—El tratado de Utrecht.—Nuevas tentativas de los españoles.—Asedio en 1727.—Negociaciones diplomáticas.—El Gran Sitio de Gibraltar.—Bombardeo en 1781.—Los sitiados hacen una salida.—Terrible ataque en 1782.—La flota inglesa.—Maniobra de Lord Howe.—La paz.—Conclusión.

No podemos dispensarnos de presentar á nuestros lectores un bosquejo histórico de la interesante Roca que cuatro grandes potencias se disputaron en los pasados siglos. Nunca puede considerarse como extraño al objeto de un cronista de viajes, dar á conocer los rasgos más prominentes de la historia de los países que ha visitado. Por otra parte, Gibraltar no es bastante conocido históricamente, porque la relación de los acontecimientos por los cuales ha pasado, se halla incrustada en la historia de las naciones que lo han poseído, y son pocos los libros que se han escrito especialmente para dar á conocer los sucesos que se relacionan con el célebre promontorio, teatro de grandes acontecimientos en las edades pasadas y en las presentes (1).

La montaña de Gibraltar situada en 36° 6' 30" de latitud

(1) Los autores que han escrito sobre Gibraltar, de quienes tenemos noticia, son los siguientes: Ayala, Historia y la traducción inglesa de Bell-Montero.—Historia de Gibraltar.—Herriot's Historical Sketch of Gibraltar.—Jame's Straits of Gibraltar.—Kelaat's Flora Calpensis.—Gilbard. A popular History of Gibraltar.

trastando con este cuadro animadísimo, la soledad del campo neutral encerrado dentro de las líneas española é inglesa, colocadas frente á frente como dos adversarios dispuestos para la lucha y preparados para el combate; y volteando hacia la pared oriental de la Roca, la desolación más completa, en medio de los peñascos que erizan la montaña, como los espantosos precipicios que forman hacen erizar el cabello.



CAPÍTULO DÉCIMO

Gibraltar.—Primeros pobladores.—Los godos.—El conde Ilyan.—Ocupación por los moros.—Invasión en España.—Primer sitio.—Recobran los moros la Fortaleza.—Sitios posteriores.—El duque de Medina-Sidonia.—Agregación á la Corona de Castilla.—Asedio por el duque de Medina-Sidonia.—Invasión por los corsarios.—Obras emprendidas por Carlos V.—Ocupación por los ingleses.—Sitio por los españoles.—El tratado de Utrecht.—Nuevas tentativas de los españoles.—Asedio en 1727.—Negociaciones diplomáticas.—El Gran Sitio de Gibraltar.—Bombardeo en 1781.—Los sitiados hacen una salida.—Terrible ataque en 1782.—La flota inglesa.—Maniobra de Lord Howe.—La paz.—Conclusión.

No podemos dispensarnos de presentar á nuestros lectores un bosquejo histórico de la interesante Roca que cuatro grandes potencias se disputaron en los pasados siglos. Nunca puede considerarse como extraño al objeto de un cronista de viajes, dar á conocer los rasgos más prominentes de la historia de los países que ha visitado. Por otra parte, Gibraltar no es bastante conocido históricamente, porque la relación de los acontecimientos por los cuales ha pasado, se halla incrustada en la historia de las naciones que lo han poseído, y son pocos los libros que se han escrito especialmente para dar á conocer los sucesos que se relacionan con el célebre promontorio, teatro de grandes acontecimientos en las edades pasadas y en las presentes (1).

La montaña de Gibraltar situada en 36° 6' 30" de latitud

(1) Los autores que han escrito sobre Gibraltar, de quienes tenemos noticia, son los siguientes: Ayala, Historia y la traducción inglesa de Bell-Montero.—Historia de Gibraltar.—Herriot's Historical Sketch of Gibraltar.—Jame's Straits of Gibraltar.—Kelaat's Flora Calpensis.—Gilbard. A popular History of Gibraltar.

Norte y $5^{\circ} 21' 12''$ de longitud Oeste en la provincia de Andalucía, la Tartesides de los fenicios, la Iberia de los griegos y la Bética de los romanos, llamada Vandalia por los vándalos, es el mismo Monte Calpe de los antiguos, que pretendían era uno de los pilares de Hércules, siendo el otro el Monte Abyla en Africa, hoy Monte Alamina. Se duda si estuvo habitado antes de la invasión de los mahometanos en España, quienes por cerca de ocho siglos, como es sabido, conservaron en aquel país su infiel dinastía. En esta Roca se establecieron primeramente y de ella fueron expulsados, restablecida la supremacía de los cristianos, retirándose al fin á Berbería. En la infancia de la navegación, Gibraltar tenía poca importancia, porque no había surgido la necesidad de las fortalezas y asilos marítimos.

Cuando la provincia de Bética (hoy Andalucía) cayó en poder de los cartagineses, Calpe llegó á ser de gran utilidad como punto de observación para vigilar los movimientos de las galeras romanas. Scipión hizo salir de Bética á los cartagineses, y los romanos se posesionaron de Calpe hasta el año 412 de nuestra Era; viniendo á caer en poder de los godos que se sobrepusieron á los romanos, á los cuales expulsaron enteramente de España por el año 568. Los godos eran cristianos de la secta de Arrio, y edificaron dos iglesias, una en San Roque y otra capilla ú oratorio en la montaña.

Por el año 710, el reinado de los godos en España vino á decadencia; afeminadas las costumbres descuidóse la disciplina militar, y las divisiones intestinas comenzaron á producir agitaciones. En ese estado las cosas, el conde Ilyan, noble, rico y de influencia, gobernador entonces de Ceuta, único puerto de Africa sujeto á España, por tomar venganza de una injuria privada combinó un plan de rebelión con otros jefes descontentos, entre ellos dos hijos del último rey. El conde se internó en Africa, y dirigiéndose al Emir Mouza, gobernador sarraceno de las provincias occidentales, le propuso que si se atrevía á destronar á Roderico, soberano del Reino, le ayudaría con sus propios intereses y los de sus amigos. Mouza comunicó el proyecto á su soberano, quien

para juzgar de su posibilidad, envió un pequeño destacamento de 500 hombres al mando de Tarif-Abu-Zara en Setiembre de 710, con orden de explorar el estado de los negocios. Embarcándose en Tánger, llegaron á la costa y sin oposición la recorrieron, volviendo cargados de importantes despojos.

Tan feliz resultado alentó á los moros á emprender la campaña, y en Abril de 710 desembarcó en Algeciras un ejército de 12,000 hombres al mando de Tarik-Ibu-Zeyad. Pronto se posesionaron de todos los principales puntos de la bahía, y como al objeto de la invasión convenía establecer un puerto en la costa para asegurar la comunicación con Africa, Tarik mandó un destacamento á ocupar el Monte Calpe, con órdenes de edificar allí un castillo con el designio de cubrir la retirada de las tropas moriscas en caso de un descalabro. El actual "Castillo del Moro" de que hemos hecho mención en el capítulo anterior, es parte de la fortaleza que fué construida entonces en cumplimiento de las disposiciones militares del jefe musulmán. De aquí se deriva el nombre actual de la Roca, Gibraltar, que se supone es una corrupción de las palabras *Gebal-Tarik* que se traducen "Monte de Tarik."

El caudillo sarraceno marchó inmediatamente á la campaña; sorprendió muchas ciudades, entre otras Carteia, y de victoria en victoria llegó hasta encontrarse con Roderico, rey de los visigodos, á la cabeza de su ejército cerca de Medina-Sidonia en Andalucía. Empeñóse un sangriento combate en el cual los moros salieron vencedores. Este triunfo aseguró á Tarik la posesión de todo el imperio. Rápidamente invadió todo el país. Toledo, la capital, cayó en sus manos y antes de un año la dinastía mora quedaba establecida en España. El conde Ilyan, el traidor que alevosamente había entregado su patria á las depredaciones de los jurados enemigos de la Fe Cristiana, recibió de los moros justa recompensa á tan atroz delito; su mujer murió apedreada; su hijo fué arrojado de cabeza de la cima del castillo de Ceuta; el conde fué despojado de sus posesiones y murió miserablemente entre cadenas, en Huesca, cerca de Tarragona.

Los moros naturalmente dieron importancia á la ocupación de Calpe y el puerto se vió frecuentado no solamente con el desembarque de las tropas que iban á excursionar por España, sino por la multitud de emigrantes que de otros países musulmanes llegaban á establecerse en aquella nación.

En 1086 el Califa Insef-ben-Taxfin estuvo en posesión de Gibraltar y como en ese tiempo los moros españoles no se consideraban fuertes para pelear con las tropas que contra ellos enviaba Alfonso de Castilla, pidieron auxilio al Africa. Este les fué concedido y un poderoso ejército mahometano fué enviado á España, y encontrando á los cristianos cerca de Badajoz, los derrotaron con horrible matanza de 35,000 hombres.

En 1161 las primitivas fortificaciones construidas por Tarik fueron terriblemente reforzadas y llegaron á ser formidables, ofreciendo grandes ventajas y facilidades para socorrer á las ciudades vecinas.

En 1309, por la primera vez, fué sitiada la Roca, y tomada por Guzmán el Bueno, á la cabeza de un ejército destacado del que había organizado Fernando IV de España. Este rey estableció el gobierno en Gibraltar y concedió á la fortaleza una constitución municipal con singulares privilegios, para favorecer al aumento de la población á fin de proteger la frontera de las irrupciones de los moros, quienes con frecuencia se acercaban á la costa y mataban ó hacían cautivos á los habitantes. Con motivo de aquellos privilegios, Gibraltar llegó á ser el asilo de los delincuentes y criminales de todas clases, porque una corta residencia allí ó en otras ciudades fronterizas, los libraba del castigo á que hubieran sido acreedores.

Pocos años permanecieron los españoles en posesión de Gibraltar. En 1333 fué recobrada por los moros á consecuencia de la infidelidad del gobernador, que empleaba en su provecho el dinero que recibía para el sostenimiento de la guarnición y la compra de armas. Hasta 1462 volvió de nuevo la fortaleza á poder de los cristianos, en cuya época los españoles habían librado á su país del dominio de los mo-

ros. Gibraltar, se puede decir que fué el primer puerto de entrada de los moros en Europa y el último de su salida del Continente.

Durante los 751 años que transcurrieron, desde la primera irrupción de los musulmanes hasta su final retirada de Europa, Gibraltar sostuvo ocho sitios, que fueron los siguientes:

En 1303, el que dió por resultado la ocupación de la plaza por Guzmán el Bueno.

En 1315, Ismail-ben-Feras, de Granada, sitió la fortaleza sin haberla tomado.

En 1333, la sitió Abul-Hazar, sultán de Fez, y la tomó por hambre después de una heroica defensa de cuatro meses y medio.

En el mismo año la puso cerco Alfonso XI de Castilla, sin resultado favorable.

En 1349, fué sitiada nuevamente por el mismo Alfonso, cuya muerte á consecuencia de la epidemia que se desarrolló entre los sitiadores, dió término á las operaciones militares.

En 1411, la cercaron los moros de Granada, al mando de su rey Yusuf y la tomaron por hambre.

En 1435, sostuvo otro sitio por mar que fué dirigido por Enrique de Guzmán, quien se vió obligado á retirarse con pérdida de su vida.

En 1462, fué tomada definitivamente por los españoles, al mando de Alonzo de Arcos, Rodrigo Ponce de León y Juan de Guzmán, duque de Medina-Sidonia. La ocupación de la plaza tuvo lugar el 20 de Agosto, día de San Bernardo, cuyo santo fué declarado patrono de Gibraltar, y su aniversario ha sido festejado desde entonces por los habitantes.

Aun cuando la ciudad y su fortaleza habían sido tomadas por el duque de Medina-Sidonia, quien tuvo cuidado de guarecerlas convenientemente, el rey Enrique de Castilla no perdió tiempo en anunciar á la nación sus intenciones de anexar Gibraltar á los reales dominios, y desde luego publicó unas ordenanzas para el aumento de la población, declarándola agregada á la de Algeciras. En el año siguiente, el

rey en persona visitó la ciudad y nombró alcalde del Distrito á una persona de su confianza, Bertrán de la Cueva, y sub-delegado en Gibraltar, á Esteban de Villacreces.

Reinando la anarquía en España por el año 1465, el infante Don Alonzo, entonces de sólo once años de edad, fué nombrado rey por su partido, y confirió al duque de Medina-Sidonia el dominio de la ciudad y territorio de Gibraltar, para él y sus sucesores á perpetuidad. Inmediatamente el duque puso sitio á la plaza, la cual fué defendida heroicamente por Esteban de Villacreces durante catorce meses y tomada al fin de Junio de 1467. Muerto el rey en el año siguiente, fué confirmado el duque en su posesión por real decreto de Enrique IV, quien solamente se reservó los *derechos de soberanía señorial* sobre Gibraltar.

A la muerte de este rey le sucedieron Don Fernando y Doña Isabel, quienes se vieron obligados á confirmar al duque en sus anteriores títulos, concediéndole además, el de Marqués de Gibraltar. La reina, sin embargo, manifestó siempre el deseo de recobrar la ciudad y unirla á la Corona de Castilla. Con este designio propuso al duque darle á Utrera en cambio; pero la proposición no fué aceptada.

Muerto el segundo duque de Medina-Sidonia en 1492, su hijo pidió á sus Majestades la confirmación de sus títulos sobre Gibraltar y su territorio, y se le contestó que entregando la posesión de la ciudad á la Corona, se le reconocería lo demás. El duque indignado rechazó esta proposición, y la familia Medina continuó por treinta y cuatro años poseyendo Gibraltar, hasta 1502 en que después de madura reflexión, los monarcas de España, que apreciaban debidamente la importancia de que la Corona poseyese Gibraltar, en ejercicio de los derechos señoriales que estaban reservados, lo anexaron definitivamente á Castilla, tomando posesión con las debidas solemnidades.

Al fallecimiento de Isabel en 1504, Don Juan de Guzmán, entonces duque de Medina-Sidonia, intentó recobrar él mismo la posesión de Gibraltar y lo cercó y bloqueó durante muchos meses. Encontrando que los habitantes no estaban

dispuestos á rendirse, levantó el sitio y ofreció reparar los daños que durante el asedio había causado en las propiedades particulares. Este acto de restitución fué ejecutado con especial ceremonia; colocándose una mesa cubierta con monedas, que fueron distribuidas á cada una de las personas que habían recibido daño en sus intereses. Por la conducta que los habitantes de Gibraltar habían guardado en ese sitio, recibió el título de "Muy leal." Se le concedió además, un escudo de armas que contenía un castillo con una llave de oro y esta inscripción: "Sello de la Noble Ciudad de Gibraltar, Llave de España."

Poco tiempo después de la ocupación de la ciudad se estableció una prisión militar, destinando á los condenados á la reparación y ensanche de las fortificaciones. Sus Majestades ordenaron también que se emplease una fuerte suma en reedificar la iglesia principal, que antes había sido mezquita.

Arrojados de España los moros, Gibraltar permaneció sujeta á la Corona hasta 1704, habiendo sufrido en ese espacio de tiempo la invasión de los corsarios á la cabeza de Barbaroja quien sorprendió á la guarnición y saqueó la ciudad en el año de 1540.

Otros piratas sucesivamente desembarcaron en Europa é invadieron la ciudad llevándose cautivos á muchos de sus habitantes, algunas personas de rango y de fortuna, y atravesando la bahía, se las llevaron á bordo de sus galeras.

Con estas irrupciones el país fué desolándose en toda la extensión de la costa, y para poner remedio á este mal el Emperador Carlos V, hijo mayor de Fernando, dispuso que se estableciera un buen sistema de defensa, y en cumplimiento de tan sabias órdenes se repararon muchas de las fortificaciones de Gibraltar, y se construyeron nuevas, hasta poner la fortaleza en un estado formidable.

Durante la guerra de sucesión al trono de España que comenzó en 1701, Gibraltar fué tomado por una escuadra inglesa al mando de Sir George Rooke, después de un asedio de solo tres días, en combinación con una fuerza de 1,800 hombres ingleses y alemanes. Aquello fué más bien una sor-

presa para la cual el jefe sitiador sacó partido de la circunstancia de hallarse la plaza custodiada por 150 soldados, número insuficiente para atender al servicio de sola la artillería, que pasaba de cien piezas de grueso calibre. Un terrible bombardeo que duró solamente seis horas, fué suficiente para hacer rendir á tan insignificante guarnición, y la plaza quedó ocupada por los asaltantes, el 24 de Julio de 1704.

Desde entonces flameó triunfante el pabellón inglés sobre la importantísima fortaleza; no sin haber tenido que sufrir un terrible asedio á poco tiempo y resistir después algunos otros ataques.

Efectivamente, no pasó un año sin que los españoles trataran de recobrar su posesión, y aliados con los franceses pusieron sitio á Gibraltar con 17,000 hombres á las órdenes del Marqués de Villadarias, una escuadra de doce buques de línea y siete fragatas. La tentativa, después de seis meses de ataque, no tuvo otro resultado que haber costado á los sitiadores la pérdida de 10,000 hombres.

Un episodio admirable registra la historia de aquel sitio. Una columna de 500 voluntarios españoles al mando del coronel Figueroa, logró subir á la Roca por el lado del Este, tomando la vereda llamada "Senda del Pastor," que les fué mostrada por un cabrero nombrado Susarte, y ocultándose en la cueva de San Miguel, cuya descripción conocen nuestros lectores, salvaron la muralla de Carlos V al día siguiente, y sorprendieron y pasaron á cuchillo á la guardia que cubría el punto "Middle Hill;" pero no llegando el refuerzo que esperaban de los franceses, que estos no quisieron enviar por motivo del celo que se había despertado entre ellos y los españoles, los atrevidos asaltantes se encontraron envueltos entre los fuegos de los sitiados bajo la dirección del alemán Enrique Darmstadt, pereciendo casi todos en la lucha.

En 1706, la reina Ana declaró Gibraltar puerto libre, y en 1713 por el tratado de Utrecht, fué cedido definitivamente á Inglaterra, consignándose en el artículo X de dicho tratado, que el rey de España transfería la propiedad absoluta de la

ciudad, del castillo, del puerto y las fortificaciones; "pero sin conceder á Inglaterra la jurisdicción territorial ni la comunicación abierta con la región vecina por el lado de la costa."

En 1720 fué amagada seriamente la fortaleza por los españoles.

Por algunos años había estado sitiada Ceuta por los moros, y un formidable ejército español á las órdenes del Marqués de Leda, se había reunido en Gibraltar con el pretexto de auxiliarlo, pero en realidad con la secreta intención de sorprender á la guarnición, que se componía de tres pequeños batallones con catorce días de provisiones en la ciudad. El ministro británico recibió oportuna noticia de lo que pasaba y dió orden al coronel Kane, que se hallaba en Minona, para que reforzara la guarnición y la abasteciera de víveres. Esta orden fué ejecutada y los planes de los españoles se vieron frustrados.

No acabaron aquí los proyectos de España para recobrar la posesión de su antigua fortaleza. En 1727 un ejército florido compuesto de 20,000 hombres que mandaba el conde de las Torres, se hallaba delante de Gibraltar dispuesto á emprender el ataque por tierra. La guarnición se componía de 1,500 al mando del coronel Clayton y fué reforzada con 5,500 más á las órdenes del conde de Portmore. Las baterías españolas rompieron el fuego en Mayo con 92 cañones y 72 morteros, disparando 700 tiros por hora durante catorce días. La guarnición respondió con 58 solamente. Empeñado después el ataque de una manera más terrible, una vez que los defensores de la plaza instalaron cien bocas de fuego y numerosos morteros en las alturas, el campo español se vió muy pronto cubierto de ruinas; los parapetos y almacenes de los sitiadores quedaron completamente destruidos. Los ingleses dispararon más de cincuenta mil descargas cerradas, destruyendo 23 morteros y 73 cañones. Durante el asedio pretendieron los españoles practicar una mina aprovechándose de una cueva en la que pudieron introducir veinte hombres que trabajaban constantemente; pero no llegaron á servirse de ella, porque antes fué levantado el sitio á consecuencia del

tratado secreto firmado en Viena á virtud del cual el emperador de Austria ofreció su mediación para obtener que recobrase España la posesión de Gibraltar.

Debe hacerse justicia á la perseverancia con que la altiva España desde 1715 venía trabajando de todas maneras por rehacerse de una fortaleza que, incrustada en su territorio, había sídole arrebatada merced á una sorpresa que bien podía calificarse como un golpe de mano. La legitimidad de sus títulos á la gran Roca, su orgullo nacional justamente herido, exigían que no aceptase las condiciones humillantes con que Jorge I ofrecía devolver la plaza. Ceder á Inglaterra otra posesión *equivalente*, equivaldría á consentir en que los ingleses tenían derechos á Gibraltar; derechos que España no reconoció y que en realidad no asistían á la Corona británica. Por eso quedaron sin resultado las negociaciones de 1721; por eso también, menos que por la oposición del Parlamento y del pueblo inglés, fracasaron las de 1757, no obstante el empeño de Mr. Pitt en ajustar el tratado para la devolución de la fortaleza á su antiguo poseedor, recordando Inglaterra á Minorea.

Agotados, por último, los medios de conciliación, España creyó deber intentar de nuevo el recobro de Gibraltar preparándose á tomarla por la fuerza de las armas, aprovechando la circunstancia de hallarse los ingleses distraídos con disturbios suscitados en las colonias de América. La guerra fué declarada nuevamente, y en 14 de Julio de 1779 se abrió la campaña que la historia conoce con el nombre del "Gran sitio de Gibraltar" y duró hasta el 12 de Marzo de 1783 en que los jefes de los defensores de la plaza y los sitiadores se reunieron amigablemente á virtud de los preliminares firmados de una paz general. Este fué el último sitio que sostuvo la fortaleza; quedando irrevocablemente en poder de los ingleses, á despecho de los esfuerzos de los soldados en el campo y de los diplomáticos en el gabinete.

No debemos dejar de referir, siquiera brevemente, los acontecimientos principales de este sitio, uno de los más célebres que registra la historia del mundo.

El general Jorge Augusto Elliot, hombre de grandes talentos militares, de indomable energía y de singular perseverancia, era el gobernador de la fortaleza cuando se declaró la guerra, y á él cupo en suerte dirigir aquella heroica defensa, secundado por el teniente general Boyd y el mayor general de la Motte.

El ejército español se componía de 28,332 hombres al mando de D. Martín Alvarez Sotomayor, el francés de 33,038 á las órdenes del Barón Falkenstein, y ambos mandados por el Duque de Crillon.

La guarnición de la plaza constaba de 5,382 hombres entre artilleros, ingenieros y zapadores. En 1780 fué reforzada con 1,052 irlandeses; en Marzo de 1782 se agregaron 700 y en Octubre del mismo año 1,600. La fuerza naval de Inglaterra se componía de cinco buques, reuniendo entre todos 124 cañones.

La fortaleza fué la primera en romper el fuego el 12 de Setiembre de 1779. La mujer de un oficial de zapadores descargó el primer cañón al dar la señal el general Elliot.

En Enero de 1780, la guarnición recibió el auxilio de una escuadra mandada por el almirante C. Rodney. En Junio del mismo año fué atacada por cinco navíos de guerra españoles, los cuales fueron destruidos, y entonces se organizó una flota de lanchas cañoneras con las cuales diariamente al anocheecer bombardeaban la ciudad, causando espantosos estragos, hasta convertir en ruinas los edificios y verse obligados los habitantes á buscar refugio entre las peñas, por el lado Sur, para poner en salvo sus vidas.

En Abril de 1781 otra flota inglesa al mando del almirante Darby, llegó en auxilio de los sitiados en momentos en que la fortaleza estaba en gran aprieto por la falta de víveres. Habíanse agotado los medios de subsistencia; el pan se distribuía en escasas porciones con intervención de la policía; las raíces de las plantas, las cañas y hasta los cardos silvestres servían de alimentación á los hambrientos habitantes. La perspectiva del hambre y el temor de un general bombardeo alejaban de sus casas y de la ciudad á los des-

graciados habitantes. La guarnición, del jefe abajo, estaba limitada á una ración de cuatro onzas de arroz por persona cada 24 horas.

La presencia del almirante Darby enfureció á los sitiadores, quienes abrieron un terrible bombardeo con 150 cañones y 80 morteros, sosteniéndolo vigoroso por espacio de seis semanas. La ciudad quedó reducida á escombros, mientras que los defensores guarecidos en sus parapetos y fortificaciones no sufrían proporcionalmente; sólo 70 soldados murieron durante el bombardeo. Ya se deja entender que la ciudad quedó desierta. La guarnición asorada por el hambre, se entregó al pillaje y entre las ruinas de las tiendas y los almacenes encontró los depósitos de víveres, que habían reservado los comerciantes para explotar la necesidad de los sitiados haciendo ventas á precios fabulosos.

En tal situación, aprovechando la circunstancia que había proporcionado alivio en sus necesidades á la guarnición, el gobernador dispuso hacer una salida sobre los sitiadores, que descansaban tranquilos después de la ruda fatiga del bombardeo, fiando en la bondad de sus parapetos, y esperando el resultado forzoso de la escasez de elementos á que se hallaba reducida la plaza.

El 27 de Noviembre de 1781, á la media noche, cayeron los ingleses en número de 2,000, sobre el campo de los sitiadores. La sorpresa de que estos fueron víctima, el ardor de los asaltantes, y el desconcierto que fué consiguiente, permitieron á los sitiados, realizar su propósito de destruir los parapetos y fortificaciones, que á fuerza de dinero y con el sacrificio de millares de vidas, habían logrado establecer los sitiadores bajo los fuegos de la fortaleza. Calculábase en tres millones de pesos el costo de estas magníficas obras, que llegaron á inutilizar la resistencia de los defensores de la plaza. Todo quedó destruido en pocas horas; la artillería clavada y el campamento incendiado completamente. Los ingleses regresaron á sus posiciones, sin que la caballería española hubiera tenido tiempo de maniobrar en su seguimiento, lo cual habría costado la vida á los atrevidos asaltantes.

No desmayaron los aliados en presencia de semejante contratiempo. Con una actividad digna de todo elogio, trabajaron inmediatamente en reparar los daños sufridos y se prepararon de nuevo para un ataque general por tierra y por mar, sirviéndose al efecto de baterías flotantes dispuestas á la resistencia por medio de sistemas especiales hasta entonces desconocidos. Esta flota se componía de 138 cañones, y 5,190 hombres. Las baterías de tierra ascendían á 246 cañones y morteros, protegidos por 40,000 soldados.

El 9 de Abril de 1782, principió el bombardeo por mar y tierra, abriéndose el ataque por una descarga general de 170 cañones. Continuó el fuego sostenido por tres días consecutivos, disparando los sitiadores cuatro mil tiros cada 24 horas. El 12 entraron en la bahía las flotas combinadas de Francia y España, elevándose á la cifra de 47 embarcaciones de línea y un considerable número de fragatas y lanchas bomberas y cañoneras; la inmensa flota colocada en dos líneas, rompió el fuego y lo sostuvo durante ocho horas en combinación con las baterías de tierra. Cerca de quinientos cañones jugaron en este formidable ataque. Los sitiados pusieron en actividad solamente 96 cañones; pero arrojando sobre las baterías flotantes unos proyectiles inflamados que los ingleses llaman "*red-hot-shot*," causaron horriblos desastres en el ejército sitiador. Casi todas las baterías fueron incendiadas, y los que las servían, murieron en su mayor parte presa de las llamas ó ahogados. Un capitán inglés, Curtis, salvó de la muerte á más de trescientos. La mortandad fué espantosa.

Gran consternación causó este desastre en el campo español; pero no por eso se desalentaron los valientes sitiadores, y el bombardeo continuó por muchos días, si bien menos nutrido de lo que había comenzado.

Entretanto, el 10 de Octubre, una gran flota inglesa de 34 embarcaciones de línea, 6 fragatas y 31 trasportes, llegó al Estrecho en auxilio de la fortaleza. Un viento contrario no permitió que llegase hasta la Roca, sino una fragata "*La Pantera*" con algunos trasportes. Lo restante de la flota,

arrastrada por la corriente, se reunió en Marbella. Ochenta buques de guerra de las flotas francesa y española, dejaron la bahía para ir en persecución de los buques ingleses; pero el comandante Lord Howe por una hábil maniobra evitó la batalla, deslizándose rumbo á Tetuán, en donde pudo anclar, y de allí tuvo facilidad para desprender dos buques de línea y algunos trasportes que llegaron á Gibraltar con gran cantidad de provisiones y 1,600 hombres de refuerzo.

Esta maniobra fué decisiva para la defensa de la plaza; porque entretanto las negociaciones de paz entabladas por Francia adelantaron, y tres meses después, en Enero de 1783, se firmaban los preliminares, cediéndose Minorca á España, que la había ocupado durante el sitio, en cambio de Gibraltar.

Las pérdidas tenidas por los ingleses en el asedio pasaron de 1,200 soldados, las de los sitiadores excedieron de 6,000. España gastó más de doce millones de pesos.

Tal fué el resultado de ese memorable sitio, último heroico esfuerzo de la noble España para recobrar una de las primeras fortalezas del mundo, que tan injustamente le fué quitada y con ella el señorío de los mares que había sabido conservar por tan largo tiempo. Terrible golpe no sólo para España, sino para la raza latina, que ve hace más de un siglo en manos de los ingleses la llave del Mediterráneo y la entrada á un gran litoral de las naciones latinas de Europa.

Esta es la última y bien triste impresión que recibe el viajero hispano-americano al salir de la risueña á la vez que formidable Gibraltar.

A partir del último siglo hasta la fecha presente, la historia de Gibraltar no ofrece más interés que el relacionado con la construcción de nuevas fortificaciones y el ensanche de las antiguas, así como la creciente prosperidad de la población, que ha aumentado considerablemente en habitantes y en edificios y ha mejorado muchísimo en su parte material. La descripción, pues, que en el capítulo anterior hemos hecho de la ciudad y de la fortaleza, completa nuestro cuadro histórico, que abraza un período de quince siglos.

CAPÍTULO UNDÉCIMO.

Vuelta á bordo.—La velada.—La Santa Cruz.—Un pez luminoso.—Las costas de Cerdeña.—El Vesubio.—¡Nápoles!—El *Te Deum*.—Entrada en la bahía.—El Sr. Obispo Montesdeoca.—El Cónsul mexicano.—El desembarque.—La aduana.—Los agentes de los hoteles.—Los cocheros.—Situación de Nápoles.—Clima.—Carácter de los habitantes.—Las calles.—Los paseos.

TERMINADA nuestra visita, ó más bien, sin terminar, porque como hemos dicho anteriormente, apenas pudimos ver de carrera los principales sitios y edificios, nos dirigimos al muelle para tomar un bote que nos condujera á bordo del Bolivia. Eran pasadas las cinco de la tarde. La marea estaba subiendo y las aguas de la bahía se hallaban algo agitadas. Cerca de una hora empleamos en llegar al punto donde nuestro vapor estaba anclado. Bogábamos contra la corriente y los bateleros tenían que hacer grandes esfuerzos para dominarla. Pequeña era la lancha y el oleaje frecuente subía por el borde, no dejando de mojar nuestras ropas. Con dificultad llegamos cerca del Bolivia. La agitación de las aguas no permitía atracar contra la embarcación, y era necesario aprovechar el momento en que las mismas olas impelían al bote para tomar la escalera. No pequeña inquietud se apoderó de nosotros. Necesitábase la agilidad de un marino para poder ejecutar sin riesgo tan violento trasborde. Palidecimos á la vista de aquel peligro, que era necesario sin embargo arrostrar. Auxiliados de un batelero y fiando en la ayuda que vinieron á ofrecernos los

arrastrada por la corriente, se reunió en Marbella. Ochenta buques de guerra de las flotas francesa y española, dejaron la bahía para ir en persecución de los buques ingleses; pero el comandante Lord Howe por una hábil maniobra evitó la batalla, deslizándose rumbo á Tetuán, en donde pudo anclar, y de allí tuvo facilidad para desprender dos buques de línea y algunos trasportes que llegaron á Gibraltar con gran cantidad de provisiones y 1,600 hombres de refuerzo.

Esta maniobra fué decisiva para la defensa de la plaza; porque entretanto las negociaciones de paz entabladas por Francia adelantaron, y tres meses después, en Enero de 1783, se firmaban los preliminares, cediéndose Minorca á España, que la había ocupado durante el sitio, en cambio de Gibraltar.

Las pérdidas tenidas por los ingleses en el asedio pasaron de 1,200 soldados, las de los sitiadores excedieron de 6,000. España gastó más de doce millones de pesos.

Tal fué el resultado de ese memorable sitio, último heroico esfuerzo de la noble España para recobrar una de las primeras fortalezas del mundo, que tan injustamente le fué quitada y con ella el señorío de los mares que había sabido conservar por tan largo tiempo. Terrible golpe no sólo para España, sino para la raza latina, que ve hace más de un siglo en manos de los ingleses la llave del Mediterráneo y la entrada á un gran litoral de las naciones latinas de Europa.

Esta es la última y bien triste impresión que recibe el viajero hispano-americano al salir de la risueña á la vez que formidable Gibraltar.

A partir del último siglo hasta la fecha presente, la historia de Gibraltar no ofrece más interés que el relacionado con la construcción de nuevas fortificaciones y el ensanche de las antiguas, así como la creciente prosperidad de la población, que ha aumentado considerablemente en habitantes y en edificios y ha mejorado muchísimo en su parte material. La descripción, pues, que en el capítulo anterior hemos hecho de la ciudad y de la fortaleza, completa nuestro cuadro histórico, que abraza un período de quince siglos.

CAPÍTULO UNDÉCIMO.

Vuelta á bordo.—La velada.—La Santa Cruz.—Un pez luminoso.—Las costas de Cerdeña.—El Vesubio.—¡Nápoles!—El *Te Deum*.—Entrada en la bahía.—El Sr. Obispo Montesdeoca.—El Cónsul mexicano.—El desembarque.—La aduana.—Los agentes de los hoteles.—Los cocheros.—Situación de Nápoles.—Clima.—Carácter de los habitantes.—Las calles.—Los paseos.

TERMINADA nuestra visita, ó más bien, sin terminar, porque como hemos dicho anteriormente, apenas pudimos ver de carrera los principales sitios y edificios, nos dirigimos al muelle para tomar un bote que nos condujera á bordo del Bolivia. Eran pasadas las cinco de la tarde. La marea estaba subiendo y las aguas de la bahía se hallaban algo agitadas. Cerca de una hora empleamos en llegar al punto donde nuestro vapor estaba anclado. Bogábamos contra la corriente y los bateleros tenían que hacer grandes esfuerzos para dominarla. Pequeña era la lancha y el oleaje frecuente subía por el borde, no dejando de mojar nuestras ropas. Con dificultad llegamos cerca del Bolivia. La agitación de las aguas no permitía atracar contra la embarcación, y era necesario aprovechar el momento en que las mismas olas impelían al bote para tomar la escalera. No pequeña inquietud se apoderó de nosotros. Necesitábase la agilidad de un marino para poder ejecutar sin riesgo tan violento trasborde. Palidecimos á la vista de aquel peligro, que era necesario sin embargo arrostrar. Auxiliados de un batelero y fiando en la ayuda que vinieron á ofrecernos los

marineros del Bolivia, hicémosnos el ánimo de ejecutar aquel movimiento y gracias á Dios lo ejecutamos felizmente. Era la primera vez que experimentábamos inquietud y temor desde nuestro embarque en Nueva York.

Llegados á bordo, fuimos á ocuparnos en hacer los preparativos para una fiesta de familia, cuya dirección se nos había encomendado por nuestros queridos compañeros, con el objeto de celebrar el cumpleaños del Illmo. Sr. Portillo. Tratóbase de una velada flarmónica y literaria en la cual los peregrinos deseábamos manifestar nuestra adhesión y cariño al respetable jefe de la excursión.

A las nueve de la noche todos los romeros hallábanse reunidos en la espaciosa sala del comedor, en cuya cabecera se habían puesto asientos distinguidos para el obsequiado y para el capitán del buque. Una especie de dosel formado con una bandera de los colores nacionales servía de solio al asiento destinado al Sr. Obispo.

Poco después de las nueve entró el Prelado en el salón. El Himno Nacional cantado por todos los presentes fué el saludo con que se le recibió. Los cantos patrióticos siempre conmueven el ánimo; pero entonados en tierra extranjera y entre un grupo numeroso de compatriotas, impresionan doblemente, produciendo extrañas sensaciones que no se podría definir si pertenecen al dolor ó á la alegría. Una obra ejecutada en el piano, dió principio á la velada. Seguidamente subió á la tribuna el Sr. Dr. Stéfano y dijo en italiano los elogios del Sr. Portillo. Una pieza de clarinete ejecutada por el Sr. D. Gregorio García, con acompañamiento de piano por el joven Enrique Coeto, y habló en español el Sr. Cura D. Ruperto Zúñiga; otra pieza de canto por Joaquín Amézaga y la Srita. Guadalupe Manrique de Lara, y tocó su turno al Sr. Lic. Pérez Salazar. Otras varias piezas de canto, de clarinete y de piano, alternaron con brillantes composiciones en verso y en prosa, del niño Maza y de los Sres. Lic. D. Silvestre Moreno Cora, en francés, del Sr. Dr. Lara en italiano y mexicano, del Sr. Dr. Ibarra, en latín, y de otros señores en español, entre los cuales merece mención especial

una elegante poesía del Sr. D. Agustín Abarca. El Comisario del buque Mr. Easton, en su nombre y en el del Capitán, tuvo la amabilidad de decir una buena improvisación en inglés, que tradujo como le fué posible al español y fué aplaudida estrepitosamente, mereciendo del coro los honores de la diana. El Illmo. Sr. Portillo, se puso en pie y con acento conmovido improvisó un discurso, que fué escuchado con religioso silencio y aplaudido también calurosamente por los circunstantes.

Un detalle que merece consignarse. La Sra. Severa Mondragón de Pizarro, cuyo nombre no figuraba en el programa de la función, pidió permiso para hablar y dirigiéndose al Prelado en una sentida cuarteta, le presentó un obsequio consistente en monedas de oro.

Tampoco debe omitirse referir que en la comida que precedió á la fiesta, el Comisario dispuso un servicio extraordinario y además ofreció al Sr. Portillo un gran pastel adornado con esmero.

Así fué solemnizado por mexicanos y extranjeros á bordo del "Bolivia" el natalicio del presidente de la Peregrinación mexicana. Gratos é inolvidables recuerdos nos han quedado de esa manifestación de simpatía, á la cual se hizo acreedor nuestro estimable Sr. Obispo, D. Buenaventura Portillo.

Llegó el tres de Mayo, día de la invención de la Santa Cruz. *In hoc signo vinces*, había visto el gran Constantino escrito en el Cielo. Con este signo venció á Magencio en la memorable batalla. Con este signo habíamos vencido nosotros las dificultades que se oponían en un principio á nuestra salida de la Patria. Con este signo habíamos salvado todos los obstáculos que se opusieron á la realización de nuestro viaje. Con este signo teníamos vencida ya la mayor parte del camino. A la vista de este signo de la verdadera Cruz que llevábamos con nosotros, habíamos vencido á los elementos, alejado las tempestades y aquietado las olas del mar, á veces próximas á enfurecerse. Con este signo caminaba nuestra nave surcando tranquila y serena las ondas del Océano. Con este signo llegaríamos dentro de cuatro ó cinco días

sanos y salvos al puerto de nuestro destino. Justo era tributar un culto especial á este adorable signo en el día de su fiesta.

Poético y altamente conmovedor fué el ejercicio que tuvo lugar en la mañana de este día en nuestro improvisado oratorio. Cantóse por los sacerdotes el bellissimo himno *Vexilla Regis*, mientras el Sr. Obispo daba una vuelta por la sala llevando en sus manos consagradas una cruz de bronce que contiene en su centro una pequeña astilla del árbol santo de nuestra Redención. Todos los circunstantes inclinaban la frente delante de la insigne Reliquia. A continuación fueron acercándose á besar el precioso fragmento; *¡O Cruz ave, spes unica!* Decíamos en un trasporte de fervor religioso. *¡Oh amable enseña de nuestra salud! Tú eres nuestra única esperanza! En ti confiamos que nos llevarás al término de nuestro viaje felizmente y nos concederás regresar con felicidad á la Patria. En ti esperamos que nuestras familias gozarán de salud y paz durante nuestra ausencia. En ti esperamos que nuestros esfuerzos y nuestros sacrificios por hacer esta Peregrinación, no serán estériles y de ellos sacará gran provecho la Religión y la Patria. ¡O Cruz ave!*

El día pasó sin que hubiera incidente alguno que lamentar. El Mediterráneo, mar de aguas azules, de un azul verdaderamente hermoso, abría manso sus tranquilas ondas para conducir nuestra embarcación al soplo de una suave brisa que apenas hacía sentir en el interior los movimientos del buque. Todos caminaban gozosos y los mareados se sintieron bien. El ejercicio del mes de María se hizo con mayor solemnidad. El Sr. Abarca, restablecido completamente, pudo hacer oír su elocuente voz en la plática de la tarde.

Por la noche observamos asombrados desde cubierta un fenómeno que no habíamos visto. Un pez como de tres varas de largo se hizo visible en la superficie de las aguas en medio de la oscuridad más completa cubierto de una capa luminosa y dejando tras de sí una estela fosforescente como la que dejaba el buque; se acercaba á éste y se ocultaba momentáneamente debajo de él; apareciendo después á nuestra

vista con los mismos detalles y ocultándose de nuevo. Largo rato estuvimos gozando de este espectáculo, que en verdad contemplábamos absortos. ¡Qué hermoso se vería el mar en noche oscura si sus infinitos habitantes tuviesen todos esta propiedad y se hallasen cubiertos con esa luminosa vestidura.

El día 4, fué tan sereno y apacible como el anterior. El 5 sintióse agitada la mar, pero se hallaba cerca la tierra y nadie se inquietó por los sacudimientos del buque. La seguridad de tocar muy en breve la tierra producía la tranquilidad en los navegantes.

A las once y media se avistó el Cabo de San Pedro en Cerdeña, con gran contento de todos los peregrinos. Ya no distábamos sino dos días del Golfo de Nápoles. En pocas horas nos encontraríamos en suelo italiano.

Todo el Domingo 6 de Mayo estuvimos viendo las costas de Cerdeña. Cordilleras más ó menos elevadas compuestas de montañas desnudas de vegetación. El antiguo reino de Víctor Manuel, ha sido durante el día el objeto de nuestra atención. Como á las doce doblamos el Cabo de Carbonara.

El Lunes 7 amaneció un día hermoso alumbrado por un sol radiante. Hacía un mes que habíamos salido de México. En este día íbamos á ver el término de nuestro viaje. A las ocho de la mañana se descubrió la poética Ischia. A las doce pasábamos delante de sus costas. Teniendo á la vista á la derecha la celebrada Capri. Ya no podíamos dudar de que estábamos llegando á Nápoles. A la una se presentó á nuestros ojos el Vesubio. Le vimos absortos alzándose majestuosamente entre las olas del Golfo, le contemplamos coronado de un blanco penacho de humo denso que se extendía horizontalmente hacia el Sur algunos kilómetros. No es para describirse la alegría que se apoderó de los navegantes al apercibirse de la presencia de aquel coloso.

La campana llamó al comedor y nos sentamos á comer bajo la grata impresión que nos produjo la proximidad de Nápoles. Ningún día estuvo la mesa tan animada. A los postres el Illmo. Sr. Obispo se levantó para brindar por nuestro in-

mediato arribo á Italia, y para dar un afectuoso saludo de despedida al Capitán, oficiales y empleados del Bolivia. El Sr. Dr. Ibarra habló también bajo la misma inspiración. Ambos brindis fueron muy aplaudidos, así como la contestación que el comisario Mr. Easton dirigió en su nombre y en el del Capitán.

Apenas terminada la mesa, corrimos á la cubierta. Deseábamos con ansia ver la pintoresca Nápoles. No pasó mucho tiempo sin que fuese visible para nosotros aquella maravilla que han realizado en admirable concierto la naturaleza y el arte en esa privilegiada región del suelo italiano. La mayor parte de los presentes conocíamos Nápoles, en las estampas, en las fotografías, en las poéticas descripciones de ilustres é ilustrados viajeros. La realidad, sin embargo, nos pareció superior á todas aquellas representaciones, á todas aquellas pinturas. Nápoles ofrece á la vista todo lo que la naturaleza tiene de más risueño y encantador. Dispuesta la ciudad en un grande anfiteatro á la falda de un hemicíclo de montañas que circundan la mar, en medio de un panorama variado cuyas bellezas siempre nuevas no pueden admirarse suficientemente, al Oriente se eleva el Vesubio cercado en su base por las poblaciones de Massa, San Sebastián, Pollena, Trochia y San Jorge; á lo largo de la costa se extienden Portici, Resina, Torre del Greco y Torre Anunciata: un poco más lejos, Castellamare, el promontorio de Sorrento y la punta de la Campanella: en medio del Golfo se alza como por encanto la isla de Capri: al Oeste, la deliciosa colina de Paulippo, y más allá la pequeña isla de Nisida, el litoral de los Bagnoli, Pouzoli, y los lagos de Averno y de Lucrino y el Cabo de Misena..... Y entre todas estas bellezas naturales, y en medio de todos estos accidentes, y como reclinándose sobre un muelle diván de vegetación y de verdura, la gran ciudad con sus hermosos edificios y sus risueñas praderas y sus alegres calles y sus pintorescos paseos.

Agrupados todos los peregrinos al derredor del Sr. Obispo, contemplaban extasiados el encantador panorama que tenían delante sin poder articular palabra. Sacólos de su es-

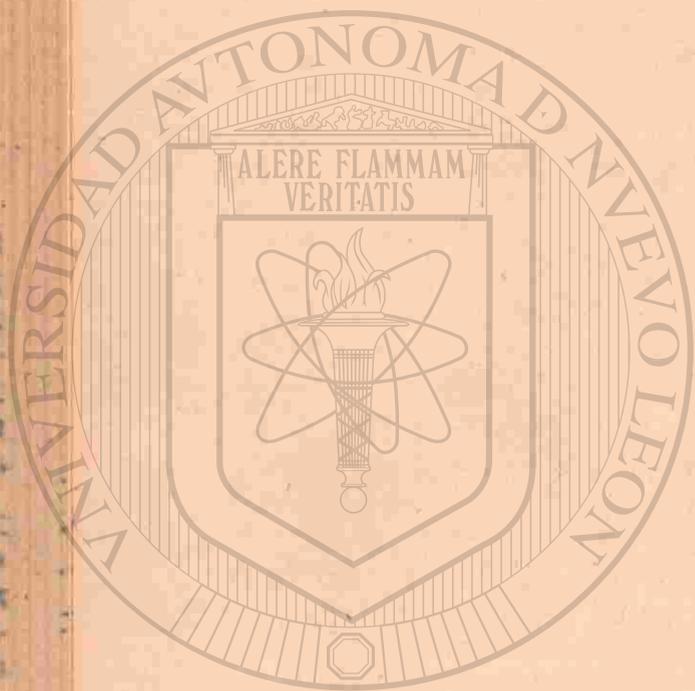


ILLMO. SR. DR.
D. IGNACIO MONTES DE OCA.

tupor y de su arrobamiento la voz del presidente de la Peregrinación entonando el *Te Deum*. Jamás habra elevádose al Cielo este bellissimo cántico de la Iglesia, con más fervor y con más ardiente devoción. Jamás habrá subido al trono del Señor una acción de gracias más sincera que la que en estas circunstancias dirigimos al Todopoderoso, por el inmenso beneficio que habíamos recibido de su liberal mano. Nuestras voces y nuestros cantos, mezclados con nuestras lágrimas de ternura han de haber llegado al Cielo, como el incienso de los altares; y el Dios de bondad y misericordia los recibiría con agrado, como la ofrenda más pura que podíamos presentarle en señal de reconocimiento.

A las cuatro de la tarde fondeaba el Bolivia en la bahía sus pesadas anclas; sus poderosos cables, dejaban inmóvil el gran edificio cuyo constante movimiento había sido causa del malestar físico de muchos y de las inquietudes y amarguras de los más. Una multitud de lanchas se acercaron inmediatamente al Bolivia. Entre estas se adelantó una que traía á bordo á dos eclesiásticos. Uno de ellos, á juzgar por el color rojo que ribeteaba sus vestidos, debía ser un obispo. No tardamos en reconocer en este personaje al Illmo. Sr. Montesdeoca, nuestro respetable compatriota, que nos saludaba descubriéndose la cabeza. Gratisima fué la impresión que con esto recibimos. Después de corresponder con demostraciones de respeto al cariñoso saludo del Prelado, en voz unisona entonamos el Himno Nacional mexicano. Aquello fué un acto sublime y conmovedor. México, representado por el grupo de peregrinos, saludaba con un canto patriótico al príncipe de la Iglesia, ausente hacia algunos meses del suelo de la Patria. Los vivas á México y al Sr. Montesdeoca, sucedieron al Himno, y el regocijo y la satisfacción se retrataban en todos los semblantes. Momentos después la barca del cónsul mexicano D. Enrique Angelini se acercaba al vapor y correspondíamos entusiastas al saludo que este caballero nos dirigía.

Pocos minutos transcurrieron y estrechábamos en nuestros brazos al ilustre mexicano y al amigo de México. Ins-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tantáneamente se inundó de gente el Bolivia. Los bateleros y los agentes de los hoteles y multitud de curiosos pasaron á bordo, y fué necesario que el Capitán dictase é hiciese ejecutar ciertas órdenes para despejar el buque. Entre tanto, los gritos de los bateleros desde los botes y el bullicio y algarazara que metían los curiosos, producían una encantadora algarabía que nos tuvo aturridos por algún tiempo. Al fin se acordó el desembarque y en medio de aquella gritería de los napolitanos comenzaron á bajar los peregrinos á los botes. Era de ver el afán con que los recibían los conductores de las lanchas, que agrupados al pie de la escalera se arrebatában al desgraciado que primero descendía. Este le tomaba de un brazo, aquel le asía del otro, uno le abrazaba por las piernas, y así en peso era colocado en la embarcación á donde definitivamente caía en brazos de sus bateleros. Otros peregrinos, principalmente los ancianos, desde la cubierta del buque descendían ya en brazos de los que habían logrado apoderarse de ellos antes de tomar la escalera. El anciano Sr. Cura Conchos, el Padre Orihuela y algunos otros bajaron así hasta el fondo de las lanchas.

Angelini, por indicación del secretario de la Comisión, había tomado la delantera para estar presente en la aduana en los terribles momentos del registro de los equipajes. ¡Qué fiscalización tan odiosa la de la aduana italiana! Todos los baúles se abren, todas las petacas se registran; hasta las pequeñas bolsas de mano y hasta los bolsillos de las personas pasan por un minucioso registro. ¡Y en busca de qué? En busca de la sal y el tabaco, mercancías estancadas por el gobierno italiano. ¡Un monopolio fiscal en pleno siglo XIX! ¡Y ese monopolio decretado y ejecutado por un gobierno que se apellida liberal! Grandes molestias sufrieron nuestros peregrinos; irritantes humillaciones recibieron en su paso por la aduana de Nápoles, no obstante la intervención de nuestro cónsul y á pesar de sus ruegos ó reconvencciones. Una persona declaraba llevar y presentaba efectivamente una caja de puros ya comenzada, que traía consigo para su uso personal; se pesaba esta caja y se exigía al por-

tador una suma que no valían los puros contenidos en la caja; el resultado final era que los puros se quedaran en la aduana. Y después de esto, todavía se abrían las petacas de aquel individuo para cerciorarse de si traía más tabaco. Un sacerdote, vestido con un sobretodo negro, ocultaba debajo de él la obesidad de su abdomen. Antojósele al guarda que aquel abdomen podía ser artificial y contener un buen relleno de tabaco, y obligó al eclesiástico á desabotonarse el abrigo y le examinaba el vientre para ver si encerraba tripas de carne ó de tabaco. Y no obstante quedar cerciorado este empleado de que aquel sacerdote nada llevaba que importase contrabando, al salir se le sujetaba á nuevo examen por otro guarda apostado en el exterior de la oficina. No paraba aquí la cosa. Al subir al carruaje que debía conducirle á su hotel, todavía era detenido por otro agente del fisco para registrarle de nuevo. ¡Y gobiernos que tales cosas ordenan ó autorizan se llaman liberales! ¡Y se llaman civilizados los pueblos en que tales ultrajes recibe el extranjero! (1)

Ya se nos había prevenido á bordo que seríamos objeto de una odiosa fiscalización en las aduanas italianas, pero nunca pudimos creer que llegara al extremo á que se ejerce en Nápoles, principalmente con los extranjeros. ¡Registrar hasta los bolsillos para descubrir una introducción clandestina de sal y tabaco! Si á lo menos se tratara de brillantes ó de joyas que en pequeño volumen pueden encerrar un gran precio, pase; pero sal ó tabaco. . . .

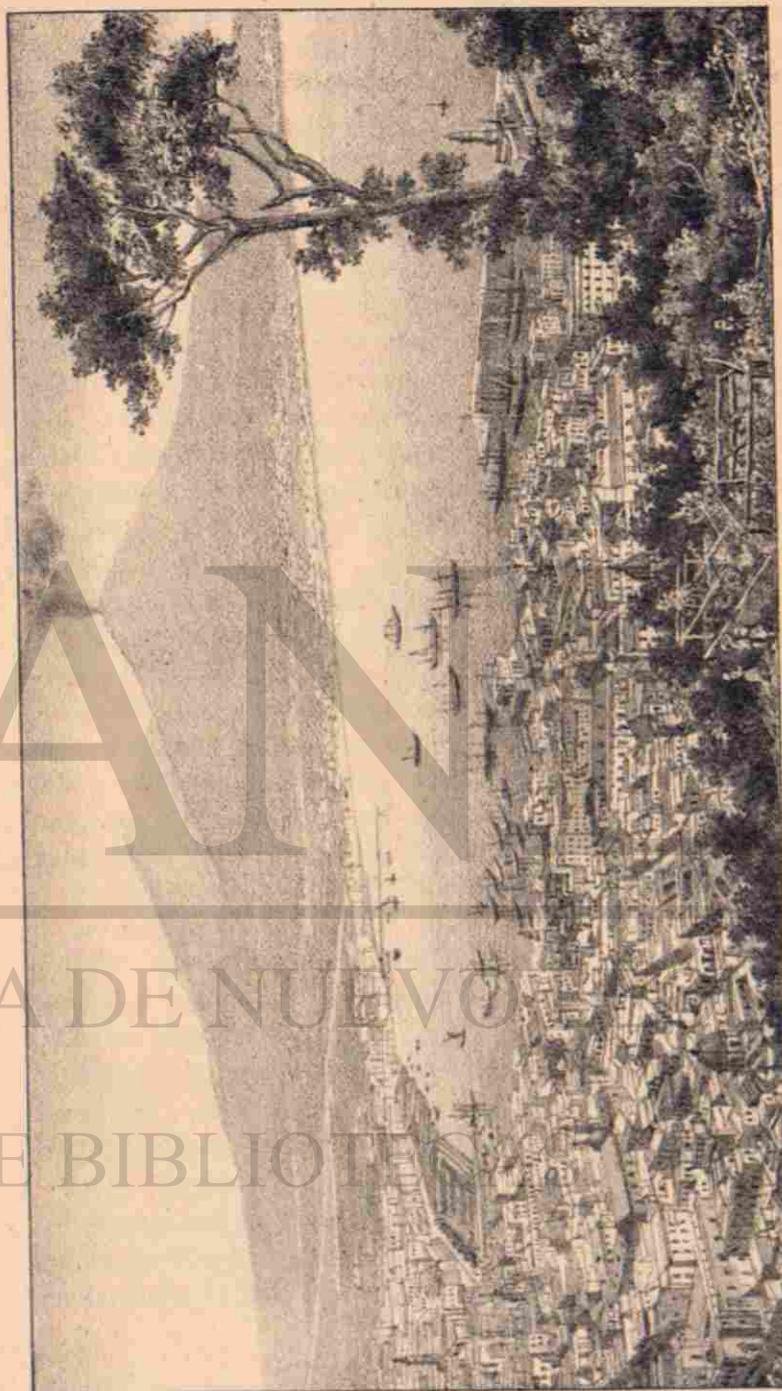
Una pobre señora de 3ª clase llevaba en su saco de viaje una pequeña porción de comestibles y entre ellos una poca de sal: descubierta por los agentes fiscales fué decomisada. Ridículo es esto, y sería simplemente motivo de risa, si á la confiscación de tan mezquina porción de un artículo de tan corto precio no hubiese precedido ese odioso registro que tanto ultraja la dignidad humana.

(1) A Monseñor Treviño se le cobraron ¡setenta liras! por una caja de puros y cosa de veinte cajetillas de cigarros que llevaba para su uso. Conserva en su poder la factura como una prueba de la rapacidad de los aduaneros italianos.

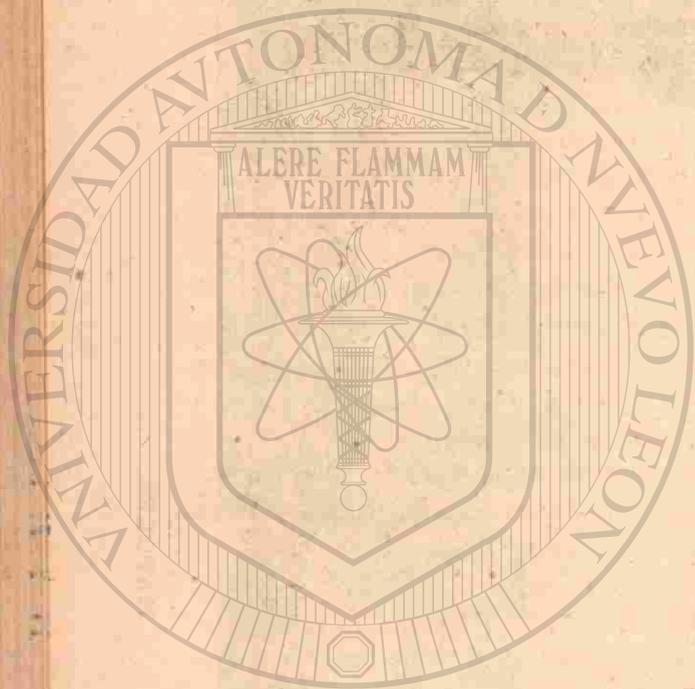
Después de pasar por estas horcas caudinas de la aduana, quedaron nuestros peregrinos á merced de otra clase de agentes, los de los hoteles, y de los conductores de carruajes. No obstante las medidas tomadas por nuestro eficaz y entendido cónsul, fué inevitable que algunos grupos de mexicanos cedieran á las instancias y solicitudes de aquella turba de importunos. Al día siguiente trabajos tenía la Comisión para averiguar á dónde habían ido á alojarse algunos peregrinos, arrebatados por esos agentes el día anterior para llevarlos á posadas distantes de los hoteles en que Angelini había arreglado los alojamientos. Son una verdadera plaga en Nápoles los conductores de carruajes y los agentes de hoteles. Aparte de la gritería con que aturden al viajero, se lo disputan entre sí, atreviéndose hasta tomarle del brazo para llevarle consigo. Es necesario estar muy prevenido de antemano y desplegar una varonil energía, para no dejarse conducir á su pesar por el que más importuno ó más atrevido se interpone á nuestro paso.

Cuatro días permaneció la Peregrinación en Nápoles, mientras recibía la Comisión el aviso del día en que tuviera lugar la audiencia pontificia. Con el objeto de solicitarla, habían salido luego para Roma el Dr. Ibarra y el caballero Angelini. Aprovecharon el tiempo entretanto en proveerse de ropa los que habían tenido el buen juicio de no llevar en su equipaje más que la indispensable para el camino. Empleáronlo también algunos en visitar la gran ciudad y sus alrededores. Pudimos por tanto darnos cuenta de las cosas más notables.

Nápoles, en otro tiempo *Parthenope*, está situado á 40° de latitud Norte y su temperatura media, de 16° á 17° centígrados, se eleva algunas veces asta 40° en el verano, y desciende hasta 3° en invierno. Uno de los mejores meses del año para visitar Nápoles, es el de Mayo, en que nos ha tocado llegar. Uno de los caracteres propios de Nápoles que celebran mucho los viajeros, es el movimiento de su población, la vida y la animación que allí reinan, principalmente en la clase baja. La inconstancia del clima y la risueña exuberan-



NAPLES.



cia de la naturaleza, deben contribuir sin duda á mantener este excelente humor de los napolitanos, con especialidad en los que pasan la vida al aire libre. En pocas ciudades populosas, inclusive Nueva-York, se nota un movimiento tan continuo y acelerado como el que se observa en Nápoles. En las calles principales, sobre todo en la vía Roma, antes Toledo, desde muy temprano hasta después de media noche, corren á todo el trote de los animales, millares de carruajes, formando dos hileras no interrumpidas, en encontradas direcciones. La vía es angosta, y no se explica uno cómo no hay cada cinco minutos un carruaje hecho pedazos ó una persona triturada. Llama la atención en el servicio de coches, el uso que en Nápoles se hace de los asnos para su tracción: educanse estos animales con tal arte, que se les ve trotar con la misma velocidad que los caballos frisonos, y no es raro ver tirando de un carro á un pequeño burro al lado de una mula de gran alzada.

Las calles del antiguo Nápoles carecen de amplitud, de regularidad y de belleza, si bien hay en algunas de ellas elegantes y soberbios edificios. En las calles nuevas, y van siendo muchas, por el contrario, se admira la amplitud, la regularidad y el buen gusto en las construcciones. De las antiguas, reformadas hoy, debe mencionarse la gran vía Chiaja, comenzada á construir de orden de D. Enrique de Guzmán, bajo el proyecto del célebre Domenico Fontana, y terminada por uno de los duques de Medina-Cœli, el último de los virreyes españoles.

Esta hermosísima calle situada á orillas del mar, disfrutando de la vista del Golfo y del Vesubio, está hoy embellecida con la formación de la llamada *Villa municipal*, el paseo favorito de la buena sociedad, y uno de los sitios más bellos del mundo. En este paseo se cuentan por millares los coches en las tardes de los días festivos, y allí se ve todo lo que tiene Nápoles de más notable. Allí se ostenta el lajo más deslumbrador en coches y animales. Allí las damas napolitanas, reclinadas muellemente sobre los asientos de aquellos soberbios landós, brillan si no en su hermosura, porque es una

ualidad que allí no abunda, sí por su elegancia y por cierto atractivo que se acerca mucho al de la belleza. Extráñase en estos paseos la presencia de gentes á caballo; pues los napolitanos son poco ó nada afectos á la equitación. En este paseo hay un establecimiento de utilidad y recreo que es objeto de la admiración de cuantos visitan la ciudad. Es el *Aquarium*. Situada Nápoles á orillas del mar, ha podido sacar de sus aguas y extraer hasta del fondo que las sustenta las producciones más raras, los vivientes menos conocidos, y todo esto lo ha trasportado á unas grutas artificiales formadas con las mismas materias minerales sacadas del mar, y cubriéndolas con cristales ha presentado á la vista del curioso observador, la vida interior y dijéramos íntima de los animales y vegetales que se ocultan debajo de las aguas. Entrar, pues, en el *Aquarium* de Nápoles, equivale á dar un paseo submarino debajo de las ondas, para sorprender, sin ser apercibido, á esos innumerables seres de la creación que viven sustraídos á la observación de la filosofía y al estudio de la ciencia. Es verdaderamente maravillosa la variedad de estos seres, que científicamente clasificados se hallan en las diversas secciones en que está dividido el *Aquarium*. Todo lo que el Mediterráneo contiene en su seno de más raro y desconocido, encuéntrase en aquellas grutas, especie de kaleidescopio animado en donde no sería posible describir las figuras, sus movimientos y sus colores. Personas que han visitado el *Aquarium* de París, aseguran que es muy inferior al de Nápoles, tanto en la disposición interior como en la variedad de los ejemplares.

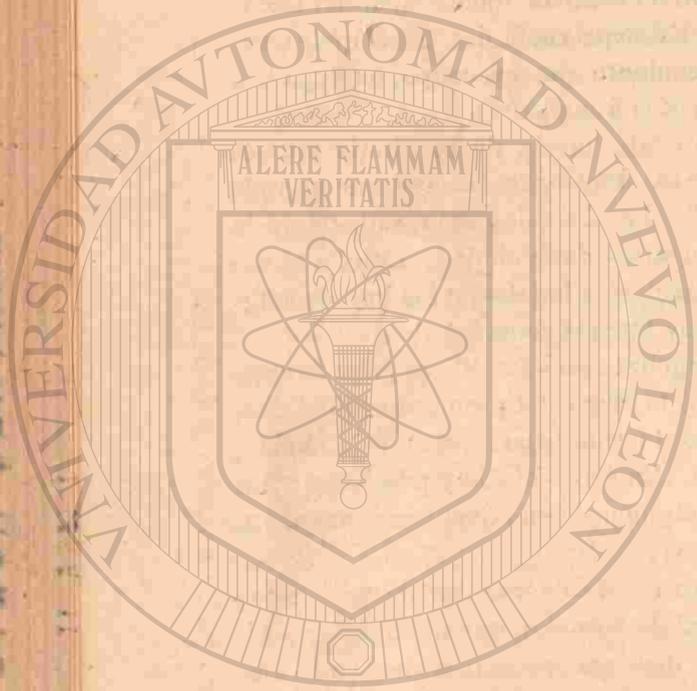
Como establecimiento científico tiene este *Aquarium* singular importancia. Situado á orillas del mar y en un golfo en que abundan muchísimo diversidad de especies desconocidas en otras latitudes, disponiendo de los productos de una pesca diaria en todas las estaciones del año; sus directores se hallan en aptitud de hacer frecuentes descubrimientos, que han venido enriqueciendo la ciencia y ayudado poderosamente á resolver arduas cuestiones, ya sobre clasificación de las especies, ya respecto de las condiciones de la vida ani-

mal y vegetal en el reino submarino. El estudio de la esponja y del coral, objeto de una especial atención de parte de los naturalistas del *Aquarium*, y las conclusiones deducidas de los fenómenos que han tenido ocasión de observar diariamente en estas producciones, han hecho la luz acerca de muchos puntos que no estaban fijados definitivamente. Bajo este aspecto la Estación zoológica de Nápoles, como le llaman al establecimiento que nos ocupa, ha llegado á prestar importantes servicios á la ciencia.

La vía Mergellina es continuación de la Chiaja y no es menos digna de recorrerse. Puede asegurarse que en toda la ribera que comprenden las dos vías expresadas, está la parte más bella y aristocrática de la ciudad. En ella se encuentran situados los principales hoteles, y los hay de magnífica apariencia y de muy buenas comodidades.

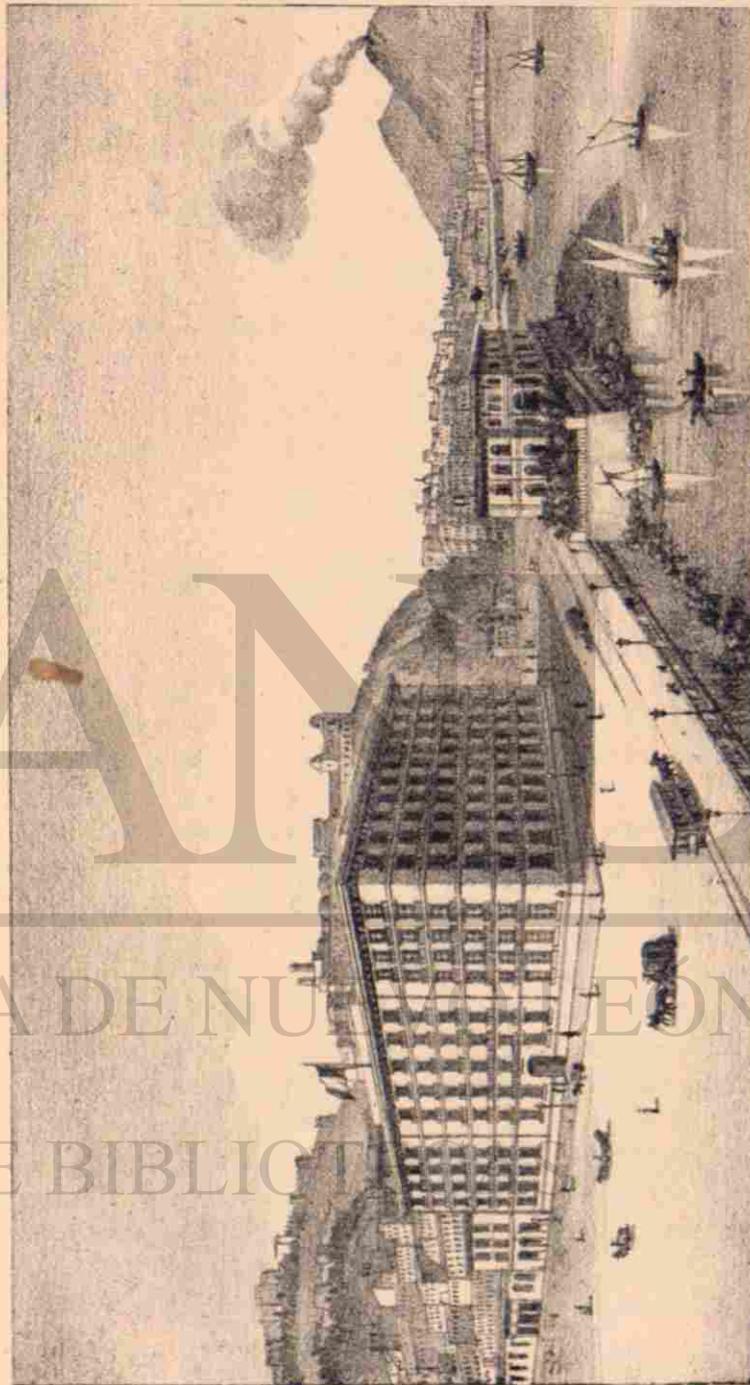
A continuación de Mergellina está Pausilippo, una deliciosa posición que se halla á lo largo del promontorio del mismo nombre, descubriendo el hermoso panorama de la ciudad, de sus colinas y su golfo. En este sitio hay preciosas casas de campo y *restaurants*, algunos de ellos con terrados salientes que asoman al mar.

En la relación de nuestro viaje de regreso describiremos toda esta parte occidental de Nápoles, que no nos fué posible recorrer en los pocos días que permanecimos en la ciudad á la ida.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

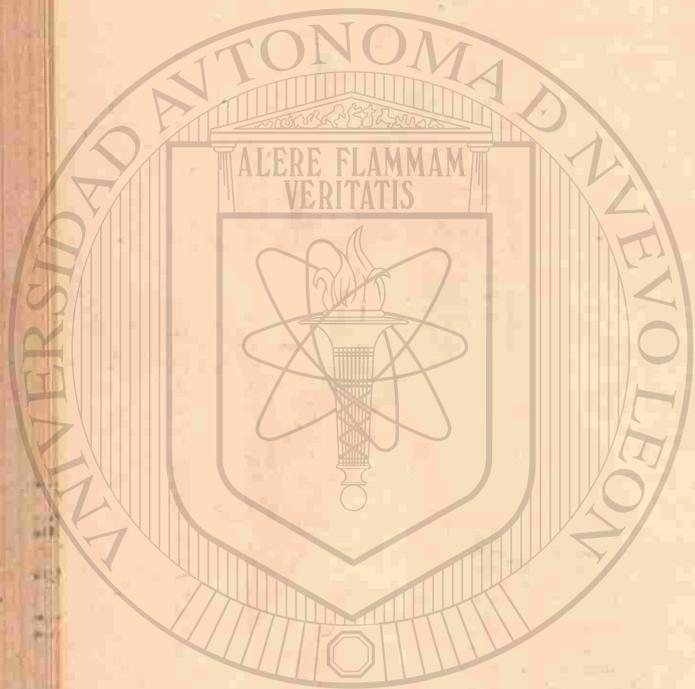
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



HOTEL DEL VESUBIO NÁPOLES.

LIT. G. MONTAUBERT. MÉXICO.





CAPÍTULO DUODÉCIMO

Excursiones por la ciudad de Nápoles.—La ribera de Santa Lucía.—La *Strada* del Gigante.—La Plaza del Plebiscito.—San Francisco de Paula.—Un incidente.—El Palacio Real.—El Museo Borbónico.—La Biblioteca nacional.—Monumento en *Trinità-Maggiore*.—El *Gesù Nuovo*.—La Virgen de Guadalupe.—Santa Clara.—Santo Domingo el mayor.—La Capilla de San Severo.

PECORRIENDO Nápoles en nuestras excursiones á la ligera, en el corto tiempo de que podíamos disponer, no veíamos las cosas con la detención que hubiéramos deseado, y consiguientemente no podemos hacer de lo que vimos relaciones minuciosas. Con el deseo de ver lo más que fuese posible, nos contentábamos con admirar á primer golpe de vista los lugares y los edificios.

Saliendo del hotel del Vesubio en que estábamos alojados un buen número de romeros, comenzamos nuestras visitas dirigiéndonos al centro de la ciudad por la ribera de Santa Lucía á la orilla del mar. Allí teníamos ocasión de observar las antiguas costumbres napolitanas, en esa larga hilera de tiendas al aire libre, que en México llamamos *puestos*, para la venta de mariscos y para el expendio de refrescos. En los primeros se encuentra en cada uno al napolitano de otros tiempos voceando estrepitosamente su mercancía: en los segundos, una muchacha de no mal parecer, vestida con el sayo y el corpiño de antaño, dirige sus invitaciones al transeunte para que llegue á refrescarse. Están aquellas generalmente sentadas sobre una silla elevada como á la altura de un metro sobre el nivel de la banquetta, para hacerse perfecta-

mente visibles de los que pasan. Los bebedores se agrupan al rededor de la mesa, quedando en el centro la muchacha á quien de ordinario se dirijen las conversaciones.

De Santa Lucía se pasa á la *Strada* del Gigante, que toma su nombre de una soberbia fuente monumental compuesta de una elegantísima portada, debajo de la cual se halla colocada sobre un plinto de mármol la estatua colosal de Neptuno recostado y en una posición admirablemente artística.

Volteando á la izquierda de esta calle, á poco andar se llega á la gran Plaza del Plebiscito, seguramente la más hermosa que tiene Nápoles. La forma de esta plaza es de herradura. En el semicírculo del fondo se descubre la gran fachada de la iglesia de San Francisco de Paula, unida por cada lado con un elegante pórtico de gruesas columnas de granito. Contiguos á cada una de estas galerías hay dos palacios, uno en frente del otro. A la izquierda el en que se halla la Prefectura de la ciudad, y á la derecha el de la Comandancia militar. Frontero á la iglesia se alza majestuoso el soberbio palacio Real, magnífico edificio de grandes proporciones. En el centro de la plaza, una sencilla pero amplísima fuente, está alimentada por un gran surtidor que hace saltar el agua á considerable distancia en la forma de un brillante cono. Delante de cada uno de los pórticos y á los lados de la fachada principal de la iglesia, se destacan dos soberbios monumentos coronados con estatuas ecuestres de tamaño colosal, la de la derecha representa á Carlos III y la de la izquierda á Fernando I.

No puede pasarse adelante, sin detenerse á contemplar los edificios principales de esta magnífica plaza. La iglesia de San Francisco, es sin duda uno de los más hermosos templos modernos. En su exterior es muy semejante á la rotunda de Roma llamada Pantheón de Agripa, y en el interior igualmente se encuentra mucha semejanza entre los dos templos. Con esto queda dicho que San Francisco de Paula es uno de los más espléndidos, más grandes y majestuosos de la época. Podríamos aventurar la opinión de que en el interior supera el edificio napolitano en riqueza de ornamentación y en

elegancia, al mismo Pantheón de Agripa. El peristilo jónico, se compone de seis grandes columnas de mármol y dos pilares, sobre los que descansa un ático igual en la forma y proporciones al del Pantheón. En el interior está adornada la rotunda por 30 columnas corintias de mármol Mondragón, de 53 metros de altura por un diámetro proporcionado al estilo. La cúpula es la más grande que hay en Europa, después de San Pedro de Roma y Santa María del Fiore en Florencia. En los nichos que adornan los intercolumnios, están colocadas ocho grandes estatuas de mármol también, que representan á los cuatro evangelistas y á los cuatro doctores máximos de la Iglesia. La gran bóveda está cerrada con una cúpula de cristal con armadura de hierro. El templo se halla enriquecido además, con siete grandes cuadros de pinturas que sirven de fondo al altar mayor y á otros seis altares que se hallan contruidos en los espacios que dejan libres las dobles columnas que sustentan la gran cornisa que recibe la cúpula.

Espléndido estuvo Fernando I de Borbón, en el cumplimiento del voto que dió origen á la construcción de este magnífico edificio, en los años de 1817 á 1832, bajo la dirección de Bianchi di Lugano. ¡Tiempos felices, en que los reyes de la tierra así cumplían las promesas que hicieran al Rey del Cielo en reconocimiento de sus beneficios!

Permítasenos consignar en breve digresión un incidente de nuestra visita á este hermoso templo de San Francisco de Paula, yendo acompañados del excelente Sr. Abarca, canónigo de Morelia. En una capilla anexa á la iglesia, se practicaba el ejercicio del Mes de María. Sobre una plataforma vestida de rojo predicaba un sacerdote. En Italia, en esta clase de ejercicios, no es costumbre que el orador predique en el púlpito. Se arma un tablado á la manera de los *rostra* de los antiguos romanos; allí se coloca un sillón; el predicador dirige la palabra desde ese lugar unas veces sentado, otras en pie; otras se pasea recorriendo el tablado, que no tiene menos de tres metros de largo. En esta última actitud encontramos al sacerdote en los momentos en que entrá-

bamos en la capilla. Permanecimos un rato escuchándole, ó más bien dicho, mirándole, porque ni el Sr. Abarca ni nosotros estábamos bastante fuertes en el italiano para poder tomar *sustancia* al sermón. Sin embargo, nuestro ilustrado compañero estuvo un largo rato sin pestañear, colgado, no de los labios, sino de los movimientos harto precipitados del orador. Salimos, y deteniéndonos en el pórtico exterior para encender un tabaco, el Sr. Abarca nos dijo:

—Sabe usted que aun cuando mucho se elogia la elocuencia de los italianos, á mí no me agrada la mímica que emplean algunos sacerdotes en el púlpito.

—Yo creía por el contrario, repusimos, que estaba usted complacido asistiendo al sermón, y aun suponía que el orador decía cosas buenas que yo no entendí y usted comprendía mejor que yo, con más conocimiento del idioma.

—No, amigo mío, tampoco soy fuerte en el italiano; estaba simplemente observando la gesticulación y los movimientos del orador, que me llamaban la atención más que sus palabras, que no todas las entendía.

Estábamos en este punto de nuestra conversación, cuando vimos que un agente de policía se acercaba al coche que nos había conducido, y hablaba con el cochero. Observamos que el auriga levantaba la voz y señalaba con las manos al sitio en donde nos hallábamos. Comprendimos que en algo se refería á nosotros aquello que parecía una acalorada discusión, y nos aproximamos al grupo. Pronto nos enteramos de que el agente del orden público reclamaba al conductor del coche por haber llevado el vehículo hasta el frente del gran pórtico, infringiendo alguna disposición del reglamento de policía. Lo que primero fué una simple intimación para retirar el carruaje, debido á la actitud del cochero, se convirtió en el requerimiento de seguir al gendarme á la comandancia de policía. El auriga resistió apostrofando con dureza al agente, y no consiguiendo que éste desistiera de su pretensión, corrió á tomar iglesia, dejándonos á nosotros en el carruaje al cual nos había obligado á subir. A poco salió del templo acompañado de una especie de sacristán ma-

yor, quien dirigiéndose al gendarme trató de disuadirlo de su intento. Fué ineficaz esta diligencia, y entonces el cochero volvió nuevamente á meterse en la iglesia. A pocos minutos regresó en compañía de un sacerdote vestido con insignias de Monseñor, quien desde luego se dirigió al gendarme defendiendo al conductor. Este, sumamente exaltado, interrumpía al eclesiástico arrebatándole la palabra; el comisionado de la policía se exaltaba también; la gente se fué reuniendo en gran número. Nosotros, desagradados ya de aquella escena, descendimos del coche invitando al Sr. Abarca para que nos siguiese. Pusimos en las manos del cochero una moneda que importaba el alquiler del carruaje, y nos preparamos á retirarnos. El Sr. Abarca, que nos había seguido maquinalmente á bajar del coche, se detuvo delante de los contendientes.

—Señor, le dijimos, vámonos de aquí. Estamos dando la función de valde y nos exponemos además á que el gendarme quiera cargar con nosotros también á la comandancia.

—Espérese usted, amigo, nos contestó con deliciosa flemma nuestro compañero. Estoy encantado de la elocuencia de este buen auriga. Veremos en qué para ésto.

Trabajo nos costó separar de aquel sitio á nuestro amigo. Cuando lo conseguimos y echamos á andar á pie, logrando con dificultad salir de aquel grupo de gentes en cuyo centro nos hallábamos metidos, el Sr. Abarca nos decía lleno de satisfacción:

—Es necesario hacer justicia á la reputación de estos italianos en materia de elocuencia. La del cochero me ha dejado satisfecho: estoy verdaderamente asombrado de haberlo visto defenderse.

El Sr. Abarca siguió discurrendo graciosamente sobre los recursos empleados por aquel hombre para librarse de la intervención del gendarme. No habíamos recorrido quinientas varas, cuando el cochero nos alcanzó y deteniendo su coche nos invitó nuevamente á que subiésemos.

—¿Cómo arregló usted el asunto? le preguntamos.

—Todo se redujo á una pequeña multa que pagué, y no fué á la comandancia.

La elocuencia del conductor, unida á la del dinero, habían triunfado de los reglamentos de policía. Los italianos quedaban, en concepto de nuestro compañero, en su acreditada reputación de hombres elocuentes, á pesar de las observaciones que había hecho momentos antes respecto del predicador.

El Palacio Real es el otro edificio que cierra la Plaza del Plebiscito. El Virrey, Conde de Lemos, título que inmortalizó nuestro Miguel Cervantes, hizo construir en 1600 este grandioso monumento, una de las obras más notables del célebre Domenico Fontana. La fachada principal consta de tres órdenes de pilastras, correspondiendo á diversos estilos, coronadas de una elegante cornisa. La extensión de la fachada es de 137 metros y su altura de 29. Solamente esta parte del edificio queda sin alteración de la obra de Fontana. Lo restante del Palacio ha sufrido importantes modificaciones, principalmente después del incendio que sufrió en 1837. La hermosa y grande escalera de mármol que conduce á los departamentos de etiqueta, abajo de la cual están las dos estatuas colosales del Ebro y el Tajo, fué concluida en 1859. Por el lado que mira á la plaza de San Fernando, el Palacio tiene un bellissimo jardín cercado con una soberbia balaustrada de fierro. La entrada principal está adornada con dos admirables caballos de bronce, que Nicolás I de Rusia regaló á Fernando II.

No es posible detenerse en la descripción minuciosa de este palacio, porque él encierra bellezas tales y en tal número, que habría necesidad de consagrarles algunos capítulos. Haremos mención de lo más notable. En el comedor, se admiran en las paredes, grandes tapicerías de los Gobelinos, de un mérito raro y de gran valor. En la sala de espera hay un San Bruno original de Rivera. En otra sala contigua á ésta, se ven tres magníficos cuadros; un San Juan Bautista de Güido Reni, un Jesús entre los Doctores del Caravaggio, y un Sueño de San José por el Guercino. En la sala del

Cuerpo diplomático, hacen la admiración de los inteligentes, las tapicerías que cubren las paredes, y cuatro soberbios jarrones de porcelana de Sèvres. La sala del Oratorio, que tiene á un lado una pequeña capilla, encierra dos preciosos gueridones de Sèvres y tres cuadros notables, un Orfeo del Caravaggio, un retrato de Alfonso de Aragón por el Ticiano, y la Magdalena del mismo autor. La gran sala de los Coraceros del Rey, está adornada con grandes tapicerías de los Gobelinos, de extraordinario mérito. En la mayor parte de los salones hay en los techos bellísimos frescos de autores napolitanos, obras de arte dignas de ser estudiadas detenidamente, sobre todo en la sala de baile, que es la más amplia y mejor decorada. En todas las otras salas que se permite al público visitar, hasta el número de quince, no escasean las obras de arte de exquisito mérito. Los muebles de todo el palacio no tienen nada de extraordinario, ni llaman la atención por su riqueza.

Saliendo del Palacio Real, se dirige el viajero por la vía Roma al espléndido museo llamado hoy Nacional, conocido de mucho tiempo atrás por el Museo Borbónico.

La sola enumeración de los objetos principales que encierra este museo, uno de los mejores del mundo, forma un grueso cuaderno que se expende en el mismo edificio al entrar. ¿Cómo había de pretender el cronista de la Peregrinación describir, siquiera fuese lo más notable que encierra en sus departamentos? Será necesario limitarse á dar una idea general de las colecciones que contiene.

El gran Vestíbulo, está adornado con dos grandes estatuas colosales que representan, una á Alejandro Severo y otra al Genio del pueblo romano. Ocho estatuas de menor tamaño colocadas en los laterales dan á conocer á otros tantos cónsules de la antigua Roma. Diez y seis columnas de verde antiguo completan la inestimable decoración del soberbio Vestíbulo.

Entrando en los departamentos, á la derecha, se encuentra el visitante en medio de las salas de pinturas sacadas de Pompeya y Herculano. Frescos de un valor inapreciable,

aquellas pinturas nos muestran el colorido y el dibujo antiguo en su ejecución más perfecta. Paisajes, escenas mitológicas, animales, frutas, etc., son los asuntos de aquella colección, que puede decirse única en su género en el mundo. En esta colección está comprendida una sección preciosísima de valiosos mosaicos también antiguos, que dan idea muy elevada del grado de perfección á que tan difícil arte llegó en las remotas épocas á que pertenecen aquellas magníficas obras.

Otra colección no menos estimable encierra el Museo napolitano, las inscripciones griegas y latinas. De las primeras hay 101, y las segundas son como dos mil, siendo el menor número el de las cristianas.

En diverso departamento existen otra multitud de inscripciones cristianas encontradas en las Catacumbas de Nápoles, de Capua, de Pouzzoles y de Roma. Allí mismo se hallan muchos y muy curiosos monumentos egipcios, como estatuas, amuletos, escarabajos, relieves y fragmentos de sarcófagos. Hay también algunas momias antiquísimas.

La colección de estatuas antiguas es de lo más rico que pueda tener museo alguno en el mundo, sin exceptuar los de Roma. Se hallan con separación los broncees de los mármoles. En unos y otros se encuentran preciosidades indescribibles. Es aquello una numerosísima población de dioses, de emperadores, de filósofos, de hombres célebres, de animales, una inmensidad de utensilios de guerra, de grandes vasos, de fuentes, de sarcófagos. . . . Con el catálogo en la mano se emplearían muchos días en examinar uno por uno todos los objetos que encierra esta abundantísima colección, que se halla reunida en los departamentos de la izquierda en el piso bajo.

Subiendo la gran escalera, que en la actualidad están revistiendo de mármol, se entra en otros salones en donde se exhiben diversas colecciones, de las cuales daremos una ligera idea. Un salón contiene frescos encontrados recientemente en Pompeya; otro, infinidad de objetos de barro cocido de la misma procedencia: otro, encierra curiosidades artísti-

cas de la India y de la China, este contiene multitud de objetos de vidrio encontrados en Pompeya y Herculano; aquel, comestibles y otros artículos de cocina sacados de las excavaciones de las mismas ciudades: más allá se entra en la sala de los papiros, en cuyos armarios hay más de 3,000 rollos carbonizados; adelante se encuentra el visitante con la infinidad de piezas de joyería en oro y plata descubiertas igualmente en las ruinas mencionadas: entre estas joyas se detiene el viajero á examinar la sorprendente sección de camafeos representando asuntos mitológicos, que no tiene igual en ningún museo. Saliendo de estos salones, no puede omitirse la visita á otros cuatro en que se exhiben los ejemplares de monedas originales, de todas las naciones, de todas las épocas, del mundo. Las hay arábicas, judías, púnicas, chinas; las hay griegas y romanas; las hay de la edad media y de los tiempos modernos. El conjunto de esta preciosísima colección de numismática, asciende á la cifra increíble de 80,000 piezas.

Después de visitar todas estas salas, es conducido el viajero á las galerías de pinturas. Imposible dar idea de lo que contienen estos riquísimos departamentos del museo de Nápoles! Baste decir que allí se encuentran obras de Fontana, de Caraccio, de Guido Reni, del Guercino y del Caravaggio en la escuela de Bolonia; del Bronzino, del Vasari y Botticelli en la de Toscana; de Zingaro y de Lama en la escuela napolitana más antigua, y de Giordano, Salvator Rosa, Spagnoletto, Spadano y Coppola en la de los siglos del XVI al XVIII. No se extrañarán en aquella colección de pinturas grandes cuadros de Alberto Durer, de Müller y de Van-Dyck en la escuela alemana y de Rembrandt y Rubens en la flamenca.

Y no acaban aquí las preciosidades del Museo Borbónico. Todavía quedan por visitar dos importantes departamentos. Uno es el de los broncees de Pompeya y Herculano, en el que se ven más de 1,300 objetos de este metal, en utensilios domésticos, de artes, de agricultura, muebles de diversas clases, como sillas, camas, bancas para jardín, tripiés, cajas, cepos

para los condenados, balanzas, linternas, lámparas y candelabros; gran cantidad de recipientes para diversos líquidos; objetos para el servicio del culto; instrumentos de música y de cirugía; arneses de caballo y otra multitud de cosas curiosísimas encontradas la mayor parte en las ruinas sepultadas debajo de las cenizas del Vesubio.

En este departamento se visita Pompeya en un plano de bulto formado de corcho con exactitud matemática en la escala de una centésima parte del tamaño verdadero. Es un trabajo ejecutado con perfección admirable.

El otro departamento á que aludíamos es el llamado "de los vasos." Los hay romanos, itálico-griegos; los hay egipcios, los hay etruscos y greco-sicilianos, los hay pequeños y medianos, y de un tamaño colosal. La mayor parte son de barro cocido, perfectamente conservados; pero no escasean los de alabastro y de otras materias preciosas. En la pintura y ornamentación de esta abundantísima colección de vasos, que pasa de cuatro mil piezas, la arqueología y la historia han enriquecido con interesantes y curiosos datos.

En la segunda de las salas de este departamento está el piso cubierto con el soberbio mosaico que adornaba el pavimento de una de las salas de la casa de Diomedes en Pompeya. En la quinta sala hay otro mosaico que perteneció al palacio de Tiberio en Capri.

Y aun no se agotan los tesoros del Museo de Nápoles. Quedan todavía por visitar tres salas, que forman la llamada Colección Santangelo, en donde se admiran otros muchos centenares de vasos antiguos, lacrimatorios, ídolos, urnas cinerarias, extraídos de las ruinas ó sacados de las excavaciones de Lucania, de Campania, de Etruria. . . . Por último, completan esta riquísima sección, dos admirables colecciones, una de medallas modernas de oro, plata y bronce, representando Papas, soberanos y personajes célebres, y la otra de numismática antigua, conteniendo esta sola más de cuarenta mil piezas.

Tres visitas durante largas horas apenas bastaron para darnos cuenta de lo que encierra el Museo; que para examinar

despacio los objetos y formarse una idea exacta de las cosas principales, no habrían sido suficientes tres meses. La arquitectura, la escultura, la pintura, la cerámica, la numismática, la arqueología y la historia tienen allí tanto que admirar y tanto que estudiar, que no alcanzaría la vida de un hombre para escribir el resultado de un estudio serio y detenido que se hiciera sobre todos y cada uno de los objetos que guarda el Museo napolitano.

Y queda todavía por visitar otra serie de departamentos que superan tal vez á todos los anteriores, y no se podría examinar en muchos años; la Biblioteca Nacional. Quince salones, de los cuales el primero es uno de los más amplios que hay en el mundo y puede contener cómodamente hasta 800 lectores; quince salones que encierran 300.000 volúmenes, y entre estos 6.000 manuscritos con autógrafos tan preciosos como los de Santo Tomás de Aquino y el Tasso, y ediciones inenunables como la Biblia de Maguncia (1462) y la Biblia Alfonsina, impresa por Alfonso de Aragón con sus propias manos, y copias antiguas tan venerables como las Cartas de San Jerónimo, escritas en el siglo VII, y la Historia natural de Plinio, y mil escrituras é impresiones curiosísimas, y mil y mil obras escritas en todos los idiomas del mundo. ¡Y no haber podido consagrar siquiera unos días á la visita de tan importante establecimiento! ¡Y salir de aquel edificio acaso para no volver á visitarlo, sin haber podido hacerse cargo de lo que contiene! Solamente la consideración de que se va á Nápoles de paso para Roma y la expectativa de lo que se ha de ver en la capital del cristianismo, puede consolar al viajero de la pena que le causa alejarse de la antigua Parthenope sin visitar detenidamente las maravillas que encierra.

Con la precipitación con que vimos lo que va referido, continuamos recorriendo los otros edificios y monumentos que más llaman la atención. Preciso es detenerse en *Trinitá-Maggiore* delante de un soberbio monumento de mármol de Carrara que se halla en el centro de aquella plaza. Es una especie de obelisco elegantísimo superado por una bellísima

estatua colosal de la Virgen y decorado de la cúspide á la base con extraordinaria riqueza de esculturas en bajo y alto relieves y en estatuas, todo de admirable ejecución. Este monumento data de 1748, y está perfectamente conservado.

Frente al obelisco se abre la entrada á la iglesia del *Gesú Nuovo*. El interior de este gran templo en forma de cruz semi-griega está ricamente adornado de mármoles, de decoraciones y de pinturas. Arriba de la puerta de entrada hay en la pared un gran fresco que representa á Heliodoro arrojado del templo, vasta y atrevida composición y una de las mejores obras de Solimena. La hermosa cúpula con la gloria del Paraíso admirablemente ejecutada por Lanfranc fué destruída por un terremoto y al ser reedificada la pintó Pablo de Matteis, conservándose solamente de Lanfranc los cuatro evangelistas de las esquinas, que permanecieron intactos. A los dos lados del crucero hay dos capillas primorosamente decoradas, una consagrada á San Francisco Javier y la otra á San Ignacio; en esta última admiran los inteligentes los soberbios frescos de Rivera conocido por el *Spagnoletto*. El altar mayor es obra moderna de gran estimación, dirigida por el padre jesuita Grossi: está adornado con incrustaciones riquísimas de ágata, de jaspe, de lapislázuli, de amatista, de malaquita y otras no menos preciosas, y lo decoran además hermosos relieves de bronce dorado.

Para los mexicanos católicos la iglesia del *Gesú* tiene un atractivo particular, por venerarse allí nuestra Patrona Santa María de Guadalupe. En la segunda de las capillas á la izquierda entrando, recibe el mexicano la agradabilísima sorpresa de encontrar colocado en el altar principal un cuadro como de dos pies de tamaño, que representa en una buena pintura al óleo á la Virgen del Tepeyac. Abajo de la Imagen se lee una inscripción latina, que traducida al castellano dice así.

“Verdadera imagen de la Virgen Santísima milagrosamente aparecida entre flores en el Reino de la Nueva España el 12 de Diciembre de 1531 sobre la tilma de un indígena.”

Como la capilla está cerrada con una verja de bronce, no pudiendo resistir al deseo de acercarnos al altar, rogamos al sacristán que nos abriese, y penetrando en el interior arrojámonos para orar un rato á los pies de la Santa Efigie. Si grato es ver compatriotas en tierra extraña, mucho más es venerar la Imagen de María en su advocación nacional siendo objeto de culto en tierra extraña á millares de leguas de la Patria. Por otra parte, el reconocimiento del milagro de la Aparición, consignado en el extranjero en una inscripción antigua, como que robustece nuestra piadosa creencia y halaga dulcemente el sentimiento nacional.

No lejos de esta magnífica iglesia se halla otra, Santa Clara, célebre por las tumbas que encierra de los Angevinos y de los Borbones. Roberto el Sabio la hizo construir en 1330. Fué restaurada en 1752. Vasta y majestuosa, rica en frescos y dorados, mide 81 metros de largo por 32 de ancho. Presenta más bien el aspecto de una gran sala que de iglesia. Los frescos más preciosos de su única nave son, la reina de Saba visitando á Salomón, el Arca trasportada al Templo y la dedicación de éste. Arriba del coro que está sobre la puerta de entrada hay una pintura al óleo que representa al rey Roberto visitando los trabajos de construcción de la iglesia. Las capillas, con excepeión de la de los Borbones, no ofrecen nada de notable fuera de las tumbas y sarcófagos antiguos que contienen. La expresada capilla de los Borbones, cerrada con una puerta de bronce, guarda los sepulcros de seis hijos de Carlos III, el de Fernando II de Borbón y el de María Cristina de Saboya, su mujer. Este último sarcófago es objeto de gran veneración para los católicos napolitanos. Cristina murió en olor de santidad y se trata de su beatificación. Detrás del altar mayor hay varias tumbas de reyes Angevinos, pero la más notable, la que excita la admiración del viajero es la de en medio, en donde está sepultado el célebre Roberto, que murió en 1343. Es un suntuoso mausoleo de mármol blanco, estilo gótico; mide 13 metros de altura. En el cuerpo principal está representado Roberto en su doble carácter de rey y de monje franciscano. Es dig-

na de mencionarse entre las preciosidades que contiene este venerable templo, una imagen de la Virgen que se halla en un altar colocado delante de la pilastra que separa la tercera de la cuarta capilla á la izquierda. Es original del renombrado Giotto, y no puede lamentarse suficientemente que sea apenas visible, por la interposición de los dobles cristales que la cubren.

Pocos pasos adelante de Santa Clara está situado otro templo notabilísimo, Santo Domingo el Mayor, construido en 1284 bajo la regencia de Carlos de Anjou. Bello edificio gótico de tres naves, de muy buena capacidad y artísticas proporciones, aun cuando ha sufrido mucho por las injurias del tiempo, no ha perdido nada de su gran suntuosidad. En 1849 fué completamente restaurado bajo la dirección del hábil arquitecto Travaglini. Muchas y grandes cosas encierra este magnífico templo y no nos detendremos en describirlas, porque sería obra de muchas páginas. Llamaremos la atención acerca de los curiosos monumentos sepulcrales que adornan los pilares y las paredes interiores de las capillas. Nos detendremos solamente en la segunda de éstas, nombrada del Cristo, en donde celebró la Misa nuestro distinguido amigo el Sr. Canónigo D. Agustín Abarca. En el altar mayor se venera una imagen del Crucifijo, respecto de la cual se refiere una bella tradición. Oraba el Santo Doctor delante de aquella imagen, y fijos los ojos en ella en devoto éxtasis vió que aquella figura se animaba, y abriendo sus labios pronunció estas palabras. *“Bien has escrito de mi, Tomás, ¿qué merced quieres recibir?”* El Santo contestó: *“No quiero otra, Señor, que á ti mismo.”* Profunda veneración inspira esta santa imagen, objeto de un culto especial de aquel gran pensador cristiano, de aquel sabio profundo, de aquel célebre escritor, acaso el primero no sólo de su siglo sino de todas las edades. Mientras celebraba el santo sacrificio el Sr. Abarca, tuvimos tiempo de contemplar esa efigie ensangrentada del Hombre-Dios, y remontándonos con el pensamiento á las épocas en que los sabios se inspiraban en la fe para adquirir el conocimiento de las ciencias, recordábamos las sublimes palabras

del Espíritu Santo: *“Fons sapientiæ timor Domini.”* El fervoroso celebrante á su vez entreteníase como nosotros, en altas contemplaciones que le inspiraron uno de dos elegantes sonetos que tuvo la amabilidad de dedicar al autor de estas memorias. El relativo al asunto de la tradición del Cristo, dice así:

EN LA CAPILLA EN QUE SE VENERA
EL CRUCIFIJO QUE HABLÓ Á SANTO TOMÁS DE AQUINO.

Desde ese altar, bajo ese viejo muro,
A Tomás ¡oh Señor! probar quisiste,
Y el Universo entero le ofreciste
Tú en ofrecer magnífico y seguro.

Para tal prueba estaba ya maduro
Corazón que de antiguo conociste;
Y en voz cual un reclamo tierno y triste
Dijo su afecto fiel, y limpio y puro.

¿Cuándo se engaña amor que parte cierto?
¿Cuándo erró celestial sabiduría?
¿Quién al humilde le extravió del puerto?

¡Ay! El engaño es nuestro, que hoy, vacía
El alma, como un cielo ya desierto,
No tornamos al que era su alegría!

Al lado izquierdo de la Capilla del Cristo hay un pequeño oratorio, que llamó nuestra atención. Termina en una reducida gruta artificial, y dentro de ella se ve el interesante grupo de María y José en el misterio del Nacimiento del Niño Dios. Díjosenos que aquella gruta está formada bajo las medidas de la de Belén, de la cual es un fiel *facsimile*. Postrámonos en tierra y visitamos en espíritu el lugar sagrado en donde la más pura de las vírgenes vió nacer al Redentor del Mundo.

Acompañando al sacerdote al interior de la sacristía, mientras este se despojaba de las vestiduras sacerdotales, fijóse

nuestra vista en una galería alta que circunda las paredes de aquella estancia. Extraña impresión nos causó ver allí en lúgubre formación hasta 45 cajas mortuorias, la mayor parte revestidas de ricas telas de púrpura y carmesí.

—¿Qué contienen estas cajas? preguntamos al padre sacristán.

—Son, nos contestó, los restos de los príncipes de la casa de Aragón.

Nuestra orden dominicana recibió grandes beneficios de esta dinastía y cuidó de ir reuniendo sus despojos sepulcrales para hacerlos descansar en este sitio, y conservar así el recuerdo de sus benefactores; tributando á la vez un homenaje de respeto á sus cenizas.

—Extraña manera de conservar restos humanos, dijimos al padre, y en verdad, que estas cajas así descubiertas nos inspiran más respeto que las muchísimas que habrá encerradas en los grandiosos mausoleos que hemos visitado en Nápoles y principalmente en esta iglesia. ¿Sabe usted cuáles son los personajes á quienes pertenecieron estos mortales despojos?

—Sí, señor, respondió el religioso, puedo designar á Vd. los principales. Aquella primera caja encierra el cadáver de Alfonso V, muerto en 1458. Junto á éste se halla el de su hijo Fernando I, que falleció en 1494. Adelante está Fernando II, que murió dos años después. En seguida, la reina Juana, quien dejó el mundo en 1518. A continuación, Isabel, hija de Alfonso II, muerta en 1524. Más allá, descansa Fernando Francisco de Avalos, virrey de Carlos V, que murió en 1525. Y el religioso prosiguió señalando los despojos de cada una de las otras cajas, apuntando las fechas en que habían fallecido los respectivos personajes.

Saliendo de la iglesia nos dirigimos en compañía del Sr. Abarca al edificio del antiguo convento de dominicos, hoy convertido en casa de vecindad, para visitar la celda de Santo Tomás de Aquino, que afortunadamente conservan los religiosos. Abrió la puerta el que nos acompañaba y entra-

mos en un pequeño oratorio como de cinco metros de largo por cuatro de ancho y poco más de tres de altura.

—Aquí pensó, dijo el Sr. Abarca, el gran filósofo de la cristiandad.

—Aquí habló con Dios, dijo el religioso, uno de los más grandes santos de la Iglesia.

—Aquí, pensamos nosotros, fueron escritas algunas de las luminosas obras filosóficas y teológicas que todavía ilustran las escuelas.

Sumidos en profunda meditación permanecemos algunos minutos.

Después nos arrodillamos al pie del altar en que se halla la efigie del Santo Doctor. De allí sacó el Sr. Abarca el asunto de otro de los sonetos á que aludimos arriba. Hélo aquí:

EN LA CELDA DE SANTO TOMÁS.

Aun se respira aquí su santa vida,
Su humildad aun se siente, y su pobreza;
Y de su alma la espléndida pureza
Aun con celeste aroma aquí convida.

Tan tímida así, pues, tan escondida
El alma ha de ir si busca su grandeza;
El águila caudal de eterna alteza
Así se abate y tan humilde anida!

Él miró aquí la luz que apetecemos,
Aquí llovió sobre él saber infuso,
Aquí postrado donde el pie ponemos.

Aquí los montes de verdad traspuso:
Y admirándolo aquí ¡ni así sabremos
Poner el corazón donde él lo puso!

Ningún viajero ilustrado debe dejar de visitar, saliendo de Santo Domingo, una célebre capilla que se halla en el callejón llamado de San Severo, la cual forma parte de un antiguo palacio perteneciente á la familia de Sangro, de los príncipes

de este mismo título de San Severo. Raimundo de Sangro, príncipe de aquella casa, hizo la celebridad de esta capilla con las obras de arte y las magníficas esculturas con que la enriqueció por el año de 1766. Muchas son las preciosidades que encierra; pero nos detendremos solamente en mencionar las que más admiran los inteligentes. Dos estatuas alegóricas son las más celebradas, una es la que representa la desilusión de las vanidades mundanas, en la figura de un hombre que aparece envuelto en una red de malla, de la cual trata de salir con el auxilio de un ángel, haciendo esfuerzos para romperla. Creese que es una alusión al príncipe Antonio de Sangro, á quien pertenece el mausoleo, que renunció al mundo y se hizo monje después de haber perdido á su mujer Cecilia Gaetani. Es un soberbio mármol blanco de una pieza, cincelado por el hábil escultor genovés Francisco Queiroli, que floreció á la mitad del siglo XVIII. La otra estatua es la alegoría del pudor, en que está representada la misma Cecilia Gaetani, cubriendo la desnudez de su cuerpo con un gran lienzo que la envuelve completamente. La obra es admirable, artísticamente considerada, por las dificultades de que salió airoso el artista presentando el modelado de un cuerpo de mujer en su mayor perfección, cubierto, sin embargo, por un lienzo que lo deja trasparente, haciendo la ilusión á la vista de que la tela está sobrepuesta á la estatua, cuando todo está hecho del mismo *block* de blanquísimo mármol. Junto á esta perfección técnica, irreprochable en verdad, es de lamentarse la depravación del gusto y la falta de propiedad en la alegoría; porque realmente la figura no presenta un conjunto bello, ni menos caracteriza la virtud que se propuso retratar el escultor, sino antes bien el vicio que le es opuesto. La obra salió del cincel de Antonio Corradini, artista veneciano, muerto en 1752. Ambas estatuas pertenecen á la escuela del célebre Bernini.

No lejos de la anterior, se ve levantarse sobre el pavimento de la capilla un túmulo en el cual está colocado el cadáver desnudo del Salvador, cubierto igualmente con un lienzo que adherido á las carnes deja ver el cuerpo como á través

de una delgada tela. Es sin duda una obra maestra, ejecutada por José de Sammartino, escultor napolitano.

Sobre el altar mayor se admira un soberbio relieve, el Descendimiento de la Cruz, tallado en mármol de Carrara con exquisita perfección, por el artista, napolitano también, Francisco Celebrano. Digno de figurar entre nuestras láminas, nos ha parecido este magnífico trabajo cuya copia tomamos de una buena fotografía, con que nos obsequió la estimable Señora de Miramón, en cuya compañía visitamos por segunda vez la capilla de San Severo.

Digna es de ser visitada, y no tan ligeramente como á nosotros nos fué permitido, la iglesia de San Felipe Neri, una de las más bellas de Italia, que hizo construir el mismo santo de 1592 á 1619, confiando su ejecución en el interior al arquitecto *Dionisio di Bartolomeo*. La bella fachada exterior ha sido modificada y reconstruida con preciosos mármoles. El interior del templo es de tres naves y está decorado con magnificencia. La techumbre es soberbia. La nave del centro se halla dividida por doce columnas de granito de ocho metros de altura y de una sola pieza. Las paredes se hallan decoradas con bellísimos frescos de autores de nota, como Luca Giordano, Ludovico Mazzante, Francisco Gessi, el aventajado discípulo de Güido Reni, Fabricio Santafede y Pircopo. La cúpula, reconstruida en 1850, está pintada al fresco representando el asunto del Apocalipsis, vasta composición de Camilo Guerra. El altar mayor, obra de Sammartino, es de alabastro y mármoles escogidos, adornado con relieves de metal dorado; el tabernáculo está enriquecido con jaspes, ágatas y amatistas.

En el crucero de la iglesia es notable la capilla de la izquierda, llamada de San Felipe Neri, rica en piedras, con diez columnas de mármol amarillo. El altar con incrustaciones de lazulitas, ágatas y otras piedras finísimas, está decorado además con exquisitos adornos de bronce. El cuadro del Santo es obra de Sassoferrato, copiado de Güido Reni, y los frescos de las paredes laterales de Solimena.

Pero el gran tesoro artístico de San Felipe Neri está en la



LIT. C. MONTAURIOL. MÉXICO.

EL DESCENDIMIENTO (DEL CELEBRANO.)
NÁPOLES CAPILLA DE S. SEVERO.

sacristía, vasta y hermosísima sala cuyas paredes ostentan hasta 57 cuadros de los más célebres pintores. Allí está el Bautismo de Jesucristo, por Güido Reni; la Adoración de los Magos, de Sabbattini; el San Francisco, de Tintoreto; Jesús con la cruz á cuestas, por Bassano; la Virgen con el niño Jesús y San Juan, por Rafael; unos retratos del Spagnoletto pintados por él mismo; la Huida á Egipto, por Güido Reni. Es una bella galería de soberbios cuadros, que no se cansa de admirar el viajero.

Y todavía hay en San Felipe Nerí otros objetos de arte que dejan absorto al visitante. En la capilla de la Natividad una colección de estatuas de santos por el Bernini; en la de San Francisco, el cuadro del santo, calificado como la obra mejor acabada de Güido Reni; en la de Santa Inés el que representa á la misma santa, pintado por Pomarancio.

CAPÍTULO DÉCIMOTERCIO.

La Catedral de San Genaro.—La liquefacción de la sangre del santo.—El milagro.— Descripción del templo.—La Cartuja de San Martín.—El museo.—El gran Claustro.—La iglesia. —San Telmo.

YA era tiempo de encaminarse á la más bella y majestuosa de las iglesias de Nápoles, la Catedral de San Genaro. El Sr. Cura Icaza nos invitó á que fuésemos á presenciar el milagro de la liquefacción de la sangre del santo, que se obra tres veces al año, el primer sábado de Mayo, el 19 de Setiembre y el 16 de Diciembre, y se renueva durante los ocho días que siguen á los expresados. Estábamos en la octava del primero y diariamente se llenaba el vasto recinto del templo con los devotos napolitanos que acuden á venerar la reliquia, con los curiosos que van á presenciar este sobrenatural fenómeno y con los incrédulos que no dejan de ir para cerciorarse de si realmente se obra en los tiempos actuales un verdadero milagro.

Desde la víspera el padre Icaza en un círculo de peregrinos refería entusiasmado todos los detalles del portentoso suceso. Uno de los presentes en son de broma le decía:

—Pero, Padre, ¿usted cree que se verifica realmente la liquefacción?

—Sí, señor, contestaba el interpelado. Lo creo sin haberlo visto aún; porque lo atestiguan millones de católicos, protestantes y hasta indiferentistas que lo han presenciado. Lo creo, porque lo afirman escritores ilustrados de diversas

sacristía, vasta y hermosísima sala cuyas paredes ostentan hasta 57 cuadros de los más célebres pintores. Allí está el Bautismo de Jesucristo, por Güido Reni; la Adoración de los Magos, de Sabbattini; el San Francisco, de Tintoreto; Jesús con la cruz á cuestas, por Bassano; la Virgen con el niño Jesús y San Juan, por Rafael; unos retratos del Spagnoletto pintados por él mismo; la Huida á Egipto, por Güido Reni. Es una bella galería de soberbios cuadros, que no se cansa de admirar el viajero.

Y todavía hay en San Felipe Nerí otros objetos de arte que dejan absorto al visitante. En la capilla de la Natividad una colección de estatuas de santos por el Bernini; en la de San Francisco, el cuadro del santo, calificado como la obra mejor acabada de Güido Reni; en la de Santa Inés el que representa á la misma santa, pintado por Pomarancio.

CAPÍTULO DÉCIMOTERCIO.

La Catedral de San Genaro.—La liquefacción de la sangre del santo.—El milagro.— Descripción del templo.—La Cartuja de San Martín.—El museo.—El gran Claustro.—La iglesia. —San Telmo.

YA era tiempo de encaminarse á la más bella y majestuosa de las iglesias de Nápoles, la Catedral de San Genaro. El Sr. Cura Icaza nos invitó á que fuésemos á presenciar el milagro de la liquefacción de la sangre del santo, que se obra tres veces al año, el primer sábado de Mayo, el 19 de Setiembre y el 16 de Diciembre, y se renueva durante los ocho días que siguen á los expresados. Estábamos en la octava del primero y diariamente se llenaba el vasto recinto del templo con los devotos napolitanos que acuden á venerar la reliquia, con los curiosos que van á presenciar este sobrenatural fenómeno y con los incrédulos que no dejan de ir para cerciorarse de si realmente se obra en los tiempos actuales un verdadero milagro.

Desde la víspera el padre Icaza en un círculo de peregrinos refería entusiasmado todos los detalles del portentoso suceso. Uno de los presentes en son de broma le decía:

—Pero, Padre, ¿usted cree que se verifica realmente la liquefacción?

—Sí, señor, contestaba el interpelado. Lo creo sin haberlo visto aún; porque lo atestiguan millones de católicos, protestantes y hasta indiferentistas que lo han presenciado. Lo creo, porque lo afirman escritores ilustrados de diversas

creencias religiosas. Lo creo, en fin, porque estoy en medio de una población de más de medio millón de habitantes que tres veces al año son testigos de este prodigio extraordinario. Por lo demás, mañana tengo que verlo con mis propios ojos y no dudo que lo veré como lo han visto tantos otros, y confirmaré la creencia en que he estado de que el milagro es una realidad.

—Me permitirá usted, Padre, insistía el peregrino, que dude sobre la repetición de ese hecho que vd. cree tan bien averiguado. ¿Qué podría mover la voluntad de Dios á permitir que se obrase un prodigio de esa clase con las intermitencias que se asegura, cuando parecía más razonable que la sangre permaneciese líquida?

—Señor mío, nosotros no debemos atrevernos á penetrar en los altos designios de Dios. Sabemos por la Fe que el Autor de la naturaleza puede hacer que se verifiquen sucesos sobrenaturales; sabemos por la historia que los ha obrado ó permitido, en todas las edades del mundo, y con esto nos basta, para no dudar que el milagro que tan frecuentemente está presenciando Nápoles de mucho tiempo atrás, es verdadero. Ahora, el que no sea continuado se puede explicar muy satisfactoriamente en la alta sabiduría de Dios, para mayor ostentación de su poder. Si la sangre permaneciese líquida constantemente, los sabios del mundo pretenderían descubrir una causa natural en la existencia del fenómeno; mientras que verificándose éste solamente en ciertas fechas que tienen relación con los hechos más notables de la vida del Siervo de Dios, no podrían explicarlo naturalmente y tendrían que reconocerlo todos como una cosa sobrenatural. Por otra parte, ¿puede creerse que tantos sacerdotes, tantos prelados de la Iglesia que han tenido bajo su custodia la insigne reliquia, han podido ponerse de acuerdo para engañar con una criminal superchería á todo un pueblo en el cual si la mayoría es creyente, no han faltado incrédulos que tendrían complacencia en descubrir el fraude, para poner en evidencia á sus autores? Convengamos, pues, en que el milagro de la liquefacción, siendo un fenómeno que cae bajo

los sentidos y que lo han presenciado infinito número de personas, no puede ponerse en duda.

No era fácil replicar á tan sólidos argumentos, y el de la broma, no pudo continuar sosteniéndola.

—Mañana iremos, Padrecito, y veremos lo que hay de cierto en este extraño fenómeno; dijo, para terminar la disputa.

A las nueve de la mañana, acompañados del Padre Icaza, llegábamos á la soberbia Catedral de San Genaro. Un inmenso concurso llenaba su extensión, apiñándose principalmente en la capilla nombrada del Tesoro, en donde estaba obrándose la liquefacción de la sangre. Con gran trabajo, y merced al auxilio que nos prestaron los gendarmes, que dicho sea de paso, se muestran muy officiosos en Italia en favor de los extranjeros, pudimos llegar hasta la balaustrada, en donde un prelado de la Iglesia estaba mostrando al pueblo y daba á besar la reliquia. Los circunstantes lloraban y cantaban alabanzas al Santo Patrono de Nápoles. El Padre Icaza logró penetrar dentro de la barandilla: nosotros nos quedamos afuera, resistiendo los empujones y el impulso de la muchedumbre. Pocos minutos transcurrieron y llegó á donde estábamos el alto dignatario que conducía la reliquia. Mostrónos detenidamente el líquido de color rojo, encerrado en un frasco de cristal como de diez centímetros de largo por tres de ancho, curiosamente engastado en una especie de candelero de plata cincelada. Agitó el líquido en nuestra presencia, y después, haciendo la señal de la cruz, puso el frasco sobre nuestra cabeza y nos lo acercó en seguido á los labios. A pocos momentos el Padre Icaza arrodillado cerca de la escalinata del presbiterio veneraba la reliquia, examinando con escrupulosa mirada el interior del frasco, y con singular devoción besaba el exterior de sus paredes. Una lágrima de ternura vimos rodar por sus mejillas. Al salir de la capilla reunióse con nosotros y poseído de fervor religioso díjonos entusiasmado:

—Ya no tenemos más que ver, amigo mío; hemos presenciado un milagro; un milagro estupendo. ¿Y habrá quien dude todavía de la divinidad de nuestra Religión cuando está

confirmada con prodigios sobrenaturales como el que acabamos de atestiguar? Vámonos.

—Pero, Padre, ¿cómo nos hemos de ir si no hemos visitado todavía San Genaro? ¿Le parece á usted que este magnífico templo no merece que nos detengamos un buen rato admirando las bellezas que contiene?

—Es verdad, no había parado en ello la atención. Me tenía de tal manera absorto el milagro, que no me había fijado en que estamos dentro de la iglesia más rica y majestuosa de la opulenta Nápoles. Comenzaremos á ver el templo principal, mientras se desocupa la capilla en donde hay mucho que ver, según se me ha informado. Saldremos un rato á tomar el fresco para principiar nuestra visita desde la fachada.

La Catedral de San Genaro fué edificada en el sitio en que existieron dos templos paganos, uno consagrado á Apolo y otro á Neptuno. Su fundación se atribuye á Carlos I de Anjou y á su hijo Carlos II, bajo la dirección de Masuccio I. Destruída en 1456 por un terremoto, fué reconstruida por Alfonso I de Aragón. La fachada está siendo restaurada en la actualidad á expensas de la piedad napolitana: va muy avanzada la construcción de dos elegantísimas torres imitando el estilo primitivo. El Ayuntamiento de la ciudad para embellecer más el exterior de la iglesia hizo demoler las casas que existían á los lados y mandó sustituirlas con dos elegantes edificios de igual forma y perfectamente simétricos, que ayudan poderosamente á dar un hermoso aspecto á la plaza en cuyo centro se levanta el gigantesco monumento consagrado al culto del Patrón de Nápoles.

El interior de la Catedral tiene la forma de una cruz latina. El cardenal arzobispo Inigo Caracciolo, en 1667 había hecho cubrir con estuco las hermosas columnas de granito oriental; pero otro Caracciolo en 1837 hizo que volvieran á su estado primitivo. Este mismo prelado embelleció la nave principal y las laterales y el crucero tal como ahora se encuentran. El artesón de la techumbre es una obra clásica del siglo XVII y está decorado con cinco grandes pinturas de

raro mérito artístico. Los Apóstoles y los Doctores de la Iglesia que decoran las paredes en la parte superior de los arcos de la nave central, son de Luca Giordano, excepto San Cirilo y San Juan Crisóstomo, que fueron pintados por Solimena. Arriba de la puerta principal, se hallan los sepulcros de Carlos I de Anjou, de Carlos Martel, rey de Hungría, y de Clemencia su mujer. Sobre las puertas laterales hay dos cuadros del célebre Vasari, cuyas figuras representan personajes de la casa Farnesio; se asegura que el de la Natividad, la Virgen es el retrato de la sobrina de Paulo III, y este mismo Pontífice se reconoce en un San Francisco Javier, que se ve á la izquierda en un grupo de varios santos. En el crucero de la iglesia, á la derecha, excitan la admiración las magníficas tumbas y retratos de cardenales y de otros hombres eminentes, y sobre todos, el soberbio de estilo gótico que encierra las cenizas del Cardenal Enrique Minutolo, muerto en 1412. Son notables también un San Gerónimo de Giotto y las pinturas que decoran un altar portátil, atribuidas al mismo autor. En el lado izquierdo, llaman la atención un Cristo entre San Javier y San Atanasio, pintura bizantina del siglo XVIII, los frescos de la vida de San Atanasio y de un San Jorge á caballo, el monumento del Papa Inocencio IV, muerto en 1254, y la tumba del desgraciado rey Andrés de Hungría, estrangulado á la edad de 19 años por su mujer Juana I de Nápoles.

El altar mayor es una obra magnífica ejecutada por los hermanos Braeci, romanos, quienes modelaron también la gran escultura de la Asunción de la Virgen, que está arriba. En las paredes laterales hay dos muy buenos cuadros de gran tamaño; el de la derecha representa la traslación de los cuerpos de los santos Eutiquio y Acurio en tiempo de Esteban II, y el de la izquierda, la milagrosa derrota y expulsión de los vándalos de Nápoles. Aquel fué pintado por Corradi, éste es obra de del Pozzi, quien también ejecutó los frescos de la bóveda.

Cerca del altar mayor se descubre una escalera de mármol por donde se descende á la soberbia capilla de la familia

Carafa d'Andria, que se llama también "La Confesión de San Genaro." Allí descansan los restos del santo. Cierran la entrada de esta capilla unas magníficas puertas de bronce con primorosos bajo-relieves. La espléndida techumbre de mármol con bajo-relieves de un trabajo exquisito descansa sobre diez columnas de orden jónico bien talladas. En los intercolumnios hay doce nichos con altares ricamente decorados con tal primor de arabescos y esculturas, que solamente son comparables á los de las famosas logias de Rafael en el Vaticano. Debajo del altar mayor está el sepulcro de San Genaro, y delante de él, una bella estatua de Oliverio Carafa, arrodillado, denuncia el cincel de Miguel Angel, que la ejecutó. En el primer altar á la derecha se admira una Virgen pintada por el *Domenichino*.

Despejada ya del inmenso gentío la Capilla del Tesoro de San Genaro, entramos á visitarla. Llámase así por la gran cantidad de alhajas, de estatuas, bustos y otros objetos de preciosos metales que encierra. Por los años de 1526 y 1527, en que la epidemia causó espantosos estragos en el pueblo napolitano, hizo éste el voto de edificar una gran capilla á su Patrono; pero no pudo comenzarse la construcción hasta 1608 bajo los planos que levantó el teatino Grimaldi. Su costo fué de cerca de un millón de pesos. Esta capilla, rica en mármoles y en soberbias decoraciones, tiene la forma de una cruz griega: contiene siete altares con 19 estatuas en bronce, de tamaño natural y 45 bustos de plata representando á los Santos protectores. El altar mayor es de pórfido artísticamente decorado con relieves en plata y bronce dorado: la mesa se ve cubierta en la parte delantera por un bajo-relieve de plata, que representa la traslación de las reliquias de San Genaro de Montevergine á Nápoles, efectuada en 1497 por el Cardenal C. Carafa, á quien se ve á caballo conduciendo el sagrado depósito. El autor de esta obra maestra de orfebrería, G. Vinaccia, está representado allí en un hombre con anteojos que se halla colocado detrás del Cardenal. Al lado derecho del altar se admira el busto de San Genaro en plata y oro, que Carlos II hizo ejecutar en 1306, cubierto li-

teralmente de alhajas ofrecidas por muchos soberanos. Tiene dos pectorales riquísimos, uno de diamantes y zafiros regalado por la reina Carolina, y otro de brillantes y esmeraldas, obsequio de José Bonaparte. La mitra colocada sobre la cabeza del busto se ve adornada con multitud de piedras preciosas de varias clases, hasta el número de 3,600. Es en verdad deslumbrante la riqueza de joyas que adornan este venerable monumento de la piedad de los napolitanos. Y no se sabe qué admirar más, si el valor fabuloso de este magnífico tesoro, ó el singular fenómeno de haberse conservado á través de los años y de los siglos, sin que la codicia de los gobiernos haya puesto la mano sobre un tesoro de tanto precio. Si no se tuviese otra prueba de la verdadera devoción de los napolitanos á su insigne Patrono, bastaría esta sola para evidenciarla.

Pero si grande é incalculable es la riqueza de las joyas que guarda la capilla en plata, en oro y en pedrería, no es menor la que encierra en pinturas. Con decir que el *Domenichino*, el *Spagnoletto* y *Lanfranc*, han dejado allí sus mejores obras, dicho está que el tesoro de San Genaro es acaso uno de los más valiosos del mundo. No intentaremos describir esos magníficos cuadros: haremos mención solamente de una circunstancia que hace inestimables á los que se hallan en cinco de los altares principales y son obra del primero de los nominados artistas. Fueron los últimos lienzos que pintó el *Domenichino*. Acabósele la vida y no tuvo tiempo de ejecutar el sexto. Fué encomendado al justamente celebrado *Rivera*. Una Gloria que debía adornar la cúpula, tampoco fué terminada por aquel maestro. Encargóse á *Lanfranc* que la completase; pero éste, no atreviéndose á poner el pincel en donde había trabajado el *Domenichino*, hizo borrar lo que existía y la pintó de nuevo.

En la descripción de los edificios y monumentos de Nápoles no hemos podido seguir un orden metódico; los vamos describiendo según los fuimos visitando en nuestras cotidianas excursiones por la ciudad. Hemos procurado, sin embargo, dar la preferencia á las iglesias, porque estas son lo pri-

mero que debe visitar el viajero cristiano. Si hemos intercalado algunos otros edificios, es porque tropezando con ellos á nuestro paso, no podíamos seguir adelante sin detenernos á visitarlos. Aun cuando recorrimos otras muchas iglesias fuera de las que llevamos descritas, no daremos cuenta de ellas, porque son menos principales, y además porque haríamos interminable esta relación. De los más notables templos sólo nos falta dar alguna idea del de San Martín en la antigua cartuja de este nombre.

Atravesábamos la plaza de San Fernando, vacilábamos, con la guía en la mano, sobre la dirección que debíamos tomar, cuando uno de tantos cocheros, detuvo su carruaje delante de nosotros, diciéndonos:—¿Quiere usted que le lleve á San Martín?—Yo deseo ir á San Telmo.—Cabalmente se halla junto á San Martín; suba usted y visitará los dos edificios, repuso el cochero. Sin vacilar subimos al coche. Después de recorrer la vía Roma, pasando por la Plaza del Dante, en la cual se halla un soberbio monumento dedicado al gran poeta, continuamos por la calle *Conte della Cerra* y siguiendo por la *Strada San Gerónimo*, principiamos á subir por una suave pendiente atravesando el pequeño arrabal de *San Genarello* y avanzando por la *Strada Torrione di S. Martino*, llegamos á la célebre Cartuja, cuyo aspecto exterior es más bien el de un castillo que de monasterio. Habíamoslo tomado por San Telmo, que se halla á la espalda. El cochero nos sacó del error deteniéndose á la entrada y diciéndonos:

—Aquí está San Martín.

Encantadora es la posición de este edificio, porque edificado sobre una elevada colina, deja ver casi en toda su extensión el bellissimo panorama de Nápoles y sus alrededores.

La Cartuja fué fundada en 1325 por Carlos, duque de Calabria, hijo de Roberto de Anjou, sobre el sitio en que estuvo edificada una casa de recreo de los antiguos reyes. De la primitiva iglesia y convento nada queda: lo que hoy se ve, data del siglo XVII y se debió á la energía y constancia de *Saverio Turboli*, prior de los religiosos de la orden de San Bruno, que gastó allí considerables sumas. Es sin duda una de

las cartujas más bellas de Italia por su construcción, por su situación, y por las magníficas obras de arte que allí se conservan. El soberbio claustro fué ocupado en 1800 por los franceses, quienes obligaron á los religiosos á desocuparlo. Cuatro años después lo recobraron y á poco fueron nuevamente arrojados á la calle por los mismos franceses, que transformaron el convento en hospital para inválidos. Hasta 1836 volvieron á tomar los cartujos posesión de su casa y permanecieron en ella hasta 1866, en que á consecuencia de la supresión de las órdenes monásticas en Italia, la Cartuja fué declarada propiedad del Estado. El Gobierno, es justo decirlo, no permitió que un monumento de la importancia de San Martín corriese la suerte que han tenido tantos otros edificios de que fué despojada la Iglesia, y confió su cuidado á la Dirección del Museo Borbónico, que no sólo ha conservado las preciosidades que guardaba, sino que ha reunido allí otra multitud de objetos curiosos que se relacionan con la historia de Nápoles, formando un pequeño museo digno de ser visitado.

No describiremos uno por uno aquellos objetos; pero haremos mención de los más notables. Armarios é inscripciones que pertenecieron á *Porta Medina*, á *Porta Constantinopoli* y *Castel Nuovo*, una lancha que sirvió para el desembarque de Carlos III en 1735, un magnífico carruaje dorado con pinturas de Solimena, que servía al virrey de Nápoles para presentarse en público el primer día del año, acompañado de los Consejeros municipales cerea del Rey: catorce estandartes religiosos del siglo XVII, con símbolos de la Virgen María, que fueron conducidos en procesión por el pueblo durante la peste que asoló á Nápoles en 1656. Todos estos objetos están colocados en una sala adornada con muy buenos frescos de *Matteis*, que representan á San Bruno arrojando á los endemoniados.

En el antiguo refectorio se muestran diversos relieves de fortalezas del antiguo reino de las Dos Sicilias; San Telmo con la Cartuja, la península de Gaeta con sus fortificaciones superadas por la torre de Orlando, Siracusa, *et cétera*. Al re-

dedor de la sala se ven uniformes militares de los ejércitos de Carlos III, de Fernando II y de Murat.

El pequeño museo instalado en la Cartuja, consta de seis salas, cuyo contenido merece mencionarse siquiera en conjunto. En la primera que vimos á la derecha, se encuentra una curiosa colección de objetos antiguos de iglesia, como misales, grandes libros de coro, vasos y ornamentos sagrados de plata y oro. La reforma en Italia ha sido menos insensata que en otras naciones: no se ha atrevido á mandar al mercado ó á la fundición los ricos utensilios de que despojara á las iglesias suprimidas: ha tributado á las obras de arte el respeto que merecen y las conserva en sus museos. La segunda sala encierra multitud de objetos de distintas clases, que no pueden ser comprendidos en una sola clasificación. En la tercera existe la colección más valiosa acaso de cristales venecianos, y en un armario en el fondo se admiran las bellísimas porcelanas de Sèvres y de Capodimonte, entre las cuales llaman la atención dos hermosísimos vasos que llevan los retratos, el uno de Francisco I y el otro de su esposa la reina Isabel. En la cuarta sala están coleccionadas las famosas lunas antiguas de Venecia. En la quinta se guardan interesantes recuerdos históricos, tales como los trajes á la española de los virreyes y de los decuriones napolitanos en tiempo de los Borbones, el sombrero del famoso Cardenal Ruffo, que el 13 de Junio de 1799 se apoderó de Nápoles, para abatir la República napolitana y restablecer en su lugar el reinado de los Borbones; la armadura que llevaba Alejandro Poerio en 1848 en el asalto de Venecia, en el cual pereció; un vestido del otro Poerio, Carlos, de quien tanto se ocupó el mundo político con motivo de los sucesos de 1848, condenado por sus exaltadas opiniones liberales. La sexta sala encierra una valiosísima colección de porcelanas llamadas *biscuit* de la antigua fábrica de Capodimonte. Las figuras representan asuntos mitológicos, escenas campesinas, costumbres napolitanas, etc.

Saliendo del museo se pasa al llamado "Gran Claustro," que está considerado como una de las maravillas del arte, y

fué dirigido en su construcción y ornamentación por el afamado Cosme *Fanzanga*. Los soberbios pórticos de columnas corintias están enriquecidos con un gran número de estatuas de santos en bellísimos mármoles. En el centro hay una especie de cisterna que tiene á un lado el cementerio, cercado con un balaustre de mármoles escogidos superado de cráneos humanos artísticamente esculpidos. Debajo de los pórticos ó corredores, se hallan las celdas de los religiosos. Llama la atención al visitar este magnífico claustro, cómo las órdenes monásticas protegían las artes en tan espléndida escala. Esa comunidad de cartujos de San Martín, los frailes más humildes acaso que antaño hubo entre las familias regulares, los más pobres para vestirse y alimentarse, no hacían escrúpulo en gastar fuertes sumas que ponía á su disposición la caridad cristiana, en fomentar las artes y proteger á los artistas, erigiendo y decorando una iglesia y un monasterio que habían de ser famosos en los siglos venideros. Esos hombres no hacían uso de las pingües limosnas que recibían, para procurar su regalo. Dentro de esos soberbios edificios se hallaban las celdas del pobre cenobita entregado á la contemplación de las cosas del Cielo y á la oración encaminada á pedir á Dios por los que vivían en el mundo entregados al ocio, á la disipación y á los placeres.

Entremos en la iglesia para convencernos del buen empleo que los frailes de San Martín daban á los dineros con que eran socorridos por sus bienhechores. Desde luego se apodera del visitante el asombro y la admiración al ver un conjunto de bellezas de primer orden por doquier que tiende la vista. El altar mayor, de madera, proyectado por Solimena; la balaustrada enriquecida con mármoles, admirable por la delicadeza del dibujo y de la escultura; el pavimento cubierto con riquísimo mosaico también de mármol, obra del cartujo Buenaventura Presti; los festones de mármoles de colores que adornan los arcos de las capillas y los pilares de la nave principal, obra de exquisito gusto y acabada ejecución. Pero lo que verdaderamente sorprende y arrebató por su elegancia y perfección inimitable, son los doce grandes rosetones azules de

granito egipcio de una sola pieza, engastados en las arcadas de las capillas. No pueden pasarse en silencio los doce apóstoles que se hallan pintados entre las ventanas y la bóveda, que así como la Ascensión que decora esta última, son obra del muy espiritual y correcto *Lanfranc*, de quien ya hemos hecho mención anteriormente. Arriba de la puerta de entrada se adivina la obra maestra de *Stanzioni*, El Descendimiento, destruida casi por el celo de Ribera, que aconsejó á los padres lo lavasen con una agua preparada por él con sustancias corrosivas. Los religiosos llegaron á descubrir el engaño y suplicaron al autor del cuadro que lo restaurase. *Stanzioni* se negó á ello para dejar á los pósteros un recuerdo de la perfidia de su rival. A los lados de esta pintura están Moisés y Elías, obra del *Spagnoletto*, quien pintó además los doce cuadros que cubren las esquinas de los arcos superiores de las capillas y representan efigies de patriarcas y profetas de la Ley antigua. A los lados de la puerta de entrada aparecen dos estatuas de mérito, San Juan y San Zacarías, cinceladas por *Fanzanga* y acabadas de modelar por Antonio *Vaccaro*.

A trueque de parecer minuciosos y difusos en nuestro relato, tenemos que describir cada una de las capillas laterales, porque son objeto de admiración de los visitantes por la riqueza que encierran en mármoles, en pinturas y esculturas y por la gracia y el arte con que todo está ejecutado. Cuatro son las capillas que se hallan situadas de cada lado de la gran nave. La primera de la derecha, viniendo del presbiterio, está dedicada á la Asunción de la Virgen, cuyo asunto fué hábilmente representado por *Francisco de Mura* en un bello cuadro que se ve arriba del altar. Del mismo autor son las pinturas de los lados, la Anunciación y la Visitación. Los frescos de la bóveda, que contienen episodios de la vida de María, salieron del pincel de *G. Caracciolo*. Dos estatuas muy bellas, que simbolizan la Pureza y la Recompensa, fueron cinceladas por *Sammartino*.

Consagrada á San Bruno la capilla que sigue, ostenta pinturas y frescos del afamado *Stanzioni*, entre las cuales la

más notable es el cuadro que representa al Santo Fundador leyendo á sus religiosos las reglas de la Orden. Las dos estatuas que personifican la Soledad y la Penitencia revelan el talento y la habilidad de su autor *Vaccaro*. En los frescos de la bóveda se halla pintada la vida de San Bruno.

Espléndida por las piedras es la tercera capilla destinada al culto de San Genaro. Arriba del altar, decorado artísticamente con preciosos mármoles, se destaca un soberbio bajo-relieve entre dos columnas de verde antiguo. Obra maestra de *Vaccaro*, hace ver á San Genaro arrodillado delante de la Santísima Virgen, á quien está entregando, por mano de los ángeles, las llaves de la ciudad de Nápoles. Cuatro bustos de los evangelistas y dos estatuas de la Fe y el Martirio, ejecutadas con maestría por el mismo escultor, se agrupan á los lados del altar, completando el admirable conjunto de belleza que admiran los inteligentes. Dos pinturas de *Caracciolo* muestran dos episodios del martirio del Santo en las paredes laterales, y en la bóveda su vida es el asunto que desempeñó hábilmente *Belizario Corencio*.

En el peristilo de entrada está la cuarta capilla, nombrada de San José. La paredes cubiertas de estuco ostentan cinco muy buenos cuadros sobre algunos pasajes de la vida del Santo, que, así como los frescos del techo, son originales de *Paolo de Matteis*.

Del lado izquierdo, en frente de la anterior, está situada la capilla de San Martín. El cuadro del altar representa al patrono de la cartuja en traje de obispo. Admirable obra del eminente artista *Annibal Carracci*, conocido más comúnmente por *Caraccio*, este cuadro bastaría para hacer célebre el monumental edificio levantado por los hijos de San Bruno. Acompañan al cuadro dos magníficas estatuas de la Caridad y la Constancia y cuatro grupos de ángeles ejecutados por el renombrado *Sammartino*. Las otras pinturas son de Solimena y los frescos de *Finoglia*.

A esta capilla sigue la de San Juan Bautista, en la cual el cuadro del Precursor, tiene de notable haber sido pintado por *Carlos Maratta* á la edad de 85 años. Las estatuas late-

rales, que personifican la Gracia y la Providencia, se deben al cincel de *Vaccaro* y las pinturas y frescos al pincel de *Paolo de Matteis*.

La inmediata, llamada de San Hugo, está enriquecida con una buena pintura de *Stanzioni* en el altar y á los lados del mismo dos pequeños cuadros de *Miguel Angel*. Hay también una Cena de *Ribera*. Las restantes pinturas y frescos son de *Vaccaro*, de *Botiglieri* y de *Corenzio*.

El propio *Vaccaro* y *Caracciolo* se encargaron de embellecer con obras de sus celebrados pinceles la Capilla del Santo Rosario, que está contigua al presbiterio en el lado izquierdo.

Es necesario detenernos en la sacristía y allí admirar primeramente los armarios decorados con hermosos mosaicos de madera, ejecutados por el artista flamenco *Arrigo Utrech* en 1598, los frescos de la bóveda que se atribuyen al caballero *d'Arpino*, un San Pedro negando á su Maestro por *Caravaggio*, y la escalera, obra arquitectónica de *Vasari*.

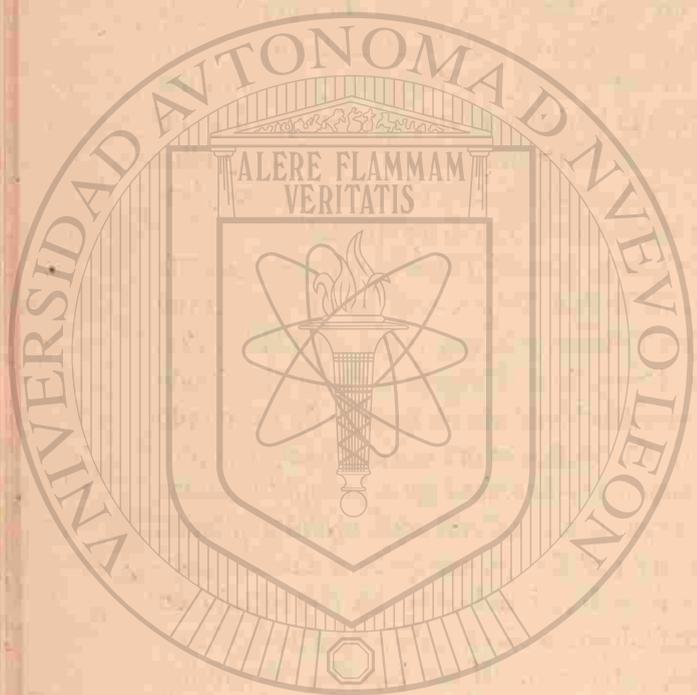
De la sacristía pasamos á la capilla del Tesoro, en donde se guardaban los objetos de oro y plata. Es admirable el altar por las ricas piedras que lo adornan, pero mucho más por el célebre cuadro del Descendimiento, original de *Ribera*, obra incomparable ejecutada en un concurso en el cual se disputaron el premio el *Spagnoletto* y *Stanzioni*, habiendo obtenido el triunfo el primero. Los que han visto el Descendimiento de Rubens vacilan en calificar cuál de los dos tiene mayor mérito artístico. La animación y el relieve de las figuras son las dos cualidades que más admiran los inteligentes en el cuadro de *Ribera*.

No se puede salir de la iglesia de San Martín antes de haber visitado el coro de los religiosos. Decorado en sus paredes y bóveda con bellísimos frescos del caballero *d'Arpino*, ostenta un Crucifijo de incomparable expresión, obra de *Lanfranc*, una Natividad del admirable *Guido Reni*, cuadro que la muerte del autor dejó sin concluir, la Comunión de los Apóstoles, por *Ribera*, pintura muy estimada, el Lavatorio de los pies, de *Caracciolo*, composición bellísima, la Institu-

ción de la Eucaristía, por *Pablo el Veronés*, y dos magníficas estatuas, la Pureza, obra de *Presti*, y la Obediencia, del renombrado *Bernini*. El facistol, por último, es una maravilla de arte, soberbiamente tallado por el cartujo *Presti*.

Apenas puede concebirse que una orden mendicante como eran los Cartujos de San Martín, á fuerza de energía y de constancia y sin otro elemento que la munificencia de los devotos, pudiese llevar á cabo tan costosas y admirables obras como encierran la iglesia y el monasterio, que á grandes rasgos acabamos de describir. ¡Felices tiempos aquellos en que las limosnas de los fieles eran tan abundantes y sabían emplearse de una manera tan maravillosa!

Saliendo de la Cartuja nos dirigimos al antiguo castillo vulgarmente llamado de San Telmo, que en su origen fué conocido por de San Erasmo, y lo construyó en 1345 *Giaco-mo de Sanctis* bajo el reinado de Roberto el Sabio; habiendo sido ensanchado considerablemente en tiempo de Fernando I de Aragón en el año 1458. Sus enormes murallas y sus profundos fosos, así como sus extensas galerías subterráneas que se asegura estuvieron comunicadas con el Palacio Real, hacían del castillo en aquel tiempo una fortaleza inexpugnable. Hoy está bastante deteriorado y se ha convertido en prisión militar, habiéndose sacado la artillería y todo el material de guerra que guardaba. Dícese que el gobierno italiano trata de armarlo nuevamente. Desarmado como está sin embargo y á pesar del deterioro que ha sufrido, su aspecto es muy imponente: es un verdadero castillo de la Edad media.



CAPÍTULO DÉCIMO CUARTO.

El Palacio de Capodimonte.—Caserta. El Palacio. El Parque. El Jardín inglés.—El Puente de la Valle.—El Cementerio.

AL solicitar el permiso para visitar el Palacio Real de Nápoles en la mayordomía del mismo, entregan al viajero una tarjeta que da derecho para visitar también las otras dos residencias reales, el Palacio de Capodimonte y el de Caserta. Circunstancias que no es del caso referir, nos impidieron acompañar á un grupo de nuestros amigos á la visita del segundo; pero no por eso dejaremos de hacer una breve descripción de él, refiriéndonos á lo que nos platicaron el Padre Icaza y el Padre Rodríguez, á quienes cedimos nuestra tarjeta.

El Palacio de Capodimonte, situado en la colina de este nombre, es hoy un verdadero Museo que encierra mil preciosidades que encantan la vista. Enriquecido con una gran colección de los mejores cuadros de artistas contemporáneos, así como de muy bellas esculturas modernas, puede considerarse como una de las galerías más notables en su género, no sólo de Nápoles, sino de Italia. Objetos artísticos de otra clase hállanse allí coleccionados en espléndidos salones; tales son las porcelanas de la antigua fábrica de Capodimonte, las figuras en barro cocido de pastores y animales, ejecutadas por Sammartino y Polidoro, los magníficos servicios

de mesa de Viena con preciosas miniaturas, y las variadas y exquisitas piezas de porcelana china.

Es notable también la galería de retratos, entre los cuales merecen especial mención los de la familia Bonaparte y los de los príncipes reales de Polonia.

Es verdaderamente rica la colección de armas que colocada en varios salones con una disposición admirable, contiene objetos curiosísimos de esta especie, muchas de las cuales reconocen origen muy antiguo.

Llamó mucho la atención á nuestros compañeros una sala cuyas paredes se ven cubiertas del piso al techo con exquisitas porcelanas de un mérito sin igual. Grandiosos y de un lujo deslumbrante son la sala de baile y el comedor, este último ostentando un hermoso pavimento sacado de una quinta de Tiberio en Capri.

No es menos digno de visitarse el bellissimo y extenso parque anexo al Palacio, al cual se entra por un soberbio enverjado de fierro. A la entrada se ve un elegante hemicielo formado con árboles de espeso follaje cortados simétricamente, de donde parten varias calles que se extienden hasta perderse de vista y conducen á sitios amenos en que se hallan un magnífico establo de vacas, la preciosa estancia de los faisanes y una pintoresca ermita que en otro tiempo fué ocupada por religiosos capuchinos.

El Palacio de Capodimonte fué comenzado por Carlos III en 1738 y lo concluyó Fernando II en 1839.

Para aprovechar el permiso que se nos concedió de visitar las tres residencias reales que existen en Nápoles, debíamos salir de la ciudad y dirigirnos á Caserta, la preciosa villa de hermosas calles formadas con elegantes edificios de construcción moderna. Nos detendremos en la plaza llamada *Vanvitelli*, admirando el soberbio monumento erigido á la memoria del célebre arquitecto de este nombre, que dirigió el Palacio y algunos otros edificios notables. Veremos no muy distantes las ruinas de la antigua Caserta, que todavía se conservan en la mesa de una colina en donde fué edificada la ciudad por los lombardos en el siglo VIII. Es digna de ad-

mirarse la Catedral, en donde permanecen en pie multitud de sarcófagos antiquísimos.

El magnífico Palacio Real, que con razón es llamado el Versailles de Nápoles, está situado casi enfrente de la garita del camino de fierro, teniendo á sus lados los grandiosos edificios que fueron destinados para cuarteles de caballería. Monumento de arquitectura el Palacio, fué construido por el artista de quien hicimos mención, por orden de Carlos III en 1752. La fachada exterior tiene 253 metros de largo por 41 de altura. Entrando por la puerta de en medio, se halla el visitante en un suntuoso pórtico revestido completamente de mármol, dividido en tres vestíbulos, cuyas bóvedas están recibidas en 64 columnas de mármol de Sicilia. En el del centro se abraza á golpe de vista el hermoso parque con su espléndida cascada en el fondo y en primer término el interior del Palacio con sus cuatro patios perfectamente simétricos. En el de la izquierda se descubre la entrada al Teatro, que se compone de cuarenta palcos repartidos en tres pisos y está decorado con diez y seis hermosas columnas corintias, que fueron sacadas del templo de Serapis en Pouzzoles. A la derecha, delante de una gran estatua de Hércules, se admira la soberbia escalera por la cual se sube á los departamentos reales. Obra única en su género, es toda de mármoles riquísimos y consta de 116 escalones de una sola pieza. Objeto de admiración de los inteligentes, merece ser conocida por la descripción que de ella hizo y por las impresiones que al subirla recibió un ilustre viajero de real estirpe. (1) Séanos permitido trasladar aquí unos renglones de las memorias escritas por tan elegante pluma.

«Las paredes de la doble escalera parecen revestidas de damasco de mármol; tan juntas así están las lápidas que forman como una tela continua, tan maravilloso es el gusto con que los colores están combinados: aquella escalera se considera como la obra maestra que existe en su género. Las ricas venas se entretejen haciendo ingeniosas figuras para for-

(1) El infortunado príncipe Maximiliano de Austria.

mar el tapiz más grandioso y más sólido que se haya dispuesto alguna vez por manos de artista para el armamento de un palacio.

«La escalera de Caserta es verdaderamente digna de la Majestad real. ¿Qué cosa más magnífica que figurarse al soberano colocado en la parte más alta y como resplandeciente con el brillo del mármol que lo rodea y dejando llegar hasta él á los humanos? La multitud sube respetuosamente, el soberano envía miradas graciosas, pero que caen de arriba: él, el poderoso, el que manda, se adelanta hacia ellos con una sonrisa de augusta bondad. Que Carlos V, que María Teresa aparezcan en lo alto de esa escalera, y yo quisiera ver al que no inclinase la cabeza ante la majestad que ha recibido de Dios el poder. El fundador de Caserta ha indicado bien que todo poder viene del Cielo, porque el vestíbulo octógono conduce inmediatamente á la capilla, santuario de aquel inmenso edificio. Los tiempos varían y los hombres con ellos. Yo me imagino que en medio de esas montañas de mármol pulido y de esa sinfonía de colores formada con la piedra, los fracs negros deben hacer la misma figura que las efimeras sobre un manto de púrpura. Yo también, pobre efimera, sentí brotar en mí el orgullo, como lo había experimentado ya en el palacio de los duxes de Venecia, y pensaba cuán agradable debe ser en ciertos momentos, demasiado solemnes para ser frecuentes, estar en la cumbre de una escalera semejante y poder dejar caer la mirada sobre los demás, sintiéndose uno el primero, como el sol en el firmamento.»

Acabando de subir la magnífica escalera, nos encontramos debajo de un elegantísimo vestíbulo octógono, desde donde se dominan con la vista los cuatro grandes patios; llenándonos de admiración el esplendor, la riqueza y la abundancia de los mármoles, su arquitectura y lo exquisito de su decoración. Frente á la escalera, en el centro del vestíbulo, sorprende el artístico grupo de Carlos III sentado sobre un león, teniendo á sus lados las estatuas del Mérito y de la Verdad. En la bóveda llama la atención el bellissimo fresco de *Staracio*, que representa la figura de Apolo rodeado de las musas, y más abajo las cuatro estaciones.

Del vestíbulo se pasa inmediatamente á la capilla adornada con preciosas piedras de lapizlázuli y con hermosos dorados: sobre la puerta de entrada se destaca la tribuna real y á los lados otras para los dignatarios de la corte: las paredes ostentan muy bellos cuadros.

Saliendo de la capilla, éntrase á la derecha al salón de los Alabarderos, amplio, de artísticas proporciones y decorado con magnificencia. Es notable la bóveda por la pintura que la cubre, del escudo de los Borbones sostenido por la Virtud.

De este salón se pasa al de los Guardias de Corps, lujosa estancia adornada con doce bajo-relieves que representan las doce provincias del antiguo reino de las Dos Sicilias, y con un grupo en mármol de Alejandro Farnesio, vencedor de Flandes, coronado por la Victoria.

No es menos suntuosa la sala de Alejandro, así llamada por el gran medallón que la decora, en el cual se halla esculpida la efigie del rey de Macedonia, y por la pintura de la bóveda en que está representado el matrimonio del mismo con Rojana.

A la derecha siguen otras dos salas bien decoradas con mármoles italianos y extranjeros y con profusión de molduras y dorados; una se llama de Marte por referirse á episodios mitológicos de este dios las pinturas que la adornan, y la otra de Astrea, por la pintura de la Justicia que cubre la bóveda.

De esta sala se pasa á la del Trono, de gran capacidad, pues mide 35 metros de largo por 8 de ancho y 26 de altura, y de una singular magnificencia. El pavimento está cubierto con exquisitos mármoles; las paredes y el techo brillan por la ornamentación y el dorado; los marcos de las puertas y ventanas son de granito rojo oriental; los frisos y las cornisas, de mármol de Africa ó de amarillo antiguo. En 46 medallones se hallan los retratos de los reyes de Nápoles y de Sicilia, desde Rogerio el Normando hasta Francisco de Borbón. En la bóveda una bella pintura de *Mandarelli* representa la fundación del Palacio: se ve al arquitecto *Vanvitelli* que está mostrando los planos á Carlos III. ®

Del lado opuesto al en que se hallan los salones que llevamos descritos, está el departamento particular del rey. Consta de cuatro magníficas estancias en cuyas bóvedas se admiran otros tantos frescos hermosísimos que representan las cuatro estaciones del año. La cámara del tocador, cubierta de espejos de gran tamaño, y decorada con elegantes molduras, es

verdaderamente espléndida. Todo este departamento está amueblado como lo dejaron los Borbones. En una de esas cámaras murió en el año de 1859 Fernando II.

Después de visitar estas habitaciones, se desciende al Parque pasando por la gran verja que cierra el fondo del patio principal.

La belleza de este hermosísimo parque consiste en la abundancia de agua de que disfruta y se halla distribuida caprichosamente en cascadas, surtidores, lagos, estanques y fuentes, en que se ha cuidado de asociar con primor y con un gusto admirable la naturaleza al arte, presentando conjuntos que recrean la vista y embelesan el ánimo. Entrando en la gran avenida central á pocos pasos se toma á la izquierda la calzada que conduce á una preciosa casa que imita una pequeña fortaleza rodeada de agua. A corta distancia un lago encantador de cristalinas ondas, tiene en el centro un pintoresco *chalet*, construido con gracia indescriptible. Tomando después á la derecha para volver á la gran avenida se encuentran dos soberbias fuentes, la llamada de los Delfines, por las figuras mitológicas que la coronan, y la de Eolo, que es notable por la espléndida cascada que allí se despeña; teniendo debajo una gruta desde la cual se goza del sorprendente efecto que produce la vista del parque y del palacio en el fondo, á través de las transparentes aguas. Saliendo de la gruta se sube por unas rampas laterales adornadas con estatuas que representan los vientos, y costeano á la orilla de los depósitos de agua que están dispuestos en gradería, se sigue subiendo hasta la fuente de Ceres, cuya estatua se ve acompañada de un numeroso cortejo de ninfas y de dragones alados. Continuando la ascensión, se encuentra otra fuente adornada con blanquísimos mármoles de Carrara, que representan á Venus seguida de ninfas y de cazadores. Llegando, por fin, al último depósito que recibe las aguas que bajan del Monte Briano y van á romperse con encantador estruendo sobre rocas dispuestas con admirable gusto y naturalidad, se ve de cerca la fuente de Diana y Acteón: éste representado en un monstruo mitad hombre y mi-

tad ciervo, es perseguido por sus perros; Diana acaba de arrojar al sacrilego en el agua en que estaba bañándose. Por otras dos rampas laterales se sube todavía más á una gruta artificial desde donde se ve saltar el agua y se goza del bello panorama del parque, del castillo y de las fértiles tierras de la Campania.

No debe abandonarse Caserta sin visitar el magnífico Jardín inglés, que se halla separado del parque por una verja de hierro. Este gran jardín fué comenzado á plantar por orden de Carolina de Austria y está formado con grandes camellones, que encierran una bellísima y variada colección de plantas. Majestuosos plátanos, erguidos cedros del Líbano, esbeltas palmas y otros árboles hermosísimos hacen el más bello adorno de aquel sitio. Un manso arroyuelo serpentea en un pequeño bosque, en donde se ocultan entre el follaje las ruinas de un templo imitando el antiguo, á las cuales sigue un pequeño lago. Es un lugar tristemente poético, muy á propósito para entregarse á la meditación.

No lejos del Palacio que hemos descrito, se descubre otro castillo, el de Lencio, que en otro tiempo era casa de recreo para los reyes. Hoy está convertido en una gran fábrica de seda, que no tuvimos tiempo de visitar.

Habíamos omitido hacer mención de un gran monumento contemporáneo en su construcción al Palacio de Caserta, obra del mismo arquitecto *Vanvitelli*. Nos referimos al Puente "de la Valle," mandado construir por Carlos III para conducir el agua á la famosa cascada de que hicimos arriba mención. Tiene más de medio kilómetro de largo por una altura de 58 metros en su mayor elevación. Se compone de tres órdenes de arquerías superpuestas y la más elevada termina en una extensa galería que se puede recorrer de una á otra extremidad. Cuando contemplábamos esta gigantesca obra ejecutada por iniciativa de un gran rey y bajo la dirección de un genio en el arte, recordamos las impresiones que habíamos recibido al atravesar el puente de Brooklin en Nueva-York. ¡Qué distancia tan inmensa entre ese feo armazón de fierro y madera y aquel imponente y hermoso monumento!

Cuando no haya ni memoria del puente americano, el acueducto italiano permanecerá en pie conduciendo el caudal de agua que alimenta la soberbia cascada y recibiendo sobre sus arcos á los visitantes que recorren diariamente sus galerías. Alguna semejanza tiene este inmenso acueducto con el que construyeron los jesuitas cerca de Zempoala, para llevar el agua á la población.

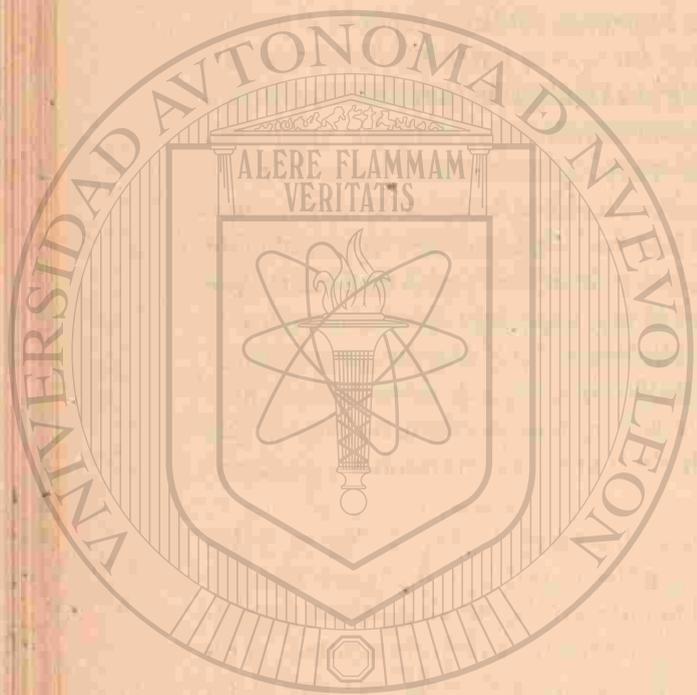
Imposible habría sido visitar en cinco días los principales monumentos, edificios y establecimientos que encierra Nápoles y embellecen sus alrededores en un radio de considerable extensión. Hemos dado cuenta de algunos y en la relación del viaje de regreso daremos á conocer otros que pudimos recorrer muy á la ligera en los días que nos detuvimos á la vuelta. Para cerrar este capítulo nos detendremos un momento en la descripción del Cementerio católico, uno de los más bellos de Europa. Separadamente daremos noticia de dos excursiones importantes, la de Pompeya y la del Vesubio.

El Cementerio llamado Camposanto, comenzado á construir por los franceses en tiempo de Fernando II, fué embellecido y ensanchado, y posteriormente ha recibido notables mejoras. Su posición sobre la pendiente de una colina, ofrece muy hermosas vistas en la llanura de los *Paludi*. Entrando por el lado Norte se puede observar desde luego la parte posterior de un templo levantado á expensas del Municipio. Los liberales italianos, menos intolerantes que los nuestros, al quitar á la Iglesia la administración de los panteones, no han pretendido despojarlos de su carácter religioso, y antes bien, han procurado conservárselo, fieles á las tradiciones de sus mayores y observantes del precepto de aquella sabia legislación romana, que declaraba *lugar religioso el en que era sepultado un cadáver humano*. Prueba patente de ello es el magnífico templo á que aludimos, el cual forma un gran patio rectangular circundado de una elegante columnata de orden dórico, teniendo en el centro la estatua colosal de la Religión. Al derredor del templo se levantan

ciento dos capillas funerarias, propiedad de diversas congregaciones religiosas y de algunas familias particulares.

Descendiendo al lado opuesto por la gran escalera que hace frente á la entrada principal del templo, se descubren ricos monumentos de mármol debajo del corredor. Por la parte de afuera en los hermosos jardines separados por bellas avenidas y senderos tortuosos, entre las flores, los mirtos y los cipreses, se elevan tumbas de todas clases y de varias dimensiones coronadas muchas con atributos que llenan de tristeza el alma. No muy distante de este sitio hay uno reservado para los hombres ilustres. Avanzando un poco más sorpréndese la vista con la variedad y número incontable de capillas de congregaciones y de monumentos de familias que se descubren por todos lados, cuyo lujo arquitectónico y la profusión de mármoles contrasta con el lúgubre recuerdo que evocan de los seres queridos que se han ausentado de nosotros. No puede formarse idea, sino viéndolo, de todo lo que el arte ha reunido allí de riqueza en mármoles y en esculturas.

Nada cristiana en verdad, esta profusión de objetos de lujo colocados sobre los sepuleros, obedece á un sentimiento de vanidad desgraciadamente arraigado ya en todos los países civilizados. Digna es de censura y debería abolirse, si no fuese uno de los grandes elementos de vida que hoy tiene el arte, desde que empobrecido el clero y despojada la Iglesia, los artistas perdieron la inmensa protección de que gozaban en tiempos anteriores.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPÍTULO DÉCIMOQUINTO

Pompeya.—Impresiones.—Bosquejo histórico.—Descubrimiento.—Las murallas.—Las calles.—Las casas.—Los templos.—La Basílica.—El *Forum civile*.—El *Forum triangulare*.—Los teatros.—Las termas ó baños públicos.—El Anfiteatro.—Las tumbas.

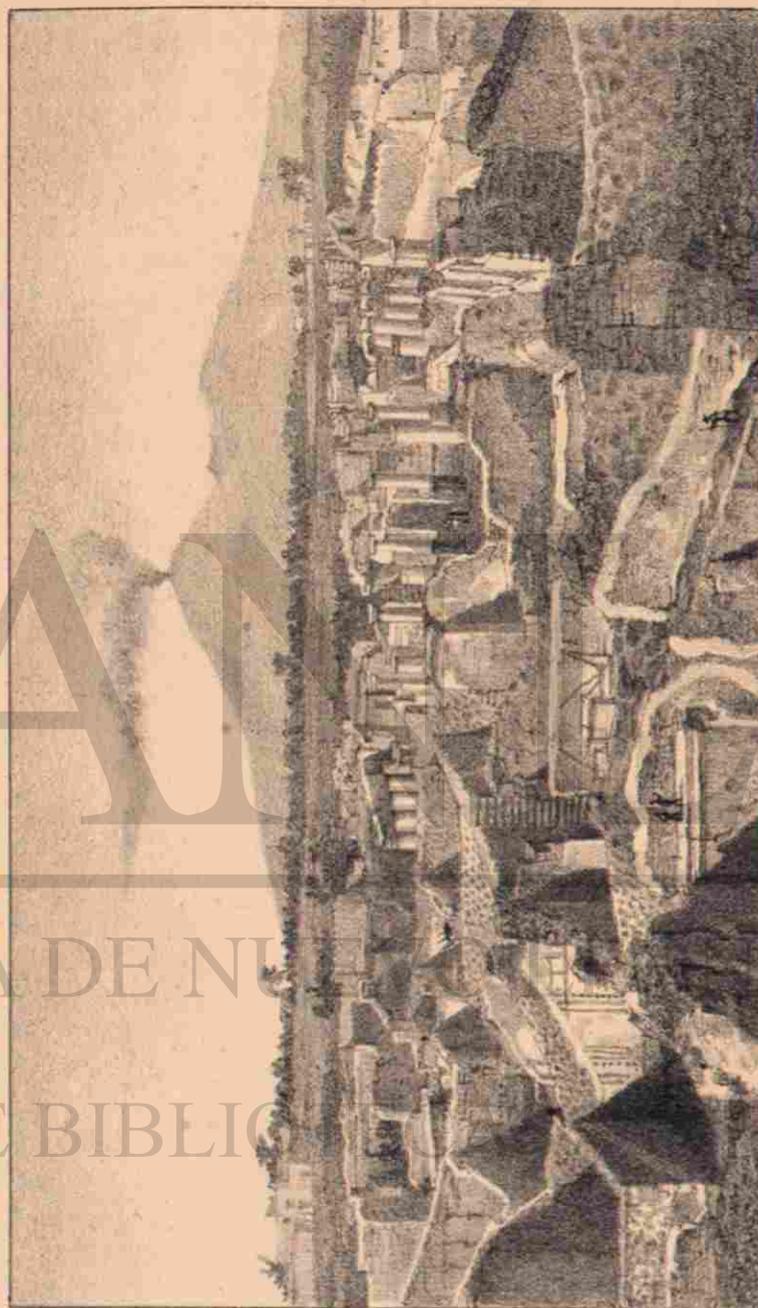
Pocos de nuestros romeros abandonaron la bella Parthenope sin haber visitado la célebre ciudad que casi diez y ocho siglos estuvo sepultada bajo las cenizas del Vesubio. Pompeya tiene gran atractivo para el viajero, y muchos atraviesan el Mediterráneo sólo por visitar las famosas ruinas de una ciudad que después de estar ignorada muchos siglos, reapareció como por encanto de entre las lavas volcánicas, para presentar á nuestra vista como en libro abierto la historia olvidada de un pueblo cuya adelantada civilización, formando contraste con la degradación moral en que se hallaba sumergido, ofrece una doble antítesis de engrandecimiento y de miseria, de fanatismo religioso y de libertinaje; monstruoso engendro del Paganismo romano que vino á destruir el Mártir de Judea, fundando la Santa Religión cuya moral prescribe todas las virtudes y condena y reprueba todos los vicios.

La destrucción de Pompeya, resultado de una causa natural bien conocida, es para la humanidad degradada una lección no menos terrible que lo fué en tiempos aun más remotos la de las nefandas ciudades Sodoma y Gomorra. Idénticos crímenes, los mismos vicios que en las edades bíblicas

habían manchado á esas numerosas agrupaciones de gente corrompida, determinando un ejemplar castigo emanado directamente de la Divinidad, pudieron mover la voluntad suprema á permitir que se obrase el natural fenómeno que hizo desaparecer del mapa geográfico del mundo la soberbia villa de la Campania. Cuando el viajero cristiano recorre las solitarias calles y los edificios destechados; cuando en sus pinturas, en sus estatuas, en sus inscripciones y hasta en los utensilios de uso doméstico, ve retratada y como de bulto la repugnante y asquerosa licencia de costumbres, la escandalosa inmoralidad de los habitantes de la que fué Pompeya, no puede menos de mirar en su destrucción la obra providencial, el azote espantoso con que el Creador se vió obligado á castigar á una miserable porción de la humanidad envilecida. Un sentimiento de horror y de indignación se apodera del ánimo al comenzar á descubrir los vestigios de esa inmundada depravación, que tan justamente irritara la cólera celeste, y á impulso de ese sentimiento retrocedería el visitante cristiano, si el deseo de estudiar tan importantes ruinas, si el amor al arte no estrechase al viajero á seguir adelante.

Pompeya, ciudad cuya población se ha calculado no bajaría de 30,000 habitantes, estuvo situada en la falda meridional del Vesubio, extendiéndose sobre un promontorio bañado en ambos lados por el mar á la desembocadura del río Sarno. La historia hace remontar la fundación de esta ciudad al sexto siglo anterior á la Era cristiana, por un grupo de pobladores itálicos. Hacia el año 424, antes de J. C., la ocuparon los samnitas y permanecieron allí durante tres siglos, habiendo transformado las viejas casas de los habitantes primitivos en cómodos y espléndidos edificios de estilo dórico, regularizado las calles y construido grandes y soberbios monumentos públicos.

Bajo la dictadura de Lucio Sylla llegó á ser colonia romana, sufriendo el castigo que se le impuso por haber abrazado el partido de Cayo Mario. Más tarde los romanos la convirtieron en lugar de recreo. Allí poseyó Cicerón una preciosa quinta en donde escribió sus *Oficios*, Séneca pasó allí su ju-



LIT. C. MONTAÑIOL. MÉXICO. ®

POMPEYA.

ventud y Fedro buscó en ella un abrigo contra la persecución de Tiberio.

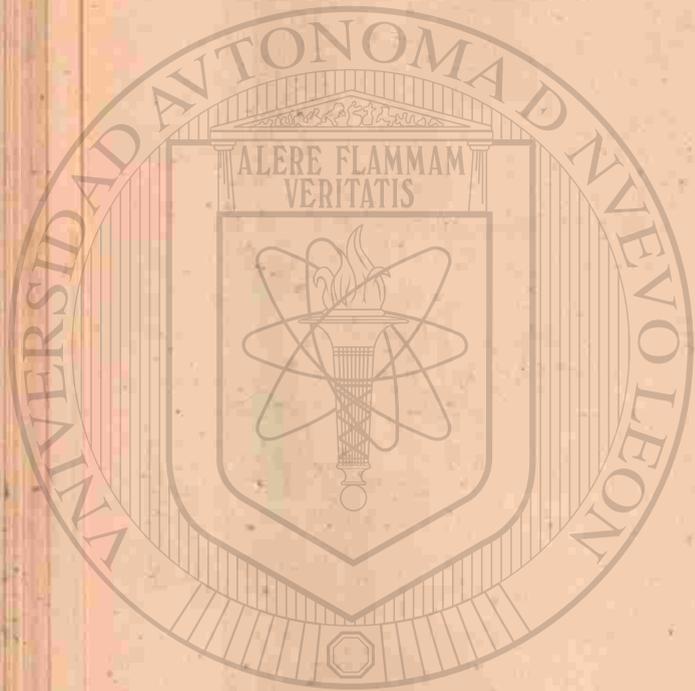
Strabón pretende que Pompeya fué ocupada primero por los oscos, después por los tirrenos y al último por los samnitas á quienes desposeyeron los romanos. Dice también que en su tiempo servía Pompeya de estación naval para el comercio de Nola, de Nocera y de Acerra, por el canal del Sarno.

En el año 63 de nuestra Era fué arruinada la ciudad en parte á consecuencia de un terremoto. Refiérese que Nerón se hallaba á la sazón en el teatro en Nápoles y no quiso dejar la escena hasta que terminó la representación. Espantados los habitantes abandonaron la ciudad por algún tiempo. Comenzaron á volver á ella poco á poco, y había pobládose nuevamente y recobrado su antiguo esplendor cuando sobrevino la catástrofe que la sepultó entre las cenizas.

El 23 de Agosto de 79 se verificó la espantosa erupción del Vesubio que duró tres días vomitando torrentes de materias inflamadas, piedras, lavas, agua hirviente y cenizas. Los techos de las casas fueron incendiados por el combustible ó derribados por la aglomeración de materias. Las maderas quemadas y los vidrios fundidos que se han descubierto, prueban que las sustancias incandescentes vomitadas por el volcán descendieron sobre Pompeya antes que las lluvias que la inundaron cuando ya había sido sepultada debajo de las lavas y las cenizas. El número relativamente corto de esqueletos que se ha encontrado, hace suponer que los fenómenos que precedieron á la erupción, hicieron apereibir á los habitantes del peligro, dándoles tiempo de que escaparan la mayor parte, y aun de que llevasen consigo sus tesoros y los objetos de más valor.

Restablecida la calma, se cree que los pompeyanos se establecieron á cierta distancia, reedificando una villa menos extensa, que probablemente fué destruida en la erupción del año 472.

Es bastante conocida la relación que del fenómeno dejó consignada Plinio el joven, en una carta dirigida al historia-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dor Tácito. Cuenta que su tío se encontraba en Mizena al mando de una flota, cuando vió una nube de extraña forma que pronto reconoció era una espesa humareda procedente del Vesubio y se elevaba en forma de pino dilatándose en la atmósfera. Este espectáculo excitó la curiosidad del sabio naturalista, quien se atrevió á ir á observarlo de cerca, haciendo que la flotilla se dirigiese á Resina y á las poblaciones cercanas, llevando además, socorros á los que huían espantados de la terrible catástrofe. La lluvia de agua caliente, de cenizas, de piedras y de materias inflamadas acabó por hacer inaccesible el litoral. Entonces, desafiando el peligro, dispuso desembarcar en la villa de Pomponio, á quien halló en los momentos de abandonar su casa habiendo ya puesto en seguridad los objetos más queridos. Trató de persuadirlo á que se quedasen allí; pero la erupción y los temblores de tierra cada vez eran más espantosos y al ver el cielo cubrirse de un humo densísimo, decidieron abandonar la casa y se dirigieron á la orilla del mar, en donde se encontraron con que era imposible embarcarse; quisieron ponerse en salvo por tierra y emprendieron la fuga; mas no tardaron en sentirse sofocados por las exhalaciones mefíticas del azufre y cayeron para no levantarse más. Pasados algunos días se descubrió el cuerpo del naturalista en perfecto estado de conservación y en la apariencia de un hombre que dormía.

Tal es en compendio la historia de la catástrofe que destruyó para siempre una de las más bellas ciudades del imperio romano. Muchos siglos habrían de permanecer ocultos los vestigios de aquella destrucción que llegaría un tiempo en que fuesen descubiertos para patentizar á las generaciones venideras el terrible castigo que la justicia Divina hizo descargar sobre una ciudad hundida en el fango de los más asquerosos y degradantes vicios.

Cultivando la tierra los campesinos en el sitio en donde se verificó la catástrofe del 79, comenzaron á encontrar muchos objetos de arte. Este descubrimiento determinó el de Pompeya, cuyas excavaciones principiaron en 1758 bajo el reinado de Carlos III. Durante la dominación francesa continuaron

con mayor actividad, y desde 1863 han proseguido haciéndose más activamente con la inteligente dirección del senador Fiorelli, quien ha cuidado de trasportar al Museo Borbónico las mejores pinturas murales para preservarlas de la intemperie, que habría hecho que desaparecieran con el tiempo. Daremos una breve idea del estado en que se hallaban los descubrimientos á la fecha de nuestro paso por Nápoles.

Pompeya estaba cercada por dobles murallas cuya altura varía de 25 á 30 pies. Mucho se ha descubierto de ellas, si bien bastante destruidas. De distancia en distancia se ven restos de torreones. Por el lado del mar no se han encontrado murallas. Las puertas se hallan casi todas arruinadas, con excepción de las de Herculano y de Nola, de las cuales se conserva lo bastante para juzgar de su arquitectura y extensión.

Las calles en lo general están alineadas y son tan estrechas, que solamente un carro podía rodar por ellas, como lo indican las profundas rodadas que se ven sobre el pavimento. Este es de lava, como la vía Appia. De ambos lados en las calles existen embanquetados para el tránsito de la gente de á pie, y en el centro se descubren unas piedras que servían para pasar de una banqueta á la otra en tiempo de lluvias. En las principales calles había fuentes públicas.

La arquitectura de los principales edificios es una mala imitación del estilo griego. Las habitaciones privadas tenían solamente dos pisos, con excepción de algunas que se componían de tres. Construidas todas casi bajo el mismo plan, llama la atención en ellas la pequeñez de las piezas á la vez que la riqueza de las decoraciones. La diferencia de su construcción respecto de nuestras habitaciones modernas, muestra cuán diversos eran los hábitos de aquellas gentes de los de nosotros. La vida era toda exterior y la pasaban en el Foro, bajo los pórticos, en las basílicas y en los baños. La disposición de las casas de Pompeya consiste generalmente en dos patios interiores rodeados de corredores y de departamentos. El más inmediato á la entrada, al cual se daba el nombre de *átrium*, estaba destinado para recibir á

los extraños á la familia: el otro, que llamaban *peristylum*, teniendo en medio un jardín, era para la vida privada doméstica. Al rededor del *átrium* hallábanse distribuidas las piezas de dormir nombradas *cubicula* y en el fondo el *tablinum* ó sala de recibir. En el *peristylum* estaban los departamentos interiores y el comedor, llamado *triclinium*. En el fondo de este patio, el *oecus*, sala elegante que servía de estancia ordinaria á las mujeres, la sala de conversación, la biblioteca, la *pinacotheca* ó galería de cuadros, el *lararium* ó capilla de los dioses domésticos y la sala del baño. Las casas todas, aun las de los más ricos propietarios, estaban rodeadas de tiendas en el exterior; aun las más pequeñas eran decoradas con bellos mosaicos y exquisitas pinturas.

Son muchas las casas de Pompeya que llaman la atención del viajero, ya por su construcción, ya por la riqueza con que se descubre estuvieron decoradas. Mencionaremos las más notables.

La llamada del *Poeta-trágico*, es una de las más bonitas y elegantes. Se la dió este nombre por haberse encontrado en ella el precioso mosaico que fué trasladado al Museo de Nápoles y representa el "Concierto dramático", y otras hermosas pinturas que contienen escenas de la Iliada. El *peristylum* en el fondo, está adornado con un pórtico de siete columnas. En los *cubicula*, se ven frescos de gran primor artístico, así como en el *lararium* y en el *triclinium*, representando asuntos mitológicos nada edificantes.

Una de las habitaciones más amplias es la llamada de "Pansa", que fué cónsul romano el año 43 antes de J. C. Está rodeada en el exterior por 16 tiendas. En el interior, el *átrium* tiene tres cuartos de dormir de cada lado con pinturas de asuntos licenciosos, y en el fondo un elegante pórtico de dos pisos circunda el jardín. En el comedor se ven pinturas que representan lares, serpientes, peces y otros animales.

La casa de "Salustio", es de las más bellas habitaciones de Pompeya. Dando sobre tres calles, se ve cercada de tiendas, una de las cuales tiene comunicación con el departamen-

to interior. Los patricios, aun los más ricos, no se desdeñaban de vender por menor el vino, el aceite y otros productos de sus tierras. Por un pasillo, á la derecha del vestíbulo, se entra á un jardín rodeado de pórticos decorados con simetría y elegancia, ofreciendo á la vista muy bellas pinturas, siempre sobre asuntos mitológicos y nada honestas. Anexa á esta casa había una pequeña panadería, con horno y molinos.

Notable era entre las casas de la ciudad la de "Diomedes", llamada así por tener en frente la tumba de la familia A. Diomedes. Es una de las pocas habitaciones de tres pisos que se han descubierto. La escalera principal conduce al peristilo, adornada con 14 columnas dóricas; á la izquierda está el baño, y en frente los terrados que caen al jardín rodeado de corredores, teniendo en medio una piscina á la cual se baja por una escalera. Abajo de los corredores hay cuevas abovedadas á las que también se descende por escaleras. En estas cuevas se encontraron los vestigios de 18 cadáveres, entre ellos el de un niño abrazando á un joven. Se supone que los individuos á quienes pertenecieron se refugiaron allí en los momentos de la erupción. El que se cree era el propietario de la casa, fué encontrado cerca de la entrada del jardín con una llave en la mano; á su lado se halló el cadáver de un esclavo que conducía dinero y otros objetos de valor.

La casa llamada de "Meleagro" es una soberbia habitación sin tiendas. El *átrium*, ricamente decorado, encierra una mesa de mármol descansando sobre grifos de la misma materia. En las paredes tiene muy buenas pinturas, una de las cuales representa á Meleagro, héroe de la antigüedad griega. El *peristylum* es uno de los más bellos que se han encontrado en Pompeya: lo circunda un gran pórtico de 24 columnas pintadas de rojo y blanco, y en el centro tiene por adorno una elegantísima fuente. Detrás del *peristylum* está la sala de recibir, y en seguida la de los festines rodeada de columnas pintadas de amarillo con representaciones mitológicas de mérito artístico.

No es de menor importancia la llamada de "Apolo" por las

notables pinturas que la adornan, muchas de ellas representando á este dios. En el jardín tiene una hermosísima fuente de mármol. La sala de recibir se ve decorada en el exterior con frescos de paisajes, de animales y figuras fantásticas y un cuadro en mosaico representando á Aquiles: en el interior no es menos rica la decoración de pinturas.

La casa del "Fauno," llamada así por la famosa estatua del Fauno danzante que allí se encontró, es una espléndida habitación, de las más grandes y elegantes de Pompeya. El *átrium* se halla decorado con finísimo estuco fijado sobre láminas de plomo, de las cuales estaban revestidas las paredes. El *peristylum* tiene 28 columnas jónicas, y en la sala de recibir, única por lo exquisito de sus decoraciones, fué encontrado el gran mosaico "La Batalla de Alejandro contra Darío," que existe en la actualidad en el Museo Borbónico. Otros varios mosaicos se descubrieron en otros departamentos, y se hallaron también alhajas de oro macizo y un gran número de objetos de arte, todo lo cual fué trasladado al mismo Museo.

Un bello y espléndido edificio con soberbia y grandiosa entrada, es conocido por la casa de "Cecilio Jucundo." Las columnas, los estucos y las muchas é interesantes pinturas que lo adornan, hállanse en perfecto estado de conservación. En la gran sala de recibir hay soberbios frescos representando asuntos mitológicos harto lúbricos, y en el muro principal se lee una inscripción en latín, cuya traducción no podemos dispensarnos de transcribir para dar una idea de la clase de moralidad que reinaba entre los habitantes de Pompeya: "Que sea feliz el que ama: desgraciado el que no sabe amar: el que impida amar perezca dos veces." Ya se sabe lo que se entendía por amor en el paganismo.

La casa del "Fauno ebrio," es hoy la más hermosa y mejor conservada. El soberbio *átrium*, circundado de 22 columnas todas intactas, tiene en medio una fuente de mármol sobre la cual se encontró la estatua de bronce del "Fauno ebrio," que admiran los inteligentes en el Museo. Hay una pequeña recámara á la derecha, que es notable por los frescos y decoraciones.

El edificio más importante de los destinados para habitación, después de la anterior, es sin duda la casa de "Marco Lucrecio," cuyas decoraciones, pinturas y estatuas en mármol han sido trasladadas en su mayor parte al Museo de Nápoles. En el *lararium*, que es un pequeño templo curiosamente decorado, sobre un pilar del pórtico que da al jardín se ha encontrado la inscripción latina que dice: "Aquí habita Labyrinthus." La casa toma nombre de una pintura que se encontró representando una carta doblada y cerrada, con la dirección: "A Marcus Lucretius."

Larga sería la descripción de otras muchas casas que llaman la atención del visitante, ya por la elegancia de su construcción, ya por la riqueza de sus decoraciones ó por la belleza de las pinturas y frescos que cubren sus paredes. Haremos mención, para concluir, de las llamadas de Polibio, de la Academia de Música, del Cirujano, de las Vestales, de las Columnas de Mosaico, de Adonis, de la Pequeña Fuente, de la Pared Negra, de Ariana y de Vesonio Primo.

Entre los templos, merecen describirse los principales, y lo haremos con toda la brevedad posible.

El "Templo de Venus" es un monumento anterior á la época samnita. La fachada que veía frente al *Forum* no tenía un alineamiento irregular, y para hacer desaparecer este defecto se construyó posteriormente una pared. El gran patio estaba circundado de 48 columnas dóricas que más tarde fueron transformadas en corintias con un acompañado de estuco. En el centro del patio se levanta el templo primitivo sobre una maciza plataforma á la cual se sube por una escalinata delante de la cual se ve un altar que tiene inscritos los nombres de los fundadores, M. Porcio, M. F. L. Sextilio, L. F. C. N. Cornelio y F. A. Cornelio. A la izquierda de la escalinata se alza una columna con un reloj solar, y á la derecha se encontró un busto de significación desconocida. El templo antiguo tenía seis columnas de frente, y un peristilo interior: detrás del vestíbulo estaba el santuario, en el cual, sobre un pedestal, se hallaba la estatua de la diosa, que fué hallada en

pedazos. Atrás del patio del templo, bajo un pórtico, estaban los departamentos de las sacerdotisas.

El "Templo de Mercurio" en su exterior se veía revestido de mármol, y el vestíbulo descansaba sobre cuatro columnas. En medio del patio hay un altar de mármol con bajo-relieves representando un sacrificio en el cual el sacerdote, cubierto con un velo y asistido de sus ministros, hace libaciones sobre el tripié, mientras que los victimarios arrastran al toro que va á ser inmolado en honor de Augusto. En la actualidad se hallan depositados en este templo diversos objetos sacados de las excavaciones, como capiteles, fragmentos de mármol, morteros, vasos de plomo, tubos de acueductos, etc., etc.

El "Templo de Augusto" es llamado también "Pantheón" ó "Templo de Vesta." En medio de un patio abierto se levantaba un altar rodeado de una balaustrada, con doce columnas destinadas, á lo que se cree, á los doce grandes dioses: en el fondo, sobre el gran pedestal, estuvo la estatua del emperador, y en los nichos de los lados las de Livia, sacerdotisa, y de su hijo Druso. A la izquierda se halla otro santuario que servía para los sacrificios, y á la derecha una sala destinada para los festines que se daban en honor de Augusto. Circundando el patio á la derecha, doce cuartos pintados de rojo, se supone que servían de habitación para los sacerdotes.

El "Templo de Júpiter" se alza sobre un sub-basamento de tres metros de altura: dos pequeñas escalinatas conducen á la principal, que está en el centro, de 18 gradas. De allí se pasa luego al vestíbulo, adornado con seis columnas de frente y tres de cada lado; teniendo además, dos órdenes de columnas jónicas en todo el largo de las paredes. En el fondo estaba el santuario para la divinidad, y debajo de éste hay tres pequeñas cámaras que probablemente servían de *sacrarium*. A la izquierda hay una escalera que conducía al techo, desde donde se gozaba de la vista del panorama de Pompeya.

El "Templo de la Fortuna Augusta," de pequeña extensión, edificado á expensas de Marco Tulio y abierto al culto en el año 2 de J. C., estaba ricamente adornado con mármol. Una gran escalera conducía al santuario, en donde estaba el

altar para las ofrendas y los sacrificios, y atrás, en una pequeña cámara, se veía el simulacro de la Fortuna sobre un pedestal.

Destruído el "Templo de Isis" en el año 63 á consecuencia del temblor de tierra, fué reconstruido y ensanchado por N. Pompidio á expensas de su hijo Celsino, según lo explica la inscripción que en él se mira. El patio está rodeado de un pórtico en cuyos intercolumnios había muchos santuarios para los sacrificios: los restos de las víctimas eran arrojados en una fosa que se ve en el centro y sirve hoy de respiradero al paso de las aguas del Sarno. En un pequeño santuario, llamado *purgatorium*, cuyos muros están decorados con bajo-relieves en estuco, representando Venus, Marte y Mercurio, se hacían las abluciones. Una pequeña escalera conducía á un subterráneo en el cual se cree que los sacerdotes iban á consultar las entrañas de los animales inmolados para hacer los presagios. Sobre una base elevada en el fondo del templo, estaba colocada la estatua de Isis, con la cabeza, las manos y los pies de mármol, el cuerpo de madera y los vestidos de tela. Atrás había una celdilla de donde por una escalera secreta el sacerdote se introducía en la estatua para pronunciar los oráculos en el momento en que el pueblo asistía á las ceremonias religiosas. Las cámaras de la izquierda servían de habitación para los sacerdotes.

El "Templo de Hércules ó de Neptuno," es de los más antiguos monumentos de la Italia, y de sus ruinas se sirvieron los habitantes de Pompeya para nuevas construcciones. Se cree que su fundación se remonta al siglo VI anterior á J. C. No queda de dicho templo sino la plataforma elevada sobre cinco gradas, desde la cual se goza de una hermosa vista hacia el mar. Atrás de la plataforma se encuentra un pequeño templo con ocho columnas dóricas consagrado á los augures, y un pozo en el centro. Del lado opuesto estaba un banco semicircular con un cuadrante solar.

Hay en Pompeya un gran edificio llamado "la Basílica," que existía ya en el año 676 de la fundación de Roma y cuyo pórtico delantero se remonta á una época todavía más anti-

gua, á los tiempos de la magistratura de V. Popidius, como lo acredita una inscripción que allí se encuentra. Su entrada principal por el lado del *Fórum*, estaba decorada con estatuas cuyos pedestales existen; el vestíbulo en el exterior cerrado con cinco puertas, y en el interior había un pórtico de 28 columnas dividido en tres naves, de las que la del centro está á cielo descubierto. A juzgar por lo que de ese pórtico queda, debió estar decorado con estatuas y bustos. De los muros se destacan elegantes pilastras estucadas. La tribuna de los duunvirov ó jueces, en el fondo, se veía decorada con hermosas columnas corintias, y se subía á ella por una escalinata de madera, debajo de la cual dos pequeñas cámaras servían de prisión, según ciertos anticuarios, y según otros de vestuario. Delante de la tribuna se elevaba sobre un pedestal una estatua ecuestre de bronce dorado. Los muros tenían un gran número de inscripciones trazadas por los litigantes y por los abogados.

Saliendo de la Basílica por la puerta principal, se entra en el *Fórum civile*, vasto monumento que encierra una gran área de 157 metros de largo por 33 de ancho, y servía para las remiones públicas y para la residencia de los tribunales. Su pavimento cubierto de grandes lozas de mármol, por tres de los costados se hallaba cercado de pórticos de columnas dóricas. Había un segundo piso con columnas jónicas al cual se subía por escaleras que todavía existen. Toda esta parte del edificio no se hallaba concluida cuando sucedió la gran catástrofe. La área estaba decorada con un gran número de estatuas de ciudadanos ilustres, unas á pie y otras á caballo. En el centro hay un gran pedestal que se comprende sustentaba una estatua ecuestre de algún emperador. Complemento del *Fórum civile* debieron ser tres pequeños edificios que se hallan al extremo opuesto á la entrada, y terminan en un hemicíclo. Servían de lugar de reunión á los decuriones, y según otros anticuarios, á los tribunales inferiores.

Restos de otro *Fórum* también de considerable extensión quedan en Pompeya. Llámase *Triangular* por la forma que tenía, y fué edificado en tiempo de los samnitas en la parte

más elevada de una colina. Formaba una grande área ó plaza rodeada por los tres lados de un pórtico de 100 columnas de orden dórico. Frente á la entrada hallábase la estatua de Claudio Marcelo, de cuyo monumento se ve todavía el pedestal que tiene una inscripción en estos términos: "M. Claudio C. F. Marcello Patrono."

Notables son las "Termas públicas" vasto edificio que ocupa él solo casi una manzana. El exterior estaba cercado por tiendas que no se comunicaban con el interior, y tenía seis entradas. Hoy no quedan más que las salas de baños. La primera estancia, circundada de bancas, servía para guardarropa: la segunda, enfrente de ésta, de forma circular, estaba destinada para el baño frío, (*frigidatórium*): el agua en chorro saltante salía de una lengua de bronce para llenar el estanque revestido de mármol que se conserva en perfecto estado: cuatro nichos abiertos en las paredes, proporcionaban descanso á los bañadores; la bóveda se ve todavía revestida de estuco adornada con bajo-relieves que representan pequeños amores. A la derecha de esta sala se entra en la que se destinaba al baño tibio (*tepidárium*): la bóveda, destruida hoy en parte, se hallaba decorada también con molduras y bajo-relieves en estuco; se calentaba por medio de un gran brasero de bronce que se ve en el fondo. De esta sala se pasaba al baño caliente (*calidárium* y *sudatórium*): el pavimento es de mosaico y las paredes estucadas aunque sin ornamentación alguna, para dejar libre paso al calórico que se graduaba por el *lacónicum* hemisférico que se ve á la izquierda: una fuente de agua saltante servía para lavarse.

En época muy reciente (1858 á 61) fueron descubiertas otras termas públicas que se llaman de *Stabies*. Su origen se remonta al tiempo de los primeros pobladores; pero con posterioridad fueron modificadas enteramente y decoradas con elegancia. Estaban divididas en dos departamentos, uno para hombres y otro para mujeres. Los baños para hombres comenzaban en un gran patio cercado por tres lados con elegantes pórticos de columnas dóricas y ricamente decorados. Este patio estaba destinado para los juegos y ejercicios

balnearios, como la palestra y la pelota. Se pasaba en seguida al baño de natación en un gran estanque revestido de mármol y rodeado de bancas para sentarse: contiguo estaba el salón de guardarropa y el tocador. A la derecha del vestíbulo se ve la sala de los baños fríos (*frigidatōrium*) con cuatro nichos y bancas para sentarse. En frente de éste y pasando por un arco, el *apodytērium*, ó sala de vestuario, con tres compartimentos abovedados con adornos de estuco. Otra puerta conducía al baño de vapor, cuyas murallas, así como el pavimento, son dobles para dejar paso libre al vapor. Los baños y salas de mujeres, estaban situados en el fondo del edificio por el lado oriental.

Dos teatros se han descubierto hasta ahora en la ciudad. El llamado "Gran Teatro," fué construido por el arquitecto *Marcus Artorius Primus* á expensas de los hermanos *Holconius M. Rufus* y *M. Celer*, cuyas estatuas debieron estar en el escenario, como lo indican las inscripciones que allí se leen. El interior del edificio de 68 metros de diámetro estaba dividido en tres pisos que llamaban, *ima*, *media* y *summa cæva*: el primero, con cuatro órdenes de gradas, era ocupado por las personas de distinción; el segundo, con veinte y el tercero con cuatro, servían para los plebeyos. Una entrada separada conducía al departamento de las mujeres que, según se cree, asistían al espectáculo sin hacerse visibles, colocándose detrás de una especie de celosía de fierro. Atrás de la orquesta estaba el escenario que era largo y angosto, á lo que puede verse. La pared del fondo tenía tres puertas y estaba adornada con estatuas y columnas. Detrás de esta pared se hallaba el *postcænium*, en donde se vestían los actores. En la parte más elevada de los muros que cierran todo el recinto del teatro, se ven todavía los postes de piedra destinados á sostener los cordeles que sujetaban el *velarium* ó gran toldo para defender á los espectadores de los rayos del sol. Detrás del teatro había un receptáculo de agua para producir una ligera lluvia artificial, con el objeto de refrescar la atmósfera durante el calor. El "Gran Teatro" tenía capacidad para 5000 espectadores.

Saliendo del edificio á la derecha, se atraviesa un extenso patio que tiene en el fondo una hilera de columnas, y en la extremidad de la columnata se abre la entrada para otro edificio que es llamado el "Teatro pequeño." Poco más ó menos de la misma forma que el anterior, podía contener 1,500 personas.

El "Anfiteatro" es otro de los edificios de importancia descubiertos en Pompeya. En tiempo de las colonias de Sylla los magistrados C. Quintio Volgo y M. Porcio hicieron donación del sitio á los colonos para construir el anfiteatro, cuya obra duró de 734 á 747 y fué concluida por el Ayuntamiento. Un gran muro rodeado de árboles formaba el exterior del edificio. La puerta principal ve al Occidente; por ella se descendía á la *área*, ó plaza, como llamaríamos nosotros, pasando por un arco que tiene dos nichos en los cuales debieron estar colocadas las estatuas de Pansa, padre ó hijo, según lo manifiestan las inscripciones que en dichos lugares se encuentran. En derredor del edificio un amplio corredor con salidas para el área estaba destinado para las gentes de servicio, y de allí bajaban escaleras que conducían á las bóvedas subterráneas. La arena tenía á los lados dos cámaras con rejas de fierro para las bestias feroces, y estaba circundada de una especie de parapeto (*podius*) superado de una verja de fierro para proteger á los espectadores contra las fieras. El eje mayor de la gran elipse del edificio, mide 130 metros y el menor 120. Podía contener 12,800 personas sentadas. Los lugares estaban indicados con líneas rojas marcadas con números pintados. Tres órdenes de localidades ó tendidos circundan el *podius* ó barrera de que acabamos de hablar; el primero tiene cinco gradas, el segundo doce y el tercero diez y ocho. Las bancas están construidas de modo que los pies de los que se hallaban en la grada superior no tocasen á los que habían sentado en la inferior. Por la parte exterior del edificio había escaleras para subir á las localidades altas.

Existe en Pompeya una calle que llama la atención de los visitantes, la "Vía de las tumbas." Es un arrabal mortuorio

que comienza en la puerta de Herculano y termina en la casa de Diomedes. Muchos son los monumentos que allí se admiran; pero sólo de los más notables daremos noticia.

Inmediato á la puerta hay un nicho abovedado que se llama vulgarmente *Garita*, porque dentro de él se encontró el esqueleto de un soldado que se supone estaba de guardia en la puerta. Hoy parece cosa averiguada que el nicho era la tumba de *M. Ceninius*.

Uno de los mausoleos más notables que allí se encuentran es el de *Mamia*, sacerdotisa, erigido en aquel sitio por decreto de los decuriones, según lo testifica la inscripción que tiene. Se formaba este monumento, como puede inferirse de lo que de él permanece en pie, de un plinto de mármol sobre el cual había colocadas varias estatuas, entre ellas la de *Mamia*, intercaladas con columnas corintias, y de un cipo sobre el cual se encontraron las cenizas de la sacerdotisa encerradas en una caja de arcilla que estaba metida dentro de otra de plomo.

La tumba de *Aulus Umbricius Scaurus* es un bello sarcófago con bajo-relieves arriba de la puerta, representando escenas de gladiadores. En el interior se ven algunos nichos para colocar las urnas cinerarias. Los decuriones hicieron erigir en honor de aquel magistrado una estatua ecuestre en el *Fórum* y le cedieron el sitio expresado para su sepultura.

Es conocida con el nombre de *Tumba circular*, una torre que descansa sobre basamento cuadrado con una pequeña puerta que conduce á la cripta. En los ángulos tiene pequeñas pirámides decoradas con bajo-relieves en estuco, uno de los cuales representa á una joven envolviendo el esqueleto de un niño.

La tumba de *Naevoleia, Tiche* y *Munatius Faustus*, llama la atención por los hermosos bajo-relieves que la adornan. Según las inscripciones, la hizo construir, viviendo aún, *Tiche*, liberto (1) de *Lucius Naevoleia*, para ella, *Munatius Faustus* y sus libertos.

(1) Los romanos llamaban *libertos* á los esclavos que habían adquirido la libertad por la *manumisión*.

Tres lechos de mampostería se ven circundando una mesa. Un liberto llamado *Calixto*, hizo erigir este monumento en el cual se reunía para celebrar un banquete fúnebre en el día de la conmemoración de su amo *Eneus Vibrius Saturninus*, con los parientes y amigos del difunto.

La tumba de *C. Labeoni* tiene la forma de un pedestal adornado con estatuas y bajo-relieves que representan soldados armados conduciendo sus caballos, trofeos militares, dos bustos y otros objetos. La sepultura es subterránea y se baja por una escalera.

El mausoleo de *Alleia Luccio Libellae*, es un soberbio pedestal cuadrado de travertino esculpido con delicadeza. Según el epígrafe que tiene, fué erigido por *Alleia Decimilla*, sacerdotisa de Ceres, á su hijo y á su marido.

Entre las tumbas notables merece mencionarse una de estilo romano, formada de un pedestal con una pequeña puerta de mármol que conduce á la sepultura subterránea, en cuyo interior está un nicho en el cual fué encontrada una gran urna de alabastro oriental, que encerraba las cenizas del cadáver que allí estuvo inhumado.

Hemos descrito los principales edificios y monumentos que forman la antigua ciudad de Pompeya, sepultada durante diez y siete siglos bajo las cenizas del Vesubio. La vista que de ella acompañamos da una idea aproximada del aspecto general de las célebres ruinas. La mayor parte de los edificios se conservan en pie sin faltarles otra cosa que los techos y las puertas: en muchos aun las pinturas se hallan en buen estado, si bien recientemente las más notables han sido trasladadas al departamento del Museo Borbónico que describimos en su lugar.

Las excavaciones, bajo la muy hábil dirección del senador *Fiorelli*, continúan haciéndose diariamente, y con frecuencia nuevos é importantes descubrimientos enriquecen el Museo de Nápoles y uno especial que se halla instalado á la entrada de Pompeya por la *Vía Marina*. En este pequeño Museo lo que más llama la atención del visitante son las reproducciones en pasta de los cadáveres de hombres y ani-

males que fueron sepultados bajo las cenizas del volcán, y consumidos en el transcurso de los siglos dejaron espacios vacíos de la forma de los cuerpos. El senador Fiorelli inventó un procedimiento para llenar esos espacios de una pasta que hace fundir, y cuando ha endurecido deja amoldados los cuerpos tal como allí estuvieron antes de su disolución. Entre los varios ejemplares de estas reproducciones que contiene el Museo, es notabilísimo el cadáver de una mujer en toda la perfección de sus formas, siendo verdaderamente admirable el tocado, que se ve hasta en sus menores detalles.

Dicho está lo más interesante que merece referirse de lo que se ve entre los escombros de la que fué Pompeya. Una visita más detenida y minuciosa haría descubrir cosas tal vez de mayor importancia. Estudio más serio y prolongado merecen esas inmensas ruinas, que tanto han ocupado á los anticuarios durante el siglo que llevan de haber sido encontradas. Nápoles posee en ellas un verdadero tesoro, que ha sabido no solamente conservar, sino que lo aumenta en valor todos los días con las nuevas excavaciones.

CAPÍTULO DÉCIMOSEXTO

El Vesubio.—Sus erupciones.—Excursión de Pellerano.—Ascensión por el ferrocarril funicular.—Otras dos maneras de subir á la cumbre.—Excursión de tres peregrinos.—Herculano.—Datos históricos.—Las ruinas.

SOLAMENTE tres de nuestros peregrinos, que sepamos, se aventuraron á subir al Vesubio; los Padres D. José María Alva y D. Ruperto María Zúñiga y el Dr. D. Manuel Viveros. El Sr. Zúñiga nos ofreció la relación escrita de su excursión; pero no la hemos recibido en los momentos de mandar original á la imprenta, y nos vemos privados de insertarla, lo que nos causa no poco sentimiento. Mas no por esto dejaremos de hacer una descripción del célebre volcán, ni omitiremos dar alguna idea de cómo se hacen en la actualidad las excursiones á la humeante montaña, refiriéndonos á los informes verbales que nos dieron los excursionistas, á otras relaciones que se nos hicieron, y á los datos de otro género que pudimos proporcionarnos.

El Vesubio, situado al Oriente de la llanura de Campania, se alza majestuoso frente al bello Golfo de Nápoles. Su altura y la configuración de la cima, cambia en cada grande erupción que se verifica. Está separado del monte *Somma*, que se cree ser un cráter extinguido, por un gran valle que se denomina *Atrio del Cavallo*. Su historia es antiquísima y es el único que permanece en actividad de los diversos cráteres apagados de *Ischia*, de *Pórcida*, de la *Solfatará* y de *Monte nuovo*. El Vesubio ha tenido muchas erupciones. La primera de consideración, fué la del año 79 de nuestra Era,

males que fueron sepultados bajo las cenizas del volcán, y consumidos en el transcurso de los siglos dejaron espacios vacíos de la forma de los cuerpos. El senador Fiorelli inventó un procedimiento para llenar esos espacios de una pasta que hace fundir, y cuando ha endurecido deja amoldados los cuerpos tal como allí estuvieron antes de su disolución. Entre los varios ejemplares de estas reproducciones que contiene el Museo, es notabilísimo el cadáver de una mujer en toda la perfección de sus formas, siendo verdaderamente admirable el tocado, que se ve hasta en sus menores detalles.

Dicho está lo más interesante que merece referirse de lo que se ve entre los escombros de la que fué Pompeya. Una visita más detenida y minuciosa haría descubrir cosas tal vez de mayor importancia. Estudio más serio y prolongado merecen esas inmensas ruinas, que tanto han ocupado á los anticuarios durante el siglo que llevan de haber sido encontradas. Nápoles posee en ellas un verdadero tesoro, que ha sabido no solamente conservar, sino que lo aumenta en valor todos los días con las nuevas excavaciones.

CAPÍTULO DÉCIMOSEXTO

El Vesubio.—Sus erupciones.—Excursión de Pellerano.—Ascensión por el ferrocarril funicular.—Otras dos maneras de subir á la cumbre.—Excursión de tres peregrinos.—Herculano.—Datos históricos.—Las ruinas.

SOLAMENTE tres de nuestros peregrinos, que sepamos, se aventuraron á subir al Vesubio; los Padres D. José María Alva y D. Ruperto María Zúñiga y el Dr. D. Manuel Viveros. El Sr. Zúñiga nos ofreció la relación escrita de su excursión; pero no la hemos recibido en los momentos de mandar original á la imprenta, y nos vemos privados de insertarla, lo que nos causa no poco sentimiento. Mas no por esto dejaremos de hacer una descripción del célebre volcán, ni omitiremos dar alguna idea de cómo se hacen en la actualidad las excursiones á la humeante montaña, refiriéndonos á los informes verbales que nos dieron los excursionistas, á otras relaciones que se nos hicieron, y á los datos de otro género que pudimos proporcionarnos.

El Vesubio, situado al Oriente de la llanura de Campania, se alza majestuoso frente al bello Golfo de Nápoles. Su altura y la configuración de la cima, cambia en cada grande erupción que se verifica. Está separado del monte *Somma*, que se cree ser un cráter extinguido, por un gran valle que se denomina *Atrio del Cavallo*. Su historia es antiquísima y es el único que permanece en actividad de los diversos cráteres apagados de *Ischia*, de *Pórcida*, de la *Solfatara* y de *Monte nuovo*. El Vesubio ha tenido muchas erupciones. La primera de consideración, fué la del año 79 de nuestra Era,

que como hemos dicho arriba, destruyó las ciudades de Herculano, de Pompeya y de Stabies. Hasta el año de 1500, se contaban nueve erupciones, y después llega á cuarenta y ocho el número de las más notables: una de las muy terribles fué la de 1631, que destruyó á *Torre Anunziata*, *Torre del Greco* y *Portici*, en la cual perecieron como tres mil personas. Otras menos horrosas han tenido lugar en los años 1707, 1737, 1760, 1779, 1794, 1804, 1805, 1855, 1858, y la última el 26 de Abril de 1872. Esta espantosa erupción duró muchos días, y fué una verdadera escena de horror, en la que perecieron como cincuenta curiosos, entre otros ocho estudiantes de medicina, que fueron sorprendidos durante la noche en el *Atrio del Cavallo*, por una fuerte columna de humo y por el fuego que salió de improviso como un torrente por una grieta que se abrió llenando el *fosso de la Vetrana*, de cerca de mil trescientos metros de largo, por ochocientos de ancho. De Nápoles se veía el cielo oscurecido por una espesa humareda inflamada, que se reflejaba en la mar. Se habían formado dos grandes cráteres que vomitaban fuego, ceniza y materias incandescentes, que extendían el terror en todas las poblaciones de las cercanías, destruyendo fértiles campiñas, casas de recreo y habitaciones rurales. Oíanse en Nápoles fuertes detonaciones parecidas al estallido de un cañón de gran potencia. Más de cuarenta mil personas abandonaron la ciudad de Nápoles, aterrorizadas por el horrible espectáculo y por la lluvia de ceniza mineral que cubría las calles, hasta formar una capa de cinco centímetros de espesor, mientras los temblores de tierra, aunque ligeros pero muy frecuentes, hacían abrir grietas en el suelo inspirando más serios temores. Los habitantes de *San Sebastiano*, de *Somma*, de *San Giorgio à Cremano*, de *Resina* y de *Portici*, huyeron todos, dejando las poblaciones desiertas. Espantados se dirigían á Nápoles, llevando consigo los objetos de más valor. Más de cuatro mil fueron albergados en el vasto edificio de los *Granili*; otros erraban por las calles de la ciudad en busca de abrigo. Tristes recuerdos ha dejado á los napolitanos aquella espantosa erupción.

Es interesante la relación que del viaje emprendido pocos días después hace un testigo presencial, y no podemos excusarnos de trasladarla, porque creemos no desagradará á nuestros lectores.

“Partimos de Nápoles, dice Pellerano, el testigo á quien aludimos, el 14 de Mayo de 1872 á las ocho de la mañana, en un coche de tres caballos; llegamos á Resina á las nueve, después de haber recorrido San Carlos, la Plaza del Municipio, las calles de *Molo*, del *Piliro* y de la *Masinella* y el puente de la Magdalena, adornado á la derecha con la estatua de San Genaro en actitud de contener las lavas del Vesubio, y pasando delante del gran edificio de los *Granili* transformado hoy en cuartel; después por la barrera del puente del camino de fierro, la población de *San Giovanni à Teduccio*, junto á la cual se encuentra *Portici*, lugar de cita de la buena sociedad napolitana, en donde se admiran las casas de recreo; y atravesando los patios que se hallan delante del Palacio Real comprado por la provincia de Nápoles, que ha establecido allí un Instituto agronómico, nos encontramos frente al lado opuesto á la gran ruta de Resina, en donde á los cinco minutos se detuvo el carruaje cerca de Herculano, delante de la oficina de los guías del Vesubio. Después de haber tomado un guía, bastones con punta de fierro, y hecho una buena provisión, sobre todo de naranjas, nuestro carruaje tomó el camino del Vesubio, montuoso, pero bastante bueno y seguro.

“A las nueve y cuarenta y cinco nos hallábamos sobre la lava de 1858, que tiene á sus lados las de 1868. Después de echar una ojeada sobre esas imponentes aglomeraciones de escorias de forma caprichosa y triste de donde ha desaparecido toda vegetación, continuamos el camino en zig-zag á través de aquellas lagunas de rocas vesubianas, gozando en muchas vueltas del hermoso panorama de Nápoles, de su bello Golfo y de la encantadora llanura, llegamos á la Ermita, en donde el coche hizo alto. Fuimos á desayunar, y en seguida visitamos el Observatorio que está allí cerca, fundado por Fernando II en 1841, bajo la dirección del sabio *Melloni*, de cuyo establecimiento es hoy director el profesor *Palmieri*. Admiramos la soberbia colección de minerales vesubianos, el aparato *Lamont* y el *Sismógrafo Palmieri*, el primero indicante de las oscilaciones del terreno, y el otro para señalar el avance de las erupciones. Del terrado del Observatorio, cercado por todos lados de lavas vesubianas, se goza de un panorama tan espléndido que no se puede sentir haber subido hasta allí. Después de esta visita, nos dirigimos á pie al *Atrio del Cavallo*, pasando encima de las escorias y de los montones de lava, de

los cuales salían exhalaciones calientes que nos advertían de que el fuego no se había aún extinguido, á pesar de que habían transcurrido diez y ocho días. Aproximándonos al volcán, vimos á través de las grietas, que existía aún viva combustión en el interior; habiendo cortado una rama verde de árbol que había quedado intacta, la introdujimos en una grieta, y en un abrir y cerrar de ojos ardió como una vela. Atravesamos esta lava de donde salía un calor insoportable, tomando nuestras precauciones y siguiendo nuestro camino sobre las antiguas lavas, llegamos á medio día al pie del cono en donde cree uno estar en los antípodas del hermoso Nápoles, viéndose en medio de la soledad más espantosa en que reina la destrucción, y se siente el viajero dominado por el poder de ese gran fenómeno de la naturaleza.

“Para subir al cráter, buscamos los vestigios de algún antiguo sendero; mas todo había desaparecido á consecuencia de la nueva erupción, y no se veía otra cosa que una montaña de arena, de ceniza, de piedra pómez y de minerales diversos. Nuestro guía declaró con franqueza que no encontraba ningún camino para subir. Entonces nos aventuramos á todo riesgo; pero á cada paso retrocedíamos hundiéndonos hasta las rodillas dentro de la arena. Al cabo de quince minutos estábamos de tal modo fatigados, que nos decidimos á ser arrastrados por un guía teniéndonos de una correa, y todavía nos veíamos precisados á hacer detenciones á cada momento. A medio camino nos sucedió que nuestros pies se hundiesen en un punto en que abajo de la ceniza no se había extinguido el fuego. Espantados retiramos los pies, pero nuestro calzado había sufrido mucho, y nos vimos obligados á cambiar de ruta. Al fin, fatigados, rendidos y llenos de sudor, molestados por un viento fresco muy poco agradable, y por enjambres de grandes moscas que abundan en ese sitio, después de hora y media de una penosísima subida llegamos al cráter, en donde tendiéndonos sobre la caliente arena nos enjugamos el sudor.

“Imposible es describir las impresiones que experimentamos allí, sea á causa de los fenómenos volcánicos, sea á la vista del inmenso panorama que se desarrollaba á nuestros ojos. Solamente en este punto se puede formar cabal idea de las maravillas que la naturaleza ha prodigado á nuestro país. El cráter que ya habíamos visitado en 1856 formaba entonces una vasta llanura circular, surcada de grietas de donde salían exhalaciones sulfurosas, de las cuales es preciso cuidarse; había en medio un cono elevado que vomitaba á intervalos fuego y piedras. A consecuencia de la última erupción, todo aquello había desaparecido; diríase que toda la antigua llanura se había despedazado, convirtiéndose en una profunda caverna que no tenía á su derredor más que la corteza de la

montaña. Veíase á una profundidad de 250 metros, grutas exhalando un humo espesísimo que con justo título podría llamarse la bajada á los infiernos. Del lado del *Somma* una gran hendidura se había formado de arriba abajo de la montaña.

“Después de haber observado los sorprendentes fenómenos que presentaban todavía las humaredas que se veían por todos lados, nos dispusimos á bajar. Nada más fácil; pero es preciso caminar á la vez con atrevimiento y con precaución, teniendo el cuerpo siempre inclinado hacia atrás. En 15 minutos habíamos descendido. Estábamos de vuelta en la Ermita á las tres y media; volvimos á tomar nuestro carruaje y á las seis llegábamos á Nápoles.”

Hasta aquí la relación del testigo presencial de la última gran erupción del Vesubio.

De tres maneras puede hoy hacerse la excursión. La más cómoda y rápida es la del ferrocarril *funicular* que permite llegar casi sin fatiga hasta cerca del cráter. Tomando un boleto en la oficina de la empresa, un coche está dispuesto á las 7 de la mañana en el alojamiento del visitante, para conducirlo á la Estación del *funicular*, que se halla situado en la montaña. Llegando á la Estación, cada pasajero recibe un billete numerado, para tomar asiento en un pequeño wagón que puede contener hasta diez personas. En este vehículo es conducido el turista hasta una altura considerable, en donde se baja para tomar la silla de manos, en la cual se le trasporta hasta la orilla del cráter, y si lo desea, en la misma silla se le da una vuelta por toda la orilla. Hasta dos horas se puede permanecer allí, y se desciende en seguida de la misma manera que se subió.

Otra excursión menos cómoda, pero mucho más interesante, puede hacerse yendo en coche hasta el Observatorio, para gozar de la hermosa vista de Nápoles y sus cercanías, recorrer á pie el gran valle de la *Vetrana*, hoy casi enteramente cubierto de lava y escorias, el *Atrio del Cavallo* y hacer después la subida por el camino de la Ermita.

La tercera excursión, aunque algo más incómoda, es la que tiene más atractivo. Se toma la tranvía que sale de la Plaza de San Fernando para ir á Herculano, y después de visi-

tar estas ruinas, se vuelve á tomar la gran ruta de Resina, en donde se encontrará en la "Oficina de los guías del Vesubio" un buen caballo y un guía para ir y regresar al mismo punto. Se llega así hasta la base del cono, y para ascender al cráter se toma el visitante de una cuerda que lleva á las espaldas el guía. La bajada se hace en veinte minutos. En el camino que conduce de Resina al Observatorio, los campesinos ofrecen en venta el excelente vino de *Lacryma Christi*, que difícilmente se puede adquirir en otra parte y cuesta un franco la botella.

Esta última ruta fué la que tomaron nuestros peregrinos. En la subida al cono tuvieron no pequeñas dificultades, que sólo vencieron con el auxilio de los guías, quienes casi en peso los han llevado hasta la orilla del cráter.

No se arrepintieron de haber llegado hasta allí, no solamente por haber gozado del extraño é imponente espectáculo de los fenómenos que se observan, sino por la espléndida vista de que se disfruta de Nápoles y sus alrededores y de su bellissimo Golfo.

No debe pasarse ningún excursionista del Vesubio sin visitar, como hemos dicho, las excavaciones que ocultan las ruinas de Herculano, menos interesantes que las de Pompeya, pero que excitan la admiración del viajero. Diremos una palabra acerca de ellas, sin omitir los datos históricos que se conocen sobre el origen de la ciudad.

Herculano debe su nombre al culto de Hércules, y la tradición pagana atribuía á este semi-dios la fundación de la ciudad. Antes de ser subyugada por los romanos, había estado habitada por los oscos, sus pobladores primitivos, por los etruscos y por los samnitas. Situada cerca del mar, su puerto se llamó *Retina*, de donde viene el nombre actual de *Resina*. Los romanos edificaron allí casas de recreo que fueron destruidas por la erupción del 79; después se establecieron pobres gentes cuyas habitaciones quedaron sepultadas bajo las cenizas en la erupción de 472, que cambió completamente la configuración de la comarca. Otras erupciones posteriores cubrieron la ciudad con una capa de 20 á 25 metros de

espesor. A esta profundidad se descende para visitar las ruinas, que fueron descubiertas en 1719 cuando el príncipe d' Elbeuf, de la casa de Lorena, teniendo necesidad de sacar mármol para la construcción de un castillo en Portici, y sabiendo que se había encontrado en un pozo cavado en Resina, ordenó se continuasen las excavaciones. Suspendidas estas por muchos años, prosiguieron de 1828 á 1837, y luego fueron abandonadas nuevamente. Nos limitaremos á dar noticia de lo más interesante.

Acabando de entrar en las excavaciones, se descende á una meseta inferior, en la cual el guardián que sirve de guía enciende dos bugías, una para él y otra para el visitante, y avanzando por un pasillo y atravesando en seguida por corredores oscuros, se comienza á bajar á intervalos algunos escalones. De trecho en trecho muestra el guía los *vomituri*, ó sean las puertas que servían de salida al edificio del cual se observa una gran sección: era un teatro. Encuéntrase á la profundidad de treinta metros y es el monumento de más importancia que se ha descubierto en Herculano: tenía capacidad para diez mil personas: estando distribuidas las localidades en diez y nueve órdenes de gradas con seis divisiones. Alguna luz del sol recibe por el pozo cuya apertura hizo descubrir aquellas ruinas. Sobre una puerta se lee el nombre de *Mammianus Rufus*, que lo hizo construir á sus expensas, y el del arquitecto *Numisius*.

Volviendo á subir á la meseta, se sale por una puerta pequeña á la izquierda, á una calle pública: bajando esta calle á la izquierda también, se encuentra un muro de poca altura que se prolonga al alrededor de las ruinas y está cerrado por una puertecilla por donde se sale habitualmente. Se continúa caminando en la dirección que lleva la pared, y á su extremidad se ve una gran puerta; entrando por ella se baja nuevamente y se descubren á poco andar las ruinas de la Basílica, edificio del cual sólo quedan algunos restos de paredes al nivel del suelo, en una extensión de 228 pies de largo por 132 de ancho. Tenía la Basílica un pórtico formado con 42 columnas, adornado además con estatuas de mármol y de

bronce y pinturas al fresco. En este sitio fueron descubiertas las dos estatuas ecuestres que se hallan en el Museo de Nápoles, una de *Marcus Nonius Balbus* y la otra de su hijo *Nonius*.

Pasando por enfrente, se atraviesa la *Strada del Molo* para visitar la llamada *Villa de Aristides*, en donde se encontraron un Fauno en mármol, las célebres *danzantes* y el grupo del Sático y la Cabra; además algunos bustos y una biblioteca de *papyrus*, todo lo cual está enriqueciendo el Museo Borbónico.

No muy distante del anterior edificio, se ven los restos de una casa llamada de *Argus*, de la cual se conservan todavía veinte columnas y seis pilastras de un pórtico que seguramente rodeaba el jardín.

Inmediata á esta sigue la nombrada de los *Genios*, que lleva tal nombre por haberse encontrado la estatua de un Genio colocada sobre una consola de mármol, que todavía existe y se halla en el Museo.

A la extremidad de un pasillo situado detrás de esta casa, se mira debajo de una bóveda un mosaico bien conservado y una columna que indican haberse hallado situado en aquel lugar un edificio de importancia.

Del lado opuesto, atravesando la *Strada del Molo*, se ve otra casa llamada de la *Fuente*, que no tiene de interesante sino dos mosaicos con figuras humanas sobre dos pilastras.

En seguida se pasa á la calle de la derecha, que se asegura conducía á Pompeya por la vía de las Tumbas. A la derecha están las ruinas de la Palestra, y en el fondo se percibe una bóveda en forma de gruta, en donde están sepultadas las *Termas*.

Por un pequeño camino á la izquierda, se sale á la vía pública por donde se entró, y subiendo esta calle se vuelve á encontrar la gran ruta de Resina para regresar á Nápoles.

En los momentos de revisar las pruebas de este capítulo, se nos presentó el señor Cura Zúñiga trayendo consigo el original de su relación. Es tan interesante ésta, que no pudimos prescindir de insertarla, consagrándole un capítulo especial y es el que sigue.

CAPÍTULO DÉCIMOSÉTIMO.

El Vesubio.—Excursión de tres romeros mexicanos.

SON las doce del día. El sol, en mitad de su carrera, se ostenta magnífico y soberbio en lo alto del firmamento, reflejando su radioso disco sobre la hirviente mar, cuyas doradas y embravecidas olas, caminando paulatinamente, vienen á reposar tranquilas sobre las pintorescas playas de Torre Anunziata. Acabamos de abandonar los solitarios edificios, las desiertas calles de la monumental ciudad, dirigiendo nuestra postrer mirada á la sombría figura de Pompeya, que entre cienientos sarcófagos se ostenta en la Avenida de los Sepuleros. Una cosa semejante á la soledad de los cementerios, algo como el silencio de las tumbas, había hecho que se apoderara de nosotros un respetuoso temor; parecía paralizarse la sangre en nuestras venas, como cuando se presenta á la imaginación el punzante recuerdo de un pasado borrascoso y terrible. . . . Volvemos en seguida á la fértil campiña, y el pecho, hasta entonces comprimido, respira libremente un aire preñado de agradables perfumes. En conversación muy acalorada é íntimamente persuadidos de que las encantadoras ruinas de Pompeya deben la fama universal de que disfrutaban, á las cenizas del Vesubio, nos dirigimos apresuradamente en busca de un asilo donde comer, en solicitud de guías, caballos y alguna otra cosa necesaria á nuestra excursión; porque aquella tarde estaba consagrada ¡al Vesubio! Ibamos á visitar la célebre montaña que han buscado tantos viajeros, con el atractivo de la novedad y de sus hazañas. Antes de entrar

bronce y pinturas al fresco. En este sitio fueron descubiertas las dos estatuas ecuestres que se hallan en el Museo de Nápoles, una de *Marcus Nonius Balbus* y la otra de su hijo *Nonius*.

Pasando por enfrente, se atraviesa la *Strada del Molo* para visitar la llamada *Villa de Aristides*, en donde se encontraron un Fauno en mármol, las célebres *danzantes* y el grupo del Sático y la Cabra; además algunos bustos y una biblioteca de *papyrus*, todo lo cual está enriqueciendo el Museo Borbónico.

No muy distante del anterior edificio, se ven los restos de una casa llamada de *Argus*, de la cual se conservan todavía veinte columnas y seis pilastras de un pórtico que seguramente rodeaba el jardín.

Inmediata á esta sigue la nombrada de los *Genios*, que lleva tal nombre por haberse encontrado la estatua de un Genio colocada sobre una consola de mármol, que todavía existe y se halla en el Museo.

A la extremidad de un pasillo situado detrás de esta casa, se mira debajo de una bóveda un mosaico bien conservado y una columna que indican haberse hallado situado en aquel lugar un edificio de importancia.

Del lado opuesto, atravesando la *Strada del Molo*, se ve otra casa llamada de la *Fuente*, que no tiene de interesante sino dos mosaicos con figuras humanas sobre dos pilastras.

En seguida se pasa á la calle de la derecha, que se asegura conducía á Pompeya por la vía de las Tumbas. A la derecha están las ruinas de la Palestra, y en el fondo se percibe una bóveda en forma de gruta, en donde están sepultadas las *Termas*.

Por un pequeño camino á la izquierda, se sale á la vía pública por donde se entró, y subiendo esta calle se vuelve á encontrar la gran ruta de Resina para regresar á Nápoles.

En los momentos de revisar las pruebas de este capítulo, se nos presentó el señor Cura Zúñiga trayendo consigo el original de su relación. Es tan interesante ésta, que no pudimos prescindir de insertarla, consagrándole un capítulo especial y es el que sigue.

CAPÍTULO DÉCIMOSÉTIMO.

El Vesubio.—Excursión de tres romeros mexicanos.

SON las doce del día. El sol, en mitad de su carrera, se ostenta magnífico y soberbio en lo alto del firmamento, reflejando su radioso disco sobre la hirviente mar, cuyas doradas y embravecidas olas, caminando paulatinamente, vienen á reposar tranquilas sobre las pintorescas playas de Torre Anunziata. Acabamos de abandonar los solitarios edificios, las desiertas calles de la monumental ciudad, dirigiendo nuestra postrer mirada á la sombría figura de Pompeya, que entre cienientos sarcófagos se ostenta en la Avenida de los Sepuleros. Una cosa semejante á la soledad de los cementerios, algo como el silencio de las tumbas, había hecho que se apoderara de nosotros un respetuoso temor; parecía paralizarse la sangre en nuestras venas, como cuando se presenta á la imaginación el punzante recuerdo de un pasado borrascoso y terrible. . . . Volvemos en seguida á la fértil campiña, y el pecho, hasta entonces comprimido, respira libremente un aire preñado de agradables perfumes. En conversación muy acalorada é íntimamente persuadidos de que las encantadoras ruinas de Pompeya deben la fama universal de que disfrutaban, á las cenizas del Vesubio, nos dirigimos apresuradamente en busca de un asilo donde comer, en solicitud de guías, caballos y alguna otra cosa necesaria á nuestra excursión; porque aquella tarde estaba consagrada ¡al Vesubio! Ibamos á visitar la célebre montaña que han buscado tantos viajeros, con el atractivo de la novedad y de sus hazañas. Antes de entrar

en el *Hotel Diomède*, situado extramuros de la ciudad, que era donde nos esperaba la mesa, quisimos examinar de paso un bonito establecimiento, situado á extramuros, donde se encuentran en pequeño y en barro, bronce, ó lava del Vesubio, etc., fieles y artísticas imitaciones de la mayor parte de los objetos extraídos de las excavaciones recientemente practicadas, cuyos originales se hallan expuestos en los Museos Borbónico y Pompeyano. Una diversidad de vasos, lámparas, tazas de variada forma, macetones, estatuas; multitud de vistas estereoscópicas y bellísimas fotografías, representando al vivo los frescos que aun existen en la derruida ciudad, sus edificios, calles, puentes, etc.; todo lo cual sería bastante para formar una interesante galería de célebres antigüedades; pero lo que más llamó mi atención, por la ejecución del trabajo en lava del Vesubio, fueron unas estatuas de Terpsycho-re, Adonis, y otras en bronce, de Apolo, Baco, Diana y la Fortuna. Aguardamos á que uno de los compañeros se proveyera de lo que le pareció más curioso, y acto continuo pasamos á tomar la sopa. Extranjeros en aquellas tierras, experimentamos un júbilo infinito cuando, al penetrar en el modesto salón del Restaurant, observamos que la mayor parte de sus mesas eran ocupadas por compatriotas nuestros, que se habían reunido allí después de sus excursiones en diferentes puntos de la comarca.

El corazón tiene sus misterios impenetrables, sus sentimientos desconocidos; el alma se impresiona y conmueve hondamente, sin darnos cuenta de la causa que motiva ciertas sensaciones; lo real es, que la sola presencia de nuestros compañeros, hizo que los corazones palpitaran con más violencia. Quizá la unidad en el lenguaje, las simpatías de la sangre, los hábitos, las costumbres adquiridas bajo el mismo cielo mexicano obraron en nuestro sér, como si la influencia de un fluido electro-magnético tuviese á su cargo el producir semejante fenómeno. Supuesto lo cual, no es extraño que se suscitara entre nosotros una conversación bien alegre y variada, que hizo nuestra mesa lo más amena posible. Todos mutuamente se encargaron de relatar, con apreciaciones más ó menos

interesantes, más ó menos verídicas, según sus alcances científicos, los viajes que habían hecho; alguien se ocupaba en pintarnos los bellísimos y poéticos jardines de Parthenope, Capo di Monte, Villa Nazzionale, Palacio Real; con gran calor se ocupaba otro en retratarnos las costumbres de aquella comarca voluptuosa; aquel hablaba de Castellamare, otro de Pozzuoli, otro de Sorrento; y Amalfi, Nocera, Capri, la gruta del perro, la tumba de Virgilio y otros tantos lugares de aquel edén encantado, fueron el tema de la conversación. Uno de los compañeros, tirándola de geólogo, como se dice vulgarmente, causaba risa escucharle en sus detalles sobre el Museo Borbónico, y con cierto aire magistral decía respecto á Pompeya:—"Ustedes verán, que al pretender hacer una visita á la ciudad nos cobraron siete liras; ¡figúrense si sería justo dilapidar el dinero de tal modo por ver.... ¡qué....? ruinas y cosas de poca entidad y provecho!"—Pero, señor, que todo un abogado, le dije en tono de chanza, se exprese de semejante manera y haya preferido siete liras en su bolsillo al placer que experimenta todo viajero, cuando al regreso á su patria lleva la inmensa satisfacción de haber pisado los lugares célebres que han sido teatro de trágicos sucesos y cuya fama ó importancia son conocidas del mundo entero? Ya se ve, dije para mis adentros, "cada quien piensa con su cabeza."

En este estado caminaba la conversación, por momentos crecía la algarabía, y el regocijo se marcaba en los semblantes, cuando repentinamente se dejó escuchar el dulcísimo y sentido canto de un pobre hombre que acompañado de una guitarra, ejecutaba un trozo de una pieza cuyo aire me era desconocido. Callaron de pronto todas las voces, las miradas se dirigieron á determinado sitio, y todos contemplábamos estáticos á aquel hombre, que con el delicado acento de su melodiosa y sonora voz nos tenía arrobados, al grado de habernos fascinado completamente. Cuando terminó, con gusto depositamos, en el plato que recorría las mesas, el óbolo de la caridad cristiana, y acto continuo traté de seguir saboreando un bien condimentado platillo con espárragos

que tenía al frente; pero el sirviente había desaparecido con él, y en su lugar íbamos á principiar los postres. Algo nos ocupamos de aquel hombre perteneciente á la numerosa familia de los *Lazzaroni*, que tanto abunda en Nápoles y sus contornos.

Desdichados seres sin hogar ni propiedades y destinados á vagar en el mundo en un estado de triste mendicidad!, ellos producen con el eco sublime de esa voz divina con que les dotó el Creador, el más encantador ensueño, y despiertan en el viajero que les escucha el más vivo interés, conmoviendo la fibra más delicada del corazón. Ellos cooperan también á embellecer aquella campiña con el atractivo de esas dulces notas que arrancan de sus instrumentos. ¡Jamás en mi vida he escuchado canto igual! y nunca presumía que el arte pudiera llegar á tal estado de decadencia, ó más bien, de indiferencia, porque aquellos infelices son generalmente despreciados. Alguien nos dijo que durante el día interesan al incauto en cuyo pecho quizá pretenden por la noche sepultar el puñal del asesino.

Habíamos concluido la comida á tiempo que el camarista del Hotel nos anunciaba que los caballos esperaban á la puerta. Nos levantamos apresuradamente, no sin haber brindado con otros compatriotas por el feliz regreso á la Patria y tratado de persuadirles á que tomaran parte en nuestra excursión; pero fué vano nuestro empeño, porque nos contestaron que no querían llegar á México en tarjeta. Nos despedimos abandonándolos en su justo temor y partimos.

Compañían la pequeña caravana, el Sr. Presbítero Alva, el Sr. Dr. Viveros, un humilde servidor de ustedes y nuestro inseparable guía.

Alegres y contentos abandonamos á todo escape las puertas del Hotel, destrozando bastones y paraguas sobre los cuartos ó más bien sobre los huesos de aquellos pobres animales que habían tomado empeño en acercarnos á lo verde abandonando el camino; de cuando en cuando volvíamos la vista hacia el grupo de otros compatriotas que nos saludaban á lo lejos con estrepitosas careajadas y agitando en el

aire pañuelos y sombreros. Extraordinariamente llamábamos la atención de toda clase de personas, excitando la risa y admiración de cuantos encontrábamos al paso, y despertando aun en los indolentes *Lazzaroni* que se hallaban recostados á la orilla del camino, en los aldeanos y muchachos, un espíritu de curiosidad que terminaba por lo menos con gritos, chillidos y alguna sonrisa burlesca. Ya se ve, era nuestra figura verdaderamente original y digna de caricaturarse; mas firmes en nuestro propósito continuábamos impávidamente la travesía, obligando á nuestros corceles á levantar una polvareda inmensa en aquellos amplios y pintorescos carriles que conducen al simpático pueblo de Bosco, como si un numeroso ejército tratara de asaltar sus muros.

En nuestro camino encontramos, entre algunos otros, un carro tirado por una heterogénea pareja de mulas y bueyes, cubiertos de cascabeles; le ocupaban más de veinte aldeanos y aldeanas casi los unos sobre los otros, con las sienas coronadas de frescas rosas, y armando una algarabía inmensa con pitos, flautas, castañuelas y panderos que agitaban en las manos; nos saludaron grotescamente y pasaron adelante, como pasa y se gasta la vida popular en Nápoles y sus alrededores, en la mayor miseria, en el estado más triste y desgraciado, pero en el desorden más completo, en el desarrollo lamentable de las pasiones, en el escándalo que mata, en la confusión y en el tumulto inauditos, y en la infinita algazara que produce vértigos, que marea al transeunte. Aquel carril que atravesamos era muy semejante á una de las avenidas de nuestros paseos en día de Carnaval, con la única diferencia de que aquello, aun en la ciudad de Nápoles, se repite todos los días y á todas horas. Mi estupor era sin igual y crecía á cada paso que veía interceptado el camino por tanto infeliz pordiosero que con su canto en armonía perfecta con el violín, tarantela ó guitarra, amenizaban aquellos poéticos sitios á la vez que dejaban en el corazón sensible, una honda hue-lla. Así seguíamos nuestro camino más ó menos variado, atravesando siempre por una serie no interrumpida de jardines bellísimos cubiertos de viñedos exuberantes, cactus ele-

vadísimos, pinos coronados de enredadora hiedra, bosquecillos incultos tirados en línea recta, pero dispuestos de tal manera, que comunican un encanto singular á aquellas atravesadas y largas calzadas donde el follaje de algunos árboles ofrece abrigo seguro contra los ardorosos rayos del sol. ¡Oh! la deliciosa llanura sobre la cual se levanta amenazador el soberbio volcán, parecía brindarnos en aquella tranquila y bendita tarde con todos los encantos que pueden cautivar el corazón de un extranjero, que pisa por la vez primera el suelo de aquel paraíso privilegiado por la pródiga mano del Creador Supremo. Delante, detrás de nosotros, en todo el derredor, la riqueza de una vegetación meridional se desarrolla ferazmente merced á las calientes cenizas del Vesubio y dilatándose sobre la vasta campiña ofrece á los ojos del encantado viajero, hermosos limoneros en flor, opulentas palmeras de gigantesco tallo cuya majestuosa cima corta gallardamente los aires en medio de cultivadas huertas donde compiten en verdor y lozanía el glandés, el chopo y el álamo y multitud de arbustos frutales, como la pera y el manzano, el naranjo y la nuez, el piñón, castaño y los granados exquisitos.

Llegamos, pues, á Bosco-Trecase, lindo pueblo como decía uno de mis compañeros, materialmente perdido entre las flores y cobijado bajo la frondosa copa de frescos árboles, donde la exuberante vid había formado su nido de amores. Era preciso descansar y dar tregua á nuestros fatigados caballos; con este motivo nos apeamos frente á una casita de modesta apariencia, donde se nos recibió con afabilidad; saboreamos un buen vaso de vino rojo del Vesubio, conocido con el nombre de *Lacryma Christi*, y mientras tanto un cantor alado hizo escuchar sus puros y armoniosos acentos. Un instante de reposo y tratamos de seguir inmediatamente nuestro camino.

Cuando aparecimos á la puerta, la confusión era horrible; parecía que aquel pueblo se había vaciado; nos formaron sitio todos los mendigos, mujeres, muchachas, hombres y niños harapientos, cuyas ropas parecían haber llegado al estado de podredumbre y hediondez; nos acosaron con sus importunos

ofrecimientos. Unos tomaban las riendas ó el estribo del caballo, otros aparecieron con cepillos en la mano y se empeñaban en quitar el polvo á nuestras ropas, sacudir las monturas y á la vez se gritaban mil improperios, blasfemaban, aturdían; acompañando sus chillidos con la mímica y gesticulaciones más ridículas, al disputarse bruscamente la multitud de céntimos que tuvimos la necesidad de arrojarles aun ya montados á caballo, para poder lograr que soltaran la brida, la cola de los pobres animales que tiraban fuertemente, y salir con presteza de aquella inmensa batahola capaz de hacer tronar los oídos de un sordo. Volvimos á recorrer más y más calzadas y carrilillos angostos, bordados de olivo, adelfa y encinas verdes, taloneando á nuestros miserables caballejos para llegar con más presteza al punto deseado. Muy pronto estuvimos fuera del pueblo, dejando atrás el hechicero campo con sus hermosísimas huertas de fresco verde cuajadas de trigo, papa, haba, maíz y cebada, que manifestaban al ojo menos perspicaz la feracidad de aquel terreno, la exuberancia de la frondosa vegetación, y por consiguiente, la causa que presta tanta facilidad para el cultivo, como lo testifican los alegres grupos de jóvenes labradores que sorprendíamos en lo más bello de sus labores. Mientras más adelantábamos en el camino, iba disminuyendo poco á poco la vegetación, el suelo se presentaba más negro, como por encanto desaparecían los árboles y el horizonte sin obstáculo alguno: ofrecióse por fin á nuestra ávida mirada la inmensa mole de la soberbia montaña, recortándose majestuosamente sobre el purísimo fondo de un cielo azul muy semejante al de nuestra patria en una de las calurosas tardes del Estío. Hubo un momento en que los compañeros detuvieron de la brida sus caballos y admiraban extáticos la enorme masa que teníamos al frente. Yo, por mi parte, hube de rendir homenaje al fuerte brazo del Hacedor Eterno y elevaba en secreto temerosa plegaria en aquel lugar de la muerte. ¡Me ví pigmeo reconociendo una vez más el supremo poderío de Dios, que domina los elementos y sepulta los imperios confundiendo la loca arrogancia del hombre! Vino á sacar

nos de este estado de anonadamiento el estrepitoso galope de seis caballos que acertaron á pasar junto á nosotros. Eran cuatro arrogantes ingleses y sus criados; nuestro guía, demasiado jovial, trató de persuadirlos á que nos hicieran el honor de acompañarnos, pero ó aquellos seres excéntricos no entendían el idioma italiano ó tal vez soñaban en algún tesoro depositado en el cráter, según la veloz carrera que llevaban.

Semejante indiferencia ó desprecio, como quiera calificarse, excitó en uno de los compañeros el orgullo patrio y voló tras ellos disputándoles la primacía.

El volcán del Vesubio, en su configuración, es muy semejante á nuestro Popocatepetl, principalmente por las vertientes que aparecen al Poniente de la ciudad Angélica; pero entre ambos hay notable diferencia. Mientras éste se eleva á una altura de 19,689 pies sobre el nivel del mar, aquel mide solamente 4,550, pero con la rara particularidad de que en este punto tan pequeño, relativamente, se producen una variedad de sustancias mineralógicas como el lápiz-lázuli, grenates, nephelina, augite, mica, la breislakita y otras muchas que nuestra montaña no contiene; bien que el Vesubio ha sido objeto de un estudio muy concienzudo ocupando la imaginación de hombres célebres como Strabón, Monticelli, su infatigable observador Palmieri, con los demás Directores del Observatorio Meteorológico y varios físicos, geólogos, naturalistas y otros hombres científicos que le han visitado.

El Popocatepetl alguna vez ha arrojado piedra y arenas que vuelven á caer en su cráter, pero es un volcán extinguido completamente. Su mayor belleza consiste en las nieves perpetuas que coronan su elevada cima y en el monte que le rodea desde la base hasta muy cerca de su parte media. El Vesubio, desde el reinado de Tito, en cuya época la historia recuerda la terrible erupción que costó la vida al naturalista Plinio, hasta la fecha presente, permanece en constante actividad arrojando siempre una lava negra semejante á las escorias del hierro, envuelta en una espesa columna de humo blanquecino-gris durante el día y roja por la noche. Es-

to por una parte, y todo lo que en seguida veremos, hace de la montaña, un volcán cuyo aspecto es terrible, pero bien variado, imponente y majestuoso. Curioso es observar las muchas casas de campo, alegres quintas y multitud de pequeñísimas propiedades que salpican su fértil falda; pero llama mucho más la atención el número considerable de habitantes, en su mayor parte infelices, que atraídos por la riqueza de aquel suelo, parecen desafiar la muerte que les espera, llegando á reunirse según la Estadística moderna, cerca de 1,200 por kilómetro cuadrado.

Hacia el Este de la hermosa Parthenope y á doce kilómetros de distancia, se levanta majestuoso y erguido el Vesubio. Llégase hasta él tomando en la ciudad el ferrocarril de Nocera y haciendo estación en Resina ó Pompeya, donde se encuentran guías, caballos y mulas. Es preferible seguir el camino de Resina, porque si el viajero quiere evitarse un tanto la molestia del caballo, bien puede tomar un asiento en el ferrocarril funicular ó un buen carruaje que lo conduce á la tradicional Ermita de San Salvador siguiendo una hermosa calzada nueva. Nosotros optamos por la ruta de Pompeya, motivo, á que como se ha dicho, acabábamos de visitar sus ruinas; pero ¡cuántos sinsabores! ¡qué soles! ¡cuántos martirios no nos costó la tal travesía! Sigamos, pues, nuestro camino interrumpido por tan larga digresión. Las últimas lenguas de tierra cultivada habían desaparecido á nuestra vista, la pendiente se hizo más y más elevada, los torrentes de lava inerte, fría y lúgubre se unían bajo los pies destrozando el casco de nuestros agobiados caballos que á cada momento trepaban con mayor dificultad, fatigados y bañados en un sudor tal, que le arrojaban gota á gota sobre el esquebrajado suelo, como si en aquel instante acabaran de salir del bañadero. A derecha é izquierda se levantaban montañas de ceniza movediza, masas enormes de pedruzcos amarillentos cuyo aspecto repugnante y horrible estremece al pobre grupo de viajeros que repentinamente se ve envuelto en aquel sombrío valle, donde ha desaparecido toda vida. Ríos de fuego líquido en otro tiempo, están representados

al presente por amenazadoras montañas de horripilantes escorias, rocas calcinadas, murallas enormes cuya negra mole está formada por oleadas de antigua, trenzada y retorcida lava.

En este lugar de melancolía, de destrucción y exterminio, triste imagen de la devastación de la naturaleza, donde la mirada del fatigado viajero se detiene con angustia, no hay otra cosa más que la imponente y horrible perspectiva de ásperas y negruzcas peñas por entre las cuales se escapa un aire caliente, preñado de mefíticos miasmas, débil indicio de la viveza del fuego subterráneo. Las apiñadas rocas apenas permiten en aquel suelo, donde resuenan estrepitosamente las pisadas, formarse de trecho en trecho pequeños valles y cañadas de caliente ceniza, en la cual nuestros desgraciados animales se enterraban de tal manera, que casi tocaban en el suelo los estribos. Únicamente por intervalos se divisan á lo lejos como lucientes estrellas en oscuro y nebuloso cielo, débiles fragmentos de paisaje: la soberbia llanura, prolongándose hasta las montañas de Caserta, la ciudad de la alegría y el regocijo infinitos, con sus masas de casas irregulares y variadas, y el dorado oleaje del magnífico golfo bañando las encantadas playas de Castellamare. Ya habíamos dejado atrás mil montañas, y otras nuevas se presentaban delante con sus espumas y escorias que horrorizan, como tratando de arredrarnos con su presencia. Nuestros caballos trepaban ya con gran dificultad entre aquellas asperezas, y á cada momento nos parecía rodar sobre las duras rocas, porque la pendiente se había hecho insostenible. Un sol reverberante y ardoroso nos abrasaba con la intensidad de sus rayos; la sed nos devoraba, y el temor de que nos abandonaran en aquel sitio los fatigados corceles, nos afligía sobremanera. No era posible proseguir; paso á paso, jadeantes y haciendo supremos esfuerzos nuestros desgraciados animales, aun á pesar del castigo, apenas se movían. En esta crítica situación, dispersos aquí y allá, buscando el mejor paso, entramos en profundo silencio y meditábamos quizá, sostenidos todos por un mismo pensamiento, en la

destrucción de aquellas importantes ciudades, Pompeya, Herculano, Stabies y Cumas, que fueron sepultadas por las lavas y ceniza del Vesubio en la fatal erupción acaecida el 8 de Setiembre del año 79 de J. C. Yo me fijaba en las monótonas masas que se tendían á mi vista, y de cuando en cuando dirigía furtivas miradas al teatro del desastre, pensando involuntariamente en los castigos del cielo; en el crimen de aquellas destrozadas almas, que privadas de la fe y de los auxilios de una religión divina, fueron arrebatadas por la muerte en el pleno goce y delicias de una vida sensual, y cuyos cuerpos, ahora insepultos y conservados escrupulosamente en riquísimas urnas, sorprendidos por el cielo en el acto mismo del delito, é íntegros, intactos, tal cual estaban el día de la catástrofe, se hallan expuestos á las futuras generaciones como un atestado solemne que manifiesta la justa indignación de Dios; como un ejemplar magnífico que habla muy altamente á la voluptuosa muchedumbre que habita los contornos de aquella montaña; á la veleidosa y lasciva gente que parece no teme desafiar á la Divinidad ante aquellos avisos; á la vista de aquel boquerón inmenso que ha abortado de sus entrañas la muerte y la desolación, y que eternamente encendido por la cólera del Altísimo, pesa sobre sus cabezas como la amenazadora espada de Dámocles.

Me hallaba sumergido en serias y profundas reflexiones, cuando repentinamente se dejó escuchar el bullicio de algunas gentes, y el grito de nuestro guía que mandaba apearnos del caballo. Era que habíamos llégado al valle que separa á *Monte-Somma* del Vesubio, lugar llamado vulgarmente *Atrio del Cavallo*. Inmediatamente nos apeamos y procuramos tomar un poco de vino y naranjas, que compramos á los *facchini*, cargadores que se hallan á toda hora en aquel sitio, dispuestos á subir á los viajeros. Este valle, sobre el cual nos hallamos, no existía antiguamente; y si debe darse crédito á los escritores antiguos, el *Somma* era el único vértice que presentaba con el Vesubio la figura de un solo cono truncado, antes de la erupción de 79, (léase á Estrabón). En esta fecha memorable fué cuando la montaña se abrió; y

de la profunda sima, surgieron oleadas de candente lava que más tarde se petrificaron, cubriéndose de escorias y ceniza que formaron el amplio valle de quinientos metros que separa las dos cumbres en que actualmente se divide el volcán, á saber: El cono volcánico ó Vesubio, propiamente dicho, y el *Monte Somma*, que rodeando al primero al N. y al E., le forma un prolongado cinturón de paredes abruptas por el lado interno, y suavemente inclinadas al exterior. Las rocas que forman este monte, son muy distintas á las lavas del Vesubio. El concienzudo estudio que se ha hecho, ha dado por resultado saber que la lava del Somma es porphírica, de anphigene y phirosene, con gruesas estratificaciones que se elevan al centro del cono, bajo un ángulo de 20 á 30 grados; así como también que las rocas de su masa, siendo de origen ígneo, no han sido expelidas por un cráter, sino producidas por algún levantamiento antiguo. Quizá esta circunstancia por una parte, y la rara particularidad de haberse encontrado en las capas de toba de piedra pómez de su falda, algunas conchas fósiles, han hecho comprender á algunos que en cierta época geológica, el Vesubio era sub-marino. Sea, pues, para los sabios el cuidado de examinar todo esto, y sigamos nuestro interrumpido camino.

Dejamos nuestros caballos en poder de los *facchini*, supuesto que la ascensión á lo que se llama *Cono de Cenizas*, presenta aun á pie graves dificultades, ofreciendo una inclinación de cincuenta grados. Para subir se emplean varios sistemas; nosotros optamos al principio por tomar un solo guía, que subía delante afirmándose en un grueso callado que enterraba en las cenizas para no caer. De las espaldas de este hércules, colgaba un cinturón en forma de gaza ó lazada, donde apoyábamos ambas manos para ser tirados á remolque por aquella resbaladiza y rápida pendiente, formada por las cenizas que arroja el volcán. Muy pronto se cubrieron nuestras frentes de un sudor tan copioso que empapó nuestros vestidos. Abrasados por el sol, jadeantes y faltos de respiración, saltábamos de un trozo de lava á otro trozo, haciendo esfuerzos inauditos y sintiendo que el calor au-

mentaba bajo nuestros pies. Unas veces por nuestro propio pie, y otras con el auxilio de los guías, parecía que devorábamos los ochocientos metros del famoso cono; y aunque caminábamos alegres llevando ante los ojos los misterios de aquel abismo, no por esto era pequeño el peligro á que nos habíamos expuesto. Cada paso que dábamos en aquel polvo donde nos hundíamos hasta las rodillas, nos parecía más y más arriesgado, creyendo rodar hasta la falda de la montaña. A cada momento cedían bajo el pie las parduzcas masas de ceniza ó alguna roca de donde acabábamos de saltar, rodando sorda y siniestramente, hasta destrozarse en mil fragmentos contra las escarpas del volcán. Empezamos á sentir que el calor aumentaba al grado que, cuando teníamos necesidad de poner la mano para apoyarnos sobre la ceniza, era forzoso retirarla al instante. Mil y mil grietas aparecían por todas partes arrojando un débil humo que apenas se elevaba algunos pies, cuando volvía á absorberse por entre las rocas. Vapores ardientes se levantaban en torno de las cimas; la niebla velaba el firmamento; el aire unas veces quemaba, otras era frío, áspero y sofocante. Las nubes que giraban en nuestro derredor, iban y venían pasando algunas veces á condensarse y confundirse entre la columna de humo del cráter. Ya se dejan percibir los esfuerzos de aquel monstruo por medio de un ligero temblor que produce un ruido siniestro, y apenas vamos por la mitad del cono. No puedo proseguir adelante. . . . Héme, pues, tendido sobre la caliente ceniza, agobiado, desfallecido enteramente, palpitando de un modo extraño la sangre de mis venas; sin aliento y con una cefalalgia atroz, resultado del poder de gases irrespirables, con particularidad del carbono, cuya acción sobre el cerebro es bien conocida. . . . Pensaba en aquel acto sobre los síntomas del envenenamiento, producido por el sulfuro de carbono, cuando veo llegar á mi compañero el Sr. Alva, sentado sobre los hombros de dos de aquellos formidables atletas. En medio de mi aflicción, no pude menos que sonreír á vista de aquel grupo original. Mi compañero y los guías procuraron que tomara una bebida fresca, una naranja; y algo más

recuperado, proseguimos el camino redoblando los esfuerzos. Unas veces á pie ó tirados por un guía, mientras otro empujaba por las espaldas; y otras, sobre los hombros de semejantes héroes, cayendo y levantando logramos por fin acercarnos á la cúspide de la montaña; pero fué preciso detenernos en una caverna formada por la lava, porque el desfallecimiento y los vómitos habían aumentado en mí de una manera tal, que alarmaba. A fuerza de limonadas y naranjas, único recurso en aquella morada del infierno, se trató de restaurar mis fuerzas. . . . Un paso más. . . . Un esfuerzo supremo. . . . último, y hemos llegado á la cima del gigante, apareciendo á nuestra vista aquel abismo llamado cráter, con toda la grandeza y los horrores que aterran, cuando los elementos desencadenados hacen conocer al hombre su miseria y pequeñez. Hemos hallado la truncada pirámide del fuego, y aun estamos en el exterior de la fatal boca. Yo me soñaba trasladado á otras regiones. . . . á la luna; pero menos en la tierra de nuestro planeta. Sobre nuestras cabezas caía un polvo de impalpable ceniza, y del fondo de la cima volaban lavas esponjosas y negra escoria envueltas en la columna de humo que arrojaba el volcán, elevándose hasta una altura considerable. El terreno que pisamos parece hundirse con nosotros debajo de los pies; tiembla, ruge y resuena la montaña como si fuera á desbaratarse en mil pedazos y tratara de volar al espacio. Este ruido poderoso que se efectúa por intermitencias, tiene mucha semejanza con el redoblado trueno en día de desecha tempestad, ó con el estallido de potente cañón repercutido por el eco de infinita cordillera de montañas. Mientras más nos acercamos, el estruendo es más terrible; el monte se estremece más y más y el olor á azufre es de tal modo insoportable, que nos obliga á llevar el pañuelo á la nariz. El borde exterior del cráter mide dos kilómetros de circunferencia; sus paredes están tapizadas de azufre en estado de eflorescencia, y cubiertas de una cantidad de fumarolas; pero para llegar á la verdadera boca del sombrío embudo, es forzoso descender un poco; tostar el calzado y decidirse á poder morir sorprendido por el hierro derretido

que arroja aquella garganta, y después de elevarse á una grande altura, caer cerca de los bordes.

Cuando esto pensábamos, nuestro compañero el doctor y los demás guías á quienes nos habíamos reunido, celebraban el arrojado de una jovencita inglesa que había descendido hasta la boca, dejando bien lejos á sus compañeros. ¡Qué horror no debe inspirar el Vesubio, si se piensa que una débil corteza es el único obstáculo que bajo nuestros pies oculta el radiante fuego! Si alguna vez el lector de estas líneas ha sentido los desastres de un terremoto, inundación ó incendio, comprenderá el justo miedo, el terror miserable que se apodera del viajero, en estos sitios donde parece que todos los elementos se combinan contra el hombre; sin embargo, la presencia de los compañeros y la reunión de un número regular de personas, hizo desaparecer mi debilidad, sofocó el temor, y me decidí á llegar al boquerón horroroso; y aprovechando los momentos en que el aire había apartado un tanto las escorias que amenazaban fundir mi cabeza, y la columna irrespirable del densísimo humo, avanzo, pues, por entre aquella variada coloración de azufre, cayendo á mi derecha é izquierda trozos de fundida lava; estoy al borde de la pavorosa boca del monstruo; me asomo al fin; la veo y contemplo lleno de fascinación; distingo el fuego que ilumina el profundo y esquebrajado sumidero donde hierven las entrañas de la tierra, y pienso en Dios.

En este instante brama el espantoso trueno, siento que tiembla todo el Universo y que acaba la máquina del Orbe; del fondo del infernal embudo surgen el humo, la lava y las escorias, asciende la llama, se estremece y tiembla el borde bajo mis pies, resuenan como trueno las rocas que caen al abismo y siento que mi espíritu desfallece. Los gases me ahogan. Se apodera de mí un vértigo horrible, y auxiliado por un guía me aparto en el acto de aquel precipicio. Lo que allí se ve y se siente no hay pluma alguna que pueda describirlo, ni ideas que se aproximen á la realidad, ni palabra capaz de traducir semejantes impresiones. ¡Aquello es morir! no puede soportarse, y al mismo tiempo atrae y fas-

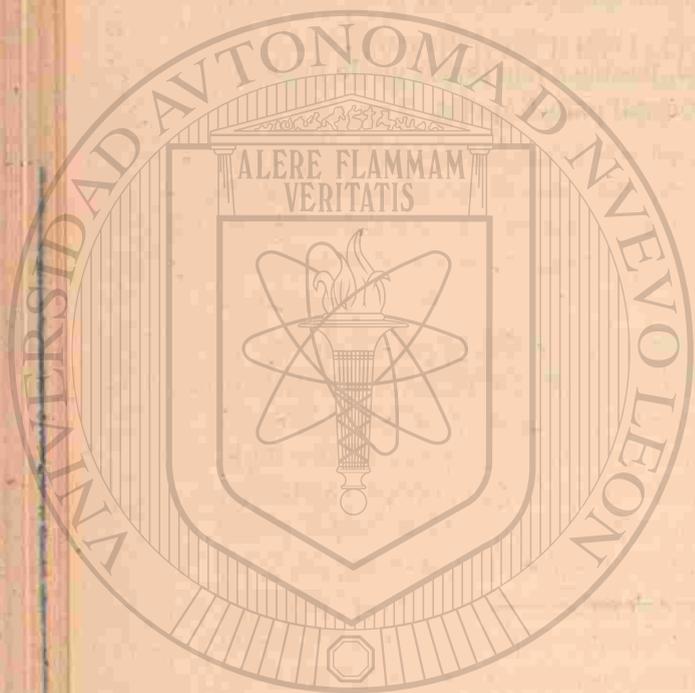
cina. Cuando me ví fuera del peligro, respiré con más libertad, é intertanto se daba por los compañeros la señal de marcha, me entretenía en ver á los *facchini*, unos saboreando con aparente tranquilidad algunos huevos que habían cocido en las cenizas del cráter, y otros ofreciendo á nuestra contemplación los palos hechos ascuta que habían introducido en aquellas grietas y algunas monedas de cobre que arrojadas en los momentos de caer la lava candente en el suelo, habían quedado engastadas en ella. Era tarde, el sol estaba próximo á su ocaso y se hacía forzoso partir. Por el mismo camino que nos había costado una hora de inauditos esfuerzos íbamos á regresar, pero no por nuestros propios pies, sino volando y envueltos en las nubes que formaban los vapores del cono.

Yo el primero me lancé con frenética alegría por aquellas vertientes de ceniza que cedía bajo mis pies obligándome á devorar la distancia y á soñar en los hielos de la Suiza. No cabíamos de placer y regocijo y reíamos hasta ahogarnos, apostando quién llegaría á triunfar sobre los demás. . . . Cinco minutos después estábamos montando en el *Somma* nuestros caballos, depositando en manos de los *Facchini* 50 liras que se hicieron pagar por haber cargado nuestras humanidades sobre los hombros. Puestos nuevamente en camino dejamos á la derecha las corrientes de lava que en 1794 descendieron hasta el mar atravesando á Torre del Greco, asesinando á sus moradores y tapizando el suelo de una capa de cenizas de más de un metro de altura, y á la izquierda una gran montaña de lava que aun conserva su calor y arrojada hacia un mes por la boca del nuevo cráter.

Al frente á nuestros pies en todo el derredor, teníamos el sin igual panorama de la ciudad de Nápoles, que aparecía recostada muellemente sobre sus fértiles montañas y se dejaba acariciar por las aguas del incomparable Golfo. Ischia y Procida con todos sus encantos se divisaban á lo lejos. Á nuestra siniestra Castellamare y la poética Sorrento, honrosa cuna del Tasso, perdida entre sus bosques de naranjos, un poco más allá Capri, la deliciosa mansión del voluptuoso

Tiberio, y como para coronar este cuadro sublime, la bella perspectiva de un limpidísimo cielo bordado con delicados celajes en aquella hora de la poesía de la tarde, de las armonías, etc., etc. ¡Con razón todo viajero queda fascinado con el encanto soberano de la Italia! Al visitarla no puede menos de exclamar con sus moradores: *¡Napoli e un pezzo de cielo caduto in Terra!*

Está metiéndose el sol, pasamos por Bosco ya de noche y á las 9 tomamos el ferrocarril para Nápoles.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO DÉCIMOCTAVO.

Partida de Nápoles.—Los ferrocarriles italianos.—Aspecto de la naturaleza.—Impresiones de viaje.—¡Roma á la vista!—San Pedro.—La Estación de Roma.—Recepción en la Ciudad Eterna.

UN telegrama de Angelini anunció al presidente de la Peregrinación, que el domingo 13 de Mayo diría el Papa una misa en la Capilla Sixtina, por intención de los romeros mexicanos, y el 14 á las once y media de la mañana, nos recibiría en el Vaticano. La noticia circuló como por encanto entre los excursionistas; y por la tarde de ese día, (10 de Mayo), todos los peregrinos se hallaban reunidos en el Hotel Vesubio, en donde habían alojádose el señor Obispo y los individuos de la Comisión. Esta hizo saber á los presentes que al otro día, á las ocho de la mañana, deberían estar reunidos en el edificio de la Estación. Comunicáronse todas las instrucciones relativas, y la reunión se disolvió.

El 11, á las ocho, nos hallábamos puntuales á la cita. El edificio que sirve de Estación á las más importantes vías férreas que parten de Nápoles para diversos puntos de Italia, es un gran monumento de arquitectura moderna, construido de cantería y ladrillo. Delante de la fachada principal, se halla plantado un hermosísimo jardín con su fuente de mármol en el centro. Por el costado de la izquierda está el departamento de espera, el expendio de boletos y la oficina de equipajes para los que salen; en el ala derecha están los mismos departamentos, para los que llegan de fuera. Dirigímonos nosotros por el lado izquierdo.

Después de presentar nuestros boletos á la administración, y de depositar los equipajes que no eran bultos de mano, pasamos á un salón amplio decorado con elegancia y amueblado con decencia. Allí debíamos esperar que se nos llamase á la hora conveniente, para entrar en los andenes de la Estación y tomar asiento en los coches. Un cuarto antes de las nueve se abrió una puerta de par en par, y un empleado vestido de uniforme gritó en alta voz: "¡Los peregrinos mexicanos!" Apresurámonos á obedecer aquella indicación, y salimos de la sala entrando en el gran departamento del paradero, hermosísima y anchurosa estancia con techumbre de fierro y cristal. Un largo tren con carros de la antigua forma inglesa, aunque de construcción italiana, se hallaba colocado cerca de la plataforma del andén. Corrimos á tomar nuestros asientos en las respectivas clases. Los coches de las líneas italianas son cómodos y elegantes, y en primera hasta lujosos. Cada tren lleva agregados carros Pullman, para los que mediante cinco liras al día quieren disfrutar de mayores comodidades. La servidumbre es bien presentada y atenta; los empleados extremadamente amables con los pasajeros, y si acaso no lo son generalmente, lo fueron con nosotros. Auxiliados por ellos, los peregrinos se instalaron en los asientos que mejor les pareció, según su categoría. A las nueve en punto se dió el toque de partida, y el tren comenzó á rodar.

Si bellas y pintorescas en extremo son las campiñas de la antigua Campania, vistas desde el Golfo ó desde las eminencias de Nápoles, risueñas y encantadoras se miran cuando se recorren por el camino que lleva el tren que nos conducía. La abundancia de la vegetación, la verdura de los campos, los matices del follaje, el azul de ese cielo meridional, tan puro y transparente; el simpático aspecto de las construcciones campestres en las llamadas *villas*; todo forma un conjunto delicioso que encanta la vista y embarga el ánimo del viajero. En medio de aquella naturaleza animada y sonriente; gozando de la frescura de los árboles, y aspirando los perfumes que embalsaman la atmósfera, se cree uno trans-

portado á la tierra de promisión de los israelitas, y se siente inspirado á exclamar como el apóstol en su arrobamiento: "*Bonum est nos hic esse.*" "¡Bueno sería quedarnos aquí!"

Media hora transcurrida, que nos pareció un minuto, y el tren se detuvo en el primer paradero. Las estaciones todas de Italia tienen el mismo aspecto é idéntica apariencia exterior. Un edificio de mampostería, rigurosamente simétrico, sencillez en su arquitectura, pero elegante y de buen gusto: en el centro de la fachada hay un reloj con carátula de regulares dimensiones, para hacer visibles los números que indican las horas; el nombre del paradero, en hermosos caracteres de porcelana azul; las plataformas de los andenes muy bien arregladas; todas las oficinas de la Estación perfectamente dispuestas, y colocadas en una situación respectivamente uniforme.

Un grupo de napolitanos filarmónicos, que allá lo son todos, nos recibió tocando y cantando aires nacionales. Grata impresión nos causó este inesperado recibimiento. Sólo diez minutos gozamos de aquellas melodías y el tren continuó su marcha.

Pasados veinte minutos más, recreábamos la vista con el encantador paisaje de Madaloni, población de importancia, de aspecto muy pintoresco. Acercándonos á sus calles las vimos extenderse en línea recta, sombreadas con doble hilera de preciosos árboles de fresco y verde follaje. Descubrimos hermosísimas calzadas que forman los caminos vecinales. La ciudad está reclinada en la falda de una hermosa montaña vestida de sementeras y cubierta en parte de viñas frondosísimas. En la estación de Madaloni nos estuvimos dos minutos solamente.

A las diez en punto se nos presentaba el seductor paisaje de Caserta. El Palacio y su lindo parque se veía sobresalir airoso entre el caserío. Ya hemos descrito este bellissimo lugar, que tal vez no tiene semejante en el mundo. La estación de Caserta, acaso por hallarse tan inmediata al soberbio edificio que ha servido de residencia á los reyes, difiere de las demás en su apariencia exterior. Es elegantísima en su construcción

y puede presentarse como un modelo en edificaciones de su clase.

Un cuarto de hora transcurrió apenas y nos hallábamos delante de la población de Santa María, pintoresca y risueña como las anteriores, aunque de menor importancia.

Otros veinte minutos de camino y llegábamos á la celebrada Cappaa, regada por un hermoso río de transparentes aguas. Un magnífico puente de hierro, como de cien metros de largo, sirve de base al ferrocarril para que atraviesen los trenes.

Un suave perfume muy conocido de los mexicanos comenzamos á aspirar apenas salidos del paradero. Recorríamos un campo cubierto literalmente con nuestra rosa de Castilla. Cercados de esta planta adornan el camino desde la estación inmediata de Pignataro hasta la de Sparanise, á donde llegamos un momento después de las once.

Una hora empleamos en recorrer el espacio de algunos kilómetros, pasando por las estaciones de Teano, Riardo, Cailanelo y Mignano, recorriendo siempre hermosas campiñas, admirando los campos cultivados con asombroso esmero y las frondosas viñas extendiéndose en una gran llanura. Entramos después en una bellísima cañada cubierta de verdura; en una de sus orillas está la estación llamada Bocca d'evandro S. Vittore.

Pasados treinta minutos; era la una de la tarde, descubrimos la población de Cassino, que se extiende en las paredes de una montaña, y en la cima vimos levantarse el venerable monasterio de Monte Cassino, gran edificio de grandes recuerdos históricos para la Religión.

Veinte minutos más y estábamos delante de Aquino, preciosa aldea á la falda de un cerro de corta elevación. La efigie del gran maestro, del sol de las escuelas, resplandece todavía sobre las paredes ennegrecidas de los viejos edificios de la que fué cuna de uno de los hombres más sabios que ha visto nacer el astro que nos alumbraba.

No habría transcurrido media hora cuando descendíamos á un hermoso valle de exuberante vegetación, sembrado de

algunas casas rústicas. Nos hallábamos en Roccaseca. Era la una y media de la tarde.

Adelante está Isoletta, á donde llegamos á las dos, y en la estación inmediata nos detuvimos á comer en una fonda aseada y regularmente servida.

Durante las tres horas que siguieron, proseguimos nuestro camino, siempre recreando la vista con hermosas montañas vestidas de vegetación ó erizadas de espesos bosques, con dilatadas llanuras plantadas de vides ó sembradas de cereales, todo admirablemente cultivado. Fuimos deteniendonos brevísimos ratos en los paraderos de Ceccano, de Frosinore Alatri, de Ferentino, de Sgurgola, de Agnano, de Seguí, de Ontanese, á cuyo punto llegamos poco después de las cinco de la tarde. Poco más de una hora nos faltaba para llegar á la Ciudad Eterna. Nuestros corazones comenzaron á latir de emoción. Pronto nos encontraríamos en la ciudad de las siete colinas, la que dominó al mundo durante algunos siglos por la fuerza, la que lo ha dominado después por el amor.

Pronto íbamos á descubrir los despojos de esos monumentos soberbios que levantó el orgullo humano, haciendo alarde de su poder transitorio y de su efímera grandeza. Junto á ellos habíamos de ver alzarse majestuosos los magníficos edificios cristianos, monumentos de la gloria imperecedera de otro poder que no acabará sino con el mundo, que no llegará á su ocaso sino cuando el astro que nos da luz quede oscurecido para siempre. No tardaríamos en descubrir la gran Basílica, el primer edificio del mundo, por su magnificencia, por su extensión y por su solidez. Dentro de pocos minutos pisaríamos el suelo regado con la sangre de nuestros mártires, santificado con el sacrificio de tantas víctimas inmoladas por el paganismo, para fundar una Religión que había de extenderse por toda la tierra.

Eran las seis y media de la tarde cuando comenzamos á descender al extenso valle del *Latium*. Ahí estaba Roma. ¡Roma! exclamaron centenares de voces dentro de los coches. ¡Roma! dijimos nosotros conmovidos, experimentan-

do una emoción sublime que jamás habíamos experimentado. La enorme cúpula de San Pedro se presentó á nuestras miradas, sobresaliendo entre todas las eminencias más elevadas de aquel inmenso caserío que forma la ciudad de los Papas....

Aquí tendremos necesidad de suspender nuestro relato en el estilo que venimos sosteniendo como apropiado al carácter de esta obra. Las impresiones recibidas desde nuestra llegada á Roma hasta el momento de despedirnos del Santo Padre, las consignamos en su día en una carta que escribimos para un amigo querido. No podríamos después de pasadas esas primeras impresiones trasladarlas al papel en otra forma distinta. Tal como allí las expresamos, así las sentimos y así han quedado escritas en nuestra memoria y grabadas en nuestro corazón. Es necesario dejarlas como quedaron allí y no agregaremos nada á lo que en esa fecha memorable nos inspiró la situación en que nos encontrábamos. Séanos, pues, permitido transcribir en la parte relativa el texto de la expresada carta. Después continuaremos el relato en el estilo propio del cronista. Seguirá hablando éste cuando haya acabado de hablar el creyente. No llevarán á mal nuestros lectores que demos preferencia á las expansiones religiosas nacidas de esas primeras impresiones que recibimos al llegar á la Metrópoli del catolicismo y al presentarnos delante del Jefe de la Iglesia católica.

Dice así la carta. Le consagraremos capítulo especial.

CAPÍTULO DÉCIMONONO.

Impresiones religiosas á la vista de San Pedro.—Los mexicanos residentes en Roma.—La Sra. de Miramón.—Angelini.—Cautiverio del Pontífice.—En la Capilla Sixtina.—¡El Papa!—La Misa.—La Comunión.—La audiencia.—Reflexiones sobre el discurso de Su Santidad.—Los peregrinos recibidos individualmente por el Jefe de la Iglesia.

NO se puede describir la impresión que se experimenta al descender al famoso valle del *Latium*, en el que se elevan las siete colinas en que fué asentada la Ciudad Eterna. El valle no está ya tan desolado como en los tiempos de Chateaubriand y de Gaume; en su mayor extensión está cultivado y no inspira la tristeza que á su aspecto sobrecojió á los viajeros de antaño. Lo primero que se descubre desde gran distancia antes de llegar á Roma es la gigantesca mole de la cúpula de San Pedro, que se eleva como una montaña sobre todas las eminencias que la circundan. San Pedro se levanta sobre todos los monumentos que nos quedan de la antigua Roma, como el Cristianismo se ha alzado de siglos atrás sobre las ruinas de esa civilización pagana envuelta en la confusión de los escombros que nos ha dejado, para evidenciar la inestabilidad de las cosas humanas, y la pequeñez de las grandezas que no reconocen por origen inmediato á Dios. San Pedro descuella en Roma sobre todo lo que allí existe de grande y de grandioso en lo antiguo y en lo moderno, como la Religión Cristiana se alza majestuosa sobre

do una emoción sublime que jamás habíamos experimentado. La enorme cúpula de San Pedro se presentó á nuestras miradas, sobresaliendo entre todas las eminencias más elevadas de aquel inmenso caserío que forma la ciudad de los Papas....

Aquí tendremos necesidad de suspender nuestro relato en el estilo que venimos sosteniendo como apropiado al carácter de esta obra. Las impresiones recibidas desde nuestra llegada á Roma hasta el momento de despedirnos del Santo Padre, las consignamos en su día en una carta que escribimos para un amigo querido. No podríamos después de pasadas esas primeras impresiones trasladarlas al papel en otra forma distinta. Tal como allí las expresamos, así las sentimos y así han quedado escritas en nuestra memoria y grabadas en nuestro corazón. Es necesario dejarlas como quedaron allí y no agregaremos nada á lo que en esa fecha memorable nos inspiró la situación en que nos encontrábamos. Séanos, pues, permitido transcribir en la parte relativa el texto de la expresada carta. Después continuaremos el relato en el estilo propio del cronista. Seguirá hablando éste cuando haya acabado de hablar el creyente. No llevarán á mal nuestros lectores que demos preferencia á las expansiones religiosas nacidas de esas primeras impresiones que recibimos al llegar á la Metrópoli del catolicismo y al presentarnos delante del Jefe de la Iglesia católica.

Dice así la carta. Le consagraremos capítulo especial.

CAPÍTULO DÉCIMONONO.

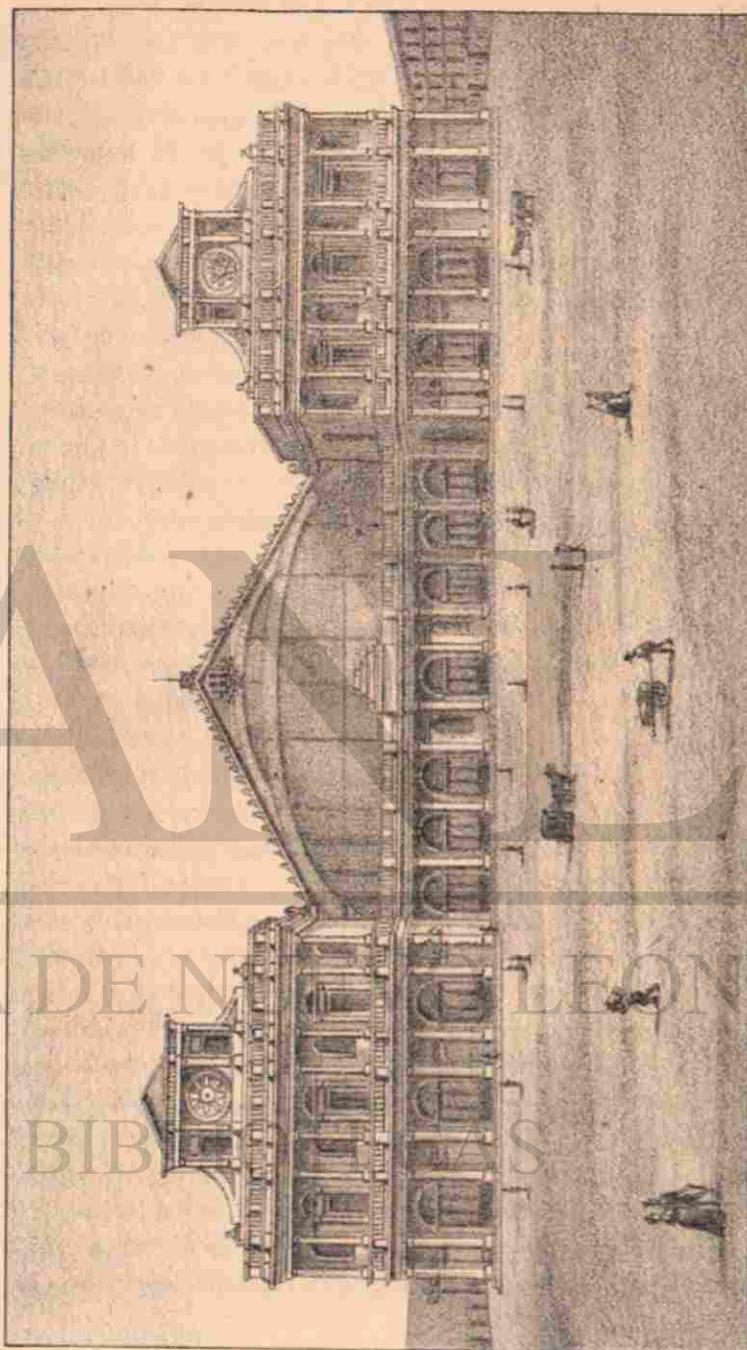
Impresiones religiosas á la vista de San Pedro.—Los mexicanos residentes en Roma.—La Sra. de Miramón.—Angelini.—Cautiverio del Pontífice.—En la Capilla Sixtina.—¡El Papa!—La Misa.—La Comunión.—La audiencia.—Reflexiones sobre el discurso de Su Santidad.—Los peregrinos recibidos individualmente por el Jefe de la Iglesia.

NO se puede describir la impresión que se experimenta al descender al famoso valle del *Latium*, en el que se elevan las siete colinas en que fué asentada la Ciudad Eterna. El valle no está ya tan desolado como en los tiempos de Chateaubriand y de Gaume; en su mayor extensión está cultivado y no inspira la tristeza que á su aspecto sobrecojió á los viajeros de antaño. Lo primero que se descubre desde gran distancia antes de llegar á Roma es la gigantesca mole de la cúpula de San Pedro, que se eleva como una montaña sobre todas las eminencias que la circundan. San Pedro se levanta sobre todos los monumentos que nos quedan de la antigua Roma, como el Cristianismo se ha alzado de siglos atrás sobre las ruinas de esa civilización pagana envuelta en la confusión de los escombros que nos ha dejado, para evidenciar la inestabilidad de las cosas humanas, y la pequeñez de las grandezas que no reconocen por origen inmediato á Dios. San Pedro descuella en Roma sobre todo lo que allí existe de grande y de grandioso en lo antiguo y en lo moderno, como la Religión Cristiana se alza majestuosa sobre

todas las teogonías, sobre todos los cultos, sobre todas las religiones que han existido desde el principio del mundo hasta nuestros días. San Pedro se presenta á los ojos del viajero como el símbolo de ese poder sobrenatural del Pontificado, que está sobre todo poder humano; que abarca la gran extensión del Globo, y se ejerce aun más allá de donde alcanza su influencia aparente. San Pedro ostenta su asombrosa magnitud sobre todas las obras de los pasados siglos y de los presentes, como la Iglesia de Jesucristo se muestra superior á todas las creaciones de la inteligencia y del orgullo humano, así en los tiempos antiguos como en los actuales. El célebre acueducto romano, del cual se conserva una gran parte y se descubre mucho tiempo después que se ha descubierto la enorme cúpula, parece una pobre citarilla junto á San Pedro.

“Una exclamación unánime de admiración, de alegría y de religioso entusiasmo salió de todos los labios mexicanos al ver aproximarse la Ciudad de los Papas, la Metrópoli del Cristianismo.—¡Roma! ¡Roma! gritaban cien voces.—¡Roma! ¡Roma! respondía el eco, haciendo latir violentamente los corazones.—¡México está llegando á Roma! pensaba yo: México viene por la primera vez á Roma: México viene al centro de la Unión católica: México está cerca de la residencia del Vicario de Jesucristo....

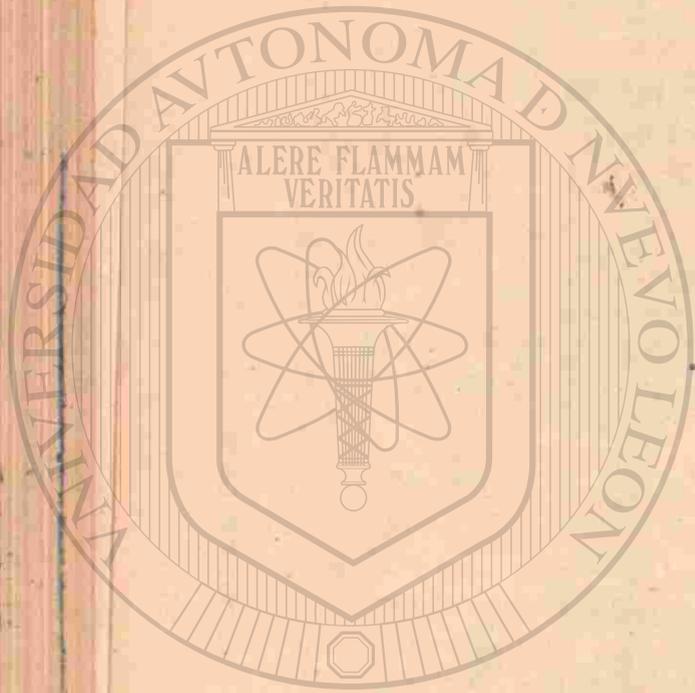
“El tren se detenía entrando en una gran galería cubierta de cristales. Nos hallábamos al fin en Roma. Un grupo de estimables mexicanos esperaba en la Estación del ferrocarril en donde nos encontrábamos. ¡Qué grato es ver compatriotas lejos del suelo patrio, y mucho más si estos son el distinguido prelado de la Iglesia Illmo. Sr. Montes de Oca, y la respetable matrona Sra. Concepción Lombardo de Miramón, y su estimable y simpática hija la Srta. Guadalupe, y la recomendable Sra. Eulalia Flores, y la estimable familia Guerra y las Sritas. Fortuño, y tantos otros señores y señoras mexicanos que honran á nuestra patria en el territorio romano. Expresar lo que sentimos al ver en Roma á nuestros queridos compatriotas no es dado á la



ESTACION DE ROMA.

pluma: esa emoción es sólo para sentirla; principalmente y por lo que á mí toca la que experimenté al hallarme delante de la ilustre expatriada familia del inolvidable general Miramón. Una lágrima corrió por mis mejillas al ver á esa interesante señora, digna del amor y del respeto de todo buen mexicano. El recuerdo de las desgracias que han amargado la vida de la noble dama, viuda de uno de nuestros hombres más prominentes sacrificado sin piedad á la razón de estado y á las conveniencias de partido; prodújome una impresión de dolor que contrastaba con las de alegría que embargaban mi ánimo al llegar á la Ciudad de los Pontífices. La virtuosa señora, aunque resignada con su suerte, vive siempre con los recuerdos de su gloria y de sus desgracias; pero ha preferido vivir lejos de su patria para alejar de sí todo lo que esos recuerdos pueden atormentarla, y ha venido á fijar su residencia en Roma, en el lugar en donde á la sombra del Padre Santo y bajo la influencia de las inspiraciones religiosas, pasa la vida entregada á la práctica de las virtudes cristianas, en cuyo ejercicio encuentra un bálsamo consolador que cura sus dolores y las profundas heridas de su alma. La señora de Miramón, á pesar de las amarguras que México ha derramado en su espíritu, á pesar de las decepciones que ha tenido de algunos mexicanos, ama á su patria y á sus compatriotas con una ternura y con un cariño que debiera interesar por su suerte y confundir á los que directa ó indirectamente fueron causa de sus infortunios. La señora de Miramón, al saber la llegada de los mexicanos á Roma, se conmovió profundamente, y su mayor deseo fué estrecharnos entre sus brazos y acompañarnos en nuestras excursiones, y prestarnos todo género de atenciones y servicios. Ya se verá en lo de adelante cómo supo cumplir con sus nobles propósitos.

“Hay en Roma un Caballero italiano amigo de México y de los mexicanos, con quienes ha querido identificarse, y con quienes se halla ligado por relaciones de amistad y de negocios. A fuerza de tratar con nosotros ha llegado á querernos, y su afición á México lo hizo aceptar con agrado el pa



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pel de Cónsul de nuestra República, que desempeña en la actualidad. Ya se supone que hablo de D. Enrique Angelini. Al tener noticia de nuestra próxima llegada á Nápoles, se trasladó á esa ciudad para recibirnos, y después de habernos prestado servicios importantes en el desembarque y en la instalación en los alojamientos, volvió á Roma al día siguiente para recibirnos en esta capital. Angelini organizó perfectamente nuestra recepción en Roma, y al llegar nosotros á la estación del ferrocarril nos lo encontramos preparado para hacernos instalar convenientemente. A los pobres que lo aceptaron les proporcionó tarjetas para ser alojados gratis en el palacio de San Juan de Letrán, que el Santo Padre puso á su disposición. A los demás peregrinos nos distribuyó en diversas casas particulares y hoteles ajustados previamente bajo buenas condiciones. Lo arregló todo tan perfectamente que media hora después de haber bajado de los trenes nos hallábamos en nuestros respectivos alojamientos. Adelante haré mención más de una vez de las atenciones que Angelini nos ha prestado durante nuestra permanencia en esta ciudad.

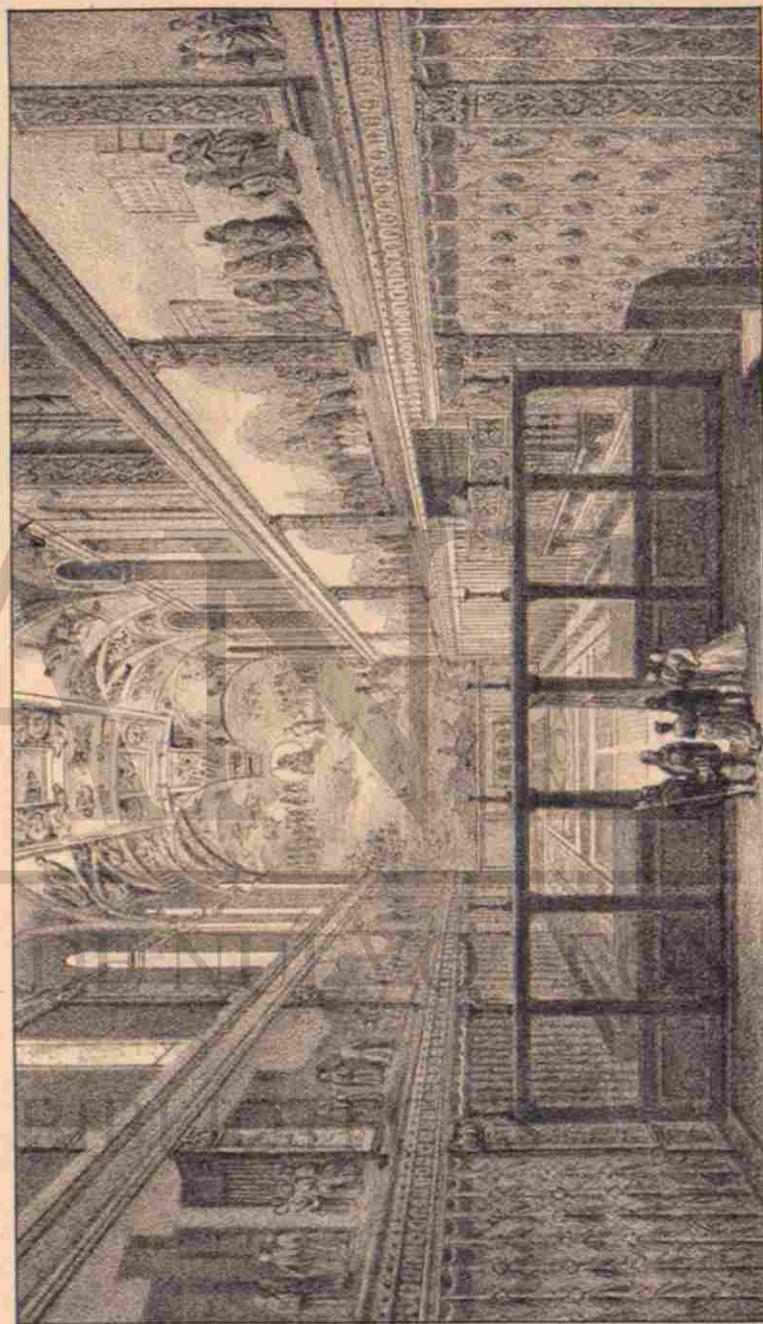
“Desde antes de salir de Nápoles ya teníamos noticia de que el Santo Padre nos concedía la gracia de asistir á la Misa que celebraría por nuestra intención el domingo trece en la capilla Sixtina, y el lunes catorce nos recibiría en audiencia especial en el Vaticano. Largo nos pareció el día intermedio entre el de nuestra llegada y el en que debíamos ir á presenciar la Misa del Vicario de Jesucristo. A las siete de la mañana, casi todos nos hallábamos reunidos en la famosa capilla para esperar la tan deseada hora en que debía celebrarse el Santo Sacrificio. Ya tendrá usted noticias, por las correspondencias de los periódicos, de todos los detalles de esta augusta ceremonia, durante la cual los mexicanos tuvimos la felicidad de gozar de la presencia del venerable Jefe de la Iglesia. Me limitaré, por lo mismo, á consignar mis impresiones individuales en este acto, cuyo recuerdo será imperecedero para todos los que en él tuvimos parte.

“La entrada al palacio del Vaticano fué la primera impre-

sión que recibimos los que penetramos á la capilla por el patio nombrado de San Dámaso. Primeramente llamó nuestra atención el verdadero cautiverio en que se encuentra en Roma el Padre Común de los fieles. Al dar vuelta por el exterior de San Pedro para entrar al Vaticano por la puerta principal, nos sorprendió ver grupos de gendarmes que recorren la vía que á dicha puerta conduce; pero poco antes de entrar en dicha puerta, custodiada por los suizos de la guardia pontificia, nos impresionó extrañamente la presencia de un destacamento italiano y de un centinela que se paseaba, fusil al hombro, delante de la puerta mencionada. ¿Qué hace allí ese destacamento? ¿Qué cuida ese centinela, que no ha sido puesto indudablemente para servir de guardia de honor al Pontífice? ¿Qué hacen esos soldados italianos frente á frente de los que custodian el palacio pontificio? ¿Cuál es su objeto? ¿Cuál su consigna? Nadie lo sabe; pero se presume que no están allí para proteger al Papa, sino para impedirle la salida de su palacio. ¿Y no es este un verdadero cautiverio? ¿Y pueden los católicos, y pueden los gobiernos de las potencias cristianas ver con serenidad este constante amago á la libertad del Pontífice? ¿No hay quien proteste contra semejante ultraje á la independencia de la Iglesia? ¿No hay un Gobierno católico que haya pedido explicaciones de tan extraña conducta al Gobierno italiano, ya que hasta ahora no ha habido quien le pida cuenta del despojo de que ha sido víctima el Pontificado? Por lo que á mí toca, no puedo menos de consignar este hecho y levantar mi voz, como católico, contra éste y los otros atentados del Gobierno que se apoderó de Roma con mengua de los derechos y con desprecio de las concesiones hechas á la Santa Sede por los antiguos príncipes cristianos. Cumpló así, en cuanto puedo, con el sagrado deber que los hijos de la Iglesia tenemos de defender sus inmundades. ¡Ojalá y Dios me concediera derramar mi sangre en defensa de tan justa causa!

“Los suizos pontificios, como acabo de decir, custodian el Palacio del Vaticano. Con los uniformes rojos y amarillos que dibujó Miguel Angel hace más de tres centurias, están

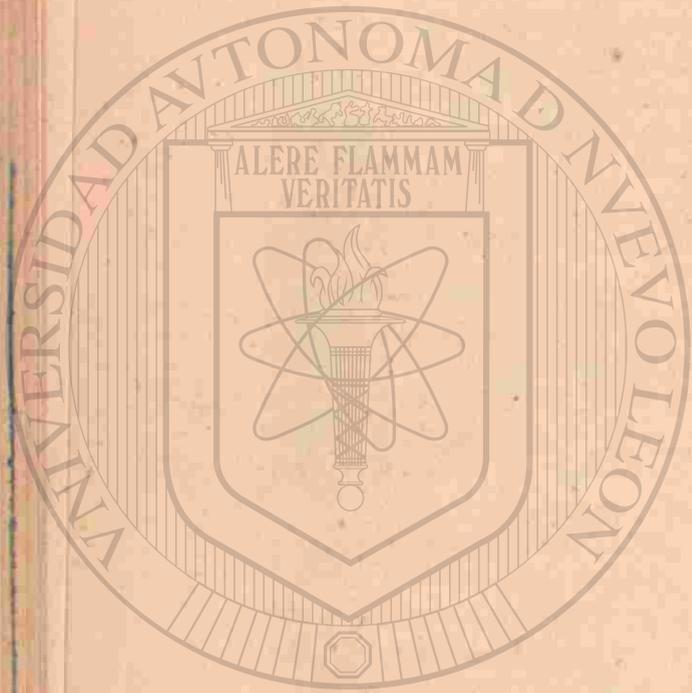
apostados en las puertas, en los corredores y en todos los demás sitios en que su presencia se considera conveniente, ó en donde lo exigen las prescripciones de la etiqueta: generalmente hacen el servicio en todos los departamentos que conducen á las habitaciones del Papa, ó á los lugares en que ha de presentarse Su Santidad. Al entrar en la capilla, una comisión de chambelanes pontificios nos recibía y nos indicaba el lugar en que debíamos colocarnos. A mí me tocó ser de los agraciados con el favor de ir á recibir la Comunión de manos del Santo Padre; se me dió asiento en el presbiterio, á la derecha del altar. La Capilla Sixtina no tiene aspecto de templo católico, á pesar de los asuntos religiosos que se hallan representados en los frescos que decoran sus muros. Es un salón de forma cuadrangular, de mediana extensión y buenas proporciones arquitectónicas. Un altar portátil, colocado debajo de un solio carmesí, era lo único que daba á entender que en aquel salón debía celebrarse la Misa Papal. Mucho había yo leído y oído hablar sobre la Capilla Sixtina; pero confieso que al entrar en ella por la primera vez para recibir la Sagrada Eucaristía, asistiendo al Santo Sacrificio que iba á celebrar el Pontífice, no me ocupé en ver las paredes, ni pensé que me hallaba en un lugar de cuyas bellezas artísticas dice tanto la fama. Entregado á pensamientos más elevados que la contemplación de las obras del arte, procuré encerrarme dentro de mi alma, y esperé ansioso la llegada del Santo Padre. Esta no se hizo aguardar mucho. A las ocho y media, un murmullo general entre los concurrentes, me hizo abrir los ojos y ví cerca de mí la majestad del venerable anciano León XIII, que avanzaba al centro de la plataforma con paso firme, trayendo en la mano derecha un hisopo con el cual hacía aspersiones de agua bendita. Absorto me quedé contemplando la interesante figura de aquel anciano respetabilísimo, único objeto de la atención y de las miradas de todos los que nos hallábamos presentes. La figura de León XIII es bella, majestuosa é imponente. De estatura más que mediana, su cuerpo ligeramente encorvado, no parece estar agobiado por el peso



CAPILLA SIXTINA.

de los años. Sus grandes ojos azules brillan todavía con el fuego de la edad viril; su boca, entreabierta ligeramente, presenta la mandíbula inferior un poco más saliente que la superior; su nariz, larga y de correctas líneas, revela una antigua nobleza de sangre; el color blanco de su rostro ostenta la palidez del sufrimiento moral, no las huellas de padecimientos físicos. El aspecto del Papa, en el conjunto de su persona, es el de un hombre superior; su cabeza parece como circundada de una aureola de grandeza, que no puede dejar duda acerca de la elevación de su inteligencia y de sus sentimientos. Vestido con el traje episcopal, entre una muchedumbre de prelados eclesiásticos sin alguna insignia que le distinguiese, reconocíase en él inmediatamente al Vicario de Jesucristo.

“Llegando al centro de la plataforma en donde se había colocado un reclinatorio, su Santidad se arrodilló sin esfuerzo ni dificultad, y en esa actitud permaneció algunos minutos; tiempo suficiente para que yo, que estaba muy pocos pasos, pudiese contemplarle á mi sabor y me extasiara en los pensamientos que su presencia me inspiraba. Este hombre, me decía yo, está revestido de la dignidad más alta á que pudiera aspirar hombre alguno; este anciano es el objeto de la veneración universal; no hay un solo pueblo de la tierra en donde no tenga adictos, no existe nación en el mundo en donde no haya quienes le reconozcan autoridad y le obedezcan; los gobiernos que no le aman, le respetan y aun le temen; su voz, cuando habla, es oída en todos los ámbitos del Globo terrestre, y á pesar de los esfuerzos de sus enemigos, y á pesar de las maquinaciones de las sectas, el prestigio de su autoridad se conserva siempre á la altura á que se halla lo sobrenatural sobre lo terreno. Este hombre no nació rey, ni tiene Estados, y sin embargo, los soberanos de todas las naciones le rinden homenaje. Este hombre para los católicos es el representante de Jesucristo en la tierra, y tiene en sus manos las llaves del Reino de los Cielos. Y estoy delante de este hombre extraordinario y de sus manos voy á recibir el mayor de los dones, la Sagrada Eucaristía; y el Dios huma-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nado va á venir á mí conducido por su Vicario. . . . En estos y semejantes pensamientos me ocupaba mientras el Santo Padre celebraba con devoción edificante el augusto sacrificio, de cuyas ceremonias no perdí ni el menor movimiento, de cuyas oraciones no perdí una sola palabra.

“Llegó el momento solemne de la Comunión. No sé lo que sentí al acercarme á la Sagrada Mesa; parecióme que las piernas me flaqueaban; penetrado de mi pequeñez, comprendí la grandeza de la merced que iba á recibir y anonadado y confundido llegué á los pies del Santo Pontífice, rezando con todo fervor el *Confiteor Deo*. Cuando el venerable celebrante, después de haber oído mi sincera confesión general, se volvió á nosotros para otorgarnos la absolución, experimenté algo que se parecía á la primera absolución que recibí la primera vez que me acerqué al Sacramento de la Penitencia. Todos mis pecados acababan de serme remitidos por Dios mediante el ministerio de su Vicario. Podía recibir sin temor la Hostia consagrada, y lleno de amor y de confianza en la bondad infinita, la recibí de las manos de Su Santidad, con la fe de que el Cuerpo de Nuestro Señor custodiará mi alma hasta la vida eterna, como me lo acababa de decir á mí individualmente el hombre á quien se ha dado todo poder en la tierra y en el cielo. Muchos, muchísimos muy menos indignos que yo estarían envidiando y con sobrada razón la felicidad que disfrutaba en esos momentos. Así lo consideraba yo mismo y daba gracias á Dios, que tal merced se había dignado concederme.

“Terminada la Misa el Sumo Pontífice nos otorgó su bendición á todos los presentes. Para los que tenemos fe, para los que sabemos apreciar en lo que vale una especial bendición del Vicario de Jesucristo, aquel acto era de una gran significación, y el conocimiento de sus trascendencias para nuestra felicidad nos abría un campo ilimitado de esperanzas para el porvenir. El que ha recibido la bendición del Padre Santo, ha recibido la de Dios, y el que tal dón ha recibido, ¿qué podrá temer en lo futuro? ¿Cuánto bueno deberá esperar! Estas reflexiones me sugería la presencia del Santo Padre en

medio del altar, vuelto al pueblo, elevando primero sus ojos al Cielo y extendiendo en seguida su mano sobre nuestras cabezas para bendecirnos. ¡Momento sublime aquel en que nuestro buen Padre pedía á Dios derramara abundancia de bienes sobre sus hijos, que nos hallábamos presentes! ¡La Trinidad augusta escuchando aquella voz y confirmando los deseos y las intenciones del Jefe de la Iglesia! Después de haber sido objeto nosotros de esta especial distinción, ya no podremos dudar que en lo futuro habrá de cubrirnos una especial protección del Cielo.

“Al día siguiente, á las once de la mañana, estábamos reunidos en una de las célebres galerías de Rafael. Habíamos sido llamados nuevamente al Palacio Pontificio, y nos hallábamos en aquel lugar no para contemplar y extasiarnos con las obras maravillosas del divino Sancho, sino para ver más de cerca y hablar al Padre Común de los cristianos que había citado á sus hijos de México con el objeto de recibirlos en su regazo y prodigarles sus caricias. La etiqueta pontificia, tan severa de ordinario en todos los actos públicos que preside el Papa, nada prescribe de ceremonial en las recepciones de los peregrinos católicos. Las tarjetas de invitación que nos fueron distribuidas, nada decían respecto de traje. Los peregrinos se presentan como quieren ó pueden, y no están sujetos á prescripción alguna de etiqueta.

“De la galería de Rafael fuimos conducidos á la sala del Consistorio. Allí esperamos agrupados al derredor del trono. Pocos minutos de espera, y el venerable anciano apareció precedido de un cortejo poco numeroso de guardias y cardenales. Aquella era una reunión de familia, y el Sumo Pontífice no debía presentarse con todo el aparato de su alta dignidad. Unos cuantos de sus servidores y unos pocos de sus auxiliares en el gobierno de la Iglesia, eran los únicos llamados á tomar parte en aquella reunión del padre con los hijos. El más caracterizado de éstos, el Ilmo. Sr. Portillo, habló por todos dirigiendo al Pontífice una salutación filial, que no un discurso diplomático; una manifestación de amor y de adhesión, y no una peroración obligada á frases

y estilo diplomático. La palabra del señor Obispo de Chilapa en aquellas circunstancias no tenía otro objeto ni otra tendencia, que la de expresar nuestros sentimientos y pedir las gracias espirituales que deseábamos alcanzar. La contestación del Santo Padre fué digna del objeto de la audiencia, y en ella tenemos los mexicanos un precioso documento de la benevolencia y del amor de Su Santidad hacia nuestra querida patria. Es necesario meditar sobre esa alocución, la primera en que el Vicario de Jesucristo habla por sus propios labios á México y á los mexicanos. Si la Peregrinación no hubiera obtenido del Santo Pontífice otra gracia que la de habernos dirigido esa alocución, deberíamos darnos por bien recompensados de los sacrificios que hayamos podido hacer al realizar nuestro viaje.

“Comienza Su Santidad manifestando que le consuela en su amargura y conmueve profundamente su corazón ver en su presencia una reunión que se digna calificar de *escogida* de peregrinos americanos, en quienes declara reconocer la representación de todos los gremios y clases de la católica nación mexicana. Honroso es en extremo para México y debemos estar hasta cierto punto satisfechos y orgullosos de haber procurado un consuelo en sus dolores al Jefe de la Iglesia y no sé lo que deberemos sentir al saber que el Santo Padre se ha conmovido al vernos reunidos en su Presencia.

“Su Santidad sigue haciendo la muy justa apreciación de nuestros sentimientos hacia la silla apostólica, estimando como una prueba de nuestro amor y firme adhesión á la Santa Sede el habernos movido á surcar los mares y á afrontar las penalidades y peligros de un viaje tan largo. Grato es sin duda, para nosotros haber oído de los labios del Santo Padre estas palabras que evidencian el favorable y honroso concepto que de sus fieles hijos de México ha formado el Vicario de Jesucristo.

“El Soberano Pontífice, reconociendo la sinceridad de nuestros sentimientos de alegría y de inefable consuelo al ver realizados nuestros deseos, declara que tenemos razón en haber sentido así, y nos excita á reflexionar que en Roma está

el centro de la fe católica y la cátedra infalible de la verdad, y en la unión íntima é indisoluble á esta fe, y en la dócil obediencia á este magisterio supremo consiste la verdadera felicidad de un pueblo que blasona de ser católico. ¿Qué pensarán á este respecto los que habiendo nacido en la comunión de la Iglesia han renegado de la sumisión y obediencia que profesamos en el Bautismo? ¿Qué pensarán los católicos de nombre que ven con indiferencia, si no es que con desprecio, las enseñanzas de la Santa Sede, y no hacen caso de sus amonestaciones y censuras? ¿Qué dirán ahora los muchos de nuestros hermanos que nos disuadían de tomar parte en la Peregrinación?

“El Santo Padre se complace en reconocer que el pueblo mexicano es católico, y recorriendo los anales de nuestra historia, encuentra en ellos páginas gloriosas consagradas á los fastos de la Religión; califica de insigne la piedad de nuestros mayores y ve un elocuente testimonio de ello en las piadosas instituciones que fundaron y en los monumentos sagrados erigidos en nuestras ciudades, manifestando que le es grato hacer especial mención del célebre santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, en donde la augustísima Virgen parece tener bajo su dulce tutela y cuidar amorosamente nuestra patria con la sombra de su potente patrocinio.

“Oiganlo y confúndanse los malos mexicanos que han atentado contra las instituciones fundadas por nuestros antepasados. Oiganlo y confúndanse los que sin haber tomado parte directa en esos atentados y en la destrucción de esas instituciones, han aprobado ó por lo menos no han condenado los actos de la revolución. Oiganlo y vuelvan sobre sus pasos los católicos que han tenido la desgracia de reprobar el culto que México tributa á su insigne Patrona, la Virgen del Tepeyac, ó por lo menos han calificado desfavorablemente algunas especiales manifestaciones de este culto.

“Su Santidad deplora las consecuencias que nuestras discordias intestinas y las malas pasiones de algunos malos mexicanos han hecho sentirse en la moral y en la Religión. Califica de perjudicial la maligna influencia de las sectas que

han propagado entre nosotros la incredulidad y el indiferentismo religioso, y da gracias á Dios de que no obstante esto, no se haya extinguido la fe católica en el Pueblo mexicano, que en su generalidad se conserva fiel á la Religión de sus antepasados.

“Veremos si después de estas apreciaciones del Vicario de Jesucristo hay mexicanos católicos que no vean con horror las sectas que tanto mal han hecho á la santa causa de la Fe. Digan ahora que la Santa Sede no condena las sectas y su propaganda.

“El Sumo Pontífice hace mérito en seguida del empeño y vigilancia que ha puesto la Silla Apostólica porque entre nosotros se conserve siempre la fe pura é inmaculada; recuerda los principales beneficios que México ha recibido de la Santa Sede, y en particular los que Su Santidad nos ha dispensado, mencionando en particular el de haber aprobado y estimular con empeño la erección en Puebla de una Academia de estudios sagrados á la cual honra con el calificativo de *insigne*.

“Si Su Santidad hubiese querido enumerar los inmensos beneficios que México ha venido recibiendo de la Silla Apostólica desde la Conquista hasta nuestros días, habría empleado largas horas sin acabar de referirlos. Mucho debemos, en verdad, á la munificencia de los Sumos Pontífices; y acaso no hay otra nación, aun de las más fieles y constantes en su adhesión á la Cátedra de San Pedro, que haya sido favorecida con la multitud de concesiones y privilegios que la Iglesia nos ha otorgado, de muchos de los cuales todavía estamos disfrutando. Puede, sin exageración, asegurarse que México no ha obtenido de la Santa Sede sino lo que no ha querido ó no ha sabido pedir. Y todavía continúa animada de la misma benevolencia para con nosotros; y el actual Pontífice aun nos prodiga sus cuidados y aun mira nuestro país con especial benevolencia, y aun está dispuesto á impartirnos su protección; y mucho más haría, y con mayor diligencia procuraría nuestro bienestar, si al Cielo pluguiera que México se acercase á Su Santidad, con relaciones y

vínculos aun más estrechos y cordiales. Así lo declaró terminantemente en el penúltimo período de su alocución.

“¡Triste cosa es que deseando el Vicario de Jesucristo estrechar sus relaciones con los mexicanos, éstos no quieran acercarse á la Santa Sede, y prefieran vivir separados de ella, y desdeñen los favores y gracias con que les brinda, estimulándolos con el ejemplo de otras naciones! ¡Triste cosa es que nuestros mandatarios no hayan sabido sobreponerse á las preocupaciones de partido, solicitando y cultivando relaciones tan provechosas para el país, y que tanto influirían en la verdadera prosperidad del Estado! Y cuando naciones protestantes mantienen esas relaciones con la Silla Apostólica por satisfacer los deseos y por atender á las necesidades de grupos relativamente pequeños de sus individuos, México, eminentemente católico, vive separado de esas relaciones que serían su vida, porque serían la vida y la felicidad de la inmensa mayoría de sus habitantes. México lleva amistad con las principales naciones de Europa, siendo así que no hay en cada nación de esas un centenar de mexicanos que tengan interés en dichas relaciones, y no las lleva con Roma, y no las tiene con la Silla Apostólica, de quien tanto tienen que recibir y deben esperar nueve millones de mexicanos.

“El Sucesor de San Pedro termina su alocución manifestando que estos son sus votos: que México en su calidad de Nación se acerque á él con relaciones y vínculos aun más estrechos y cordiales, y esto ¿para qué? Para procurar con mayor diligencia nuestro bienestar, para ocuparse en hacer volver al pueblo mexicano á su antiguo fervor y en despertar en nosotros la fecunda actividad de vida religiosa para bien de las familias y para la verdadera prosperidad del Estado. ¡Y estos votos y estos deseos del Pontífice llegarán á cumplirse! De nosotros depende. Ejercitemos el derecho de petición que nos otorga la Carta fundamental que se asegura nos rige, para solicitar de los Poderes á quienes corresponde que se restablezcan las relaciones con la Santa Sede. Tenemos buen derecho para pedirlo y buenas razones en que

fundarlo. El ser católicos no nos priva de los derechos de ciudadanos y menos de los de hombres. Nuestro bienestar, el de nuestras familias, el de la sociedad en que vivimos, nos exige con empeño y con constancia el reanudamiento de aquellas relaciones. Como mexicanos y como católicos debemos procurarlo por todos los medios lícitos que estén á nuestro alcance. ¡Pluguiese al cielo que este fuese el primer fruto de nuestra Romería y de la Bendición Apostólica que á los peregrinos, á nuestras familias y á nuestra Patria dió con toda la efusión de su corazón el Santo Padre al terminar el discurso, respecto del cual me he permitido hacer las precedentes reflexiones.

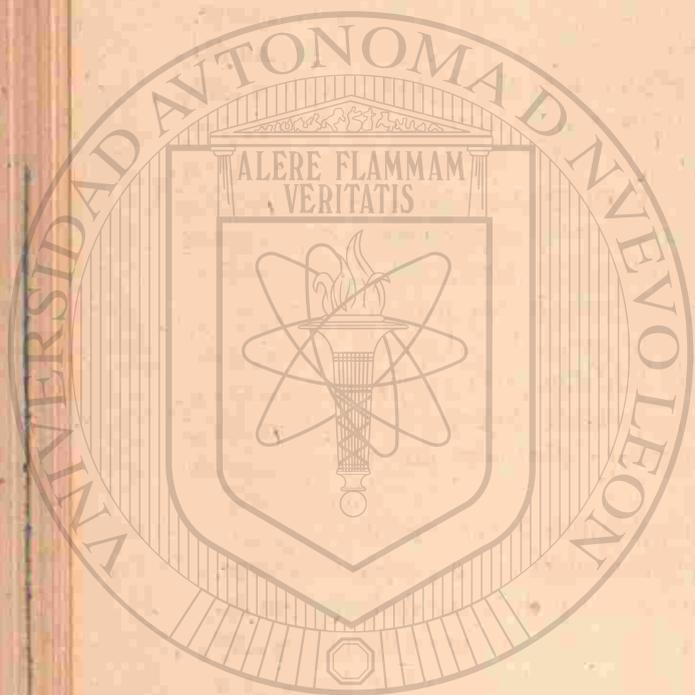
“Acabando de hablar el Sumo Pontífice, permitió que cada uno de los peregrinos individualmente se acercaran á saludarle. Si en la alocución dirigida á todos el Sr. León XIII había manifestado de una manera tan satisfactoria lo que el Papa siente en favor de México, en la recepción de cada persona evidenció los sentimientos de amor y de cariño que abriga hacia los mexicanos en particular. Para cada individuo tuvo una caricia, para cada romero una expresión afectuosa. A todos nos dejó satisfechos de su amabilidad y de su benevolencia. Los reyes de la tierra no acojen á sus más favorecidos súbditos con la ternura con que el Representante del Rey del Cielo recibe al más insignificante de sus fieles servidores. En los soberanos del mundo parece que se abaja la dignidad real, como que se degrada, descendiendo hasta los pequeños; el Vicario de Jesucristo, por el contrario, como que hace brillar más su majestad permitiendo que se le acerquen los hombres más humildes. Representa, en verdad, á Aquel que se acompañaba con los pobres de la última clase y conversaba con los pecadores.

“Más de hora y media estuvo el Santo Padre recibiendo á sus hijos de México. Su extremada afabilidad, el agrado con que acogía á todos los que se iban acercando, nos cautivó sobremanera; sus palabras fueron recojidas por cada uno de aquellos á quienes las dirigió para no olvidarlas nunca; la expresión de su rostro quedará grabada para siempre

en nuestra memoria. Yo no olvidaré nunca su delicada fineza de haber tenido algunos minutos mi mano derecha entre las dos suyas. Cuando me hallaba arrodillado á los pies de León XIII, sintiendo sus caricias, me consideraba niño en los brazos de mi padre natural; me sentía pequeño de cuerpo y de espíritu; me encontraba anonadado bajo el peso de aquella grandeza que no tiene superior en la tierra, y en mi pequeñez y en mi anonadamiento, no acertaba á decir una sola palabra. Sólo al retirarme pude dirigir al Papa estas palabras: “Ora pro me et pro meis.” El Santo Padre colocó su sagrada diestra sobre mi cabeza, y yo sentí que su Santa Bendición descendía sobre mí y los míos de una manera especial. . . . La inefable alegría que inundó mi alma en esos momentos no es para explicarse. Había pedido al Vicario de Jesucristo lo que un cristiano pide á los más influentes intercesores para con el Altísimo; una oración había obtenido el mayor y más excelente don que puede otorgar el dispensador de los bienes espirituales en la tierra, una Bendición.

“La audiencia terminó; el Santo Padre abandonaba el salón en medio de las aclamaciones de todos los presentes. Arrodillado esperé su última despedida que debía ser su última Bendición. ¡Será la última que reciba en mi vida. . . .!”

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA CENTRAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPÍTULO VIGÉSIMO

Una excursión nocturna á San Pedro.—Primera visita al interior de la Basílica.—
Nuestro alojamiento.—Las casas en Roma.—En casa del Cónsul Angelini.—Ex-
cursión por la ciudad.—Una visita al *Colosseo*.—Al Vaticano!—El Patio de San
Dámaso.—En la Capilla Sixtina.

HEMOS consagrado el anterior capítulo á la manifesta-
ción de las impresiones religiosas que recibimos al
llegar á Roma, y al presentarnos delante del Vicario
de Jesucristo en los días 13 y 14 de Mayo. Ocupados sólo de
nuestra individualidad en relación con los grandes aconte-
cimientos de esos memorables días, abandonamos por un
momento nuestro papel de cronista, que debemos seguir
desempeñando, para dar cuenta al lector de lo demás que
vimos y presenciarnos, y referir todos los detalles de esos
importantísimos actos en sí, y con relación á la Romería.
En suma, habíamos dejado la pluma del historiador, para
que hablase un poco el creyente. Reanudaremos ahora el
hilo de nuestra narración, á trueque de hacer algunas repe-
ticiones indispensables.

Instalados en nuestro alojamiento en la noche de nuestra
llegada, nos tomamos un breve rato para descansar. Serían
las nueve, cuando excitados por el vehemente deseo que te-
níamos de ver San Pedro, aunque fuese no más por el exte-
rior, nos dirigimos á los dos compañeros que con nosotros se
hallaban.

—Amigos míos, les dijimos: no se puede permanecer en

Roma una noche, sin visitar la gran Basílica. Aun cuando ya debe estar cerrada, yo no quiero resistir á la tentación de ir á verla por fuera. ¿No gustan vdes. de que vayamos?

—Tarde es, respondió uno de ellos, Joaquín Pardo, y no encontraremos coche que nos conduzca. A pie no podemos ir, porque ignoramos cuánto dista de aquí la Basílica, y nos expondríamos á extraviarnos por esas calles.

—Yo creo, dijimos, conocer la ciudad no obstante que es la primera vez que vengo, y estoy seguro de poder guiar á ustedes. Nos hallamos del lado del Tíber, en que está San Pedro. Me parece que no dista mucho el Castillo de San Angelo. Como logremos dar con este edificio, yo les ofrezco que los llevaré á San Pedro.

—Pues vamos, dijeron los compañeros, é inmediatamente nos salimos á la calle.

Nuestro alojamiento era el Palacio Módena, situado en una de las hermosas calles enteramente nuevas que se han formado en un sitio antes eriazó, llamado *Prati di Castello*, que rodeaba el Castillo, y hoy se ve poblado en su mayor parte de soberbios edificios de construcción moderna.

—¿A la derecha, ó á la izquierda? preguntó uno de los compañeros saliendo del zaguán.

—A la derecha, dijimos, con la seguridad de quien fuese á recorrer la ciudad de su residencia ordinaria.

Después de dar algunas vueltas por varias calles, nos encontramos fuera del perímetro edificado, y cerca de la orilla del río. Continuamos caminando, hasta descubrir la gran *Mole Adriana*, ó sea el Castillo de San Angelo.

—Estamos ya cerca de San Pedro, exclamamos llenos de gozo. Pronto desembocaremos al *Vorgo Nuovo* ó al *Vechio*, que son las dos calles que conducen por este lado á la Basílica.

Seguimos nuestra marcha, hasta llegar frente á la puerta del Castillo. A nuestro frente, á doscientos metros, se veía la plaza *Pía*, de donde parten las dos expresadas calles; pero viendo á nuestra derecha el magnífico puente *Aelius* ó de San Angelo, que inmediatamente reconocimos por su situación y

por las estatuas colosales que lo adornan, presa de una inexplicable alucinación, atravesamos por el puente y en seguida continuamos recorriendo calles tortuosas en la dirección que nos parecía la de San Pedro. No tardamos en reconocer que nos íbamos alejando de la Basílica. Contramarchamos, y encontrando en nuestro camino un coche desocupado, subimos en él. Pronto nos hallamos de nuevo atravesando por el puente de San Angelo, y al llegar frente al Castillo, el cochero torció á la izquierda. Momentos después, rodaba el carruaje por el *Vorgo Vechio*. A los cinco minutos nos deteníamos en medio de la Plaza de San Pedro, al pie del obelisco. Descendimos rápidamente, y á la tibia luz de las farolas de gas hidrógeno, distinguimos la inmensa mole del secular monumento. La primera impresión que se recibe mirando San Pedro y las construcciones adyacentes, no es de asombro. Un templo cuya forma ya conocíamos, pero de proporciones medianas, fué lo que se presentó á nuestra vista. Permanecimos un rato en aquel sitio, estudiando el efecto que produce la vista exterior de la primera iglesia del mundo, sin poder apreciar todavía las dimensiones de su fachada. Mas cuando nos fuimos acercando á paso lento, comenzamos á observar que el edificio iba creciendo en desmedidas proporciones; y cuando llegamos cerca de las columnas que reciben la gran cornisa del cuerpo principal, nuestro asombro no tuvo límite. Aquellas puertas tan altas como los más elevados edificios; aquellas columnas de un espesor tal que no podríamos abarcar su circunferencia los tres amigos con los brazos abiertos y las manos enlazadas. Levantamos entonces la vista más, y nos parecía perderse en el espacio el gran ático que corona la fachada y sirve de pedestal á las tres colosales estatuas de cerca de seis metros de altura, que se ven desde abajo de un tamaño poco mayor que el natural. Cuando se comienza á examinar detenidamente el grandioso templo en su maravilloso conjunto, las ideas de la extensión se pierden, y por mucha práctica que se tenga en calcular las distancias y las alturas, no se puede apreciar la magnitud del colosal edificio; mas cuando se observa en sus

detalles, cuando se acerca uno á las paredes, á las columnas, á las puertas, á las estatuas, entonces el asombro y la admiración se apoderan del ánimo, y se siente como que se está palpando lo inverosímil; como que se está tocando el ideal. Entonces se comprende lo que vale el genio; entonces se llega á estimar lo que puede la inteligencia; entonces se alcanza lo que el estudio y la perseverancia del hombre pueden obrar. Esas paredes cuyo espesor es tal que en cada uno de los huecos de sus ventanas podría formarse una sala de nuestras habitaciones; esas columnas dentro de las cuales podrían ocultarse las torres de nuestros templos; esas puertas por donde podrían ser introducidos muchos de nuestros más elevados edificios. . . . Pero no es tiempo todavía de que hagamos la descripción de esa maravilla, que merece ocupar separadamente la atención de nuestros lectores. Baste lo dicho para dar una pequeña idea de las impresiones que recibe el viajero al llegar delante del primer monumento de la Cristiandad, acaso del primer edificio del mundo.

Sueño nos parecía hallarnos en Roma y en la magnífica plaza de San Pedro; increíble juzgábamos estar tocando la realidad de lo que considerábamos un sueño en las relaciones que habíamos leído de infinidad de viajeros. Más de dos horas permanecimos allí admirando aquellas grandezas; veíamos de cerca y de lejos la fachada, recorríamos los inmensos pórticos de la soberbia columnata que circunda la plaza; contemplábamos el esbelto monolito egipcio descansando en cuatro puntos casi imperceptibles, sobre aquellos leones de bronce que no parecen agobiados de sostener la pesada mole; admirábamos el artificio de esa singular instalación de uno de los monumentos más notables que nos ha dejado la antigüedad.

Sería la media noche cuando nos retiramos á nuestro alojamiento. Difícil era conciliar el sueño, estando ocupada la mente y preocupado el espíritu con tantas y tan múltiples ideas.

Amaneció al fin. Dejamos el lecho y violentamente nos salimos á la calle. Nuestro deseo era visitar San Pedro por

el interior. Tomando la misma ruta que habíamos seguido la noche precedente, hasta el Castillo de San Angelo, nos detuvimos en frente de aquel soberbio mausoleo erigido por Adriano, uno de los emperadores de la Roma Antigua, para servirle de tumba y perpetuar su memoria en los siglos venideros. El ansia que teníamos por llegar á San Pedro, no nos permitió examinar mucho tiempo esa inmensa rotonda sobre la cual se levantaron construcciones por los Papas Bonifacio IX y Alejandro VI, para convertirlo en una gran fortaleza, cuyo destino ha conservado hasta el día.

Frente al castillo se abre el magnífico puente *Aelius*, construido en el año 136 de la Era Cristiana por el mismo emperador *Publius Aelius Trajanus Adrianus* para dar entrada al mausoleo y á los jardines que lo rodeaban. Merecía este puente una visita especial que dejamos para otro día, y continuamos nuestro camino llegando á la *Piazza Pia*, adornada con bellos edificios y una hermosísima fuente colocada en el vértice truncado de un cuartel triangular que está limitado por las calles del Borgo Nuovo y Borgo Vecchio que desembocan como arriba dijimos, en la plaza de la Basílica Vaticana. Apresuramos el paso, y lamentando ir descubriendo parcialmente el grandioso edificio, llegamos á la plaza. Desde luego observamos que las gigantescas proporciones de la Basílica y su bello exterior exigían estar al descubierto en una muy considerable extensión para poder admirar en conjunto el templo á gran distancia. Si la demolición del cuartel comprendido entre los dos *Vorgos* llega á realizarse como trata de hacerlo el Ayuntamiento, la Plaza Pia será un buen punto de vista para gozar del asombroso cuadro que presentará el exterior de San Pedro con su magnífico atrio, su obelisco y sus fuentes.

Llegamos por último á la Basílica. No pudiéramos expresar la impresión que recibimos al hallarnos en el vasto y suntuoso pórtico de 70 metros de largo por 13 de ancho con una altura proporcionada; revestido de estuco y adornado con mármoles exquisitos. No pudimos pasar adelante sin recorrer el inmenso salón hasta llegar á la extremidad iz-

quiera, en donde está encerrada en un elegante vestíbulo la estatua ecuestre de Carlomagno, obra de Cornacchini; en el extremo opuesto á la derecha, hay otro vestíbulo igual en donde era visible otra estatua ecuestre también de Constantino el Grande, ejecutada por el Bernini; pero hoy se ha levantado un muro que la oculta, no pudiéndose ver sino por el interior del Vaticano.

Al fin entramos en la iglesia. Todos los grabados y vistas fotográficas que conocíamos anteriormente del interior de San Pedro, presentan muy distante de la puerta principal el gran baldaquino de bronce, debajo del cual se halla el altar que nombran de la Confesión. Ibamos preparados para observar el mismo efecto de óptica al entrar; pero quedamos sorprendidos al encontrar con que tropezábamos casi con aquel soberbio tabernáculo. Detuvimos asombrados, creyendo en nuestra alucinación que el baldaquino hallábase en otro sitio muy distinto del en que lo vemos colocado en las estampas; lo veíamos tan cerca que casi creíamos tenerlo al alcance de las manos. Echamos á andar y observábamos como que se alejaba. Con razón. ¡Distábamos de él más de cien metros! Llegados al pie del altar, es decir, junto á la balastrada de bronce que circunda la escalera por donde se baja á la cripta, pudimos apreciar la extensión del edificio, la altura de la cúpula, las colosales dimensiones de las pilastras, de los arcos, de las cornisas, de los nichos, de las estatuas.....

Cerca de tres horas permanecimos allí absortos, embelesados. Todo creímos haberlo visto y de nada, sin embargo, podíamos darnos cuenta. En medio de aquellos inmensos muros, revestidos de mármoles y de mosaicos, y adornados con pilastras y con bajo-relieves y con frisos y cornisas; debajo de aquellas bóvedas cubiertas de mosaico también y decoradas con estucos y dorados; entre aquella numerosa población de estatuas colosales veíamos por aquí un altar, por allí un monumento, por allá una capilla; por todas partes encontrábamos bellezas de primer orden que admirar, por donde quiera nuestra vista se detenía en algún objeto

digno de ser contemplado largas horas; y el tiempo transcurría con rapidez y al cabo tuvimos que salir, pensando en que habíamos estado en San Pedro y no lo habíamos visitado; y salimos verdaderamente abrumados con el peso de tanta grandeza y fatigados de admirar tanta maravilla, y deseosos, sin embargo, de volver otra y otras veces para saciarnos en el goce de tantas y tan grandes bellezas.

Muchos de nuestros compañeros de Romería tuvieron el mismo pensamiento que nosotros, y fueron movidos por igual deseo, apresurándose á visitar San Pedro en las primeras horas de la mañana. Cuando entramos en la Basílica ya estaban allí muchos, y á cada momento veíamos llegar nuevos compatriotas. Desde muy temprano nuestros sacerdotes comenzaron á celebrar en los altares de las capillas. Muy agradable era para los mexicanos encontrarse en tan buen número bajo las bóvedas de la Metrópoli del Catolicismo. Acercábanse unos á los otros, y formando diversos grupos recorrían juntos el templo, comunicándose en voz baja sus impresiones. Nosotros seguíamos con la vista sus movimientos, observábamos su admiración y el asombro de que estaban poseídos, y se revelaba en su actitud y en las miradas de inteligencia que algunas veces nos cruzábamos.

Volvimos á nuestro alojamiento y hasta entonces pudimos hacernos cargo de cómo era la habitación que la amabilidad del Cónsul Angelini nos había proporcionado. No omitiremos describirla, porque con ello habremos dado una idea de como son la mayor parte de las casas de la Roma moderna. El Palacio Módena es uno de tantos hermosos edificios como hay y se fabrican diariamente en la ciudad de las bellas artes. En México podría servir de espléndida habitación á uno de nuestros más ricos capitalistas. La fachada de estilo greco-romano con cinco pisos que presentan la apariencia de sólo tres, por el artificio con que están repartidos, es bastante espaciosa y sus dimensiones tan bien proporcionadas, que no parece tener la elevación que realmente tiene de más de 20 metros. En el centro un elegante zaguán da entrada

al vestíbulo cuyas paredes están revestidas de estuco. Un arco de artísticas proporciones abre paso á un bonito patio decorado con sencillez y buen gusto, teniendo en el centro y frente al zaguán un nicho incrustado en la pared en el cual se halla colocada una buena estatua de estuco de tamaño colosal. A la izquierda está la gran escalera que conduce á la habitación principal, ocupada por el propietario, y corresponde al segundo piso. En el vestíbulo á la derecha se eleva una buena y cómoda escalera de mármol de Carrara; es la que lleva á las diversas habitaciones de alquiler que tiene la casa. En el descanso de cada uno de los tramos de la escalera, que corresponde á cada uno de los pisos de que está formado el edificio, hay dos entradas pertenecientes á otros tantos departamentos, que en el interior se hallan bien distribuidos y arreglados de tal manera, que las piezas principales tienen ventanas para la calle. El en que nos tocó alojarnos es de bastante amplitud y está decorado con buenos tapices en las paredes y bellas pinturas en los techos; los pisos son de mármol.

Esta casa puede considerarse como el tipo de las que se han construido recientemente y siguen edificándose en Roma. Nos llamó la atención en las fachadas el bello artificio con que los arquitectos distribuyen los pisos para que los edificios más elevados no presenten la apariencia de palomares, que tienen, verbigracia, la mayor parte de los de Nueva York. Hemos visto varias casas con seis pisos repartidos en tres cuerpos de esta manera. En el primero las tiendas con sus puertas de considerable altura para conciliar la luz y la ventilación. Un poco más arriba de las puertas y como sirviendo de un detalle de ornamentación, un orden de ventanas de regulares dimensiones; es un segundo piso que sirve de habitaciones para los comerciantes; sobre las ventanas y á distancia conveniente una gran cornisa que recibe el barandal ó balaustrado de los balcones del piso principal, que tienen una altura proporcionada á la de las puertas del piso bajo. Arriba de estos balcones otras pequeñas ventanas en la misma disposición que las que se abren en el

cuerpo inferior de la fachada, y corresponden á un cuarto piso. Otra cornisa superior sirve de base al tercer cuerpo, que tiene otra hilera de balcones para el quinto piso, de menor altura que los de la segunda división, y arriba de ellos se destaca otra cornisa que recibe la techumbre, y como ventilas ó respiraderos del techo otro orden de ventanas que dan luz á un sexto piso, cuyas piezas están bien alumbradas y gozan de buena ventilación. Con tan excelente sistema se satisface á la necesidad que hay en las ciudades más populosas de elevar mucho los edificios destinados para habitación, sin que lo resientan el arte y el buen gusto; heroseándose muchísimo las calles con tan elegantes y bien dispuestas fachadas.

El resto del día lo empleamos en hacer algunos preparativos para la asistencia á la Misa Papal. Uno de ellos fué buscar á nuestro amigo Angelini, con quien teníamos que arreglar algunas cosas. Dirigímonos á la Vía Firenze. Aun cuando dimos al cochero el número de la casa, que es 30 bis, no podía dar con ella y tuvimos que bajarnos para buscarla personalmente. No tardamos en recibir una agradable sorpresa. Arriba del zaguán de un edificio como los que acabamos de describir, vimos un cuadro de forma elíptica ostentando nuestro escudo nacional con un lema que decía: "Consulado de los Estados Unidos Mexicanos." No nos es dado trasladar al papel la grata impresión que nos causó ver nuestro querido emblema patrio. Nos detuvimos á contemplarle un rato como si fuese la primera ocasión que le veíamos: saludamos desde allí á nuestro querido México, y nos apresuramos en seguida á entrar en la residencia del Cónsul, como si llegáramos á la de un compatriota, como si entrásemos en la de algún antiguo amigo mexicano. Llamamos á la puerta. Una señora de algo más de treinta años, gruesa, de regular estatura, color blanco, ojos vivos y alegres, nariz correcta, boca regular, entreabierta por una sonrisa permanente, salió á recibirnos y saludándonos afectuosamente por nuestro nombre, nos introdujo á la sala de recibir. Era la señora de Angelini, á quien habíamos tenido el gusto de ser

presentados la víspera en la estación. Esta apreciable matrona secunda admirablemente á su marido en sus atenciones á los mexicanos. Sentóse á hacernos los honores mientras D. Enrique llegaba, que no se hizo esperar. Angelini es un tipo medio italiano, medio español, con algo de modales de mexicano distinguido. De estatura poco más que mediana, color moreno, frente espaciosa, ojos expresivos, nariz aguileña; usa toda la barba crecida; pero la trae siempre arreglada cuidadosamente. Es natural en él la jovialidad y recibe á todo el mundo con la sonrisa en los labios; acostumbrado á frecuentar los palacios y á tratar con altos personajes en lo eclesiástico y en lo civil, es amanerado en sus modales y gasta ceremonias sin afectación, manifestándose respetuoso hasta con los iguales, á la vez que con los inferiores se muestra afable y cariñoso. No le falta, sin embargo, energía de carácter, y suele exaltarse mucho, cuando sufre alguna grave contradicción, ó cuando defiende la justicia ó el buen derecho.

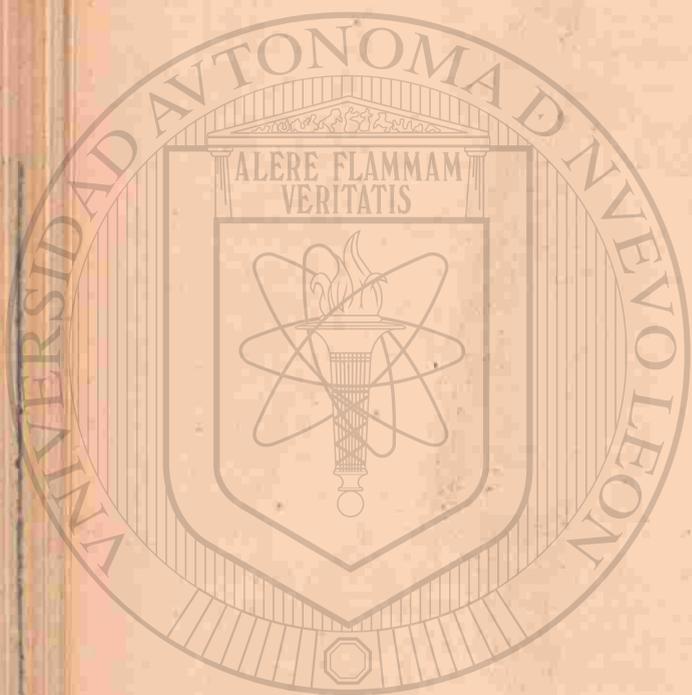
Angelini nos recibió con agrado y con la amabilidad de un amigo de muchos años; conversamos con él un poco, arreglamos los asuntos que á él nos llevaban, y habiendo tenido que separarse de nosotros un breve rato, nos dió tiempo de observar lo que había en su sala de recibir y en la antesala. Esta se halla literalmente cubierta en sus paredes con pequeños cuadros que contienen retratos; la mayor parte son de mexicanos, y nos dió gusto ver allí en buena armonía á D. Benito Juárez, á D. Porfirio Díaz, á D. Manuel González y á otros varios generales republicanos y á muchos liberales exaltados, con el Arzobispo de México y con otros señores Obispos y no pocos eclesiásticos, así como otras muchas personas notables en las letras, en la política, etc.

Es aquella una numerosa colonia mexicana reunida por nuestro Cónsul, quien se manifiesta muy satisfecho de sus relaciones con nosotros, que á la verdad sabe éltivar admirablemente, prestando servicios á todo el que se le dirige por escrito ó en persona. En la sala de recibir está el retrato del general Díaz, el de Monseñor Guillow, el del Sr. Obispo



LIT. C. MONTAURIOL. MÉXICO.

EL CABALLERO D. ENRIQUE ANGELINI,
CÓNSUL DE MÉXICO EN ROMA.



Montes de Oca, al lado de muy buenos cuadros de pintura que representan individuos de la familia Angelini. En el lugar de honor se ve un precioso trofeo de nuestras armas nacionales, ejecutado en plata por artistas de México, obra exquisita de arte, que Angelini conserva con cariño como regalo de un mexicano. Delante de todos estos recuerdos de la Patria no puede uno menos de sentirse bien al llegar á la casa de Angelini, y si á esto se agrega que se oiga hablar al Cónsul el español y nos hable de México y de nuestros compatriotas, como de cosa y de personas conocidas; tiene uno que experimentar simpatías por aquel hombre y fraternizar con él como lo hace uno con los propios compatriotas á quienes encuentra en el extranjero. Más de una vez tendremos ocasión en el discurso de esta obra para ocuparnos de la persona de este buen amigo á quien tanto debió la Peregrinación mexicana en cuerpo y los individuos en particular.

Durante nuestra permanencia en casa de Angelini llegaron algunos de los compañeros. Uno venía á solicitar su tarjeta para presentarse en el grupo de los que debían recibir la Comunión de manos del Santo Padre; otro ocurría á informarse qué traje debía llevar; éste le preguntaba dónde se hallaba alojado un compañero á quien tenía necesidad de buscar; aquel le presentaba una letra de cambio, para que gestionase su cobro; alguno le entregaba un saco que contenía pesos mexicanos para que se los convirtiese en moneda corriente del país; quien le pedía informes sobre el lugar en que se compraban rosarios para presentarlos á la bendición del Santo Padre; quien le encomendaba gestionar la consecución de alguna gracia. Angelini satisfacía con prontitud á todas las demandas; á uno le daba lo que le pedía, á otro le suministraba las noticias que solicitaba, á éste le suplía una cantidad de dinero mientras se cobraba la libranza, á esotro le ofrecía ocuparse en su negocio dentro de pocas horas ó pasado el día de la Audiencia; con alguno se daba cita para determinado lugar; y así atendiendo á cada uno con buena voluntad y con afanosa solicitud, á todos dejaba complacidos, y todos se retiraban satisfechos.

Las horas que del día nos quedaron libres, breves fueron para desempeñar multitud de ocupaciones personales, y al paso fuimos recorriendo calles y viendo edificios y admirando monumentos. Por donde quiera teníamos el gusto de encontrar á nuestros compatriotas; unos comprando rosarios y cruces y estampas, otros proveyéndose de ropa y algunos objetos de uso personal. Por aquí tropezábamos con un grupo que andaba buscando en dónde se cambiaba moneda; por allí nos detenían unos pidiéndonos informes sobre el lugar en donde se podría encontrar un sacerdote para confesarse; de repente se paraba un coche en que iban tres ó cuatro amigos que deseaban saludarnos y pedirnos instrucciones acerca de la hora en que debíamos estar reunidos al día siguiente: más adelante algún compañero nos preguntaba la dirección de la Casa de Correos. . . . Podrá parecer exageración, pero siendo tan grande la area que ocupa la ciudad, no había una sola calle ó un sitio frecuentado en donde no encontrásemos un mexicano.

No pudimos prescindir de emprender por la tarde una breve excursión al famoso Colosseo, al célebre Anfiteatro Flavio, la obra más gigantesca de los antiguos romanos, el lugar del sacrificio de millares de cristianos, el monumento más importante de la opulencia y del poder de la Roma pagana, á la vez que de la ferocidad y sanguinarios instintos de sus pobladores.

Tanto como habíamos deseado ver la grande obra de los Papas, San Pedro, ansiábamos visitar el edificio más grande que construyeron los emperadores. Estaba declinando el día cuando llegamos á ese sitio. Eran las siete y media de la tarde. En el mes de Mayo en Roma comienza á oscurecer á las ocho. Estábamos, pues, en el crepúsculo vespertino. El Colosseo veíase entre luz y sombras. Sus clásicos contornos, sus severas líneas se destacaban del fondo azul de un cielo transparente, como los tristes recuerdos que evoca se desprenden de ese cuadro de soberbios matices y de fuertes contrastes que forma la historia del pueblo que durante algunas centurias se enseñoreó del mundo.

Sin detenernos demasiado en contemplar el exterior del edificio, que de paso diremos nos pareció más deteriorado de lo que creíamos, penetramos en el interior. Deseábamos entrar en la arena; deseábamos ver el lugar enrojecido con la sangre de nuestros mártires; queríamos venerar aquel sitio sagrado en donde la firmeza de los primeros cristianos adquirió tan brillantes triunfos contra el paganismo; en donde se pusieron los cimientos amasados con sangre de ese gran edificio de la Iglesia, que había de levantarse sobre las ruinas del poder colosal que pretendiendo aniquilarla se aniquiló él mismo. Penetrados de estas ideas y sobrecojidos de una especie de terror, recorrimos el vasto pavimento, destruido hoy en gran parte, en donde se verificaron tan sangrientos combates entre los hombres y las fieras; en donde pasaron tantas escenas de horror; en donde innumerables víctimas inocentes perecieron á la vista de millares de espectadores que gozaban con placer salvaje de esos horripilantes espectáculos, dignos de la más estúpida barbarie.

Al pisar aquel suelo sagrado; al dirigir la vista en su alrededor no pudimos menos de transportarnos con la imaginación á diez y ocho siglos atrás, y vimos primero los numerosos grupos de israelitas cautivos ocupados en edificar aquel inmenso circo; los vimos escuálidos, medio desnudos, subir y bajar por los andamios, conducidos por sus capataces y obligados bajo el látigo de sus vencedores á prestar el concurso de su personal trabajo á la edificación del soberbio edificio; vimos después de terminado éste las extensas graderías y todas las localidades altas ocupadas por cien mil espectadores; vimos la arena cubierta de gladiadores empeñados en terribles luchas; vimos en seguida á las fieras despedazándose unas á otras en designales lides; y vimos por último á esas mismas fieras devorando á los hombres, y á ese pueblo bárbaro aplaudiendo y lanzando gritos de salvaje alegría, y confundándose el rugido de las fieras con los ayes de las víctimas, y la sangre corriendo por el suelo. y nos llenamos de horror, y apartando la vista de aquel espectáculo y elevando nuestra alma á Dios, é implorando en

nuestro favor la intercesión de los que á tan alto precio compraron la Gloria, nos postramos en tierra y quedamos sumidos por un largo rato en profunda meditación.

La noche había comenzado á extender su negro manto en el firmamento. Debíamos retirarnos, y con la cabeza inclinada, tristes y pensativos tomamos la dirección de la salida, y á paso lento fuimos andando hasta encontrar el coche que nos había conducido.

Antes de que la luz crepuscular enviase á la tierra los primeros destellos que preceden á la salida del sol, ya habíamos dejado el lecho, y despertando á nuestros compañeros de alojamiento, nos apresuramos á disponer lo necesario para estar listos á la hora de salir. ¡Cuánto tardó ésta! A las siete y media de la mañana un landó tirado por dos frisonos de color retinto, se paraba delante del zaguán de la casa. Minutos después, vestidos en traje de etiqueta bajábamos la escalera é instalados en el coche éramos conducidos en dirección de San Pedro. Habíamos dado orden al cochero para que nos introdujese al Vaticano por el patio de San Dámaso. Para ello debíamos atravesar la calle que rodea la Basílica, y tuvimos ocasión de admirar el magnífico templo en todo su espléndido exterior. Todos los muros de San Pedro, por la parte de afuera, están cubiertos de travertino, una especie de cantería de color amarillo con hermosos jaspes del mismo color un poco más oscuro y á veces blanco. Todas las paredes desde abajo hasta arriba están decoradas con cornisas, con pilastras, con nichos, y estos y las ventanas adornadas con molduras de gusto exquisito, todo con la más perfecta unidad y admirablemente ejecutado.

En el capítulo anterior hemos dado cuenta de lo que vimos, observamos y sentimos antes de llegar á la puerta principal del Vaticano. Al pasar nuestro coche, los suizos que custodian la entrada, echaron armas al hombro. ¿Nos tomaron acaso por algún personaje de alta categoría en la corte pontificia, ó es que debiendo ser honrados por el Sumo Pontífice con permitirnos asistir á su Misa, los guardias de Pala-

cio se creyeron obligados á honrar á quienes tanto íbamos á serlo por su Soberano?

Entramos al patio de San Dámaso. Cuando se penetra en este inmenso patio, tan grande como el principal del Palacio nacional de México, no puede uno contener un movimiento de sorpresa al admirar el imponente aspecto que ofrecen sus tres alas con tres órdenes de corredores cubiertos con cristales, formando un conjunto verdaderamente majestuoso.

El gran genio del Papa Julio II, hallando mezquino el patio que había mandado formar Paulo II en este sitio, hizo demoler la fachada interior y encargó al célebre Bramante que construyese una nueva; pero muerto el pontífice y habiéndole seguido al sepulcro el arquitecto, León X ordenó á Rafael que continuase el edificio con mayor magnificencia, decorando sus pórticos con estucos y pinturas. Ese sublime artista fué quien arriba del piso inferior levantó en la ala principal los tres órdenes de corredores, que por esto se llamaron "Logias de Rafael." Los dos primeros se dividen en arcadas con pilastras dóricas en el más bajo y jónicas en el que le sigue; en el último son compuestas y sostienen un magnífico arquivado. Posteriormente Gregorio XIII y otros de sus sucesores hicieron levantar las dos alas restantes de corredores siguiendo el mismo elegante estilo de Sancio. Por el exterior están construidos de travertino y se hallan cerrados los arcos con unas magníficas vidrieras que mandó construir en su mayor parte Pío IX.

Entrando al patio de San Dámaso, á la derecha, hay una puerta que conduce á la magnífica galería ó ambulatorio que se llama del Bernini, porque de allí rompe la soberbia *Scala regia* construida por aquel celebrado arquitecto. Dos entradas tiene la galería, la del patio de San Dámaso y la que se halla á su cabecera y da al pórtico semicircular de la derecha en la plaza de San Pedro. Por las dos indistintamente penetraron los peregrinos de México. En la extremidad de la galería que da frente á esta entrada, pasado el vestíbulo en que se halla la estatua ecuestre de Constantino, se levanta la gran escalera del Bernini, verdadera obra maestra del ge-

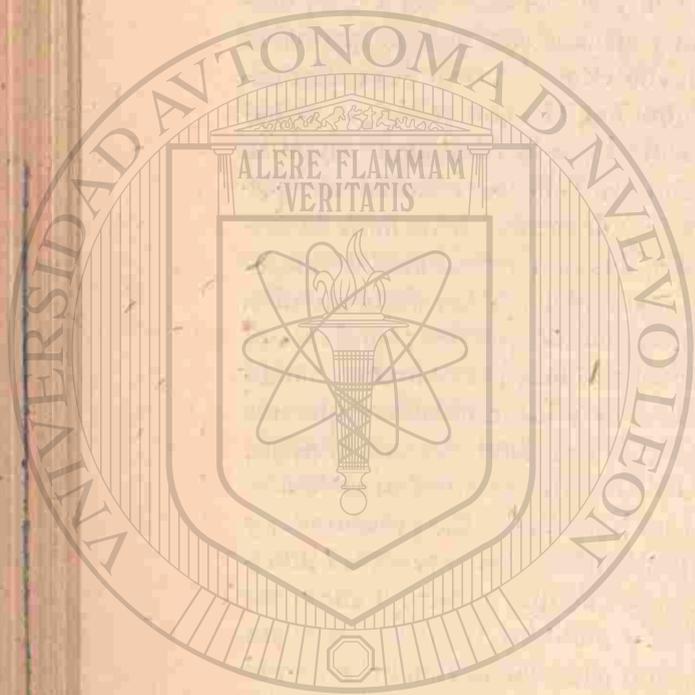
nio del renombrado artista. Consta de dos tramos; en el primero está adornada con hermosas columnas jónicas y en el segundo con bellas pilastras: aquellas y estas reciben una magnífica bóveda decorada con bajos relieves de exquisito mérito artístico. Por esta escalera subimos para entrar en la Capilla Sixtina. La puerta estaba custodiada por los suizos pontificios. Presentamos nuestra tarjeta de introducción y pasamos adelante. Un distintivo morado y azul que llevábamos en el ojal de la casaca nos hizo reconocer por unas de las personas que debían recibir la Comunión de manos del Santo Padre, y una comisión de camareros de capa y espada nos guió por en medio de la Capilla hasta el presbiterio, en donde se nos indicó el lugar que debíamos ocupar del lado del Evangelio.

La capilla estaba casi llena de concurrentes. Aunque la Misa se iba á celebrar para los mexicanos, habían sido invitados á ella unos peregrinos alemanes que llegaron á la Ciudad Eterna antes que nosotros. Estos fueron colocados á la izquierda y los mexicanos á la derecha. El Santo Padre debía dar la Comunión á sólo 24 personas; eligiéronse catorce de los nuestros y diez de los alemanes. Los mexicanos agraciados fueron los Señores licenciados Garza, Del Hoyo, Salazar, Moreno Cora y López Portillo, el Dr. Cardona, y los señores, Amézaga, Anzorena Luis y Manuel, Pardo y Landa. El Sr. D. Eduardo Ovando, de Puebla, aunque no formó parte de la Peregrinación, se hallaba en Italia en aquellos días y nos esperó en Roma. Fué también de los designados. Ya hemos dicho arriba que nosotros fuimos honrados con la misma distinción.

En una noticia que se dignó remitirnos el Illmo. Sr. Obispo de Yucatán se asegura que también recibieron la Comunión los Sres. Cano, Torres y Casares, delegados de aquella Diócesis.

Serían las ocho y media cuando un murmullo general que se notó entre los asistentes anunció la llegada del Santo Padre. Su Santidad, precedido de algunos camareros secretos y de un grupo de sus guardias nobles, y acompañado de dos

prelados asistentes, se presentó vestido de blanco, trayendo en la mano un hisópo con el cual hizo aspersiones de agua bendita. Ya hemos dicho en el capítulo anterior cuales fueron sus movimientos, cual era su actitud y lo que hizo antes de revestirse los ornamentos sacerdotales. El Papa es sumamente fervoroso en la oración y en los actos del Culto; pronuncia con mucha claridad y ejecuta con notable precisión y regularidad las ceremonias del ritual. Al verle en el altar nadie dudaría que aquel hombre hablaba con Dios, que se hallaba en comunicación inmediata con la Divinidad. Su Misa dura poco más de treinta minutos. Todos los concurrentes permanecieron con recojimiento y devoción. A la hora de distribuir la Sagrada Eucaristía, dos camareros extendieron un almaizal horizontalmente sujetándolo de las extremidades. Otro camarero nos hizo indicación de que nos acercáramos, y colocados en dobles hileras recibimos la Comunión. Ya dijimos arriba cómo pasó este acto y las impresiones que nos produjo. Terminada la Misa, Su Santidad, despojado de las vestiduras sacerdotales, fué á arrodillarse sobre un reclinatorio; allí estuvo rezando en un libro que le fué presentado, y permaneció de rodillas durante otra Misa que siguió inmediatamente. Tuvimos la fortuna de que nuestro lugar fuera el inmediato al Santo Padre, y pudimos verle de cerca un largo rato. Después se levantó para dar la Bendición, en la cual nos conmovió su actitud y el modo como cantó la fórmula de la absolución y la majestad con que levantó sus brazos al Cielo y luego se volvió á nosotros para bendecirnos. En seguida y al retirarse, los peregrinos alemanes, cantaron con la maestría que los de su país saben hacerlo, un precioso himno cuyas armonías nos llegaron al corazón.



CAPÍTULO VIGÉSIMO PRIMERO.

Otra vez la Audiencia Pontificia.—Entrada en el Vaticano.—La servidumbre del Papa.—La reunión en la Galería de Rafael.—Monseñor Colognesi.—Las delegaciones de las Diócesis, de las sociedades religiosas y civiles y de la Prensa católica.—Ingreso al Salón del Consistorio.—Llegada del Santo Padre.—Discurso del Sr. Portillo.—Alocución de Su Santidad en italiano.—Traducción al español.—Recepciones individuales.—La medalla conmemorativa.—El grupo fotográfico.

A LAS once de la mañana del día 14 de Mayo, una de las célebres Galerías de Rafael, encerraba en su amplio recinto á la gran Romería mexicana, aumentada con todos los compatriotas nuestros que se hallaban en Roma y aun algunos que exprofeso habían ido para asistir á la audiencia.

Minutos antes llegamos nosotros. Entrando por el patio de San Dámaso, que ya conoce el lector, detúvose nuestro carruaje delante de la puerta que corresponde á la gran escalera, construida por orden de Pío IX en 1860. Soberbia y elegantísima es aquella escalera que después de la *Scala Regia* del Bernini, es la más hermosa que tiene el Vaticano, y conduce inmediatamente á las Galerías. Al acabar de subir fuimos agradablemente sorprendidos con la presencia de los diversos empleados de la Corte pontificia. Los palatinos con sus vistosos trajes de listas amarillas y rojas, con sus cascos y alabardas de reluciente plata; los gendarmes pontificios con sus casacas azules de largos faldones, adornadas con guarniciones negras y sus sombreros montados con pluma blanca; los pajes con elegantes vestidos á la romana, de mag-

nífico damasco carmesí, pantalón corto y chinela; los camareros de capa y espada, vestidos de una manera semejante pero de telas de seda y terciopelo de color negro; los guardias nobles con rico uniforme militar, ostentando brillantes condecoraciones en el pecho; los camareros secretos con vestidura talar de color morado. Un grupo de pajes de elevada estatura y gallardo continente esperaban en la desembocadura de la escalera á los peregrinos para introducirlos en la Galería, recojiendo antes los sombreros y los abrigos á los hombres y las sombrillas á las señoras.

Al entrar nosotros en la Galería ya estaban reunidos casi todos los compañeros de Peregrinación. Cuatro hileras de asientos colocados longitudinalmente en toda la extensión de la magnífica estancia se hallaban ocupadas en totalidad. Algunas personas estaban en pie. Agradable era para nosotros encontrarnos en aquella reunión: creíamos estar en la Patria. Por todas partes tipos mexicanos; caras conocidas; correligionarios y amigos. Los sacerdotes en su mayor parte vestían, los clérigos el traje talar romano que se compone de sotana de paño delgado con banda de seda y una graciosa capa en los hombros y sombrero de seda, ligeramente enrollada el ala hacia arriba; los religiosos con los hábitos de su orden: los había franciscanos, dominicos y un carmelita, el padre Magaña, que por cierto se veía muy bien con la túnica de color café y la capa blanca; era un tipo interesantísimo. Los alumnos del Seminario de Puebla llevaban el uniforme de su colegio; un largo manto color de café, ribeteado de rojo, con beca azul celeste en la cual en el lado izquierdo se ostenta un gran escudo con bordados de relieve. Los caballeros en su mayor parte vestían frac negro y corbata blanca, sin guantes; otros llevaban levita cruzada y á ninguno vimos con chaqueta. Las señoras con vestido negro de seda y mantilla ó velo en la cabeza: unas cuantas, no llegarían á seis, con pañolón ó tápalo, como le llamamos vulgarmente. La simpática india chilapeña vestía el pintoresco traje de las de su raza: enagua de muchos pliegues azul oscuro con una bonita guarda ó cenefa roja y un largo gabán de tela de la-

na blanco también con cenefa del mismo color de la enagua; el cuello adornado con sartas de coral y en la cabeza una especie de velo blanco de un tejido semejante al tul.

Entre los concurrentes extraños á la Peregrinación tuvimos el gusto de saludar á Monseñor Ernesto Colognesi, á quien conocimos siendo niños, en México, cuando desempeñaba el encargo de auditor de la nunciatura de Roma. Monseñor Colognesi conserva muy buenos recuerdos de nuestra Patria y le fué grato acompañar á los mexicanos en su presentación al Santo Padre. Estaba contentísimo de vernos y de hallarse entre nosotros.

Mientras llegaba el momento de la audiencia, Angelini, acompañado del Secretario de la Comisión, se ocupó en rectificar la lista de las Delegaciones que se había formado el día anterior en el Colegio Pío-latino, en donde se reunieron los peregrinos por la tarde. Conducé á nuestro objeto insentir esa lista, para que se tenga conocimiento de cuales fueron las representaciones que llevó la Romería cerca de Su Santidad.

ARZOBISPADO DE MÉXICO.

Sr. Dr. D. Ambrosio Lara, representando al Ilmo. Sr. Arzobispo, al Venerable Cabildo de la Santa Iglesia Catedral y al de la Insigne Colegiata de Santa María de Guadalupe.

Sres. Curas D. Basilio Soto y D. Antonio de Icaza, en representación de los señores Vicarios y Curas foráneos del arzobispado.

Sr. D. José M^{te} Alva y Germán, por el Clero de la Capital de la República.

M. R. P. Fray Isidoro Camacho, en representación de las Ordenes regulares.

ARZOBISPADO DE GUADALAJARA.

Ilmo. Sr. D. Fray Buenaventura Portillo, por el Ilmo. Sr. Arzobispo y Venerable Cabildo.

Sr. Cura D. Francisco Javier Conchos.

ARZOBISPADO DE MICHOACÁN.

Sr. Canónigo D. Agustín Abarca, por el Illmo. Sr. Arzobispo, el Venerable Cabildo y el Colegio Seminario.

Señores Curas D. José Córdova Piedra, D. José M^a Saucedo, D. Francisco Padilla y D. Luciano Govea, en representación de los párrocos del Arzobispado y del Clero.

Formaron parte de esta diputación, además, los señores presbíteros D. Refugio Gallardo y D. Narciso Macías.

OBISPADO DE PUEBLA.

El Sr. Vicario Capitular Dr. D. Ramón Ibarra, en representación de la Sagrada Mitra.

El Sr. Presbítero D. Simeón Ortega, quien representó además al Colegio Seminario, presidiendo una comisión de cuatro alumnos del mismo.

Formaron parte de esta Delegación, seis Párrocos de la Diócesis, los Sres. D. Ramón Nieto, D. Florencio Toscano, D. Antonio Cisneros, D. Francisco Oliver, D. Carlos Rodríguez y D. Ruperto María Zúñiga.

CHILAPA.

El Illmo. Sr. Obispo de la Diócesis y presidente de la Peregrinación, y el Sr. Cura de Tlapa D. Francisco María Moreno.

Agregados á esta diputación, el Sr. Presbítero D. Alejandro González, representó al Seminario, del cual es Rector; y el Sr. D. Antonio Abarca, á los señores Curas de la Diócesis.

Formó parte del grupo de representantes de aquella Mitra, el Sr. D. Miguel Silva.

SAN LUIS POTOSÍ.

El Illmo. Sr. Dr. D. Ignacio Montesdeoca, por sí y por su Venerable Cabildo, y el Sr. Lic. D. Silvestre López Portillo.

LEÓN.

El Sr. Canónigo Provisor de la Mitra, D. José María Velázquez, quien representó además al Seminario, y el Sr. Presbítero D. Pablo Gutiérrez.

QUERÉTARO.

La Delegación de esta Diócesis la formaron los señores Presbíteros D. Daniel Frías, quien también representó al Seminario como su Vice-rector, y D. José Guadalupe Velázquez. Fué agregado á esta Delegación, el caballero D. Enrique Angelini.

OAXACA.

El Sr. Dr. D. Ramón Ibarra y el caballero Angelini, representaron al Illmo. Sr. Obispo y Venerable Cabildo de esta Diócesis.

YUCATÁN.

El Sr. Cura D. José María Molina, representó al dignísimo Prelado y Venerable Cabildo. Fueron agregados á esta Delegación los Sres. D. Florencio Cano, D. Egidio Torres y D. Manuel Cásares Cámara.

ZACATECAS.

El Sr. Canónigo D. Arcadio Delgado, llevó la representación de la Diócesis.

SINALOA.

El Sr. Cura D. Dámaso Sotomayor.

DURANGO.

El Sr. Cura D. Celedonio Valenzuela.

VERACRUZ.

El Sr. Cura D. Manuel Fernández Orihuela.

TULANCINGO.

Los Sres. D. Federico Marchusi, D. Felipe Valentini y D. Vicente Salbué.

LINARES.

Monseñor Leandro Treviño.

Hasta aquí las delegaciones eclesiásticas. Registráronse en la lista otras varias representaciones de sociedades laicas y periódicos católicos.

SOCIEDADES CATÓLICAS.

DE MÉXICO.

Sr. D. Germán Landa y Valle.

DE PUEBLA.

Sr. Dr. D. Leonardo Cardona.

DE LEÓN.

Sr. Canónigo D. José María Velázquez, y D. Carlos Carpio.

DE ZACATECAS.

Sr. Canónigo D. Arcadio Delgado.

DE TEPIC.

Sr. Lic. D. Guillermo A. Ponce de León.

APOSTOLADO DE LA ORACIÓN.

Sr. Cura D. Antonio de Icaza.

CÍRCULO CATÓLICO DE MÉXICO.

Sr. D. E. Borrel.

SOCIEDAD GUADALUPANA DEL COMERCIO
Y CÍRCULO PATRIÓTICO-RELIGIOSO DE ARTESANOS. (MÉXICO).

Sr. D. José María Aguilar Ortiz.

SOCIEDAD GUADALUPANA DEL GRAN PÍO IX. (MÉXICO).

Sr. D. Vicente Cerbón.

SOCIEDAD DE EMPLEADOS, DE PUEBLA.

Sr. Lic. D. Ignacio Pérez Salazar.

Otras muchas sociedades, cofradías y gremios estaban allí representadas; pero no fué posible tomar razón, sino de las principales que van mencionadas.

PERIÓDICOS.

“LA VOZ DE MÉXICO.” (MÉXICO).

Sres. Lics. D. Agustín Abarca y D. Diego Germán y Vázquez, y Comendador Sr. Pacelli.

“EL TIEMPO.” (MÉXICO).

Sres. Lic. D. Ramiro de la Garza y D. Vicente Palacios.

“EL NACIONAL.” (MÉXICO).

Sr. Dr. D. Ambrosio Lara.

“EL CÍRCULO CATÓLICO.” (MÉXICO).

Sr. D. E. Borrel.

“LA MORALIDAD.” (MÉXICO).

Sr. D. Vicente Palacios.

“LA RELIGIÓN Y LA SOCIEDAD.” (GUADALAJARA).

Sr. Lic. D. Guillermo A. Ponce de León.

“EL PUEBLO CATÓLICO.” (LEÓN).

Sr. D. José María Velázquez.

“LA ROSA DEL TEPEYAC.” (ZACATECAS).

Sr. D. Arcadio Delgado.

“EL DOMINGO.” (DURANGO).

Sr. Lic. D. Ramiro de la Garza.

“EL SIGLO QUE ACABA.” (ORIZABA).

Sr. Cura D. Manuel Fernández Orihuela. ®

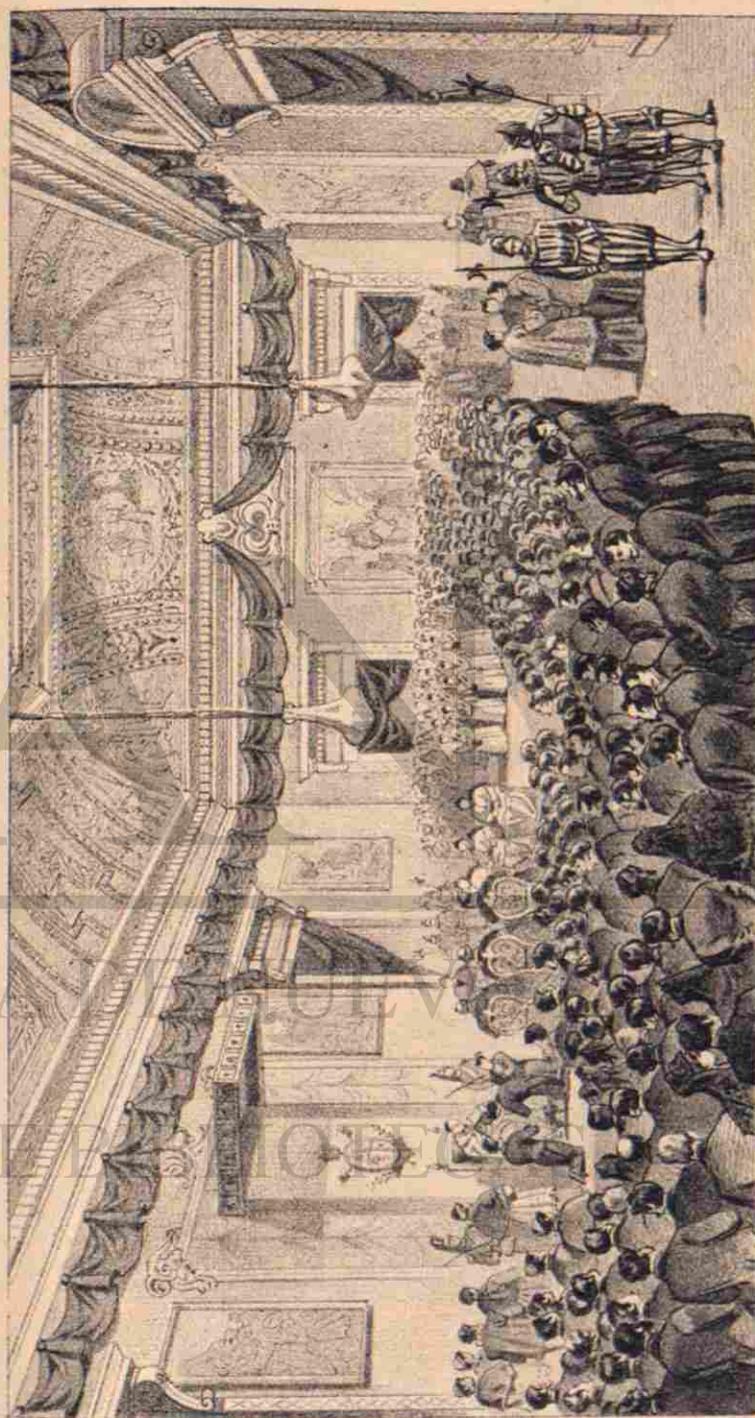
COMISIÓN ORGANIZADORA DE LA PEREGRINACIÓN.

La representaban el Sr. Dr. D. Ramón Ibarra y el Lic. D. Diego Germán y Vázquez.

Agregado á ella en calidad de intérprete, el Sr. D. Germán Landa y Valle.

Las once y media serían, cuando un chambelán pontificio nos invitó á pasar á la Sala del Consistorio, así llamada, porque en ella tienen lugar las reuniones consistoriales del Santo Padre con los Cardenales. Es un salón como de veinte metros de largo por ocho de ancho, tapizado de damaseo rojo y decorado en sus paredes con algunos magníficos cuadros de pinturas. El Solio del Papa está colocado en el centro de una de las paredes de mayor extensión: consiste en un sencillo dosel de damasco, debajo del cual, en una plataforma de una sola grada está el asiento pontifical, que es un sillón también muy sencillo. A la derecha del Solio, y muy cerca del ángulo que forman las paredes, hay una pequeña puerta que comunica con la habitación pontificia. En la cabecera de la izquierda está la puerta por donde entramos los peregrinos.

El Caballero Angelini acompañado de otro camarero ó chambelán, se ocupó en colocarnos según entrábamos en un semicírculo que se formó en derredor del Solio á respetuosa distancia. Transcurridos algunos minutos, una voz anunció: ¡Su Santidad! en los momentos en que se abría la puerta de la derecha, por la cual fué penetrando en el salón el acompañamiento del Papa en el orden siguiente. Cuatro guardias nobles, seis camareros secretos, un grupo de prelados de la Corte Pontificia, entre los cuales venían los Illmos. Sres. Obispos de Chilapa y de San Luis Potosí, á quienes acababa de recibir Su Santidad en audiencia privada; seis Eminentísimos Cardenales los Sres. Ledochowski, Laurenzi, Mertel, Masotti, Cristofori y Pallotti; el Santo Padre seguido de otros cuatro guardias nobles. Inmediatamente que Su Santidad entró en la Sala, todos se arrodillaron, prorumpiendo en estrepitosas aclamaciones. ¡Viva el Santo Padre! ¡Viva el Sr. León XIII! ¡Viva el Papa Rey! Tales fueron los gritos que resonaron por todas partes. El anciano Pontífice, vestido de blanco, avanzó con paso firme repartiendo bendiciones hasta llegar al Solio, en donde tomó asiento; á sus lados y abajo de la plataforma se sentaron los Cardenales en los sillones que les estaban preparados. En



LIT. C. MONTAUBRIOT. MÉXICO.

LOS PEREGRINOS MEXICANOS DELANTE DE S. S. EN LA AUDIENCIA DEL 14 DE MAYO DE 1888.

pie, á la derecha del Papa fué colocado el Sr. Obispo de Chilapa y á la izquierda el de San Luis Potosí. Las demás personas de la comitiva pontificia fueron distribuidas convenientemente en grupos ordenados de uno y otro lado del Solio.

Conforme al ceremonial, el Presidente de la Peregrinación debía hacer uso de la palabra solamente, y sacando de su bolsillo un papel, leyó con entonación conmovida, interrumpiéndose alguna vez por el llanto que asomaba á sus ojos, la siguiente alocución:

„BEATÍSIMO PADRE:

„Por la infinita bondad de Dios Nuestro Señor están cumplidos los ardientes votos de la Nación Católica Mexicana, representada aquí, y en Vuestra augusta presencia, por el mínimo de sus obispos, que Os dirige la palabra; por las delegaciones peculiares de los Illmos. y Rmos. Arzobispos, Obispos y Capítulos de las Iglesias Catedrales y Colegiatas; de las V. V. Ordenes Regulares, Piasas Cofradías, Congregaciones y Asociaciones; de los Insignes Liberatos y Periodistas que tan digna y heroicamente sostienen en aquella nación la santa causa de la Religión, de la Iglesia, del Pontificado y los verdaderos intereses de la sociedad, y están aquí también los representantes del comercio, de todas las clases agrícolas, artesanos é industriales de toda aquella Católica República, y aun de sus pueblos más humildes y remotos.

„Sí, Beatísimo Padre: esta numerosa agrupación de Vuestros más adictos y reverentes hijos ha separádose de su patria, de sus amantes padres é hijos, de sus amigos y connacionales, poniendo una tregua á sus respectivos negocios y ocupaciones, y superando dificultades, cuales S. S. puede muy bien comprender. Pero todos ellos, en un sólo corazón y en una sola alma, son guiados de una sola gratísima y sublime idea, como ha sido la de obtener la excepcional y venturosa dicha de que aguarde los mares, y habiendo arribado á esta Eterna Ciudad, centro del Pontificado Católico y del Cristianismo, absortos, como lo estamos, de gozo inexplicable, y en el sagrado recinto de este alcázar regio y pontifical de Vuestra Excelentísima y Soberana, extasiados nos hallamos ante Vuestra paternal ternura y bondadosísima predilección, con que Os habéis dignado acojernos y darnos acceso á Vuestra Persona Augusta y al pie de Vuestro trono. Y si Vuestra Beatitud desea saber el noble objeto de nuestra venida, brevemente nos expresaremos.

«Venimos, Padre Nuestro Amantísimo, á saluados reverentes y á tributaros los humildes homenajes de nuestras felicitaciones las más cumplidas y cordiales, por haber alcanzado en los gloriosísimos fastos de Vuestra preciosa vida, el muy insigne y providencial de Vuestro Jubileo Sacerdotal, consignado ya con letras de oro en los anales de la Iglesia y en las páginas de la historia, con la data espléndida y gloriosa del día 31 de Diciembre del año pasado 1887.

«Venimos á conocer y venerar de cerca Vuestra Augusta Persona, radiante de dulzura, de benevolencia y de amor todo paternal; y por esto es que nuestras almas rebosan de alegría y de filial confianza.

«Venimos á contemplaros de cerca en el apogeo de Vuestras esclarecidas virtudes, de Vuestras prerrogativas tan eminentes y tan dignamente celebradas en todo el mundo, con entusiasta admiración y asombro aun de los elevados genios que descuellan en el paganismo, protestantismo y demás sectas separadas de la Comunión Católica.

Venimos á refrigerarnos en los raudales de Vuestra sabiduría, de Vuestras enseñanzas y de la inspiración divina que Os asiste como á Vicario de Jesucristo en la tierra, Maestro infalible de la verdad, y Sucesor del Príncipe de los Apóstoles.

«Sí, Beatísimo Padre, en Vuestra augusta frente brilla el sobrenatural prestigio de la fe, de la sabiduría, de la prudencia, de la justicia y de la caridad; de Vuestros labios brotan perennes dulzuras de amabilidad y ternura paternales. Y para decirlo todo: yo, á mi vez, y en consonancia con los inefables sentimientos de mis Illmos. Hermanos los V. V. Obispos y de todos los peregrinos mis compatriotas, me veo dulcemente obligado á exclamar con la celebrada Reina Sabá: «Verdaderas son las cosas, que yo había oído en mi tierra.—Acerca de tus pláticas y de tu sabiduría..... yo mismo he venido, y lo he visto por mis ojos, y he hallado por experiencia que no me han dicho la mitad: mayor es tu sabiduría y también tus obras, que la fama llegada á mis oídos.—Dichosas tus gentes y dichosos tus siervos, que están siempre delante de Ti, y oyen las máximas y consejos de tu sabiduría.—Bendito sea el Señor Dios Nuestro, á quien has complacido y te ha puesto sobre el trono de su Iglesia; porque el Señor amó siempre á su Pueblo, y te ha establecido Pontífice y Rey, para que hicieras equidad y justicia.» (Lib. III de los Reyes, Cap. X, v. 6, 7, 8 y 9).

«Por donde, absortos de admiración y de veneración la más profunda, é inundados nuestros corazones en el más puro y santo regocijo, Os ofrecemos, Santísimo Padre, nuestros pobres y humildes dones. Si nuestros donativos son de escaso valor, como lo son en verdad, ellos son sin em-

bargo la más cumplida expresión de nuestros ardientes votos de amor, de adhesión, de respeto, veneración y obediencia, y en perfecta armonía con los votos y sentimientos de más de nueve millones de católicos que forman la mayoría de nuestra muy amada y católica nación, que sufre la tristísima excepción de muchos desgraciados compatriotas nuestros, arrebatados del seno maternal de nuestra santa Iglesia por los errores modernos, cuyos jefes sectarios, permitiéndolo así Nuestro Dios y Señor, han logrado entronizarse sobre las naciones y los pueblos, y con satánica solicitud han arrancado de Vuestro rebaño á innumerables víctimas, que sacrifican á su tiranía y despotismo, de la misma manera que en todas partes y aun en esta Ciudad de Vuestra santa Sede Apostólica, causando así dolores indecibles y heridas las más crueles y profundas á Vuestro corazón de Padre y Pastor Santo y Pacífico..... Mas no venimos aquí, Santísimo Padre, á avivar y recrudecer Vuestras amargas y dolores; venimos, sí, como Vuestros amantes hijos á dar una tregua á Vuestros sufrimientos y á enjugar Vuestras lágrimas.

«Por esto es que, arrodillados en Vuestra Augusta presencia, en nuestro nombre y como representantes de todos nuestros compatriotas mexicanos, Os protestamos nuestra entera y filial adhesión, nuestros más profundos respetos de veneración, amor y obediencia; deseamos, y así lo pediremos á Dios Nuestro Señor y á Nuestra Purísima é Inmaculada Madre María, que Vuestros preciosísimos días se prolonguen; que nos apresuren los triunfos de la Iglesia y de Vuestro supremo pontificado.

«Y, para concluir, Padre Santo y Celosísimo Pastor Soberano: Os suplicamos con el más vivo interés, que extendiendo Vuestra paternal diestra, Os dignéis impartir la Bendición Apostólica á todos los Illmos. Sres. Arzobispos, Obispos, Prelados Regulares de uno y otro sexo, á toda la nación mexicana y guadalupana, á todas las ciudades, pueblos y aldeas de nuestra mencionada y carísima patria, y con interés particular á la numerosa raza indígena, digna de mejor suerte por sus recomendables virtudes, brillando entre ellas su docilidad é inalterable obediencia á la santa Iglesia, al Pontificado y al Sacerdocio, y también su mansedumbre; su apego á las santas leyes y prácticas religiosas; su ejemplar resignación, en fin, con los trabajos y abatida situación á que se les ha reducido.

«Dadnos, Santísimo Padre, la misma bendición á todos los presentes, para que después de haberos protestado nuestro filial amor y completa obediencia, regresemos á México en la plenitud de nuestro gozo y de nuestra dicha, llevando con nosotros la preciosa oliva de las gracias y bendiciones, que, mediante Vuestra pontificia autoridad, serán un eficaz

remedio contra todos los males que nos aquejan espiritual y temporalmente; nos devolverán la paz y la tranquilidad en Jesucristo Nuestro Señor, y nos consolidarán en la fe, en la esperanza y caridad, que cual preciosísima herencia nos legaron nuestros católicos padres y mayores para nuestra eterna felicidad, para gloria de Dios y consuelo de Vuestro amantísimo Corazón.

"Así lo esperamos y Os lo prometemos,
Beatísimo Padre."

Terminada esta lectura, el Santo Padre se levantó de su asiento; dirigió una risueña mirada en derredor y con voz clara y perceptible, aunque con acento algo nasal, pronunció en italiano el discurso que en seguida copiamos. Al hablar el Pontífice se movía en distintas direcciones dirigiendo la mirada á todos los circunstantes y accionaba con la corrección y elegancia de quien posee en alto grado las dotes de la elocuencia y tiene el ejercicio frecuente de la palabra. Su manera de decir, aunque pausada, no envolvía interrupciones que denunciasen vacilación ó estudio. La palabra del Sr. León XIII no es un torrente que corre con precipitación, sino un manso río que va deslizándose con suavidad pero sin tropiezo alguno. Su pronunciación es perfecta; su mímica irreprochable; se manifiesta penetrado del asunto que le ocupa y se posiona de él, sin revelar en el semblante afectación, ni en sus movimientos maneras exageradas. Unos quince minutos permaneció hablando, y nosotros estuvimos inmóviles sin pestañear, no perdiendo una sola de sus palabras. He aquí el texto italiano del discurso que fué tomado por un hábil calígrafo del Colegio Pío Latino Americano.

"DILETTISSIMI FIGLI:

"Ci consola e ad un tempo ci commuove profondamente il vedere in quest'oggi al Nostro cospetto una così eletta schiera di Pellegrini Americani, qua convenuti a prendere parte alle Nostre feste giubilari, e che rappresentano tutti i ceti e tutte le classi della cattolica nazione del Messico.—La vostra presenza infatti, figli dilette, è per sé sola un attestato solenne della vostra fede; che solo un sentimento vivo e profondo

di devozione sincera alla Sede Apostolica e de incrollabile attaccamento al Vicario di Gesù Cristo poteva indurvi a valicari i mari, e ad affrontare i disagi e i pericoli di un così lungo viaggio. E questo sentimento di viva fede avete ora voluto apertamente affermare colle nobili ed affettuose parole del vostro indirizzo.

"Ora, giunti alla meta, a voi piace di aggiungere che il trovarvi in Roma, in questa eterna città e presso la tomba degli Apostoli, è a voi cagione di santa letizia, di soave e ineffabile consolazione. E ben vi apponete, o miei figli; chè qui è il centro della cattolica fede, qui la cattedra infallibile di verità; e nell'unione intima e indissolubile a questa fede, nella docile obbedienza a questo magistero supremo è riposto il vero benessere di un popolo che si gloria del nome cattolico.

"E tale appunto è il popolo messicano.—Nel riandare gli annali della vostra storia si ritrovano pagine gloriose dedicate ai fasti della religione. Insigne fu la pietà degli avi vostri, e che essi a voi qual preziosa eredità tramandarono. Di questa pietà munifica, a non dire altro, fanno ampia fede le pie istituzioni da essi fondate i monumenti sacri, i sontuosi tempi eretti nelle vostre città. Tra essi Ci è grato nominare il Santuario famoso di N. S. della Guadalupe, ove la Vergine augustissima, venerata con culto speciale dal popolo messicano sembra tenere in sua dolce tutela e amorosamente custodire la patria vostra all'ombra del suo patrocinio potente.

"Ma pur troppo, o miei cari, neppure la patria vostra è andata immune dalle funeste conseguenze dei moderni sconvolgimenti; e lacerata da interne discordie, da ree passioni, dove anch'essa sperimentare deplorabili conseguenze dal lato religioso e morale. Soprattutto le fu dannosa l'azione malefica delle sette, che vi diffusero ampiamente l'incredulità e l'indifferentismo religioso. Malgrado ciò, la fede cattolica, la Dio mercè, non si spense mai nel popolo Messicano che, nella sua generalità si mantenne fedele alla religione degli avi, fermo e costante nell'obbedienza dovuta alla Chiesa romana.

"De sua parte la Sede Apostolica non cessò mai di porre ogni studio e di vigilare attentamente a che travoi si conservasse sempre la fede, pura e incorrotta.—Appena, abbattuti gl'idoli e dispersa la barbarie, i ministri della Chiesa cattolica poterono penetrare nelle vostre contrade e spargervi largamente il seme della dottrina evangelica, v'impiantarono con lieto successo il regno di Gesù Cristo. In seguito i romani Pontefici, nel corso de' secoli non si ristettero mai dal favorire e promuovere in ogni maniera i vostri spirituali interessi. Per opera loro fu nel Messico provvidamente, e su solide basi, impiantata la Gerarchia ecclesias-

tica, prosperarono rigogliose e fiorenti le religiose Famiglie, tanto benemerite della società e della Chiesa. Per opera loro, e per lo zelo dei Vescovi, ebbero vita istituzioni cattoliche senza numero.— Quanto a Noi, nel Nostro Pontificato, abbiamo sempre riguardato il vostro paese con speciale benevolenza, sia col provvedere di degni e zelanti pastori le vostre Sedi, sia col dare impulso e incremento alle discipline teologiche e filosofiche, approvando e incoraggiando all'uopo l'erezione in Puebla de los Angeles di un'alta Accademia di studii sacri. Ed oh piacesse a Dio che il Messico, ad esempio di altre nazioni, con relazioni e vincoli sempre più stretti e cordiali si avvicinasse a Noi e a questa Sede Apostolica! Quanto di meglio non saremmo Noi pronti a fare a suo pro. Quanto non Ci adopereremmo per richiamare il popolo Messicano all'antico fervore, e per ridestare in lui quell'operosa attività di vita cattolica che, mentre procaccerebbe in sommo grado il bene della famiglia, influirebbe pur anche alla vera prosperità dello Stato!

“Sono questi, o diletteissimi, i Nostri voti.— Altro'ora a Noi non resta che accogliere benignamente e con grato animo le felicitazioni ed i doni che Ci avete offerti, ed in ricambio implorarvi dal Signore la pienezza dei celesti favori. Dei quali vogliamo siavi pegno l'Apostolica benedizione che, con effusione di cuore, impartiamo ai vostri Pastori, a voi qui presenti, alle vostre famiglie, alla razza indigena, da voi ricordata, ea tutto il popolo Messicano.”

Insertamos en seguida la traducción que del discurso anterior hizo el Sr. Dr. Ibarra.

“Queridísimos hijos:

“Nos consuela y al mismo tiempo Nos conmueve profundamente, ver en este día ante Nuestra presencia una reunión tan escogida de peregrinos americanos que han venido aquí á tomar parte en las fiestas de nuestro Jubileo Sacerdotal, representando á todos los gremios y clases de la católica nación Mexicana. Vuestra presencia, en efecto, amados hijos míos, es por sí sola un testimonio solemne de vuestra fe; porque sólo un sentimiento vivo y profundo de amor purísimo á la Silla Apostólica y de firmísima adhesión al Vicario de Jesucristo, podía moveros á surcar los mares y á afrontar las penalidades y peligros de un viaje tan largo. Este sentimiento de viva fe lo habéis comprobado ahora claramente con las escogidas y afectuosas palabras de vuestra felicitación.

“Al ver realizados ahora vuestros deseos, manifestáis que el encontraros en Roma, en esta Ciudad Eterna y ante la tumba de los Apóstoles,

es para vosotros un motivo de santa alegría, de suave é inefable consuelo. Y tenéis razón, ¡oh amados hijos míos! porque, reflexionadlo bien, aquí está el centro de la fe católica, aquí la cátedra infalible de la verdad; y en la unión íntima é indisoluble á esta fe, en la dócil obediencia á este magisterio supremo, consiste la verdadera felicidad de un pueblo que blasona de ser católico.

“Y tal es puntualmente el pueblo Mexicano. Al recorrer los anales de vuestra historia se encuentran páginas gloriosas consagradas á los fastos de la Religión. Insigne fué la piedad de vuestros antepasados que cual preciosa herencia os legaron. De esta munificentísima piedad, por no decir otra cosa, son elocuente testimonio las piadosas instituciones que fundaron, los monumentos sagrados, los suntuosos templos erigidos en vuestras ciudades. Entre ellos Nos es grato hacer especial mención del célebre Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, en donde la augustísima Virgen venerada por el pueblo Mexicano con especial culto, parece tener bajo su dulce tutela y cuidar amorosamente vuestra patria con la sombra de su potente patrocinio.

“Mas por desgracia, oh amados hijos míos, ni aun vuestra patria ha estado exenta de las funestas consecuencias de los modernos sacudimientos; y herida por discordias intestinas y por depravadas pasiones, ha debido experimentar también consecuencias deplorables en la parte moral y religiosa. Sobre todo, le ha sido muy perjudicial la influencia maligna de las sectas que han propagado con difusión la incredulidad y el indiferentismo religioso. No obstante esto, la fe católica, gracias á Dios, no se ha extinguido en el pueblo Mexicano, que en su generalidad se conserva fiel á la religión de sus antepasados, firme y constante en la obediencia debida á la Iglesia Romana.

“Por su parte, la Silla Apostólica no ha cesado jamás de poner todo empeño y de vigilar atentamente porque entre vosotros se conservase siempre la fe pura é immaculada. Cuando apenas destruidos los ídolos y desterrada la barbarie, pudieron los ministros de la Iglesia católica penetrar en vuestras comarcas y sembrar copiosamente la semilla de la doctrina evangélica, fundaron entre vosotros con plausible éxito, el Reino de Jesucristo. Después, en el curso de los siglos, los Romanos Pontífices no han cesado de favorecer y promover de todos modos vuestros intereses espirituales. Por ellos se estableció en México con mucho acierto y bajo sólidas bases la Gerarquía eclesiástica, prosperaron vigorosas y florecientes las familias religiosas tan beneméritas de la sociedad y de la Iglesia. Por ellos y por el celo de los Obispos se fundaron instituciones católicas sin número. En cuanto á Nos, durante Nuestro Pontificado,

hemos visto siempre vuestro país con especial benevolencia, ya sea proveyendo vuestras diócesis de dignos y celosos pastores, ya dando impulso é incremento á las disciplinas teológicas y filosóficas, aprobando y estimulando con empeño la erección en Puebla de los Angeles de una insigne Academia de estudios sagrados.

“¡Pluguiese al Cielo que México, á ejemplo de otras naciones, se acercase á Nos y á esta Silla Apostólica con relaciones y vínculos aun más estrechos y cordiales! ¡Con cuánta mayor diligencia procuraríamos entonces su bienestar! ¡Con cuánto empeño nos ocuparíamos en hacer volver al pueblo Mexicano á su antiguo fervor y en despertar en él aquella fecunda actividad de vida religiosa que al mismo tiempo que acarrearía en sumo grado el bien de las familias, influiría igualmente en la verdadera prosperidad del Estado!

“Estos son, muy amados hijos míos, Nuestros votos. No Nos queda más que acoger benignamente y con benevolencia las felicitaciones y dones que Nos habéis ofrecido; y en cambio imploramos sobre vosotros del Señor la plenitud de las gracias celestiales. De éstas queremos que sea prenda la Bendición Apostólica que con efusión de Nuestro corazón damos á vuestros Pastores; á vosotros aquí presentes, á vuestras familias, á la raza indígena, de que me habéis hecho mención, y á todo el pueblo Mexicano.”

Terminada la alocución el Papa dió su bendición á los peregrinos y después volvió á sentarse. El maestro de ceremonias anunció que era llegado el momento de que los presentes se acercasen á saludar á Su Santidad. Conforme al ceremonial acordado, las primeras personas que debían llegar á ofrecer sus respetos al Vicario de Cristo debían ser los individuos de la Comisión organizadora. Llegaron en efecto, y al hacer la primera genuflexión, el Santo Padre extendió hacia ellos sus brazos, sin permitirles inclinarse á besarle el pie; dióles á besar la mano derecha en la cual ostentaba el magnífico anillo de brillantes con que le obsequió Puebla. El Sr. Dr. Ibarra fué presentado por el Ilmo. Sr. Portillo, y el Secretario de la Comisión por el Ilmo. Sr. Montesdeoca. Su Santidad dijo al primero: “Pronto os daremos Obispo para Puebla.” Después preguntó al Sr. Vicario Capitular acerca del estado y progresos de la Academia, manifestando el interés que tiene por la institución. Al Secretario le

tomó la mano derecha con las dos suyas y le dijo con afectuosa entonación: “Mi querido Secretario de la Comisión,” y retuvo la mano de aquel individuo mientras dirigía la palabra al encargado del Gobierno Eclesiástico de la Diócesis Angelopolitana y á la Comisión.

Seguidamente fueron acercándose las otras delegaciones, comenzando por la del Seminario de la misma Diócesis de Puebla, á cuyos alumnos colmó de caricias Su Santidad, y llamándole la atención el uniforme que vestían y especialmente el escudo de las becas, estuvo examinando éste despacio y preguntó sobre el significado de algunos atributos que contiene. Con suma afabilidad continuó recibiendo á las otras diputaciones, señaladamente á las de México y de Michoacán. Algunas personas le ofrecieron presentes en aquel acto; los tomaba en sus manos, los examinaba minuciosamente; dirigía preguntas á los donantes y les daba las gracias con expresiones cariñosas; á todos prodigaba amorosas caricias, lo mismo á los grandes que á los pequeños, á las personas distinguidas que á los pobres. Nos conmovió extremadamente verlo estrechar en sus brazos á la anciana india chilapeña y aceptar con marcada complacencia el regalo que le hizo de unas monedas mexicanas por valor de cien pesos.

A un peregrino de Durango, el Sr. Amézaga, al haber sido informado Su Santidad sobre el lugar de su procedencia, le dijo con amabilidad estas palabras: “¡Ah, el Sr. Salinas!” [El Obispo de aquella Diócesis]. “Bendición especial.” Y bendijo al peregrino y los rosarios y cruces que éste le presentó en esos momentos. Otro romero, el Sr. Lozano, de la Villa de la Encarnación, fué presentado como uno de los bienhechores de la Sociedad de San Vicente de Paul; Su Santidad, acariciándole y bendiciéndole, díjole: “Persevera, hijo, persevera.” D. Carlos Carpio, vecino de León, llevaba colgado en el pecho un gran escapulario; el Papa examinando aquella insignia religiosa, preguntó qué representaba y habiéndosele dicho que era el distintivo de una hermandad de Co-

cheros del Santísimo Sacramento, dió una especial bendición al socio y á la hermandad.

Acercándosele el Sr. Cura Conehos de la Diócesis de Guadalajara, le recibió en sus brazos y acariciándole como á un niño le dijo con singular afabilidad: "¡Oh! tú, muchos cuidados, muchos trabajos en las parroquias." Parecía que el Santo Padre conocía de antemano la muy laboriosa vida de este virtuoso párroco envejecido en el ministerio. Notorios son en Jalisco los eminentes servicios prestados á la Iglesia y á la humanidad por este anciano octogenario, á cuyos cuidados una numerosa grey es deudora de inmensos beneficios en el orden espiritual y en el material.

Al joven D. J. Trinidad Vázquez, también de Guadalajara, después de saludarle con particular cariño, le preguntó si era mexicano, y habiendo recibido una respuesta afirmativa, le dijo con una entonación afectuosísima y acariciándole: "Mexicanito." Decíanos este caballero al regresar de su expedición, que la hizo extensiva á Francia, Inglaterra, y los Estados Unidos.—"¿Quién después en el extranjero pronunció mi nombre nacional con esa dulzura y en diminutivo?"

El Lic. Ponce de León es una de las personas que trabaja activamente por la erección de un Obispado en el territorio de Tepic. Al llegar á Su Santidad, le hizo recuerdo de este asunto. El Papa le contestó que estuviese tranquilo; que estaba ya al tanto de ese negocio y resolvería lo conveniente.

Muchas páginas llenaríamos si nos fuese dable insertar aquí todas las saluciones, las frases cariñosas, los amables conceptos, las expresiones de gratitud, las palabras de consuelo que salieron de los labios del Santo Padre al recibir á los peregrinos mexicanos; baste decir que de las doscientas personas que aproximadamente concurrieron á la audiencia, no hubo una sola á quien no le hubiese Su Santidad dirigido la palabra; á quien no hubiese dejado en ella un recuerdo imperecedero.

Antes de retirarse el Pontífice, puesto en pie y hablando en latín, manifestó que á los párrocos, presidentes y rectores

de asociaciones y colegios concedía la facultad de dar la Bendición apostólica al regresar á la Patria.

En medio de las aclamaciones de todos, y dando á besar la mano á los que se le acercaron nuevamente, se dirigió con paso lento á la puerta por donde había entrado.

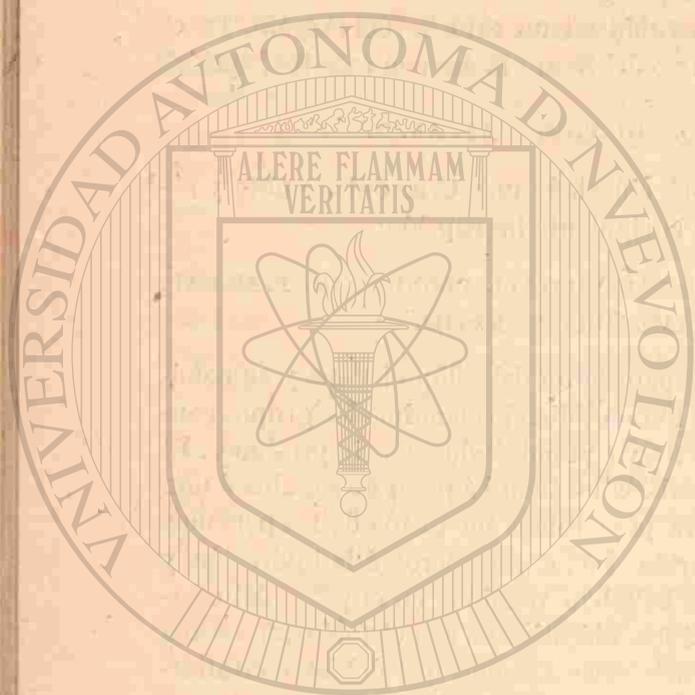
Antes de salir los peregrinos les fué distribuida una medalla de plata contenida en un estuche de *chagrin*. En el anverso tiene el busto del Santo Padre con esta inscripción:

"LEO. XIII. PONT. MAX. AN. X."

En el reverso, está cincelada una Cruz entre nubes y ráfagas y cercada de la siguiente inscripción:

"AN. L. A. CONSECR. SACERDOTALI. LEONIS. XIII. P. M. KAL. IAN. MDCCCLXXXVIII."

Una vez que desaparecieron del salón el Papa y su comitiva, los peregrinos fueron saliendo en animados grupos conversando alegremente y comunicándose sus impresiones. El secretario de la Comisión los invitó á pasar en seguida á una fotografía inmediata para tomar un grupo de las personas que habían concurrido. Todos accedieron á la invitación, y minutos después se hallaban reunidos en el patio del establecimiento fotográfico, disutiendo con el fotógrafo acerca de la posición y demás circunstancias que debían consultarse para obtener la buena negativa que damos marcada con el número 1; la número 2, fué tomada después con las personas que no habían concurrido á la primera reunión.



CAPÍTULO VIGÉSIMO SEGUNDO.

Dones ofrecidos á Su Santidad.—Puebla.—Chilapa.—Michoacán.—Guadalajara.—Zacatecas.—León.—Querétaro.—San Luis Potosí.—Tulancingo.—Oaxaca.—Chiapas.—Yucatán.—Veracruz.

INTENCIONALMENTE hicimos punto omiso en el capítulo anterior de los regalos que fueron ofrecidos al Santo Padre por los católicos de México. Una parte insignificante de esos obsequios fué presentada al Sumo Pontífice en la Audiencia; muchos habían sido enviados con anterioridad por las Diócesis ó por los particulares que no creían en la realización de la Romería, y de los que ésta llevó consigo, no los tenía todos á su disposición el día en que fuimos recibidos en el Vaticano, porque en la Aduana de Nápoles habían sido detenidas veintisiete cajas que contenían el mayor número, y fueron entregadas después. Algunos objetos que no pudieron llevar los peregrinos se recibieron más tarde. Hemos debido, por tanto, consagrar capítulo separado y es el presente, á la enumeración y descripción de los dones ofrecidos.

La circunstancia expresada de no haber sido presentados en un solo acto los obsequios, ha hecho difícil la adquisición de los datos necesarios para tener noticia completa de todos. En Roma procuramos con exquisita diligencia tomar todas las posibles informaciones. A nuestro regreso á la Patria nos dirigimos á los Illmos. Prelados de las Diócesis ó á sus representantes en la Peregrinación para integrar nuestras noticias, y tenemos entendido que por este

medio habremos logrado reunir el mayor material que era posible. No dejará sin embargo de faltar mucho de que no hayamos tenido conocimiento. De algunas Diócesis no hemos recibido datos; pero de unas, como la de Colima, nada se remitió al Santo Padre, como nos lo manifestó personalmente el Illmo. Sr. Obispo Vargas que entonces la regía; de otras ignoramos si no llegó á los respectivos Prelados nuestra carta en que les pedimos las repetidas noticias. De la Archidiócesis de México hasta el momento en que ésto escribimos no se nos favorece todavía con la remisión de los datos que nos tomamos la licencia de pedir al Sr. Secretario de la Sagrada Mitra, y su señoría nos contestó que no podía remitirnoslos por carecer de ellos. Ocurrimos entonces al Sr. Dr. D. Ambrosio Lara, presidente de la delegación de la Archidiócesis, y hasta ahora no hemos obtenido contestación á nuestra carta. Si antes de cerrar este capítulo recibimos los datos, tendremos complacencia en registrarlos.

No desconocemos que para algunos de nuestros lectores acaso sea fastidiosa esta relación, y aun vacilamos antes de resolvernos á escribirla; pero hemos creído que ella tendrá interés para los católicos, que suponemos han de ser los más, y no debíamos por otra parte omitirla, porque á nuestro juicio es de grande importancia para el objeto de estas memorias dar á conocer el número y la calidad de los presentes que los mexicanos hicieron al Padre Santo con motivo del Jubileo Sacerdotal, y dejaríamos un hueco en la historia de la Romería si no los mencionáramos. Por lo demás, pondremos estudio en evitar largas descripciones y no nos detendremos en describir sino aquello que más llamó la atención de Su Santidad ó de los visitantes de la Exposición.

En la presente enumeración no seguiremos el orden de categoría de las Diócesis, porque arreglado el material por el orden en que hemos ido recibiendo las noticias, este nos facilita la relación, sin exponernos á omitir involuntariamente algo que debiéramos consignar. Dividiremos este capítulo en tantas secciones como son las Diócesis que á su formación concurren.

La Diócesis Angelopolitana llevó al Santo Padre lo siguiente:

Diez mil francos en dinero efectivo. Ofrenda procedente del Obolo extraordinario que reunió la Sagrada Mitra.

Diez mil francos. Ofrecimiento del comercio de la Capital.

Un anillo pastoral con un gran brillante cercado de otros de menor tamaño. Fué comprado con los donativos de los Sres. Curas de la Diócesis y de algunos individuos del V. Clero de la Capital.

Una pluma de oro, artísticamente trabajada. Obsequio de varias asociaciones de señoras.

Un roquete de Cambray, ricamente bordado. Presente de las señoras de la Asociación de Nuestra Señora de Guadalupe, fundada en la iglesia de la Compañía, y del Apostolado de la Oración, establecido en el templo de la Concordia.

Una tabaquera de oro con preciosos esmaltes y guarnecida de finísimas perlas. Obsequio del Sr. D. Rafael Lizaola.

Una relojera de filigrana de plata con adornos de terciopelo bordado de oro. Ofrenda de una señorita de Puebla.

Una colección de curiosos y raros ejemplares de Historia natural, entre otros el animal planta. Del Colegio Católico

Un himno á Su Santidad y varias composiciones poéticas. Del mismo establecimiento.

Las constituciones de la Academia Teo-Jurista y del Seminario Palafoxiano, ricamente empastadas. Obsequio del mismo Colegio.

Un elegante estandarte tricolor con adornos de hilo de oro, que llevó la delegación de la Sociedad católica.

La Comisión organizadora de la Peregrinación ofreció á Su Santidad el Album nacional que formó por iniciativa y mandado del Illmo. Sr. Obispo Dr. D. José María Mora y Daza, con las composiciones que fueron remitidas por los católicos de toda la República. No debemos dejar de transcribir la descripción de ese notable monumento de la veneración y amor de los mexicanos al Santo Padre, tomándola

del prólogo que da principio á la edición que de dicho Album hizo la misma Comisión.

«Consta el Album de cuatro grandes volúmenes de 67 centímetros de largo por 47 de ancho. Cada volumen contiene cien hojas de cartón bristol, cada una con cuatro casillas cerradas por elegantes márgenes litografiados. En cada casilla está pegada una hoja de papel de las en que fueron escritas las composiciones originales remitidas á Puebla por los católicos de toda la República. El material está ordenado por secciones, correspondiendo á las diversas Diócesis de donde proceden los escritos. En el primer volumen y parte del segundo, están las felicitaciones de la Sagrada Mitra de León. En lo restante del segundo las de Guadalajara, Zacatecas y Durango. En el tercero se registran las del Arzobispado de México y de otras varias Diócesis, y comienza la sección de Puebla, que ocupa una parte de este volumen y todo el cuarto. En las secciones de León y de Puebla, se ha observado el orden de colocación siguiente: La salutación del Illmo. señor Obispo y de su Venerable Cabildo, las de los profesores y alumnos del Seminario, las de los señores Curas de la Sede Episcopal, las de las asociaciones religiosas y civiles, las de los señores Curas foráneos, y al último los escritos de particulares.

«La mayor parte de las composiciones van acompañadas de fotografías con retratos de las personas ó grupos que las suscriben. En la sección de Puebla hay además algunas fotografías que representan el interior de algunos de los principales templos de la capital del Estado.

«Cada volumen tiene como primera hoja una elegante portada con exquisitas pinturas. La primera es una hermosa acuarela, en la cual variados arabescos entrelazan las armas pontificias y las de familia del Papa, en armonía con el escudo nacional de México; dejando en el centro una elipse en la cual está escrita la siguiente inscripción latina:

ALBUM GRATULATORIVM

STVDIO. ET. CVRA

PLVRIVM. EX. MEXICANAE. REGIONIS. DIOCESSIBUS

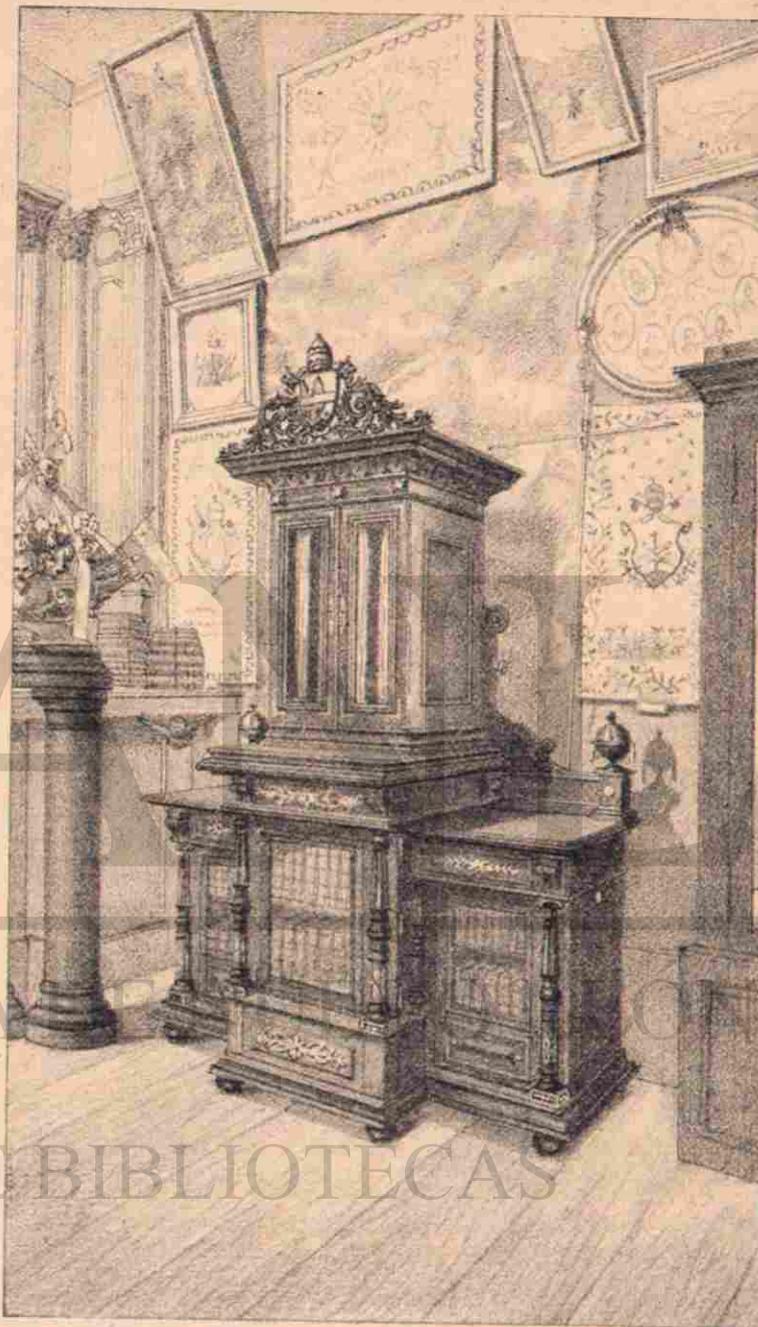
CONFECTVM

IN. SACRIS. SOLEMNIIS. JVBILAEI. SACERDOTALIS.

Leoni. XIII. P. M.

AN. MDCCCLXXXVII.

TOM.



LIT. C. MONTAURIOL. MÉXICO

BIBLIOTECA OFRECIDA Á S. S. POR LA COMISION
ORGANIZADORA DE LA PEREGRINACION.

“En el segundo volumen, una gran roca de las aparentes proporciones de una colina, se ve coronada por las armas de la Iglesia circundadas de brillante aureola. La roca, situada á orillas del mar, es azotada por las olas embravecidas. En lontananza se mira á la derecha una barquilla zozobrando en medio de la tempestad; á la izquierda un resplandeciente faro está indicando al náufrago de la barquilla la situación del puerto. En el cuerpo de la roca se lee la inscripción que es idéntica á la anterior. El tomo tercero se abre con un bonito paisaje; una vegetación exuberante y florida aparece cubriendo la tierra. Entre el hermoso follaje se descubre á la derecha la soberbia Catedral de México; á la izquierda, grupos de monumentos aztecas, figurando en primer término el célebre Calendario, se destacan de la verdura del fondo, cuyas ramas se elevan en hermoso cielo azul formando una guirnalda circular en cuyo centro está la inscripción latina. El cuadro está iluminado por un reluciente astro, arriba del cual se ve en letras de oro el mote: “Lumen in coelo.” La carátula del cuarto volumen, del mismo género que la anterior, presenta la fachada de la Catedral de Puebla; en el lado opuesto algunos monumentos antiguos, como la pirámide de Cholula y el Rollo de Tepeaca, ofrecen un excelente contraste y armonizan con la vegetación tropical que da muy agradable entonación al paisaje. Un bonito escudo superado por las armas de la ciudad angelopolitana, contiene la inscripción en latín, igual á las anteriores.

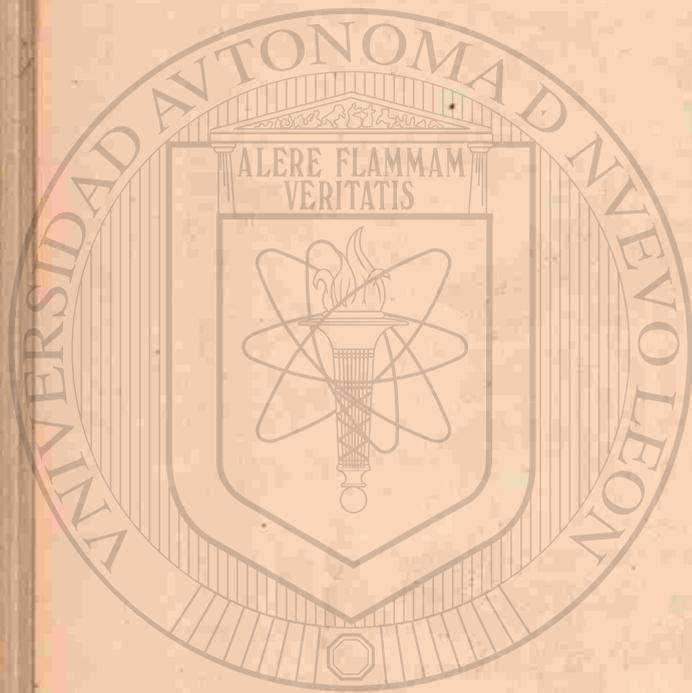
“Entre las varias composiciones que registra el Album, hay muchas que pueden presentarse como obras maestras del arte caligráfico; siendo entre otras, muy notables, las que figuran en las secciones de Durango, de Zacatecas y de Puebla.

“En las fotografías se hacen notar las de Durango y las de Puebla.

“El número de composiciones se acerca á dos mil, y las firmas que las calzan son incontables. El contingente de escritos y de firmas que representa mayor guarismo, es el de Puebla. La sección de la Diócesis de León es también abundantísima en composiciones.

“Las cubiertas de los volúmenes están vestidas de ricas pieles adornadas con sencillas guarniciones de plata. Los broches que las unen son también de plata cincelada, con relieves de oro; en las piezas superiores se ven grabadas las armas de la Iglesia, y en los broches las de familia del Santo Padre. Los cantos ó cortes son de rojo subido y oro.

“Los volúmenes del Album serán presentados al Pontífice dentro de un mueble de elegante forma, estilo del Renacimiento. Es una biblioteca de unos dos metros de largo, por una altura poco más ó menos igual. Tiene dos cuerpos; en el inferior están colocadas las obras de autores



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mexicanos que algunos católicos de la República han enviado como presente al Vicario de Jesucristo. En el cuerpo superior, que es un escaparate de menores dimensiones que la base, van puestos verticalmente los tomos del Album. El mueble en el exterior es de madera negra con adornos de plata; en el interior está revestido de roble amarillo con hermosísimas vetas.

"La encuadernación del Album, las obras de platería que lo adornan, así como el mueble que lo guarda, han sido ejecutadas por artistas poblanos."

El mueble que va descrito en la anterior inserción, es el mismo que representa una de las láminas con que se ilustra esta obra.

La Biblioteca de autores mexicanos que la propia Comisión ofreció al Papa en nombre de los donantes, si no fué tan numerosa como era de desearse, contenía obras notables y la mayor parte fueron empastadas con lujo y elegancia.

No omitiremos mencionar las que más llamaron nuestra atención, ora por su mérito intrínseco, ora por su rica encuadernación. Helas aquí:

OBRAS.	AUTORES.	DONANTES.
Breve catecismo de la Inmaculada Concepción.	Nazario Bautista (San Luis de la Paz).	El autor.
El Perfume de la Religión.	Fr. Angel Tizcareño (Zacatecas).	"
Reglamento para las escuelas de Beneficencia.	Emeteria Valencia de González (Celaya).	La autora.
La Propaganda Católica.	Gabino Chávez y Antonio Soria (Irapuato).	Los autores.
Historia de México.	Lucas Alamán (México).	Sus hijos.
Disertaciones históricas.	"	"

OBRAS.	AUTORES.	DONANTES.
Anuario del Observatorio astronómico de Chapultepec.	Angel Anguiano (México).	El autor.
Poesías.	Manuel P. Salazar (Puebla).	J. M. P. Salazar.
Discursos.	Manuel M ^a Herrera y Pérez (Tenancingo)	El autor.
La Calumnia.—Poema.	Trinidad Sánchez Santos (México).	"
Farmacopea mexicana.	J. M. Lasso de la Vega (México).	"
Proyecto para el régimen penitenciario.	Antonio Medina y Ormaechea (México)	"
Código Penal mexicano.	"	"
Código Civil mexicano.	"	"
La ciencia recreativa.	J. Joaquín Arriaga (México).	"
Obras diversas.	Ramón Valle (León).	"
La Virgen del Tepeyac.	Un sacerdote.	Illmo. Sr. Obispo de Querétaro.
El Canto Gregoriano.	Camacho.	"
Pastorales del Obispo 2 ^o de Querétaro.	"	"
Estadística de Querétaro.	Septién y Villaseñor.	"
Glorias de Querétaro.	Sigüenza y Góngora.	"
Poesías.	J. J. Pesado.	"
Itinerario de Roma á Jerusalem.	Camacho.	"
Las siete palabras.	J. M. Rivera.	"
Poesías.	F. Calderón.	"
Legislación comparada. De las leyes y su aplicación.	I. Montiel y Duarte.	El autor.
Derecho público mexicano.	"	"
"	"	"

OBRAS.	AUTORES.	DONANTES.
Crímenes de la Demagogia.	No conocido.	Illmo. Sr. Obispo de Chilapa.
Poesías.	Sartorio.	"
Crónica de la Provincia de San Francisco.	J. Arteguí.	"
Doctrina Cristiana en mexicano.	No conocido.	"
Otras varias obras de autores nacionales remitió el mismo Sr. Obispo.		
El Padre Nuestro en 52 idiomas.	Varios autores (México).	Luis Arnaldo.
Viaje á Oriente.	Luis Malanco.	No conocido.

La Comisión organizadora presentó además, por encargo especial de los Sres. Pliego Hermanos, dueños de la fábrica de tejidos de Zinacantepec, estado de México, unos finísimos y elegantes cobertores hechos expresamente para Su Santidad, y un precioso cuadro con una salutación de los mismos señores, de sus familias y de los dependientes y trabajadores de la fábrica, con los retratos fotográficos de todas las personas indicadas. Este cuadro llamó mucho la atención en Roma.

CHILAPA.

El Sr. Obispo, de su peculio y con los donativos de algunos vecinos de la Ciudad episcopal, hizo construir un cáliz cuya copa y patena son de oro puro, y el pie de plata muy bien dorado. Entre los bellos adornos que tiene cincelados, se ostentan cuatro alegorías artísticamente trabajadas: la América apoyándose sobre el escudo de armas de la Diócesis; el Pontificado, que se haya representado por la piedra angular sobre la cual descansa la tiara, y la circundan el rosario y el incensario; la Verdad, simbolizada en una columna que tiene en la parte superior un libro abierto y en la base una serpiente; las Ciencias y las Artes, que están repre-

sentadas en otra columna que sustenta un busto encima y en la parte inferior atributos y emblemas alusivos.

Un bellissimo cuadro de paisaje formado con plumas de colibrí; obra artística de raro mérito que llamó la atención de los visitantes de la Exposición. Fué donativo de los Sres. Alzuyeta, de Acapulco.

Dos cuadros, conteniendo uno de ellos una preciosa guirnalda y el otro un primoroso ramillete de flores formadas con variedad de conchas desde un tamaño casi imperceptible. Fueron ejecutados por unas señoritas del mismo Acapulco.

Un cuadro de pincel al óleo, en que están representados los principales pasajes de la vida de San Francisco de Asís.

Una sobrecama de seda bordada con exquisito primor.

Otra de hilo fino de muy esmerada labor con realzados curiosísimos de alegorías de la República y de Chilapa.

Un grupo de una gallina con sus polluelos, de plata coplella; obra de arte bien ejecutada.

Un cofrecito de madera fina con incrustaciones de otras maderas preciosas indígenas; encerrando diversos utensilios de servicio de altar, como purificadores, corporales, hijuelas, etc., todo de un trabajo exquisito.

Un rico traje indígena mexicano, hecho con telas especiales tejidas expresamente, y adornado con buenos bordados en seda.

Además de estos regalos, fué presentado por la delegación de Chilapa, en un volumen ricamente empastado en pergamino, la sección del Album Nacional que la Sagrada Mitra hizo formar aceptando la invitación de la Comisión de Puebla, y no fué agregada al Album por no haberla recibido los comisionados en su oportunidad. Es notable esta sección por lo bien arreglado del material y por la excelente escritura, que de cada página hace una preciosa muestra de caligrafía.

Fuera de estos dones que llevó la delegación, sus individuos ofrecieron en lo particular algunos otros, y la india Rita Manuela presentó la ofrenda de cien pesos.

ARZOBISPADO DE MICHOACÁN.

Un Album que contiene las felicitaciones del ilustre Metropolitano, de su Cabildo, de los Colegios, de las Parroquias; conteniendo composiciones en prosa y en verso en diferentes idiomas, todo manuscrito con diferentes clases de escritura y con una riqueza de ornamentación verdaderamente notable. Todos estos documentos formaron un grueso volumen ricamente empastado con *peluche* rojo, con artísticos adornos de plata y dos escudos, uno el del Soberano Pontífice y otro el de armas del Arzobispado. Este volumen iba encajado en una caja de madera calada, obra maestra de ebanistería.

Otros varios objetos de madera exquisitamente trabajados, fueron remitidos por esta Archidiócesis, siendo entre ellos muy notables dos, una cajita toda chapeada con pequenísimos fragmentos de madera que forman preciosos mosaicos de variados dibujos, y otra más pequeña con delicadas incrustaciones de exquisito trabajo.

En la caja más grande, que está ricamente encojinada de terciopelo por el interior, se colocaron onzas de oro mexicanas hasta el valor de cinco mil pesos.

De esta misma Archidiócesis fueron remitidos otros obsequios de las asociaciones religiosas, cuyo pormenor el Illmo. Sr. Arzobispo no pudo mandarnos; pero por lo que de ellos vimos en Roma, podemos asegurar que son verdaderamente notables.

ARZOBISPADO DE GUADALAJARA.

Un elegante Album de esmerada y correcta impresión fué el obsequio que esta Archidiócesis remitió á Su Santidad y tuvimos el gusto de ver en Roma, aunque sin tiempo para poderlo examinar con detención. Posteriormente se dignó obsequiarnos el Illmo. Sr. Arzobispo con un ejemplar, y hemos podido apreciar su mérito, no solamente por la impresión, que es de lo mejor que se puede hacer en nuestro país,

sino principalmente por el escogido material que contiene, y del cual nos permitiremos dar una breve idea.

En una bella portada bien litografiada á dos tintas, se halla el retrato del Santo Padre iluminado por una ráfaga de luz, la cual se desprende del símbolo del Espíritu Santo que corona el marco del dibujo: de uno y otro lado se leen las frases iniciales de las diversas encíclicas del Santo Padre, hasta el número de veintiocho, de donde se tomaron los asuntos para los artículos literarios de que se compone el álbum; teniendo cada uno de ellos por epígrafe un pasaje de alguna de dichas encíclicas. En la primera página se lee una elegantísima dedicatoria en latín, en que se ofrece la obra al Pontífice en nombre del Arzobispo, del Cabildo y de la ciudad de Guadalajara. Sigue una felicitación en castellano, que suscriben el Prelado y los individuos de su venerable Cabildo. A continuación se registran brillantes composiciones en prosa, sobre algunos de los indicados asuntos de las encíclicas, y están firmadas respectivamente por los Sres. D. Florencio Parga, D. Ignacio Díaz, Fr. Teófilo G. Sancho, Fr. José María Portugal, D. Ramón López, D. Miguel Baz, D. Atenógenes Silva, D. M. Mancilla, presidente de la Sociedad Católica, y D. Francisco J. Zavala, D. S. Garcíadiego, D. Rafael López, D. Heraclio Garcíadiego, D. Agustín G. Navarro, por la Sociedad católica de señoras, D. José Villa Gordo, D. José M. González Alvarez, por el Consejo Central de las Asociaciones de señoras de "San Vicente de Paul," D. Gerónimo Gutiérrez Moreno, por las Asociaciones de Artesanos católicos, D.^{ña} Refugio Barragán de Toscano, por el Cuerpo de Profesoras católicas, D. A. Lomelí, y D. Agustín de la Rosa. En esta lista se hallan las eminencias literarias y científicas de Guadalajara, y los artículos en el fondo y en la forma están á la altura de la reputación de sus autores. Tenemos entendido que otros muchos obsequios fueron enviados á Su Santidad por católicos de la Archidiócesis, pero no nos dió conocimiento de ellos el Illmo. Sr. Arzobispo, ni tuvimos ocasión de verlos en Roma.

OBISPADO DE ZACATECAS.

Remitió á Su Santidad en dinero efectivo, por conducto del Illmo. Sr. Arzobispo de México, la cantidad de \$ 4,695.39 es.

El Sr. Canónigo D. Arcadio Delgado, que representó á la Diócesis en la Peregrinación, ofreció al Sumo Pontífice el óbolo en dinero de varias personas y el suyo propio, consistente en pesos mexicanos acuñados en la casa de Moneda de Zacatecas en los últimos once años que lleva de gobernar la Iglesia el Sr. León XIII.

OBISPADO DE LEÓN.

Desde antes de que saliese la Peregrinación de México, este Obispado remitió al Santo Padre tres mil pesos en oro, acuñados expresamente en la casa de Moneda de Guajuato.

Esta sagrada Mitra además concurrió, con algunas otras de la República, á la formación del Album Nacional que ya hemos descrito arriba; siendo de notar que el contingente de León fué abundantísimo y muy interesante por la calidad de muchas de las composiciones, así como por lo bien escrito de la mayor parte. Pasan de cuatrocientas las que contiene la sección de dicha Diócesis Leonense en el Album.

Las personas que formaron la delegación de esta Sagrada Mitra, ofrecieron diversos objetos á Su Santidad. No hemos podido adquirir noticia sino de los siguientes:

Una pintura representando la imagen de la Virgen María en su advocación de "La Luz," copia de la que se venera como patrona diocesana y es muy venerada de los habitantes de León. Fué portador de este obsequio el Sr. Provisor de la Mitra, Canónigo Don José María Velázquez.

El Sr. D. Carlos Carpio, llevó consigo un curioso monetario compuesto de monedas mexicanas de todas clases, desde las más antiguas hasta las de fechas recientes.

D. Heraclio Jiménez envió con la Peregrinación dos buenos retratos en busto, uno del inolvidable Obispo difunto de aquella Diócesis, Dr. D. José María Díez de Sollano y otro

de un sacerdote, D. Ignacio Rosales, de San Juan de los Lagos, quien murió en olor de santidad.

El mencionado señor Jiménez ofreció por el mismo conducto un artístico grupo en barro, de un rancho ginetando un toro. Obra muy bien acabada de cerámica, excitaba la admiración de cuantos la veían en la Exposición. (1)

Otros varios católicos de la Diócesis ofrecieron diversas sumas de dinero en oro; no habiéndonos sido posible adquirir conocimiento de las cantidades.

OBISPADO DE QUERÉTARO.

Espléndida fué la oblación de esta Diócesis, según lo que vimos y según las noticias que se sirvió comunicarnos el señor Obispo.

En dinero efectivo presentó la delegación episcopal la suma de *cincuenta mil francos*, equivalente de diez mil pesos que llevaron, con el aumento del cambio y de la situación que se pagó por los representantes de la Diócesis. Esta ofrenda fué resultado del óbolo de la piedad de los fieles queretanos.

Un cáliz, un anillo y un pectoral de oro con hermosos ópalos; las tres piezas de ejecución artística y el primero de

(1) Como una prueba de lo bien calificado que fué este grupo, transcribiremos un artículo que el semanario intitulado la "Exposición Vaticana," que se publica en Roma y en Barcelona, le consagró en uno de sus últimos números, explicando un grabado que lo representa.

"Tipo mexicano.—Donativo de Heraclio Jiménez.—León.—Rica en tipos perfectamente imitados era la grande galería del Jardín, y entre ellos en la Sección Americana, descollaba singularmente este tipo de cocinero militar que corre por el campo montado en un abigarrado torete.

"Tanto el hombre como su cabalgadura están reproducidos fielmente, aunque en reducidas proporciones: ningún detalle omitió el artista á quien se encomendó la obra: los vestidos, de color oscuro, son de piel de cabrito con alamares de algodón blanco; de cuero las altas botas escuderiles, y el sombrero de cono y anchas alas es de paja. La cabeza y las manos del rancho están hechas con conocimiento de la anatomía humana, y en el esfuerzo para sujetar la faja que ciñe al toro, hinchanse las venas de las rústicas manos: el rostro moreno, robusto y bonachón, empieza á mostrar las arrugas de los cincuenta años: toda la persona está perfectamente dispuesta en el movimiento para sostenerse en el lomo del caprichoso animal, no teniendo para gobernarlo otros expedientes que la baqueta y las espuelas."

considerable valor. Tanto en el cáliz como en el pectoral está grabada una inscripción latina que contiene el ofrecimiento del obsequio en nombre del Obispo, del Cabildo, del Clero y del pueblo de la Iglesia de Querétaro.

La Sagrada Mitra, aceptando la invitación que el señor Obispo de Puebla le hizo para que concurriese á la formación del Album Nacional, propagó empeñosamente la idea entre los católicos de aquella Diócesis, y cuando estuvo reunido el material, no creyó conveniente remitirlo á Puebla, sino mandar que fuese encuadernado separadamente. No llegó con oportunidad á Roma, y no tuvimos el gusto de haberlo visto; pero se nos asegura que está arreglado convenientemente, y la pasta de terciopelo blanco es una obra artística de mérito.

OBISPADO DE SAN LUIS POTOSÍ.

El Ilmo. Sr. Obispo asociado á su Venerable Cabildo y con la concurrencia del Clero; de las clases acomodadas y del pueblo de la Diócesis, ofreció valiosos presentes que el mismo Prelado tuvo la satisfacción de presentar al Santo Padre en uno de los días de las fiestas jubilaires. Hé aquí la relación de esos magníficos regalos, que debemos á la amabilidad de Su Señoría Ilustrísima, nuestro respetado y querido amigo.

Cáliz preciosamente trabajado en París, en el cual se encuentran en graciosa combinación el oro brillante y el oro mate: lo adornan una estatua de San Luis Rey de Francia, Patrono de la Diócesis, en el pie, y esmaltadas en la patena, la copa y la base, la Cena de Emaús, Nuestra Señora de Guadalupe, San Felipe de Jesús, los Beatos Sebastián de Aparicio y Bartolomé Gutiérrez, el Escudo de armas del Pontífice, el del Obispo, el Aguila mexicana y una inscripción. Este cáliz fué el más artístico de cuantos se ofrecieron: con él celebró la Misa Su Santidad el 1º de Enero; lo hizo colocar entre los dones de los soberanos y al distribuir los objetos de la Exposición, lo regaló al Cardenal Secretario de Estado el Emo. Sr. Rampolla. Este regalo fué ofrecido en nombre del Sr. Obispo y de las clases acomodadas.

Como obsequio del mismo Prelado y del V. Cabildo, se presentó al Papa otro no menos estimable. Dos magníficas cruces pectorales, una de oro y otra de plata de las minas del Estado de San Luis: se colocaron también entre los dones de los soberanos.

Como regalo del propio Sr. Obispo y del pueblo se ofreció á Su Santidad una casulla de tela de plata con ricos bordados representando á Nuestra Sra. de Guadalupe, San Felipe de Jesús, los Beatos Sebastián de Aparicio y Bartolomé Gutiérrez, San León y San Ignacio, los escudos de armas del Pontífice y del Obispo y la correspondiente inscripción.

Como ofrenda del repetido Prelado y de su pueblo, una caja de malaquita con varios millares de francos y separadamente otra suma ofrecida por los fieles de la Diócesis para la limosna de la primera Misa.

Un álbum con vistas de varios lugares de la Diócesis; regalo de las directoras y alumnas del Sagrado Corazón.

El mismo Sr. Obispo presentó á Su Santidad una tiara de filigrana de plata, obsequio de las superiores y alumnas del Sagrado Corazón, de la ciudad de México.

OBISPADO DE TULANCINGO.

Si no tan valiosa como la anterior, la ofrenda de esta Diócesis no fué inferior en importancia, como podrá juzgarse por la siguiente enumeración.

Doscientos pesos en monedas mexicanas de oro y de plata.

Tres colecciones de piedras minerales, una de ellas clasificada científicamente.

Una mina artificial formada con piedras minerales llamadas riscos, de preciosas y variadas cristalizaciones. Por cierta combinación mecánica se ponen en movimiento las figuras y los aparatos con tal propiedad que dan una perfecta idea de cómo se ejecutan las operaciones del laboreo.

Un amito muy bien bordado.

Un cingulo y una toalla de trabajo exquisito y de gusto irreprochable, dentro de una preciosa caja de madera fina.

Otra caja de madera con incrustaciones muy curiosas, con-

teniendo un amito muy bien bordado y algunos purificadores.

Una colección de poesías firmadas por sus autores.

Una composición musical intitulada "Plegaria para la hora de la consagración," dedicada al Santo Padre por el autor D. J. M. Zavaleta.

Otros obsequios consistentes en joyas de oro y piedras preciosas fueron remitidos por varias personas de la Diócesis.

OBISPADO DE ANTEQUERA.—OAXACA.

El Illmo. Sr. Obispo de esta Diócesis encomendó al Sr. Dr. Ibarra ofreciese en su nombre un rico pectoral, y en representación del V. Cabildo un precioso broche para capa magna.

Algunos otros dones enviaron los catedráticos y alumnos del Seminario y varios individuos particulares.

OBISPADO DE CHIAPAS.

La pobreza de esta Diócesis sólo permitió al Illmo. Sr. Obispo reunir doscientos cincuenta pesos del óbolo de los fieles y cien de su peculio particular, que fueron remitidos por conducto del dignísimo Metropolitano.

OBISPADO DE YUCATÁN.

Los obsequios de esta Diócesis son los que á continuación se expresan:

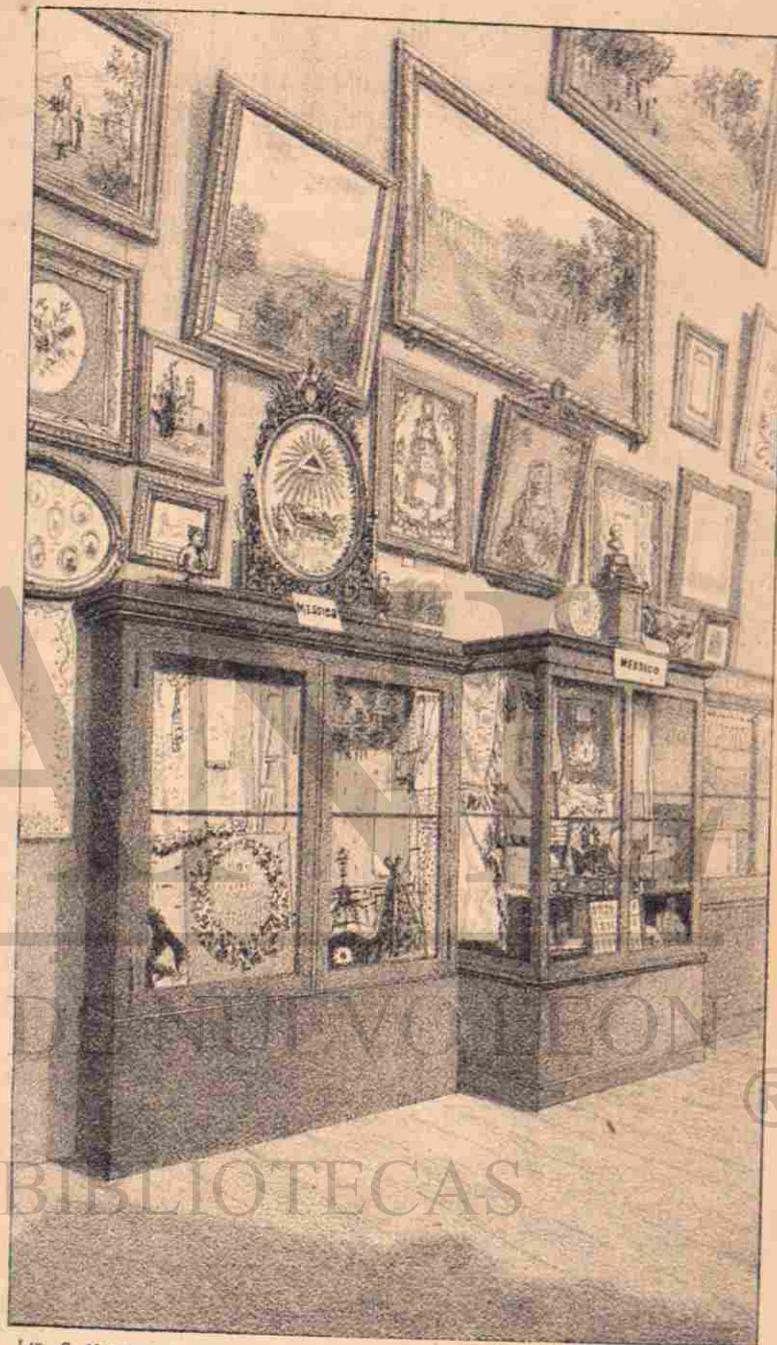
Quinientos pesos en plata, colectados entre los fieles de la Diócesis.

Cien pesos en oro encerrados en un estuche de terciopelo adornado con las armas pontificias en el exterior y las episcopales de Yucatán en el interior.

Fuera de estas sumas fué remitida otra cuyo monto ignoramos y se colectó en la ciudad y en las parroquias foráneas.

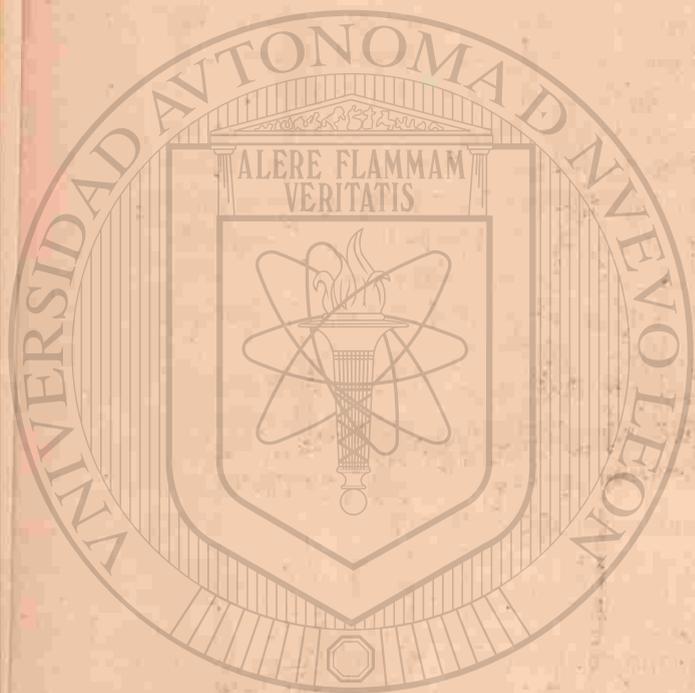
Una hermosa hamaca muy fina de hénéquen, la cual fué presentada al Santo Padre antes de la llegada de la Peregrinación.

Una manta grande fina y acolchada, de los afamados tejidos de Valladolid en Yucatán, que fué remitida junto con la hamaca.



LIT. C. MONTAURIOL. MÉXICO.

PARTE DE LA SECCION DE MÉXICO EN LA EXPOSICION VATICANA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE YUCATÁN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La Colección de pastorales del Illmo. Sr. Obispo de la Diócesis.

Otra colección literaria de las obras escritas y publicadas por el mismo Prelado.

De esta última colección hemos tenido la honra de haber sido obsequiados por el Illmo. Sr. Obispo con un ejemplar de la mayor parte de las obras que la componen, y nos ha sido grata en extremo su lectura, ya por el interés de los asuntos de que tratan, ya por su indisputable mérito literario.

Otra colección compuesta de números especiales acerca del Jubileo sacerdotal, de los periódicos "El Amigo del País," "La Revista de Mérida," "El Colegial" y "La Crónica de la Obra de sacerdotes adoradores," incluyendo un pequeño álbum de composiciones literarias en prosa y verso.

Un Calendario eclesiástico y popular de Yucatán para el año jubilar del Señor León XIII.

Una relación escrita de las Misas, Rosario, Vía-Crucis, Confesiones y Comuniones practicadas y aplicadas por intención de Su Santidad.

OBISPADO DE VERACRUZ.

De esta Diócesis fué remitido por conducto de la Peregrinación:

Un retrato en grupo del Illmo. Sr. Obispo y de su V. Cabildo.

Una palmatoria de plata artísticamente trabajada.

La oblación en dinero ignoramos de qué importancia fué y el conducto por donde se remitió.

La parroquia de Tlacotalpan de este Obispado de Veracruz, envió un abundantísimo contingente de composiciones en prosa y verso y de fotografías para el Album Nacional. ®

Fuera de los dones que van expresados, se ofrecieron muchos, muchísimos por las personas que formaron en la Peregrinación y por las Corporaciones á quienes representaban.

No nos fué posible tomar nota de todos estos regalos, y ya se nos pasaba mencionar el que presentó D. José M. Aguilar y Ortiz por la Junta Guadalupana del Comercio de México, y consistió en una medalla de oro que lleva en el anverso la Imagen de Ntra. Sra. de Guadalupe con la inscripción: "Non fecit taliter omni nationi," y en el reverso esta otra: "Sociedad Guadalupana del Comercio de México, fundada en 1812."

Habíamos omitido también hacer mención de otra ofrenda presentada por nuestro expresado amigo en representación del Círculo Patriótico Religioso de Artesanos. En una hoja de pergamino una bien escrita salutación á Su Santidad, firmada por 24 presidentes de los diversos grupos que forman la Sociedad.

Repetimos que dejamos sin mencionar muchos de los regalos procedentes de nuestra República, con especialidad los que fueron remitidos antes de la Audiencia. La falta de acuerdo entre los remitentes y los comisionados hizo que en la Exposición no figurasen reunidos todos los dones. Los más ricos habían sido colocados en el departamento destinado á las ofrendas de los Soberanos. Al intervenir nosotros en la colocación de los que llevó la Romería, procuramos que fuesen exhibidos en la sección de México algunos objetos que andaban dispersos en distintos lugares, y se debió á nuestra iniciativa y á la amabilidad de Monseñor Mosconi, uno de los directores de la Exposición, el que se hubiese proporcionado otro armario fuera del que ya existía, para colocar dichos objetos. En la lámina que publicamos está representado solamente uno de esos armarios. No fué posible sacar fotografía de toda la sección, porque era tal la afluencia de visitantes en los últimos días, que al fotógrafo no le fué permitido tomar la negativa á pesar de nuestras reiteradas instancias.

Mucho sentimos, y lamentamos demasiado, que en esta parte nuestro relato haya quedado incompleto; pero podemos asegurar que ello no ha dependido de falta de diligencia.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE DEL TOMO PRIMERO

	Págs.
CAPÍTULO PRIMERO.—León XIII.—El Jubileo Sacerdotal. Preparativos para su celebración.—Los países protestantes.—Las naciones infieles.—Las potencias católicas.—Abstención de México.—El Obispo de Puebla.—La iniciativa.—Primeros pasos.—La invitación.—Trabajos de los comisionados.....	1
CAPÍTULO SEGUNDO.—Impaciencia del público.—Fallecimiento del Sr. Mora y Daza.—Desaliento.—El Sr. Vicario Capitular en Sede Vacante.—Reanudación de los trabajos.—El ajuste.—Propaganda en contra.—Firmeza de los comisionados.—Dificultades de última hora.—Últimos preparativos.....	15
CAPÍTULO TERCERO.—La función religiosa en Guadalupe.—Antes de la partida.—La partida.—Durante el viaje.—Recepciones entusiastas.—La llegada á Paso del Norte —¡Adiós á la Patria!.....	27
CAPÍTULO CUARTO.—Detención en «El Paso Texas».—Los agentes de la aduana.—El personal de la Peregrinación.....	45
CAPÍTULO QUINTO.—Ocupación de los romeros.—De Albuquerque á Lamy.—Las Vegas.—De las Vegas á Newton.—El Cónsul mexicano.—De Newton á Kansas City.—De Kansas City á Toledo.....	61
CAPÍTULO SEXTO.—El Niágara.—Búfalo.—De Búfalo á Nueva York.—El trasbordo.—El «Bolivia».—Dificultades para la instalación.—Nueva York.—Aspecto general.—El Puente de Brooklyn.—Los reporters.—La prensa americana.....	73
CAPÍTULO SÉTIMO.—Recepción del Sr. Obispo.—El Bolivia levanta anclas.—Impresiones á bordo.—Discusiones.—Un incidente en la mesa.—Primer día de navegación.—Quejas de los peregrinos.—Actitud de la Comisión.—La mar se agita.—Discusiones en el <i>Smoking room</i> .—La calma.—Los peces saltadores.—El cable submarino.—Un buque á la vista.—La mar irridada.—Los mareados.—Desaliento.—Restablécese la calma.—El halcón.—Renace la alegría.—El salón de música.—¡Mañana veremos tierra!—El ejercicio del Mes de María.—Una fragata de guerra.—La ballena.....	95

No nos fué posible tomar nota de todos estos regalos, y ya se nos pasaba mencionar el que presentó D. José M. Aguilar y Ortiz por la Junta Guadalupana del Comercio de México, y consistió en una medalla de oro que lleva en el anverso la Imagen de Ntra. Sra. de Guadalupe con la inscripción: "Non fecit taliter omni nationi," y en el reverso esta otra: "Sociedad Guadalupana del Comercio de México, fundada en 1812."

Habíamos omitido también hacer mención de otra ofrenda presentada por nuestro expresado amigo en representación del Círculo Patriótico Religioso de Artesanos. En una hoja de pergamino una bien escrita salutación á Su Santidad, firmada por 24 presidentes de los diversos grupos que forman la Sociedad.

Repetimos que dejamos sin mencionar muchos de los regalos procedentes de nuestra República, con especialidad los que fueron remitidos antes de la Audiencia. La falta de acuerdo entre los remitentes y los comisionados hizo que en la Exposición no figurasen reunidos todos los dones. Los más ricos habían sido colocados en el departamento destinado á las ofrendas de los Soberanos. Al intervenir nosotros en la colocación de los que llevó la Romería, procuramos que fuesen exhibidos en la sección de México algunos objetos que andaban dispersos en distintos lugares, y se debió á nuestra iniciativa y á la amabilidad de Monseñor Mosconi, uno de los directores de la Exposición, el que se hubiese proporcionado otro armario fuera del que ya existía, para colocar dichos objetos. En la lámina que publicamos está representado solamente uno de esos armarios. No fué posible sacar fotografía de toda la sección, porque era tal la afluencia de visitantes en los últimos días, que al fotógrafo no le fué permitido tomar la negativa á pesar de nuestras reiteradas instancias.

Mucho sentimos, y lamentamos demasiado, que en esta parte nuestro relato haya quedado incompleto; pero podemos asegurar que ello no ha dependido de falta de diligencia.

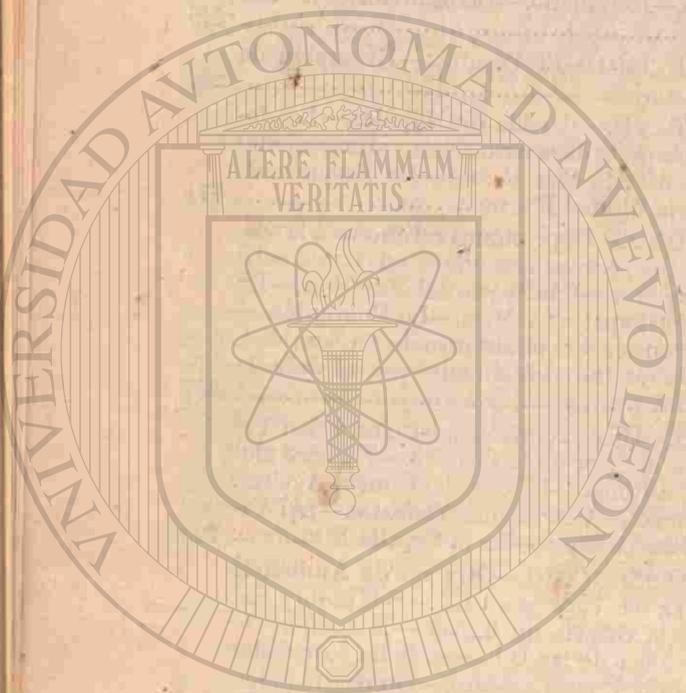
FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE DEL TOMO PRIMERO

	Págs.
CAPÍTULO PRIMERO.—León XIII.—El Jubileo Sacerdotal. Preparativos para su celebración.—Los países protestantes.—Las naciones infieles.—Las potencias católicas.—Abstención de México.—El Obispo de Puebla.—La iniciativa.—Primeros pasos.—La invitación.—Trabajos de los comisionados.....	1
CAPÍTULO SEGUNDO.—Impaciencia del público.—Fallecimiento del Sr. Mora y Daza.—Desaliento.—El Sr. Vicario Capitular en Sede Vacante.—Reanudación de los trabajos.—El ajuste.—Propaganda en contra.—Firmeza de los comisionados.—Dificultades de última hora.—Últimos preparativos.....	15
CAPÍTULO TERCERO.—La función religiosa en Guadalupe.—Antes de la partida.—La partida.—Durante el viaje.—Recepciones entusiastas.—La llegada á Paso del Norte —¡Adiós á la Patria!.....	27
CAPÍTULO CUARTO.—Detención en «El Paso Texas».—Los agentes de la aduana.—El personal de la Peregrinación.....	45
CAPÍTULO QUINTO.—Ocupación de los romeros.—De Albuquerque á Lamy.—Las Vegas.—De las Vegas á Newton.—El Cónsul mexicano.—De Newton á Kansas City.—De Kansas City á Toledo.....	61
CAPÍTULO SEXTO.—El Niágara.—Búfalo.—De Búfalo á Nueva York.—El trasbordo.—El «Bolivia».—Dificultades para la instalación.—Nueva York.—Aspecto general.—El Puente de Brooklyn.—Los reporters.—La prensa americana.....	73
CAPÍTULO SÉTIMO.—Recepción del Sr. Obispo.—El Bolivia levanta anclas.—Impresiones á bordo.—Discusiones.—Un incidente en la mesa.—Primer día de navegación.—Quejas de los peregrinos.—Actitud de la Comisión.—La mar se agita.—Discusiones en el <i>Smoking room</i> .—La calma.—Los peces saltadores.—El cable submarino.—Un buque á la vista.—La mar irridada.—Los mareados.—Desaliento.—Restablécese la calma.—El halcón.—Renace la alegría.—El salón de música.—¡Mañana veremos tierra!—El ejercicio del Mes de María.—Una fragata de guerra.—La ballena.....	95

- CAPÍTULO OCTAVO.**—¡Tierra!—El Cabo de San Vicente.—El Estrecho.—Algeciras.—Tarifa.—Guzmán el Bueno y D. Nicolás Bravo.—Tánger.—Ceuta.—Carteia.—San Roque.—Gibraltar.—Primeras impresiones.—El «Liguria».—Impresiones religiosas.—El «Bolivia» echa anclas..... 123
- CAPÍTULO NOVENO.**—Los peregrinos en Gibraltar.—Descripción general.—Santa María Coronada.—El Corazón de Jesús.—Iglesias protestantes.—Las sinagogas.—El Hospital civil.—El Hospital naval.—El Convento.—El Palacio de Justicia.—La Bolsa.—Biblioteca de la Guarnición.—El *Grand Store*.—El Faro.—El Mercado.—El Arsenal.—Las Galerías.—La Concepción.—La Torre del Moro.—Las Cuevas.—Los Muelles.—Las fortificaciones.—La Alameda.—¡El Hacho!.... 137
- CAPÍTULO DÉCIMO.**—Gibraltar.—Primeros pobladores.—Los godos.—El conde Ilyan.—Ocupación por los moros.—Invasión en España.—Primer sitio.—Recobran los moros la Fortaleza.—Sitios posteriores.—El duque de Medina-Sidonia.—Agregación a la Corona de Castilla.—Asedio por el duque de Medina-Sidonia.—Invasión por los corsarios.—Obras emprendidas por Carlos V.—Ocupación por los ingleses.—Sitio por los españoles.—El tratado de Utrecht.—Nuevas tentativas de los españoles.—Asedio en 1727.—Negociaciones diplomáticas.—El Gran Sitio de Gibraltar.—Bombardeo en 1781.—Los sitiados hacen una salida.—Terrible ataque en 1782.—La flota inglesa.—Maniobra de Lord Howe.—La paz.—Conclusión..... 153
- CAPÍTULO UNDECIMO.**—Vuelta a bordo.—La velada.—La Santa Cruz.—Un pez luminoso.—Las costas de Cerdeña.—El Vesubio.—¡Nápoles!—El *Te Deum*.—Entrada en la bahía.—El Sr. Obispo Montesecca.—El Cónsul mexicano.—El desembarque.—La aduana.—Los agentes de los hoteles.—Los cocheros.—Situación de Nápoles.—Clima.—Carácter de los habitantes.—Las calles.—Los paseos..... 167
- CAPÍTULO DUODÉCIMO.**—Excursiones por la ciudad de Nápoles.—La ribera de Santa Lucía.—La *Strada* del Gigante.—La Plaza del Plebiscito.—San Francisco de Paula.—Un incidente.—El Palacio Real.—El Museo Borbónico.—La Biblioteca nacional.—Monumento en *Trinitá-Maggiore*.—El *Gesú Nuovo*.—La Virgen de Guadalupe.—Santa Clara.—Santo Domingo el mayor.—La Capilla de San Severo..... 181
- CAPÍTULO DÉCIMOTERCIO.**—La Catedral de San Genaro.—La liquefacción de la sangre del santo.—El milagro.—Descripción del templo.—La Cartuja de San Martín.—El museo.—El gran Claustro.—La iglesia.—San Telmo..... 201
- CAPÍTULO DÉCIMOCUARTO.**—El Palacio de Capodimonte.—Caserta.—El Palacio.—El Parque.—El Jardín inglés.—El Puente de la Valle.—El Cementerio..... 217
- CAPÍTULO DÉCIMOQUINTO.**—Pompeya.—Impresiones.—Bosquejo histórico.—Descubrimiento.—Las murallas.—Las

- calles.—Las casas.—Los templos.—La Basílica.—El *Fórum civile*.—El *Fórum triangulare*.—Los teatros.—Las termas ó baños públicos.—El Anfiteatro.—Las tumbas..... 227
- CAPÍTULO DÉCIMOSEXTO.**—El Vesubio.—Sus erupciones.—Excursión de Pellerano.—Ascensión por el ferrocarril funicular.—Otras dos maneras de subir a la cumbre.—Excursión de tres peregrinos.—Herculano.—Datos históricos.—Las ruinas..... 245
- CAPÍTULO DÉCIMOSÉTIMO.**—El Vesubio.—Excursión de tres romeros mexicanos..... 253
- CAPÍTULO DÉCIMOCTAVO.**—Partida de Nápoles.—Los ferrocarriles italianos.—Aspecto de la naturaleza.—Impresiones de viaje.—¡Roma a la vista!—San Pedro.—La Estación de Roma.—Recepción en la Ciudad Eterna..... 271
- CAPÍTULO DÉCIMONONO.**—Impresiones religiosas a la vista de San Pedro.—Los mexicanos residentes en Roma.—La Sra. de Miramón.—Angelini.—Cautiverio del Pontífice.—En la Capilla Sixtina.—¡El Papa!—La Misa.—La Comunión.—La audiencia.—Reflexiones sobre el discurso de Su Santidad.—Los peregrinos recibidos individualmente por el Jefe de la Iglesia..... 277
- CAPÍTULO VIGÉSIMO.**—Una excursión nocturna a San Pedro.—Primera visita al interior de la Basílica.—Nuestro alojamiento.—Las casas en Roma.—En casa del Cónsul Agelini.—Excursión por la ciudad.—Una visita al *Colosseo*.—¡Al Vaticano!—El Patio de San Dámaso.—En la Capilla Sixtina.... 293
- CAPÍTULO VIGÉSIMO PRIMERO.**—Otra vez la Audiencia Pontificia.—Entrada en el Vaticano.—La servidumbre del Papa.—La reunión en la Galería de Rafael.—Monseñor Colognesi.—Las delegaciones de las Diócesis, de las sociedades religiosas y civiles y de la Prensa católica.—Ingreso al Salón del Consistorio.—Llegada del Santo Padre.—Discurso del Sr. Portillo.—Alocución de Su Santidad en italiano.—Traducción al español.—Recepciones individuales.—La medalla conmemorativa.—El grupo fotográfico..... 311
- CAPÍTULO VIGÉSIMO SEGUNDO.**—Dones ofrecidos a Su Santidad.—Puebla.—Chilapa.—Michoacán.—Guadalajara.—Zacatecas.—León.—Querétaro.—San Luis Potosí.—Tulancingo.—Oaxaca.—Chiapas.—Yucatán.—Veracruz..... 331



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

COLOCACION DE LAS LAMINAS DEL TOMO PRIMERO

	Págs.
Fotografías con los dos grupos de peregrinos mexicanos en Roma.	
Grupo de peregrinos que no están en las fotografías.	
Su Santidad León XIII.....	1
Illmo. Sr. Obispo de Puebla de los Angeles.....	4
El Sr. Dr. D. Ramón Ibarra.....	16
Iglesia de las Capuchinas en Guadalupe.....	27
Illmo. Sr. Arzobispo de México.....	28
Partida de la Peregrinación.....	30
Illmo. Sr. Obispo de Chilapa.....	44
Llegada de la Peregrinación á "Las Vegas".....	64
Sr. Mauricio Rhaden.....	66
Cataratas del Niágara.....	72
El "Bolivia".....	78
Gibraltar.....	134
Illmo. Sr. Dr. D. Ignacio Montesdeoca.....	172
Nápoles.....	176
Hotel del Vesubio.....	180
El Descendimiento.....	198
Pompeya.....	230
Estación de Roma.....	278
La Capilla Sixtina.....	282
El Caballero D. Enrique Angelini.....	302
Los peregrinos mexicanos delante de S. S.....	318
Biblioteca ofrecida á S. S. por la Comisión.....	334
Parte de la sección de México en la Exposición vaticana.....	346

ERRATAS NOTABLES.

ALERE FLAMMAM TOMO I.
VERITATIS

Pág.	Lín.	Dice.	Léase.
32	12	millones	millares
47	31	mencionaré	mencionaremos
66	22	Lamed	Larned
78	13	admiran	miran
79	34	si	sin
114	19	nosotos	nosotros
125	15	Palermo	Salerno
159	28	hijo mayor de Fernando	nieta de Fernando
171	1	detalles	destellos
171	25	delante de sus costas. Teniendo...	delante de sus costas; teniendo...
173	2	habra	habrá
173	13	bahía	bahía:
176	33	nos ha tocado	nos tocó
205	9	se asegura que el de la Natividad,	se asegura que <i>en</i> el de la Natividad,
235	23	irregular	regular
274	7	Cappaa	Cappua
291	16	una oración había obtenido.....	una oración: había obtenido.....

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



